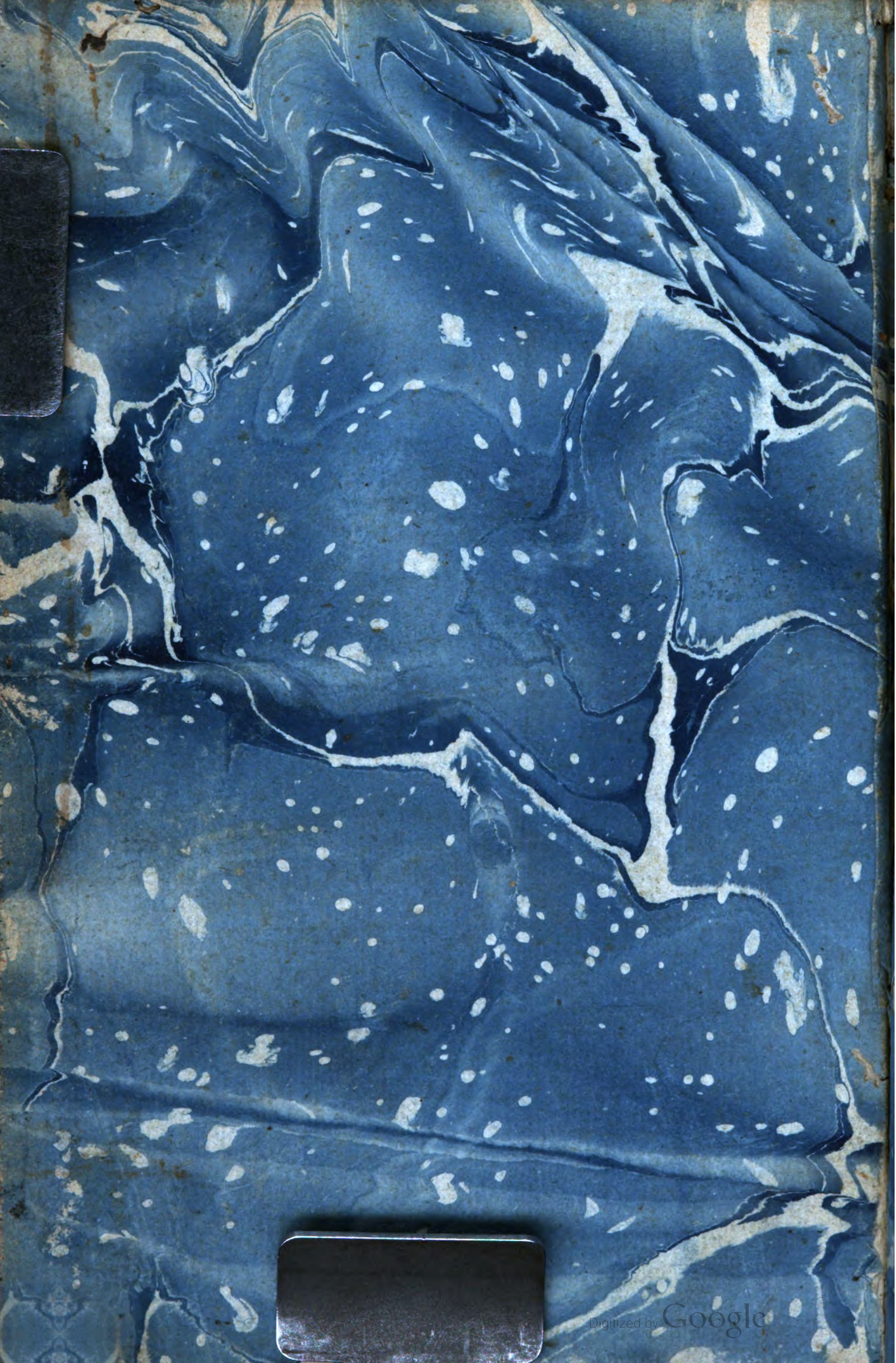






FILOSOFIA

DE LA

ELOQÜENCIA.

IMPRESSO POR H. BRYER, BRIDGE STREET, BLACKFRIARS, EN LONDRES.



Scribendi recte sapere est et principium et fons.

Horat. Art. poet.

POR D. ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

Secretario Perpetuo de la R.l Academia Matritense de la Historia, y su Individuo del Numero, y miembro de las de Bellas Letras de Sevilla y Barcelona.



LONDRES.

Publicado por Longman Hurst. Rees. Orme y Brown. Paternoster Row.

1812.

PRÓLOGO.

VÁRIAS han sido las opiniones acerca de las partes en que dividieron los Retóricos la eloqüencia; pero la filosofia, que no es otra cosa que la razon, las reduce á dos solamente, *elocucion*, y *pronunciacion*. En estas calidades se funda esencialmente el arte de hablar bien, en el qual no se comprehenden la *invencion y la disposicion*, por que la primera es la traza del argumento, y el argumento, como quiera que sea, pertenece á la Dialectica, sino nos queremos desentender de la doctrina que nos dexaron Aristoteles, Platon, y Marco Tulio. El fin de la eloqüencia es adornar la oracion con las galas y luces del estilo, y el de la Dialectica formar discursos y raciocinios.

Esta obra, pues, que abraza solo la elocucion, no se destina á forma un orador en el púlpito, en el foro, ni en el senado, instruyendole en las demás partes y requisitos peculiares á sus respectivas funciones, porque no exâmina, ni propone, si no las del estilo, considerado baxo de todas las formas retóricas. No enseñará á componer un Discurso, harenga, ó razonamiento entero y perfecto en la invencion de sus tópicos, y disposicion de sus partes con respecto á los tres diferentes géneros de que tratan todos los preceptistas clásicos antiguos y modernos. Pero familiarizará al lector con los escogidos exemplos que encierra; y guiandole con la luz de las observaciones, doctrinas, y juicios que se le presentan al fin de todos los dechados, de todos los géneros de estilos, se le facilitará el conocimiento de lo que tal vez ignoraba, ó el desengaño de lo que erradamente habia aprendido en la clase.

Y por esto mismo, aunque todos los hombres no tienen precision de ser oradores, ni escritores públicos, ó carecen de aptitud ó disposicion para estos oficios; sin embargo tendrán muchos de ellos, en diferentes situaciones de la fortuna y destinos de la vida civil, ocasiones de acreditar

con el imperio de la palabra su mérito, su puesto, su estado, su poder, ó su talento. Asi, pues, no creo que, ni al que se dedica á persuadir á los otros, ni al que le conviene quedar persuadido, dexe de aprovecharles la lectura de este tratado, donde hallarán á la mano los instrumentos con que los hombres eloqüentes obraron este prodigio. Exemplos insignes les ofrecerá la historia en los trozos selectos y variados, recogidos en esta obra, y esparcidos en sus propios lugares. En unos oirá la voz del profeta que amenaza, ó del predicador que edifica: en ~~otros la del~~ vencedor que aterra imperando, y del esclavo que enseña sufriendo: en otros la del magistrado que defiende las leyes, y la del caudillo que alienta sus tropas; y en otros la del héroe, admirandonos con su fortaleza, la del sábio predicando la verdad, y la del siervo de Dios acusando nuestra tibieza.

La pronunciacion con la accion es la segunda parte de la eloqüencia, ó lo que llama Ciceron *eloquentia corporis*. Estas dos calidades son tan esenciales al orador, y á todas las personas que han de hablar en público, que solo ellas dan vida y voz á la eloqüencia, la qual, conservada en la

memoria, ó en el papel, es cuerpo sin brazos y sin lengua. Este tratado faltaba en la primera edicion de esta obra, y se ha añadido á la presente.

Declarado yá el obgeto de esta obra, resta ahora dar razon de su título, baxo del qual se introduce la eloqüencia como casada con la filosofía. El alma debe considerar en lo que la deleyta, ó sorprehende la razon y causa de lo que siente: y entonces los progresos de este exâmen acrisolan y perfeccionan lo que llamamos *gusto.* Hasta aqui la eloqüencia se habia tratado, entre nosotros, como un mero arte, fundado mas en preceptos que en principios, mas en definiciones que en exemplos, y mas en especulacion que en el movimiento de los afectos. Por este método los muchachos no han tenido sino Cartillas clásicas para enriquecer su memoria, y ninguna luz para guiar despues su talento quando, en edad mas adelantada, hayan de presentar al público, de palabra, ó por escrito el fruto de sus estudios. A este fin es de suma necesitad una retórica filosófica, es decir, en la qual se diese la razon de sus doctrinas, se exâminasen con gusto crítico los exemplos, se comparase el espiritu de

los conceptos con la fuerza de la expresion, se desmenuzase la extructura de las frases, y se desentrañase la relacion entre nuestros afectos y su propio lenguage, mostrando el origen de las virtudes del estilo, y de sus vicios tambien. Esta es la que nos falta para dar pasto al entendimiento y al corazon de los lectores, deseosos de aprovechar en el noble exercicio de la eloqüencia.

Llamo yo *filosofia de la eloqüencia* aquella sabiduria, aquella discrecion en producir con vigor, gracia y propiedad de palabras lo que se engendra en nuestro discurso. Perdóneseme á lo menos el pensamiento que concebi treinta y seis años hace, ya sea por su novedad, ya por mi noble intencion. Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma, acaso no eché de ver que con lo mucho que en sí promete, me imponia una gran carga, que en realidad fué muy superior á las fuerzas y al caudal de mis juveniles años. Dichoso me llamaré mil veces, si en esta nueva edicion, nueva en todo menos en el título y en la forma, el ánimo me ayuda para salir menos desayrado que en la primera. Y si bien el público la recibió con

general aplauso, si hemos de contar por tal el despacho de tres impresiones; nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo. A la primera empresa nadie me obligó, como tampoco á esta segunda; y por esto mismo seré menos digno de indulgencia si segunda vez no hubiere medido bien mis fuerzas con el peso del trabajo. Hé dicho que nadie me ha obligado, y no sé si hé dicho bien: mi decidida aficion á este género de estudio, el amor indeleble que profeso á nuestra lengua, y el dolor de ver que de algun tiempo acá se venden, para instruccion de la juventud española, *Cursos de bellas letras, y Lecciones de retórica*, traducidos ya del francés, ya del inglés, en trage y gesto estrangero ¿no son estímulos bastantes para vengar la lengua, la eloqüencia, y la Nacion? Ya es tiempo de servir á la Patria con puro y ardiente zelo, que suple por el talento, y muchas veces hace hablar á los mudos.

Sirvan en este caso mis yerros, no para la disculpa, sino para el escarmiento de aquellos que sin vocacion genial, sin estudios, ni preparacion conveniente, y destituidos de todo dón natural ó adquirido, pretenden entrar de carrera en la

senda de la eloqüencia. Hemos visto en efecto hombres, dotados de cierta facilidad en el decir y sutileza en el discurrir en conversaciones y en debates escolásticos, que han creido que ser razonador era lo mismo que ser eloqüente: prenda es esta que alcanzan poquisimos. Y por ellos dice Marco Craso en el dialogo de los oradores: *Disertos vidimus multos, eloquentem omnino neminem.*

La Cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos: la persuasion evangélica, la caridad apostólica, la energia profética, y la dignidad oratoria. Esta dichosa revolucion, cuya época apenas llega á quarenta años, mas se debe á los excelentes modelos que siempre desengañan y enseñan, que á las amargas sátiras, que irritan el corazon de los agraviados sin ilustrar su entendimiento. Mas tambien de aqui ha provenido un mal. Como los buenos modelos que se les han venido á las manos á los que se dedican al púlpito, al foro, y á otros oficios de la eloqüencia, sean de autores franceses, les han comunicado el buen estilo, envuelto en la frase de la lengua original, texiendo y cortando las cláusulas al uso de aquellos escritores: de suerte

que lo que hemos ganado en la oratoria, lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura, y gala de nuestra lengua, tomando el estilo, formas y semblantes que no asientan á la locucion castiza castellana. Por otra parte, la facilidad de tener á la vista cortadas ya y cosidas piezas y discursos para todos los asuntos, bien sagrados, bien profanos; ha fomentado grandemente la pereza de nuestros oradores, quienes copiando las ideas, y con ellas la diccion, han venido á convertirse en meros traductores ó imitadores de los conceptos y expresion agena: comprado todo en las librerias, como se compran vestidos hechos en las tiendas de los roperos.

Este auxîlio es muy cómodo á los espiritus perezosos, y á los talentos cortos ó superficiales, que pueden lucir con poco trabaxo. Los dechados son para norma de los jovenes que se dedican al ministerio de la palabra; pero debe ser su principal cuidado probar las fuerzas de su entendimiento á solas, habituandose á continuos exercicios. Entonces conocerán que el talento oratorio se ha de sacar de propio caudal, no de la servil imitacion, porque sin ingenio no se inventa,

sin imaginacion no se pinta, sin afectos no se conmueve, sin gusto no se deleyta, ni se enseña sin sabiduria.

Pero, quando considero la eloqüencia baxo de otro respeto, estoy persuadido de que su estudio, y mucho menos su exercicio no es propio de los muchachos, por que debiendose suponer para su práctica un rico tesoro de pensamientos, el conocimiento del hombre moral, vastas y escogidas lecturas, una razon exercitada, y diestro manejo de su lengua, requisitos de que carece y es incapáz su corta edad; no puedo juzgar por racional el método, hasta aqui generalmente seguido, de anticipar el estudio de la retórica al de la filosofia. A este inconveniente habian añadido los profesores otro mayor enseñando el arte en lengua latina, y en esta misma la composicion: y tal vez es ésta otra de las causas del poco fruto de sus instituciones. Por otra parte ¿ qué atractivo puede tener para la puericia el estudio de la eloqüencia en una lengua muerta, que no entienden, ó entienden trabaxosamente? Y quando todas las circunstancias dificiles de reunir concurriesen para formar un latinista eloqüente ¿ lo sería éste igualmente en

su lengua materna? Ordinariamente los que blasonan de excelentes làtinos, suelen ser frios, obscuros, é insípidos quando han de escribir en romance. El mêtodo mas util y mas prudente seria, á mi parecer, que los jóvenes retóricos exercitasen su talento en composiciones castellanas, cultivando y probando la harmonia, gravedad, y riqueza de esta nobilisima lengua saboreandose con ella.

Pero tampoco pretendo que, sin grande preparacion, se presente de improviso la bisoñería de los retóricos á lucir su eloquencia, recien cogida de la clase, con demasiada confianza. De ninguna manera puede ser bueno, dice Plutarco, lo que se dice ó hace acelerada y desatinadamente, y segun el proverbio: *Lo bueno es lo dificil.* Las razones no pensadas, por la mayor parte ván llenas de vanidad, liviandad, y descuido, pues no se puede ver donde comienzan ni donde acaban.

No digo esto, continua Plutarco, por que quiera reprobar la prontitud y presteza en el hablar y razonar, ni para que se exerciten menos en ello los que puedan hacerlo buenamente; sino que, hasta que venga á tener edad de hombre,

no tengo por bueno que el muchacho hable ni haga razonamientos, ni oracion de repente: más, quando ya hubiere fundado las rayces la eloqüencia, entonces, quando el tiempo y la oportunidad lo requieren, muy bien es usar libremente de las razones. Asi pues los que dexan á los muchachos hacer oraciones ó razonamientos de improviso y sin pensarlo, dánles causa de cobrar un hábito de parlar mucho y hablar vanidades. Cuentan de un pintor muy ruin y vano que, mostrando á Apeles una imagen que habia pintado, le dixo: *esto lo hice de repente;* y el otro le respondió: *bien lo conozco aunque no lo digas.*

Longino no se contentó como Aristoteles y Hermógenes, con darnos preceptos enteramente secos y desnudos de ornato: no quiso caer en el defecto que reprehende á Cecilio, quien habia escrito del estilo sublime en estilo baxo. Pero Longino, tratando de las perfecciones de la elocucion, supo usar de todos los primores de ella: frequentemente comete la figura que enseña; y quando habla del sublime, el mismo es sublime. Sin embargo, lo hace tan á propósito, que no se le podria tachar en ningun pasage de

que se salga del estilo didáctico: y esto es lo que le ha dado aquella alta reputacion entre los sábios.

Lexos de mi toda vanidad de haber alcanzado esta gracia y perfeccion en la manera de tratar la materia; pero quédeme la satisfaccion á lo menos de haber tenido el mismo pensamiento, ya que no el mismo acierto. Los lectores serán mis jueces, y dirán si he sabido desviarme de la senda comun de los preceptistas que explican en el mismo estilo lo humilde que lo elevado, lo templado que lo vehemente, lo frio que lo patético: que dán reglas para expresar con calor lo que no sienten, para mover los afectos que no conocen, para exâltar la imaginacion de que carecen, para formar el estilo cuyas propiedades ignoran, viniendo á dar por fin, en lo mismo que escriben, exemplo contrario de lo que presumen enseñar.

Si no satisfaciese á todos mi forma de tratar esta amena y rica materia; satisfágales mi noble empeño, y mi mas noble intento, de hacer lucir y campear la lengua pátria, tan mal tratada de algunos años acá por los mismos que la mamaron mas pura á los pechos de sus madres. Lo que desmereciere mi pluma, lo vengarán los

venerables escritores nuestros, cuyos exemplos he escogido para modelos de las reglas inmutables del bien decir; sin necesidad de mendigar de autores extrangeros, ni los pensamientos, ni el modo de expresarlos.

Siendo los exemplos que aqui presento de autores españoles del tiempo en que no estaba la nacion contaminada con lecturas ni traducciones francesas, se aprenderá no solo la eloqüencia, sino tambien la buena frase castellana, y la índole de la lengua, que, por desgracia nuestra, iva tomando la dureza y desnudéz de la francesa con las obras traducidas, donde todo lo que se podia ganar de parte de las ideas y de las formas oratorias, se ha perdido de parte de la elocucion, que conserva siempre algun vicio de la mano del primer artífice.

Con estos exemplos de escritores domésticos nos familiarizarémos nosotros, y los extrangeros aficionados á la lengua española, con los donosos, delicados, y castizos modos de decir, inseparables de la substancia de los pensamientos, y de la extructura retórica de la oracion. En las formas de lo mas vehemente, elegante, ó enérgico de la elocucion, siempre saca la cara la sin-

taxîs, y la índole de la lengua en que se escribe. De este achaque adolecen las traducciones por esmeradas que sean. No basta saber imitar el talle del cuerpo, si el corte del vestido no dice con la figura. ¿ Y qué dirémos del estambre de la tela, que es la propiedad de las palabras? Esta tambien se vá perdiendo, y solo la lectura de nuestros autores antiguos puede reparar tanto daño. Nuestra preciosa lengua debia haber sido analizada en sus vocablos, y en los varios ligados que se forman con ellos, por un músico filosofo, ó por un filosofo músico. Pero, por desgracia, ni el oido ni el criterio se han empleado hasta ahora para conocerla, ni darla á conocer á los que la ignoran, ni para hacerla gustar á los que la saben, que no son todos los que la hablan. Con tan bien compuesto instrumento puede un escritor atinado y remirado hacer hablar á las Musas y á las Furias, á los Lacónios y á los Asiáticos, á Cesar y á Ciceron, á Platon y á Licurgo, á Zenon y á Epicúro. Con la misma lengua y las mismas palabras que usa el palurdo, hablan el sábio y el orador; pero estos se distinguen en lo que quitan ó añaden, y en los vocablos que casan, digamoslo asi, ó descasan. Y esto

no se puede hacer siempre en todas las lenguas vulgares fuera de la española, principalmente en aquellas que tienen una especie de moldes ó patrones para las frases, y como unos carriles señalados por donde ruedan las oraciones.

No por esto pretendo que todos los exemplos que propongo de nuestros autores con aplicacion á esta ó á la otra figura, sentencia, ú oracion, aunque bien acabados en quanto á la extructura ó forma general de tales, dexen de padecer algunos defectos parciales, ya de diccion, ya de gramática, ya de vejéz, unas veces por negligencia, otras por desaliño. Y asi no se deben imitar tan religiosamente por solo respeto á su memoria, que se quiera autorizar hasta sus yerros, ó descuidos, y hasta las dicciones hoy desusadas, ó las que nuestra delicadeza ó capricho, ó la mudanza de costumbres desecha como plebeyas, ó mal sonantes. A la verdad, ni todo merece alabanza, ni todo admiracion: porque el que quisiera imitarles hasta en los yerros, sugetando su juicio, como siervo, á la autoridad y celebridad de aquellos nombres, sería semejante á los que, no pudiendo pintar lo bueno, procuran copiar lo malo, como los discípulos de Platon, que

le imitaban en la corcóva, y los de Aristóteles en el habla tartamuda.

No se escandalizen los lectores, criados desde su niñez en el lenguage francó-hispano, si en los exemplos de españoles rancios que ofrezco á sus ojos, cevados en otro pasto, no encontráren las palabras favoritas de la moderna moda, como *ser supremo*, *humanidad*, *beneficencia*, *sociedad*, *seres*, *sentimientos*, *detalles*, *asambleas*, &c. porque en aquellos tiempos no se habian desterrado de nuestra lengua los nombres de *criador*, de *Señor*, de *Altisimo*, de *Divino Rector* ó *Hacedor*, de *Omnipotente*, en fin, de *Dios*, pues parece afectacion olvidarse de estas palabras que huelen demasiado á teologia en el reynado de la filosofia. Los que asi hablan y escriben, sin duda no han advertido que el *ser supremo*, sacado todo entero del *souverain être* francés, nada significa en castellano, por que esta idea abstracta se explica entre nosotros por *soberana esencia*, ó *divina substancia*, que asi lo dice Fr. Luis de Granada, y lo dicen otros escritores nuestros que entendian bien su lengua, y sabian como se habia de nombrar á Dios. Hasta estos últimos tiempos deciámos pias fundaciones, casas de piedad, ó de mi-

sericordia ; pero, como esto olería hoy á virtudes cristianas, se ha cambiado en *establecimientos de beneficencia*, á modo de fábricas ó talleres de artes. En efecto, las palabras piedad caridad, misericordia, han ido desapareciendo á la vista de la filosófica *humanidad*, que hoy suple los oficios de todas aquellas virtudes. Tambien se conocian en otro tiempo entre nosotros la *humanidad* y la *beneficencia*, y se exercitaban mas que ahora: díganlo los hospitales, los hospicios, refugios, Amparos, Inclusas, Colegios, &c. en casi todos los pueblos de España, que cuentan algunos siglos de antigüedad; pero aquellos dos nombres mas se aplicaban entonces á las virtudes privadas que á las públicas. Tambien se usaban entonces, y se leerán en los exemplos de nuestros autores, las voces de *sociedad*; pero acompañada siempre del adjunto *humana* ó *civil*: Se conocian tambien los *seres* baxo el nombre de entes, y otras veces de criaturas: los sentimientos eran entonces afectos ó afecciones; los *detalles* eran pormenores; las *asambleas*, juntas, congresos, concursos, cabildos, &c.

Sin ser un tratado clásico de retórica esta obra, he creido necesario clasificar y definir los

nombres del arte, todos los tropos, figuras, sentencias, y géneros del estilo. No hay que tachar este pensamiento, ni de pedanteria, ni de presuncion, y mucho menos de puerilidad. Me ha parecido necesario llevar este camino para guardar método, orden, y claridad. La distribucion y la nomenclatura ayudan á la memoria y á la inteligencia, sin perjudicar á la doctrina, ni á las reflexîones que la acompañan. Esto mismo guardan la chîmica, la botánica, la geometria, la metafísica, hoy ideólogia ; y la medicina tambien. Y teniendo estas ciencias sus principios y nomenclatura técnica ¿ habia de carecer de ella la eloqüencia como arte, para descender á las reglas, á las particiones oratorias, á los géneros, y especies ?

¿ Qué perderá el lector en oir los nombres de *metonimia*, de *perífrasis*, de *apóstrofe*, de *prosopopeya*, asi el que los ignora, como el que los tiene olvidados ? El primero verá la definicion y la doctrina con muestras que la confirmen en su respectivo lugar, como si para cada cosa se hubiese escrito aquel solo artículo ; y el segundo renovará lo uno y lo otro, y tal vez hallará alguna novedad, y se aprovechará de los exemplos varios, que es todo el fruto de la doctrina.

No hay, pues, eloqüencia sin elocucion, ni elocucion sin retórica. Ninguna de estas tres cosas conocen, ni pueden distinguir los romancistas; y las personas que llamamos legas podrán cometer figuras sin saberlo ellos mismos, podrán decir una frase sublime sin apercibirlo quando la ivan á decir, ni quando la decian, ni despues de haberla dicho, y acaso no dirán otra en un año. Tampoco estos serán capaces de hacer una composicion entera; ni tampoco una sola frase la formarán límpia, elegante, ni correcta, y aun menos sabrán escribirla; por que en esto último entra ya el exercicio y el estudio del arte; y obra tibia y sosegadamente el ánimo para producir sus pensamientos con orden, precision y claridad, y evitar los muchos vicios en que debe caer forzosamente el que nò tiene estilo formado; pues no lo puede poseer aquel que ignore sus elementos, sus cánones, sus géneros y calidades. Y ¿cómo tendrá presentes estas reglas y principios el que no conozca el arte que las ha recopilado, clasificado, esclarecido, y exemplificado?

La eloqüencia fué antes que la retórica, es verdad; pero debe entenderse, no el estilo, no

la composicion, ni una pieza eloqüente, sino dichos ó rasgos sueltos, brebes oraciones, producidas por la sola imaginacion ó pasion momentánea de hombres de buen juicio movidos de un impulso natural.

El arte vino despues y recopiló estos dichos y estas frases, las definió, las calificó, las ordenó, y clasificó, y de todo formó un cuerpo de doctrina de elocucion para los que se dedicasen á la oratoria, en cuyo exercicio poco hubieran aprovechado, sino hubiesen tenido bien leidas y meditadas sus reglas, y la aplicacion de los exemplos.

El uso que se debe hacer de estas reglas, la oportunidad, los casos, y las circunstancias, ya no dependen del mecanismo del arte; dependen sí de la discrecion, del feliz tino, y del buen gusto del que habla ó escribe; y el que bien escribe no puede dexar de estar muy familiarizado antes con las reglas, los nombres y sus definiciones, por mas que despues afecte despreciarlas como minucias clásicas ó pueriles. Si esto no fuere asi ¿cómo es que las personas iliteratas, ó sean legas, por mas diestros pendolistas que sean en todos los ramos, escriben tan incorrectamente

una oracion en pasando de seis lineas? y mas todavia, si hay que salir fuera del carril gramatical ú oficional para levantarse á region mas noble ó figurada, se suelen perder entonces, porque ni tienen alas quando quieren volar, ni báculo para caminar por terreno escabroso y desconocido para ellos, ni luz que los guie en la obscuridad de sus ideas, ni hallan suelo donde hacer pié quando se entran con el agua hasta la barba? Estas alas, este báculo, lo presta la retórica; y en los preceptos que dicta para el estilo, halla la luz para no descarriarse, y el suelo para no ahogarse, el que pretende escribir destituido de su socorro.

Muchas de las personas que, por moda, mas que por razon, hacen melindres á las voces *hipotiposis*, *metalepsis*, *silepsis*, *antithesis*, &c., que entran en la nomenclatura de la elocucion, sufren, y aun aprenden con empeño y no con poca vanidad, sin ser físicos de profesion, sino aficionados, los nombres exôticos de *azoes*, *oxídos*, *sulfates*, *carbonates*, &c. de la fisiología moderna, que á la verdad no son, ni mas dulces ni mas inteligibles que los otros. He llegado á sospechar, á vista de esta contradiccion de muchos

hombres que cultivan las letras, que tal vez miran como puerilidad la nomenclatura retórica, por que aprendieron el arte en su puericia, como desdeñandose, quando adultos, de tan humilde recuerdo. Si es esta la causa, me confirmo en lo que tengo dicho en la primera edicion de esta obra, y me lo ha vuelto á confirmar mi propia experiencia; esto es, que el arte de bien decir se debiera enseñar á los jóvenes despues de la lógica y de los demas estudios filosóficos; y entonces la edad de los discípulos, como su razon, ya mas cultivada, ademas del mayor fruto que cogeria, daria mas autoridad é importancia al estudio de la retórica.

El escritor ha de cometer las figuras y formar sus periodos sin prepararse para hacerlo, ni acordarse en aquel acto de sus nombres y definiciones, sino despues de hechos para corregir lo que haya dicho mal. Para este caso sirve el estudio anterior de la retórica, ya sea para no caer en yerros, ya para enmendarlos despues de cometidos. Y asi, quando he dicho que los dechados sirven mas que los preceptos, no he querido decir otra cosa sino que sirven para la imitacion y el estudio. De otra manera ¿ cómo se distinguirán

las bellezas, como se sabrá escoger lo bueno, lo digno, lo mejor, si no se ha conocido antes? Y ¿cómo se conocerá si no se tienen ya sabidos los preceptos?

Preceptos, vestidos, ó mejor, disfrazados con observaciones, reflexîones, advertencias exemplares, he sembrado en esta obra, ya directos ya indirectos, para no dexar la doctrina con la sequedad y desnudez de lecciones de la clase. No contento con haber escogido insignes exemplos, he querido multiplicarlos en cada sentencia y figura, introduciendo en cada una, no un autor sino muchos, para que se vea entre la diferencia de ellos la gran variedad de modos, y de caminos por donde cada qual llega al mismo fin, diciendo un mismo pensamiento sin decirlo de un mismo modo. Y acordándome de que la perfecta belleza se debe sacar de distintos modelos, por quanto en un solo individuo es imposible hallarse cosa del todo perfecta; asi me ha parecido util, ademas de agradable, la vária lectura de exemplos de diferentes autores nuestros.

Baxo de esta regla he juzgado á Zeuxis de Heracléa, famosisimo pintor, por muy prudente

en haber sacado de muchas hermosas doncellas escogidas una perfecta hermosura, pareciendole que no bastaba un exemplar para sacar la imagen de la que admiró á toda Grecia, y dió que hacer á muchos poetas que pretendieron alabarla, y por quien habian contendido toda el Asia y la Europa. Euzompo parece que aprobó esta manera de imitar quando preguntado ¿qué pintor de los antiguos se proponía para imitar? dicen que, señalando con la mano hácia cierta junta de gentes, respondió: *Yo? á la naturaleza imito, y no á hombre alguno.* De este dicho parece que sacó Lisipo lo que solia decir: que de la pintura misma habia aprendido, y sacado el atrevimiento.

Y, como puede suceder que aquel último punto de gracia y de perfeccion á que no alcanze la composicion de un autor, alcanze la de otro; ó que, cotejadas las muestras de dos ó tres escritores eloqüentes, cada qual á su manera, se venga á formar un juicio verdadero del mérito particular de cada uno, y la calificacion del buen escritor en general; hé querido hacer en cada figura una como reseña de las plumas de muchos.

Nada se perderá en la extension de lecturas tan várias, para aprender los varios modos de expresar un pensamiento determinado, y siempre con eloquencia, que no varía; y á lo menos se ganará mucho de parte de nuestra lengua, familiarizandonos con el buen decir de los padres de ella.

Ciceron, queriendo escribir de la manera de orar, hizo por lindo orden mencion de todos los que habian orado ó escrito de oratoria, asi griegos como latinos; y con admirable felicidad, y agudeza de ingenio, y con propiedad grande de palabras, los representó, sin dexar cosa que fuese digna de loa en alguno de ellos. Y alabó, no solo á los célebres, mas tambien á los de menos nombre, por que entendia que no podian dexar de tener alguna cosa digna de alabanza, y y asi introduce á Pomponio Atico; que á grandes voces le dice: *tú ciertamente vás ya dando las heces;* y él le responde: *Yo voy buscando todos los que se atrevieron á orar en público, por no dexar alguno de quien no pueda sacarse fruto.* Y no dexaba de creer por eso el orador Romano, como lo dice: que la verdadera per-

feccion está en aquella suprema imagen de belleza que se vé con sola la mente é imaginacion, á que no alcanzan los sentidos, y que acá abaxo se ha de sacar de cada cosa lo que pareciere mas perfecto.

FILOSOFIA

DE LA

ELOQÜENCIA.

INTRODUCCION.

DESPUES de haber los hombres perfeccionado la facultad de comunicarse sus ideas, cultivaron la de infundirse sus pasiones. Este exercicio en las instituciones democráticas produxo y autorizó el talento oratorio: de cuyos maravillosos exemplos se vino á formar un arte sublime, que, escuchado como oráculo en las deliberaciones públicas, fué árbitro de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y tal vez arma fatal de los tiranos.

De aqui tomó su origen é imperio la eloqüencia, que destinada para hablar al corazon como la lógica al entendimiento, llegó en la antigüedad á imponer silencio á la razon humana. Asi es que los prodigios que obró muchas veces en boca de un ciudadano cauti-

vando los ánimos de un pueblo entero, forman acaso el testimonio mas admirable de la superioridad de un hombre sobre la muchedumbre. Dexando innumerables exemplos, basta traer á la memoria aquel Cyneas Tésalo, hombre tan grave y suave en el decir, que Pyrro rey de los Epirótas le embió por embaxador á muchas ciudades, el qual las traxo de tal suerte á su devocion, que mostró ser verdadera la sentencia de Eurípides, de que *acaba todas las cosas la Oracion, con la qual poco puede el hierro enemigo.* Y aun el mismo Pyrro solia confesar que mas pueblos habia adquirido con la lengua de Cynéas que con las armas.

La eloqüencia pública tuvo su cuna y su trono en las repúblicas, por que alli era necesario para mandar á los hombres, persuadirles la necesidad y justicia de la ley; y alli se conservó siempre estimada, por que en aquella forma de gobierno abria el camino para las dignidades, el honor, y las riquezas. Esta fué la causa de que en aquellos estados populares se honrasen no solo la eloqüencia, sino tambien todas las demas profesiones proprias para constituir oradores, como eran la política, la jurisprudencia, la poética y la filosofia. Entonces se echó de ver que para ser insigne orador era menester, no solo criarse en aquel concurso de circunstancias necesarias para formar un hombre grande, mas aun en tiempos y payses, donde

se pudiese impunemente reprehender el vicio, honrar la virtud, y predicar la verdad. En efecto si Atenas y Roma, tan fecundas en ilustres oradores en una edad, fueron tan estériles en otra, fué por que la eloqüencia corrió allí, como en todas partes, la fortuna de la libertad. Asi la grande época de los griegos se cuenta desde Pisistrato hasta Alexandro, y la de los romanos desde Mario hasta Augusto Cesar. Sosegadas las disensiones del pueblo, atajado el desenfreno de los partidos, sugetas las pasiones y las armas al rigor de las leyes, cesaron las importantes causas y debates que en el foro y en el senado habian hecho valiente y magnífica la eloqüencia. Desde entonces los oradores públicos, cuyo destino era como un empleo del Estado, acabaron su oficio; y precisados á abrazar asuntos pacíficos y particulares, se vieron reducidos á la condicion de simples abogados.

La eloqüencia, que nació antes que la retórica, asi como las lenguas se formaron antes que la gramática, no es otra cosa, hablando con propriedad, sino el dón feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo del oyente los afectos que tienen agitado el nuestro. Este sublime talento nace de aquel exquisito deleyte que hallamos en las cosas, cuya grandeza, importancia y verdad ocupan nuestro corazon: por que la misma disposicion del alma que nos

hace sentir con viveza qualquier movimiento interior, basta para hacernos comunicar su impulso á los oyentes. Asi, pues, parece que no hay arte para ser eloqüente, una vez que no lo hay para sentir.

Los grandes maestros dedicaron sus preceptos, mas para evitar los defectos, que para enseñar las perfecciones: por que la naturaleza sola cria los hombres de ingenio, del modo que forma en las entrañas de la tierra brutos é informes los metales preciosos; el arte hace despues en el ingenio lo que en estos metales: los limpia y acrisola. Si la fuerza de la eloqüencia dependiese directamente del artificio, no viéramos que lo sublime se traduce siempre, y casi nunca el estilo; pues el trozo verdaderamente eloqüente es el que conserva su carácter pasando de una léngua á otra..

Vemos tambien que la naturaleza hace eloqüentes à los hombres en los asuntos de grande interés, y en una vehemente pasion, que son dos fuentes de sentencias sublimes y verdaderas: por esto casi todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. El que se conmueve vé las cosas con otros ojos que los demas hombres; compara y pinta con veloz pincel; y hasta las personas vulgares, como lo muestra la experiencia, llevadas de su natural imaginacion, se explican con tropos y figuras: asi en todas las lenguas *arde el corazon, ciega la*

cólera, embriaga el amor, se enciende el odio, &c. Esta misma naturaleza es la que inspira algunas veces expresiones vivas y animadas, quando un vehemente deseo, un peligro inminente llaman de repente á su socorro la imaginacion. Enrique IV. de Borbon, para animar á sus soldados en la batalla de Ivri, asi les dice con su exemplo: *Compañeros: vosotros correis mi fortuna y yo la vuestra. Quando perdais las banderas, seguid mi penacho blanco, que lo hallareis siempre en el camino del honor y de la gloria.*

Mas ardiente y sublime hállo yo esta breve harenga que hizo un caudillo de patriotas, para animarlos, al ver el exército Real que venia á darles batalla: *Yo no soy de los que se reservan para el premio: capitan quiero ser de los muertos; y si no me halláredes entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos.* Tráela D. Francisco Manuel en su Historia de la guerra de Cataluña de 1641 en boca de Tamarit, xefe de los Barceloneses amenazados de perder sus fueros.

Dirémos, pues, que los rasgos en que brilla la eloqüencia apasionada son hijos del corazon, y no de los preceptos frios; ántes por aquellos se formaron las reglas, por que en todas las cosas la naturaleza fue siempre madre y modelo del arte.

Pero ¿no se ha dicho como axîoma comun,

que los poetas nacen, y los oradores se hacen? Si, es verdad; pero no es lo mismo decir cosas con eloqüencia que ser escritor ú orador eloqüente. Este necesita estudiar las leyes, las inclinaciones de los jueces, las costumbres y pasiones y el gusto de su tiempo, para persuadir, mover y deleytar; y ambos deben, por un largo exercicio y estudio de su lengua y de sus tesoros, texer sus sentencias, ordenar sus palabras, medir sus frases, vestir sus razones, esforzar sus afectos, y sostener el discurso para llamar la atencion del oyente, y captar su benevolencia. La gracia y mérito del orador está, no solo en expresar bien lo que siente, más aún lo que no siente; y en esta ficcion es donde hace toda la costa el arte, y muy poca la naturaleza.

El arte, es verdad, no dá el talento, ni el ingenio, ni la imaginacion, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales; pero enseña á usar de ellas en tiempo y sazon, á darles el temple conveniente, y á distribuir las particiones y adornos que pide una composicion eloqüente, ya sea oracion, plática, ó razonamiento. Esta parte artificial, hija toda del estudio, además del peso y grandeza de las razones, conviene sobre manera al hombre político, y al capitan, para exôrtar á los ciudadanos, y mover á los guerreros. Buen exemplo de esto tenemos en las Filípicas, y algunas harengas

que hay en Tucídides y Quinto Curcio, y no de menos valor, ni en menor número, las que se leen en varios de nuestros historiadores. Sea la primera la plática que Bartolomé de Argensola en su historia de las Molúcas pone en boca del Rey de Tydóre xefe de la liga contra los Europeos, para mover á los príncipes comarcanos y confederados. *Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo européo castigando, con riesgo de nuestra ruina general, unos hombres á quienes no obligan nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas: ladrones del orbe, que le tienen usurpado cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos! En vano hemos probado siempre aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, se muestran avaros; si pobres, ambiciosos. Sola esta nacion es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias agenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio: y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece segura la paz. Nos hallamos poseedores de las mas fértiles islas del Asia, solo para que con sus frutos compremos servidumbre y vasallage infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos á la ambicion de tiranos advenedizos. Experiencia tenemos de quan odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes christianos, los quales, por esto mismo,*

no debemos esperar ni mas modestos, ni menos enemigos. Tened, pues, en memoria, asi los reyes como los súbditos, asi los que os prometeis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni esta sin brios y sin conformidad.

Leemos en el mismo Argensola la lamentable harenga que la reyna viuda de Ternáte hizo á los portugueses, apretando entre sus brazos al tierno infante su hijo, al tiempo que querian quitarselo só color que ivan á coronarle: *Quando yo estuviera cierta de que le llevais para que reyne en sosegada fortuna y en prosperidad no asaltada de temores; quisiera mas verle crecer y durar en vida privada, sin cargas de ningun cuidado público, que verle reynar por vuestro antojo: ¿ Será justo que os entregue mi hijo para recibir la corona, y juntamente le destineis á las cadenas y hierros, de los quales vengan á librarle solo el veneno y las falsas acusaciones con que han fenecido sus hermanos y sus padres? Que prendas me tiene dadas la fortuna de que en este niño se ha de aplacar con aquella familia, á quien por la proteccion que pensó hallar en vuestras armas, ordenó que le cargaseis yugo intolerable? Dexadnos, pues á la madre y al hijo ocupar los ánimos en las obras de la naturaleza, ya que las de la fortuna nos han desengañado con tan costosas experiencias. Permitid que nos*

nos divirtamos de ellas con el cultivo y mansedumbre de estos jardines; séanos, siquiera, lícito carecer de lo que tantos desean.

Que dirémos de la elocucion que hizo Hernando Cortés á sus soldados quando llegó de la Havana á la Isla de Cozumel, animandoles á la empresa: *Amigos y compañeros* (les dice) *la causa de Dios nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres. Pocos somos, pero la union multiplica los exércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza. Uno, amigos, ha de ser el consejo en quanto se resolviere, una la mano en la execucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistáre. Del valor de qualquiera se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados; y mas tendreis que obedecer en mi exemplo que en mis órdenes.*

Verémos otro exemplo del estilo en que se

visten las harengas en la exôrtacion que hizo á los Mexicanos el rey de Tezcúco, sobrino de Motezuma que estaba á la sazon preso en poder de los españoles: *A que aguardamos* (les dice) *amigos y parientes, que no abrímos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos ¿ doblamos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? ¿ Que son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra floxedad, y desprecio de nuestra paciencia? Prendieron al gran Motezuma, sacandole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardias á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de los delinqüentes. ¿ Quien habrá que lo crea, sin desmentir á sus ojos? O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! Pues ¿ en que os deteneis, ilustres mexicanos, preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esta libertad que le veis gozar estos dias, no es libertad sino un tránsito engañoso á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes.*

Estos razonamientos, y todos los que se llaman directos en las historias antiguas, son fingidos, es verdad; son inverosímiles ademas,

y tambien es verdad. El autor es quien escribe, quien dicta, y quien habla, quando pone sus cultas razones en boca de incultos personages. Pero no se han transladado aqui sino para mostrar que ninguno, ora sea docto, ora indocto, puede labrar la extructura de estas ficciones en fuerza solo de su natural sino se socorre del arte y del estudio.

La eloqüencia de la naturaleza es comun al hombre civil y al salvage: rasgos se citan de ellos, y no discursos. En sus breves sentencias hay palabras, y no hay estilo; hay imágenes, y no colorido; hay grandeza, y falta el decoro; hay sencillez, mas no hermosura. Hablan las pasiones rompiendo por la salida mas corta, como son el amor, y el dolor, cuya impetuosa expresion rebienta en exclamaciones, imprecaciones, quexas, amenazas, deprecaciones, y en personificaciones comunes. Pero la elocucion, que es el habla culta, pura, noble, espléndida, agraciada y persuasiva, solo se alcanza fundamental y científicamente con el estudio de la retórica, por que en ella está cifrado el arte de bien decir. A este debieron su fama y excelencia las oraciones de los Eschînes y Demóstenes, de los Tulios, Brutos, Antonios, Crasos, y Hortensios.

En tanta estima se tuvo siempre la gracia de la eloqüencia, que aquellos grandes reyes, engendrados de Dios como dice Homero, hincha-

dos con la púrpura, cetro, guardias y oráculos divinos, y que con su grandeza y magestad espantaban y sugetaban al vulgo; tambien querian hablar por reglas de retórica, y abogaban en el foro, usando de la facundia y razones que sublimaban á los hombres al sumo grado de reputacion. Pedian á Jupiter el consejo, á Minerva el entendimiento, y á Caliope la eloqüencia.

CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO.

El que pretenda á un tiempo enseñar, mover, y deleytar, que es oficio del orador ¿qué conocimiento no es menester que tenga del corazon humano, de su propio idioma, y del espíritu del siglo en que vive? ¿qué gusto, para presentar sus conceptos en un semblante agradable? qué estudio, para ordenarlos del modo que hagan la mas viva impresion en el ánimo de los oyentes? qué discernimiento para distinguir las circunstancias que deben tratarse con alguna extension de las que, para ser sentidas, bástales solo ser manifestadas? qué arte, en fin, para hermanar siempre la variedad con el órden y la claridad.

El hombre eloqüente huye de la aridéz del estilo didáctico, por que no basta que sea magnífico, alto, y sólido un pensamiento, sino es felizmente expresado. La hermosura del estilo solo consiste en la claridad y colorido de la frase, y en el arte de exponer las ideas. Asi, pues, hay gran diferencia entre el escritor eloqüente y el escritor elegante. El primero se anuncia con una elocucion animada y persuasiva, formada de expresiones valientes, enérgi-

cas, y brillantes, sin dexar de ser ajustadas y naturales. El segundo declara su pensamiento con nobles y galanas frases, formadas de expresiones cultas, flúidas, y gratas al oido.

El escritor eloqüente, como sea su fin mover y persuadir, se sirve en el discurso de lo vehemente y sublime, dedicandose sobre todo á la fuerza de los términos, á la grandeza de las imágenes, y al órden de las ideas. Y el elegante, como aspira á deleytar, solo busca la gracia de la elocucion, esto es, la hermosura de las palabras, y la harmónica coordinacion de la sentencia.

Puede un escritor ser diserto, es decir, puede hacer un discurso fácil, puro, claro, elegante, y aun espléndido, y con todo no ser eloqüente, por faltarle el calor y la energia. El discurso eloqüente, es vivo, animado, vehemente, y patético, quiero decir, hiere, eleva, arrebata, domina y suspende el ánimo. Asi que, suponiendo en un hombre facundo nervio en la expresion, elevacion en los pensamientos, y calor en los afectos, basta para hacer un escritor eloqüente.

El arte oratoria, como observa un autor de mucho ingenio, consiste, mas que en otra cosa, en un estudio reflexîvo de los mejores modelos, y en un contínuo exercicio de componer y de comparar sus débiles ensayos con la perfeccion de los originales: exercicio, que hace fructificar

el trabaxo mas que una ostentacion de reglas, la mayor parte arbitrárias.

Dos cosas parece que concurren para formar un orador, la *razon* y el *corazon*, aquella para convencer, y este para mover y persuadir. Sobre estas dos disposiciones naturales se afianza la verdadera eloqüencia, como el arbol en sus rayces.

Sin embargo, los buenos oradores son muy pocos, por que son tambien mui raros los hombres dotados de aquella penetracion, extension, y exquisito juicio, necesarias para discernir lo verdadero, y hacerlo evidente; por que, en fin, son muy raras aquellas almas delicadas que sientan interiormente la impresion de los obgetos de sus meditaciones, y que puedan traspasar al corazon del oyente las afecciones de que están poseidas.

Del modo de ver las cosas, depende en gran parte la fuerza ó debilidad en sentirlas, y por consiguiente en expresarlas. Las ideas adquiridas por una sosegada y tíbia reflexîon en el retiro de un estudio, son menos vivas y acaloradas que las que nacen de la vista y contemplacion de este teatro del mundo. Seria, pues, un prodigio hallar á un ciego de nacimiento, eloqüente.

Supuesto el nativo talento de que hablamos, acompañado de la luz de la experiencia que presta la humana sociedad, y de la elevacion y

nobleza de los sentimentos morales, importa mucho al orador elegir siempre asuntos dignos. Por esto vemos que algunos, quando el asunto es vago y general, recurren á lugares comunes; hablan mucho, y nada dicen. A otros vemos que, quando es árido y estéril, se exhalan apurando menudencias: y á otros que, quando es débil y frívolo, se vén forzados á cubrirle su desnudéz con el adorno de florecillas, que se marchitan en sus mismas manos. En suma, el carácter y autoridad de la eloqüencia no se acomoda sino á obgetos grandes, ilustres, é interesantes á los hombres; y desprecia siempre la insípida loquacidad, y la pompa vana de las palabras.

Los obgetos grandes prestan eloqüencia á los ingenios sublimes; pues vemos que Descartes y Newton, que no fueron oradores, son eloqüentes quando hablan de Dios, del tiempo, del espacio, y del universo. En efecto, todo lo que nos eleva el espiritu, ó nos engrandece el ánimo, es materia propia para la eloqüencia, por aquel placer que sentimos de vernos grandes. Tambien, y por la misma causa, todo lo que nos anonada ante los ojos de nuestra consideracion, es obgeto digno de la gravedad oratoria: pues ¿ qué cosa mas capáz para levantar nuestro espíritu humillandole, que el contraste de nuestra pequeñez con la inmensidad de la naturaleza criada?

La verdadera eloqüencia necesita del auxîlio de muchas ciencias y artes liberales. Cuenta ante todas la *gramática*, que tiene mas obra que ostentacion, y es fundamento del arte de bien decir, pues sin ella seríamos siempre niños. De la *lógica* saca el método y fuerza del raciocinio: de la *geometria*, el orden y enlaze de las verdades: de la *historia*, el exemplo y autoridad de los insignes varones: de la *jurisprudencia*, los oráculos de las leyes: de la *filosofia moral*, el conocimiento del corazon del hombre, y de sus pasiones; y de la *poesia* el colorido de las imágenes, y el embeleso de la harmonía.

Todas concurren á formar, ó mas bien, á vestir al orador exterior: mas la eloqüencia sin la filosofia moral es vanidad pura; y asi anduvieron estas dos ciencias compañeras en algun tiempo, y los mismos que enseñaban á orar, eran maestros de buenas costumbres. Las enseñanzas y facultades, que llaman artes liberales, pueden aprender los jóvenes de corrida, como para tomar el sabor y tintura de ellas, por que es imposible, y corta la edad, para ser perfecto en todas. Mas en la filosofia se deben detener, y tenerla por principal ciencia; por que asi como es gran placer y cosa curiosa al que navega pasar á la vista de muchas ciudades é islas; asi tambien es muy útil y provechoso quedarse á morar en la mejor de ellas. Por estos muy graciosamente decia Bion el filósofo;

que, asi como los enamorados de Penélope, no pudiendo juntarse con ella, tenian parte en sus siervas y criadas; asi los que no pueden alcanzar la filosofia, se deshacen y consumen en las otras ciencias que no son de ningun valor. Por lo qual conviene tener por cabeza de todas la filosofia.

Para la cura de las dolencias del cuerpo hallaron los hombres la medicina y el exercicio, por que aquella dá la sanidad, y este, la buena disposicion. Pero, de las pasiones y dolencias del ánimo sola la filosofia es la medicina, por que con esta, y por esta, se puede conocer qual es lo bueno y lo malo, qual lo justo y lo injusto, qué es lo que debemos elegir, y lo que debemos huir. Este tino, que aprendemos con la filosofia, respecto de nuestras acciones, sirve para componer nuestras razones, escoger las palabras y las figuras, y dirigirlas con discrecion y acierto á los oyentes, para encender ó templar sus ánimos.

De la Sabiduria.

A muchos escritores, por otra parte facundos, les falta cierto caudal de sabiduria, sin cuyo socorro, ó nada se piensa, ó se piensa erradamente.

Otros, solo aspiran á decir lindezas ; sin advertir que lo esencial para hablar bien consiste en decir cosas buenas, porque no basta hablar como orador para llamarse uno eloquente, si no piensa como filósofo. No le basta formarse por el dechado de grandes oradores, si carece de aquella luz de sabiduria, necesaria para no desviarse de la senda de la razon, distinguir la verdad de su sombra, y exponerla con dignidad y firmeza.

Mucho desdoran el lustre y autoridad de la eloqüencia algunos discursos, tan vacios de ideas, como de sentido y razon : los unos, texidos de paralogismos brillantes, que emboban á la muchedumbre y hacen reir al sábio; los otros, vestidos de pensamientos triviales, de expresiones estudiadas, sacadas de lugares comunes, gastados ya del contínuo uso.

La sabiduria, asi como es fundamento de todas las otras cosas, lo es tambien de la eloqüencia. Y pasa poseer la gracia de la elocucion, y la alteza de las ideas, es menester juntar, como juntó Platon, el arte de decir y el de pensar elegante y sublime. No es muy comun esta union, acaso por ser tan necesaria. El mismo Horacio la reconoció por tal quando señala la sabiduria como principio y fuente de escribir bien. El mismo Platon en su Gorgias dice : que el orador ha de poseer la ciencia de los filósofos : Aristóteles despues nos enseña en

su retórica que la verdadera filosofia es la secreta guia en todas las artes: y el padre de la oratoria romana ¿no llama á la eloqüencia *copiosé loquens sapientia?* Y para no citar siempre autores profanos, en el Eclesiástico se lée hablando del varon justo: " Si el gran Dios " y Señor quisiera, henchirlo há de espíritu de " sabiduria; y asi lleno de este espiritu, derra- " mará como lluvia las palabras de la sabi- " duria."

¿Qué será, pues, aquel *sapere* de Horacio? No es ciertamente el saber como erudicion, ni como ciencia de la escuela, sino la sabiduria; aquella sal con que se condimenta la oracion; aquel punto de sazon que se debe dar al manjar del espíritu; aquel discernimiento para escoger lo mejor; aquel término y modo de decir y escribir correcto, puro, claro, decoroso y natural; aquella templanza en los conceptos y en sus galas; aquella economia en los ornatos; aquella propiedad y proporcion en las imágenes; aquella oportunidad y justa medida en las alusiones, símiles y comparaciones; aquella severidad y verdad en las sentencias; aquella igualdad en los términos y curso de la oracion, hija del recto sentido y liberal raciocinio que se llama filosofia, y es como antorcha que guia los pasos del escritor que aspira á la eloqüencia.

El ingenio y la imaginacion, por fecundos que sean, no alcanzan solos á este punto de per-

feccion; solo la razon lo alcanza, mas ayudada del saber, que no nace con el hombre, antes se forma con la meditacion, con la escogida lectura, y con un contínuo exercicio de ver, de comparar, y de componer. Entonces se adquiere aquella discrecion, aquel tino y acierto en la eleccion de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones, y en el movimiento de los afectos. Entonces preside en todas nuestras composiciones aquel recto sentido con que discernimos no solo lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo vacío, lo profundo de lo superficial, sino lo llano de lo humilde, lo natural de lo plebeyo, &c.

Este pulso filosófico que á las plumas de Salustio, Tácito y Lucano, dió tan recio temple, se forma de la sublimidad de las ideas, de la profundidad de los afectos, y de la independencia del juicio y opinion comun de los hombres. Pero esta filosofia tiene por cimientos, ya una fuerza de razon para profundizar hasta los principios de las cosas, y levantarse á los conocimientos mas perfectos de que el hombre es capáz; ya una sabiduria de razon, que conteniendola en los límites señalados al entendimiento, la libra de los errores en que hacen deslizar al hombre la vanidad y el deseo fatal de singularizarse.

Un orador, dotado de este pulso filosófico,

ahondando las verdades mas comunes, sabe sacar de ellas nueva sustancia; y mezclandola con sus propios pensamientos, produce nuevas verdades, como el diestro chîmico, que descubre nuevos seres de las sustancias mas conocidas.

De la Imaginacion.

La mayor parte de los que hasta hoy han tratado de la *imaginacion*, han estrechado ó extendido demasiado la significacion verdadera de esta palabra; cuya ajustada definicion se ha de tomar en su etimologia latina, *imago*, imagen.

La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion nueva de imágenes, y en la correspondencia ó conformidad exâcta de ellas con la afeccion que queremos excitar en los otros. Si ésta ha de ser el terror, entonces la imaginacion cria los esfinges, anima las Furias, hace bramar la tierra en sus volcanes y vomitar fuego á las nubes; si la admiracion ó el embelesó, cria de repente el jardin de las Hespéridas, la isla encantada de Armida, y el palacio de Atlante. Asi, pues, podremos decir muy bien que la imaginacion es la invencion en materia de imágenes, asi como en materia de ideas el ingenio.

De estas observaciones se sigue ser la imaginacion aquel poder que todo hombre tiene de representarse en su mente las cosas visibles y materiales. Esta facultad intelectual ó intuitiva, depende originalmente de la memoria, pues hemos visto antes los hombres, los animales, los montes, los valles, los rios, los mares, los cielos, y sus fenómenos. Estas percepciones entran por los sentidos exteriores, la memoria las retiene, y la imaginacion las compone; por esto los griegos llamaron á las Musas hijas de la *Memoria.*

La memoria, cargada de hechos, imágenes y representaciones diferentes, y exercitada de contínuo, engendra la imaginacion, la qual, segun se observa, nunca es tan viva como desde los treinta hasta los cincuenta años, quando las fibras del cerebro han adquirido toda su consistencia, para dar vigor á las verdades ó errores, que abrazó el entendimiento. Concurren tambien otras causas físicas á fortificar la imaginacion: los libros la excitan; la pintura y la música la encienden; la vista del teatro del mundo la engrandece; y el clima y suelo nativo la exâltan. A la verdad, alguna diferencia ha de haber entre las eternas nieves de la Lapónia, y el benigno cielo de las fortunadas márgenes del Betis.

No podemos negar que en la antigüedad la imaginacion tuvo una suprema influencia en los

escritores, quienes, nacidos y criados debaxo de un cielo ardiente y sereno, hablaban lénguas muy favorables á la harmonia; y tenian ademas una física animada, y una mitologia que era á sus ojos una galeria de pinturas. Su mundo metafísico estaba poblado de entes corpóreos, sus filósofos eran poetas, su religion daba vida, alma y movimiento á lo mas inerte y bruto de la naturaleza. Y en su meteorológia se pintaron con tan apacibles imágenes los fenómenos terribles, que llegaron á llamar risa de Vesta y Vulcano á los relámpagos y truenos. Desde entonces rien los prados, y llora el alba regalando esmeraldas y perlas á la poesia.

Es cosa muy natural al hombre el formarse en su fantasia especies de todo lo que ha visto, y de los fenómenos que han asombrado á su ignorancia; y aquel que se ha labrado y pulido en los preceptos del arte, nunca es mas eficáz ni eloqüente que quando reduce á imágenes sus conceptos mas abstractos. Y este lenguage *natural* nos es tan familiar que diariamente le usamos en todos los acontecimientos de la vida comun. Este es el del amante enloquecido, de la amada zelosa, de la viuda desconsolada, de la madre que ha perdido su hijo, y traspasa con su lamento el corazon de los vecinos.

Sin embargo, los antiguos no agotaron todos los manantiales de la imaginacion, de donde mucho pueden sacar los modernos, pues en to-

dos los escritores de sobresaliente eloqüencia brotan, digamoslo asi, pensamientos y figuras nuevas, animadas con vivas imágenes. Y esto no es de admirar, por que se pueden dar tantas y tan diversas formas á las pinturas de la naturaleza como á los caractéres de la imprenta: verdad, que dimana de que cada hombre ha de pintar los obgetos segun los vé, y conforme la impresion que le causan.

La imaginacion, siempre que no se abuse de su calor, ni de sus colores, es necesaria al escritor que ha de hablar al sentido, y al orador quando ha de conmover los ánimos: por que la razon â solas con la naturaleza, dexa tibia y como apagada el alma del oyente. Sin embargo, el orador no puede dexarse poseer de la imaginacion como el poeta, cuyo exceso en esta parte es solo disculpable en una composicion escrita con calor y vehemencia.

Quando el orador ha de presentar una descripcion ó pintura para infundir terror, puede acudir á la imaginacion, que le servirá los retratos mas grandiosos, aunque sean los menos correctos, como los mas poderosos para causar una grande impresion. Entonces, por exemplo, preferirá las erupciones de fuego humo y ceniza del Mongibelo á la quieta y pura luz de las lámparas del sepulcro. Si se trata de expresar un hecho sencillo con una imágen brillante, de representar, supongamos, la discor-

dia levantada entre los ciudadanos; la imaginacion pinta la paz que sale llorosa de la ciudad tapandose los ojos con la oliva que ciñe su frente.

Y ¿ quien puede dudar que es alguna vez la imaginacion, no menos necesaria que la razon, al hombre que ha de persuadir á los otros? Es claro que en un discurso, no solo es menester decir verdad para satisfacer al entendimiento; sino tambien vestirla de imágenes, para hacerla espléndida y agradable á la imaginacion. Si tuviesemos por oyentes puras inteligencias, ú hombres mas racionales que materiales, bastaria exponerles sencillamente la verdad; y entonces el orador ¿ en que se distinguiria del geómetra? Pero, como en la mayor parte de los discursos se habla á hombres que cierran sus oidos á lo que no pueden imaginar, que no comprenden lo que no sienten, y que no se dexan persuadir sino de lo que les conmueve y arrebata; por esto es en algun modo necesario que el que habla se valga del auxîlio de las imágenes, las quales, poniendo como ante los ojos las cosas, sostienen agradablemente la atencion, y suspenden el ánimo.

La imaginacion activa que forma los poetas, es hija del entusiasmo, el qual, segun la significacion de esta voz griega, es una mocion interna que, agitando el entendimiento, transforma el autor en la persona que hace hablar.

Entonces el autor dice precisamente las mismas cosas que aquella diria en la situacion en que se la representa. Pero la imaginacion fogosa, si no la refrena y templa la discrecion y el buen gusto, de que hablarémos despues, amontona figuras fantásticas é incoherentes, como la de aquel que en cierto drama pone en boca de una princesa desesperada esta afectada amenaza: *el vapor de mi sangre subirá á encender el rayo que los dioses tienen fraguado para convertirte en polvo.* ¿Quien ignora que el verdadero dolor no se explica con metáforas tan violentas y desvariadas? Y si la imaginacion es mas permitida á la poesia que a la prosa, es porque la locucion del orador debe apartarse menos del lenguage comun y conocido, aunque le aventaje en la gracia y nobleza del estilo. Asi, pues, las imágenes, que son lo esencial en la poesía, vienen á ser lo accesorio en la oratoria.

En la Eloqüencia, como en todas las artes amenas, la espléndida imaginacion es siempre natural, la falsa acumula cosas incompatibles, y la fantástica pinta obgetos que no guardan analogía, ni verosimilitud. La imaginacion fuerte profundiza los asuntos; la debil los toca superficialmente; la florida se pasea sobre pinturas agradables; la ardiente abrasa quanto habia de alumbrar; y la moderada emplea con discrecion todos los diferentes caractéres, ad-

mitiendo rara vez lo extraordinario, y nunca lo increible.

Todas las imágenes son vivísimas, é interesantes, quando se toman de obgetos magníficos, ó admirables, y aun más de los que están en accion y movimiento. Estos rasgos pintorescos, quando son obra de un grande ingenio, imprimen asombro á las personas de todos los siglos y payses: tal es en Homero la alegoría de la cadena de oro con que Jupiter atrahe los hombres: tal el combate de los Titanes en Hesiodo: tal el razonamiento patético del Océano personificado por Camoens en su Lusiada.

Es tanto el poder de la imaginacion, que quando el escritor sabe usar de la fuerza y gracia del colorido, pueden sus palabras solas guiar la mano de un pintor para dibujar lo que describen. Entonces, en los casos terribles es sublime; en los lastimosos tierno; y en los curiosos ameno. Y aun quando no sienta las cosas que dice con toda la intension que corresponde al asunto; puede pintar con subidos colores todo lo que siente y lo que no siente, socorrido de su sola imaginacion, quando es rica y fecunda, para hablar á los sentidos. El primor de la mano distingue los artífices. Hay alguno, que en un retrato pinta aun mas de lo que perciben los ojos, por que sabe dar á entender á los ojos aun mas de lo que explica el

pincél; y siendo ingenioso el arte, es mas artificioso aun el ingenio. Alguno ha habido, que pintando un rostro enojado, lo ha hecho con tanta propriedad y viveza, que pudiera él mismo temer su ira, como lo dice Sydonio Apolinar, de Vulcano con la cabeza de Medusa en el escudo de Palas. Y á veces es tanta la valentía de las palabras con que se retratan los obgetos, que podriamos decir, como se refiere en el Exôdo, en la maravilla de Synaï, que las voces se oían por los ojos.

Oygamos á un autor de estos últimos tiempos, cuya sublime pluma pinta los servicios de la historia á la memoria de los hombres: *Yo abro los fastos de la Historia; y de repente los muertos salen de la nada; y todos bullen, y se apiñan á mi alrededor. Que poblacion! que rumor! Los desiertos se hermosean, las antiguas ciudades vuelven á levantarse al lado de las nuevas; las generaciones amontonadas unas sobre otras salen triunfantes de las tinieblas del sepulcro; y los monumentos de su grandeza, que se salvaron del furor de los bárbaros, parece que tiemblan á su vista. Oygo la voz de Caton declarando la guerra á los vicios; miro á Bruto y á su hijo inmolados; soy testigo del suspiro de Tito, y acompaño á Scipion al capitolio. ¡ Que teatro este donde los hombres de todos los siglos y payses se hallan congregados; y alli hablan, obran, y hacen cada uno su papel sin embarazarse, ni*

confundirse! ¡ Qué grande y magestuosa me parece la tierra despues que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo á polo mil años despues de muertos! Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera....

Para ponderar el P. Fr. Juan Marquez el asombro y miedo que acompañan siempre á la conciencia de los malos, nos representa la imágen de aquel miedo baxo la figura de ruido, de cuchillo y de azote, en estos términos. *Todos los males los señaló la naturaleza con notas de temor ó de vergüenza. Este es aquel sonido espantoso que dice Job, que suena siempre en las orejas del tirano, y aquel cuchillo que, á qualquiera parte que vuelva el rostro, le está amenazando pesadamente. Este es aquel azote sordo que está hiriendo sin cesar el corazon del delinquente....*

Pone Cervantes en boca de D. Quixote con colores mas suaves y apacibles una pintura de la felicidad y simplicidad de la edad de oro, y dice de esta manera. *Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabaxo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado*

fruto. Las claras fuentes y los corrientes rios en magnífica abundancia les ofrecian sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabaxo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleytar á los hijos que entonces la poseían.

De los Sentimentos del Ánimo.

Aunque en algun autor antiguo nuestro se halla la voz *sentimiento* en la significacion de afecto, no puedo determinarme á usarla tomada puramente en este sentido absoluto; por que nunca los nuestros la han usado en singular en

este caso, sino en plural, y aun asi siempre acompañada de las palabras *ánimo ; como sentimientos del ánimo ; el ánimo, cuyo sentimientos ;* ó tambien determinada por algun adjunto, como *sentimientos amorosos, sentimientos piadosos.* Y como en castellano la palabra *sentimiento* recibe las acepciones de parecer, dictámen, opinion, y la mas comun y usual de pesar; de ningun modo se puede usar sola en lugar de afecto ni afectos, por no incurrir en tan manifiesta ambigüedad, que no padece la lengua francesa, de donde la han tomado con poco exâmen los que hoy la usan. Solo he leido en singular entre nuestros autores místicos, que apuraron la fuente del lenguage afectuoso, *sentimiento* del alma, *sentimiento* del corazon. Yo me arrepiento ahora de haberla usado tambien sin el debido conocimiento en la primera edicion de esta obra. No tuve presente entonces que entre nuestras antiguas comedias hay la de *afectos de odio y amor,* cuyo solo título, puesto por quien sabía su lengua, puede servir al comun desengaño.

El afecto, considerado como una afeccion suave del ánimo, referida al hombre moral, es aquel movimiento interno y pasagero que precede á la pasion antes que ésta empiece á tomar su efervescencia. Esta perturbacion del ánimo es el espíritu de los rasgos vehementes ó patéticos, quiero decir, de aquella eloqüencia que

exâlta ó enternece al alma. Asi es que, ni los afectos se excitan, ni sus impresiones se pintan, si el orador no se siente herido de ellas. Y ¿como podria conmover los ánimos el que tuviese el suyo tibio y tranquilo?

Además, tampoco basta que el orador reciba el movimiento de los afectos en general, si no está animado del que pretende excitar. Todo lo que se medita friamente, sale lánguido y desmayado: lo que se concibe despejadamente, se produce con claridad; y del mismo modo, se expresa con calor lo que se siente con entusiasmo: por que las palabras tan fácilmente nacen de una idea clara, como de una viva commocion.

Se conoce si el que habla es diestro pintor de los afectos, por el modo de expresarlos. Toda frase ingeniosamente texida, descubre mas la agudeza del talento que el calor del corazon: pues el que está poseido de lo que siente, no se declara con rodeos, antes toma el camino mas recto, y siempre el mas natural. A todas las sentencias afectuosas las realza la sencilléz, ya sea en la frase, ya en la diccion. Al contrario, el escritor rico de ingenio y pobre de afectos, perdiendo de vista lo simple y lo natural, convierte sus conceptos en maxîmas, por donde se muestra mas el estudio del que diserta que la facilidad del que siente. Este no sutiliza ni

generaliza sus pensamientos para sacar de ellos consegüencias y reflexîones sentenciosas.

Sin embargo de todo lo dicho, no es absolutamente preciso que la pasion que debe animar al orador sea por su naturaleza semejante á la que intente excitar en los oyentes. Nuestra alma tiene dos móviles para conmoverse, el sentimiento del corazon y la fuerza de la imaginacion: el primero tiene sin duda mayor accion, mas la segunda puede suplir su oficio. Asi puede suceder que un orador, sin estar realmente afligido, haga derramar lágrimas al auditorio, y hacer que él mismo las derrame. Por la misma razon algunos hombres de una imaginacion vehemente pueden inspirar amor á las virtudes que ellos no tienen. En efecto, quando el que habla no habla en su nombre, sino en boca agena, queriendo infundir temor, terror, vergüenza, &c. á otros; no es indispensable que sienta él mismo éstas pasiones, sino que, poniendose en lugar del personage que introduce, le parezca sentirlas; como acontece á un diestro actor, que conmueve á los expectadores con la relacion animada de las desgracias que él en realidad no ha padecido. Séame permitido traer á este lugar un exemplo ilustre de los efectos que puede causar en nuestros espíritus la imaginacion herida por la relacion de hechos y acciones sentidamente expresados en aquel furor

de Achîles. Dale Homero un deseo ardentísimo de gloria, como espuela ó aguijon con que a veces, quando vacaba de la peléa, se encendia tañendo y cantando alabanzas de varones esforzados; con lo qual se elevaba en tanto ardor de ánimo, que con toda diligencia procuraba desviar los griegos de encontrarse con Hector, por no ser defraudado de la gloria de matar por su mano enemigo tan señalado.

Si la imaginacion suple el oficio del corazon, no es por la impresion que hace en el ánimo del que habla, sino por el impulso que comunica al de los oyentes. A la verdad la accion de todo afecto obra mas reconcentrada en el interior del que habla, y la de la imaginacion sale a fuera, y se comunica mas libremente á los demas. Y si esta es mas violenta, es tambien mas breve; pero la otra es mas profunda y duradera.

Lo que se requiere en los discursos patéticos es que el orador no haga ingeniosas sus expresiones, y que en ellas no se halle sino lo mismo que precisamente dicta la pasion á la lengua, ó á la pluma. Entonces el orador, poseido de la pasion, se fixa en una idea, se suspende, calla, y luego vuelve á ella, casi siempre por exclamacion, ó admiracion, declarando lo que padece con rasgos breves, como desahogos interrumpidos del ánimo. En esta fatiga siempre se dice mas de lo que se habla, y nunca se expresa con

mas eficacia que con la accion, ó el silencio, de que se tratará en otro lugar. El orador hábil llena estos intervalos de la reticencia, aqui de una exclamacion, allí de un principio de frase, aqui de algunos monosílabos, allí de algun suspiro enfático: por que la fuerza de la pasion, cortando el aliento, y perturbando la mente, suele partir las palabras; y aun dividir las sílabas. El alma entonces pasa sin voluntad de una idea á otra; y empezando la lengua muchas expresiones, ninguna acaba.

Véase como el caballero Sydney, desde el calabozo, de donde el dia siguiente debia salir para el suplicio, escribe con sangre de sus venas este terrible billete, á su muger: *querida esposa! Tu oráculo se ha cumplido....me han condenado á muerte como rebelde: mas yo muero inocente, y digno de tu amor. Consúelate....Sí: tu esposo no muere todo entero....su alma te espera mas allá del sepulcro.* La esposa, despues de haber implorado en vano la gracia del cruel juez de la causa, y de verse estrechada por las torpes solicitaciones de este árbitro de la vida del preso, que á tan costoso precio se la prometia, le dice entre valerosa y acongojada: *Inhumano! esperas que compre con mi afrenta tu clemencia! Y no puedes ser justo sin que yo sea adúltera! ....Yo no tuve mas que un padre, y no tendré mas que un marido. Esposo mio!....Que! Tu has de morir; y yo puedo salvarte! No lo puedo....*

Si, yo he de padecer el ódio de mi patria, ó he de merecerlo! O! tentacion terrible! I'dolo del alma mia! cree....muere virtuoso, que yo viviré infeliz, mas no deshonrada.

La sencilléz de la expresion es el sobrescrito de los afectos. Y para prueba de que lo que conmueve los ánimos es mas la situacion del que habla, ó la naturaleza del asunto, que las palabras; léase aqui lo que oyó y vió el autor que lo refiere. Una aldeana habia enviado á su marido á un lugar vecino, y recibe la noticia que le habian muerto en el camino. El dia siguiente, dice el autor, estuve en casa del difunto, donde ví un espectáculo, y oí unas razones que jamas olvidaré. El muerto estaba tendido en una cama, con las piernas desnudas colgando fuera de ella, y la viuda, desmelenada, y sentada en el suelo, tenia abrazados los pies del cadaver, y bañada en lágrimas, y con una accion que las hacia derramar á todos, le decia: *Ah! quando yo te envié, no pensaba que estos pies te llevasen á la muerte!* Una muger de mas alta esfera hubiera sido mas patética? No ciertamente; la misma situacion le hubiera dictado la misma lamentable exclamacion. Luego la expresion del dolor, como la del amor, es aquella que todos diríamos en semejante caso, y que nadie oiria sin sentir en sí los efectos de igual pena.

Siguiendo el mismo género de situaciones tiernas y patéticas, no podemos pasar en silencio

la afectuosa pintura que hace Fr. Luis de Granada de la Magdalena, quando, despues de desclavado Christo de la cruz, y puesto en los brazos de su Santísima Madre, la pinta abrazada con los pies del Salvador, diciendole: *¡ O' lumbre de mis ojos! ó quan de otra manera tuve yo estos pies y los lavé quando en ellos me recibiste!*

Mas sentida es aun, si no tan sencilla, otra exclamacion de la misma Magdalena pecadora, á la qual el P. Malon de Chayde la representa ahogada del dolor, del llanto y del amor, quando se abrazó con los pies de Christo en casa del Fariséo, y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, les dice: *ó pies sagrados, que vinisteis del cielo para buscarme! ¡quien me dará que muera aqui asida con vosotros! ó pies enlodados, y cansados en mi remedio! pies divinos...! que os habeis de ver clavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos! y que lo sufris! y que me esperais!*

La sencillez que, como ya hemos dicho antes, caracteriza la expresion de los afectos, tiene un cierto *sublime* que todos conocemos, y no acertamos á definir: y esto es lo mas precioso de tales sentencias, tan poco pulidas y agudas, y al mismo tiempo tan penetrantes. Esta sencillez y sublimidad se oye y se siente en estas amorosas palabras que decia un padre á su hijo: *Dirás siempre verdad: á nadie prometas lo que no quieras cumplir: te lo ruego por esos pies que*

calentaba yo con mis manos quando estabas en lá cuna. Que imagen tan tierna! que recuerdo tan dulce!

Oygamos la sencilla y enérgica respuesta que dió un caudillo de salvages á un gobernador européo que pretendia hacer transmigrar su tribu: *Nosotros,* le dice, *hemos nacido en esta tierra, y en ella están enterrados los huesos de nuestros padres ¿ Dirémos á los huesos de nuestros padres: levantáos y venid con nosotros á una tierra extraña ?*

Antíloco viene á dar la noticia á Achîles de la muerte de Patróclo su amigo en la pelea: cubierto de polvo y de sudor, y con semblante lloroso llega ante el heroe, y le dá la triste noticia en tres cláusulas de la mayor sencillez y sentimiento: *Patroclo* (le dice) *ha muerto: se peléa por su cadaver....Hector tiene sus armas.*

Estas delicadezas elípticas y enfáticas, tan freqüentes en los pasages mas sencillos, se escapan á la inteligencia del comun de los lectores; por que, como dice un autor, se puede asegurar que hay mil veces mas personas capaces de entender á un géometra que á un poeta: la razon es, que hay mil hombres de buen juicio por uno de buen gusto, y mil de buen gusto por uno de gusto delicado.

La eloqüencia de los afectos es un talento concedido por la naturaleza á pocas personas. Del ingenio podrá depender el arte de convencer,

mas no el de persuadir; el de seducir, mas no el de mover: acaso el ingenio solo formará un retórico sutíl, péro únicamente un corazon sensible y grande hará un hombre eloqüente: por que aquel que se penetra vivamente de lo patético y sublime, no está muy lexos de expresarlo.

Esta disposicion de la eloqüencia tierna, que forma la uncion del estilo, no comprehende las calidades brillantes de la elocucion, ni la harmonía entre el tono y el gesto, de la qual nace la eloqüencia exterior. Aqui tratamos de aquella eloqüencia interna, de aquella, que, abriendose paso con una expresion sencilla y á veces inculta, hace poco honor al arte, y mucho á la naturaleza; de aquella en fin, sin la qual el orador no es mas que un declamador.

Y en prueba finalmente de que los pasages mas tiernos y sublimes son dictados por el corazon, y no por el artificio, se observa que á los enamorados se les olvida facilmente lo que dixeron el dia antes á su dama, por que en ellos obró la naturaleza, y no el estudio.

Del Gusto.

Del sentido del gusto, aquella facultad física de la lengua y del paladar para distinguir el buen ó mal sabor de los alimentos, se ha formado la metáfora que por la palabra *gusto* expresa el recto juicio de lo perfecto ó imperfecto en todas las artes. Este gusto es aquel discernimiento natural que se anticipa á toda reflexîon, como el de la lengua.—Para adquirir y formar este tacto intelectual, es menester tambien costumbre y hábito como para el físico: es menester exercitarse en ver como en sentir, y en juzgar de lo hermoso por los ojos, y de lo bueno por el sentimiento moral.

Para la perfeccion del juicio de la vista no solo se pide exercicio sino obgetos de comparacion. En efecto el que no hubiese visto otros templos que los pagodas del Indostan, y nunca S. Pedro del Vaticano ¿ cómo podria graduar la distancia que hay de lo humilde á lo magnífico, de lo mezquino á lo suntuoso, de lo disforme á lo hermoso, de lo monstruoso á lo regular ?

Quando decimos *gusto* en las obras de ingenio, entendemos el *buen gusto*, el buen discernimiento, aquel delicado tacto y fina vista, para conocer donde están las perfecciones, y donde los defectos de ellas. Este tacto se adquiere, como hemos dicho, con el hábito, y se perfecciona con la re-

flexîon. Por esto un diestro pintor se arroba delante de un quadro al descubrir á la primera ojeada mil gracias y primores que no se manifiestan á los ojos vulgares, que podrian percibirlas con la continuacion de ver. Una vista exquisita es un tacto fino, por el qual se perciben cosas de que es imposible dar razon. ¡ Quantas bellezas hay en un paysage ó en un trozo de poesia, que solo las puede calificar el buen gusto, el qual viene á ser el microscópio del juicio pues hace visibles las mas imperceptibles perfecciones!

Asi, pues, en el pintor, como en el escritor ú orador, el buen gusto supone constantemente un buen juicio, un largo estudio, un ánimo generoso y tierno, un ingenio elevado, y unos sentidos delicados. Dotados de estas calidades, saben distinguir el uno y el otro los géneros y las situaciones de las cosas en que han de exercitar el pincel, la pluma, ó la voz: son patéticos, sublimes, graves, blandos, y graciosos segun el intento de cada uno y la materia que han de tratar.

Sobre el gusto se ha escrito mucho: los filósofos le han mirado baxo de un punto de vista, los retóricos baxo de otro, los metafísicos baxo de otro; y hasta ahora, despues de tantas discusiones, analísis y críticas observaciones, no tenemos una guia segura y general que nos lleve al perfecto conocimiento de esta facultad intelec-

tual, cuyos efectos se pueden definir mejor que su naturaleza.

Muchas cosas hay en las artes y disciplinas, que no caben debaxo de preceptos ni reglas, ni dechados, ni pueden ser enseñadas, ni aun se les puede á veces dar nombre proprio: las quales alcanzaron los hombres de alto ingenio, feliz imaginacion y larga experiencia. Y sino, dígalo la pintura ¿ quan dificultoso es exprimir con el pincel los afectos del ánimo, y darles la luz y la sombra que han menester? No consiste ni se encierra el trabaxo del artista en hacer un cuerpo; que tambien ha de procurar manifestar los sentidos exteriores. Alaban de esto á Lysípo, y él se preciaba de ello diciendo: *que los otros artífices hacian hombres, y él hacia figuras que parecian hombres.* Eufanór consiguió tambien gran nombre por un Páris que hizo de metal, en que se conocia que habia sido juez de las diósas, enamorado de Helena, y matador de Achîles. Algunos créen que Arístides Tebáno fué el primero que alcanzó este primor en aquella tabla donde pintó la toma de Tébas, y entre otras cosas puso un niño que á tiento buscaba la teta de su madre, que de una herida que habia recibido en ella, estaba espirando. En esta actitud, parecia que temia la madre no acudiese el niño á chupar la sangre, porque se le habia muerto y secado yá la leche. Hay tambien otra particularidad en las artes de ingenio, y que, á dicho

de Apeles, es la principal en la pintura: llamabanla los griegos *Aglais*, y los latinos la dixeron *Gratia* ó *Venus*, hablando poéticamente. Aplicábasela aquel famoso artista á sí solo diciendo: que otros habian hallado las demas calidades de la pintura; mas que la gracia, belleza, y ayre él se la habia dado.

No siendo, pues, posible señalar una ley, ni un modelo perfecto del *gusto* en materia de eloqüencia, aplicable á todos los géneros de ella, ni á todos los casos tiempos, y naciones; reduzcámonos á convenir en estos principios generales dictados por la recta y sana razon: que todo lo que es correcto, puro, fácil, hermoso y natural se llama escrito ó dicho con gusto, es decir, con buen gusto, para que nos entendamos en castellano; y que todo lo que ofende á estas propiedades, debe, por el contrario, tenerse por vicio con el nombre de *mal gusto*.

Este vicio nace, unas veces de ignorancia, otras de estupidéz de los sentidos, otras de descuidada educacion, y otras de falta de comercio cortesano y literario, en donde se pule el entendimiento, se afina el discernimiento, y se perfecciona el arte de expresar los pensamientos con gracia, claridad, y precision. Tambien nace, y es aun mas vituperable por su mal exemplo, de una extremada sutileza y lozania de ingenio del escritor, quando se cansa de seguir la comun senda del recto juicio. Entonces ésta

sutileza, despues de haber corrompido la razon, corrompe el estilo; quando se prefiere lo dificultoso, agudo, y afectado á lo fácil sólido, y natural. Entonces brotan por todas partes los agudos conceptos, las frases enigmáticas, los adornos pomposos que obscurecen ó enervan las sentencias, asi como en las plantas viciosas la lozanía de las hojas, y la fecunda prole de los hijos las ahogan y roban el vigor. Baxo de estas consideraciones es mas fácil dar una idea de lo que se llama *gusto* en el arte de escribir, con exemplos del *malo* que no del *bueno*. En el mal gusto se encierran todos los vicios de estilo, que proceden de sobrada cultura, estudio, afectacion, sutileza, destemplanza de colores retóricos, y vanidad de singularizarse.

Esta corrupcion empezó entre nosotros desde principios del reynado de Felipe IV.: decadencia que sucede ordinariamente á una edad de perfeccion. Entonces el escritor que se siente dotado de gran talento, quiere abusar de este, como el mozo muy robusto quiere hacer valentias con su salud; y al fin estragan ambos sus fuerzas. Es condicion de la vanidad y ambicion de los ingenios sobresalientes el buscar los aplausos, no por el camino que los ganaron sus antecesores ó rivales. Créen que es humillarse imitarlos; y asi intentan sobrepujarlos abriendose nuevas sendas que huyan de las de la naturaleza. Y como todo lo que se aparta de lo bueno, ha

de ser necesariamente malo; de aqui es que se pierda la regla y hasta la idea del buen gusto, y que se saborée el público con extravagancias ingeniosamente monstruosas. Y en vista de esta fatal experiencia, que ha sufrido la eloqüencia en todas las naciones, podemos afirmar que el mal gusto es mas un vicio de exceso, que de falta. En lo florido ó encumbrado es donde cabe inmoderacion y demasía; no asi en lo sencillo y llano, porque en este género no caben ni el buen gusto, ni el mal gusto.

¿Qué era, pues, este mal gusto entre nosotros, sino una falsa idea de delicadeza, energia, sublimidad, y hermosura? Enfermó hasta tal grado el juicio sano de los hombres por la costumbre, que el orador y el escritor medían su mérito por la dificultad de explicarse, y los oyentes y lectores por la de interpretarlos. Y si lo hemos de juzgar por lo violento é intrincado del estilo, que ha sido mas de un siglo moda ó manía general, ¡quantos escribieron sin entenderse á sí mismos!

La mayor parte de aquellos escritos y sermones abundan de todo menos de juicio y discrecion, con ser tantos los conceptos y discreciones. Se deshacían sus autores por ostentarse ingeniosos y profundos á costa de la verdad, y de la razon. Las moralidades cubrian de un velo enigmático á la moral, y la afectacion dexaba dormir los afectos: el fin era deleytar y asombrar, y no

mover, ni persuadir; presentarse no grandes, sino gigantes, á la comun expectacion.

¿ Para que nos hemos de cansar en buscar definiciones del mal gusto? Si este es el mal estilo, en sus mismos vicios lo hallarémos pintado. ¡ Que profusion de paranomásias y equívocos pueriles hacian entonces la gracia de la elocucion! ¡ Quantos antítesis simétricos, hipérboles colosales, metáforas misteriosas, alegorías monstruosas, retruécanos violentos, frases afiligranadas, sentencias alambicadas, símiles incoherentes, conceptos falsos, y agudezas de puro sutiles imperceptibles, y quantos otros rasgos y follages ingeniosos, que no tienen nombre ni número!

Sobran los exemplos, y sobran los autores de donde se podrian sacar, para manifestacion de tan estragado gusto, si no temíeramos fastidiar á los lectores, á trueco de su desengaño, de que no necesitan tanto en estos tiempos en que la general instruccion, y la luz de la crítica y de la filosofía tienen preservados de semejante epidemia al orador y al escritor, que no quieren manchar su nombre; bien que haya algunos que por descuido, ó quizá con cuidado, quebrantan las reglas inmutables del arte de bien decir.

Del Ingenio.

En vano habriamos pretendido mostrar con doctrinas, exemplos y reflexîones guiadas de la filosofia las demas calidades que constituyen el talentô oratorio, si nos olvidasemos de la primária y principal que es el *ingenio*, y la que preside á todas. ¿ De que podrian servir los consejos de la sabiduria, los colores de la imaginacion, el calor de los afectos, y las reglas del buen gusto para hablar y escribir con eminencia y aplauso, al que se hallase destituido de esta llama, de esta inspiracion, de este entusiasmo, pues con estas metáforas poéticas se difine el ingenio ? Este, considerado como una lumbre celeste que esclarece á nuestro entendimiento, se llama tambien *numen* y *genio*, personificando estos nombres en figura de deidad ó angel que nos inspira, á dicho de Ovidio, hablando de los poetas, *est Deus in nobis*, para sobresalir en alguna de las artes de invencion, que por esto las llamamos *artes de ingenio*.

Ingenio significa aquella virtud del ánimo y natural disposicion, nacida con nosotros mismos, y no adquirida por arte ó industria, la qual nos hace hábiles para empresas extraordinarias, y para el descubrimiento de cosas altas y secretas. Por esto llamaron los griegos y latinos ingenio á

la naturaleza de qualquier cosa: y asi tambien toda invencion en las artes arguye ingenio, y el que carece de este don nativo, nunca será sino un imitador mas ó menos perfecto de las operaciones de otro. Y no por otra razon decimos que en tal ó tal hombre hay cantéra, ó que tiene cantéra, tomandola metafóricamente por ingenio ó talento natural que descubre en sus hechos ó escritos, al modo como de aquella se saca la piedra viva para labrar despues los edificios. Por extension se llama *ingenio* toda máquina ó artificio en mecánica, como las catapultas y trabucos en la antigua artilleria, y los molinos de azucar ó trapiches, por suponerse ingenio en su invencion. Y por otra aplicacion análoga damos el nombre de *ingenio* á la industria ó maña de que usa el hombre para conseguir sus fines, por que en estos medios se supone siempre artificio. Por último se llama por sinécdoque *ingenio* al mismo sugeto ingenioso.

Pero, como en la lengua francesa no se distingue particularmente el ingenio del genio, pues no tiene para lo uno y lo otro mas que el nombre *genie;* de aqui habrá provenido que en estos últimos tiempos, á fuerza de tantas traducciones, se haya introducido en los escritos de algunos de nuestros literatos el abuso de llamar constantemente genio á lo que constante-

mente han dicho ingenio nuestros padres y abuelos. En aquella lengua, *genie* se toma por ingenio mas que por genio, porque la dicha voz se aplica al arte y profesion de ingeniero, y al mismo cuerpo de ingenieros llamado *corps du genie;* y quando se nombra en particular á un ingeniero es con el nombre de *ingenieur* y no de *genieur*, como parecia mas regular segun la radical *genie*. Luego, bien podrémos decir que el *genio* traducido á la francesa es nuestro *ingenio* verdaderamente castellano.

Entre nosotros, la voz *genio* vale lo mismo que el natural, la inclinacion con que se siente cada uno para el exercicio en alguna ciencia ó arte, asi como en las de invencion se llama *numen*. Este numen que levanta la mente humana á una region superior, y en cierto modo la endiosa, es aquel espíritu agente que mueve el talento inventor, y abre rumbos no conocidos al discurso. Por esto la supersticiosa admiracion en la antigua gentilidad dió los nombres ya de *genio*, ya de *demonio* á esta potencia intelectual con la que se distinguieron algunos varones sábios por su eminente y maravillosa inteligencia. Este numen era el genio de Platon, y el demonio de Sócrates; la ninfa Egéria que guiaba á Numa; y la corzilla blanca con quien consultaba Sertorio. No se pudo entonces retratar con otros emblémas mas significativos la luz misteriosa y oculta de la

filosofia, de la ciencia política, y del arte de la guerra. Tanta fué la veneracion y respeto que se adquirio el saber soberano de ciertos hombres, que la admiracion tuvo que atribuir la fuerza de su ingenio á influxo sobrenatural.

Tambien se toma la voz genio por la misma naturaleza o índole que nos inclina á las obras buenas, o bien á las malas: porque, como se ha dicho, *genius est quod unâ gignitur nobiscum;* tales son las personas que llamamos de buena; ó de mala índole. Pero ninguna de estas propriedades, que influyen en la moralidad, pertenecen á lo que entendemos nosotros por ingenio, que es talento superior ó inventivo en las operaciones del discurso, y no del ánimo.

Si alguna vez se ha usado, ó se puede usar, la palabra *genio*, es personificandola, tomada entonces por algun sábio singular que ha hecho época en los adelantamientos de alguna ciencia; pero siempre acompañada de algun epiteto, como de *divino*, *creador*, *inventor*, *soberano*, *original*. Dirémos muy bien en este sentido el genio de Homero, de Platon, de Aristóteles, de Descartes, de Newton; y no, Homero fué un genio, Platon era un genio, &c.; porque ésta acepcion absoluta nada significa en castellano. Y aun es mas impropia, y menos inteligible, si, hablando de las artes amenas, dixésemos, como

traducido á la francesa: *el genio en un poeta ú orador puede ser superior á su gusto. En la eloqüencia puede mas el genio que el arte.—El genio daña á los sentimientos del orador.—Hay escritores de mucho gusto para juzgar, y de poco genio para componer.—Al que profesa muchas artes le llaman genio universal*, &c. Tales son los exemplos que se pueden citar, dexando otros muchísimos vaciados en esta misma turquesa, pues son ya sobrados para el desengaño: y tales los que se leen en la pésima traduccion castellana de las lecciones de Hugo Blair.

El nombre *ingenio* en su comun significacion se extiende mas allá de los términos de las artes amenas, y de imaginacion, pues se aplica igualmente al talento sobresaliente en las matemáticas que en la poesía, en la táctica que en la eloqüencia, en la política que en la pintura, en la astronomía que en la música, y en la física que en la mecánica. Con el arte y el estudio se puede aumentar este talento, mas no adquirir.

No llamamos hombre de ingenio al hombre de exquisito gusto o de feliz imaginacion, si no engendra, produce o crea por si, que es decir, si no trabaja de su propia invencion, que decimos tambien de *propio marte* en señal de suponerse en el ingenio algo de divino. Lo nuevo y lo singular en los pensamientos no basta

para dar el nombre de ingenio al orador; es menester que sus ideas sean grandes o sumamente importantes á los hombres. Y en este punto se diferencian las obras de ingenio de las originales; porque éstas solo tienen el carácter de la singularidad, y no el de la invencion: la qual no debe entenderse solo en la traza y composicion, sino tambien en la expresion, y estilo. Los principios del arte de bien decir son todavia tan obscuros, tan vários é imperfectos, que el que no es realmente inventor en este género, jamas alcanzará el título de grande ingenio. No basta un fino gusto, una delicada crítica, ni conocer lo imperfecto, lo sublime, si no produce nuevas perfecciones, ó las presenta con novedad, que no es pequeña gracia y virtud. Con el gusto se juzga; y solo con el ingenio se executa. Este ha precedido siempre á toda delicadeza y primor, como sucedió en la infancia de la poesía y de la eloqüencia, y otras artes, en que las ideas mas sublimes, y las expresiones mas vehementes andaban vestidas en trage tosco y plebeyo. A los primeros héroes pinta la antigüedad desnudos, para representar el vigor y esfuerzo de su naturaleza; y si vistió alguna vez parte de sus miembros, era con silvestres despojos de sus proprias hazañas, como insignias de trofeo, y no como adorno y compostura.

El ingenio del orador sugeta al imperio de su

palabra todo lo criado: pinta á la naturaleza toda con imágenes; enciende ó apaga las pasiones; y hace hablar al silencio mismo. Lo hermoso toma baxo de su pluma nueva hermosura, lo tierno nueva suavidad, lo enérgico nuevo vigor, lo terrible nueva sublimidad. En fin el ingenio del orador arde sin consumirse.

En vano preguntaria que es ingenio el que no tuviere de el alguna semilla en su ánimo El que queda tibio y tranquilo leyendo las peroraciones de Ciceron por Plancio, por Sextio, por Fonteyo, y recibe como cosa sonora y agraciada los lugares patéticos del francés Masillon, y del español P. Granada, que debian enternecerle y arrobarle; ¿qué idea puede tener de este don sublime que la especulacion de las definiciones no puede explicar á quien no puede sentirlo? Las maravillas de los afectos de aquellos grandes maestros nada dicen al que no puede imitarlos. Y como el que no puede imitarlos, no tiene en su ánimo centella alguna de esta llama divina; en vano espere producir cosa alguna excelente, ni como poeta, ni como orador. Las reglas del arte son inútiles, y los dechados tambien, al escritor que carece de ingenio: pues no puede crear, ni tampoco imitar, porque quien no siente lo que el maestro siente en tal pasage ó situacion, ¿como sabrá jamas ponerse en aquel caso? Copie, ó robe, en-

tonces, los pensamientos agenos; y véndanos despues, como el mercader, el trabajo de otras manos.

Algunos han creido que lo que llamamos ingenio consistia en la extension de la memoria: errado concepto de entendimientos vulgares, que hallandose con el cerébro amueblado, digamoslo asi, de pensamientos y frases prestadas, han creido igualar á los originales, á los escritores que escriben de propio numen, como si dixeramos, que trabajan con materiales de su propia mina. El hombre docto, que cuenta solo con su memoria, viene á ser el obrero inferior que vá á las canteras á escoger el marmol; y el hombre de ingenio es el escultor que hace respirar la piedra baxo la forma de la *Venus de Gnido*, ó del *gladiador romano*. El ingenio, sí, que puede suplir á la memoria; pero jamas ésta al ingenio. Cervantes produxo su D. Quixote, sin haber historia verdadera de tal héroe, ni de sus hechos; y Cornelio á Lapide con toda su maravillosa erudicion no hubiera hecho una página de la quaresma de Masillon, ni de las oraciones fúnebres de Bossuet.

El ingenio, hemos de confesarlo, tiene tambien sus extravios; y suele perderse remontandose en alas de una impetuosa imaginacion. Aqui entra á exercer su oficio un sevéro gusto, y una sábia moderacion, que se forma con el

estudio crítico de los maestros del arte; pero siempre con aquel temperamento de no obedecer ciega y servilmente al exemplo de aquellos ánimos flemáticos é insensibles que parece que quisieran arrancar á la eloqüencia sus rayos. Todo lo que está lleno de verdad y razon puede respirar alguna vehemencia; pero huyendo la ridiculéz y fantasía del declamador que, esgrimiendo con palabras huecas, se enardece puerilmente representando con ánimo frio lo patético.

La eloqüencia escrita, por estar desacompañada de accion, no necesita menos de la mocion, que la pronunciada. Las Verrinas, y la segunda Filípica de Ciceron fueron compuestas solo para la lectura, y sin embargo, son acaso lo mas vigoroso y penetrante que tiene la eloqüencia. El orador algunas veces ha de hacer hablar la pasion, y en este caso no debe seguir los pasos lentos y acompasados del disertador. La verdad misma, realzada con la novedad de la expresion, y el calor del estilo, dá mas valor á la justicia de la causa, y gana los votos todos del auditorio.

Digámos en suma: que el orador, ó escritor, dotado de ingenio, quando trata de obgetos que tocan vivamente su corazon, ha de comunicar de necesidad á su estilo los movimientos de su ánimo. Por esto vemos que ordinariamente

los escritores de ingenio pintan su caracter en sus escritos, y solo de ellos se dice que tienen su estilo propio, aunque otros les excedan tal vez en mas hermosa y espléndida elocucion.

TRATADO

DE LA

ELOCUCION.

DESPUES de haber sentado los principios generales y prácticos de la eloqüencia en sabiduria, imaginacion, afeccion, gusto é ingenio, que son los cimientos de ella; falta tratar ahora, en particular, de las virtudes y reglas de la expresion, sin la qual quedarian sin uso aquellas calidades intrínsecas y elementales del talento oratorio.

Considerémos la *elocucion* como calidad propia y privativa de la eloqüencia, y asunto peculiar de la retórica; porque la *locucion* tiene muy estrechos límites, y depende de la gramática immediatamente. Y parece tan claro y natural que del nombre *elocucion* sacáse el suyo la eloqüencia, que por aquella se ha señalado siempre el mérito de los oradores, pues es la que forma las diferencias de estilo, y constituye

el vigor, la extructura, y el ornato de las sentencias.

Dividen los retóricos la *elocucion* en dos principales partes: eleccion de las palabras, que es la diccion; y composicion ó conveniente colocacion de ellas, que es el estilo. A la primera parte pertenece la contextura y distribucion del período, de la qual nacen, segun el enlace y propriedad de las palabras, la claridad, la correccion, el número y la harmonía; y la segunda comprehende la coordinacion oratoria, la facilidad, la naturalidad, la variedad, la precision, el decoro, y las otras virtudes accesorias en la manifestacion de los pensamientos; yá con la gracia, delicadeza, explendor y variedad; yá con la elevacion, grandeza, vigor, ó novedad de la expresion, que dán todo el mérito y valor á nuestros discursos.

PARTE PRIMERA.

DE LA DICCION.

Como toda oracion ó discurso se compone de períodos, los períodos de miembros, los miembros de incisos ó colones, estos de vocablos, y

los vocablos de sílabas; empezarémos tratando por su órden de todas estas partes que juntas componen la diccion oratoria, aunque cada una forme por sí la diccion gramatical.

ARTÍCULO I.

DE LA EXTRUCTURA DE LA SENTENCIA.

De las sílabas.—Dos cosas complacen al oido en la oracion, *sónido y número;* el primero por la extructura de las palabras, esto es, por la composicion de las sílabas, cuya mayor ó menor melodía nace de la acentuacion de las letras, y de su concurso y trabazon; y el segundo por la coordinacion y número de las palabras, ó medída de los incisos.

Para exâminar intrinsecamente el placer que resulta de una sucesion de sonidos, es menester descomponerla antes en sus partes y elementos. Las frases se componen de palabras, y estas de sílabas que constan, ó de simples vocales, ó de vocales y consonantes juntamente; mas, como entre estas hay algunas mas ó menos fáciles de pronunciar, mas o menos mudas, mas ó menos ásperas; la trabazon de estas consonantes y vocales produce la mayor o menor suavidad, ó la mayor ó menor dureza de una

sílaba. Por esta causa nuestra lengua, que tiene la hermosa mezcla de sílabas blandas y sonóras, se puede llamar la mas harmoniosa entre las vulgares.

Las vocales suenan mas dulcemente que las consonantes, y asi dán mas lenidad á la oracion, y menos estruendo. Pero tambien se hace mas ámplia y hueca la frase con el freqüente y contíguo encuentro de ellas; y llenandose en demasía, se dilata, se enerva, y se hace viciosa.

Para evitar estos y otros defectos, nacidos del concurso y cólision de las vocales, que hiere desagradablemente al sentido, se requiere mucho tino y buen oido, que es el mejor juez y regla en este punto.

Los vocablos compuestos de sonidos blandos y líquidos son mas gratos al oido que los que constan de muchas consonantes ásperas, que se rozen unas con otras; ni de vocales seguidas, en especial las *aa* y las *oo*, cuya pronunciacion, por la semejanza que tiene con el bostezo, causa una fea abertura de boca que los retóricos latinos llaman *hiatus*.

Tal es el que causa el encuentro de vocales con estos exemplos: *Oía á ambos—Leyó ó oyó otros informes—Venia á Asia*, &c. El escritor, cuidadoso y exercitado, remedia estos defectos, en que la extructura de las palabras hace deslizar á los poco cautos y delicados, invir-

tiendo el orden de ellas, ó añadiendo alguna partícula que desuna las vocales, interponiendose entre ellas, como en el 1. exemplo, que se puede alterar de esta manera: *á entrambos oia* —en el 2. *otros informes leyó ú los oyó*—en el 3. *venia al Asia ó al Asia venia*, &c. Para evitar este sonido hiülco ya enseña la gramática al prosista y al poeta, por medio de la figura llamada *sinalefa*, el modo de evitar el ludimiento de las vocales de una misma clase; hasta mudar el género de los nombres, como quando aplicamos el artículo mascúlino á las voces, *agua, ama, hambre, harpa, ala*, &c. y á los nombres *Asia, Africa, diciendo el agua, el ama, el hambre, el harpa, el ala, el Asia, el Africa*, por no decir *la ama, la agua, la ala, la hambre, la harpa, la Asia, la Africa*, &c.

Sin embargo no son siempre las reglas del oido las de la retórica quando queremos escribir con eloqüencia. Sabemos que para evitar el concurso de dos vocales semejantes, y el sonido hiülco de su pronunciacion, se muda en *é*, por eufonía, la *y* de conjuncion, quando el vocablo que se une al antecedente principia con la letra *i*. Esta regla, sobre ser muy discreta, es muy cómoda al oido; bien que, á mi parecer, debiera tener algunas excepciones, como en aquellos casos en que, para mayor fuerza de sentido en la expresion, pide la eloqüencia que se dexe todo el efecto de la colision de dichas

dos vocales, á fin de marcar cierta pausa en la repeticion de su sonido, con la qual se llama la atencion, y se da mas valor á la última palabra por modo de incremento.

Los exemplos declararán mejor estos casos. Dirémos: *Me seguian mis contrarios llenos de furor y ira.* La conjuncion *y* pronunciada con algun exfuerzo, dexa como un intervalo entre ella y la *i* inicial de ira: y esta detencion, aunque momentánea, viene á indicar que al furor se aumenta la ira como afeccion mas vehemente. Diciendo *furor é ira* juntaríanse las dos ideas, y en algun modo las confundiríamos. Pero *furor y ira* dice tanto como *furor*, y sobre esto *ira.* Podrémos tambien decir: *con crueldad fuí tratado siendo pobre y innocente,* esto es: que, ademas de pobre, era inocente.—*Volviéronse contra él déudos, hermanos, y hijos,* que es lo mismo que decir, *hasta sus hijos,* con cuya idea se pondera mas la persecucion.

Hay otro vicio que proviene de una continuada melodía, y uniforme consonancia de sílabas, ó de palabras demasiado cercanas, y es lo que llamamos sonete. En este defecto caen freqüentemente todos los escritores que componen de prisa, ó que no castígan lo escrito, ó por negligencia, ó por torpeza de sentido. He leido en un autor nuestro, que ha pasado por eloqüente, la siguiente oracion: *El no fué prudente en no querer que sus faltas enmiende el*

que las siente. El que escribe asi, digo yo ahora, que no puede ser prudente, ni puede enmendarse, ni sentir, pues no le ofenden un *ente,* un *iende,* y un *iente,* no solo quando se le venian á la lengua; mas, ni quando los escribia, ni quando los imprimia. Y qual descuido, por no decir estupidez de sentido, se puede tachar al otro que escribia: *estos ecos lexos suenan,* quando no percibió las tres martilladas seguidas de *tos, cos, xos.* Lo mismo dirémos del que escribió: *otros trozos roxos—seis suertes de artes.* El escritor que cae en estos defectos, y no los siente; ¿ qué prosa compondrá que no sea lánguida, insípida y desentonada? porque la harmonía se forma de los intervalos disonantes, esto es, de la variedad del acento y de la pronunciacion.

Hay otro vicio en la colocacion y concurso de las sílabas, y es el encuentro escabroso de muchas consonantes ásperas y rechinantes, que se suceden entre el final de una palabra, y el principio de la immediata, como en estas expresiones: *error remoto: atróz zozobra: sus sucios sucesos.* Estos vicios son llamados por los retóricos *cacofonia.*

No faltan recursos al escritor correcto y remirado, que se los presenta la gramática, para evitar el mal sonido de dos letras heridas entre sí, por medio de la figura llamada *apócope,* cortando una letra ó sílaba del fin de la diccion,

como en estos casos: *primer amor: postrer aliento; tercer artículo*, &c. por no decir *primero amor, postrero aliento, tercero artículo*; á menos de que se quiera, ó se pueda, invertir el órden de las palabras de esta manera: *amor primero: aliento postrero, artículo tercero.* Tambien se dice: *qualquier arma: qualquier amigo*, en lugar de *qualquiera*; si no se trastrueca diciendo, un arma *qualquiera*, un amigo *qualquiera*.

El que no sabe interpolar las palabras, y transponerlas, ó si esta diligencia no alcanza, escoger otras que, sin faltar al sentido de la sentencia, formen una frase mas flúida y sonóra; jamas merecerá nombre de escritor correcto y elegante, aunque posea otras eminentes calidades de la eloqüencia.

A veces lo que parece vicio se puede convertir en virtud, en una mano hábil y ligera. No solo el poeta, mas tambien el prosista de gusto delicado, para dar melodía y suavidad á la frase, pueden aprovecharse de la repeticion de las letras que, con cierta correspondencia de sílabas, forman grata consonancia al oido. A este cuidado, ó descuido cuidadoso, llaman unos *anominacion*, y otros *aliteracion*; y se manifiesta con estos exemplos. *De mi bien á mi mismo doy las gracias—y de mi mismo yo me corro ahora.* No se descuidó de esta gracia Virgilio en aquel verso: *nec me meminisse pigebat Ælisæ.*

Hay tambien letras que tienen cierta gracia repetidas en las primeras sílabas de las palabras: y de estas son aquellas donde la L suena muchas veces, por que tiene esta letra mucha ventaja á las otras semivocales por la dulzura, en que las vence á todas. Dirémos, por muestra de suavidad: *lo lindo agrada, y la luz ofende.—No quiere el amor la muerte del enemigo.—Que perdonar al rendido, es gloria del vencedor.—Ni las velas, ni los vientos, ni las olas sirvieron á la esperanza.*

Asi como nos podemos aprovechar de las letras blandas para expresar cosas suaves; asi mismo de las duras y ásperas podemos servirnos para la imitacion de cosas hórridas ó terribles. ¿Quanta energia recibe el pensamiento de la dureza de estos vocablos? *Rotos del rayo los riscos se derrumban.—De negro humo cúbrese la tierra.—La ronca trompa que hórrida resuena.—Hozca y horrorosa borrasca los destroza.—Yerma la tierra á hierro y fuego.—Con aborrecimiento fiero aborrecido.*

Los vocablos largos son siempre mas gratos al oido que los monosílabos, por el tenor de su entonacion, que participa de cierta música, y son magníficos instrumentos para la estructura de los períodos numerosos en las oraciones de alto y grandioso estilo: tales como *dulcedumbre, mansedumbre, alumbramiento, altisonante, desa-*

morado, descorazonado, contentamiento, resplandeciente, &c.

De las palabras.—Toda sentencia se compone de palabras, y cada palabra expresa una idea: luego parece que el órden gramatical de estos signos ha de seguir al natural que lleva la sucesion ó la filiacion de las ideas. Sin embargo, aunque las reglas lógicas de la gramática general prescriben este órden con mas rigor; las leyes retóricas, quando se busca la elegancia, ó la precision, ó la harmonía, ó la energía, permiten hasta cierto punto la transposicion, que en unas lenguas es mas libre que en otras, y en todas goza de mas licencia la poesía que la prosa.

A pesar de la amplitud de estas leyes, hay ideas que por su naturaleza y correlacion mútua, no pueden alterar su coordinacion literal en la frase, como en estas: *sin padre ni madre.*—*Los hombres y las bestias.*—*Dos años y dos meses.*—*En su enfermedad y muerte.*—*La cabeza y los pies.*—*Las ciudades y las villas.* ¿Quien puede ignorar que en el órden de estos nombres se ha de guardar la prioridad de calidad, de tiempo, de cantidad, y de lugar? Sin embargo, en escritos muy serios é ingeniosos se descubren alguna vez estos defectos que la misma gramática condena como culpas graves; aunque tal vez parecerán leves, quando la fuerza de la eloqüencia, ó la necesidad del número oratorio,

obliga á la vehemencia de la pasion á romper estas ligaduras.

Todas las palabras, siendo, como hemos dicho, unos signos representativos de nuestros conceptos, deben guardar aquella progresion gradual conforme al órden de la accion y naturaleza de las cosas. Dirémos de las condiciones morales de un hombre, que es *violento*, *cruel*, y *atroz*, pasando de lo menos á lo mas: y por esta misma gradacion, que una herida es *grave*, *peligrosa*, y *mortal*: que un obgeto es *feo*, *triste*, y *horroroso*: que *la furia de un exército acomete*, *desbarata*, y *aniquila*.

Sobre la colocacion del adjetivo que acompaña al sustantivo, cabe alguna variacion; yá atendiendo á su oficio, quando se antepone, ó pospone al sujeto; yá á la mas sonora cadencia en uno y otro caso. La disonancia ó contradiccion que cabe en el sentido de estas palabras de calificacion, colocadas antes ó despues del sujeto, se puede ver en este exemplo: *No se alcanza la vida buena dandose buena vida*. Con la misma voz *buena*, repetida en contraria colocacion, se forma un contraste de ideas. La *vida buena* es la vida virtuosa; y la *buena vida* es la vida regalada. La virtud pide templanza y honestidad; y á estas son contrarios el regalo y la holganza: este es el concepto general de toda la sentencia. Decimos *papeles vários* por la diferencia de sus asuntos; y *varios papeles* por

muchos ó algunos. Dicese un *buen ciudadano* por un buen patricio; y un *ciudadano bueno* por un hombre de bien. *Habitacion nueva* se refiere á la construccion, y *nueva habitacion* á la mudanza de vivienda.

Quando los adjuntos graduan la calidad inherente é inseparable del sujeto, deben anteponerse como: el *frágil vidrio:* el *duro marmol:* la *innocente niñez:* la *cándida azucena:* el *encumbrado cedro:* el *triste ciprés;* la *mansa oveja.* Quando designan una calidad accidental, deben posponerse, como: el *agua dulce,* los *cabellos rubios,* el *varon fuerte,* el *soldado valiente:* porque ni toda agua es dulce, ni todos los cabellos son rubios, ni todos los varones son fuertes, ni todos los soldados valientes. Y en ambos casos se encierra un sentido elíptico, como si dixeramos (en el 1.): el vidrio, *que por si* es fragil; el marmol, *que por si* es duro; la niñez, *que por si* es innocente, &c. (y en el 2.): el agua, *que es* dulce, los cabellos, *que son* rubios, el varon, *que es* fuerte, el soldado, *que es* valiente.

Y para que se vea con quanto cuidado hemos de proceder en la colocacion de los adjetivos, y que no es indiferente esta atencion para graduar el sentido mas ó menos expresivo que dan á la cosa á que se aplican; pondremos en un solo exemplo estas diferencias. Dirémos *recibio una mortal herida,* esto es, por exâgeracion, una herida grave ó peligrosa, que puede ocasionar la

muerte. Dirémos *recibió una herida mortal*, esto es, una herida sin remedio, que debe ocasionar la muerte. Quando las palabras incluyen relacion á otras, deben posponerse, como órdenes *militares*, porque las hay monásticas; leyes *civiles*, porque las hay canónicas; música *vocal*, porque la hay instrumental; derecho *natural*, porque lo hay positivo, &c. Sin embargo decimos, y creo que por abusion, testamento *viejo*, y *viejo* testamento, en contraposicion á testamento *nuevo*, que llamamos indistintamente *nuevo* testamento. Pero, en otros adjetivos, quando no califican la propiedad inherente de la cosa, es indiferente su colocacion, conforme lo pida la mejor estructura y ayre de la frase; por exemplo, pensamientos *nobles*, ó bien *nobles* pensamientos; prosápia *ilustre*, ó ya *ilustre* prosapia; virtud *sólida*, ó sea *sólida* virtud; *insigne* varon, ó bien varon *insigne*; cielo *santo*, lo mismo que *santo* cielo; *supremo* grado, ó si no grado *supremo*. Este es el rigor de las reglas prescritas al prosista, principalmente atendiendo á la claridad y precision de las ideas, y no á las licencias que pueden concederse alguna vez, rompiendo con las leyes de la exâctitud, para no faltar á la harmonía, número, y elegancia de la sentencia. La poesía es menos escrupulosa, ó por decirlo de otra manera, mas necesitada: la medida, el ritmo, y

la cadencia del verso exîmen al poeta de esta sujecion.

En los superlativos no rige ya esta regla por quanto exceden del valor positivo y comparativo de la naturaleza real de los obgetos que realzan. Lo mismo se puede decir de los dáctilos positivos, que ordinariamente preceden al sustantivo. Asi dirémos: *atrocísima maldad, intrépida amazona*, por precipitar la pronunciacion de la frase, y darle mas sonoro remate en la última palabra. Lo uno y lo otro se pierde invirtiendo el órden, por que la celeridad que resultaba de anteceder la pronunciacion del adjunto esdrújulo, se hace floxa y lenta en el fin de la frase, y suenan como apagadas las dos últimas palabras.

¿ Quánto podriamos alargarnos aqui acerca de los verbos, adverbios, conjunciones, pronombres, y otras partes y partículas de la oracion, pues son otras tantas voces que forman el lenguage hablado! Todas deben colocarse donde prescribe el uso autorizado, y la sintaxîs particular de la lengua, por mas que se quebranten muchas veces las reglas naturales de la gramática universal; añadiendose que la harmonía y el número oratorio pueden muchas veces alterar el órden de la construccion de la gramática particular.

Sería muy prolixa é impertinente ocupacion detenernos en este lugar sobre el orígen, pro-

greso, y mecanismo del lenguage humano. La gramática enseña la construccion, la lógica el raciocinio, y la retórica la composicion; pero la historia de la formacion de las lenguas, y el analísis de sus elementos pertenecen á la metafísica y árida ideologia; y de ningun modo á la eloqüencia, que triunfa sin otras armas que las palabras, y sin averiguar como, ni quando, ni donde se forjaron.

De los incisos ó comas.—Despues de haber hablado de los vocablos, sin los quales no hay lenguage articulado, ni gramática, ni raciocinio, ni eloqüencia; viene el inciso ó coma, que es la parte menor del período, en la qual no se cierra el sentido de una proposicion, como en estos exemplos: *Si con tantos escarmientos, si despues de tantos consejos, si con la muerte de tu amigo....* El sentido imperfecto de cada uno de estos tres incisos, que juntos forman un solo miembro del período, dexa pendiente la inteligencia de la sentencia principal. Otras veces es el inciso de menos vocablos, como en este caso: *Despues de oirlo, y antes de saberlo, ya pensaba en....* Hay otros incisos, digamoslo asi, solitarios, que cierran sentido por sí solos, y juntos completan la oracion, como: *Deleytaba á todos, movia á muchos, instruia á pocos.* Hay otros incisos, que se llaman paréntesis, y forman una oracion entera interpuesta dentro de otra, ora sea haciendose por relativo, ora por alguna partícula con-

dicional, y se figúra entre dos comas, dexando correr la oracion principal, de la qual no es parte integral aquella interposicion, como en este exemplo: *Los hombres que desean honra, que son los mas, procuran obrar bien.* La interposicion está en estas palabras *que son los mas.*

Pero, como de todo se abusa, no guardando tiempo, lugar, ni medída; los paréntesis dilatados, y cuya sentencia tiene alguna relacion con la principal, embarazan y cortan el curso del período con enorme fealdad. Esta interrupcion arguye mucha impericia en el arte de bien decir, pues no sabe el escritor insertar aquella sentencia, digamos postiza, en el cuerpo del período, haciendola parte integral de este; ó descomponerla, mudandole la forma, de modo que se ajuste y se encaxe á la extructura de la oracion.

Los paréntesis breves, usados con cierta economia, y oportunidad, vienen á ser como verdades sentenciosas que arroja de sí el concepto principal de la oracion sin detener esta su paso. Llevar deben siempre alguna preñez por el lugar en que se interpone su sentencia. Tienen tambien mucha gracia y viveza para llamar la atencion del lector, y para sembrar, como fuera del asunto, algunos rasgos irónicos, satíricos, y morales, en que puede el autor desahogar su severidad filosófica, reprehendiendo, amonestando, moralizando; ó sus deseos, ó afecciones,

con la exclamacion, ó la admiracion, cómo en estos exemplos: *Estos hombres, si se pueden llamar tales, no conocian la justicia.—De tantos amigos, que no los hay en estos tiempos, no encontró uno fiel.—Ella fué muger, quien lo diria! que aborreció sus propios hijos!—Queria vender, ó traycion abominable! la patria que antes habia defendido.*

Hay finalmente otros incisos cortos, cuya freqüente colocacion divide cada vocablo de por si, como quando decimos: *era ambicioso, cruel, pérfido, vengativo.*—Otro. *Justicia, piedad, y prudencia, eran las virtudes en que mas sobresalia.*—Otro: *clama, ruega, amenaza, y no es oido.*

De los Colones.—El período se divide en miembros ó claúsulas, y estos son llamados *colones* por los retóricos. Queda como manco, ó mutilado el período, quando sus miembros no cierran sentencia, y dexan suspensa y abierta la oracion. Sirvan de exemplo estos dos miembros del siguiente período. Si la religion es tan necesaria al hombre, y hasta los pueblos mas salvages no la desconocen: como....?

Hay otros miembros que forman por sí solos un sentido perfecto, quando enlazan muchas proposiciones sin dependencia unas de otras. Estas se distribuyen, y se ligan para amplificar la sentencia principal, la qual, aunque se componga de muchas cláusulas cerradas, no necesita de ninguna en particular, como se verá en esto

período perfecto, compuesto de quatro miembros: *El paso del Gránico hace á Alexandro Magno dueño de lás colonias griegas; la batalla de Isso pone a Tyro y Egipto en su poder; y la jornada de Arbéla le sugeta el Asia toda.* Hay otras veces miembros del período que cada uno forma sentido por sí solo, aunque respecto al todo de la sentencia principal queda suspensa la oracion, é imperfecta la manifestacion de la idea general. Estos exemplos nos aclararán y confirmarán lo que se acaba de decir: *Los buenos buscan á los buenos; y los malos á los malos.* Aqui el primer miembro, si no siguiera el segundo, fuera perfecto del todo, porque así habia período, acabando la sentencia dentro de sí; mas, como guarda relacion con el segundo miembro por contrariedad de pensamiento, queda imperfecto su sentido; y por esta causa se ha de tener aqui por colon.

Tambien hace el oficio de colon toda sentencia precedente, quando despues ponemos la causa ó razon de ello, como en esta: *Bien podeis temer su ira, porque mañana vendrá armado.*

Del Período.—Período, llamado por los latinos *ámbito ó circuicion,* es aquella perfecta cantidad ó extension de cláusulas á que puede llegar una sentencia; pues en períodos se parten y dividen todos nuestros raciocinios para producirnos con órden y claridad. Para este fin hay tambien en la extructura de los períodos sus particu-



lares divisiones, de que hemos hablado ya, tratando de los incisos y colones, las quales señalan ciertas pausas para recitar con compás, cadencia, y sentido las partes del discurso.

Estas partes, ó miembros del período, pueden ser pocos ó muchos segun los diferentes géneros de estilo con que queremos tratar la materia, ó segun el que requiere la materia misma. Estos miembros se suelen enlazar de diferentes modos; y la idea principal de una oracion puede estar dividida en dos, tres, y quatro sentencias, que juntas conspiren á esclarecer, amplificar, ó corroborar la proposicion general.

No hay regla fixa para señalar el número de miembros de que ha de constar el período. Pero, como puede haber exceso por una y otra parte; el escritor, conforme la naturaleza, las circunstancias y fin del asunto, y los lugares del discurso, se extenderá ó se estrechará mas ó menos; pero, en ninguno de los dos casos traspasará los límites que dicta nuestra propia naturaleza, asi de parte del que habla, como de parte del que oye. Los períodos en demasía largos hacen embarazosa y desalentada la pronunciacion, y al mismo tiempo fatigan el oido del oyente, distraen su atencion, y se confunde ó se desvanece su memoria, no siendo posible que ésta, en tan larga série de sentencias, unas veces conexâs, y otras inconexâs entre sí, junte la primera con la última.

No es menor el inconveniente que redunda del otro extremo, porque en los períodos muy cortos, que son hoy la moda, ó mas bien el vicio dominante de los escritores á lo filósofo, padece tambien el aliento, interrumpido continuamente, antes de concluir la medida de la natural aspiracion. Y tambien padece el ánimo del oyente, oprimido en tan reducidos círculos; y la memoría no puede resistir el peso de tan repetidas y diferentes sentencias, quebrandose el sentido general del discurso con cortes tan menudos y freqüentes.

Para evitar uno y otro extremo, los retóricos han dividido los períodos en *bimembres*, *trimembres*, y *quatrimembres*; que es decir, de dos, de tres, y de quatro miembros. De qualquiera de estos números que se considere el período, se divide este siempre en dos partes; la primera, en que se comprehende la proposicion, suspende el sentido de la idea principal; y la segunda, que es la conclusion, lo cierra y acaba, y ésta es señalada por la buena ortografia con (;).

En el período bimembre, tanto la proposicion como la conclusion son simples, como en este: *Siendo la patria la que nos ha dado el nacimiento, la educacion, y la fortuna; debemos, como buenos ciudadanos, sacrificarnos por ella.* En el período trimembre la proposicion abraza comunmente los dos primeros miembros, y la conclusion el tercero,

como en este exemplo: *Antes que la guerra destruya nuestros hogares, y la bárbara soldadesca deshonre nuestras hijas; vamos amada familia, á buscar el reposo y la seguridad en los incultos montes.* Otras veces la proposicion se reduce al primer miembro, y la conclusion abraza segundo y tercero: *Fué tanto el asombro de Motezuma quando se vió tratar con aquella ignominia; que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quexarse.*

En el quadrimembre la proposicion abraza, unas veces los dos primeros miembros, y la conclusion los dos últimos, como en este: *Por mas que los impíos duden del autor de su vida, y blasfemen contra el Criador de todo; nunca podran apartar la vista de las obras que no son de los hombres, ántes su misma duda depone contra su incredulidad.*

Otras veces se distribuyen los tres primeros miembros en la proposicion, y en la conclusion el quarto, como en este: *Si el vicio es tan halagüeño, si el corazon humano busca siempre lo que le lisongéa, si la virtud es mirada por los sensuales como cosa áspera y desabrida; ¿porque tantos esforzados varones se despojaron de la riqueza, del poder, y del nombre, para abrazarse con ella?* Otras veces la conclusion comprehende los tres últimos miembros, y la proposicion solo el primero, y con esta distribucion se amplifica y corrobora el espíritu de la sentencia

principal, como en este período: *Fué tan generalmente dadivoso y liberal; que hacía grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la magestad.*

De la vária construccion de los períodos nacen las formas diferentes del estilo en general, y del particular de cada escritor, quien adopta, yá los períodos extensos, yá los cortos, conforme es el caracter que domína en su ánimo, ó el gusto que le comunicaron la educacion, ó sus lecturas favoritas.

De la extension de los períodos se forma el estilo numeroso, y rotundo, porque consta de miembros llenos y bien distribuidos; y esta composicion es la mas oratoria, porque dá al discurso un ayre de magestad, de pompa, y de dignidad. Pero ésta misma extension, si no guarda una justa medida, y no se varía con intervalos mas ó menos cerrados, cansa y derrama el espíritu con la pompa y harmonía del discurso; y mas se ocupa el oido que se mueve el alma con tan mesurada cadencia, y contínua regularidad de frases compasadas. Todo lo que entonces el estilo gana de dignidad, pierde de energía. Esta uniformidad continuada en una série de sentencias se ha de quebrar con períodos mas breves, aunque menos sonoros; pues hace mas agradable efecto la discordancia, que la cansada repeticion de sentencias cortadas

por una misma medida. Sin embargo, atendiendo alguna vez á la elegancia, y á la harmonía del número, si es permitido alguna vez sacrificar la precision á la gala y riqueza de la frase; puede el que sabe consultar con el oido dexar al período, y aún á sus miembros, cierta rotundidad y cadencia, como se muestra en esta grave y grandiosa oracion. *Aun en las guerras civiles, quando el pueblo romano se armaba contra sí mismo despues de la fiera crueldad de Lucio Syla, que quiso ser llamado Felice por la abominable carnicería que habia hecho en sus ciudadanos; y despues de Cinna, Mario, y Carbon, y de otros que se propusieron el despojo de la patria por premio, y pelearon por quien la tiranizaría; muchos buenos y sábios ciudadanos, envueltos en la contienda de Cesar y Pompeyo, afirmaban que la república no podia ser curada de tan entrañable pestilencia, sino con dar á uno solo las riendas del imperio.*

Dudo yo que se pueda dar mayor amplitud, número, y extension á un período; sin que le embarazen la cópia de sus cláusulas, ni la plenitud de sus miembros, y sin fatigar el aliento del que habla, ni distraer la atencion del que oye. Todas sus partes están tan bien distribuidas, y concertadas entre sí, que en todas halla lugares de descanso, mas o menos detenido, la carrera de la pronunciacion, suspendiendo ó variando el tono, guiado siempre por los signos

de la puntuacion, que señalan los intervalos y pausas que se han de guardar en cada una de las cláusulas, y en la conclusion de muchas juntas en cada uno de los miembros. Pero no todos los que leen con velocidad y perspicacia, saben leer con sentido.

Asi mismo, de la cortedad de los períodos se forma el otro estilo, que se llama *truncado*. Este se compone de proposiciones breves, que no tienen enlace unas con otras; pues cada qual forma un sonido perfecto. Esta manera de composicion tiene mas viveza y energía que la rotunda y numerosa; y pertenece á ciertos asuntos como á los didácticos, y doctrinales, y á las sentencias morales y políticas, y no sienta mal á los festivos y jocosos. Pero solo debe reynar este estilo donde la calidad de la composicion lo pide; pero mezclandolo alguna vez con el rotundo en los casos y lugares que piden esta union, para huir de la cansada uniformidad.

El estilo cortado, parece mas nervioso, y es mas debil, porque la desunion de sus partes dexa destroncada su misma fuerza. Son miembros robustos, mas no forman un cuerpo entero. El estilo cortado rompe y ataja el paso al discurso del lector; en vez que el distribuido en períodos le guia como de la mano, y le ofrece asientos de descanso.

En toda composicion no basta que sus partes

constitutivas estén repartidas de este modo ú del otro; sino que entre ellas ha de dominar alguna idea que las reuna á un solo concepto, ligandolas tan estrechamente, que no reciba el ánimo distintas impresiones. En toda oracion hay un sugeto principal que debe dominar y regír las partes de la sentencia hasta su conclusion. Quando en ella se introducen distintos objetos, y mas si son inconexôs, se embaraza, se intrinca, y se recarga el período; y ha de tomar un ámbito y rodeo tan descomunal, que mas parece un razonamiento que una sentencia. De aqui nace aquella ambigüedad y confusion que se advierte en el estilo de algunos escritores, por otra parte correctos, puros, y de noble diccion.

Entre los dos extremos de breve, ó derramado, ès mas tolerable la concision, que la redundancia. Aquella cansa, y ofende, mas no confunde, ni enmaraña las ideas, porque las presenta limpias y sueltas; pero la otra fastidia, irrita la paciencia del oyente ó del lector, cuya imaginacion ha de refrenar su natural curso al paso de la pesada composicion del autor.

La puntuacion no puede corregir entonces este defecto, dividiendo las partes mayores y menores de la sentencia, si la ambigüedad proviene de la inconexîon de los pensamientos, ó de su número quando es mayor que el que puede admitir la cabída natural del período.

He dicho cabída natural, porque los límites de nuestro aliento, de nuestro oido, y de nuestra memoria le tienen señalada su medida; y no el arte, que ha de obedecer en esta regla á las fuerzas de nuestros sentidos. Por esto la retórica reprueba los períodos que pasen de cinco miembros, los miembros que consten de muchos incisos, y las sentencias embebidas, ó como encaxonadas, dentro de otras.

Las secciones, divisiones, subdivisiones, y todas las fórmulas copulativas, disyuntivas, transitivas, ó adversativas, son designadas por las comas, los colones, y los puntos. Estos sirven para coordinar, distinguir, clasificar, y cerrar el sentido de las sentencias. Pero, si el autor no lleva antes en su mente está puntuacion natural para ordenar sus ideas, y extenderlas despues; escribirá sin método, ni precision, y todas las reglas de la buena ortografia no podrán corregir la desarreglada colocacion de las ideas, y por consiguiente el desorden de la expresion. No es la puntuacion destinada solamente á señalar las pausas, y los tonos á la pronunciacion; sino tambien á distinguir el sentido de las ideas por el lugar que ocúpan en el discurso.

Por esto, quando una sentencia no tiene puntuacion oportuna, carece de sentido, ó por lo menos no se lo puede dar el lector sin mucho trabaxo. Todo buen escritor sabe puntuar lo

que dice; por que sabe sentirlo, y dividir los intervalos de sus ideas. El que no sabe puntuar no sabe pronunciar, ni tampoco leer; y el que ignora uno y otro ¿como podrá puntuar? El que es artífice de la máquina, sabe las piezas que necesita, y donde se deben colocar; y con este conocimiento le dá juego y accion.

ARTÍCULO II.

DEL NÚMERO ORATORIO.

Hasta ahora hemos exâminado las partes mayores y menores que constituyen el cuerpo del período, consultando mas con la gramática, la lógica, y los sentidos, que con el número oratorio que forma la harmonía de la elocucion. Esta nace, no solo de la medída y construccion de las partes de la oracion, sino tambien del modo de concertarlas, no poniendo notable desigualdad entre los miembros de un mismo período, y evitando los períodos excesivamente dilatados, y las cláusulas muy ahogadas, porque, como queda dicho mas arriba, en la serie del discurso su extension no nos ha de hacer perder el aliento, ní volverlo á tomar á cada instante. Los asientos del período han de ser

llenos de hermosura y magestad en lugar que el leotor respire y descanse: y con esta harmonía se manifiesta cierta facilidad que hace desaparecer el artificio de los números. D. Diego de Saavedra, que no desconocia el número y harmonía en ciertos lugares de sus empresas, nos presenta este noble exemplo quando dice: *Cayó el Imperio Romano, y cayeron, como es ordinario envueltas en sus ruinas las ciencias y las artes; hasta que, dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volvieron á brotar á su lado las ciencias.*

En algunos escritores su número, ó mas propiamente su harmonía, está mas en la construccion gramatical que en la forma oratoria, como si dixésemos, que éste numero está mas en la extructura mecánica de la frase, ó de los miembros separados, que en la composicion y complemento del período. Este sale de su medida natural y lógica siempre que los miembros que deben comprehenderse dentro del círculo de la proposicion, se hallan tan cargados de miembros accesorios á la idea principal, que cortan su compás á la pronunciacion, quitan á la respiracion su descanso, y confunden el órden y sentido de la sentencia, en daño de la claridad y la elegancia. Tambien padece la harmonía si estos miembros accesorios, por ser

poco variados en tonos y medida, no guardan la conveniente proporcion entre si en su extension, como quando se cierra el período con seco, breve, é insonoro final.

No pretendemos por esto que todos los miembros del período sean iguales en el número de vocablos de que resulten cadencias ó desinencias semejantes, que es gusto pueril, ó carencia de todo gusto. La variedad diferenciada es la que deleyta en todas las cosas, y mucho mas en lo que vemos y oímos. El número mueve, deleyta, y suspende; pero ha de nacer del número de la frase, y seguir su extructura, compuesta de tales ó tales dicciones, que le den variedad, de que es muy estudiosa la misma naturaleza. Aqui entra el arte y el juicio para no trabar sílabas y palabras siempre de un mismo tenor y sonido:

Pero tambien sucede en aquellas oraciones que llaman sostenidas y numerosas, y que á manera de rios de mansa corriente, y de espaciosas revueltas llevan un camino muy largo y pausado hasta el mar, que el lector ú oyente, conocida ó prevista la última sentencia que ha de contrastar con la primera, vé de lexos, mas no alcanza, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo. Tanta es la molestia que sufre en el detenido curso de estos períodos graves, llenos, y sosegados, henchidos de palabras ociosas, artificiosamente colocadas.

Y como la afectacion y la violencia son enemigas de toda perfeccion, no lo son menos en este punto. El exercicio y el oido, mejor que todo esfuerzo del estudio, y sobre todo una atencion profunda en los buenos modelos, enseñarán mas que todas las reglas. El escritor exercitado, y probado en componer, percibe por un hábito, ó digamos, instinto músico, la sucesion harmónica de las palabras; de la suerte que un lector diestro ve de una ojeada las sílabas y las palabras que preceden y las que siguen en un escrito.

El siguiente exemplo podrá darnos una idea de la grata consonancia del número, quando nace de la igualdad, discreta distribucion, y concierto de los miembros del período: Oygamos al P. Marquez quando dice: *Antes que el alma siga á toda rienda el deleyte del sentido, le parece suave cosa al varon santo mortificar el deseo, y domar la inclinacion rebelde de la carne, borrando con pensamientos amargos las memorias dulces de la sensualidad.* Esta oracion llena, corriente, y sostenida de miembros numerosos, perderia gran parte de su harmonía trocando la colocacion de las palabras, que hacen la cadencia de sus claúsulas flúidas y sonoras; y no se faltaría por eso al sentido del concepto, ni á la claridad del estilo. Todo el mérito de esta oracion desaparece mudandola de esta manera; por exemplo: *antes que siga el*

alma el deleyte del sentido á rienda suelta—domar la rebelde inclinacion de la carne—borrando las memorias dulces de la sensualidad con pensamientos amargos. La composicion, en quanto á la grámatica, es la misma; pero en quanto á la eloqüencia, es como un instrumento sin voces, ó como voces sin canturía.

Aunque la oracion que llamamos elegante y magnífica sigue cierta cadencia numerosa, no tiene una medída determinada como la poesia. Por eso el escritor discreto cuida de que su prosa no tome el rithmo riguroso de la versificacion, pues se observa que toda composicion grata y sonóra comunica al estilo la fluidez y harmonía del metro, sin darle su monotonía.

Otras veces, por no faltar al número, se añade, ó se repite una palabra ó partícula, contra la índole gramatical de la lengua, y el uso de su sintaxîs. La lengua castellana admite en su construccion ordinaria y usual la repeticion de artículos y pronombres en ciertos casos, y en otros los desecha. Pero, quando se quiere buscar el número lleno y sonoro de la frase, se puedè sacrificar muchas veces la extructura gramátical á la oratoria. En la construccion comun dirémos bien: *perdieron estos hombres honor y fortuna,* sin artículos ni pronombres. Dirémos bien *perdieron el honor y fortuna* interponiendo el artículo masculino. Asi mismo podrémos decir *perdieron su honor y fortuna,*

interponiendo un solo pronombre. Pero en esta frase, para caer numerosa y harmónica, echa menos el oido una voz que llene la medida; y asi dirá el orador *perdieron su honor y su fortuna*, repitiendo el pronombre, y aun se concluirá con número mas completo, con la repeticion de los artículos, diciendo: *perdieron el honor y la fortuna*.—Lo mismo se manifiesta diciendo *el fomento de las ciencias y artes*. Esta frase no tiene el cabal número que pide una sonora cadencia, solo por faltarle el artículo á la palabra artes, debiendo decir *el fomento de las ciencias y las artes*. Véase como un solo monosílabo, que no es notable ni esencial en el lenguage vulgar, da ó quita toda la hermosura y harmonía á la frase oratoria. En las caidas y cadencias finales, ya del período, ya de sus principales miembros, evita el orador de buen gusto, y de oido exercitado, que terminen en palabra poco digna, insuave, ó lánguida, y nunca en monosílabos, excepto quando en ellos, y en aquel lugar, se junte la energía y demostracion de algun afecto.

DE LA HARMONIA.

Del número nace la harmonia de la frase, y la elegancia de la elocucion oratoria. La harmonía, hablando con propiedad, es la agradable sensacion que resulta de la simultaneidad con que muchos sonidos acordes hieren el órgano del oido. Abúsase generalmente de esta voz *harmonía*, confundiendola con los efectos de la melodía, que son aquel deleyte causado por la sucesion de muchos sonidos. Asi es que, quando oímos ó leemos un discurso, percibimos el sonido de cada sílaba, de cada palabra, de cada cláusula, de cada período, por que la pronunciacion no puede alterar este órden, ni precipitarlo. Sin embargo, por no faltar á la comun inteligencia, y proceder con claridad, conviene servirnos aqui de la voz generalmente adoptada de los retóricos, aplicando á la idea de harmonía la que expresa la definicion de la voz melodía.

Es esta harmonía la música del lenguage, que por una feliz mezcla de números y sonidos expresa los movimientos de nuestros afectos, y el espíritu de nuestros pensamientos, y se pinta con ella á los oidos, de la suerte que se pinta á los ojos con los colores. La harmonía pone una especie de contrapeso y equilibrio entre las

partes mayores y menores del período, ya suspendiendo unas, ya precipitando otras, sin detener jamas el curso de la oracion, ni interrumpir el deleyte del oido.

Pero hay personas tan mal organizadas, ó tan poco habituadas á percibir el buen sonido y dulzura de las palabras, asi en poesía como en prosa, que son excusadas reglas y exemplos á formarles el oido, para distinguir lo áspero de lo flúido, lo bronco de lo suave. Sucédeles lo que cuenta Plutarco de aquel rey de los Scitas, que habiendo cautivado en la guerra al célebre músico Ismenias, le mandó tañer la flauta; y como todos los otros cautivos se maravillasen de su habilidad; *juro* (dixo) *por el viento y la espada, que de mejor gana oiría relinchar un caballo.*

La harmonía de la prosa es mas incierta en sus reglas que la de la poesia. Y aunque en ambas tiene por juez al oido; en la primera no es este sentido su sola y mas segura guia. Cierto tino, el buen gusto, y la discrecion ponen límites á la harmonía, para que no se convierta en metro; que sería un defecto lo que en la poesía es una perfeccion.

El escritor prosista ha de cortar ó dilatar la medida de sus frases, interpolar el claro y el obscuro, los llenos y los vacíos, para evitar la simétrica sonoridad. Pero el poeta puede pasar á ser músico; y como toda música tiene tonos

y compases, de consiguiente tiene reglas para la composicion. Por esto es tan dificil tomar, con la economía y tiento que requiere la prosa, el ayre de la música: escollo en que han caido algunos por afectacion, y no pocos por negligencia. Sea exemplo de este descuido, ó demasiado cuidado, este trozo de Lorenzo Gracian, donde dice: *a los grandes hombres los mismos peligros, ó los temen, ó los respetan: la muerte á veces recela el emprenderlos, y la fortuna les va guardando los ayres. Perdonaron los áspides á Alcides, las tempestades á Cesar, los aceros á Alexandro, y las balas á Carlos Quinto.* Las últimas cláusulas, aunque bien variadas en sus desinencias de *ides, ésar, andro, into,* tienen el ayre y cadencia métrica, que sienta mal á la prosa.

Con mas acierto, si no con menos estúdio, supo Solís dar á la prosa el número harmonioso que puede admitir, quando dice: *Los hechos de Christobal Colon, lo que obró Hernán Cortés, y lo que se debió á Francisco Pizarro, son tres argumentos de historia grandes, compuestos de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas, que dán materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles exemplos al entendimiento y valor de los hombres.* La cadencia de las tres últimas cláusulas es mas natural y grave, aunque menos sonora, pues no tiene la forma y ayre métrico.

La harmonía del estilo se forma de la harmonía de los períodos, y la de estos de la de sus miembros, y asi sucesivamente descendiendo hasta las cláusulas y vocables. Baxo de dos aspectos, pues, se puede considerar la harmonía de la oracion, ó por la modulacion agradable de sus partes constitutivas, ó por la extructura y co-ordinacion del todo.

Entre los elementos del primer género de la harmonía se debe tener presente el valor silábico de las palabras que componen una frase, es decir, sus largas y breves, cuyos sonidos lentos ó rápidos sostengan ó precipiten la pronunciacion, como en estos exemplos *mártir constante*, donde se detiene por la dificultad y esfuerzo en la articulacion vocal: y *rápida bola*, donde corre fácil y acelerada. Igualmente merece atencion la calidad de las palabras, no quiero decir su mayor ó menor nobleza, decencia, propiedad, lustre energia; sino aquella diferencia material con que las distingue la prosódia en órden á su acentuacion aguda ó grave, en quanto lo permiten las lenguas vulgares, que carecen del rithmo y mesura de las antiguas, mas no de ciertas entonaciones é inflexîones que conservan en boca de quien sabe pronunciar. ¿ Quanta diferencia resulta de pronunciar *cómo* en sentido de interrogante á *como* en su oficio de comparacion? Lo mismo podemos decir a *quándo* y *quando*, de *quánto* y *quanto*, de *dónde*

y *donde*. ¿ Qué detenida y ámplia pronunciacion ofrecen estas voces *saráo, boáto, mohoso, volúmen?* ¿ Qué ligera éstas *zéfiro, músico, sótano?* Que insonóra y debil estotras, *túrbio, tíbio, ténue, ócio, ódio, záfio?* Qué aguda y entonada éstas *zafíro, marengo, balance, melindre, rocío, palenque, ventisca, molienda?*

Hay en todas las lenguas otro principio de harmonía, el qual dimana de la coordinacion de las palabras dentro de la frase, y se puede llamar harmonía oratoria; porque la que se forma de la mecánica extructura de ellas se debe considerar como gramatical, pues depende solamente de la lengua. Pero la harmonía oratoria depende, en parte de la misma lengua, y en parte del ayre con que se maneja; porque, ya que no tengamos facultad para mudar los vocablos de su diccionario, ni inventar otros nuevos, ni quebrantar el uso peculiar de la sintaxîs, la tenemos hasta cierto término para disponerlos del modo mas conveniente á la harmonía. Honra es de nuestra lengua y del ayre de la frase del P. Marquez esta tan sencilla como harmoniosa sentencia: *Los apóstoles y varones evangélicos se llaman sal, porque han de dar sabor á las doctrinas de la verdad, desabridas al gusto de la carne flaca.*

A esta harmonia oratoria contribuye mucho la índole de cada lengua. Y sobre todo la de la española, aunque no admite la libertad de la

griega y latina para las transposiciones, se presta sin violencia, antes con gran bizarría, á trocar de muchas maneras la coordinacion natural, sin faltar en ninguna á la gramática, ni tampoco á la claridad de la sentencia. Pero reprueba toda transposicion violenta, y solo autoriza la que se busca, para dar á la frase, ó mas harmonía, ó mas ornato, o mas delicadeza, o mas novedad. *Embarcarónse en Cadiz* (dice Cervantes) *y echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blándo y prospero soplaba.* Pudiera haber dicho *que soplaba blando y próspero ;* y no se lo permitió su buen oido. Podia haber dicho tambien *que blanda y prosperamente soplaba ;* pero usó felizmente de los adjetivos, huyendo de los adverbios, que por su extensa extructura retardan su corriente á las cláusulas, y hacen floxo el estilo. ¿ Quien no conoce que estos modos *vivia feliz, corrió ligero, habló cuerdo, respondió amoroso,* son mas breves y mas flúidos que no *vivia felizmente, corrió ligeramente, habló cuerdamente, respondió amorosamente ?* Por otra parte el adjetivo es mas enérgico, porque, identificandose con el sugeto, determina la calidad mas que el modo. Dice en uno de sus aforismos morales y políticos el P. Nieremberg : *De honrar á la virtud se precien mas los nobles que de ser honrados por ella en sus antepasados : no es ésta propia honra suya, sino de sus mayores, que ganaron la honra, y echaron pesada*

pero gloriosa carga á sus descendientes de sustentarla.

Por flúidas, sonoras, y llenas que sean las palabras que escoja el orador para la harmonía de su estilo, no tiene hecho si no la menor parte de su trabaxo; fáltale la otra y mas principal, que es la harmonía que procede de la colocacion de las mismas palabras ya escogidas, y de los miembros del período. A este cuidado fué el mas atento orador Ciceron; y fué tan apasionado á lo que él llama oracion llena y numerosa, que se le tacha de excesivo y exûberante algunas veces. En esta parte sobresale la elocucion de Flechier entre los franceses, y de Fr. Luis de Granada entre los españoles.

De este estilo trasladarémos una muestra de un antiguo escritor español de los desconocidos: *Asi acabó su miserable vida el grande Anibal, que tantas veces y tantos años habia, con dudosa fortuna, contendido con el romano pueblo domador de las gentes.* En este corto exemplo hay rotundidad, número, harmonía, y magnificencia.

Y para dar de una vez, y en un exemplo solo, una idea mas completa en este género de composicion llena, numerosa, y grave al mismo tiempo, he querido trasladar aqui un trozo del Prólogo que escribió el Maestro Francisco de Medina á las Anotaciones que puso Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, y es como sigue: *siempre fué natural pretension de las gentes*

victoriosas procurar extender no menos el uso de sus lenguas que los términos de sus imperios ; de donde antiguamente sucedía que cada nacion tanto mas adornaba su lengua, quanto con mas valerosos hechos acrecentaba la reputacion de sus armas. Dexadas á parte las primeras monarquías, que tan largo discurso de años ya casi tiene sepultadas en olvido ¿ quien sabe quantos exércitos y poblaciones salieron de Grecia á buscar, ó nuevas ocasiones de proezas militares, ó mas fértiles y seguros asientos para su vivienda, que asi mismo no sepa quan extendida se derramó por el mundo aquella lengua, entre las profanas la mejor y mas abundante ? Notoria es á todos la grandeza del imperio romano, pues quando faltase el testimonio de tantos escritores, los destrozos solos de sus ruinas la manifestáran. Pero mas notorio es quan anchamente su esparció el lenguage de Roma, pues hoy en dia parecen infinitos rastros suyos, conservados en las hablas de tantas y tan diversas gentes. Crecieron, por cierto, las lenguas griega y latina al abrigo de las victorias ; y subieron á la cumbre de su exaltacion con la pujanza del imperio. Y fueron tan prudentes ambas naciones que pretendiendo con ardor increible la felicidad de sus repúblicas para la vida presente, y la inmortalidad de su fama para los siglos venideros ; entendieron que con ningun medio podian conseguir mejor lo uno y lo otro que con el esfuerzo de sus brazos, y con

el artificio de sus lenguas. Con aquel adquirian y conservaban las cosas de que, á su parecer, tenian necesidad para vivir dichosos; de este se servian para el mesmo efecto, y no menos para perpetuar la memoria de sus hazañas.

Se ha observado que los antiguos retóricos, asi griegos como romanos, acerca de los principios y leyes de la harmonía del período fueron demasiado prolixos y menudos. Tales nos parecen á nuestro juicio, porque no conocemos en las lenguas vulgares aquella música que ellos percibian en la suya. Esta música provenia de la índole y sintaxîs libre de aquellas lenguas, cuyas palabras constan de pies, rithmo, y medida; por consiguiente se prestaban á la gracia y agrado de la harmonia. Tenian una prosódia que determinaba la cantidad de sus sílabas; sus vocablos eran ademas mas llenos y sonóros; la variedad de sus terminaciones producia sonidos líquidos y cadèncias melodiosas, libres de aquellas voces cortas y sordas, como son los artículos y algunos pronombres, y preposiciones, que nosotros tenemos necesidad de usar como auxîliares del régimen gramatical. Ademas tenia la ventaja la índole de aquellas lenguas del uso de las inversiones, lo qual daba libertad á los escritores de colocar las palabras en el lugar que mas ayudase á la melodía música del período. Esta misma licencia obligó á los retóricos á señalar reglas para fixar el modo de no abusar de ella, ó el de sobresalir. Asi los

modernos no podemos poner en este punto aquel cuidado que ponian los antiguos, cuyo oido se habia perfeccionado con su misma lengua.

Y aunque nuestra prosa puede sugetarse en mucha parte á esta regla métrica; como la cantidad de las sílabas de las lenguas modernas no está señalada por leyes prosódicas; estas diferencias no las percibiria nuestro oido á causa del suelto y corriente curso que llevamos en la pronunciacion de nuestras oraciones, y porque todos los documentos acerca de la medida y número de nuestra prosa son vagos é inciertos en gran parte. Y no porque sea imposible reducir á sistema esta coordinacion, han de desentenderse de ella los que pretenden escribir con elegancia y gracia, y mas los que han de razonar en público.

Colocacion de las palabras.—De la oportuna colocacion de las palabras nace la harmonía y la hermosura de la frase. Descompongase un período de Ciceron ó de Flechier; y las palabras y el sentido de la sentencia serán las mismas; más la harmonía desaparecerá. Pero tambien sucede alguna vez que por una extremada delicadeza y estudio de conservar esta calidad extrínseca de la oracion, se prefiere lo accesorio á lo principal, trastornando el órden natural de las ideas, como si dixéramos, buscando el número harmonioso, *La muerte y el terror del Numantino;* en lugar de decir *el*

terror y la muerte del Numantino, porque el terror precede á la muerte.

Hablando con rigor, no se puede usar de esta licencia sino quando las ideas de las palabras que se trasponen son tan cercanas la una á la otra, que se presentan casi al mismo tiempo al entendimiento y al oido. *Era Juan de Grijalva* (dice Solís) *hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor.* Siendo indiferente colocar antes ó despues la palabra prudencia, debia haber rematado la sentencia con ella para darla harmonía y fluidéz, diciendo *el valor y la prudencia.* Con esta colocacion forman sonido entero por sí los artículos *él* y *la,* y la conjuncion *y:* Del otro modo aquella colision de vocales *encia y el* afea y ahueca la pronunciacion, y la entonacion de *el* y *la* desaparece en el *la y el.*

Sin embargo, en el estilo vehemente, quando se trata de pintar cosas grandes ó terribles, es menester en alguna ocasion, si no sacrificar, á lo menos alterar la harmonía. Esta atencion á la harmonía no contradice al género patético, en el qual las ideas fuertes y grandes dispensan de buscar los términos. Aqui solo tratamos de la disposicion artificiosa de las palabras, y no de la expresion en sí misma: esta es dictada por la pasion, y aquella arreglada por el oido. Pero, quando la coordinacion harmónica de las palabras no se puede conciliar con el orden lógico

¿ que medio elegirá el orador? Entonces, y segun los casos, sacrificará, ya la harmonía, ya la correccion ; la primera, quando quiera herir con las cosas ; y la segunda, quando mover con las palabras. Pero estos quebrantamientos deben ser leves y muy raros.

No se puede arreglar el concierto y harmonía de la frase sino por medio de la vária colocacion de las palabras, quando la lengua la permite sin faltar a la claridad y correccion, como sucede, entre las vulgares, á la castellana. La coordinacion harmónica de las palabras no es la ordinaria y comun del habla usual ; por eso se ha de alterar este órden, colocando las palabras de modo que dén ornato, número, y plenitud á la sentencia. Unas veces se han de separar las que por su cercanía hacen ya fuerte, ya desmayada la pronunciacion ; otras, se han de juntar las que con su casamiento la hacen ya suave, ya sonóra ; otras, se han de colocar, ora al principio, ora al medio, ora al fin de la frase, consultando en todos estos casos al oido, quando ésta colocacion artificiosa, que suele dar énfasis y gracia al período, no ofende á la claridad y á la índole de la lengua. *Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirse en este mundo,* dixo Gracian con mucha gracia.

Nuestros conceptistas del siglo XVII., por mostrarse elegantes pecaron lastimosamente contra las reglas del buen gusto, viniendo á formar

de estas transposiciones un arte de cultura. Es innegable que alguna vez recibía la frase un ayre galano y delicado, que la distinguía del uso comun, como en estas: *Disimular la ofensa, mas que baxeza, es reputacion.—Es vulgar poquedad aplaudir desaciertos; que, quando no de ignorante, no os podreis librar de lisongero.* A esta manera de estilo les obligaba su aficion al laconismo sentencioso, y les servia para ello la dócil índole de nuestra lengua, que se presta á todos los caprichos de un escritor en la extructura de las frases, sin quebrantar la gramática.

Huvo alguno de aquellos escritores, que, no queriendo llevar el paso derecho y llano de esta sentencia: *los hombres nunca corren mas peligro que quando son felices*, torció el camino, y buscó la mayor gracia en la mayor dificultad de texer la frase, diciendo: *Nunca mas, que quando felices, corren peligro los hombres.*—Pareceríale á otro que era demasiado trivial el ayre de esta otra sentencia: *Al que corre ligero á la venganza, mas le mueve la ira que el honor;* y cambió el final de esta manera, *mas que el honor le mueve la ira.*

Otras veces el abuso que hacian de estas transposiciones, que no se pueden tachar todas de inelegantes absolutamente hablando, les hacía deslizar en anfibologias que confundian el sentido de los conceptos, como se muestra en este exemplo: *Muchos hay en los males alegres, pero*

pocos cuerdos afortunados. De aqui inferirémos que tenian gran parte en estos modismos la afectacion y el capricho, pues no siempre era el número ni la harmonía lo que buscaban en estas construcciones; pero el mal gusto prevalecia contra la razon. Sin embargo, entre estos esmerados trastrueques, quando no dañan á la claridad; por no seguir la *marcha* francesa de los que hoy escriben en tono de imitadores de la naturaleza, yo sufriria con menos repugnancia aquellos extravíos que no salian de nuestra jurisdiccion, que estas arrastradas y mesuradas formas, que tienen atada la libertad y osadia de nuestro lenguage antiguo.

Es increible la diferencia que causa en la harmonia una palabra mas ó menos larga al fin de una frase, una desinencia masculina ó femenina, y á veces un monosílabo de mas ó de menos dentro del ámbito de un inciso ó miembro.

Todos estos inconvenientes se vencen por medio de la transposicion. Dice un autor: *todos le aborrecian, y le despreciaban los mas.* Este final monosílabo *mas* es ingrato é insonóro. Múdese la colocacion diciendo: *todos le aborrecian; los mas le despreciaban,* con cadencia mas llena y numerosa. Oygamos este período trimembre del culto y elegante Maestro Marquez: *Despues que Perséo y Antíoco fueron vencidos; el pueblo romano se deslizó en deleytes que estragaron las buenas costumbres, y escurecieron el resplandor de*

la virtud antigua. No dixo el de la *antigua virtud* por no hacer dura la pronunciacion de la última silaba de tono agudo, que, además, hacia correspondencia con el final fuerte de resplandor. ¿Que dirémos quando concluye un período con dos ó con tres monosílabos seguidos, como el de cierto autor en un elogio académico, que cerró el último período de su discurso con este durísimo remate: *prendas admirables de un tan gran rey.* Aqui tenemos no tres, ni quatro, sino cinco monosílabos, y una prueba evidente de que puede un hombre ser muy erudito y dotado de gran talento, y no saber escribir. Si el autor hubiese atendido mas á esta prenda oratoria, que tal vez despreció como frívolo accidente del estilo, ó regla mecánica del oido, del qual sin duda carecia; podia haber mudado la frase, dandole otro semblante mas lleno y grave de esta manera: *prendas admirables de un rey tan grande;* ó de esotra forma; *prendas admirables de tan gran monarca,* mudando la palabra rey.

Conforme á estas observaciones, el que quiera dar gracia y nobleza á la sentencia, procurará evitar, en quanto pueda, los pronombres *el, ella, ello,* que son sordos é insuaves en la conclusion, y otros como *ti, mi, vos.* Sin embargo hay ocasiones en que puede acabar el período en monosílabo, quando este es el obgeto de la pasion, ó de la proposicion; y solo puesto en aquel lugar por mas visible, hace una impresion mas eficáz,

sacrificando número y melodía. Esto es mas freqüente en las exclamaciones, interrogaciones, é invocaciones, como en este exemplo. *¿ Quien puede, Dios mio, vivir sin ti ? y ¿ quien no querrá morir por ti ?* En este otro exemplo es la desesperacion la que domina la sentencia: *espero la muerte de tu mano ; el perdon, no.* Toda la fuerza de la pasion está en el *no ;* porque en esta brevísima y seca palabra se encierra el último grado del desprecio del contrario, y asi debe estar puesta en el final.

La coordinacion oratoria de las palabras no se hace por capricho; sino con cuidado y fino gusto en su colocacion. Podemos decir, segun la sencilléz y llaneza del orden gramatical: *Job estaba asido a su virtud, no con duda y flaqueza, sino con valiente pecho y esforzado ánimo.* Pero el eloqüente Maestro Leon, trasponiendo con cuidado, y sin afectacion, el órden de las palabras, muda el semblante á la frase, dandole un ayre harmonioso que no tenia, diciendo: Asido estaba *Job á su virtud, no con duda y flaqueza, sino con pecho valiente y ánimo esforzado.*

No ayuda menos á doblar la fuerza de una sentencia la colocacion de una palabra antes ó despues de dos verbos, ó intercalada. Podemos, por exemplo, decir de un mal sugeto: *á todos injuria y tiraniza ;* ó bien *injuria y tyraniza á todos.* Esta es la forma comun de la frase, propia y usual en ambos modos. Pero si mudamos

la colocacion, diciendo, *injuria á todos y tiraniza*, vendrémos á ponderar que, ademas de injuriarlos, los tiraniza, ó tambien, que primero los injuria y despues los tiraniza. Separando asi los dos verbos, distinguimos como actos separados la injuria y la tiranía; y del otro modo ordinario los juntamos de suerte que se vienen á confundir en un acto contínuo dos operaciones que, divididas, aumentan la maldad de la persona, haciendola dos veces mala.

ARTÍCULO III.

DE LA PROPIEDAD DE LA DICCION.

Hasta ahora hemos hablado de las palabras consideradas en su estructura mecánica, en el oficio que hacen en la frase colocadas en tal ó tal lugar, atendiendo solamente á su buen ó mal sonido, á su número, y no á su sentido. Y siendo principalmente la facultad de hablar lo que distingue al hombre de los brutos, y la de hablar bien lo que los distingue despues á unos de otros; la perfeccion del lenguage, sin la qual no hay eloqüencia, pide otro exâmen no menos detenido y mas escrupuloso todavía, al qual graduará de fastidiosa prolixidad la suficiencia presuntuosa de los que se creen privi-

legiados para orar, ó escribir confiadamente, sin ningun trabajo ni temor de su parte.

Como la propiedad de los términos es el carácter distintivo de los insignes escritores, su estilo debe estar, digamoslo asi, al nivel de su asunto. Esta virtud del estilo es la que muestra el verdadero talento de escribir, y no el arte fútil de disfrazar con vanos adornos los pensamientos comunes. De la propiedad de los términos nacen la concision en los asuntos filosóficos, la elegancia en los aménos, y la energía en los sublimes y patéticos.

Pero, si es cierto alguna vez que el cuidado prolixo de hablar con rigurosa propiedad corta el vuelo al ingenio, y enerva el vigor de la expresion, es quando intentamos escribir en una lengua muerta, ó en la viva que ignoramos, ó en la propia nuestra que no hemos estudiado. Entonces sucede que, perdiendo mucho tiempo en exâminar, pesar, y medir cada palabra, se amortígua la actividad del ánimo, y de la imaginacion; y por consiguiente en la composicion se ha de descubrir el ayre vacilante y embarazado de la frase.

Preparémonos, pues, antes de subir al púlpito, ú á la tribuna, ó de tomar la pluma para hablar al público, con el estudio sério y profundo de nuestra lengua; y la significacion recta de las palabras corresponderá ajustadamente al obgeto de nuestras ideas. Entonces, ocupados solo del

asunto, y de la exâctitud de nuestros pensamientos, los producirémos con toda la riqueza y lustre de la elocucion, y con aquella facilidad y firmeza adquiridas en el estudio, y exercicio del lenguage.

Quan necesario sea nuestro cuidado en la propiedad de las palabras, aun en las que parecen de menos cuenta, nos lo confirma este exemplo. Hablando de la composicion de un poeta, dice uno en su elogio ; *es semejante á un prado florido, donde parece que se está riendo todo quanto hay*. Estarse riendo, ó reirse, es un acto propio de una afeccion de nuestro ánimo, que no puede aplicarse á cosas inanimadas, porque este verbo recíproco encierra, con el sentido general de alegria, otro doble de burla, ó de desprecio. Los prados *rien*, las aguas *rien*, que en sentido metafórico es mostrar una vista alegre ; más no *se rien*, ni *se están riendo* si no hacen burla de sí mismos.

Esta exâctitud y propiedad de la diccion, tan necesarias para la precision, y fuerza de las sentencias, depende del conocimiento verdadero y riguroso de la significacion directa de cada palabra. Asi, pues, es de suma importancia el discernimiento de las ideas parciales que pueden encerrarse en el sentido general de una voz, distinguiendo en ella las ideas accesorias de la principal. Esta investigacion nos conduce al exâmen de los sinónimos.

Términos sinónimos.—A la propiedad de la diccion pertenece antes de todo la eleccion en el uso de estas palabras llamadas sinónimos. El discurso mas elegante y mas adornado carecerá de precision, claridad y energia, quando el pensamiento se anega en aquella profusion de palabras análogas, y siempre incierta la verdadera, cuya redundancia quita la rapidez y la fuerza á la expresion.

La delicada diferencia, ó graduacion que se halla entre los sinónimos, esto es, la índole particular de estas voces que guardan en su significado general una semejanza comun como entre hermanas; las distingue una de otra por alguna idea secundaria y peculiar que encierra cada una de ellas. De aqui viene la necesidad de escogerlas con inteligencia, y acierto, y colocarlas con oportunidad, para escribir adequadamente.

Esta feliz eleccion, de que depende la propiedad del estilo, enseña á decir con verdad y solidez lo que en otros es vana verbosidad: enemiga del abuso de las palabras, hace inteligible nuestro lenguage: juiciosa en el uso de los términos, castiga y fortalece la expresion: rigurosamente exâcta, destierra las imágenes vagas y generales, y todos aquellos correctivos *como, casi, á modo de..., á poca diferencia, especie de...,* que manifiestan la incertidumbre de nuestro juicio, ó nuestra pereza, ó

nuestra superficialidad. De esto se infiere que el espíritu de discernimiento y de exâctitud es la verdadera luz que distingue en un discurso al hombre sábio del hombre vulgar.

Para alcanzar esta exâctitud, el escritor ú orador ha de ser algo escrupuloso en el uso de las palabras, hasta llegar á conocer que las que se llaman *sinónimos* no lo son con todo el rigor de una identidad tan cabal, que el mismo sentido de cada una sea comun á todas. Exâminense de cerca, y se echará de ver luego que esta supuesta igualdad no abraza toda la extension y valor de su significado; pues solo consiste en una idea principal que todas representan indefinida y latamente. Sin embargo, cada una diversifíca esta idea por medio de otra secundária ó accesória que constituye su propia y peculiar acepcion.

¿Quien dirá que los nombres *tranquilidad, reposo, sosiego, descanso,* se pueden aplicar indistintamente á una misma idea, ni juntos, ni separados, sin embargo de que convienen todos, por modo extensivo, en la significacion de quietud? Exâminense cada uno en particular, y se verá: que *tranquilidad* es la quietud absoluta de lo que no ha estado inquieto: que *reposo* es la quietud de lo que ha sido movido: que *sosiego* es la quietud de lo que ha estado agitado: y que *descanso,* de lo que ha sufrido fatiga ó trabaxo. Lo mismo podremos decir de eso-

tras palabras *gusto, placer, deleyte;* y de otras, como *espantoso, asombroso, horroroso,* y de otras muchísimas, como *gozo, alegria, júbilo,* que algunos escritores, ó equivocan su eleccion, tomando una por otra por ignorancia; ó las confunden juntas por falta de seguridad en su juicio, y otras veces por ostentacion de la riqueza de su estilo, que es vanidad é ignorancia juntamente. Pero las mas veces dimana de la incertidumbre que padece el ánimo del que escribe ó habla, vacilante acerca del valor específico y propio de las palabras; y en esta duda echa mano de todas para acertar, entre tantas, con la que busca, y no sabe escoger.

Los que créen que ésta exûberancia de palabras, que entre los vicios del estilo se llama pleonasmo, enriquece la oracion, ignoran ciertamente que no es el valor numeral de ellas el que enriquece el discurso, sino el que nace de su diversidad, como la que luce en las obras de la naturaleza. Quando las palabras varían entre si solo por los sonidos, y no por la mayor ó menor energia y sencillez de su propio sentido, en vez de dar riqueza á la sentencia, la empobrecen, y fatigan la memoria y atencion del oyente, ó del lector. Esto es, hablando con propiedad, confundir la superfluidad con la abundancia, hacer, como quien dice, consistir la magnificencia de un banquete en el número de los platos, y no en la diversidad de los man-

jares. Y siendo regla constante que entre las diversas palabras que declaran nuestro pensamiento, una sola es la propia; todas las otras, teniendo diferente ó inferior grado de valor, ó embarazan la expresion, ó la enervan.

De aqui es, que si el orador ó escritor no tiene aquel pulso seguro y fino que pide la exâctitud filosôfica, y un profundo conocimiento de la lengua, nunca le asistirá la virtud y eficacia para enseñar y persuadir. El que carezca de este pulso, usará indistintamente de las palabras *avenir, acomodar, reconciliar;* sin advertir que solo se aviene á las personas discordes por pretensiones ú opiniones: que solo se acomoda á las que han tenido intereses ó diferencias personales; en fin, que solo se reconcilia á las que por malos oficios se habian hecho enemigas. En estos tres exemplos tenemos tres actos de conciliacion en general, y solo en esta idea vaga son sinónimas aquellas tres voces; pero cada uno determinado por distintos fines, y distintas causas.

Lo mismo se puede aplicar á estas voces, *estado, situacion,* cuya diferencia se manifiesta en que, la primera dice alguna cosa habitual ó permanente, y la segunda como accidental y mudable. Y asi lo que no alcance el raciocinio, lo demostrarán los exemplos: *Ni el estado de padre de familias pudo mudar la situacion de su fortuna.* Tampoco entre *austeridad, rigor, y*

severidad se apercibe á primera vista la diferencia; pero dice asi un autor de cierto magistrado : *vivía con austeridad, pensaba siempre con rigor, y castigaba con severidad.*

La propiedad de las palabras se conoce mas por lo que enseñan los exemplos, que por lo que enseñan sus definiciones, si estas no son exâctas y luminosas. El uso diverso á que aplicamos su significacion particular nos conducirá á definirlas con toda propiedad : porque padecen en esto grandes yerros los diccionarios, quando en ellos no se ha llevado por guía esta operacion, que parece de órden inverso. El que solo se guía por ellos con ciega confianza, se expone á grandes errores. Hallará en el de la Academia española definida la palabra *perdimiento* de este modo tan vágo como ambiguo: *lo mismo que perdicion ó pérdida.* Aunque las tres palabras abrazan la idea recta y general de pérdida, se diferencian entre sí notablemente por el motivo, la accion, y el obgeto. Busquemos por el uso su aplicacion, y de esta sacarémos su definicion verdadera. *Perdimiento* se dice en sentido legal, hablando de bienes, de una posesion, de un empleo: *perdicion* tiene un sentido moral, y se aplica á la ruina de las costumbres, al abandono del honor, y de sus obligaciones: y *pérdida* es un acto ó resulta contraria á ganancia, sea en lo que compramos ó vendemos, como en lo que esperamos, ó que poseíamos.

En el referido diccionario se define la voz *paternal* de esta manera: *lo que es propio del padre,* definicion muy extensa é indeterminada; y de la otra *paterno* se dice: *lo que pertenece al padre, ó es propio suyo, ó se deriva de él.* Esta definicion, ademas de vaga, es obscura, y confunde en ella la primera, de suerte que no se conoce la verdadera diferencia de las dos palabras, y por consiguiente no hay regla ni luz para el uso de esta, ó de la otra. Obedezcamos á la regla sábia del uso, y este maestro nos dará la particular y propia definicion de cada una. Dícese amor *paternal,* correccion *paternal,* solicitud *paternal;* y se dice, herencia *paterna,* autoridad *paterna,* tio *paterno.* De estas distintas aplicaciones sacarémos que *paternal* es lo que es propio de los afectos de padre; y *paterno* lo que es propio de la calidad y representacion de padre, ó se deriva de sus derechos, ó de su sangre.

Por el diccionario tampoco hallarémos la diferencia que se trasluce entre estas dos voces, *pontifical* y *pontificio,* porque se identifican de tal suerte, que la definicion de la una sirve igualmente para la otra. Veamos como se difine allí la primera: *lo que toca ó pertenece al Pontífice.* Veamos despues como se difine la segunda: *lo que toca ó pertenece al Pontífice.* Si estas dos palabras fuesen unívocas, no se diría ornamentos *pontificales,* misa *pontifical,*

vestiduras *pontificales;* y por el contrario, autoridad *pontificia,* palacio *pontificio,* estados *pontificios.* En el citado diccionario se univocan las voces *aquátil* y *aquático;* mas yo me tomo la libertad de hacer entre ellas esta distincion, aplicando lo *aqüatil* hablando de plantas, y lo *aqüatico* hablando de aves. Lo 1°. me parece se apropia mejor á lo que nace, se cría y muere en el agua; y lo 2°. á lo que vive entre el agua, ó la freqüenta.—Lo mismo sucede con las voces *vegetable* y *vegetal,* cuya definicion comun á entrambas, no distingue su uso. Sin embargo decimos el *reyno vegetal* y no *vegetable;* decimos *tierra vegetal,* y no *vegetable;* decimos vivir de *vegetables,* y no de *vegetales.*

Lo mismo sucede en los artículos *angélico* y *angelical* del citado diccionario, cuyas respectivas definiciones se confunden en una, aunque decimos coros *angélicos,* espiritus *angélicos;* y pureza *angelical,* genio *angelical.* Lo mismo sucede con estas voces *celeste* y *celestial;* sin advertir que decimos, para hablar con propiedad, orbes *celestes,* fenómenos *celestes,* cuerpos *celestes,* espacios *celestes,* esfera *celeste,* en términos astronómicos; y gloria *celestial,* reyno *celestial,* en sentido místico; y por extension, música *celestial,* voz *celestial,* en alabanza de su excelencia. Decimos *azul celeste,* y no *celestial;* y este solo exemplo tan comun, y tan

conocido, bastaba para una clara y distinta definicion.

Si no consideramos con escrupulosa atencion las palabras, jamas escribirémos con correccion y propiedad. En este cuidado no hallo nimiedad, por mas que ladren los antipurístas. Verdad es que este esmero debe proceder de estudios anteriores, pues sin este caudal de prevencion, mal podrá el escritor detenerse en estas especulaciones, quando está con la pluma en la mano. Escribe, pues, no se detiene, el que conoce el valor de las palabras, y este conocimiento le sirve aun despues para ver su yerro, y enmendarlo.

Vuelvo a decir que nunca sobra el cuidado en la eleccion de las palabras para hablar con propiedad. ¿ Quien dirá que en el uso de estos dos nombres *Levante*, *Oriente*, hablando de regiones, puede caber notable impropiedad, tomando indistintamente el uno por el otro ? Lo dirá el que sepa que, en lenguage naútico y mercantil, el *oriente* se toma por los payses del Asia respecto de la Europa, quando se navega á ellos por el océano; y *Levante*, por los mismos, quando se vá á ellos por el Mediterráneo.

Saber su lengua, no es solo saber su sintaxîs, y la nomenclatura de millares de voces, si se ignora la aplicacion que se ha de hacer de

ellas, muchas veces mas por el uso que por razon. En las palabras *doméstico* y *casero*, no se presenta mas diferencia que la extrínseca de ser, la una derivada de la latina *domus*, y la otra de la vulgar *casa*. Sin embargo, el uso nos enseña, y aun nos manda, que la primera la apliquemos á unas cosas, y la segunda á otras. Por este tenor decimos educacion *doméstica*, guerras *domésticas*, animales *domésticos*, disensiones *domésticas*, &c.; y dexando lo doméstico, tomamos lo casero, diciendo; haciendas *caseras*, vida *casera*, pan *casero*, lienzo *casero*, &c.

Este mismo uso nos enseña la diferencia entre *regio* y *real*. Aunque ambas voces vienen del nombre *rey*; decimos el palacio *real*, los *reales* exércitos, la marina *real*, el consejo *real*, la *real* familia, &c.; pero el epiteto *regio* va con otros nombres, como el *regio* solio, el censor *regio*, *regia* prosápia, y por comparacion se aplica á cosas magníficas y espléndidas, como funcion *regia*, banquete *regio*, aparato regio, &c.

Tambien nos enseña la distincion entre *Sacerdote* y *Presbítero*. Lo primero se dice en la religion católica, en la judía, y en la pagana; y lo segundo solo se dice del ministro católico en quanto ha recibido el órden sacerdotal; sin embargo, no se dá el dictado de presbítero á los regulares, sino el de sacerdote. Parece que

presbítero se aplica mas al órden y al título, y sacerdote al exercicio y ministerio público de su dignidad. Asi, se dice: el órden de los *presbíteros*, cardenal *presbítero*. Decimos al contrario: *quando el sacerdote alza la hostia; quando sale al altar el sacerdote*, y nunca el presbítero: *baxo palabra de sacerdote*, y no de presbitero.

El uso nos enseña estas distinciones, aun en las cosas mas comunes; bien que todas son importantes quando se trata de propiedad. Si me es lícito descender á exemplos de obgetos baxos y humildes, pondré este, por ser de uso mas conocido y general. Los nombres *puerco, cerdo, cochino, marrano*, representan un mismo animal, y con todo eso no usamos indistintamente de ellos en todos los casos y circunstancias; y segun son diversos los aspectos baxo de que consideramos dicho animal, es diverso el nombre que le aplicamos, ya en sentido recto, ya en el metáforico. Decimos *puerco* en estos casos: *piara de puercos, matar puerco, comer carne de puerco, manteca de puerco*, &c.; y en sentido figurado y proverbial: *el puerco de Epicúro: á cada puerco le llega su San Martin: echar margaritsa á puercos.* Parece que este nombre es el propio del animal, y de acepcion mas inmediata, como derivado del *porcus* latino; porque de él se foman las voces *porquerizo*, y *porqueriza*, y no de los otros nombres. En la

caza de monte se llama *puerco* al javalí, y no *cerdo* ni *cochino;* y de aquella sola voz, como original, se forma la compuesta *puerco-espín.*

Usamos del nombre *cerdo* indiferentemente y de *puerco* en los quatro primeros exemplos arriba aplicados; mas no en los restantes, porque en los otros sentidos de semejanza y comparacion, solo se extiende á estas frases, *vive como un cerdo, engorda como un cerdo.*

Usamos del nombre *cochino* en estos casos, casi siempre para chanza y desprecio: *S. Anton y su cochino: come como un cochino: no son pelos de cochino: la muerte del cochino.* Por esto se forman de este nombre, y no de los demas, estos derivados *cochineria, cochinada,* y llamamos *cochina* á la persona sucia y desaseada; sin embargo decimos tambien *puerca,* y *porquería.*

De la voz *marrano* usamos mas para despreciar y motejar, que para definicion del animal: *Marrano* se llamaban unos á otros los moros y los christianos por apodo: *duerme, ó come, ó engorda como un marrano,* tambien se suele decir.

Igual reseña podriamos hacer de los nombres *asno, burro, borrico, jumento.* ¿Porque decimos el *asno de oro de Apuleyo,* y no el *burro,* ni el *borrico?* ¿Porque decimos *burro cargado de letras,* y no *borrico?* ¿Porque de-

cimos *la burra de Balan,* y *no la borrica, ni la asna?* ¿Porque *risa de borrico,* y no de *asno,* ni *burro?* ¿Porque *caer de su burro* ó de su *asno,* y no de su *borrico,* ni *jumento?* ¿Porque *orejas de burro,* y no de *asno,* ni *borrico,* ni *jumento?* ¿Porque llamamos *borrico* al hombre simple y manso, y no *burro* ni *asno?* ¿Porque el que ha caido en un engaño ó equivocacion, dice: *he sido un borrico,* y no un *burro?* ¿Porque, si bien todos quatro nombres se aplican á un hombre tonto, solo el de *burro* se aplica al muy sufrido, ó al que lleva todo el trabajo en una casa, ú oficina, entre sus iguales? ¿Porque decimos *burra de leche,* y *leche de burra,* y no de *borrica,* ni de *asna?* ¿Porque llamanos *burrero,* y no *borriquero* al que cria burras de leche? ¿Y *borriquero,* y no *burrero,* al que cuida y lleva burros á prado? ¿Porque llamamos *borricada,* y no *burrada,* á una cavalgada en burros, ó á una manada de ellos?

¿Hasta donde podriamos extender este exâmen de las voces sinónimas, si quisiesemos repasar aqui su interminable serie, contando con la paciencia de los lectores? Esta materia era importante tratarla en este lugar con alguna extension, porque la abundancia misma de nuestra lengua nos obliga á ser mas cautos, solícitos, y remirados para acertar nuestra eleccion entre la tan vária riqueza de su diccionario. Me he detenido acaso mas de lo que era me-

nester en este género de observaciones, asi por el motivo que acabo de exponer, como para hacer mas sensible la falta que padece de un tratado particular de sinónimos nuestra riquísima lengua, habiendolo gozado ya casi todas las lenguas vivas de Europa.

De la ignorancia del verdadero y propio significado de las palabras, procede tambien la impropiedad de su uso en las aplicaciones figuradas. De aquí nacen tantas imágenes inadequadas, tantas metáforas incoherentes, tantos pensamientos falsos. Por exemplo, el que confundiese las voces *sierpe* y *serpiente*, como lo hace el diccionario, diria; *la sierpe engañó á Eva*, en lugar de la *serpiente:* diria de una muger colérica y soberbia*; es una serpiente* en lugar de una *sierpe:* diría de una persona mordáz y maldiciente, *tiene una lengua de serpiente*, en vez de *lengua de sierpe* como se dice generalmente. En esta impropiedad caen los que confunden el género con la especie, ó al contrario; y no habrán contribuido poco á que los incáutos ó perezosos no conozcan este peligro algunos refranes nuestros, como aquel de: *olivo, oliva, y aceytuno, todo es uno:* y el otro tan comun, *ganso, pato,* y *ansaron, tres cosas suenan,* y *una son:* pero yo respondo que tres cosas suenan, y tres cosas son. Quando decimos *hablar por boca de ganso*, y no de *pato:* quando decimos la

olíva de la paz, y no el *olivo;* damos un claro exemplo de que hay alguna diferencia entre aquellos tres obgetos, sino como indivíduos, á lo menos por algun accidente que hace variar su uso.

Despues de haber dado, por via de ensayo, algunas doctrinas confirmadas con exemplos acerca de la importancia de distinguir las palabras llamadas sinónimos por los retóricos, y que no reconoce como tales la crítica y la filosofía; falta entrar en otro exâmen no menos necesario á la propiedad del lenguage, y es el tino y conocimiento en el escogimiento de las voces técnicas y facultativas, ya sea en el estilo narratorio, ya en el descriptivo, ya en el figurado.

De las palabras facultativas.—Como la propiedad de los términos no es otra que la de los signos que el uso ha consagrado para representar las ideas que queremos expresar; la exâctitud del lenguage depende tambien de la acertada eleccion de las voces técnicas, es decir, de las propias y peculiares de cada arte y ciencia. Es tan importante este conocimiento, que por falta de él, cierto escritor místico, queriendo comparar las diligencias del justo que pelea contra las tentaciones, con la prevencion de un general antes de entrar en batalla, dice: *El buen capitan en primer lugar debe registrar los*

soldados. Sin duda ignoraba el autor que el *registrar* es propio de guardas de puertas, y de cirujanos, y el *revistar* de generales.

Cada ciencia, cada profesion tiene su vocabulario peculiar, cuyo conocimiento es mas necesario de lo que se cree al buen escritor; porque, como las palabras no son signos naturales, sino convencionales, de las cosas; significan exclusivamente aquello que los hombres han querido, habiendo aplicado unas á unos obgetos, y otras á otros. Y como por el transcurso del tiempo el uso inconstante, ó tal vez la necesidad, haya aumentado las diversas acepciones de una misma voz, segun se han multiplicado y diversificado los conocimientos, las ocupaciones, y los tratos de la vida civil; nadie dudará que la falta de precision, de correccion, y de claridad en el mayor número de los escritores, no dimane de la falta de este discernimiento, parte tan esencial de la elocucion.

Para dar una muestra de quan necesario es este discernimiento entre las diferentes acepciones de una misma voz, sabemos que el nombre *columna* es un término propio de la arquitectura; pero despues la física lo ha adoptado para representar la forma de ciertas masas, como una *columna de agua*, una *columna de ayre*. Ha venido despues la táctica militar, y la ha empleado para significar ciertas formaciones y maniobras, como *columna de infan-*

teria, formar en columna, marchar en columna, &c.

Para hablar con propiedad, debemos huir de los términos vagos y generales del lenguage comun, si hemos de introducirnos de intento, ó por necesidad, en la region de alguna ciencia ó arte que tiene su idioma propio. Por exemplo: *médio* es una voz comun y usual para significar el punto ó parte que está á igual distancia de dos extremos de qualquier cuerpo ó espacio. Sin embargo, hablaria con poca propiedad el que dixese: *La caballeria rompió el medio del exercito*, debiendo decir rompió el *centro*, que es la voz usada por los tácticos y en la ordenanza militar. Lo mismo podemos decir de esotra voz comun *lado*, que en la formacion de un batallon ó esquadron se convierte en *costado*, y en la de un exército se llama *ala*.

Pertenece igualmente á este género de impropiedad técnica el uso de aquellas palabras añejas que, no solo en la profesion militar, sino en las demas facultades, se han ido substituyendo por otras, á proporcion de los progresos é innovaciones en cada una. Hoy, por exemplo, se haría ridículo el escritor que dixese, volviendo á la profesion de las armas: *peones* por infantes, *esquadron* por batallon, *pelotas* por balas, *tiros* por cañones, *cuernos* por alas, *hileras* por filas, *cabos* por xefes, *presidio* por guarnicion, *ordenanza* por formacion, *comando*

por mando, *interpresa* por sorpresa, &c. Y no solo nos haríamos ridículos con este lenguage, sino que ganaríamos el concepto de ignorantes, ó de pedantes, que arguye vanidad y extravagancia quando el que habla no ignora el moderno vocabulario del arte. No por esto se ha de entender con tanto rigor esta regla general, que se obligue al orador y al poeta á seguir el lenguage del escritor militar que narra los hechos de un sitio, ó de una batalla, ó escribe un tratado científico del arte. Entonces sería otro género de pedantería, de que no debe huir menos el historiador político, cuya narracion no ha de descender á tanta precision y rigor científico, principalmente si refiere hechos de la milicia de tiempos antiguos. En este caso podrá usar de la voz *cabo* por xefe, de *caudillo* por general, de *capitan* por comandante, de *peones* por infantes, de *asedio* por bloqueo, de *partido* por capitulacion, de *expugnacion* por combate, de *despojo* por botin, &c. Pero aun en estos casos se ha de proceder con mucho cuidado y conocimiento; no sea que se equivoquen las cosas que pertenecen á un ramo con las que pertenecen á otro, como aconteció á un panegirista moderno que usaba de los nombres de *campeon*, *atleta*, *adalid*, narrando una batalla naval; sin acordarse de que son propios de la milicia terrestre.

Las palabras antiguas no son siempre anti-

quadas quando el historiador usa de alguna de ellas en tiempo y sazon; y entonces, todo lo que tienen de vejez, ganan de gravedad, asi como ganan de claridad, y nobleza todo lo que tienen de acepcion mas general. A la verdad las palabras rigurosamente técnicas, humillan al estilo, al paso que le dan propiedad, descendiendo á obgetos menudos ó demasiado mecánicos para que entren con su propio nombre y figura á ocupar lugar entre las partes de la elocucion.

Si solo en el vocabulario del arte militar, que proponemos por exemplo en la materia que aqui se trata, se han ofrecido tantas observaciones para fixar de algun modo la propiedad en el uso de las palabras ¿quánto podriamos advertir en el de la física, naútica, medicina, anatomía, &c.? Y quánto sobre la filosofia de las ciencias naturales, que habiendo multiplicado y subdividido las ideas, ha inventado voces, ó mudado las acepciones de las ya recibidas? Asi no dirémos hoy el *entendimiento*, sino la *mente* de la ley: no la *discrecion*, sino el *discernimiento* de lo bueno: no las *disciplinas*, sino los *estudios*: no los *sabéres*, sino las *ciencias*, &c.

Y como de esta gran diversidad de diccionarios facultativos se compone la lengua científica de una nacion; el orador, el historiador, y el filósofo, yá que no puedan poseer todas las profesiones, deben, á lo menos, no ignorar su peculiar lenguage; ó no internarse sin este re-

puesto en su jurisdiccion. No se puede exîgir del escritor mas docto que sea á un mismo tiempo *táctico*, *físico*, *marino*, *arquitecto*, *botánico*, *anatómico*; pero no por eso ha de ignorar aquellos términos que necesite para describir ó comparar algun obgeto ú hecho marcial, algun arcano de la naturaleza, algun fenómeno celeste, alguna regla de las artes, ó alguna maniobra de la navegacion.

Ninguno de ellos debe hablar con la ostentacion científica de un *disertador* que quiere lucir sus conocimientos, ó de un profesor que dogmatiza, ni menos internarse en los secretos, ni en la teórica de cada arte ó ciencia. Les bastará que usen siempre de los términos de una acepcion mas general y conocida, bien que siempre peculiares á las cosas de que tratan; y el orador particularmente solo se servirá de ellos como imágenes para sus símiles, comparaciones, metáforas, emblemas, y alegorías, en las que es preciso guardar el lenguage análogo al obgeto de donde se sacan; y por esta razon deben ser las palabras mas generalmente conocidas.

Ridícula vanidad muestra un orador quando, olvidandose de que habla á la comun inteligencia de los hombres, anda á caza de voces y locuciones técnicas, mayormente en las metafóricas, las quales no emplea por necesidad, sino por ornato. Pedantería, envuelta en obscuridad, es decir: la *explosion de su ira*, *la osci-*

lacion de la conciencia, el movimiento retrógrado de los estudios, &c.: palabras sacadas violentamente de la artilleria, de la mecánica, y de la astronomía. ¿No es mas claro y próprio, sin dexar de ser metafórico, el *desahogo* de su ira, los *latidos* de su conciencia, la *decadencia* de los estudios? Este es el vício que ha contaminado á la eloqüencia moderna, introducido por el mal gusto de algunos escritores franceses: de lo qual hablarémos mas adelante, tratando de los símiles y comparaciones.

Pertenecen tambien á la impropiedad de la diccion todas aquellas palabras que, aunque tengan una misma significacion general, el uso y la recta propiedad las han aplicado á distintos obgetos. Aunque estas voces *instituto, estatuto, institucion, regla, ordenanza,* y *reglamento* abrazen una misma idea general, y que en los tiempos pasados se sirviesen de ellas indistintamente muchos de nuestros escritores; el uso moderno, mirando el sentido de cada una á mejor luz, les ha señalado su peculiar oficio. Así dirémos: los *institutos* religiosos, piadosos, literarios; los *estatutos* de una academia, de una hermandad; las *instituciones* sociales, legales; la *regla* de S. Benito, de S. Agustin; las *ordenanzas* militares, gremiales, municipales; los *reglamentos* de policía, de oficinas, &c.

Serian innumerables los exemplos que se podrian presentar para prueba de que en cada

siglo se altera y se disloca el lugar que antes ocupaban ciertas voces en el diccionario de una lengua, á medida que se rectifican y extienden las ideas, se renueva el gusto, y se mudan las costumbres.

Hay, sin embargo vocablos y frases que el uso ha autorizado de tal modo, que toda alteracion en ellos seria un crimen contra el comun sentir, aunque no ofendiese á la gramática, ni á la indole de la lengua. Decimos: para quatro dias que hemos de vivir; y no dirémos para cinco ni para seis.—*Voy á escribir, ó á poner á N. dos lineas, ó quatro lineas,* y no dirémos tres, ni cinco.—Decimos *viva Vm. mil años*, y no ciento, porque ya hay quien los vive, y en este caso no sería tan obsequioso nuestro deseo, no habiendo encarecimiento; mas tampoco decimos dos mil, ni tres mil años, porque esto sería un desvarío. Decimos: *ni de cien leguas le parece,* por exâgeracion; y no de ochenta, ni noventa, que parecería cuenta ajustada, y no hiperbólica. *A las mil maravillas,* decimos tambien por exâgeracion, y no á las ciento.

Este mismo uso tiene autorizados ciertos nombres latinos en nuestra lengua, que sería ridículo y extravagante verter en romance; como los consagrados á la astronomia, por exemplo, para los signos del Zodiaco, los de Aries, Piscis, Aqüario, Cancer, Libra, Geminis, &c., que sona-

rian humildemente con las voces comunes de *carnero, peces, aguadera, cangrejo, balanza, mellizos*, &c.

De los Arcaismos.—Entre los vicios contrarios á las virtudes de la propiedad, se cuenta aquel abuso que hacen algunos escritores de las palabras antiquadas, ó ya desusadas en la lengua. Este vicio nace, unas veces de falta de conocimiento de los límites á que se extiende esta licencia en la prosa; y otras de pura afectacion, que es lo comun. Muchas cosas son permitidas al poeta, que al orador no se perdonan. Muchas no caen mal al estilo festivo y satírico, que desdorarian al culto y sério. Aqui entra el buen gusto y la fina discrecion del escritor, para distinguir los casos, los lugares, las circunstancias, y la naturaleza de la materia, y la ocasion y el modo con que ha de mezclar lo útil con lo dulce. Las reglas y los exemplos están en los buenos modelos: y de su lectura y su estudio se formará cada uno los preceptos.

El que ignore los límites hasta donde puede alcanzar el uso de las palabras de antigua alcúrnia, y no sabe medir el intervalo que el tiempo y el uso han dexado entre una y otra de igual significacion; creyendo hablar castizo, hablará rancio, casando colores muertos con otros brillantes. Por exemplo, *enderezar una epístola*, por dirigir una carta; *ver salir las naos*,

y no las naves, ni navios: *doblar el promontorio de Buena Esperanza*; y no el Cabo: *desfacer tuertos*, por vengar injusticias, &c.

Otros hay que, por dar mas autoridad á su estilo, y mas pureza á su diccion, pretenden autorizar su sabiduria y erudicion, remozando voces viejas, y resuscitando otras muertas; como *empero* por pero; *derredor* por rededor; *aina* por pronto; *guisa* por manera; *dó* por donde; *ende* por de allí; *luengo* por largo; *apostura* por gentileza, &c. Estas y otras de antigua fábrica se permiten al poeta, y solo al prosista en asuntos burlescos y satíricos.

Quando en esta eleccion de palabras se descubre el cuidado y vanidad del escritor, que casi nunca se puede disimular; se descubre tambien el vicio del arcaismo. Verdad es, que las voces antiguas y traídas de la vejez, segun dice Quintiliano, no solo tienen quien las defienda, y acoja, y estime, sino que dan magestad á la oracion, y no sin deleyte, porque tienen consigo la autoridad de la antigüedad, y les da valor, digamoslo asi, aquella religion de su vejez. Y por quanto estan desusadas y puestas en olvido, tienen gracia semejante á la novedad. Y ademas su antigüedad misma les da dignidad, porque las palabras no usadas de todos hacen mas venerable y admirable la oracion. Pero, como en todo importa la moderacion, no han de ser muy freqüentes ni manifiestas, pues no hay cosa

mas odiosa que la afectacion; ni traidas de los mas remotos tiempos, ni del todo olvidadas. El uso, certísimo maestro de hablar, y el lenguage con que hemos de publicar nuestros conceptos, ha de ser tratado y recibido como la moneda que corre.

Hay voces antiguas que por ninguna razon se han de considerar como antiquadas: usadas en la conversacion manifestarian afectado purismo; pero á los escritos graves y discursos patéticos comunican, ya dulzura, ya magestad, usadas con templanza y con oportunidad. Tales son, *ánima* por alma, *dulzedumbre* por dulzura, *consolacion* por consuelo, *contentamiento* por contento, *pesadumbre* por peso, *humanal* por humano, *divinal* por divino, *terrenal* por terreno, *mundanal* por mundano, *perenal* por perenne, &c. Estas palabras reciben su autoridad de la que goza el orador ó escritor, como quando decimos, *huestes* por exércitos, *adarve* por muro, &c.

Hay otras voces que, no por antiguas, sino por antiquadas y desusadas, no deben introducirse en ningun género de estilo, ni en el trato comun. Tales son *abastanza* por abundancia, *tocamiento* por tacto, *conorte* por consuelo, *caudal* por principal, *raudo* por rápido, &c. Esta afectacion de voces y frases antiquadas, segun la expresion de Saavedra en su República Literaria, es como

la de aquellos que se tiñen las barbas para hacerse viejos, y de otros por parecer mozos.

En esta clase se pueden contar las puramente latinas, ó latinizadas. que es otro género de pedanteria que cundió generalmente en otros tiempos, y formó gran parte del culteranismo. Por el deseo de pasar por eruditos y humanistas huían los escritores del lenguage de los romancistas, y caían en el de la bachillería. Asi, por no hablar con claridad castellana, decian sin ninguna necesidad: *Está muy provecto en la filosofía*, en lugar de muy adelantado; *gárrulo* por charlante; *almo* por puro; *rutilante* por brillante; *inópia* por pobreza; *mensura* por medida; *cubículo* por aposentillo, &c.

He dicho que estas palabras se usaban sin necesidad, porque no carecía de las correspondientes y expresivas la lengua materna. Era tambien un resábio de los estudios escolásticos, en que se despreciaba el buen castellano, y se corrompía el buen latin. De aqui vino el mal gusto de mezclar en el estilo, ya oratorio, ya filosófico, los vocablos de la escuela, del foro, de la jurisprudencia, y de la medicina; de suerte que el que no latinizaba, ó grezizaba, no gozaba de nombre de literato, ni de docto escritor.

No pretendo, por lo que dexo dicho, que se hayan de desterrar sin remision todas las palabras puras del latin, ó del griego, ó derivadas,

ó compuestas de estas dos lenguas, pues de ellas han recibido el vocabulario científico y dogmático las vulgares. Hay escritos didácticos y doctrinales, en que el moralista, el teólogo, el jurisperito, el físico, y el matemático diserta, explica y enseña; y para esto ha de recurrir al vocabulario de su profesion. Pero el discurso eloqüente no admíte diccion extrangera, esto es, la latina, sino en los casos en que la propia carece de la voz por no exîstir las cosas entre nosotros, como, *pretor*, *centurion*, *edil*, *tribuno*; y en aquellos en que es preciso dignificar la expresion vulgar, llamando *matrona* á la partera, *varon* al macho; ó para evitar los circunloquios, consultando con la brevedad, como: *oficioso* por no decir aficionado á hacer buenas obras: *benéfico*, por no decir inclinado á hacer bien: *inexórable*, por no decir sordo á los ruegos.

Por la misma razon se admiten algunos nombres griegos, como *filantropía*, *misantropía*, *filáucia*, *afrodisiáco*, *patético*; y esto en el estilo filosófico, polémico, y didáctico, porque en el oratorio caerían muy mal dicciones que no hablan al corazon, ni á los sentidos; ó para cubrir la indecencia con el velo de una palabra latina ó griega que, sin ser mas honesta en sí misma, lo es mas en su sonido, y por menos conocida, es mas decente, como: *estrupo*, *nefando*, *meretriz*, *onanismo*, *priapismo*, &c. Lo mismo

sucede con el escándalo en los hechos ó dichos, que se aumenta, y es mas grave á proporcion del número de expectadores ó de oyentes.

Si es vicio en un escritor cuerdo y grave afectar esta curiosidad de buscar, sin necesidad ni utilidad alguna, estos vocablos de dos lenguas tan ricas, nobles y sábias, de cuyas rayces nació la nuestra ¿ que nombre darémos á los que inventan otros extraordinarios, y fuera de la comun inteligencia, y uso, por abrirse una nueva senda á su reputacion? y á los que, por descuido, por desafecto á su propia lengua, ó por ignorancia de la gala y riqueza de ella, adoptan de la francesa lo que, á su parecer, no les puede subministrar la suya? Por ignorancia, y tambien por ayre de cortesanía, van estrechando los dilatados términos de la lengua castellana ; de suerte que, segun cunde este desorden, ninguna será mas pobre y escasa, siendo de dos siglos á esta parte la mas abundante y rica de todas las vivas. Las contínuas lecturas de obras francesas desde la niñez, con el embeleso del estilo, y la curiosidad de las materias, ha transformado los lectores en panegiristas de aquella lengua, sin darles lugar á distinguir la gracia del decir de la grandeza y energia del idioma. Asi, quando traducen, excusan nuestras dicciones puras, propias y elegantes, y aun las mas usadas y comunes, por delicado gusto ; mas yo digo que por falta de estudio y de conocimiento. La mitad de la lengua cas-

tellana está enterrada; pues los vocablos mas puros, hermosos, y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño; vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio. Hemos llegado á tiempo en que se pueden perdonar los arcaismos por no caer en los galicismos: aquellos á lo menos tienen su cuna y su alcúrnia en nuestro pays; y estos son intrusos y advenedizos.

No pretendo ahora presentar exemplos de este abuso que muchos hombres sábios y celosos tocan y lloran dias hace, porque sería obra no de un solo volúmen: inútil trabaxo para el desengaño quando basta al curioso releer con reflexîon y desconfianza las innumerables traducciones que compró y leyó sín ella, pues no las volvió á los libreros. ¿Que necesidad tenemos de la palabra *bolsa*, teniendo en español *lonja de comercio*, ó *casa de contratacion?* ni de *bello sexô*, teniendo *sexô femenino?* ni de *sociedad*, teniendo *trato civil?* ni de *sentimientos*, teniendo *afectos?* ni de *genio*, teniendo *ingenio?* ni de *transporte*, teniendo *enagenamiento y rapto?*

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega, quien, en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la ele-

gancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heroyca, dice: "Esta es elegancia, esta es "blandura, y hermosura, digna de imitar y de "admirar: que no es enriquecer la lengua dexar "lo que ella tiene proprio por lo extrangero, sino "despreciar la propria muger por la ramera "hermosa."

ARTÍCULO IV.

DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en quanto son instrumentos para hablar con propiedad y exâctitud; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al órden, y la hermosura del orden dé explendor á las mismas palabras.

Del arte del artífice saca su estimacion la materia mas comun, dandola con su habilidad las formas y vista que pide el buen gusto, ó la

comodidad de los compradores. Y como las palabras son la imágen de nuestras ideas; siendo estas nobles y grandes, deberán ser aquellas escogidas como galas para cuerpos nobles. Las selectas expresiones andan unidas con las cosas selectas, y las siguen como la sombra al cuerpo. Yerran seguramente los que creen que se pueden buscar las palabras fuera del asunto: lo que importa es saberlas elegir, y emplearlas cada una en aquel lugar que dé valor y gracia al pensamiento.

Palabras figuradas.—Es cosa maravillosa el ver como unas palabras que se hallan en boca de todo el mundo, y que en sí mismas no tienen hermosura alguna particular, reciben cierto lustre que las separa del lenguage comun, y las traslada el escritor á obgetos que no pueden admitirlas sino por semejanza; y como de esta misma impropiedad saca su fuerza y virtud la locucion.

La palabra *relampaguear*, como efecto de la inflamacion del rayo, es un término proprio y sencillo; mas quando lo usamos para expresar la vista airada de un hombre, decimos: *sus ojos relampaguéan*; y entonces los pintamos con mas vivacidad.

Un eloqüente historiador, pintando el estado del Asia, despues de las victorias de los Califas, dice asi: *El Asia, abrumada por el poder arbitrario, y hollada de bárbaros conquistadores,*

se divide en vastas soledades: teatro de desolacion y miseria, que no merece los ojos de la historia. De las palabras *abrumada, hollada, teatro,* y *ojos*, colocadas y aplicadas por un modo metafórico que personifícan al Asia, y despues a la historia, ¡ qué viveza, energia y grandeza no toma la expresion de toda la sentencia!

Hablando el P. Marquez contra los que faltan á la humildad, ensoberbeciendose con las virtudes que poséen, dice: *Hay hombres que, venciendo los incentivos de la sensualidad, dexan descubierto por otra parte el lado al enemigo, quedando soberbios de lo hecho. Otros acocean los deseos ambiciosos; pero de ahí toman ocasion para ser poco reedtados, como gentes que no esperan de los reyes.* En la palabra *lado* se figura una accion de guerra, que, refiriendose á las otras *descubrir* y *enemigo* pinta el descuido de un General que no cubre el costado de sus tropas. *Acocear* es voz comunísima que expresa la accion de patear una cosa, que es el último vilipendio ¿ que será, pues, *acocear* deseos?

Palabras enérgicas.—La energía dice mas que fuerza, y se aplica á los rasgos pintorescos y al caracter de la diccion. Asi pues, un orador puede juntar la fuerza del raciocinio, y la energía de la expresion; y entonces, siendo enérgicas las imágenes, serán fuertes las pinturas.

Energía es propiamente aquella representacion clara y viva que nos pone los objetos ante los ojos por medio de ciertas imágenes presentadas con sus términos propios que no las confundan con otras.

Del Mariscal de Turena dice un orador en su elogio fúnebre: *Vieronle en la batalla de las Dunas arrancar las armas á los soldados extrangeros, encarnizados en los vencidos con brutal ferocidad.* Bien pudiera haber dicho, y haber hablado correcto y puro, en lugar de arrancar, *quitar*, y en lugar de encarnizados, *enfurecidos*, y en vez de brutal *terrible.* Pero estas ultimas palabras ¿tendrian el mismo vigor y energía que las primeras? El verbo *arrancar* ¿no nos representa con cierta evidencia la fuerza y tenacidad con que tenian aquellos soldados empuñadas las armas, y por consiguiente el esfuerzo y poder de quien los desarmó? El epíteto *encarnizados* ¿no nos presenta la imagen de un lobo que se ceba en los miembros de la presa que tiene debaxo de sus pies? El otro epiteto *brutal* ¿no significa una ferocidad propia de bestias fieras, y no de hombres? Esta feliz eleccion de las palabras nace del vigor de nuestra imaginacion, que sabe dar cuerpo, y vida, y movimiento á las cosas que han de hacerse sensibles á los oyentes.

La palabra mas enérgica en estos casos es la

mas propia; y siendo la mas propia, es la mas eficáz. Traygamos por exemplo lo que dice otro eloqüente escritor hablando de Neron en sus últimos años: *Era un príncipe gangrenado de vicios.* Podia haber dicho *inficionado* de vicios; pero esta palabra era menos enérgica por tener un sentido mas vago, pues no determina un mal conocido, un mal terrible, irremediable, y patente á la vista: por consiguiente *gangrenado* es la mas propria para imágen de comparacion de lo moral con lo físico. Podia tambien haber dicho *corrompido;* palabra mas vaga aun é indeterminada, y que por la misma razon que significa mucho en sentido recto y en el figurado, nada expresaría en tal caso. Podia en fin haber dicho *lleno* de vicios: palabra mucho mas vaga y comun, por que, sobre no encerrar en sí un mal sentido, todas las cosas están llenas en la naturaleza, hasta el espacio mismo considerandole matemáticamente.

Dice Moysés en su sublime cántico de la salída del pueblo de Dios de Egipto: *Enviaste, Señor, tu ira que los consumió como una paja.* ¿Que grande y terrible imágen? Una *paja* en un instante la consume el fuego: *consumir* es quemar aniquilando: *consumir* como una *paja* dice una accion instantánea: ¡y este modo y esta accion contra un exército innumerable!

El lenguage humano no puede representarnos mas formidable y poderosa la ira de Dios, personificada tan valientemente, pues la envía como ministro para el castigo de sus enemigos.

Me parece que bastan estos dos pasages para exemplos de la energía de las palabras; y el análisis filosófico que se ha hecho de su mas ó menos extension para su graduacion comparativa, podrá servir de estudio y regla á los que desean hablar no solamente al entendimiento, mas tambien á los sentidos en donde se han de imprimir las imágenes de las ideas grandes y sublimes.

Para hablar con vigor y energía, no es necesario que la expresion conste de palabras exquisitas y extraordinarias; pero sí que éstas representen imágenes vivas, aunque sean del uso comun. Hablandose en el Deuteronomio de las promesas y bendiciones que prometió Dios por su profeta á su pueblo si guardaba sus mandamientos, les dice y amonesta con estas vivas palabras: *Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas en las manos por señal, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas.* Aqui no hay voz exquisita ni noble; pero la fuerza de su energia nace de su aplicacion, y del lugar que ocupan. Atarse las palabras en las manos como cintas, colgarselas en el pecho

como venéras para tenerlas presentes, y enseñarlas ¿se ha dicho nunca, ni se puede decir mas?

Queriéndo pintar la pasion de Christo el Maestro Marquez, dice: *No le dieron azote que no le tuviera previsto el entendimiento del Padre, sin cuyo permiso ni se moviera contra el hijo la mano del sayon, ni arqueára la ceja el presidente.* Las palabras *arquear* y *ceja* no tienen por sí significacion ilustre, ni por su extructura magnificencia. Pero ¿que enérgico concepto encierra aquel *arquear la ceja,* y no las cejas, en cuyo leve movimiento se ve cifrada la alta magestad del magistrado, la autoridad del puesto, y su soberbia seriedad: parece que le vemos gravemente sentado. Esta es energía de imagen. De igual naturaleza es este otro exemplo de Fr. Luis de Granada, quando dice: *De aqui proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen los malos, los quales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, y trabajos.* Parece que vemos la rueda del miserable Ixîon. La propiedad nace de la significacion mas inmediata que tienen con el objeto para la mayor impresion en los ánimos: la qual pierde su fuerza á proporcion que su sentido es mas vago y general. Por exemplo: en la expresion *dañar la honra,* la palabra *dañar* es mas vaga y general, y por consiguiente mas débil que esotra *herir* la honra: porque, ademas de

que todas las cosas pueden recibir daño en sentido yá físico, ya moral; solo las heridas las reciben cuerpos vivos; y ademas de que en este concepto se viene á personificar la honra, se personifica al agente que hiere, por quanto se representa un arma y una accion solo propria de un viviente. El mismo exâmen podemos seguir en esotra frase: *Anibal derrotó las legiones de Varron.* Podría decirse que las venció: pero la palabra *vencer* es de una significacion mas extensa y menos viva que derrotar; la qual, ademas de comprehender la de vencimiento en el hecho, lleva consigo envuelta la de gran pérdida ó general destrozo en toda tropa enemiga.

En estos dos exemplos hemos visto que en las palabras *dañar y herir, vencer y derrotar* no hay excelencia conocida entre unas y otras, ni por mas nobles, ni bien sonantes; mas sí por su oportuna aplicacion al obgeto, al caso, y á las circûnstancias. Todas son comunes y usuales, consideradas por sí solas; pero la eleccion de una, y no de otra, para imprimir una idea fuerte, constituye el nervio de la expresion.

Esta feliz eleccion es mas rara comunmente que un feliz discurso. A la verdad, si es cierto que la mayor parte de los hombres piensan mejor que hablan ¿ á qué se podrá atribuir, sino á la dificultad de hallar los signos mas vivos y

propios de sus conceptos? Por esto se experimenta que casi todos conocemos el valor y mérito de la excelente expresion de los buenos ingenios; y no somos capaces de imitarla. Podriamos decir que nos sentimos heridos, y que no podemos herir.

Son opuestas, como hemos manifestado antes, á la energía y nervio de la elocucion todas las palabras indefinidas y generales que no representan los obgetos sino baxo de una idea abstracta. Dice cierto autor de nuestro siglo del mal gusto, por manera de símil, esta enfática, afectada, y falsa sentencia: *Mas crece el cedro en un dia que el hisópo en un lustro, porque robustas primicias amagan giganteces.* ¿ No era mas claro, fácil y natural decir: porque el que ha de ser gigante, nace ya muy corpulento? Las palabras *primicia* y *gigantez* tienen una significacion abstracta; usadas en plural, componen una coleccion de abstracciones; y la supresion del artículo *las* forma un sentido mas sutíl, por no decir vacío, en que no halla de que asirse la inteligencia comun de los lectores.

Otra sentencia, producida por el mismo tenor y en el mismo siglo, leemos en otro autor, que hablando de un rey cuyas acciones debian ser como de tal, cierra su oracion con este epifonema: *sublimidad de acciones, remonte de pensamientos.* Pues todo este tenebroso y misterioso laconismo se deshace, y se esclarece,

diciendo, pues no quiere decir otra cosa: *Las acciones sublimes nacen de elevados pensamientos.* Las palabras *sublimidad* y *remonte* son abstractas, y por su misma espiritualidad no hacen impresion á los sentidos. Ademas su significacion, no definida por faltarle el artículo, es mas vaga, y el pensamiento queda ahogado y obscurecido con la supresion del verbo: esta concision elíptica dexa incompleta la sentencia.

Todas las palabras vagas é indefinidas obscurecen, enfrían, y enervan la expresion. No persuaden, porque prueban poco; no mueven, porque no presentan obgetos claros y conocidos; no deleytan, porque se apartan de la naturaleza.

Pero, como es mas fácil hallar el género que la especie en todas las cosas; por esto son tan pocos los escritores que llevan en sus palabras el convencimiento: porque no todos saben elegir las mas proprias, precisas, y características para clavar los obgetos en nuestro ánimo. Si digo de Calígula: *fué un príncipe malo,* nada digo, porque nada particularizo, pues otros príncipes lo han sido tambien, mas no en tanto grado, ni del modo que lo fué Calígula. Si hablando de la fluidez del azogue, digo *es una verdad* notoria, digo poco: si adelanto, *es una verdad visible,* ya digo mas porque vengo á dar á un obgeto espiritual como es la verdad, materia y color; pero si digo, *es una verdad pal-*

pable, no puedo decir mas, porque entonces le doy, no solo materia y color, sino cuerpo y solidez. *La paciencia forzada* (dice el P. Nieremberg) *no tanto es paciencia, quanto impaciencia sin manos y muda*, como si dixera que no puede obrar ni quexarse. Y aunque de este modo expresaría una accion, se personifíca mas la paciencia del otro, dandole figura viva, pues le da manos y lengua.

De los Epítetos.—Los epítetos, llamados por otro nombre adjetivos ó adjuntos, son las palabras que acompañan al nombre sustantivo para demonstrar las calidades, ya intrínsecas, ya extrínsecas del sugeto, ó cosa que representa. La gramática los considera como una parte de la oracion, sin atender á su mas ó menos energia, gala, ó hermosura, ni á su mas ó menos expresiva calificacion de las cosas. Pero el orador que no los usa con tanta freqüencia, ni tan libremente como el poeta, los desecha como ociosos si no hacen efecto, esto es, si no ilustran, ó realzan, ó califican al sugeto. En las composiciones poéticas suenan bien el sol *dorado*, la *argentada* luna, la *blanca* nieve, la *cándida* azuzena, &c., por la suavidad y gracia del metro; mas en la eloqüencia serian sobrepuestos inútiles, y muy afectados afeytes. Los epítetos contribuyen en gran parte al vigor energía y nobleza de la sentencia, mayormente si son figurados, como: el brazo *vencedor* de Alexan-

dro; las águilas *triunfantes* de Cesar, *encumbrados* pensamientos, &c. Leemos en el P. Marquez, que conoció mas que ninguno la hermosura y valor de los adjetivos, la siguiente sentencia: *Para corregir pensamientos dulces de nuestra perdicion, es el mejor remedio un pecho lleno de Dios, amargo autor de toda mortificacion y penitencia.* ¡ Quánto realza la calidad de los pensamientos lo *dulce* por lo sensuales, y lo *amargo* al divino autor que los reprueba y condena! Nada perderia la oracion desnuda de estos adjuntos, pero mucho la sentencia; no padecería la gramática, mas sí la eloqüencia.

Los epítetos no solo se usan para el ornamento de la oracion, y gravedad, y energía del decír, como el *acerado puñal;* sino para los afectos y expresion de los sentimientos del ánimo, quando buscamos la fuerza y significacion de los nombres de las cosas, y no podemos hallarla, como quando Antonio Perez, queriendo consolar á sus tres hijos pequeños, que por odio del padre perseguido y prófugo sufrían dura prision, les escribe: *Vuestros agravios me hacen á mi inocente, y á vosotros mártires. Pero tales tormentos en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfaccion.* El adjetivo *niño* aplicado á pellejos y almas, sobre lo nuevo y feliz de su eleccion ¿ no exprime lo mas enérgico de la mayor ternura, y lo mas expresivo

de la edad de la infancia inocente? Los epítetos verdaderamente adequados, deben añadir alguna idea al sentido de la frase, de suerte que, suprimidos, pierda aquella gran parte de su mérito. Con ellos distinguimos y diferenciamos, añadimos ó disminuimos; y asi pertenecen á la elocucion. Vemos, pues, que unos añaden gracia, como estos la *risueña* aurora, las *doradas* mieses; otros, dignidad, como *augusta* estirpe, *venerable* antigüedad: otros dán incremento, como poder *supremo*, valor *intrépido*, mar *inmenso*: otros decremento ó diminucion, como *humilde* cama, ánimo *apocado;* otros, cierta energía, como clamor *profundo*, combate *encarnizado*, luz *moribunda:* otros, vehemencia, como ladron *desalmado*, tirano *desapiadado*: otros explican la cosa á que van adjuntos, y le sirven de definicion, como moral *evangélica*, censura *teológica*, poder *arbitrario*, gloria *eterna*. En estos quatro exemplos el epíteto concreta el sentido indefinido y vago del sustantivo *moral*, *censura*, *poder*, y *gloria*.

Otros epítetos deben adequarse tan estrechamente al sugeto, que formen, si puede ser, su atributo, como: *El piadoso Numa suavizó su pueblo con la religion.—El temerario Carlos* XII. *pereció en el peligro que buscaba.* Los epítetos *piadoso* y *temerario* son perfectamente adequados, el uno á la obra de instituir la religion; y el otro, á la accion de exponerse un rey como

un granadero. De este feliz discernimiento nace la ajustada congruencia de los epítetos con las calidades de las cosas que acompañan, en tal ó tal hecho, ó circunstancia. Si de Numa dixéramos el *justo Numa*, y de Carlos, el *generoso Carlos*; caeríamos en una clásica incongruencia, sin embargo de que estos últimos epítetos señalen calidades que cada uno de aquellos príncipes poseía; porque los hechos que aqui se refieren no tienen relacion á la justicia, ni á la generosidad. Pero quando queramos revestir las cosas y los sugetos con los epítetos que los caracterizan, buscarémos aquellos que el uso general haya autorizado, como nacidos de la misma naturaleza, ó calidad preeminente, y mas notoria que distingue á uno de los demas de su especie, como: el *sábio* Alfonso, el *ambicioso* Alexandro, el *justo* Arístides, el *avariento* Creso, la *docta* Athenas, la *opulenta* Tyro. Aqui hacen oficio de superlativos los epítetos.

En fin todo epíteto, de qualquier modo, y en qualquiera caso que se considere, debe decir ó explicar algo; porque si solo tiene una conveniencia general ó remota con el sugeto que acompaña, es ocioso, é inutil, como si se dixera la *plácida* paz, siendo mayores que agradar y deleytar los provechos que redundan de ella; la *estruendosa* guerra, no siendo el estruendo lo que se experimenta ó se teme en ella solo y principalmente. Los epítetos de esta naturale-

za han de hacer forzosamente floxo, frio, y hueco el estilo; ni socorren á la necesidad, ni ayudan á la energía, ni prestan luz y explendor.

Sea exemplo de estos casos lo que dice un historiador hablando de las guerras civiles de Francia: *Estos dos partidos implacables se sustentaban con la sangre inocente del pueblo.* Los dos epitetos *implacables*, y *inocente* añaden á la idea principal otras secundárias que caracterizan las circunstancias de aquellas guerras: la de *implacable* demuestra la obstinacion de no perdonarse, ni ceder las dos facciones; y la de *inocente* pinta el pueblo sacrificado á la ambicion de los grandes. Podia haber dicho el autor partidos *crueles*, sangre *preciosa*, y huviera dicho una verdad; mas no la que calificase el género de calamidad que causaban unos y padecian otros. Para conocer el verdadero valor de un epíteto, véase, si, poniendo otro en su lugar, dice mas que el primero. Siempre que exprese mas, es prueba de que el autor no supo hallar la imagen propria del hecho, ó de la cosa, en aquella ocasion ó circunstancia.

Si es verdad que los epítetos dan muchas veces espíritu y vigor á la oracion; tambien la confunden y embarazan multiplicados con indiscreta prodigalidad. Ademas, un epíteto puesto fuera de tiempo y sin necesidad, enerva la expresion. Por exemplo, aquel que dixo:

resistia las molestas injurias del tiempo como un duro marmol, no advirtió que el epíteto *molestas* era superfluo, por que todas las injurias lo son; y que igualmente lo era el otro *duro*, pues no añade al marmol idea ninguna que no encierre en si este nombre. Lo mismo podemos decir de estotra oracion: *No pudo vencerla, ni á fuerza de suspiros exhalados, ni de lágrimas vertidas.* Los epítetos *exhalados* y *vertidas* están puestos sin necesidad, y se deben despreciar como ociosos y redundantes. Los escritores estériles de ideas, y de flaco ingenio, suelen ser pródigos de epítetos, creyendo que asi visten la desnudez del período y enriquecen la pobreza de sus conceptos. Es comunmente el defecto en que caen los jóvenes retóricos, y los escritores bisoños. Su caudal es escaso, y su gusto no está formado: por consiguiente la pompa y una idea falsa de adorno llaman sus ojos y su atencion. En algunos tropos, como la metáfora, antonomásia, metonímia y perífrasis, se verá el uso á que se aplican algunos epítetos.

Los diminutivos afeminan y hacen lascivo el lenguage, y le hacen perder toda gravedad. Nuestra lengua solo los admite, y muy pocas veces, en estilo familiar y jocoso; y en casos afectuosos y tiernos puede la eloqüencia admitirlos alguna vez, para suavizar la diccion. Los aumentativos tienen la desgracia de ser

vulgares, y asi solo los admite el estilo satírico y burlesco, y los desecha el grave y culto.

Despues de la buena eleccion de los epitetos que caracterizen y definan la esencia de las cosas que califican; es necesario todavia, para no faltar á la exâctitud y precision del lenguage, distinguir la diferente fuerza y sentido que reciben de su diferente colocacion, ya antes, ya despues del nombre que acompañan. Esta diferente colocacion indíca, ó calidad inherente á la cosa, ó accidental; calidad adquirida, ó natural; cosa que ha sido, ó que puede ser; ó el estado activo, ó pasivo. Este punto, que no es de los menos esenciales, ha sido olvidado de los retóricos, y poco meditado de los críticos que han tratado de la metafísica del lenguage: asi no es de admirar que se hayan desentendido de esta calidad de la elocucion los oradores, y escritores mas perfectos en las demas. Muchos han buscado la harmonía, y no la precision; han completado el número, y dexado vacío el sentido de la idea: de aqui ha nacido esta arbitrariedad en colocar los epítetos, como si la prosa, siempre rigurosa y exâcta, pudiese seguir la licencia ancha de la versificacion, donde se consulta mas con el deleyte del oido que con la rectitud del discurso. Al poeta le es indiferente decir el zéfiro *blando*, ó el blando zéfiro; el *verde* prado, ó el prado *verde*, segun le acomoda para la medida, el ritmo, y la rima. So-

bre este punto remito al lector á lo que se dexó aclarado con exemplos en la pag. 68 en que se trata de la colocacion de las palabras.

Diferencia del número.—Contribuye mucho para diversificar, ó animar la expresion, no solo la mudanza de caso, tiempo, persona, y género; sino la de número. Quando queremos que el pensamiento conserve mayor fuerza y grandeza en corto espacio, reducimos el número plural á singular, porque, quando se reunen muchas cosas en una, se da mas cuerpo á la sentencia.

Oygamos lo que dice Moysés en su cántico: *El Señor ha precipitado en el mar el caballo y el caballero.* Aqui el singular, que abraza la totalidad de los caballos y de los ginetes, es mucho mas enérgico que el plural: porque en este caso es mucho mas proprio y eficáz para mostrar la facilidad, la prontitud, y tambien la instantaneidad de la sumersion, no menos que de la innumerable caballeria egipcia que cubría inmensas llanuras. Además, el número singular indica un solo instante, un solo acto, un solo golpe de la diestra de Dios, para consumar una obra en que las fuerzas humanas necesitarian de la sucesion de repetidas victorias. El singular expresa tambien que el señor ha abismado un exército entero como si fuese un caballo y un ginete solo. Quando Calígula, convencido de su impotencia, deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, habia concebido la

misma idea; y asi sabia bien lo que deseaba.

Del mismo modo podemos decir: *El hombre llegó á desconocer á su criador.* Este singular *hombre* forma un sentido colectivo y universal, que no solo incluye todos los hombres, mas en cierta manera abraza á la misma naturaleza humana. Asi se dice en el Génesis: *Pesó á Dios de haber criado al hombre*, como si dixera, *á la especie humana.* Con la misma concision decimos: *El pobre come pan de lágrimas;* como si dixesemos, *todos los pobres*, y todavía mas, el *estado y condicion* de pobre, que comprehende los pasados, presentes, y futuros.

Otras veces usamos de los plurales, que tambien tienen gran significacion para expresar, no el valor, esencia y virtud de las cosas, sino su abundancia, su extension, su freqüencia, su uso muy comun, sus diferentes especies. Quando decimos: *Los corazones de los hombres están pervertidos*, significamos algunos corazones, la mayor parte de ellos; á diferencia de decir *el corazon del hombre* que, tomado en singular parece que no excluye ninguno, y que es pervertido por naturaleza; asi como quando decimos *el hombre es mortal.*

Quando el profeta Oséas dice que *las malicias y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido sobre la tierra*, quiere significar que se cometian generalmente

y repetian muy á menudo sus actos. Diciendo esto mismo en singular, no diria tanto, sino que aquellos vicios se cometian, se conocian en el mundo: cosa que siempre se ha experimentado en mayor ó menor número y extension.

Son cosa muy magnífica algunas veces los plurales, por que la multitud que comprehenden les dá sonoridad y énfasis. Tales son, como en este exemplo: *O funesta codicia ¡ Tu engendras el odio y la discordia entre padres, hijos, hermanos, maridos, mugeres, y madres!* Todos estos diferentes nombres no significan mas que una sola persona, que es el hombre; pero por medio de este número singular, distribuido y multiplicado en diferentes plurales, se multiplican en cierto modo las personas, siendo una sola, considerada baxo de distintos estados y relaciones de sangre y parentesco.

Por este mismo género de pleonasmo se puede citar un pasage de Platón acerca de los Atenienses: *No son Pélopes, Cadmos, Egistos, Dánaos, ni hombres bárbaros los que viven entre nosotros: Griegos somos, apartados del trato de naciones incultas, los que habitamos esta Ciudad.* En efecto todos estos plurales, asi juntos, nos hacen concebir una mayor idea de las cosas; pero se debe usar de ésta figura oportunamente, y en los lugares en que el asunto ó la pasion piden que se amplifiquen, acrecienten, ó exâgeren.

Sirven los plurales, no para abultar el número

de las cosas simplemente, sino el de sus efectos, y la repeticion de actos. *Violencias, muertes, robos, incendios, y asolamientos acompañaban á los Scytas en sus marchas,* dice un historiador. El número plural multiplica estos desastres, y los derrama de modo, que parece que los vemos con los ojos sucederse freqüentemente los unos á los otros en distintas partes por donde pasaba aquella gente feróz. Diciendo *la violencia, la rapiña, el asesinato, el incendio, y la destruccion acompañaban en sus marchas á los Scytas,* se presenta en singular la misma oracion, tal como se suele usar en francés, y tal como se traduxo en castellano en un papel público donde la leí poco tiempo hace. Considere el desapasionado ¡ quanta mas fuerza tiene para pintar la multitud de males el plural que el singular ! La *violencia,* la *rapiña,* &c. están personificadas, se representan como compañeras de los Scytas, pero sin accion, ni movimiento visible, mas como vicios que como actos viciosos.

Hay nombres que por su significacion abstracta no se deben usar en plural ; como por exemplo, *gula, luxuria, avaricia, sobérbia.* Sin embargo, Fr. Luis de Granada nos da un valiente exemplo del valiente efecto que hace aquel número en ciertos casos en que el orador quiere expresar la freqüencia, y no la esencia, de un vicio. Oygamosle como exclama en el libro 1°. cap. 30 de la Guia. *¿ Que dixé del abuso que hacen los hombres*

de todos los otros beneficios de Dios? De la mar se sirven para sus gulas; de la hermosura para sus luxurias; de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias; de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. En esta distribucion no se propone el autor enumerar cada vicio en su género, sino sus diferentes especies, y los diferentes actos y maneras de obrarle en que puede dividirse el antojo del hombre corrompido.

Y para otro exemplo de que entre el singulár y el plural hay la diferencia como de la potencia al acto, contemplamos la *niñez* como un estado ó período de la vida del hombre; y las *niñezes,* como obras, juegos y afectos de aquella edad. *Mocedad* es el segundo período de nuestra vida; pero *mocedades* se toman por travesuras, devanéos y galantéos, y otras habilidades propias de aquellos años. Lo mismo se puede decir entre *vejéz y vejezes;* aquella es la edad; y éstas son miserias y pensiones de la edad. Decimos *tristes memorias,* como recuerdo de cosas ya muy pasadas; y *triste memoria,* como de cosa reciente ó presente aun.

Y aunque podemos decir sin faltar á la propiedad las *iras,* las *envidias,* los *temores,* las *esperanzas,* &c.; no nos es permitido usar del plural en estos nombres, como las *clemencias,* las *mansedumbres,* las *modestias,* las *vergüenzas,* &c. La diferencia de número en estos exemplos pro-

cede, á mi juicio, de que solo las pasiones fuertes, ó las criminales, admiten el plural, aunque se refieran á un particular indivíduo, porque toda perturbacion, ó depravacion del ánimo puede encerrar en sí varios modos, grados, especies, y diferencias. Asi decimos la *clemencia* de los príncipes, y las *iras* de los poderosos, porque la clemencia es una, nace de un solo principio, es indivisible, es perfecta en sí, es un bien íntegro que no admite medianía, ni diminucion. Pero la ira puede venir de diferentes principios, y moverse por distintas causas ó fines; puede, ademas, ser mas ó menos maligna, mas ó menos descubierta; es finalmente un mal que puede comprehender muchos defectos.

De la fuerza y energía de los pronombres.—Parecerá á muchos cosa indiferente, y no á pocos ociosa, exâminar aqui el uso que se puede hacer de los pronombres, traidos y colocados de modo, que siendo una de las partes menores de la gramática, sean útiles instrumentos de la eloqüencia.

Empezando por los demonstrativos, hallarémos que dán mucha energía y énfasis al pensamiento, puestos en el lugar de su efecto, como en estos exemplos: *Tygranes, aquel rey de Arménia, cuya soberbia no podia sufrir que....—No hablarémós de aquel Vitelio que, encenagado en torpezas, no....—No espantó Syla con aquel su horrible gesto al augúr Múcio Scévola....—No permitiré,* dixo Caton, *que, por alargar qua-*

*tro dias esta mi cansada vejéz, se declare....*En todas estas oraciones, atendiendo solo á su sentido recto, sencillo, y natural, ninguna falta harían los pronombres *aquel*, ni *este*, porque sin pecar contra la gramática, ni contra la retórica, bien se podia decir: *Tygranes, rey de Armenia;* ó sino *el rey de Armenia Tygranes, que....No hablarémos de Vitelio, que....No espantó Syla con su horrible gesto....Por alargar quatro dias mi cansada vejez.*

Pero, quando la fuerza del pensamiento, ó de la pasion pide la fuerza en la expresion; la eloqüencia saca su poder de aquello que parece no ser de algun valor. Quando de Tygranes, decimos *aquel* rey de Armenia, queremos traerlo á la memoria como obgeto de indignacion. Quando decimos *aquel* Vitelio, lo venimos á presentar como obgeto de desprecio. Quando el otro dice *esta* mi cansada vejez, parece que la tiene en poco, poniendosela ante los ojos como una carga pesada.

Quanto valor y energía tengan á veces los pronombres demonstrativos sobre los artículos enunciativos, se puede ver en este exemplo. *Toma aquello que necesitas, y da aquello que te sobra.* Es mas eficaz, mas evidente el obgeto de la cosa que se toma y se da por esta manera, que diciendo: *toma lo que necesitas, y dá lo que te sobra.*

En el uso de los pronombres posesivos, mio,

tuyo, suyo, vuestro, y nuestro, hay tambien que advertir acerca de su repeticion ó supresion. No pretendo hablar aqui de los efectos que causan, ya lo uno, ya lo otro, para la exôrnacion ó valentía de la sentencia; porque lo primero pertenece á la *repeticion*, y lo segundo á la *con geries* ó aglomeracion, la una figura de diccion, y la otra de pensamiento.

Uso de voces expletivas.—No merecen poca atencion las palabras y partículas expletivas, para dar fuerza y énfasis á la expresion. Casi siempre son adverbios, que colocados en tal ó tal lugar de la frase, dan á entender mas de lo que significan en sí mismos. Quando decimos: *como sucedió allá en Egipto—Confiesa, sí, su delito.—Tráto ya de vivir—Esto, sí, que es sufrir—Pues, no bastan dos?—Qué, hemos de padecer siempre? —Y, no podrá venir?—Ya no nos verémos;* bien pudieran omitirse todas estas voces *allá, sí, pues, y, ya ;* pero la frase quedaria sin aquella fuerza de sentido que saca de estas partículas elípticas. Dice allá *en Egipto*, es decir, en aquel pais remoto Egipto : *Confiesa*, sí, *su delito*, lo mismo que confíesalo sin reboso: *Tráto* ya *de vivir*, esto es, veo que es tiempo de tratar de vivir: *Esto*, sí, *que es sufrir*, esto es mucho sufrir. Pues, *no bastan dos?* Quien dirá que no bastan dos? Qué, *hemos de padecer siempre?* tengamos confianza ó esperanza de no padecer

siempre. Y *no podrá venir?* Será posible que no venga? Ya *no nos verémos*, no hay esperanza de vernos mas.

Honestidad de las palabras.—La decencia oratoria destierra de la elocucion todas las palabras obscenas, todas las locuciones torpes, é indecentes. Aqui es donde se muestra la delicadeza del escritor para escoger las mas honestas y puras, no solo en su significacion, sino en su sonido, que sin obscurecer el pensamiento oculten su fealdad y suavizen la expresion. Habiendo de nombrar las *tetas*, diré los *pechos;* en vez de *papo*, diré *papada;* en vez de *vergüenzas* diré *pudendas*, pues para dar un velo á las voces demasiado desnudas, es oportuno latinizarlas. La perífrasis, ú otro tropo bien manejado, será un gran recurso en estos apuros. *El importuno triunfó de su resistencia*, dice un autor, por no decir la *forzó*. Con este comedido y mesurado rodeo de palabras esconde el autor la descripcion de un hecho deshonesto.

En la clase de las palabras deshonestas entran todas las que significan obgetos que naturalmente cubrimos y escondemos de la vista de las gentes; y estas se han de declarar con nuevos y apartados modos de decir como: No conoció muger en su vida, por no usar de otra palabra mas cercana que signifique lo que queremos dar á entender.

En la clase de súcias entran las que repre-

sentan las necesidades ó dolencias corporales, que se han de disfrazar con otras metafóricas, ó de qualquier suerte trasladadas. En este punto es loable la costumbre de los médicos, quando no se apartan del Diccionario de la facultad, y este es el solo que debe consultar todo escritor en tales casos.

PARTE SEGUNDA.

DEL ESTILO.

Antes de discurrir sobre los tres géneros del estilo oratorio, tratarémos de las calidades del estilo en general, que constituyen la segunda parte de la elocucion; quales son, *órden*, *claridad*, *naturalidad*, *facilidad*, *variedad*, *precision*, *decoro*.

El estilo en general es aquel ayre ó forma con que el escritor ú orador declara sus pensamientos; y en esto se diferencian y se retratan, como en la fisionomía, las personas. Asi vemos que uno es *flúido* y otro *duro*; uno *conciso*, y otro *difuso*; aquel *claro*, y este *obscuro*,

&c. Todo estilo debe ser correcto, puro, preciso, y natural; mas el oratorio pide elegancia, grandeza, y dignidad. En el conjunto de todas estas calidades se cifra el talento y mérito del buen escritor.

El estilo, que es el alma en todos los géneros de eloqüencia, distingue al orador del filósofo y del historiador: porque, como dice un célebre autor, el filósofo debe sentir y pensar; el historiador pintar y sentir; y el orador sentir, pensar, y pintar. Al primero bástale el raciocinio, las imágenes al segundo; mas el tercero no puede alcanzar su fin sin los afectos.

No hay un estilo solo para ser eloqüente; se puede serlo en todos. No confundamos los estilos con los vicios del estilo, ni el estilo fundado en las reglas generales del arte con el característico de cada autor; ni tampoco las especies con los géneros. Pueden muy bien tres oradores, tres historiadores, tres filósofos, tener cada uno de ellos su diferente estilo, que forme su carácter particular, y les haga dignos de fama y aplauso, porque no se desvían del camino de la perfeccion, aunque toman diferentes sendas.

No quiero decir por esto que la claridad en la expresion forma un estilo por sí, porque todo estilo debe ser claro; del mismo modo que la obscuridad, la afectacion, la redundancia, tampoco constituyen estilo, pues son vicios, y no

calidades. Estas se toman siempre en buena parte y solo ellas dan nombre y clase á las especies de expresarse, como estilo *nervioso, florido, sencillo, natural, correcto, vehemente.* Las calidades opuestas no las define ni cuenta el arte como prendas, sino como defectos. Asi, pues, no hay estilo lánguido, ni estéril, ni desaliñado, ni afectado, ni incorrecto, ni frio; los lunares no realzan la hermosura como en algunas mugeres; son manchas que la deslustran y afean. Asi se suele decir, en recomendacion del estilo de un autor: es sencillo sin *desaliño,* conciso sin *obscuridad,* elegante sin *afectacion,* en prueba de que se mira como muy expuesta la virtud del estilo á ser manchada por algunas sombras. No confundamos las expresiones hinchadas y gigantescas con la sublimidad; las cadencias demasiado sonoras y compasadas con la harmonía; los equívocos, retruécanos, y paranomasias con la gala del lenguage; y lo insuave ó desmayado de las palabras con la sencillez y naturalidad.

Coordinacion oratoria.—En toda composicion es inutil mostrar al discurso de los lectores muchas cosas, si estas no se le muestran con cierto orden. De este modo, acordandonos de lo que hemos oido antes, empezamos á imaginar lo que oirémos despues; y entonces nuestro entendimiento se complace, digamoslo asi, de su capacidad y penetracion. A este orden ge-

neral, necesario en qualquier género de estilo, añade la eloqüencia el orden y colocacion de las palabras, llamada *coordinacion oratoria*, de la qual saca la frase cierta energía, grandeza, y ayre de novedad, que no siempre se puede definir.

No es pequeño primor ordenarlas con tanto tino y artificio, que, siendo en su uso y significacion comunes, se hagan singulares por su sola colocacion. Del lenguage ordinario al oratorio á veces consiste toda la diferencia en esta corta alteracion gramatical, que, sin quebrantar la sintaxîs, da tanto valor y espíritu á la expresion.

Nadie podrá creer el diferente valor de un término colocado en este, ó en el otro lugar de la frase. Esta feliz alteracion comunica á la sentencia cierta viveza, cierto énfasis, que no nace de la propiedad, ni de la fuerza de las palabras, sino del lugar que ocupan.

En todas las lenguas el orden de las palabras sigue el orden natural de las ideas, en unas con mas rigor, y en otras con menos, como efectos de su diferente índole. Este orden natural, muy apreciable para la claridad y sencillez en las materias didácticas, observado con exâcta uniformidad, forma un estilo lánguido, frio, y atado. Mas la eloqüencia, que puede sin quebrantar las reglas de la gramática, y de la lógica, trocar ó interrumpir el curso de los conceptos,

saca la oracion de su paso llano y ordinario, y la da otro sentido y energía solo con la trasposicion de las palabras. Esta es la que da forma oratoria al estilo comun ó natural; y esta transformacion se obra sin quitar ni añadir á la sentencia una palabra, ni cambiarla con otra mas ilustre ni magnífica.

Para ver el distinto efecto que hace el orden natural, ó el artificial ó inverso en la oracion pondrémos algunos exemplos, y sea el primero este por un orden sencillo: *Las primeras obligaciones del hombre son justicia y verdad; y sus primeras afecciones humanidad y patria.* Orden inverso para la forma oratoria: *Justicia y verdad son las primeras obligaciones del hombre; humanidad y patria, sus primeras afecciones.* ¿ Quan distinta fuerza y energía reciben las palabras *justicia y verdad*, puestas aquí en un modo demonstrativo, y como emblemático á la cabeza de la frase! Sea el segundo exemplo de la impresion que puede causar colocada en un lugar señalado de la frase, la siguiente: *Romanos! Qué fuerza no tuvo esta palabra en boca de Cesar! apaciguó una legion.*—Dígase por un orden comun y natural: *Qué fuerza no tuvo en boca de Cesar esta palabra: Romanos! que apaciguó una legion!*

Hay ciertas palabras que tienen en su significacion una particular fuerza, y que por esta misma razon deben ocupar en el período un

lugar señalado, y muy visible. En las quexas que Clytemnestra dirige á Agamemnon, le dice de esta manera: *Esta sed de reynar inextinguible; la soberbia de tener veinte reyes que te sirven y te temen; todos los derechos del imperio confiados en tus manos, cruel! á estos dioses sacrificas!* La palabra *cruel* está puesta de tal modo en su debido lugar para el efecto, que perderia su valor en otro qualquiera. El ánimo movido de indignacion, de horror, de celos, de despecho, ó de otra qualquiera pasion, se debe suponer agitado y combatido de afectos opuestos que mudan á cada instante el orden de los pensamientos y de las palabras. Los oradores y escritores hábiles, para imitar estos movimientos de la naturaleza, se sirven de esta artificiosa trasposicion, llamada *hipérbaton* por los retóricos. Y con verdad se puede decir, que jamas sube el arte á mas alto grado de perfeccion como quando se equivoca con la naturaleza. *O! tú, cuyas lágrimas ablandaron la dureza de este honesto corazon mio!* decia una burlada doncella á su infiel amante. Toda la ternura de esta exclamacion está en el pronombre *mío* con que concluye. Habiendo dicho de *mi honesto corazon*, no habria blandura, ni mocion, porque aquel *mío* en el final encierra gran enfasis en boca del dueño de aquel corazon, como si dixeramos, un recuerdo amargo, un dulce arrepentimiento, y un motivo de compasion de la

pena que padecía. Cervantes la hizo hablar asi, no sabemos si por estudio, si por instinto.

Otras veces no se causa menos efecto poniendo una suspension aunque sea momentánea, para cambiar el orden lógico en los miembros del discurso. Exemplo del orden natural: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar de las dulzuras de la amistad, que son el mayor bien de la vida humana.*—Orden oratorio: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar del mayor bien de la vida humana: sí...de las dulzuras de la amistad.* Aqui vemos tambien una especie de sustentacion previniendo el ánimo del oyente antes de declararle el objeto á que se dirige el pensamiento, que es la *amistad.* Concluirémos con otro exemplo de inversion artificiosa. Dícese por el orden natural: *Vemos aquellos soberbios Califas, cobardes succesores de Mahoma, temblar en medio de su grandeza.*—Orden oratorio: *Vemos aquellos cobardes succesores de Mahoma, aquellos soberbios Califas, temblar en medio de su grandeza.*

De la claridad.—Si es cosa reprehensible en las personas de autoridad aquella demasía y cuidado de hablar mas obscuro que el comun modo de explicarse los hombres de buena razon; tambien deberá reprobarse en los mismos oradores. Pero tampoco han de ser semejantes estos á los discipulos de Isócrates, que envejecían en las escuelas, de los quales solia decir

Caton el viejo: que la eloqüencia que aprendian era para servirse de ella en el otro mundo.

En todas las cosas se ha de guardar una mediania; y en las obras del ingenio, como en las del arte muchas veces daña la demasiada diligencia. De esto es buen exemplo aquella gloria que Apeles se atribuyó, quando, admirando y engrandeciendo cierta obra que Protógenes habia hecho con mucho esmero, dixo: *Paréceme que en todo somos iguales; bien que yo todavia le hago ventaja, porque él, nunca sabe levantar las manos de la obra.* Calímaco, pintor y escultor famoso, obscurecia gran parte de la gracia en sus obras con el estremado cuidado que en ellas ponia; y asi decian de él comunmente: *que él mismo era su reprehensor y calumniador, pues no sabía quando podia darlas por acabadas.*

La verdadera eloqüencia reprueba las locuciones afectadas que enervan y confunden el estilo, y las sentencias enmarañadas y obscuras, que aparentan gran significacion, y nada dicen. Las frases no han de ser revueltas ni forzadas, sino llanas, abiertas, y corrientes, que no hagan dificultosa su inteligencia. Con esta claridad suave y facil, y con esta tersura, acompañada de la fuerza de las imágenes y afectos, reluce mas la hermosura y grandeza de la elocucion.

Los vicios contra la claridad del estilo son

vários, y proceden de diferentes causas. Hay algunos escritores que, queriendo parecer profundos, se hacen obscuros, no presentando á la razon un sentido perceptible. En este vicio caen todos aquellos que entran á tratar de la materia que no entienden, cuya expresion es siempre obscura; porque ninguno puede manifestar clara, limpia, y distintamente sino la idea que concibe con claridad, limpieza, y distincion. Por esto vemos en las composiciones de los jóvenes retóricos tanta confusion y obscuridad en medio de tanta vaciedad declamatoria. Y ¿ cómo es posible que escriban bien los que no han tenido tiempo aun para aprender á discurrir ?

Otros hay que, buscando la brillantez, caen en la obscuridad, quando expresan con terminos demasiado figurados y exquisitos lo que solo pide natural simplicidad. Asi acontece á los que, sin haber estudiado los buenos dechados de elocucion, ni analizado el gusto puro y natural, pretenden distinguirse por un estilo relumbrante, y se deslumbran á sí mismos, porque es muy consiguiente que juzguen del mérito de su composicion por el trabaxo que les ha costado.

Otros, en fin, por afectar brevedad, se hacen obscuros. En este vicio caen los conceptistas que toman lo misterioso por lo conciso, truncando los ligamentos del cuerpo de la oracion, y haciendo de cada trozo un miembro separado.

Tal es la muestra de este amartillado estilo en un discurso moral de Jacinto Polo de Medina, ingenio murciano: *En los delitos importa castigar el primero. No quiere castigar á muchos quien á uno castiga. Delinqüentes busca el que al primero perdona. Una severidad es piedad para todos. El miedo es castigo de no hacer culpas. Mejor es tener á los hombres buenos que enmendarlos.* De este vicio, que cundió mucho entre nuestros escritores morales del siglo decimo séptimo, adolecen los franceses de estos últimos tiempos, en cujas composiciones parece que leemos el sumario de un libro segun la estrechéz y rompimiento de sus períodos. La impaciencia y ferocidad del mando militar habrá acaso comunicado su dureza á las letras.

Una de las calidades del estilo oratorio en general es la perspicuidad, aquella expresion limpia, despejada, y luminosa, que hace visibles nuestras ideas al mayor número de los oyentes ó lectores. Esta calidad consiste en disponer de tal modo los conceptos que concurren á probar una verdad, ó esclarecer una proposicion, que se hagan, si es posible, comprehensibles á todos. Por esto el orador allanará el camino en los asuntos de suyo árduos y profundos, formando, como si dixesemos, un canal de comunicacion entre sus pensamientos, y la capacidad de su auditorio: porque toda idea muy nueva ó muy

peregrina, es como la cuña que no puede hender por el lomo.

No basta que las ideas sean claras y grandes, si la expresion que debe manifestarlas no es despejada y enérgica. Y como las palabras son imágenes de nuestros conceptos, estos serán obscuros siendolo aquellas, es decir, siempre que su significacion no sea ajustada al obgeto, ó que por su extension pueda acomodarse á otros. De esta inexâctitud nacen otros vicios, quales son, ya el sentido ambíguo, ya el equívoco de los términos; y como lo equívoco de estos se comunica á la idea, la obscurece y desfigura.

Y aunque la obscuridad que procede de las cosas y de la doctrina, puede en algunas ocasiones dar gravedad al asunto; no debe obscurecerse mas con las palabras, pues basta la dificultad de las cosas. Y asi la claridad que nace de las palabras, y de su textura y ligazon, debe ser suelta, libre, y luciente; no forzada, no áspera, y despedazada, ni intrincada. Por tanto deben huirse las voces peregrinas, las obscuras, las muy nuevas, las desusadas, las muy antiguas, como lo tratarémos mas adelante, y las de sentidos dudosos que llamamos ambíguas. De dos causas pues, procede la ambigüedad de la sentencia; ó de la mala eleccion de las palabras; ó de su mala colocacion.

No solo por extremada brevedad se hacen obscuros los conceptos, mas tambien por los difusos rodeos de terminos monótonos y uni-

formes que fatigan y derraman la atencion del oyente, de manera que las ideas se presentan menos claras y vivas al entendimiento, y es muy débil su impresion en el ánimo. No por otra causa se pide á un escritor variedad en el estilo, y ligereza y rapidez en la frase. Por el mismo motivo se le exîge tambien precision en el estilo, porque la expresion mas corta, siendo propia, es siempre la mas clara ; y todo aquello que se le añade, perjudica á la energía y solidéz.

¿ Porqué, pues, se exîge en toda composicion pureza, correccion, naturalidad, facilidad y sencillez, sino porque estos requisitos conspiran todos á la claridad ? Y ¿ por que, los escritores que producen sus conceptos con vivísimas imágenes gustan tanto, sino porque haciendolos mas perceptibles, los hacen mas claros ?

En fin, este espiritu de claridad y de perspicuidad no es sino el talento de saber acercar las ideas unas á otras, de enlazar las mas conocidas con las que lo son menos, y de representarlas con las expresiones mas adequadas y precisas.

De la naturalidad.—El estilo natural nos encanta, y con mucha razon, porque, como dice cierto filósofo, esperamos hallar un autor, y hallamos un hombre. Pierde gran parte de su mérito la expresion mas expléndida quando en ella se descubre el estudio, porque el esmero nos manifiesta que al escritor le ocupa mas el deseo de su aplauso que el asunto que trata. Y

como toda afectacion en el decir daña tambien á la expresion del sentir, necesariamente ha de padecer la verdad.

Para conocer si el estilo tiene aquella preciosa naturalidad, que suele por esto ser tan rara, pongámonos primeramente en el lugar del autor; y suponiendo que hubiesemos de declarar el mismo pensamiento, probemos si sin esfuerzo ni esmero lo expresariamos del mismo modo. Una persona vulgar, teniendo que producir un afecto noble, se expresará con un adorno estudiado, porque solo un ánimo grande halla dentro de sí los sentimientos sublimes. Esta es la causa, como hemos dicho en otra parte, por que los rasgos verdaderamente eloqüentes son los mas fáciles de traducir de una lengua á otra, por que la grandeza de un pensamiento subsiste siempre de qualquier modo que se presente, y no hay lengua que se niegue á la expresion natural de los afectos sublimes.

A veces en medio de una cierta desigualdad y desorden del estilo se caen de la pluma del escritor algunos conceptos magníficos que, sueltos y separados de este modo, reciben mayor brillo y realce. Asi sucede que, quando á una expresion sencilla se junta un pensamiento sublime, nos admira mas el orador, porque es realmente grande sin parecerlo.

Conviene aqui que distingamos la *naturalidad* de la *sencillez*. Lo sencillo nace del asunto, y

por consiguiente nace sin esfuerzo; pues lo inspira solo el afecto, y no la reflexîon. Asi podremos decir que todo pensamiento sencillo es natural; mas no todo el que es natural es sencillo. Este es el que menos debe al arte, y así no puede sugetarse á reglas. Y aunque lo natural pertenece tambien al asunto, no se descubre sino con la reflexîon, y solo se opone á lo afectado. Por esto la pureza de este estilo condena los equívocos, los retruécanos, las paranomásias, las paradoxas, los antítesis, todos los conceptos y agudezas ingeniosas, y quanto hace violencia á la naturaleza y á la razon.

La simplicidad, que es propia del estilo ínfimo, pues pone delante de los ojos lo que se trata, sin causas ni circustancias, difiere de la pureza, que viene á ser desnudez quando no se mezcla en ella ornato alguno. Esta es muy comun á la forma y estilo, pero no ha de ser continuada, porque algunas veces parece trabajada y compuesta. La diccion pura es diversa de la propia, porque la propiedad debe estar siempre en todas partes. La oracion pura es en dos maneras; ó toda propia y sin que se halle en ella alguna cosa peregrina; ó toda limpia, y sin que se descubra y halle en ella alguna fealdad. La peregrina es en dos modos: ya en las palabras quando uno greziza ó latiniza en castellano; ya en la contextura y trabazon de las palabras.

De la facilidad.— No basta que el estilo sea claro, puro, y natural; debe tambien ser fácil, es decir, que no descubra trabaxo y detenida lima. Entre las principales gracias de Ciceron se cuenta la facilidad de su estilo, donde, si alguna vez se trasluce algun estudio es en la colocacion de las palabras para componer la harmonía. En la manera de hablar de los príncipes se tiene por gran virtud la facilidad, y que sea desnuda de toda afectacion. Por tanto deben huirse las palabras peregrinas, las obscuras, las muy nuevas, las envejecidas, y las de sentido ambiguo, como hemos dicho ya hablando de la claridad.

No porque sea reprehensible la obscuridad y dureza, ha de descender la oracion á tanta facilidad que pierda los números y la dignidad conveniente. En esta flaqueza caen algunos que piensan acabar una grande hazaña quando escriben de la manera que hablan; como si no fuera diferente el descuido y llaneza que admite la conversacion comun, de la atencion que pide el artificio y diligencia del escritor. A este proposito dixo oportunamente Ciceron en su tratado del orador: *Usum loquendi Populo concessi; scientiam mihi reservavi.* No se condena la facilidad, sino la afectacion; porque singular virtud es el decoro libre y claro, sin cansar al oyente con dureza y obscuridad. Y no se puede negar que regala mucho al sentido el ver que

ningunas ligaduras ó vínculos impiden al pensamiento que se descubra con delgadeza y facilidad. Mas tambien ¿ quien no conocerá el poco espíritu y vigor, la humildad y baxeza en que cae el que lo consigue ? Y quien podrá oir sin molestia y disgusto palabras desnudas de grandeza y autoridad quando importa representarla ? Hay muy desigual diferencia de escribir de modo que la oracion fuerze á la materia, á que la materia fuerze á la oracion. Y en esto se conoce la distancia que hay de unos escritores á otros ; porque la lengua, los pensamientos, y las mismas figuras que ilustran la oracion y la vuelven expléndida y generosa, no siempre siguen á la destreza, y felicidad de la composicion.

El principal cuidado del orador ha de ser que claramente y á su tiempo exprima los conceptos y movimientos de su ánimo : lo qual tanto será en él mas de alabar, quanto menos deseo y cuidado mostráre de quererlo hacer. No pretendo con esto en el que se dedica al arte de bien decir aquella negligencia y desaliño que toca en familiar ; ni aquella demasía y cuidado en pulir y retocar la oracion, para hablar algo mas obscuro que los demas, sin dexar nunca satisfecho su deseo.

De la variedad.—No es menos necesaria la variedad en la expresion que la precision y claridad, para no fastidiar la atencion del oyente. Los hombres gustan de ser con-

movidos: asi todos solicitan obgetos nuevos que les exciten diferentes sensaciones. Hasta el perezoso negro se tiende á la orilla de un arroyo para divertir y entretener su ánimo con la vista del curso de las ondas; y la contínua inquietud de la agitada llama nos hace apetecer la lumbre de la chimenéa, que nos sirve de compañia.

No basta que una composicion sea nueva en la traza; debe serlo, si es posible, en todas sus partes. El lector quisiera sentir en cada cláusula, en cada período, en cada línea, en cada palabra, una nueva impresion, porque es cosa experimentada que la elegancia, la correccion, y la misma harmonía llegan á cansar, si no se mudan las imágenes, ó las ideas, con las expresiones.

Si la parte de una pintura que se nos descubre, fuese semejante á la que acabamos de ver; este obgeto sería realmente nuevo sin ser diferente, ocuparia la vista sin deleytarla: porque toda hermosura, asi del arte como de la naturaleza, no es bella sino por el placer que nos causa, y por esta razon es necesario que sea variada, excitando en cada nuevo aspecto una nueva afeccion, y en ella un nuevo deleyte. Por esto los que quieren enseñar deleytando, modifican lo mas que pueden el tenor siempre uniforme de la instruccion.

Se hace insoportable toda larga uniformidad, asi al sentido de la vista, como al del oido.

La repeticion de la misma palabra en un corto espacio del discurso, el mismo orden y círculo de períodos mucho tiempo continuado, cansan en qualquiera composicion, del modo que los números y cadencias repetidas en poesía. Igual efecto experimentaría el que caminase una jornada entera entre dos filas rectas de álamos, rendido su espíritu de tristeza y fatíga; al contrario de otro que atraviesa elevadas sierras, y torcidas sendas, embelesado entre aquella variedad deliciosa de situaciones y puntos de vista que encantan al caminante.

Hay, sin embargo, estílos que parecen variados, y no lo son; y otros que lo son, y no lo parecen. El estilo matizado de florecitas y conceptillos, bordado de menudas sutilezas, énfasis y antítesis delicados como una tela de aljófares, obscurece el discurso por su misma confusion. Comparemosle á un edificio de orden gótico que por la variedad, y enredo de sus laborcitas y pequeñez de sus adornos, es un encanto á la contemplacion, y un enigma á los ojos. Al contrario, el estilo texido de frases claras, períodos llenos, términos nobles y sencillos, magníficas transiciones, y grandes imágenes, deleyta á los hombres de todos los siglos. Este estilo, por no salir del mismo término de comparacion, es como el de la arquitectura griega, que parece uniforme y tiene las divisiones necesarias, y grandes partes que señalan

precisamente lo que podemos ver sin fatiga, y lo que basta para ocuparnos el ánimo. A los grandes cuerpos corresponden necesariamente grandes miembros: los gigantes tienen grandes brazos, los cedros grandes ramos, y los Alpes se forman de grandes montañas. El estilo noble en los obgetos magníficos debe tener pocas divisiones, pero grandes, y en estos ámbitos campea la magestad oratoria.

Acontece otras veces á algunos escritores que, pretendiendo hacer variado el estilo por medio de contraposiciones, le dán con esta artificiosa simetría una uniformidad viciosa. Algunos creen á fuerza de situaciones contrastadas animar lo lánguido y frio de una composicion, disponiendo el principio de cada frase en oposicion con el fin: defecto muy comun en los autores de la baxa latinidad, como entre los nuestros en los reynados de Felipe Quarto y Carlos Segundo. Ademas de no ser natural este estilo, hallamos en él tan poca variedad, que asi que vemos una parte de la frase, adivinamos luego la otra que sigue. Verdad es que hallamos palabras opuestas; pero opuestas de una misma manera; vemos una contraposicion en las frases, mas siempre de un mismo color y forma, que es la mas molesta uniformidad. Tampoco está la variedad en inventar expresiones nuevas, sino en usar con mucho tino y gusto de las mas nobles y pulídas, variando con

gran arte y maestría los modos, los ligamentos, y las transiciones de las frases y sentencias.

De la Precision.—La precision en el estilo es hija de la exâctitud y claridad de nuestros conceptos; descarga de impertinentes accidentes al discurso, separa las cosas verdaderamente distintas, y evita la confusion que nace de la mezcla de las ideas. Es por consiguiente una prenda de gran valor en todo género de escritos.

La *precision* en las ideas da fuerza y espíritu hasta al lenguage comun y ordinario, y le comunica cierta grandeza; pues, quanto mas simples y sensibles són las verdades, requieren mas precision. Dígalo la geometria que por ser la ciencia mas cierta y clara, pide la mas rigurosa exâctitud. Pero es necesario, para no confundir la precision con la concision, que distingamos estas dos calidades.

De la Concision.—La concision pertenece á la expresion, asi como la precision á las ideas: desecha las palabras supérfluas, condena los circunloquios inútiles, y emplea siempre los términos mas propios y significativos. Podemos añadir que, así como el obgeto de la precision es la cosa que se dice, el de la concision es el modo con que se dice. La primera simplifica al concepto, y la segunda abrévia su expresion.

La concision debe reynar en las definicio-

nes, en la argumentacion, en las sentencias, en las breves narraciones, &c.; porque lo *difuso* es tan opuesto á lo conciso como lo *prolixo* á lo preciso, y lo *extenso* á lo sucinto. Y para dar una breve idea de estas tres diferentes calidades, podrémos decir: que á lo *preciso* nada se le puede añadir que no le haga prolixo, y á lo *sucinto* nada quitarsele sin que quede obscuro; mas lo conciso, siempre que se le cercene, quedará *obscuro*, ó *difuso* si se le añade.

En hermosa lenidad de frases, sean las voces, no las muchas, sino las mas significativas, las que formen frases de vigoroso espíritu, que den nervio á la sentencia. Grande primor será si estas tienen con la gracia de breves el mérito de claras, en cuya fecundidad oculta se diga mas de lo que se dice, á manera de quien, mirando por estrecho resquicio, ve dilatado campo; y á semejanza de aquel artífice que, dibuxando un dedo en reducida lámina, nos fixó en la imaginacion todo un gigante, hallando en ella lo que no hay.

Es gran primor del escritor saber reducir en un limitado espacio cosas que otro necesita extender en una prolixa oracion. El que sabe ser conciso presenta solo lo principal del obgeto, como hacían acertadamente los antiguos, que daban dentro del círculo de una medalla todo un Cesar, retratando solo la cabeza, porque la

medida de los varones grandes se toma de hombros arriba.

Del estilo breve y conciso usaban los estóicos, porque encierra espíritu sentencioso: y asi Justo Lypsio en la vida de Séneca los compara á los que usaban en la pelea de puñales para asegurar mejor las heridas. De la brevedad de Phocion en hablar, se maravillaban todos; por lo qual Polieneto decia: que Demóstenes era gran retórico, pero Phocion gravísimo, porque en muy breves palabras comprehendía muy grandes sentencias. Y el mismo Demóstenes, despreciando á todos los demas, acostumbraba decir, en levantandose á orar y razonar Phocion: *yá se levanta el cuchillo de mis palabras.*

Con pocas palabras se manifiesta la grandeza del ánimo. Hablar poco y decir mucho es decir mas de lo que se habla; y decir mas de lo que se habla, es valentía y excelencia del entendimiento. Para conocer á alguno, le dixo el Sábio que hablase. Menester es que hable el discreto para que le conozcan; pero su tiempo es menester para hablar. El que habla mucho, aunque hable bien, será hablador; y es dificultoso que hable bien si habla mucho.

Hablar poco, y al mismo tiempo claro y agradable, con gran peso y magestad de sentencias, es lo mas dificultoso; y éstas calidades y virtudes se hallan en Julio César. Homero

dice que Meneláo fué dulce en el decir, y que hablaba poco: que la brevedad en los príncipes, capitanes, y magistrados es alabada. Octavio César quando tenía que hablar al senado, ó al pueblo, ó al exército, nunca lo hacía sino de pensado, y muy en orden para no hablar mas ni menos de lo que tenía determinado. Esta brevedad favorecia mucho á Pisistrato ateniense para alcanzar gracia con sus ciudadanos; y aun dicen que por ella alcanzó el imperio de todos los griegos.

Solo los Lacedemonios son loados de esta manera de hablar enfático y agúdo, y principalmente su rey Agesiláo, que á veces decia de repente dichos breves, muy gustosos, y aparejados á mover los ánimos de los oyentes á lo que pretendía. Este estilo se adapta bien á la sátira, al donayre, y al gracejo. Lycurgo quiso que los muchachos de Lacedemonia se exercitasen en esta manera de hablar, para que se enseñasen á la burla innocente, y supiesen rechazar las pullas. Demóstenes en sus dichos fué mas urbano que agudo, en lo qual, á dicho de muchos, tuvo Ciceron exceso: asi vinieron á ser censurados los dos mayores oradores, el uno de corto, y el otro de largo.

Pero ¿cómo hablará con concision el que ignora el uso de la lengua en que habla? Es necesario que conozca toda su riqueza, todas las formas de su índole, sus licencias gramati-

cales, y toda la propiedad de las palabras y sus diferentes sentidos y usos. Por esto las mugeres y muchachos son tan difusos en su locucion ; y por esto, los mismos hombres, quanto mas legos y rudos, son mas verbosos y redundantes. Asi vemos que los mismos artistas son intolerables por su difusion y pesadéz, quando escriben de su arte, si no les guian la pluma las buenas letras ó la filosofía.

En efecto, el que no conoce la riqueza de su propio idioma ¿cómo sabrá abreviar, cercenar lo que sobra, ni suplir lo que falta en la declaracion de un pensamiento? El que ignore la propiedad de las voces ¿cómo sabrá escoger la mas enérgica y expresiva? Si ignora la índole de la lengua ¿cómo conocerá el orden y la inversion de las palabras, y la fuerza elíptica en la frase, para reducirla á la menor expresion sin quitarle nada de lo esencial para su inteligencia? Si no conoce las licencias y anomalías gramaticales ¿sabrá, por ventura, como, quando, y hasta donde se pueden suprimir, ya el verbo, ya el artículo, ya la conjuncion, ya el pronombre, ya el adverbio?

Sea como fuere, para escribir con precision, es necesario pensar como filósofo, y exponer como géometra: para hablar con concision, es necesario mucho exercicio antes de fiar á la pluma sus conceptos. Asi vemos que en las primeras producciones suele ser mas redundante

y débil el estilo que en las últimas, como se experimenta en los jóvenes. El que usa del estilo conciso, conoce el difuso; y por esto lo evita, para huir de la redundancia. El ignorante está mas expuesto á caer en la expresion difusa, porque nunca está seguro si lo que dice es todo lo que debe decir para darse á entender.

Por otra parte no se puede escribir con concision sin que haga el entendimiento un grande esfuerzo; porque, al mismo tiempo que extendemos nuestros conceptos en el papel, reducimos y castigamos el tropel de palabras que se nos representan arreatadas, digamoslo asi, á nuestra imaginacion. Asi acontece que en los borradores de toda composicion casi siempre es mas lo que se quita que lo que se añade á las frases, para dexar hermosa y flúida la brevedad del decir.

Ninguna lengua de las vulgares me parece tan suelta y libre para acomodarse al estilo conciso como la castellana, y por consiguiente tan adaptable su frase para seguir é imitar la brevedad y rapidez de la latina. Sin embargo, son pocos los escritores nuestros que se han abierto un camino en esta manera de componer, fuera de Mariana, Mendoza, Antonio Perez, y Saavedra: no háblo de los senequistas de los reynados de Felipe IV. y Carlos II., que, por hacerse cortos, cortaban el curso natural de la oracion; por hacerse breves, se hacian obscuros; y por



ostentarse sentenciosos, encerraban en un profundo retiro la discrecion, dexandose atras á los geroglíficos egipcios.

De quantas maneras se puede conciliar la concision con la claridad de la idea, y con la libertad gramatical de nuestra lengua, sóbrannos á cada paso exemplos. Con esta especie de sequedad y parsimónia de voces se dá siempre á la narracion un ayre de gravedad y de grandeza, que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen graves y grandes. Hablando del exército de los Christianos antes de darse la famosa batalla de las Navas, dice un historiador: *Resolvieròn buscar al enemigo: llegó el exército al pie de Sierra-Morena: faltó el forrage: menguóse el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitía la permanencia; la reputacion no concedía la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Hablando de D. Alvaro de Luna, píntalo con esta breve concision el P. Mariana: *Era de ingenio vivo, y de juicio agudo; su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia, y ambicion, no menores.* En las dos últimas cláusulas se omite el verbo recto *ser*, pues pudiendo decir su *disimulacion* era grande, y su *soberbia* y *ambicion no* eran *menores*, no lo quiso decir, y aún omitió el artículo *la* en los nombres soberbia y ambicion. De la misma concision

usa en el retrato que hace del rey D. Alfonso el Magno, quando dice: *Era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura: la suavidad de sus costumbres muy grande: su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin pár.* No solo vuelve á suprimir aquí el verbo *ser*, mas tambien omite la conjuncion *y* entre valor y mansedumbre. Pondrémos, entre innumerables que omitimos, esta otra muestra de la concision á que se presta la libertad de nuestra lengua en una oracion distribuida en quatro miembros: *Si era animoso, decian que era otro Julio Cesar; si virtuoso, que otro Octaviano; si veráz, que otro Trajano: si sufrido, que otro Vespasiano.* En los tres ultimos miembros se omite en cada uno la repeticion de si *era* y de *decian era.*

Es de tanto uso la figura elipsis en los modismos de la lengua castellana, que parece que solo en ella se puede faltar á la gramática sin dañar al concepto ni á la claridad: anda la oracion, y no tiene pies muchas veces: habla y es muda. Ya hemos visto como se omiten los verbos, y lo verémos mejor en esta oracion: *Si encuentra ricos, se muestra avaro; si pobres, ambicioso.* En el segundo miembro se calla el verbo *encontrar*, y *mostrar.*

Hablando de un soldado muy nombrado por su valor, dice un escritor: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.* En esta oracion se saltan dos cláusulas, por no debilitar la frase con esta

extension gramatical : Hizo lo que nunca *habia hecho, que fue* volver las espaldas.

El estilo sentencioso pide para mayor gravedad y autoridad esta estructura suelta y cortada; y es cosa rara que, quanto menos ligada la oracion, sea mas nerviosa. Veamos en este exemplo quantas palabras faltan en el segundo miembro para ligarlo con el primero, y como no las necesita la inteligencia del concepto. Leemos en este breve aviso moral todo lo que conviene retener en la memoria: *Muchos pueden hacerte dichoso; honrado, tú solamente.* En esta última cláusula leemos implicitamente, *pero hacerte* honrado, tu solamente *lo puedes.* Aun es mas visible la desnudéz elegante de la elipsis en esta oracion: *En semejantes vanidades se gasta el tiempo: una vez ido, irrevocable.* Toda la fuerza y gravedad de esta frase desaparece diciendo despues de *tiempo, el qual* una vez ido, *es* irrevocable.

Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces recibe el estilo un ayre de magestad y grandeza que apenas se distingue si son las cosas ó [las palabras las que aparecen magestuosas, ó grandes. Si á este estilo le faltan fluidez y melodía, y á veces correccion, en recompensa le sobran aquel vigor y energia que pide la severidad y desenfado filosófico, quando dicta maxîmas y pinta desengaños. Basten los siguientes exemplos: *De tan inesti-*

mable precio es la libertad; que no gozarla, es de béstias; dexarla perder, de cobardes.—No sé en qué tiempo mienten mas los hombres, quando lisongeros, ó quando enemigos: yo todo lo juzgo un tiempo, todo un nombre. Asi dixo un autor nuestro antiguo en la edad en que se pensaba mejor que se escribia, y en que algunos rasgos felices, salvados de entre los tenebrosos misterios de aquellos escritos pueden servir de modelos de precision y concision, como en las dos sentencias que acabamos de trasladar, y en este símil emblemático del mismo autor: *cargos y oficios: yedra en el muro, que engalana y destruye.* Esta oracion sin verbo ni regimen, parece hecha mas para los ojos que para el espíritu: por que es mas lo que en ella se pinta que lo que se dice. Y para cortar sentencias por este breve talle, es única maestra la lengua castellana.

Pero tambien la extremada concision, que suele ser afectacion en muchos autores, dexa el sentido de la frase ambiguo y obscuro las mas veces; y asi se ahogaban en este humo de su vanidad nuestros autores aforísticos de filosofía político-moral, que hablaban en cifra por parecer oráculos.

La cosa mas agradable y preciosa dexa de ser estimada y singular quando se abusa de ella. Una obra, un discurso, una composicion entera, construida toda de frases cortas y miembros

cortados, sería intolerable al oido, no solo á la imaginacion del oyente: la memoria no puede retener lo que anda desatado, y la atencion se pierde entre tan desunidos materiales. Ceñirse en corto espacio para correr despues la pluma con mas rapidéz, ó extenderse con mas anchura, es prenda del buen escritor, que sabe acomodar en tiempo y sazon el estílo á la materia y al lugar. Quando decimos que un autor es conciso, no entendemos sino que suele inclinarse su estilo en lo general á este género de escribir; no que toda la estructura de las frases lleve esta forma. ¿No se ha de hablar alguna vez á los sentidos para entretener la imaginacion, ó mover el ánimo del lector, ó del oyente?

Si es insoportable la excesiva brevedad, que dexa truncado el estilo, dura la frase, y enigmático el sentido; no lo es menos la verbosidad que algunos confunden con la facundia. La natural fecundidad y facilidad de algunos escritores, no la permite poner término á la lozanía de sus expresiones: prolixos y menudos en sus definiciones: difusos en sus alegorías y comparaciones: dilatados en sus contrastes: y acompasados aun en sus gracias, en cuyos escritos se descubre mas retórica que eloqüencia. Si la memoria y la atencion del lector padece con la corta brevedad de los unos, no sufre menos con la profusion y redundancia de los otros. A

los Embaxadores de los Sámios, segun cuenta Plutarco, que amonestaban á Cleoménes que hiciese la guerra al tirano Polycrates, sobre lo qual le hicieron un razonamiento muy largo les dixo: *De lo que dixiste primero, no me acuerdo, y por esto no entiendo lo de en medio; y lo postrero de ningun modo apruebo.*

Puede atribuirse la redundancia á la verbosidad, y ésta á la facilidad. A lo menos la facilidad de amplificar por todas circunstancias y aspectos imaginables un mismo pensamiento es ocasion de caer algunas veces en un estilo difuso, lánguido, y monótono. El que cree que nunca acaba de imprimir en los ánimos de los oyentes la verdad ó doctrina que predica, forzosamente ha de derramar en la oracion frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó que se diferencian con muy poca variedad.

De esta superabundancia nace la languidez y frialdad del estilo. Quando se apura la materia, desfallece el brio y el interés; y las últimas expresiones, en cierta manera amortiguadas, han de enervar precisamente á las primeras. Entonces es preciso recurrir á lugares comunes, á frases nuevas mas no diferentes, á comparaciones y á símiles triviales, y las mas veces inoportunos, y á discursos y pruebas contrapuestas en que el escritor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector, una vez leida la una, tiene adivinada la otra, como

el reverso de una moneda corriente. De aqui nacen tantas frases descuidadas, tan freqüentes repeticiones, tanta uniformidad de pensamientos y de períodos; de todo lo qual se viene á formar una composicion difusa, molesta, y derramada. Asi sucede que muchos pensamientos, antes que florezcan en la oracion, se marchítan.

Los que pecan en este lenguage, no es porque no usan de palabras castizas y elegantes; sino porque las multiplican sin necesidad, ó las toman en una significacion vaga é inadequada á su intento. Y no solo ha de estar limpia la oracion de palabras supérfluas, sino tambien de todo miembro redundante; porque si cada palabra no representa una idea nueva, y cada miembro no abraza un nuevo concepto, queda enervada la sentencia. Todas aquellas palabras que no añaden algo al sentido de la proposicion, lo debilitan; y siendo supérfluas, embarazan la oracion, quitandole la soltura y fluidez de los períodos. La concision pide mucha severidad y buen tino, ya cercenando lo preciso para dar nervio y energia á la sentencia, ya no desnudando tanto la frase, que salga duro y árido el estilo.

Entre los vicios de la redundancia es el mas freqüente la prodigalidad con que se siembran los epítetos, cuya vana é inutil ostentacion no es mas que ojarasca que cubre y oculta al ruin fruto. La célebre poetisa Corina, dixo un dia

de Píndaro, sonriendose de la profusion de epitetos con que este poeta empezaba un poema. "Tu habias tomado un costal de grano para sembrar una pieza de tierra; y en lugar de arrojarlo á puñados, al primer paso vaciaste el costal." Y ¿qué diremos del uso inmoderado de los superlativos, que ofenden la cordura y hacen dudosa la verdad? Son las exâgeraciones prodigalidades de la estimacion: son indicio de cortedad de conocimiento y de gusto. Son raros los casos en que cae bien su aplicacion, quando no ayudan á la mas viva demostracion de un encarecimiento.

Del Decoro.—Como en nuestra vida, y en todas nuestras obras, no hay cosa mas dificil que ver lo que nos conviene; lo mismo es en la oracion, donde lo mas principal es guardar el decoro, no solo en las sentencias, sino en las palabras: que no toda fortuna, ni toda honra, ni toda autoridad, ni dignidad, ni edad, ni tiempo, ni todos los oyentes han de ser tratados con unas mismas palabras y razones: mas siempre se ha de considerar lo que mas á cada uno convenga. Isócrates da el precepto siguiente á su rey: *En todo lo que dixéres y pensáres, siempre debes tener presente en la memória que eres rey, para que no digas ni hagas cosa indigna de tan gran nombre.* En gran manera, dice Plutarco, se ha de recatar el que hubiere de hablar sobre pensado, que no use de palabras vanas con el

pueblo; pues sabemos que Perícles, aquel gran orador, antes que comenzase un razonamiento al pueblo, acostumbraba rogar á los dioses que ninguna palabra le viniese á la memoria que fuese agena del propósito. De Alcibiades cuenta Teofrasto, que quando oraba, andaba buscando con atencion, no solamente que diria, pero tambien como lo diria, y de que manera templaría el decir y que rigor ó blandura pondria en las palabras. Y ésta era la causa porque muchas veces se paraba, y parecía turbarse y titubear. El que comienza desde la misma cosa, y habla luego de ella; en gran manera, mueve y persuade al pueblo, y lo atrahe á lo que quiere sin trabaxo.

Es impropio y disonante el estilo si no conviene con el sugeto, como quando se usa de frases blandas y regaladas en casos tristes y terribles. Asi sucedió á Lysias en la oracion que hizo para la defensa de Sócrates, quien la juzgó por buena, pero indecente para la gravedad y estimacion suya: porque, como dice Arístides en una oracion: no conviene á la muger noble lo que á la deshonesta y perdída; y mucho menos á los hombres lo que á las mugeres. Y por esta razon llamarémos prudente al orador, quando sabe usar de la gracia, de la suavidad, de la llaneza, de la cultura, ó de la grandiloqüencia, ya sea en las cosas, ya

en las palabras, en su lugar en su tiempo, y en su modo.

La elevacion y magnificencia roban nuestra atencion, quando la diccion corresponde al obgeto, porque es regla general que la expresion se mida con el asunto que se trata. ¿ Quien referirá el incendio de Roma por Neron con lenguage sencillo y frio? Quando los personages, ó sus hechos, son ilustres y grandes, la locucion debe ser tan magnífica como ellos. Veamos como habla Ciceron quando habla de Julio Cesar: *El mayor presente,* (le dice) *que te hizo la naturaleza, es la voluntad de hacer bien, ya que de la fortuna recibiste el poder de hacerlo.* —Oygamos con qué gravedad habla Valerio Maxîmo de una accion generosa de Pompeyo, vencedor y restaurador de Tygranes: *Le restituyó* (dice) *su primera dignidad, juzgando por cosa tan gloriosa el hacer como el vencer reyes.*— No menos digno del sugeto es este rasgo magnífico de un historiador en elogio de Carlomagno: *El imperio se sostenía por la grandeza del emperador, quien, sobre ser hombre grande, aun era mayor príncipe.*—Del Rey Católico D. Fernando dice D. Diego de Saavedra: *Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido; y firmó las paces debaxo del escudo. No tuvo Corte fixa, girando como el sol por los orbes de sus reynos.*

Hablando Plutarco de la conformidad estrecha que debe guardar el estilo con el asunto, nos refiere: que á uno que alababa mucho á un orador que las cosas pequeñas engrandecía y amplificaba, dixo Agesiláo: *Yo por cierto no tengo por buen zapatero al que para pie chico hace grandes zapatos.* A este propósito se puede aplicar lo que un viagero respondió á un pequeño y pobre Príncipe de Alemania que, enseñandole todas las piezas de su palacio, y preguntando lo que le parecia, le dixo: *Que en nada habia que poner reparo, sino en la cócina, que era demasiado grande.*

Otras veces procede la discordancia é impropiedad del estilo con las cosas, del desacierto de algunos escritores, quando zurzen retazos de obras de otros, y los aplican á estofa de distinta suerte ó color; ó pretenden que lo que trabajó el autor original para su intento, se ajuste despues á su sentencia, aunque perfecta en sí misma. Debieran ellos advertir que lo bueno y lo propio es lo que conviene, y que la conveniencia está en que lo feo quadre con lo feo, lo hermoso con lo hermoso, lo humilde con lo humilde, y lo magnífico con lo magnífico. A estos malos ladrones de trabaxos agenos podria aplicarseles aqui lo que cuenta Plutarco de Demónides el coxo, el qual, habiendole hurtado los zapatos, echaba plegarias que viniesen bien al pie del ladron, porque eran tuertos,

y por eso no podian hacer sino al pie de otro coxo.

De la Dignidad.—No basta que la diccion sea decente en los discursos oratorios, y escritos serios. La dignidad que pide el estilo reprueba las locuciones baxas, populares, ó muy comunes.

Este defecto en que han caido algunos oradores y escritores, famosos por otros respetos, se toca en este exemplo: *Estos mismos varones, que vemos hoy en los cuernos de la Luna*, pudiendo haber dicho el autor con dignidad, *que vemos hoy ensalzados*, ó bien, *que vemos en la cumbre de la fortuna*. Lo mismo se puede reprehender en esta otra sentencia: *El vicio señorea, y la virtud anda por los suelos*, pudiendose decir, *la virtud está abatida, ú hollada*. Esta desigualdad nace de falta de gusto, ó de negligencia en castigar el estilo, ó de poca delicadeza en las costumbres, y en la educacion civil y literaria.

En los símiles suele ser donde mas se descubre esta desigualdad de lo muy elevado y lo muy humilde. *Asi como el hombre* (escribe un eloqüente místico) *naturalmente es mayor que una hormiga, asi aquella nobilisima sustancia divina sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas apenas son una hormiga delante de él.* Sigue el mismo autor el mismo estilo con otro exemplo, quando dice: *Las*

buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que es el que les envía aquel cáliz como una purga ordenada por mano de un sapientisimo medico ;....La palabra *hormiga* del primer exempleo, y la otra *purga* del segundo, sobre ser humildes en sí mismas, son impropias de unas ideas tan altas y nobles.

Ninguna cosa debe procurar tanto el que desea alcanzar nombre de escritor suelto y elegante con la gala de la elocucion, como la limpieza, escogimiento de voces, y ornatos que presta la lengua. No la enriquece quien usa de vocablos humildes, indecentes ó comunes, ni el que introduce vocablos peregrinos, inusitados, ó insignificantes; antes la empobrece con este abuso. Los unos por falta de cuidado y diligencia, se contentan con la llaneza y estilo vulgar, creyendo que lo que es permitido en el trato comun se puede trasladar á los escritos y razonamientos graves, donde qualquier leve descuido deslustra la sentencia y su exôrnacion . y los otros, por dar mas dignidad á sus conceptos con la cultura de sus palabras, no aciertan con las propias que, sin tocar en los dos extremos de comunes ó estudiadas, tengan una noble propiedad. Para desviarse del lenguage comun, no basta desechar las visiblemente vulgares, sino escoger entre las decentes las mas urbanas y enérgicas, sin que se trasluzca violencia ni afectacion. Por exemplo la palabra *ondas* es

voz mas sonora, llena y grave que *aguas* y que *mar:* mas grave es *tempestad* que viento; mas *ruina* que caída, mas *pesadumbre* que pesar; mas *gravedad* que peso; mas *sublimidad* que elevacion; y mas digna *lecho* que cama, y *alumbramiento* que parto, &c. Y asi la voz grave significa mas vehemencia, la sublime mas magnificencia, y resplandor, y añade magestad á la diccion grave.

Pero para no caer en el culteranismo queriendo huir de términos comunes, aunque propios y claros, se necesita tierno tino en escoger voces conocidas sin que dexen de ser nobles. Si no queremos decir, por exemplo, *cierzo* que es voz comun, ni *norte* que es general; no diremos tampoco *aquilon*, que es poética, y por tanto afectada; pero podremos decir *septentrion*. Por las mismas razones y orden comparativo no dirémos, ni *levante*, ni *orto;* mas si oriente; ni tampoco *poniente*, ni *ocaso;* mas si *occidente*.

Y aunque los términos forenses, legales, oficinales, y metafísicos son nobles por su sentido y obgeto, no los admite la dignidad de la eloqüencia, ni aun para símiles y comparaciones, en que se busca color y esplendor. Para estas imágenes tienen mas energía y propiedad las voces pastoriles, las rurales, y todas las que pintan obgetos de la naturaleza, por ser mas puras, mas magníficas, mas sencillas, y mas sensibles que las del arte: con estas se enseña

y se instruye á los entendimientos; mas no se mueve y deleyta á los ánimos.

Los vocablos baxos en todas las lenguas desdoran la oracion de tal modo que, generalmente hablando, sufriremos antes un concepto baxo expresado con términos nobles, que el concepto mas noble con términos baxos: porque si todos no podemos juzgar de la exâctitud y fuerza de un pensamiento, casi todos somos capaces de percibir la vileza de las palabras.

Hay cierta clase de palabras baxas, y son las que no guardan decencia con la cosa que se trata, ó con la persona que las dice, ni con las que las oyen; y no por sucias ni deshonestas, sino por demasiado humildes, como *rocin, burro, gorrino*, &c.; ó por picarescas ó cómicas, como *dar papilla, hacer la mamóla*, &c.

Los vocablos y modos de decir mas generales tienen mas dignidad que los particulares; y la negacion de los contrarios mas que la afirmacion. Asi se dice mas grave y honestamente de una muger *vive mal* que no es una.... y aun con mayor disimulo, *no vive muy bien;* ó con mas decoro, *no vive muy honestamente.* No se puede guardar esta decencia en la expresion sin observar una particular delicadeza en la eleccion de las palabras. No es de perder aqui la ocasion de trasladar un exemplo de un autor grave español, el qual queriendo referir dos hechos de

dos cortesanas, griegas, sin ofender la castidad de los oidos, narra de esta manera ambos casos: *Elpiníce encendida del deseo de gloria y fama, rogó á Polignoto con muchas caricias y blanduras, acompañadas de promesas, que la pintase al natural entre las troyanas de su quadro. Hízolo el pintor con tal diligencia que asi parecía viva; y en pago de tan excelente obra, alcanzó de ella una noche. Praxíteles tambien, peritisimo entallador de marmol, amó ahincadamente á la no menos hermosa que taymada Phrine, la qual pidió que en premio de su amor la sacase al desnudo; y él lo cumplió con tanto cuidado, que del rostro de la imagen se conocía la aficion del artífice, y la alegría de ella por tal paga.*

Vários son los modos de cubrir lo torpe ó feo del pensamiento, quando el escritor no puede callar los hechos por no faltar á la verdad, ó por sacar de ella avisos ó documentos saludables. Una sola palabra, usada en diferente sentido del propio, recto, y natural, ó bien un circunloquio enfático, obscurecen con una sombra figurada la demasiada claridad de la cosa, de modo que se trasluzca el sentido principal, para que el lector haga dentro de sí la aplicacion, sin ofensa de sus oidos: *Mesalina* (dice un historiador) *despues de haber hecho plato de sí á quantos venian, volvió triunfante al lecho nupcial.—Bien se dá á entender* (dice otro) *ser el amor deseo insaciable, de aquello que cuentan de*

Jupiter con Alcmena, que triplicó la noche, no bastandole una para apagar el fuego de su ardor.

No basta hablar el lenguage propio, castizo, y correcto, porque, á pesar de todas estas calidades, indispensables siempre en la declaracion de todo pensamiento, y en la narracion de los hechos, podrá faltar dignidad, y aquella gala que distingue la elocucion del comun modo de hablar. A veces las mismas palabras propias de la lengua, y significativas de las cosas, rebajan los quilates del estilo noble, por ser demasiado propias. Asi suele acontecer en las meramente técnicas en qualquier materia, porque el orador, no menos que el poeta, deben huir de los términos que pertenecen exclusivamente al lenguage didáctico: mas no por esto pretendo que se diga *Febo* por sol, ni *Latóna* por Luna, ni *Filomena* por ruyseñor, &c., licencia solo concedida al estilo poético; sino que se hable de las cosas con aquellas palabras, nobles por mas vagas, hermosas por mas apartadas de la inmediata aplicacion al obgeto; pero adequadas siempre á su genuina significacion: lo contrario sería afectacion y obscuridad.

Quiero decir con esto, por exemplo, que si he de hablar de una batalla, no haga empeño en explicarme como un práctico que narra militarmente, ni descienda á los pormenores mecánicos y desnudos; sino que abrace las acciones prin-

cipales, y esto con ciertas metáforas y tropos bien escogidos que realcen el asunto sin hacerlo perder de vista. Si entra en la narracíon, no dirá el orador los *balazos*, sino los estragos de la artilleria, no nombrará las *balas*, sino los tiros; no dirá los *cañones*, sino las bocas de fuego; no dirá el *tren*, sino el boáto; no el *botin*, sino los despojos; no *batir*, sino expugnar; no *bayonetas*, sino azeros; no *choques*, sino rencuentros; no *guerrilla*, sino escaramuza; no *atacar*, sino embestir; no *apuntar*, sino asestar; no *accion*, sino pelea; no *regimiento*, sino legion; no *murallas* sino muros; no *sitio* sino asedio; no *bloqueo* sino cerco; no dirá *sentar plaza*, sino alistarse; no dirá *sirvió baxo de tal General*, sino militó. Usando de voces antiguas se da mas dignidad á la diccion, en quanto se apartan mas del lenguage moderno de la milicia. Pero esto pide cierto tino y discrecion, atendido el tiempo, el lugar, y la naturaleza de las cosas. El prosista tiene mas estrechos limites en esta parte que el poeta.

En el estilo oratorio no caben las palabras plebeyas ni familiares; mas ni las que designan cosas muy pequeñas, sin una absoluta necesidad. Basta indicar las calidades de ellas por un término general y apartado; y no tan peculiar é immediato, que se desautorize la frase. Esta debe disponerse con tal arte y juicio, y vestirse de tal gravedad de palabras, que, aun quando

se escriba de cosas humildes, no caiga el orador en oracion humilde. Esta llaneza y prolixidad solo es bien recibida del lenguage técnico y didáctico, donde se trata de definir, describir, y enseñar. El orador pinta en grande, y solo las calidades eminentes de los obgetos, y siempre con las voces de significacion mas extensa si son mas nobles. Dirá *estancia* en vez de sala ; *morada o mansion* en vez de vivienda ; moradores en vez de vecinos ; *marcial* en vez de guerrero ; *silvestre* en vez de montés ; *vínculo* en vez de atadura ; *gradas* en vez de escalones ; *ceñido* en vez de faxado. Y ¿ quien podra negar que hay casos en que la dignidad del asunto requiere que se prefiera la palabra *cerviz* á cuello, y esta á pescuezo, que es por sí humilde ; *labios* á boca ; *plantas* á pies ; *palmas* á manos ; *asno* á burro ; *cándido* á blanco ; *conflicto* á combate ; *incendio* á quema ; *asolar* á talar ; *segur* á hacha ; *impostura* á embuste, &c. ?

Sin embargo, como hemos dicho mas arriba, todo esto pide cierto temperaménto, porque no se debe hacer siempre ostentacion de una vana hinchazon de palabras, expresando cosas comunes con términos magníficos. Las grandes palabras son impertinentes en el estilo simple ; pero los términos simples y comunes asientan bien algunas veces al estilo noble. Hay pasages en que la sencillez de las palabras expresa mejor la cosa que todo el ornato y pompa de ellas ;

en aquellas hay mas energía, porque hay mas propriedad. Y es muy natural que una cosa enunciada en términos ordinarios se haga creer mas facilmente.

Todo se puede ver en este pasage de Teopompo, muy adequado, y que dice mucho : *Filipo se bebe, sin pena, las afrentas que la necesidad de sus negocios le obliga á sufrir.* Quanto significa ésta expresion *beberse las afrentas*, para explicar la facilidad con que un hombre, para engrandecerse, sufre y disimula indignidades! Lo mismo dirémos de esta otra expresion de Herodoto. *Cleomenes, habiendose puesto furioso, toma un cuchillo, se pica las carnes, se hace un gigote, y muere.* En estas expresiones no hay finura, mas hay franqueza; hay energía, y no grosería.

Hay frases de gran nobleza por su obgeto, en que la viveza del pensamiento pide á veces, para representar la imagen, la palabra mas comun, sacrificando lo noble á lo enérgico. Asi se lee en este exemplo de Fr. Luis de Leon, quando dice de un malvado hypócrita que finge en el templo actos de oracion : *Gotéan sus manos sangre inocente, y álzalas al Señor como limpias.* Podía haber dicho, *destilan ó manan*, palabras menos comunes ó mas cultas; y prefirió la de gotean, por mas expresiva.

Hay voces, nobles y proprias en un sentido, aunque comunes; y en otro impropias y baxas :

en el primer caso pueden recibir un sentido figurado, y de ningun modo en el segundo. La voz *fierro* se usa en sentido físico, no para denominar genéricamente este metal, sino quando tratamos de las labores en las herrerias, y de los artefactos y utensilios fabricados. Pero en acepcion figurada, como *morrir a hierro, cargado de hierro, penar entre hierros,* nunca usarémos de la voz *fierro*.

De la Elegancia.—Esta voz se deriva, segun algunos, de la latina *eligere,* escoger, porque solo esta puede ser su verdadera etimología; y en efecto, todo lo que es elegante, es escogido. La eloqüencia es comun á todas las naciones, y á todas las lenguas; pero la elegancia ya es obra mas del arte que del natural talento; ó añadase aun, que el artífice es mas elegante quando le ayuda la índole de la lengua, y la construccion de sus vocablos.

Del genio gramatical de una lengua, de sus licencias y libertad en la sintaxîs, y de la variedad en sus formas, saca el buen escritor los varios modos para la harmonia, fluidez, suavidad, rapidez y brevedad de la sentencia. Estas calidades sobresalen en la castellana, en cuya frase no hay trabas que impidan el rodear ó acortar camino, dilatarse ó recogerse, pararse ó revolverse de muchas maneras. Segun el uso que se hace de ella, hay escritores redundantes ó concisos, lánguidos ó enérgicos, asperos ó blandos, confu-

sos ó despejados, tardos ó expeditos. La elegancia en toda composicion no es la eloqüencia, sino una de las calidades de esta, pues no consiste solo en el número y harmonía, sino tambien en el escogimiento y correccion de las palabras, que se llama cultura.

Un discurso podrá ser elegante, sin ser por esto bueno; porque, como ya hemos dicho mas arriba, la elegancia no es mas que el merito de la *diccion*, pero tampoco llamarémos absolutamente bueno un discurso si no es elegante. Sin embargo, el orador mueve y persuade muchas veces sin elegancia, sin número y sin harmonía, porque el punto principal para la eficacia de la eloqüencia, consiste en que la elegancia nunca enerve el vigor de la sentencia. Asi es que quien pretende persuadir á los otros, debe en ciertos casos sacrificar la elegancia de la expresion á la grandeza del asunto, ó energia del pensamiento.

Ademas, hay lenguas que se prestan mas que otras á la elegancia y algunas que jamas podrán servirla de instrumento. Ya terminaciones duras ó sordas: ya la freqüencia y concurso áspero de consonantes: ya la escabrosa trabazon de partículas, y de verbos auxîliares, multiplicados á veces en un mismo período, ofenden el oido de los mismos nacionales ¿ y que será de los extrangeros?

Aun en las lenguas mas flúidas y harmoníosas, como es la española, desaparece todo este méri-

to, quando la maneja un escritor incùlto é imperito, como en estos exemplos. *No ha podido dexar de ser menester que ella se haya convencido;* pudiendo haber dicho *tuvo que convencerse sin recurso.* Frases descuidadas, fastidiosas repeticiones, son otros de los defectos contra la elegancia. *Aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios; este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merece todo el amor y servicio del hombre, aunque él tubiere infinitos corazones que emplear en él.* En esta oracion reyna mucha negligencia en el ayre de la frase, y en la repeticion de tres veces *aunque*, y dos veces el articulo, *el*, y otras dos el pronombre *él*, concluyendo el período con este ingrato é insonoro monosílabo. ¿ Quien creyera que asi hablase Fr. Luis de Granada ?

Otras veces el demasiado esmero en acicalar y aliñar las frases enerva y afemina la oracion; unas veces por afectar pureza y correccion, y otras por ostentar cultura y harmonía, que son partes constitutivas de la elegancia. En todo estilo debe reynar la mediocridad, porque en toda oracion *nimia humilitas vitanda*, y la elegancia, *nunquam spernenda;* mas no con la afectacion con que algunos la usan en estos tiempos, que creen enriquecer y mejorar su lengua sacandola de su dialecto y genio.

De este abuso se quexava tambien en su tiempo Lope de Vega, respondiendo á una dedica-

toria del Lizenciado Francisco de las Cuevas, donde dice: " Quiere Aristóteles, y quiere la
" naturaleza, que todas las cosas en llegando á
" su proprio lugar reposen; pero en muchos,
" que á la ambiciosa curiosidad llaman cultura,
" no le halla nuestra lengua, y por esto pere-
" grína hasta llegar á bárbara. La extrañeza y la
" peregrinidad deleytan á la ignorancia, y la
" verdad al entendimiento. Pero hay hombres
" que se burlan de la naturaleza como Diógenes,
" quando en tiempo frio se abrazó con una es-
" tatua de bronce. Con fundamento piensan
" muchos que debe de ser defecto de letras an-
" dar á buscar palabras, tal vez por baxas, me-
" nospreciadas del uso, y tal vez de la docta
" censura por la vanidad y pompa de su sobérbia:
" curiosa temeridad de muchos, acertada de po-
" cos, y de ninguno admitida."

En otros, la afectacion de harmonía por parecer elegantes, les hace caer en el vicio de aquellos que vuelven á fabricar un ídolo de los adornos del oido, como los Israelitas, que de las arrecadas de sus mugeres é hijas hicieron el vecerro. Otros quieren ser elegantes, sin atender, como se debe, á la correccion y exâctitud, que son calidades esenciales de la *pureza de lenguage.* Lo que se dice, ha de ser puro, ordenado, y acomodado á las cosas de que se trata: llámo puro lo que es propio y natural de la lengua en que se habla ó escribe, sin lo qual no hay correccion.

Esta nace de la observancia escrupulosa de las reglas gramaticales, y de las palabras que el uso autoriza. La *exâctitud* consiste en evitar las expresiones y voces antiquadas, las cláusulas truncadas ó no bien cerradas, y la frase y transposicion de los poetas, que dislocan y cortan el enlace de las palabras, cuya licencia, necesaria para el número y la rima, no es permitida á la prosa.

La *correccion* comprehende tambien la adequada coordinacion de las palabras, y el enlazamiento natural de las expresiones que componen el hilo y sucesion de las ideas. Estas calidades forman la *construccion* en general, que es la forma exterior de la oracion; de suerte que toda violacion de esta regla, tan necesaria para la clara y limpia locucion, se llama *solecismo*. Pero aunque se considera la correccion como una de las virtudes principales de la elocucion, no debe el perfecto orador hacerse tan esclavo suyo que llegue á amortiguar el espíritu y energía de una sentencia. Si es vicio el ser incorrecto, tambien lo es el ser frio; y mas vale en ocasiones faltar á la gramática que á la eloqüencia, esto es, que es menor defecto ser inexâcto que lánguido.

Es prenda preciosa de la elegancia la fluidez, aquella corriente carrera de términos blandos y sonoros, y cadencia grata de cláusulas donosas y llenas. Sería no tener oido ni gusto no reconocer lo flúido de los siguientes exemplos. Oyga-

mos al P. Márquez, quando dice: *sería negar, no solo la costumbre, sino la naturaleza, no conocer que las mugeres virtuosas siempre hicieron pundonor de no borrar las lágrimas de la viudez con las galas del segundo matrimonio.* Regalada es la fluidez de esta elegante pintura de Miguel de Cervantes, que empieza de esta manera: *Convidábale la soledad del camino, y la sabrosa harmonia de las aves, que yá comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar al venidero dia.*— Entre otros modos de decir elegantes, la dulzura y fluidez de la diccion ¿ qué delicadamente suenan estas cláusulas de Fr. Luis de Granada hablando con Dios? *¡ ó dulcisimo amador de las almas limpias ! ó dulzedumbre mia santa, esperanza mia segura, caridad mia perfecta, vida mia eterna, alegria y bienaventuranza mia perdurable !*

Otro exemplo añadirémos que envuelve, en la variada textura de la composicion, pureza, correccion, número, harmonia, realzando la hermosura de la elegancia con el resplandor y gracia del estilo metafórico. Es el mismo P. Marquez, quien, hablando de la música, dice que se debe ir con mayor tiento en oirla, por quanto tiene mayor jurisdiccion sobre nuestros afectos: *Es el natural del hombre tan adelantado, que siempre quiere ir ganando tierra en el deleyte, y asi es menester quedarse algunos pasos antes de la raya; que el que llega á lograr lo lícito, á pique está de caer en lo vedado. Y asi, como se entra la golo-*

sina á sombra de la necesidad, viene á ser incierto el medio de la templanza, que el de la justicia no lo es: y de esta incertidumbre se aprovecha el deleyte para colorear con capa de virtud el exceso de su regalo.

Pecan, pues, contra esta gracia de la diccion aquellos escritores, que suelen enredar el texido de las cláusulas con una construccion dura é ingrata al oido; las unas embarazadas con artículos ó partículas superfluas, ó repetidas; y las otras, dislocadas ó desatadas entre sí sin consolidar los miembros del período, ni suavizar los cortes de las transiciones con aquella natural trabazon de las cópulas conjuntivas, ó disyuntivas.

Son absolutamente inelegantes las sentencias cuya composicion carece de tersura y limpieza, es decir, en cuya estructura el autor no ha tenido el cuidado de castigar la frase, del modo que el jardinero chapoda un arbol vicioso, entresacandole las ramas superfluas, y las varas inútiles que le ahogan. ¿Quanto desaliño y negligencia hay en esta arrastrada y floxa oracion? *Luego que esté bien labada la cuba, y que se haya raspado, será del caso que se prepare, tomando un lienzo que se haya empapado bien en azufre.* Esta composicion difusa, embarazada y fastidiosa, puede quedar pura, limpia y sucinta, recortandola de esta manera: *Luego de bien labada la cuba y raspada despues, convendrá prepararla con un lienzo bien empapado en azufre.*—Ponga-

mos otro exemplo de falta de correccion y limpieza: *Para esto no hay mejor medio que el que se ha indicado arriba.* Con menos rodeo y menos palabras se diria: *El mejor medio para esto es el arriba indicado.* Con esta operacion se cortan seis palabras embarazosas *no, hay, que, que, se, ha.* Traygamos aqui otro exemplo para pasarle despues el hacha y la llana: *Siempre se ha de procurar evitar que se pueda jamas introducir el luxo,* pudiendo decirse limpiamente: *evitemos siempre que se introduzca el luxo;* ó bien *la introduccion del luxo.*

Entre los vicios mas comunes contra la limpieza y fluidez que pide la elegante oracion, es la repeticion desagradable de unas mismas voces, ó de unas mismas terminaciones, ya de partículas, ya de preposiciones, ya de adverbios, ya de infinitivos, ya de gerundios, &c. Exemplo de particulas: *Por*que, *aun*que *se sabe* que *es preciso* que *el hecho* que *se cuenta ha de tener lo* que *llamamos verosimilitud.* En esta oracion imperfecta ofenden al buen gusto y al buen oido seis ingratas repeticiones del *que,* las quales desaparecerían, ó se modificarian, ceroenandolas, ó envolviendolas dentro de la frase, mudada su extructura de esta manera: *Y, si bien se sabe que el hecho que se cuenta debe tener lo que llamamos verosimilitud.* Aun tiene mas fácil composicion esta dura y desaliñada oracion: Por *fin, ¡ cómo un arte* por *sí tan útil que ha sido* por *tantos siglos cultivado* por *un número tan grande de hom-*

bres, no se halla por *esto mas adelantado!* En esta corta admiracion admira tanta negligéncia, pues se repite cinco veces el sonido del *por*, que se podria templar ó cortar diciendo asi: *En fin ¿cómo un arte de suyo tan útil, que ha sido tantos siglos cultivado por un número tan grande de hombres, no se halla con todo mas adelantado!* Exemplo de infinitivos repetidos: *Estas son las calidades, que ha de tener para poder ser perfecto, y para no dexar ignorar lo que se haya de hacer.* El escribir con este desaliño, es mas que ignorancia, pues toca ya en estupidez.—Exemplo del fastidioso sonido de los gerundios: *Esto se puede conseguir yendo llenando lo vacío y vaciando lo lleno.*—Exemplo de preposiciones y pronombres repetidos: Si sin *reflexîon se considera que* si se *omitiera esta precaucion,* se *rompiera* con *el ayre que* se *soltase.*—Otro: *dió* á *conocer* á *la Europa* á *que grado ha llegado la física.*

Es de grande auxîlio, para evitar el desagradable sonido de los pronombres *el* y *ella*, *aquel* y *aquella*, *este* y *esta*, el buen uso de los posesivos y relativos *suyo* y *suya*, *cuyo* y *cuya*, y de los adverbios de lugar *donde, aqui, allí,* con lo qual se estrecha mas la frase y se fortifica. Dícese sin cuidado: *Descubrieronse los hipócritas, y las artes de ellos,* pudiendo haber dicho, *y sus artes.*—Otro dice: *Las minas del pays son la principal riqueza de él,* pudiendo haber dicho *son su principal riqueza;* ó aun mejor, *la principal riqueza del pays son las*

minas.—Otro: *Este territorio en que el clima es muy frio,* pudiendo haber dicho *donde el clima,* ó *cuyo clima.*—Otro: *Era un castillo que no pudo apoderarse de él el General N.* Diríase mejor, *del qual no pudo apoderarse;* y aun mucho mejor, *que no pudo tomarlo el General N.*—Otro: *Es un antiguo hospital del que fué fundador el Rey N.:* Dígase con mas soltura, *cuyo fundador fué el Rey N.*

Sobrados exemplos me parece haber presentado para manifestar la atencion y cuidado con que debe proceder todo escritor que aspira al nombre de eloqüente, y la necesidad de no olvidar las primeras reglas del arte para producir con limpieza, claridad, y precision sus conceptos. Y si bien muchos de estos preceptos los tiene prescritos la gramática, los modos de executarlos solo la retórica lo enseña; menos quando el mismo escritor que nos vende la doctrina como suya ó agena, cae torpemente en los vicios que se propone reprehender. Asi se lee en la traduccion castellana de los oficios de Ciceron Cap. XX. del libro I. por Francisco Támara, donde en una breve y sencilla oracion de quatro líneas, se repiten quatro terminaciones en *ente,* y tres de ellas en *mente,* para mayor tormento de los oidos. Dice, pues, de esta manera: *Por esta misma razon, el hablar copiosamente, con tal que sea prudentemente, mas excelente cosa es que darse á la contemplacion agudamente sin eloqüencia.* No

menos descuidado y fastidioso es otro lugar de la traduccion de Blair, en la Leccion VII. del tom. I. pag. 163, donde continuando el mismo desaliño se dice: *Quando las naciones del Norte, que inundaron el imperio, llegaron á moderar el lenguage, abandonaron su lengua.*

Aqui podriamos tratar de otro vicio contra la elegancia, y es la repeticion de una misma palabra dentro de oraciones muy unidas, ó muy cercanas, como se puede leer en la pag. 161 del citado tomo y Leccion, en que se dice: *Es muy corta esta libertad en comparacion de la que tenian las* lenguas *antiguas. Las* lenguas *modernas varian tambien unas de otras en esta parte. La* lengua *francesa es entre todas la mas determinada.* Si la traduccion es literalmente ajustada, debemos inferir que el Maestro Blair no tuvo tino, ni su traductor oido. Dexo, por no bien entendido, aquello de *determinada,* que suena á lengua atrevida, suelta, desatada.

Si la repeticion en períodos separados es tan fea y mal sonante ¿que será dentro de una misma sentencia, ya sea de nombres, ya de pronombres, ya de preposiciones, &c.? Sea el primer exemplo de este género una oracion entera de un autor censurado por el mismo Blair justisimamente, que está concebida de esta manera: *A esto sucedio aquella licencia que inficionó la moral, no pudiendo ésta mejorarse por* aquellos *que entonces componian la Corte, ó por* aquellos *que for-*

maban los partidos, ó por aquellos *que manejaban los negocios en* aquellos *tiempos calamitosos*. Pero ¡ quien creerá que en la misma obra en que se dan lecciones contra estos vicios, que son de bulto para qualquiera racional que tenga ojos ú orejas, se cometen iguales faltas no alcanzando la paciencia para contarlas! Bastará decir para confusion de nuestra vanidad, ó sea sobrada confianza de los que nos atrevemos á enseñar á los demas, que apenas acaba Blair de censurar el exemplo anterior, quando añade, ó le hace hablar asi su traductor: Este *autor es el que habla sobre* esto *de* esta *suerte*. Pero en la Leccion II. tom. I. pag. 25, echaron el resto no sé qual de los dos, repitiendo quatro veces la preposicion *sobre* dentro de una sola proposicion, que empieza y acaba asi: *Nos podemos convencer de esta verdad con solo reflexionar* sobre *la inmensa superioridad que la educacion dá á las naciones civilizadas* sobre *las bárbaras, y* sobre *la que en una misma nacion tienen los que han estudiado las artes liberales* sobre *los hombres rudos*.

Si en las obras publicadas para enseñar á la juventud el arte de bien hablar, se encuentran tan escandalosos tropiezos ¿como enmendará sus yerros, ó sobre qué dechado se formará el incauto lector que compra libros tan á ciegas, como el que compra melones! Y es empeño bien donoso que en la citada obra empléee el traductor casi la mitad de un tomo en sacar á la

vergüenza los defectos verdaderos ó imaginados de nuestros Marianas, Leones, Cervantes, Argensolas, Saavedras y Solises, en cuyos escritos no se propusieron dar lecciones de retórica á la nación; bien que sobrén exemplos de eloqüencia para los españoles agradecidos por desengañados.

ARTÍCULO I.

ELOQÜENCIA DE LOS CONCEPTOS.

Como el estilo en general puede considerarse baxo de dos respetos diferentes, ya por el modo mas ú menos feliz de expresar los pensamientos, de que ya hemos tratado; ya por el de concebirlos y declararlos juntamente; lo analizarémos aqui en este último sentido.

Para escribir bien es necesario amueblar la memória de una infinidad de ideas accesorias al asunto que se trata; y en este concepto solo carece de estilo el que carece de ideas. Por esto vemos á muchos autores que escriben con excelencia en un género, y en otro con infelicidad; no porque ignoren el ayre de la frase, ni la correccion del lenguage en general, sino porque se hallan desnudos de ideas en aquella materia.

Los conceptos son el alma de las sentencias, las voces su cuerpo, y la elocucion su vestido para hacerlas mas visibles ó mas hermosas. Entonces, pues, las expresiones mas brillantes, si carecen de sentido, que es el alma, no vienen á ser sino vanos é insignificantes sonidos. Al contrario, un pensamiento puede ser sólido y grande, aunque le falte la gala de los adornos, porque lo verdadero, de qualquier modo que se presente, siempre es de mucho precio. Asi, quando el orador ponga algun cuidado en las palabras, sea despues de haberlo puesto en las cosas, porque aquellas no pueden ser proprias ni exâctas, si no nacen del mismo obgeto que han de representar.

De la verdad en los pensamientos.—La primera y fundamental virtud de los pensamientos ha sido siempre la verdad: pues sin ella los mas espléndidos y elevados, ó que lo parecen, son intrinsecamente viciosos. Y como las ideas vienen á ser las imagenes de los obgetos, del modo que de las ideas lo son las palabras; y por otra parte solo se llama fiel el retrato que se semeja al original; todo pensamiento se llamará verdadero quando represente las cosas tales como son en sí mismas.

Aunque la verdad es indivisible, los pensamientos pueden ser mas ó menos verdaderos segun la mayor ó menor conformidad que guarden con las cosas. La entera conformidad constituye lo que llamamos exâctitud de la idea con el objeto,

como la de un vestido perfectamente ajustado al cuerpo. Asi pues, todo pensamiento ha de ser verdadero, contemplado por todos sus aspectos, y exâminado desde todas las distancias.

El pensamiento que solo quadra con la cosa por el lado que la toma el autor, y á una distancia remota, nunca será solido por que necesariamente ha de falsear por alguna parte. Hay pensamientos que deslumbran á primera vista por el ayre de verdad que les comunica la gravedad de la frase; pero exâminados de cerca, desaparece su enfático concepto como el humo.

Para dar una prueba de quan sugetos están á caer en error aun los ingenios mas eminentes, citaré aqui algunos exemplos en que la moda del estilo sentencioso y emblemático corrompió la sencilléz de la verdad: *Nace el valor, no se adquiere: patrimonio es del alma.* Asi principia una obra de mucha y bien merecida fama. Este pensamiento es falso á los ojos de quien busca la verdad, cerrando los oidos á la severidad de las palabras. En primer lugar el hombre nace cobarde, porque nace endeble, imbécil, é ignorante. La experiencia de sus propias fuerzas, de su habilidad, ó de su fortuna en los peligros, le da confianza, y de esta nace el valor: asi la ventaja del soldado veterano al bisóño no consiste en otra cosa. Ademas la necesidad hace tambien al hombre valiente: tal defiende con intrepidéz su casa, qué no asaltaría la agena. Hay héroes

que fueron cobardes la primera mitad de su vida, y valientes la otra mitad. ¿ Donde está, pues, el valor innato ? ¿ Que consideraciones no podriamos hacer sobre esta y otras muchas sentencias magistrales que cien escritores estampan ciegamente, y mil lectores adoptan sin reflexîon!

Es cosa muy comun oir decir en los elogios de personas ilustres por su alcúrnia: *Sus generosas acciones eran hijas de la sangre que corría por sus venas.* Para que esta sentencia fuese verdadera, sería menester exâminar antes: 1. si todos los nobles obran generosas acciones: 2. si los plebeyos son incapaces de obrarlas: 3. si la sangre del mas empinado señor se diferencia de la del cabrero: 4. si la sangre en el uno y en el otro puede influir en la moralidad de las acciones humanas: 5. si la sangre puede recibir en sí misma honor ó infamia: 6. si la nobleza es otra cosa que una distincion civil, y nó una calidad física, ó moral inherente al indivíduo: 7. si el concepto de la nobleza se hereda de otro modo que por la pública opinion, y por la memoria que de ella conserva el que la goza: 8. si quando la nobleza fuese una virtud, no siendo sino el premio de ella, las virtudes se propagan en las familias, y se propagan por generacion: 9. si el noble es veráz, justo y generoso por ser lo que suena, y no porque se acuerda que necesita de estas buenas prendas para no perder el aprecio de su estado: 10.

si la buena opinion que formamos de la conducta de los nobles se funda en otra cosa que en la suposicion de una crianza superior á la de la plebe. ¿Quien no vé, pues, que semejante concepto no tiene mas valor que el de una metáfora quando mas; y que las metáforas valen menos de lo que suenan?

Hay otros pensamientos que cansan y fastidian por demasiado verdaderos, si se puede encarecer asi; quiero, decir por comunes y triviales, como quando leemos: *Las pasiones ciegan al entendimiento.—La mayor victoria es vencerse á sí mismo. —El oro todo lo puede,* &c.

De lo extraordinario en los pensamientos.— Para que un pensamiento sea relevante, no basta que sea verdadero en todas sus partes; pues muchas veces á fuer de verdadero, es insípido y trivial como hemos visto en los tres últimos exemplos. Es menester que, ademas de la verdad que contenta al entendimiento, encierre alguna cosa que toque el animo por lo nuevo y extraordinario. La verdad es para los pensamientos lo que son los cimientos para los edificios, que hacen su solidéz y firmeza, mas no su magestad y hermosura: porque si al estilo didáctico se adapta la verdad desnuda para la instruccion comun; requiere en el orador é historiador, quando se trata de mover y pintar, un ayre y modo noble y espléndido.

En el siguiente exemplo leemos un pensamien-

to verdadero, pero sencillo y ordinario: *Los pobres romanos vencieron á los ricos asiaticos.* Para hacerle sobresaliente con la novedad y nobleza de la frase, dice un autor: *La pobreza romana pisó los cetros de oro del Asia.* Leemos en este otro exemplo un pensamiento verdadero, pero comun: *La virtud es de todos los puestos.* Este mismo recibe una forma mas excelente, sin perder nada de la verdad, diciendo: *La virtud resplandece igualmente debaxo del pellíco que debaxo de la púrpura.*

Pensamientos extraordinarios por lo nuevo de la imágen son estos, que son tambien del género sublime: *Son los ojos de dios de larga vista, sin tasa de lugar ni tiempo,* dice el P. Marquez en la introduccion á lá Vida de San Geronimo; y en la misma añade: *La malicia del Demonio se iva extendiendo al mismo compás de los siglos.*

El mismo autor, que fué excelente maestro en este género de pensamientos, nos ofrece otro exemplo, que no queremos privarnos del gusto de trasladar aqui. *¿ Como no habia David de juzgar por miserable á Babilonia, si entretanto que se enseñorean del mundo se apodera de ellos la codicia, y antes que manden á sus cautivos obedecen á sus deseos, y andan hechos unos siervos viles, forzados de su ambicion, y remeros de su antojo!* Esta imagen nueva y feliz de los forzados de galera ¡ cómo realza el afan, pena, y sudor de los ambiciosos!

Del ingenio singular de Fr. Luis de Leon, que mostró en este genero de conceptos extraordinarios inventiva, citarémos este pasage, donde dice: que, como por la corrupcion de nuestras costumbres se han hecho compraderas todas las cosas; parécele al que es señor del dinero, que es fuerte, sábio, discreto, y bien afortunado; y añade: *De aqui nace que la altivez, la presuncion, el desvanecimiento, la vana confianza, y el engaño, comen de ordinario y duermen con los ricos.* ¿ Se podía buscar uníon mas estrecha y mas constante entre unos amigos que comer y dormir juntos? Es el último esfuerzo de la expresion metaforica, sin violencia del concepto.

Felicidad, ó mejor, sabiduria, es este acierto de escribir: porque suele acontecer á los muy curiosos de ostentar pensamientos nuevos, que caen en afectaciones baxas ó pueriles: porque del mismo lugar de donde viene el bien, viene tambien muchas veces el mal. Asi es que lo que mas ayuda en algunas ocasiones á la hermosura, grandeza y gracia de la elocucion, esto mismo en otras suele ser causa de lo contrario, como se puede echar de ver facilmente en los hipérboles, y otras figuras de diccion. ¿ No es reprehensible el mismo Platon, quien, hablando de los muros de las ciudades, dice: *Soy del parecer de Esparta, dexarlos dormir en el suelo,* y *no levantarlos?* ¿ No es ridículo el otro pasage de Herodóto, quando llama á las mugeres *mal de ojos?*

De la gracia en los pensamientos.—Donde quiera que se junte el saber con la gracia, y el deleyte con la razon, dice Plutarco, no está sin fruto, ni es vano. Esta gracia, este don tan raro, concedido á Homero y Anacreonte entre los griegos, á Virgílio y Horacio entre los latinos, y á Praxîteles, Rafael, y Corregio entre los artistas, es una expresion dulce y ligera que hermosea al pensamiento quanto mas parece que le oculta. Es cierto encanto que da especial mérito á las obras de ingenio, y que apenas se acierta á definir. ¿ Será lo hermoso, suave, y agraciado que forma lo que se llama *venustidad*? ¿ Será aquel *molle atque facetum* de Horacio, que en el estilo ínfimo es llano y recogido; en el mediocre, mas aderezado y vestido; y en el alto, mas trabaxado y artificioso? Es lo mas delicado de la elocucion, que acrecienta su hermosura y halaga al oyente aun contra su voluntad.

Asi habla un autor moderno de una muger hermosa y sábia al mismo tiempo. *Juntaba todos los embelesos de muger con todos los estudios de hombre; y añadía el mérito quando hablaba de hacer olvidar su hermosura.*—Hablando del Emperador Trajano dice un historiador: *El panegírico de Plinio desluciria el nombre de Trajano, si á fuerza de merecerlo, no hubiese borrado el héroe la flaqueza de haberlo oido.*

Siguiendo este mismo delicado modo de concebir y producir los conceptos, oygamos lo que

dice cierto autor, hablando de un sábio que murió en grande indigencia. *Murió tan pobre que no pudo dexar á sus hijos, sino el honor de haber tenido tan virtuoso padre.*—Para encarecer la virtud y desinteres de un cortesano, dice otro autor, en su elogio: *Tuvo la dulce satisfaccion de haber hecho la fortuna á sus amigos, y la gloria de no haberse acordado jamas de la suya.* Hablando de los favores y mercedes que hacía un gran príncipe, dice Antonio Perez: *Hace las gracias con tanta liberalidad, que abre primero la mano para hacerlas que el que las pide para recibirlas.*

No será fuera de propósito trasladar en este lugar algunos exemplos de nuestro Solis que, en materia de elegancia, en los casos en que se libró de la afectación, es dechado de la culta y delicada frase castellana. Refiriendo algunas circunstancias de la vida privada de Motezuma, continúa: *Asistian ordinariamente á su comida tres ó quarto juglares de los que mas sobresalian en el número de sus sabandijas; y estos procuraban entretenerle poniendo, como suelen, su felicidad en la risa de los otros, y vistiendo las mas veces en trage de gracia la falta de respeto.* Con no menor delicadeza dice en otra parte hablando en elogio de Hernando Cortés: *No necesitó Cortés mucho de su eloqüencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian ya todos alentados, hecho ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.*—Queriendo en otra parte encarecer el

ánimo de Cortés en sus primeras empresas, dice: *Se prometió tanta prosperidad de aquel descubrimiento; que, elevando á grandes cosas su imaginacion, llegó con la esperanza á donde antes no llegaba con los deseos.*—Dice en otra parte de su historia para expresar el amor que merecia de sus soldados: *Ayudaban todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias porque sabía grangear los ánimos con el agrado y las esperanzas, y ser superior á todos sin dexar de ser compañero.*

No son pocos los exemplos que en este género nos ofrecen otros autores nuestros, de quienes copiarémos algunas sentencias para amenizar la materia con la variedad. Refiriendo nuestro Argensola, en la conquista de las Molúcas, la amenaza que hízo un capitan de una galera española en Filipinas á la gente de remo, que era la mayor parte de chinos, de que si no bogaban con mas brio, les cortaría el pelo, dice: *Esto era para los Chinos injuria digna de muerte, porque tienen la honra pendiente de sus cabellos: críanlos cúrados y rubios, y precianse de ellos como las damas de Europa, y peynan en ellos su gusto y reputacion.* Puede perdonarsele al autor el ayre poético de este pasage por lo galano, delicado, y exquisito de la expresion.—Hablando Yepez de los deseos de Santa Teresa de padecer martirio por la fé de Christo, prosigue: *Estos fueron sus deseos, y debieron de ser bien de veras, pues todos los vió cumplidos: porque, aunque no*

fué martir de sangre y cuchillo, fuélo de espíritu, y los trabaxos labraron en ella la corona que en otros labró la espada.—Diciendo el P. Marquez que no es la menor parte de la gloria de un príncipe verse suceder de quien con iguales hombros pueda llevar el peso del gobierno, prosigue: *de modo que no se eche de ver otra mudanza que en ser diferentes las puertas a que llaman los vasallos, y otras las manos en que ven librado su consuelo.* Añade el mismo autor, hablando de la introduccion de tanta profanidad de músicas y bayles deshonestos para inquietar las almas: *Como si nuestra sensualidad no tuviese mas necesidad de freno que de espuelas!*

Concluyamos con aquel gracioso y agudo dicho de Atalo, quien, rogado por Lácides Cirenéo que se fuese á acompañarle en el gobierno de su reyno, prometiendole grandes premios y su amistad, le respondió: *Que se lo agradecia mucho; mas que en ninguna manera saldría de donde estaba, porque los filôsofos son como algunas imágenes que quieren ser vistas de lexos.*

Dionisio Siracusano, aunque parecía nacido para crueldades, todavia se holgaba grandemente con la doctrina de Aristipo Cyrenayco, de cuya agudeza y gracia gustaba mucho. Hizo traer Dionisio tres hermosas doncellas en edad floreciente, para que el filosofo escogiese la que mas le contentase; y este dixo: *Las tomo todas tres: no me suceda lo que á Páris por haber preferido*

una á las otras dos diosas. Concluiremos con un pasage de Lorenzo Gracian que junta la gracia con la novedad. Hablando de las empresas temerarias ó infructuosas, dice: *Casarse, como Carlos Octavo, con la fama á secas, es buscar muger pobre y estéril.*

De lo sublime de los pensamientos.—Por la palabra *sublime* no hemos de entender aqui lo que en la oratoria se llama grandiloqüencia, la qual pide siempre grandeza y alteza en la diccion. El sublime puede encerrarse en una sola sentencia, en una sola imágen, en una sola frase. Asi es que una idea puede producirse con estilo sublime, y no ser por esto sublime: porque solo tiene esta calidad lo que por extraordinario, estupendo, ó grande nos suspende, admira, y arrebata. Y estos efectos son mas de la forma extraordinaria de la expresion; que de la grandeza misma del objeto. Por exemplo, este pensamiento. *El árbitro supremo de la naturaleza con una sola palabra crió la luz,* está en estilo elevado y magnífico; y sin embargo no es sublime, porque no es un modo de decir tan nuevo y maravilloso, que no lo alcanze qualquiera entendimiento. Pero, quando dice Moysés, *Dios dixo hágase la luz, y la luz fué hecha;* ó con mas brevedad, segun la version literal del texto hebréo, *Haya luz, y hubo luz,* el dicho es en todos sentidos sublime, porque baxo de todos aspectos es extraordinario y estupendo.

Cinco son las fuentes que se señalan comunmente al *sublime:* cierta elacion de espíritu que nos hace pintar felizmente las cosas: una gran viveza de afectos y pasiones que se puede llamar entusiasmo, capáz de conmover y perturbar los ánimos; y estas dos lo deben todo á la naturaleza, pues nacen con el hombre. Las otras tres dependen del arte, como son: las imágenes y figuras, manejadas de cierta manera; la nobleza de la expresion; y la dignidad y magnificencia de las palabras.

Y aunque la primera de estas cinco calidades de lo *sublime* es mas bien un don del cielo que una prenda que se pueda adquirir; debemos, en quanto sea posible, criar nuestro ánimo para lo grande, y tenerle siempre lleno é hinchado, por decirlo asi, de cierta elacion noble y generosa.

Esta elacion de espíritu es una imágen de la grandeza del alma; y por esto nos admira el pensamiento callado de una persona á causa de la grandeza del valor que nos representa. Ayax, introducido por Homero en los infiernos, no se digna de responder á Ulises, que le hace allí mil sumisiones. Este mismo silencio encierra mas grandeza que todo lo que pudiera haberle dicho.

Grandeza de los pensamientos.—La primera calidad para producir cosas grandes, es un ánimo elevado; y asi no es posible que el hombre que

ha vivido con hábitos é inclinaciones baxas y servíles, pueda alcanzar jamas espíritu para decir cosas maravillosas y dignas de la posteridad. Asi vemos generalmente que solo á los grandes Varones se les caen de la boca dichos extraordinarios. Oygamos lo que respondió Alexandro Magno, quando Darío le ofreció la mitad del Asia si se deposaba con su hija. *Por mí,* le dixo Parmenion, *aceptaria esta oferta; y tambien yo,* le replicó, *si fuera Parmenion.* Esta respuesta solo podía salir del grande corazon de un Alexandro.

En esta parte es principalmente en la que ha sobresalido Homero, cuyos pensamientos son todos sublimes, como quando describe la discordia, personificandola de esta manera: *Que tiene la cabeza en los cielos y los pies en la tierra.* A la verdad, podemos, decir que esta prodigiosa grandeza que le da es menos la medída de la Discordia que de la capacidad y alteza de espíritu del poeta.

Traygamos á este propósito otro pasage de Homero, en que habla de los hombres; y verémos quán heroyco es quando pinta el caracter de un héroe. Una densa obscuridad habia cubierto repentinamente el exército de los griegos, y no les dexaba pelear contra los troyanos. En este caso apurado, no sabiendo Ayax ya que resolucion tomar, levanta los ojos al cielo y exclama asi: *Gran Dios! Aparta las tinieblas, y pelea*

contra nosotros á la luz del dia. Estos son los verdaderos afectos que se podian atribuir á un guerrero como Ayax. No pide la vida; sería baxeza para un héroe: pide la claridad, para señalar su valor, y hacer á lo menos un fin digno de su gran corazon, aunque sea peleando con el mismo Jupiter.

Comunmente es grande un pensamiento quando decimos una cosa que nos hace ver otras muchas, y descubrir de una vez lo que no podríamos esperar sino despues de una larga lectura. Lucio Floro nos representa en pocas palabras la carrera de toda la vida de Scipion, quando dice de su niñez: *Este será aquel Scipion, que crece para destruir á Carthago.* Parece que vemos un niño que va creciendo, y subiendo como gigante para la grande empresa que algun dia habia de acabar. El mismo historiador nos manifiesta el gran caracter de Anibal, la situacion del mundo, y el inmenso poderío de Roma, quando dice: *Anibal, fugitivo, corría toda la tierra buscando un enemigo al pueblo romano.*—De este mismo Capitan Cartaginés en su última desgracia, dice un escritor moderno: *Anibal, vencido en Zama, viendo su patria aun entera recibir la ley del vencedor, le vuelve la espalda, huye, y va á perecer en Asia.* En esta pintura descubrimos la dignidad de Anibal apartando la vista de un imperio, como un padre de la de su hijo que abandona: vémos la desolacion de Cartago, desamparada

del único ciudadano que podía salvarla. En fin, nos parece ver, no un hombre, sino un gran rio que va á morir en el oceano á mil leguas de su nacimiento.

Estos pensamientos grandiosos nos complacen por aquella curiosidad que tenemos todos de percibir de una ojeada muchos objetos que se enlazan, pues no podemos alcanzar el uno sin desear el otro. Lo mismo sucede en la pintura, donde no gustamos tanto de un jardin regular, como de un paysage, porque nuestra vista apetece siempre extenderse hasta el término mas remoto.

El escritor eloqüente se distingue, no solo en la gracia, delicadeza, y energía de la expresion, sino tambien en la grandeza y valentia de las ideas. Esta dichosa union inmortaliza una obra: porque un idioma, ademas de que insensiblemente se envejece, las locuciones mas pulídas y selectas pasan á ser comunes, perdiendo con el tiempo, que muda los gustos y las costumbres, aquella fuerza y frescura de colorido que las hacia agradables. Pero, como la grandeza de los pensamientos es de los hombres de todos los tiempos y payses, lo es tambien de todas las lenguas, y por eso puede, pasando de unas en otras, sufrir una fiel traduccion.

Las obras que han de pasar á la posteridad deben fundarse mas en la eleccion y grandeza de las ideas que en lo hermoso y escogido del estilo. Las que estan adornadas de estas últimas pren-

das, podrán conseguir un aplauso mas pronto, pero menos general; mas brillante, pero menos duradero. Y es la razon, que como casi todos los hombres mas han sentido que visto, y mas han visto que reflexîonado; á la mayor parte de ellos les conmueve mas la hermosura de una expresion que la profundidad de un pensamiento. Por esta razon en todas las naciones la edad de los poetas precedió á la de los oradores.

Entre los pensamientos propios para agradar á las personas de todos los tiempos y payses, se cuentan las imágenes y las ideas que se admiran en ciertos pasages de Homero, de Virgilio, del Taso, &c. donde estos eminentes escritores no se ciñen á la pintura particular de una nacion ó de un siglo, sino del género humano.

De los últimos romanos en el siglo VI. habla asi un moderno historiador, haciendo resaltar la pintura de su nada con la grandeza hiperbólica del contraste. *Los romanos* (dice) *en este tiempo, cargados con la pompa de sus títulos, y vacios de gloria y de vigor, no eran mas que la sombra de sí mismos.*

Si se desea la guerra, dice el P. Marquez, para engrandecer el estado, vienese á caer en manos de la codicia; hidropesia insaciable de los conquistadores; y añade por exemplo: *Como sucedió á Roma, que impaciente de ver señorio en otras manos, llegó á envidiarlo aun en las suyas; y no pudiendo sufrir á otros con imperio, despues de*

habérselo quitado al Africa y á la Grecia, no se pudo sufrír á sí misma, y al fin rebentó de su grandeza.—De la primera guerra púnica dice asi una valiente pluma: *Los Cartagineses, dueños de las costas de Africa, lograron lúego hacer de la Sicilia un puente para pasar á Italia.* ¡Qué grandeza de puente, y qué feliz metafora!

La grandeza de las *imágenes* que brillan en los símiles, roban la atencion universal de los oyentes. Para pintar el último estado de aniquilacion del Imperio de Oriente, dice un historiador: *Solo añadirémos que ya en tiempo de los últimos Emperadores, reducido á los arrabales de Constantinopla, acabó como el Rhin, que, quando se pierde en el oceano, no es mas que un arroyo.*

De estas mismas imágenes y símiles se saca que la grandeza en las pinturas es la causa universal del sublime. En efecto, ya sea el deseo habitual é impaciente de ocupar nuestro ánimo y de levantar nuestro espíritu, ya sea por otra qualquiera causa; experimentamos que la vista aborrece todo lo que la estrecha, que se halla oprimida en las gargantas de las montañas ó en el recinto de altas paredes; y al contrario se complace en una vasta llanura, ya extendiendose por la superficie de los mares, ya perdiendose en un horizonte remoto.

Todo lo que es grande ha de ser precisamente obgeto sublime á nuestra vista, y á nuestra imaginacion, que alcanza á donde no alcanzan los

ojos. Este género de bellezas en las descripciones y comparaciones, es infinitamente superior á qualquiera otra perfeccion, la qual, como dependa, por exemplo, de la exâctitud de las proporciones, no puede producir una impresion tan viva ni tan generalmente sentida. En efecto, si se contraponen á las cascadas que construye el arte, á los subterraneos que excava, á los muros y torres que levanta, las catarátas del rio de S. Lorenzo, las profundas cavernas del Etna, y los enormes peñascos confusamente apiñados en las cumbres de los Alpes ¿quien no sentirá en su alma aquel placer mezclado de asombro que produce esta prodigalidad, esta tosca magnificencia en las obras de naturaleza!

Para convencernos de esta verdad, suba un hombre una noche serena á la cumbre de una montaña para contemplar desde alli el firmamento. ¿Es la agradable simetría con que están distribuidos los astros lo que le arroba? Nada de esto, porque alli ve la via láctea sembrada de un número infinito de estrellas, y mas allá vastos espacios. ¿De donde proviene, pues, la impresion del delicioso asombro que experimenta el contemplador? De la misma inmensidad de los cielos. En efecto; qué idea tan grandiosa no nos debemos formar de esta inmensidad quando innumerables mundos resplandecientes no parecen sino centellas confusamente esparcidas en los espacios etéreos, y á muchisi-

mos apenas los alcanza nuestra vista de tan retirados en los abismos del firmamento! Entonces la imaginacion que se arroja desde aquellas últimas esferas para penetrar hasta los orbes invisibles, forzosamente ha de sumergirse en las profundas é inmensurables regiones celestes, y elevarse el espíritu arrebatado en la contemplacion de tan grande objeto. Por la grandiosidad de estas decoraciones, en que la débil mano del hombre no ha tenido parte, ni osa tocar, se ha dicho en el género descriptivo, que era la naturaleza tan superior al arte, que es lo mismo que decir que los grandes retratos eclipsan á los pequeños.

Tambien en el estilo místico, en que han sobresalido nuestros escritores, hay su grandeza que tiene sus propias fuentes. Tratando el P. Yepez de que en los arrobamientos es en donde el señor descubre al alma los tesoros de su sabiduria y grandeza dice: *Entonces es llevada el alma á la region celestial y de vida, donde reside el Rey de la magestad, donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene ser. Allí están los elementos puros: allí los mineros de aguas vivas: allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Y si comparamos con aquella region aqueste nuestro destierro; no será mas que comparar las tinieblas con la luz purisima; la turbacion y el desasosiego con la paz y descanso eterno.*

Por el mismo estilo místico-sublime consuela el Maestro Avila á una Señora de la pérdida de una religiosa amiga suya que habia muerto en olor de santidad, exhortandola á que deponga el luto y el duelo, con estas palabras: *En bodas está vuestra amiga, ó ataviándose para el dia de ellas, y ningun contento recibirá de veros con ropas de tristeza en las fiestas de su alegria. Sacádola han del lugar de la miseria y del lodo; y de la hez, y de los peligros, trasladandola á la region de la seguridad, donde luce perpétua luz y gozo que sale de la vista de la Divinidad, que, como rio de grande avenida, refresca, harta, y embriaga á los ciudadanos del cielo. Su comida es del arbol de la vida perpétua, y su vestido lumbre y gloria: y su corazon está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios.*

Sin embargo, el movimiento hará mas sensibles las imágenes que su misma grandeza. Estas, por su contínua novedad y sucesion, nos causan una impresion mas viva y mas duradera. Menos nos mueve el mar en calma que una tormenta deshecha: menos el cielo sereno y sembrado de estrellas que iluminado de relámpagos, y cargado de nublados; menos una laguna cristalína que un turbio y raudo torrente que arranca los árboles y arrambla los campos. La accion, y no el reposo, constituye la fuerza de nuestra alma. En este pielago de la vida, dice un filosofo inglés, por donde navegamos de muchos

modos, la razon es nuestra brúxula, y las pasiones son nuestros vientos. Tampoco Dios se muestra siempre en una perpétua quietud: *el espíritu del señor cavalga en los aquilones, y corre con la tempestad.*

Fuerza de los Pensamientos.—Pensamiento fuerte será siempre aquel que cause la mas viva impresion; y esta puede nacer, ó de la idea misma, ó del modo de expresarla. Asi es, que la idea mas comun, siendo representada con vivas imágenes, puede conmover poderosamente.

Para no confundir los efectos de lo fuerte con los de lo grande, es necesario entender que si la idea grande hace una impresion viva, la fuerte la hace mas viva aun, porque ésta nos toca mas de cerca. Los axîomas del Pórtico y del Lycéo, importantes á todos los hombres, y como tales á los atenienses, no hacían, sin embargo, en estos la misma impresion que las harengas de Demóstenes. A los oyentes siempre les conmoverán mas las ideas mas conformes á su situacion presente, y por eso mismo mas interesantes, que aquellas que, por ser grandes y generales, miran menos directa é inmediatamente al estado y circunstancias en que se hallan los hombres. Por esta causa ciertos rasgos de eloqüencia de la antigüedad, que entonces encendian los ánimos, y algunas oraciones vehementes en que se controvertia la suerte del pueblo y los intereses de la república, no logran una aceptacion tan general

como los descubrimientos de lós políticos y filosofos, que convienen á todos los tiempos, á todos los hombres, y á todos los gobiernos. Asi pues, solo decimos que una proposicion es fuerte, quando se trata de un obgeto que nos interesa. Por la misma razon no damos este nombre á las demostraciones de geometría, porque no tenemos un interés, ni corremos ningun peligro, en no creerlas.

Quando se trata de imágenes ó descripciones para herir la imaginacion, lo fuerte, asi como lo grande, no deben presentar sino obgetos magníficos. Las cosas que son pequeñas por sí, ó que se hacen tales por comparacion con las grandes, apenas nos hacen impresion. Todas las fuerzas y robustéz de Hercules desaparecen, si le pintamos al lado de Briaréo que, poniendo una montaña sobre otra, pretende asaltar los cielos.

Mas, aunque lo fuerte es siempre grande, lo grande no es siempre fuerte. Figuremos con pincel poético una decoracion del templo del sol, del hymenéo de los dioses, ó de la region estrellada; podrá ser magnífica, magestuosa, y aun sublime; mas nunca hará una impresion tan viva como la pintura del negro tártaro. El quadro de la *Gloria* de Miguel Angel asombra menos la imaginacion que el de su *Juicio universal*, y es la razon, sin duda, de que quando se busca lo terrible, el ingenio no tiene la misma necesidad de inventar: el infierno es siempre bastante es-

pantoso por sí mismo. Luego, parece que lo fuerte es lo grande unido á lo terrible. Pero, como no podemos comunicar nuestras ideas, sino por medio de las palabras; si la fuerza de la expresion no corresponde á la del pensamiento, por fuerte que este sea, siempre parecerá débil y lánguido.

Para causar una impresion fuerte, es necesario que el pensamiento se vista de una imágen que, ademas de su ajustada conveniencia, sea grande y no gigantesca, y noble, mas no hinchada.

Del tiempo de las guerras civiles de Roma así habla un historiador: *Entonces fué menester arrancar á las provincias la sombra de libertad que les habia quedado, y entregarlas á los Pretores, estos tigres sedientos de sangre y de rapiñas, precisados á volver á la patria cargados de crímenes y tesoros.*—Del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo por los Europeos escribe otro esta admirable reflexîon. *¡ Qué antiguo hubiera jamas imaginado que un mismo planeta tuviese dos emisferios tan diferentes, que el uno habia de ser subyugado, y como tragado por el otro, despues de una serie de siglos que se pierden en las tinieblas y abismos de los tiempos!* Del tremendo dia del Juicio final habla un eloqüente escritor con esta grande y fuerte expresion. *¡ O Señor Eterno! En el último dia de los siglos quando se rasgará el velo del firmamento; quando tu brazo invencible detendrá el sol en su carrera;*

quando, resuscitadas del polvo todas las generaciones, dependerá el destino eterno de los hombres de una palabra de tu boca ¡podrémos ver sin espanto las agonías de la naturaleza moribunda!

La excesiva grandeza de una imágen muchas veces hace ridículo al pensamiento, y siempre causa una impresion débil: porque apenas habrá hombres de tan exâltada imaginacion que puedan representarse los Alpes, brincando como venados.

Novedad de los pensamientos.—Otras veces sacan los pensamientos lo sublime no de la grandeza ó fuerza de la imágen, sino de su novedad, que sobrecoge nuestro ánimo contra toda expectacion. No estando apercibidos, recibimos la herida sin resistencia del entendimiento, ni de la voluntad.

La resurreccion de la carne es representada por un orador con esta nueva y breve imágen: *El sepulcro restituirá su presa.*—De un privado, caido y perseguido, dice otro: *Prófugo de Corte en Corte, parece que llevaba la persecucion atada á su sombra.*—De un monarca sábio y amante de los sábios, dixo otro: *Este es el primer rey que hizo sentar la filosofia en el trono.*—A los hombres asidos á las cosas terrenales, les dice un orador: *Salid del tiempo y aspirad á la eternidad.*—Para ponderar la grande antigüedad de Egipto, asi se explica otro: *En las pirámides de Egipto toca el viajero los primeros siglos del mundo..* De un an-

tiguo General, mas dedicado á las letras que á las armas, dice otro: *Hombre que no entendía de guerra, criado siempre á la sombra de la filosofía.* —Un astrónomo, hablando de la revolucion de los astros, de las estrellas mas remotas de nuestro sistema, y del tardo período de los sistemas juntos, se explica de esta manera: *Estos tiempos son tan largos, son tan cercanos á lo infinito, que se les podria llamar momentos de la eternidad.*— Dice un eloqüente escritor político hablando del despotismo de los Estados del Asia: *En toda la historia de los pueblos de oriente no leemos un rasgo de un ánimo libre, sino el heroismo de la esclavitud.*

Toda la fuerza del sublime en estos pensamientos nace de la novedad de la expresion, esto es, de casar ciertas palabras que jamas habiamos visto juntas. Por exemplo: la *presa del sepulcro: salir del tiempo: atar la sombra: sentarse la filosofía: tocar los siglos* como con la mano: la *sombra de la filosofía* como si fuese la de un arbol frondoso: *dar momentos á la eternidad, y heroismo á la esclavitud.* Todas estas metafóricas expresiones no pueden dexar de sorprehender por lo nuevo y extraordinario.

Variedad en los pensamientos.—Hay otra clase de pensamientos que, ademas de lo grande, fuerte, y extraordinario, toman un gran incremento con la variedad de imágenes, mayormente en las pinturas y descripciones. Si, por exem-

plo, la vista de un mar sin límites es mas agradable que la de una grande laguna, es porque la mayor extension aumenta el placer, causando una impresion nueva.

Es, á la verdad, hermoso y plácido este grande expectáculo; pero la uniformidad continuada de su planicie, de su color, y de su constante sosiego, llega luego á enfadarnos. Para dar variedad y movimiento á esta pintura, se le añadirán nuevos accidentes que la hagan sublime mas y mas. Si la tempestad personificada vuela en alas del aquilon envuelto en negros nublados, y precipitandose desde el Austro lleva arrolladas por delante las líquidas montañas del oceano ¿ quien duda que la sucesion rapida y variada de los formidables aspectos que presenta el trastorno de las aguas, no cause impresiones nuevas en nuestra imaginacion? Y si, para aumentar el horror de la tempestad, se añade la obscuridad de la noche, y las montañas de agua, cuya cumbre cierra al horizonte, se iluminan de repente con la repetida reverberacion de los relámpagos; este mar tenebroso, trocado en un instante en otro mar de fuego, formará por esta variedad, unida á la novedad y grandeza, una de las pinturas mas propias para asombrar nuestra imaginacion.

En el género descriptivo es gran primor del arte no presentar á la vista sino obgetos en movimiento, hiriendo muchos sentidos á un tiempo si es posible. Por exemplo: el bramido de las

olas, el silvido de los vientos, y el estallido de los truenos, han de aumentar en nuestro ánimo un secreto terror, al mismo tiempo que nos llena de una curiosa admiracion y deleyte la vista del mar embravecido.

ARTÍCULO II.

DEL ESTILO ORATORIO,

Considerado en sus tres géneros.

Tres embaxadores enviaron los Atenienses á Roma para alcanzar remision de la pena de 500 talentos que se les impuso por haber destruido la ciudad de Oropo, que era de la jurisdiccion romana. Cada uno de ellos oró de por sí en el Senado clara y copiosamente. Y como todos tres eran filósofos de sectas y doctrinas diferentes, mostraron á los romanos tres maneras de perorar, de que hasta entonces no habian tenido noticia, y las texieron con vário estilo, á exemplo de Homero que atribuye á Ulises oracion copiosa, á Meneláo corta, y á Nestor mediana. Imitaron tambien en esto á tres provincias de Grecia, porque los Asiáticos eran abundantes y pomposos, los Aticos recogidos y sosegados, y los

Rhodios guardaban un cierto medio, asemejandose antes á Eschînes que á Demóstenes, ó á Hierocles, y á Monocles, quienes, á dicho de Ciceron, fueron dos hermanos, principes de los oradores asiáticos.

De los tres sobredichos embaxadores, el primero que peroró fué Carnéades, académico, y usó de oracion copiosa con magestad y grandeza: el segundo, Diógenes, estoyco, el qual habló con palabras sencillas, aunque con sabiduría agraciada y sutíl; y el tercero, que era Cratiláo, peripatético, usó de estilo mediano, aprovechandose de los otros dos con moderacion. A todos tres respondió de repente el Senador Celio, el qual con su pronta agudeza de ingenio los imitó de tal suerte, que no menos admirados quedaron los tres filósofos que todos los senadores.

Dionisio de Halicarnaso divide en tres clases los caractéres generales del estilo, con los nombres de *austero*, *florído*, y *médio*. Distingue al primero por su energía y robustez, en que tiene poca parte la suavidad y el ornato, y pone por modelo á Tucidides entre los prosistas: al segundo, por su ornato, fluidez, y dulzura, en que campea mas el número y la gracia que la energía, señalando por exemplo á Isócrates entre los oradores: y al tercero, como que participa de los otros dos, y de sus virtudes.

Ciceron y Quintiliano dividen tambien el estilo en tres géneros segun sus diversas calidades

y son el *sencillo*, el *grave*, y *el medio*. Los mas de los retóricos han adoptado despues este sistema, dandole diferentes interpretaciones é ilustraciones á cada una de las tres clases. Llaman al *sencillo* ténue ó sutil; al *grave* vehemente y levantado; y al *medio* templado.

Clasificadas retóricamente estas diferencias de decir, se señala comunmente al género *ténue* para el estilo epistolar, para los libros de entretenimiento y donayre, y para los asuntos doctrinales donde, aunque se traten cosas sutiles y agudas, para mayor claridad é inteligencia de lo que se disputa y enseña se tratan con palabras comunes y ordinarias, claras y significativas. El segundo género, que es el grave ó vehemente, se ha de tratar con lenguage levantado, ilustre, y artificiosamente adornado. Si para el primero bastan la gramática y la dialéctica, para este es necesaria la eloqüencia. Este estilo resplandece en los panegíricos, harengas, y razonamientos sérios, y en las composiciones heroycas. El tercer género está entre el ténue y grave; y asi se llama *templado*, porque guarda un medio entre los dos, sin caer en lo humilde, ni subir á lo sublime.

El que escribe ó habla, ha de advertir la naturaleza de las cosas para acomodarse á ella, y considerar que en una misma composicion ó discurso será necesario usar de los tres estilos segun se ofreciere. Asi pues, llamarémos hombre elo-

qüente al que sabe decir las cosas pequeñas con sencillez, las grandes con vehemencia y magnificencia, y las medianas con cierta templanza.

§. I.

Estilo Sencillo.

Este género, cuyo caracter principal consiste en la claridad, precision, y sencilléz, conviene con mas propiedad á la narracion, y á las pruebas del discurso oratorio: porque es un estilo que, desechando toda afectacion y compostura, reprueba generalmente los adornos, y solo admite los simples y naturales. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta naturalidad y pureza en el lenguage, que mas se dexa gustar que conocer, forman su hermosura, modesta y suave, que saca su mayor realce de su misma negligencia y poco aliño.

La sencillez ha sido siempre prenda de ánimos generosos; porque obra en ellos mas la naturaleza que el arte; y se muestra mas el hombre que el escritor. No por esto se ha de entender por estilo sencillo una frase incorrecta, grosera, y demasiado humilde, indigna del decoro de la eloqüencia, que se acomoda muchas veces con lo llano, pero jamas con lo plebeyo.

El estilo sencillo, aunque perfecto en su género y acompañado de cierta gracia natural, puede ser mas acomodado para enseñar, probar, y aun deleytar, que eficáz para imprimir afectos grandes de admiracion, ó terror, que constituyen la vehemencia y calor de la eloqüencia. Una hermosura sencilla y natural tendrá su gracia particular, mas nunca poder para arrebatar los ánimos.

El estilo que por su igualdad dexa tranquilo al orador, nunca podrá conmover y encender el corazon de los oyentes; porque, como la persuasion camina derechamente al entendimiento, y la mocion al ánimo, no todos los que se dexan persuadir se dexan conmover. A los primeros se ponen las verdades para que las conozcan, sacando de los principios las conclusiones; y á los segundos, para que las abrazen, sirviendose á este fin del movimiento de los afectos. Las de la primera especie podrán necesitar de pruebas largas y dificiles; mas las de la segunda rara vez las necesitan; y aun entonces han de ser fáciles y breves: porque se nos probará muy bien por principios que una cosa es verdadera; pero, para que la amemos, es necesario hacernos sentir que es digna de ser amada.

No es otro el motivo porque casi siempre nos agrada lo sencillo, sino porque es mas conforme á nuestra naturaleza. Sin embargo es el estilo mas dificil de acertar, porque está precisamente

entre lo noble y lo baxo, y tan cerca de lo último que pide gran tino para no rozarse con el. En la sencillez se cifra bellamente la brevedad, y á esta sienta bien lo grave. Los comentarios de Cesar merecen mucho aprecio por su simple, pura, é ilustre brevedad. A este gran General debieran imitar todos los príncipes y capitanes deseosos de escribir, ó mandar de palabra; porque de él sacarian no solo exemplos de valor y de grandes hazañas, mas tambien doctrina de bien hablar, y aquella sabiduria que, asi como es fundamento de todas las cosas, lo es tambien de la eloqüencia, como dice Ciceron.

El habla y el razonamiento del varon político, que aconseja y manda á la república, no ha de ser aguda, peregrina, galana, ni florída para vana ostentacion; sino simple, grave, y prudente, para persuadir con el peso y verdad de las razones. Oygase la gravedad y sencillez de este trozo de narracion, en que un autor habla de la guerra del último triumvirato, de esta manera: *Lépido queda solo en Roma: Antonio sale con Octavio al encuentro de Bruto y Casio; y los halla en aquellos pasages donde se peleó tres veces por el imperio del mundo. Bruto y Casio se dan la muerte con una precipitacion que no es perdonable; y este pasage de su vida no se puede leer sin compadecer á la república que dexaron asi desamparada.*

Leemos en otro autor político moral este otro exemplo de sencillo, claro, y concíso modo de

narrar, en que se mezcla lo fácil con lo sentencioso: *Entendiendo Tolomeo la venida de M. Caton, desesperado de hallar en él clemencia, se dió la muerte con un tósigo. Sabido por Caton, dióse prisa; y llegado á Chypre, hizo la venganza por avaricia lo que no pudo hacer por ira. Y vendidas en pública almoneda las riquezas y halajas del rey, llevó á Roma el precio cobrado.* ¡Quán grave y afectuoso al mismo tiempo es este trozo de narracion lleno de una noble sencillez que hace mas interesante el asunto; excitando una compasiva meditacion en qualquier ánimo no vulgar! El que así escribe, es un autor nuestro del siglo XVI. poco leido á mi parecer. *Pueblos huvo tambien que por no sufrir servidumbre dieron fin á sus dias antes que rendirse á la clemencia del vencedor. Los Xáncios, desesperados de poder defender su libertad, se mataron los unos á los otros: lo qual, visto por Bruto, dió un gran suspiro, habiendo compasion de la infelice suerte de los que pelean por la patria; y estuvo un gran rato sin hablar palabra, resolviendo quizá en su ánimo la instable condicion de las cosas humanas; ó considerando quan poco venturosos son los que ofrecen sus vidas por la comun libertad.*

En la pintura que hace el Maestro Oliva de la vida campestre se leen todas las gracias de la pura y simple narracion, como se manifiesta en este exemplo: *Los que labran los campos, no son esclavos de los que moramos en las Ciudades, sino*

nuestros padres, pues nos mantienen. Con sus exercicios no sienten el frio, y del calor se recrean en las sombras de los árboles. Desde alli oyen el canto no enseñado de las avecillas, y ellos tañen sus flautas, ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, mas atormentadores de la vida humana que los frios y calores. Alli comen su pan que con sus manos sembraron, dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta; y asi viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no mas conocimiento de las cosas que el que es menester para gozarlas.

En esta composicion la diccion es simple y elegante: los sentimientos afectuosos y suaves; las palabras saben al campo y á la rustiquez de la aldea, pero no sin gracia, porque se templa su rusticidad con la pureza de las voces propias al estilo.

Hay tambien otra especie de estilo sencillo cuya naturalidad saca su vigor y belleza de la ternura de los afectos. Los blandos y amorosos sentimientos se expresan mejor llana y desnudamente que compuestos y vestidos de conceptos y ornamentos: porque el candor y la pureza suplen la falta de la elocucion espléndida. Y no es pequeño trabaxo tratar bien estos afectos sin valerse de los colores y figuras de la oracion, y de la hermosura y fuerza de los epítetos; porque, sin mucho cuidado, corre peligro el que escribe des-

nudó de la exôrnacion retórica de abatirse al estilo inculto y humilde. Oygamos al afligido Priamo echado á los pies de Achîles despues de haber este quitado la vida á su hijo, que le habla de esta manera: *Acuerdate, Achîles, de tu padre que tiene la misma edad que yo, y ambos gemimos con la carga de los años. Ay! tal vez le acometen los vecinos enemigos, sin tener á su lado quien pueda defenderle. Pero si ha oido decir que vives, su corazon se llenará de esperanza y gozo, aguardando el momento de volver á ver á su hijo. ¡ Qué diferencia de su suerte a la mia! Yo tenia mis hijos, y los he perdido todos.... Cincuenta contaba en mi casa quando llegaron los griegos: y el único que me restaba, hoy acaba de fenecer por tu mano al pie de los muros de Troya. Vuélveme su cuerpo, recibe mis dones, respeta á los dioses, y lastímate de mi.... mira á lo que estoy reducido.... No ha habido monarca mas humillado, ni hombre mas digno de compasion. Aquí estoy á tus plantas, y te beso las manos teñidas de la sangre de mi hijo.*

En este discurso no se descubren ni pompa de figuras, ni ostentacion de sentencias, ni afectacion de sentimientos; solo aparecen la verdad, la naturalidad, y la ternura que cada uno sería capaz de hallar como el mismo Homero. En otra parte nos pinta la sagrada Escritura un príncipe en la hora de morir: *He dicho: en medio de mis dias voy á morir, y he buscado el*

resto de mis años. He dicho: no veré mas á mi pueblo; y mis ojos, cansados de volverse hácia el cielo, se han cerrado.

En el estilo sencillo la elevacion y magestad están siempre en el asunto, porque la grandeza del pensamiento dispensa del artificio de una relevante expresion. De aqui proviene que el caracter que predomína en el estilo de los libros sagrados es la sencillez: calidad conveniente á la magestad é importáncia de los objetos. Y si, á pesar de esta sencillez de la Escritura, hay pasages hermosos y brillantes: es evidente que esta hermosura y brillantéz no nacen de una locucion estudiada, sino de la naturaleza de las cosas que alli se tratan.

¡Qué magestad y simplicidad al mismo tiempo no encierra el primer pasage del Génesis *Al principio crió dios el cielo y la tierra!* ¿Qué escritor, habiendo de narrar cosas tan grandes, hubiera comenzado como Moyses? ¿No se conoce que es el mismo Dios quien nos instruye de una maravilla que no le admira, porque es aun muy inferior á su poder? Un historiador comun hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la expresion á la grandeza de la materia; mas la eterna sabiduria lo refiere sin conmoverse.

Al contrario: los profetas que se proponen el fin de hacernos admirar las maravillas de la creacion, hablan de esta grande obra en estilo muy

diferente. Luego dirémos que son las distintas circunstancias que determinan el intento del orador ó escritor, las que deben decidir el estilo que se puede adoptar para tratar un mismo asunto.

Al estilo sencillo pertenece tambien el familiar; y el saber templar la sequedad y seriedad de un asunto con la franqueza y donayre de este estilo, sin faltar al decoro, no es pequeño mérito en un escritor. En este arte fué feliz y discretisimo nuestro inmortal Miguel de Cervantes, y antes de él el Bachiller de Cibdad-Real en su Centon Epistolar, y ultimamente en el reynado de Carlos II. D. Antonio de Solis en su Cartas familiares.

§. II.

ESTILO SUBLIME.

El género *sublime* es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor, y de energía, y el que forma la verdadera eloqüencia, aquella que domína los ánimos, que arranca las lágrimas, que roba la admiracion y los aplausos. Una oracion puede ser elegante, florida, copiosa, y espléndida; y no por esto será eloqüente, porque le falta el espíritu y vigor. Tampoco hemos de tomar por sublime la elo-

qüencia de algunos, tan furiosa, horrible y turbulenta, que mas parece bacanal espíritu que aliento de un ánimo generoso y templado.

No consiste el estilo sublime en una diccion cargada de epítetos ociosos, de frases pomposas, y de palabras altisonantes: esto sería confundir la hinchazon con la grandeza, las galas con la riqueza, y las flores con el fruto. Si por estilo sublime se entiende, como quieren algunos, el adornado y florido; entonces todo el mérito estará en la diccion, y no en las ideas. Corriendo se vendian antiguamente las rosas, porque galas tan cadúcas no permitian asiento. Y si corriendo se vendian; con mas razon los escritores que las compran, podrian correrse de vergüenza. Los oradores graves, no venden ni compran, sino que desprecian, las flores, que mas sirven al afeyte que a la verdad, y aun las que sirven al adorno, se las dexan caer, para sacar á luz á su tiempo el fruto de la doctrina.

No es preciso que en toda una composicion ó discurso domine absolutamente lo sublime, para que tome este nombre y caracter. Basta que el orador mezcle con tal discrecion los tres géneros en los asuntos que corresponden á cada uno, que el sublime reluzca sobre los demas, y nazca del obgeto principal de la oracion; y asi, hablando con rigor, no hay tal estilo sublime, aunque hay sentencias y conceptos que llevan este nombre. Estos consisten en

un modo de pensar elevado, grande, y valiente, hijo de un ánimo noble, arrogante, y generoso. Esta sublimidad es ordinariamente hija de la magnanimidad, ó de la fortaleza. Por esto leemos en los razonamientos y dichos de los príncipes y capitanes de la antigüedad un lenguage verdaderamente heroyco.

Habiendo Eucrátes avisado á Syla que su vida, tan odiosa á innumerables familias romanas, peligraba despues de haber renunciado la dictadura, le respondió el arrogante Syla: *Queda aun mi nombre, y éste basta á mi seguridad, y á la del pueblo romano. Este nombre contiene todos los atentados, yela todos los brazos, y aterra la ambicion. Syla respira aun, rodeado de los trofeos de Chêronéo, Orchómeno, y Signion: cada ciudadáno de Roma me tendrá continuamente ante sus ojos: hasta en sus sueños se le aparecerá mi imagen bañada en sangre, y leerá su nombre en la tabla de los proscritos.*

Valeroso habia sido M. Antonio antes de estar inficionado de los regalos de Egipto, con los quales perdió á sí, á Cleopatra, y á Egipto; aunque despues de vencido se retraxo al interior del palacio real, y envió á desafiar á Octavio de persona á persona. Pero este contextó con esta grave respuesta, llena de arrogancia y desprecio: *Decid á Antonio que hartos caminos tiene para ir á la muerte: que yo, aun no tengo aborrecido el vivir, ni estoy quexoso de mi suerte.*

Oyendo Antígono que muchos reyes se habian coligado contra él para destruirle, dixo con altisima insolencia: *Yo los oxearé á todos con una voz y una piedra, como páxaros que comen en un sembrado.* ¡ Qué comparacion tan sublime por el contraste que hace de lo mas elevado con lo mas humilde, y por la alta idea que presenta de su valor y poder ¡—De un capitan vanaglorioso y atrevido, que mostraba sus heridas á los Atenienses, les dixo Timoteo: *Pues yo, siendo vuestro capitan contra los Sámos, tuve vergüenza de que cayese el tiro cerca de mí, quanto mas alabarme de haber sido herido.* ¡ Qué desprecio de los enemigos, qué pundonor militar, y que burla del herido, no encierra esta corta oracion!

Scipion, padre de Cornelia, muger de Pompeyo, despues de la derrota de Farsalia y muerte del yerno, huyendo con la flota del rey Juba, fue cercado por la armada cesariana. Viendo que su nave estaba entrada y perdída, asentado en la popa se dió una herida mortal; y subiendo uno de los contrarios, le preguntó por el capitan, el qual respondió: *Soy yo, y estoy bueno:* creyendo que le era harta gloria verse libre de pedir misericordia al clemente vencedor.

De gran magnanimidad y nobleza fué aquella respuesta de Alexandro á los embaxadores que en nombre de Darío le rendían gracias por

haberse habido con tanta clemencia, castidad, y humanidad con su muger é hijas que tenía cautivas, el qual habló asi: *Decid á Darío, que la libertad y clemencia que he usado, no la atribuya á su amistad, sino á mi naturaleza; que yo no hágo guerra á mugeres, sino á hombres armados.*

Disputandose un dia en presencia de Filopémenes la materia del valor y fortaleza, algunos alababan á uno de buen soldado, y juntamente de excelente capitan, á los quales dixo: *Yo no sé como alabais de esforzado á un hombre que se ha dexado llevar vivo á poder del enemigo.*

Parece que la esencia de lo sublime, como hemos visto hasta aqui no consiste en decir cosas pequeñas con frases remontadas y floridas, sino cosas grandes con una expresion enérgica y natural: porque lo grande, lo terrible, lo estupendo, debe estar en el asunto, y las circunstancias y accidentes con que se acompaña la buena eleccion y el cúmulo de ellas, ocupan fuertemente el ánimo, y forman toda la fuerza de la expresion. Hegesípo, haciendo un razonamiento al pueblo, en que incitaba los atenienses á la guerra contra Filipo de Macedonia, como uno de los que estaban en el congreso exclamase: *Mueves guerra!* respondió: *Si por Dios; y aun luto, y muertes, y entierros públicos, y epitafios, si queremos ser libres.* En

estas palabras quiso significar que la libertad es bien comprada á qualquier precio. Para encarecer la importancia del asunto, no se contenta con hacer necesaria la resistencia hasta morir, sino con pintar la muerte segura en muchos, con todos los accidentes y efectos melancólicos que hieren á los ojos y al oido; pero sin mezclar cosa ninguna baxa, pequeña, ni afectada, que pueda enervar la fuerza del pensamiento.

Otras veces la brevedad de la expresion da mas sublimidad al espíritu de los conceptos, por quanto aumenta nuestra admiracion lo repentino y no esperado, y nos dexa mucho que discurrir. Mironides que guerreaba contra los de Beócia, intimó á los atenienses que saliesen al campo contra ellos. Pero como ya fuese hora, y los capitanes dixesen que aun no estaban juntos para dar batalla, dixoles: *Aqui están los que han de pelear*; y con los que estaban listos venció á los enemigos. ¡Qué modo tan noble y sentido de reprehender y despreciar á los omisos y negligentes, y tan eficáz de honrar y animar á los que estaban á su vista!—Preguntando uno al rey Agesiláo ¿hasta donde se extendían los términos de Lacedemonia? dixo blandiendo la lanza: *Hasta donde llegáre la punta de esta.*—Preguntandole á Isocrates un orador en un razonamiento ¿quién eres tú, que tanto te ensoberbeces? caballero, peon ó escu-

dero? No le dixo mas sino: *Ninguno de estos soy, mas sí el que sabe mandar á todos.* Oygamos á Asdrubal quien, enviado á Roma para estipular la paz entre las dos repúblicas, y preguntado en el senado ¿por quáles dioses, despues de haber quebrantado Cartágo tantos juramentos, se podria jurar este nuevo tratado? Responde: *Por estos mismos dioses que se vengan tan severamente de los perjuros.* ¡Qué confesion tan expresiva y magnánima de las derrotas y arrepentimiento de los cartagineses!

Si queremos estrechar mas los límites de la brevedad para cifrar en el golpe solo de una palabra todo el efecto repentino del sublime, basta traer aquí dos dichos que deben hacernos tanta mas impresion, quanto se apartan mas del caracter de nuestros tiempos. A un Lacedemonio le preguntó un persa ¿que sabía hacer? *ser libre,* le dixo. A Poro, rey de la India, vencido y preso por Alexandro, le preguntó el vencedor, teniendole á su presencia ¿cómo quieres ser tratado? *como rey,* respondió impávido.

Tampoco lo festivo está reñido con lo sublime, quando la agudeza del dicho nace de la serenidad de un ánimo grande que desprecia con la risa los peligros. Las palabras suenan como chanza; mas la fuerza del espíritu no está en ellas, sino en la ocasion muy séria en que se dicen. A uno que le decia á Leonides,

antes de la batalla contra el innumerable exército de los persas, nos tapará el sol sus saetas; *mejor*, le respondió, *que asi pelearémos á la sombra.* A otro que le dixo temeroso, ya están los enemigos cerca de nosotros, le respondió: *Y nosotros cerca de ellos.* Respondiendo á Xérxes que le escribió, *dexa las armas*, le contextó: *vén tú á tomarlas.* Tenía Agatócles, rey de Sicilia, cuyo padre fué alfarero, sitiada una villa, y algunos de los sitiados le gritaron desde los muros: *Ollero! quando pagarás el sueldo á tus soldados?* Y él, blandamente y sonriendose, les respondió: *quando tomaré la villa.* Asi les reprehendió con buena crianza su groseria, les anunció la servidumbre y saquéo que sufririan en recompensa, y les manifestó la confianza que tenia en conquistarla.

Sublime en las imágenes.—Si lo sublime en todas las cosas, como hemos dicho, hace en nuestro espíritu la impresion mas fuerte, es porque envuelve siempre una afeccion profunda de admiracion ó respeto, nacida de la terribilidad de los obgetos por sus circunstancias ó caracteres.

Y como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos causas diferentes, podemos distinguir aquí dos especies de sublime, el uno de imágenes, y el otro de afectos. Al primero pertenecen aquellas impresiones profundas de admiracion ó secreto estupor, causadas por la grandeza

de las cosas. Asi lo vemos en la naturaleza, donde los obgetos que excitan conmociones mas fuertes, son siempre las profundidades de los cielos, la inmensidad de los mares, los estremecimientos de los terremotos, las erupciones de los volcanes, &c. por razon de las grandes fuerzas que en estas cosas suponemos; y por la comparacion que involuntariamente hacemos de estas fuerzas con nuestra debilidad y pequeñez al tiempo de observarlas. Al contemplar cosas tan formidables por su grandeza, nos hemos de sentir forzosamente embargados del mas tímido y profundo respeto.

Esta es, pues, la causa porque siempre merecerá el nombre de sublime el pincél que nos represente los Titánes en el campo de batalla, y no el que nos retrate las Gracias en el tocador de Venus. En efecto, quando contemplamos los juegos de los amores, sentimos la blanda y regalada impresion de unos obgetos graciosos; mas, quando vemos el continente y brío de los hijos de la tierra, poniendo á Ossa sobre Pelion, tocados de lo grande y formidable de este expectáculo, medimos, sin querer, nuestras fuerzas con las de los gigantes; y convencidos entonces de nuestra imbecilidad, nos sentimos embargados de un secreto terror que nos pasma y complace: efecto tan natural, que los niños, como necesitan de impresiones fuertes que les ocupen los sentidos, son extremadamente curiosos

de cuentos de ladrones, duendes, vestíglos, y otros entes medrosos.

Un astrónomo eloqüente, considerando quan mezquína y poco digna de la magestad adorable del criador parecía la fábrica del universo reducida al sistema de Tolomeo, asi levanta su imaginacion para exâltar la nuestra: *Ensanchémos nuestro discurso retirando los límites del universo. Mas allá del vasto anillo de Saturno, donde millones de mundos como el nuestro se perderian de vista, descubro un espacio infinito sembrado de manantiales de luz. Allí otros orbes mucho mas enormes que el nuestro giran con círculos mayores por carreras mas asombrosas, y con movimientos mas vários. Quanto mas me avánzo, mas me aléxo de los términos del mundo. En vano me húndo en el espacio: millones de cielos me rodean....mi imaginacion se rinde baxo del peso de la creacion.*

Nuestra ignorancia es tambien la que suele causar nuestra admiracion, y la que excita nuestras pasiones; por que el conocimiento de las cosas hace que los obgetos mas asombrosos nos hagan poca impresion. Asi es que las ideas de eternidad é infinidad, que no podemos comprehender, son las que mas nos asombran, porque se queda muy atras nuestra imaginacion. Si lo hemos visto en el exemplo antecedente, con mayor novedad lo mostrarémos en este otro, que es del P. Nieremberg: *Puesto*

uno fuera del mundo en aquel espacio imaginario, en aquel yermo inmenso de la naturaleza, en aquel vacío sin término, en aquella nada solitaria; contemplaría....En esta pintura todo es asombro, porque las ideas de vacío, de espácio, de inmensidad, de soledad, como manantiales del sublime, se hallan aqui reunidas.

Otro eloqüente escritor, que supo juntar la contemplacion de las obras de la naturaleza, con lo mas sublime de la oratoria, hace este apóstrofe á las inteligencias angélicas: *Mundos planetarios, celestiales gerarquias! Vosotras os anonadais ante el Eterno: vuestra exístencia es por él; y el Eterno es por sí. El es quien es; solo él posée la plenitud del ser; y vosotras no poseeis sino su sombra. Vuestras perfecciones son como arroyuelos, y el Ente infinitamente perfecto es un piélago, es un abismo en que el Chérubin no osa mirar.*

Hablando de la resurreccion del Señor Fr. Luis de Granada, para hacer mas maravilloso y augusto su descendimiento á los infiernos, viste con grandiosas y estupendas imágenes las circunstancias de aquel dia glorioso, diciendo: *Los cielos que se cubrieron de luto, resplandecieron viendole salir del sepulcro vencedor. Descendió el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; luego, aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tierra de*

atormentadores tembló con la baxada del salvador. Alli se turbaron los principados de Edon, y temblaron los poderes de Moab, y pasmáronse los moradores de Canáan. La impresion profunda de esta descripcion nace del modo de representar el poder del resuscitado, y de lo obscuro y misterioso del sentido alegórico de las tres últimas cláusulas, porque la obscuridad es otra de las fuentes del sublime; como se experimenta en los templos góticos, cuya luz remisa nos convida á la contemplacion y recogimiento, infundiendonos un profundo respeto envuelto en admiracion.

Mas, quando por boca de Moyses dice Dios, segun la version literal del texto hebreo: *Haya luz y hubo luz,* vemos una imagen divinamente sublime, semejante á otras muchas de los sagrados escritores, los quales, refiriendo con tanta sencillez como frescura los mayores portentos, nos manifiestan quanto les ocupaba la verdad, y quanto se olvidaban de si mismos. Porque, quando se trata de las obras de Dios es sublime el decir que él quiere y la cosa es. Para criar la luz en todo el universo, bastó que Dios hablase; y aun es demasiado, bastó que quisiese; la voz de Dios es su voluntad.

Baxo de otra consideracion es altamente sublime la *imagen* de esta proposicion, porque no puede concebirse pintura mas maravillosa que la del universo repentinamente iluminado. Lo es

tambien con otro respeto, porque no puede dexar de imprimir en nosotros un secreto movimiento de admiracion reverencial, producido de la idea de la omnipotencia del autor de tal prodigio: idea, que nos debe llenar de un profundo rendimiento hácia el criador de la luz.

Tal vez no todos los hombres serán conmovidos de esta grande imágen, porque no todos podrán representarsela con la misma viveza. Pero, si de lo conocido subimos á lo desconocido, y queremos medir toda su magnitud; representémonos la vista de una noche medrosa, cuyas tinieblas aumenta la espesura de los nublados, y que al resplandor momentáneo de los relámpagos veamos los mares, las olas, los campos, los bosques, las sierras, los valles, y el mundo entero desaparecerse, y como reproducirse, en un instante. Si no hay hombre á quien esta imagen no asombre ¡ que terrible impresion hubiera sentido el primero que, careciendo de toda idea de luz, hubiese visto el primer momento en que dió la forma y los colores al mundo!

Baxo de otro respeto esta *imagen* debe gran parte de su valor á la brevedad de la expresion: porque, como queda explicado mas arriba, quanto esta es mas corta, su impresion es mas súbita, y menos prevista; y asi es mayor el asombro. Dios dixo: *Sea la luz y la luz fué.* Todo el sentido de la sentencia se desenvuelve

en la palabra fué, pues como su pronunciacion es casi tan rápida como el efecto de la luz, y no supone sucesion de actos ni de tiempo, hace el mayor efecto que se puede imaginar.

Se quexa el profeta Oséas de que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido por toda la tierra: *y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.* Parece que vemos llover sangre como agua sobre otra agua que acaba de caer, para expresar, á semejanza, de lluvia contínua, la incesante repeticion de maldades. El Profeta Malachîas, reprehendiendo á los hebreos de que repudiaban sus mugeres por casarse con otras mas hermosas, dice: *Las lágrimas de las repudiadas vendaban los ojos á Dios para no ver los sacrificios de los repudiadores.*

Para expresar quan grande ha de ser la constancia y seguridad de los justos en qualquiera tribulacion, dice el P. Marquez: *En medio de las ruinas del mundo se han de sacudir la capa del polvo por el testimonio de su buena consciencia.*

Sublime en los afectos.—Si en lo físico lo grande supone grandes fuerzas, y éstas, como hemos dicho, nos asombran; tambien en lo moral lo grande, esto es, la grandeza y esfuerzo extraordinario de los ánimos, constituye lo sublime. No es Tyrsis caido á los pies de su amante,

sino Scévola con la mano puesta sobre el brasero, el que inspira terrible admiracion. Por esto los dichos de varones soberbios y esforzados producen estos profundos sentimientos de terror. Tal es el efecto causado por la confianza que tiene Ayax de sus fuerzas y valor, quando, envuelto entre las tinieblas con que Jupiter cubrió el campo de los Griegos para proteger á los Troyanos al favor de la obscuridad, levanta los ojos al cielo, y en accion de dolor y desesperacion, exclama: *Gran Dios! vuelvenos la luz del dia, y pelea despues contra nosotros.* No rehusaba morir, pero quería morir como valiente á vista de todos.

Este género de sublime resplandece siempre en ciertos rasgos heroycos de fortaleza, pues nacen del corazon, y no de una reflexîon fria y mesurada. Estos sublimes sentimientos, que proceden casi enteramente de una situacion que los inspire, se declaran con locuciones y sentencias breves y concisas, porque pierden su fuerza quando se convierten en razonamiento. Oygamos á Calístenes, el qual, encerrado en una jaula de hierro, con las narices, orejas, y pies cortados por orden de Alexandro, responde á su amigo Lysimaco que le visitó compadeciendo su desgracia: *Quando me veo* (le dice) *en una situacion que necesita de valor y fortaleza, paréceme que me hállo en mi lugar. Si los dioses me hubiesen echado en el mundo solo para el deleyte*

¿ para que me habrian dado un alma grande é inmortal ?

Sublime fué el dicho de aquel salvage cautivo, el qual, atado á un arbol, no acababa de morir á los repetidos flechazos que le asestaba su vencedor. Impaciente este levantó la espada para quitarle de un golpe la vida; y con libre ánimo le dice el impávido cautivo. *Detente.... prosigue, no te avergüenzes : y tendrás mas tiempo de aprender como muere un hombre.*

Sublimes son tambien las razones que Armida, vencida y prisionera en un combate por Reynaldo, capitan de los Cruzados en Syria, dirige á este su antiguo amante, quando atormentada de zelos, indignacion y despecho, le dice : *Sin duda tu gloria quedaría deslucida, si no viese el mundo atada á tu carro una muger, engañada antes por tus juramentos, y rendida ahora á tu poder. En otro tiempo yo te pedi la paz y la vida : hoy solo la muerte puede aliviar mi dolor....Mas, ésta no te la pido á ti, inhumano ! Horrorosa sería para mi, si tubiese yo que recibirla de tu mano.*

El despecho y valor de un hombre hace mas impresion que el de una muger; y el de un héroe que el de una persóna comun. Oygamos al Taso que recurrió en otro pasage de su poema á esta fuente del sublime. Gerusalen es tomada, y en medio del saquéo Tancredo divisa á Argante cercado de un tropel de enemigos que iban á quitarle la vida. Corre á librarle de

las manos de la soldadesca, cúbrelo con su broquel, y se lo lleva fuera de los muros de la ciudad, como víctima que reserva para sí. Caminan juntos, llegan al sitio, Tancredo prepara sus armas, y el animoso Argante, olvidandose del riesgo y la vida, suelta las suyas, y vuelve los ojos llenos de dolor y sobresalto hácia las torres de Gerusalen ardiendo en llamas : *¿ En que piensas* (le dice Tancredo) ? *en que llegó ya tu ultima hora ? Si esta imaginacion te acobarda, es tarde ya. Pienso,* (le responde Argante,) *en esta hermosa ciudad, reyna antes de Palestina, y hoy esclava y asolada, cuya ruina en vano he querido retardar ; y pienso en que tu cabeza, que sin duda el cielo me reserva, no basta para su venganza y la mia.*

A este género de estilo pertenece lo que se llama *patético,* porque lo apasionado y lo sublime suelen andar juntos, y muchas veces se confunden. El oyente halla agradables todas las cosas que le mueven, y en algun modo se engrandece su espíritu con la grandeza de los objetos : halla delicioso el terror, y dulze la misma tristeza.

Los conceptos lastimosos, los discursos tiernos, y los retratos dolorosos, entre la blandura y conmocion que sentimos con ellos, nos dan un contínuo testimonio de la humanidad de nuestro corazon. El que se enternece, se siente siempre mejor que antes : llora, y sus mismas lágrimas le

dan buena opinion de sí mismo: se conduele, y no puede apartar los ojos del objeto de su dolor, porque no puede dexar de ser hombre.

Los eloqüentes rasgos no nacen de los preceptos del arte, aunque no se desvian de ellos; nacen, sí, del corazon agitado de este manantial de vehemencia y calor que abrasa el estilo alguna vez, donde parece que la pluma escribe lo que el amor ó el dolor le dictan, ó se desata la lengua para decir lo que el alma siente y padece, con palabras medídas siempre por la razon y el decoro. Debemos, sobre todo huir de ser llevados de un furor intempestivo, quiero decir, quando un orador se acalora inoportunamente, ó se arrebata con exceso, y el asunto no permite sino un templado calor. Hay algunos que, si como estuviesen embriagados, se esfuerzan en manifestarnos sus afectos, con la vehemencia declamatoria que traxeron del aula. Se exâltan en vano, porque ignoran lo mas perfecto del arte, que es la oportunidad.

El primer precepto en esta materia es tener herido su corazon antes de querer herir el de los otros; porque, lo que bien se siente, bien se dice. Mas, para conseguirlo, es necesario que el orador penetre profundamente el asunto que va á tratar, se convenza plenamente de su obgeto, sienta toda la fuerza de su verdad é importancia, se grabe en la fantasia la imagen de que quiera servirse para mover los animos, y la presente con tanta naturalidad como energia.

Parece que los que hasta hoy han conocido mejor el arte de inspirar las pasiones, han sido los grandes guerreros y políticos. A las pasiones reunidas y avivadas con el amor de la libertad, mas que á la habilidad de los ingenieros, se deben las gloriosas y porfiadas defensas de Sagunto, de Cartágo y de Numancia, y en nuestros dias las de Zaragoza y Gerona.

Alexandro fué sin duda el ingenio mas excelente entre todos los grandes capitanes de la antigüedad para conmover los ánimos. Asi habla á las tropas macedonias que querian desampararle: *idos ingratos! huid cobardes! sin vosotros conquistaré el mundo; y Alexandro hallará soldados donde encuentre hombres.* ¡Qué vergüenza y brio no infundiria á sus macedones esta magnánima reprehension! Que vergüenza y emulacion al mismo tiempo no inspiraría á sus tropas el heroyco denuedo de Enrique IV de Francia en lo recio de una batalla, quando, al verlas desordenadas y fugitivas, corre á ellas, y al punto de irse á meter en lo mas cerrado de los esquadrones enemigos, les dice: *volved las caras! y si no quereis pelear, á lo menos me vereis morir.*

Los discursos vehementes son el lenguage de personas apasionadas; el ingenio solo no puede en estos casos suplir el movimiento de los afectos; porque el que no está tocado de una pasion ignora el idioma de ella. Las pasiones se deben mirar como la semilla de los grandes pensamien-

tos: ellas son las que mantienen una perpétua fermentacion en nuestras ideas y fecundan en nuestra imaginacion las que serían estériles en un corazon tibio.

La pasion es el alma de los discursos eloqüentes, pues de ella reciben vehemencia para arrebatar, y ternura para ablandar los ánimos. Con la mocion de sus afectos un orador puede levantar á sus oyentes de aquella inércia, digamoslo asi, contraria á la accion del espíritu, pues, dando interes al asunto que trata, despierta al hombre de su natural reposo é indolencia quando las cosas no le tocan muy de cerca.

Asi el que quiera dominar á los otros, inspirandoles la pasion de que está animado, se aprovecha con sagacidad; unas veces, de la propension ó disposicion favorable que halla en los ánimos; otras, de la situacion en que várias circunstancias ponen á los hombres; otras, de las leyes que les gobiernan; y otras, en fin, de las preocupaciones mismas á que obedecen. En la situacion en que estaban las tropas de Cartago, antes de empezar la batalla del Tesíno ¿que confianza y valor no les infundiria esta breve harenga de Anibal? *Compañeros! los romanos deben temblar hoy, no vosotros. Tended la vista por este campo, y no vereis retirada para los cobardes: todos perecemos hoy si somos vencidos. Pero ¿qué prenda mas segura del triunfo, que señal mas visible de la proteccion de los dioses, que habernos colocado entre la victoria y la muerte!*

Cándida, tierna y suave debe ser la expresion lastimosa, y triste, noble y congojosa en los afectos para mover á todos; no hinchada, ni tampoco muy humilde, ni obscura con exquisitas sentencias. Su ornato ha de ser mas limpio que curiosamente compuesto. Admite exclamaciones, apóstrofes, quexas, y prosopopeyas, que llaman grandemente á la conmiseracion.

El poeta que se aprovechó, para mover la compasion y tristeza, de la situacion de Herminia, bien conocia el poder que tienen en nuestro corazon las razones tiernas y suaves. Esta princesa desgraciada, despojada del trono, y abandonada del infiel Tancredo su amante, se retira á una aldea, y toma el oficio de pastora. Una tarde de julio mientras las ovejas sesteaban á la sombra, se divierte grabando con amorosas letras en la corteza de unos cipreses la historia y las desventuras de su pasion; y al recorrer las lineas que acababa de formar, desfallece y bañada en lágrimas, exclama: *Arboles, confidentes de mi llanto, conservad la historia de mis penas! Si algun dia un fiel amante viniese á descansar baxo de vuestra sombra, se enternecerá de compasion al leer mis tristes desventuras y dirá: Ah! que mal pagaron el amor y la fortuna tanta constancia y fidelidad!*

Salgamos de un asunto profano para subir á otro de mas alta y noble contemplacion. Pinta Fr. Luis de Granada la dolorosa situacion de

nuestra Señora al pié de la cruz, teniendo en sus brazos á su sagrado hijo despues del descendimiento, con este apóstrofe. *O ! dulce madre ! Es este por ventura vuestro dulcisimo hijo ! Es este el que concebiste con tanta gloria, y pariste con tanta alegria ! Lloraban todos los que presentes estaban ; lloraban aquellas santas mugeres ; lloraban aquellos nobles varones ; lloraba el cielo y la tierra ; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de Maria.*

En otro lugar pinta el mismo autor con la mayor ternura y viveza el estado de Christo en la cruz contemplando desde aquella altura á su Madre, cuya presencia acrescentaba los dolores de su sagrado Hijo. *¡ Quien podrá declarar, ó buen Jesus ! lo que sentiste quando considerabas las angustias de aquella ánima santissima que sabias que estaba contigo crucificada ! quando veias aquel piadoso corazon traspasado con cuchillo de dolor ! quando tendiste los ojos sangrientos, y miraste aquellos brazos en que fiste recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados ! y aquellos pechos virginales, con cuya leche fuiste criado, hechos un piélago de dolor !*

Es de advertir que nunca se conmueve una pasion si la cosa de donde se quiere sacar no es por sí manifiesta y claramente demostrada : en valde nos esforzarémos en excitar la voluntad al amor ó al odio de un objeto que no conocemos. Pero, como el ánimo del oyente suele estar pre-

venido contra la fuerza descubierta, el orador sagáz sabe insinuarse sin estrépito, y como furtivamente, para moverle y cautivarle con mas facilidad.

Débese usar de lo patético solo en los asuntos que lo piden, y ver en que parte del discurso conviene ; porque hay asuntos que no admiten estos movimientos, y lugares en que seria inoportuno. Primero se debe ganar el entendimiento antes de conmover el corazon ; porque los ánimos que no están dispuestos mal podrá inflamarlos el orador.

Y aunque el lenguage de la pasion puede reynar, por intervalos en aquellos lugares de la oracion en que se pretende mover y persuadir ; en ninguno tiene mas imperio y eficacia que en la peroracion ó epílogo. Aqui es donde la eloqüencia, para triunfar de los corazones, y arrancarles su último consentimiento, se sirve atropelladamente, ya de lo mas tierno, ya de lo mas vigoroso del estilo patético. Un orador hábil huye en estos casos de toda ostentacion y estudio ; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desorden, cierta perturbacion, nos muestra estar poseido de entusiasmo : y ésta efervescencia imita á los esfuerzos de la naturaleza agitada, que busca sin rodeos la salida mas breve, fácil, y pronta para su desahogo.

Claro está que no quiero hablar aqui de aquella falsa eloqüencia tan facil de enseñar como de

practicar; es á saber, de figuras amontonadas; de magníficas palabras que nada grande dicen, y de movimientos afectados que no tocan al corazon pues no nacieron de él.

La mocion de los afectos es el arte mas admirable que inventó la necesidad, y perfeccionó la oratoria; arte que no habla con los frios disertadores, ni con los contemplativos moralistas, que conocen mas las pasiones por sus definiciones, causas, y efectos, para arreglar nuestra conducta que para mover el corazon con la fuerza de la palabra. A lo que los griegos llamaban *pathos* traduxo Ciceron, ya perturbacion, ya enfermedad; los bárbaros dieronle el nombre de pasion, y los latinos de afeccion ó afecto. Es lo contrario de la *apathia* de los mismos griegos, que significaba, entre los estoycos, aquel estupor ó tranquilidad del ánimo, al qual ninguna perturbacion, ningun dolor, ningun caso terrible pudiese mover, colocando el sumo bien en aquel estado libre de toda alteracíon. Esta dureza é insensibilidad de los estoycos, que llamaban enfermedad á las afecciones, extirpaba del corazon toda humanidad.

Si consideramos como enfermedad todo lo que nos saca del estado natural de reposo; toda afeccion, ya blanda ya fuerte, nos altera é inquieta. Llámase tambien pasion por la misma causa; por que el ánimo padece siempre que se agita: padece el que aborrece, y á veces mas el que

ama; padece el que teme, como el que espera; padece el que se conduele, no menos que el que se indigna; y si altera la tristeza, no altera menos la alegría. Podemos decir que todas son enfermedades, unas con calentura, y otras con postracion.

Por esto se habrá dicho que todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. Celebradisimas son en las historias las palabras que se dixeron Séneca y Paulina su muger al tiempo de dar las venas al verdugo; y las de otros varones insignes que murieron en aquella conjuracion. Y aun el mismo Neron, monstruo en crueldad, mueve á compasion quando se leen en Suetonio las que le oyeron decir haciendo un hoyo para enterrarse en vida: *qualis artifex pereo.* Preguntandole á Leónidas su muger, al tiempo de partir él para Termopylas contra los persas, si le dexaba mandado algo, le dixo: *Que te cases con buenos, y paras buenos hijos.* Fué esto decirle sin dudarlo: voy a morir. ! Qué magnanimidad, para decirla tan serenamente no nos veremos mas, desde ahora te dexo ya viuda.! ¡ Qué despedida tan patética, no yá en las palabras, sim en su misma enfática sencillez y frialdad en ocasion tan apurada! Qué desprecio de la vida y de sus propias cosas quando se trata de defender la patria! Causa asombro y compasion al mismo tiempo la resignacion de su ánimo.

Dixo Isaác á Abraham quando soltó el haz de

leña en el lugar donde se habia de executar el sacrificio : *Padre ! ¿ donde está la victima para el holocausto?* Llamóle asi para rasgar las entrañas paternales de dolor, y hacer en ellas la postrera prueba de su sufrimiento. Aqui el efecto patético viene de la situacion.

Maravillosa fué aquella sentencia que prohijó Virgilio á Enéas quando, armado y á caballo para salir al desafio de Turno,en que se habia de decidir el pleyto del Reyno Latino, mandó que le traxesen á Ascanio su hijo ; y alzando la visera para despedirse de él, con ternura y regalos de padre, le tomó en brazos, y como si hiciera testamento, y no le hubiera de ver mas, le dice: *Aprende, hijo, de mí el valor y el buen ánimo en los trabaxos ; que grangear bienes de fortuna otros te lo enseñarán.* Las circustancias del momento, del asunto, y del expectáculo hacen patética la sentencia, la qual, fuera de aquel caso, no tendria mas que la gravedad de un consejo.

Oygamos la expresion tierna y bien sentida que pone Cervantes en boca de un pastor moribundo de enamorado de su ingrata zagála, y la dulce y harmoniosa elegancia con que pinta el autor el caso : " Ya el herido pastor daba el úl-" timo aliento envuelto en estas pocas y mal for-" madas palabras : " *Quitárasme la vida, que ahora, mal contenta, de estas carnes se aparta ! Y sin poder decir mas cerró los ojos en sempiterna noche.*

Al tiempo que Sócrates recibia la copa del veneno de manos del verdugo, hizo su muger Xantipe grandes exclamaciones acusando á los causadores de la muerte de su marido, diciendo que moria sin culpa: á lo qual acudió Socrates con mucha gravedad: *Tubieras por mejor que muriera culpado!* La inocencia y serenidad del filósofo nos interesa aqui, y nos enseña.

Arístides, que por sus virtudes y gloria de grandes hechos, mereció el titulo de Justo, y fué por los atenienses desterrado de su patria despues de haberla defendído, ampliado, y ennoblecido; al salir de la cuidad no le echó maldiciones, ni dixo contra sus conciudadanos las imprecaciones que se solian oir en las tragedias; antes, levantando las manos al cielo, hizo súplica á los dióses: *que sucediesen siempre las cosas de Atenas con tanta prosperidad, que todos perdiesen la memoria de Aristides.* Este rasgo de generosidad y patriotismo, ésta serenidad de tan indulgente ánimo, ¿á quien no moverá á ternura y amor á la virtud? verdad es que no iva á la muerte; pero iva á morir civílmente.

Si las postreras palabras de los vivos son tan eficaces y penetrantes ¿quán patéticas serán las de los muertos? Leíase en la sublime inscripcion del túmulo de los 300 Lacedemonios que sacrificaron sus vidas en la defensa de las Termópilas: *Caminante! vé á decir á Esparta que hemos muerto aqui por obedecer sus santas leyes.*

¡ Qué honroso y melancólico recuerdo ! ¡ que personificacion tan sublime ! Hablan los muertos y se glorían de haber muerto por la patria ; y parece que aun no quieren apartarse de su obediencia, pues le envian la nòticia del sitio dònde yacen hijos tan leales como valientes.

Estando la batalla de Farsália tan á pique, que no se oía sino estrepíto de caballos y de hombres ; vió Cesar á Cayo Crastino, capitan de diez águilas que las iva requiriendo ; y llamandole por su nombre, le preguntó : Qué te parece ¿ podrémos esperar de esta batalla ? Y alzando la mano, dixole : *vencerás, Cesar, y me loarás vivo ó muerto.* Sucedió lo uno y lo otro, porque Crastino murió, Cesar venció, y celebró al muerto en una oracion fúnebre.

Engrandecen mucho á M. Craso por haber con buen ánimo sufrido la muerte de su hijo, varon muy insigne, y marido de aquella no menos sábia y eloqüente que hermosa y agraciada Cornelia, hija de Scipion. Viendo Craso que trahían los Parthos la cabeza de su hijo en la punta de una lanza, y que con aquel espectáculo lamentable se atemorizaban y desmayaban los ánimos de todos sus soldados, dixo en voz alta : *Mio es este dolor, mio el daño, mio el llanto : mas el remedio, la gloria de la república, y la venganza consisten en vuestra salud.*

Refíerenos Solis la tierna respuesta que dió Motezuma á sus magos y agoreros quando le

predixeron, en nombre y por decreto del cielo, la ruina de su imperio concebida en estos términos. *¡ Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses ! Vengan los extrangeros y cayga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni nos ha de hallar fugitivos la calamidad. Solo me lastiman los viejos, niños, y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa.*

Los retóricos cuentan hasta diez y siete pasiones; los filósofos no concuerdan en esta opinion, ni con aquellos, ni consigo mismos. Dentro del corazon humano hay mas alteraciones y tempestades mas diversas que en un proceloso golfo, donde no hay piloto que las pueda señalar todas. Pero las mas freqüentes y conocidas en el uso comun de la vida son: el *amor*, el *odio*, el *deseo*, la *ira*, la *indignacion*, la *desesperacion*, la *vergüenza*, la *emulacion*, la *venganza*, en la clase de fuertes ; y en la de templadas, la *clemencia*, la *confianza*, el *gozo*, la *tristeza*, la *compasion*, el *temor*, y la *esperanza*. Sin embargo éstas dos últimas son las dos pesas del relox de la vida del hombre, que solo se mueve, ó con la esperanza del bien, ó el temor del mal.

La oratoria las contempla todas como indiferentes en sí mismas : y solo las pinta honestas ó criminales, con respecto á sus fines y efectos. Por exemplo el valor saca su bondad ó su malicia del caracter de quien lo posée. Si es virtud

en un Horacio, en Cromwell es un vicio : y la confianza de Cesar, laudable en el Rubicon, es vituperable en el Senado.

El movimiento de las pasiones es un medio excelente de la eloqüencia : por exemplo, quando se nos hace esperar lo que debe ser el verdadero y digno obgeto de nuestra esperanza, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion condenan, amar la verdad y la justicia, respetar la probidad, compadecer la innocencia oprimida, desear la honra y la felicidad, admirar la fortaleza, perdonar al enemigo, indignarnos contra la iniquidad, emular la gloria de las buenas acciones, y avergonzarnos de la baxeza ó fealdad de las nuestras.

De este modo dirémos : que la oratoria se sirve de las pasiones útiles, para mas fortalecerlas ; y de las perniciosas, para reprimirlas ó destruirlas. Asi es que emplea el temor ó el terror de la ira divina para excitar en nosotros amor á la virtud, y odio al vicio ; el amor de la patria en M. Bruto, para curarnos de la peste de la ambicion ; la compasion y las lágrimas de Ana Bolena en el suplicio para disponernos contra el amor criminal, &c. Por este medio la eloqüencia puede purgar las pasiones haciendolas luchar unas contra otras : porque el orador las conduce siempre á honesto fin, no las aniquila.

Los obgetos de las pasiones que debe presen-

tar la oratoria han de ser siempre cosas grandes, las unas por su naturaleza como las divinas, las heroycas, la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, la observancia de las leyes, &c. Otras son grandes por convencion humana, como los honores, las riquezas, la prosperidad, la reputacion, &c.

Tienen las pasiones su lenguage propio, sencillo siempre y sin afectacion; que admite las grandes y vehementes figuras que dan alma y movimiento á la elocucion patética. Esta es la grandiloqüencia desnuda de ornatos retóricos y de sutíles conceptos.

Por otra parte hace malisimo efecto introducir en el trozo patético de un discurso cosa alguna extraña á la naturaleza del intento, y qualquiera digresion que embaraze ó interrumpa la carrera que lleva la pasion una vez movida. Grandemente ofenden y entibian al ánimo, y disuenan al tenor de la sentencia, los símiles y comparaciones, que siempre manifiestan arte y estudio, y distraen y divierten la mente quando mas se debe recoger de acuerdo con el corazon.

Tampoco se debe llevar al cabo la conmocion patética, ya con prolixo razonamiento que fatigue, y despues enfrie el primer calor; ya con exâltar tanto la pasion, que pase los límites de lo que puede esperarse de nuestra naturaleza.

Los sentimientos de humanidad excitados por

la siguiente pintura del tiempo del luxo y corrupcion de Roma, se convierten en justa indignacion contra las costumbres de aquella capital. *Abranse* (dice un escritor eloqüente,) *los anales de las naciones ; y verémos los romanos, arrastrados de la voz del deleyte, sacrificar sus semejantes, no digo al interés de la patria, sino á su propia diversion y sensualidad. Y si no, hablen aquellos viveros en que la bárbara glotonería de los poderosos ahogaba los esclavos para que los peces con este pasto criasen carne mas delicada. Hable aquella isla del Tiber, adonde la crueldud de los amos enviaba los esclavos dolientes, ó viejos, á perecer con el suplicio del hambre. Hablen tambien los restos de aquellos soberbios anfiteatros, en que están grabados los fastos de la barbarie ; en que la nacion mas culta del orbe inmolaba millares de gladiadores al placer de un expectáculo, ádonde concurrian curiosas las mugeres : y allí este sexó delicado y dulce, que criado en el luxo y el regalo, no debiera respirar sino ternura, sutilizaba la inhumanidad, hasta pretender de los atletas heridos que, al tiempo de expirar, cayesen en una gallarda postura.*

§. III.

Estilo Medio ó Templado.

Nobleza, amenidad y elegancia son calidades principales de este género de estilo, el qual, como guarda cierto medio entre el sublime, y el sencillo, tiene menos vehemencia y calor que el primero, y mas abundancia y explendor que el segundo: y por esto admite todos los adornos del arte, y todos los primores del buen gusto.

En este género medio, que es propiamente un estilo adornado y florido, puede la eloqüencia ostentar su pompa y magestad. Llamanse adornos en el sentido retórico aquellas locuciones y modos figurados, que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva.

El orador no habla solo para hacerse entender; porque para esto le bastaría decir las cosas con llaneza y claridad; habla tambien para mover, convencer, y deleytar. Este deleyte no puede entrar en el corazon, y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la qual es necesario hablar en su idioma. Por eso dice Quintiliano que el placer ayuda á persuadir porque el oyente está dis-

puesto á creer verdadero todo aquello que encuentra agradable.

No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos; es menester algunas veces, segun la materia y sus circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y explendor, que son su ornamento. En esta habilidad se distingue el escritor facundo del escritor eloqüente. El primero, quiero decir, el que se explica con claridad, facilidad, y gracia, dexará tibios y tranquílos á sus oyentes; mas el segundo les excitará sentimientos de ternura y admiracion, los quales mira Ciceron como efecto de la oracion enriquecida de lo mas brillante de la eloqüencia, ya sea en las sentencias, ya sea en la expresion. Este género se ha de tratar con lenguage ilustre, sonoro, y de cuidadoso y artificial adorno.

En este estilo medio entra aquel género de eloqüencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleyte de los oyentes ó lectores, como son los discursos académicos, los razonamientos públicos, los panegíricos, las oraciones gratulatorias, dedicatorias, y otras composiciones semejantes, en que es permitida toda la gala del bien decir.

Sin embargo, aun en este género de composiciones deben usarse los adornos con gusto, discrecion y sobriedad, y á lo menos variarlos y modificarlos sabiamente. Y si esto es necesario

en los asuntos de mero aparato y ceremonia ¿quanto mas lo será en los discursos que tengan por argumento obgetos grandes é importantes? Quando se trate, por exemplo, del honor, del reposo, de la hacienda, ó de la vida de los ciudadanos, de la salud de la república, y de la salvacion de las almas ¿será lícito al orador ó escritor ocuparse de su propia estimacion, solo por lucir su ingenio y su cultura? No quiero decir con esto que en los asuntos de esta gravedad se destierren de todo punto las gracias y galas del estilo; sino que los adornos sean mas sérios, mas modestos y sólidos, porque la compostura en el orador ha de ser siempre noble, grave, y varonil.

Alguna vez el orador en las sentencias morales y filosóficas suele subir en carro magnífico y dorado huyendo del estilo llano, como quien huye de andar á pié. Y, como se dice en el diálogo de los oradores: "por ventura son menos fuer-
" tes los templos de estos dias porque no están
" construidos de piedras toscas y feas tejas, sino
" de lustroso marmol y resplandeciente oro?
" Asi, no son menos persuasivas nuestras ora-
" ciones, porque llegan con eloqüencia hermosa
" y adornada á los oidos de los jueces." Esta hermosura y ornato nacen de las palabras escogidas y dispuestas con buen juicio, templando la gravedad con la dulzura, que raras veces se halla en un mismo escritor, porque en muchos la

grandeza asciende á soberbia, y la dulzura cae en humildad. Y asi el que junte con tal temperamento estas dos virtudes, hará en el estilo una harmonía de ajustada proporcion.

Asi como debe evitar el orador público aquella trágica y entonada manera de hablar y razonar conveniente á representantes, asi tambien debe huir y guardarse de usar de razones baxas, viles y apocadas; porque las entonadas é hinchadas no son para persuadir al público y las secas y abatidas no mueven ni tienen eficacia. Y del mismo modo que el cuerpo, no solamente conviene que esté sano, mas tambien ágil y robusto; igualmente los razonamientos no han de estar enfermos y débiles, sino que tengan fuerza y vigor. Asi que en todas las cosas tener el medio es de mucha arte y concierto.

Tratando de la virtud de la seguridad, que pacifica y confirma el ánimo contra los demasiados cuidados y sobresaltos que suele levanta el temor, añade el P. Nieremberg: *Ninguna seguridad llega á la excelencia de aquella quietud, semejante á la que tuvieron en la carcel Sócrates y Agis. A esta suele acompañar otra de mas quilates, y segura de mayores peligros, quando desenzarzado el hombre de sus deseos que rasgan su corazon, y lastíman cruelmente y tiranízan su ánimo, se pone en campo raso, sin codicia ni temor.*

De las varias formas con que se ostenta el estilo medio ya blandas, ya graves, sin decaer de

la nobleza que le corresponde, podrémos trasladar aqui dos exemplos; y sea el primero del P. Yepes, quien, hablando del amor que Dios mostró á Santa Teresa en el trato familiar y espiritual, asi se explica: *Del amor tierno y regalado que es la aficion y ternura de entrañas, el trato afable y dulce con que á los suyos Dios se comunica, solo pueden ser testigos las almas que con la experiencia lo gustan, que son las que con la pureza de la vida, alteza de la contemplacion, y finezas de amor han llegado á decirse y ser esposas regaladas suyas.* Y Fr. Luis de Leon nos presta una admirable muestra del estilo medio para llevar con paso seguido y grave el curso de una narracion, quando en los Nombres de Christo, dice: *Los Medos y Persas menearon tambien las armas muy valerosamente, y enseñorearon la tierra; y floreció entre ellos el esclarecido Cyro, y el potentisimo Xerxes. Las victorias sobraron á los griegos, y el no vencido Alexandro, con la espada en la mano, y como un rayo, en brevisimo espacio corrió todo el mundo, dexandole no menos espantado que vencido. Y los romanos, que le sucedieron en el imperio, y en la gloria de las armas venciendolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tubiesen un mismo término. Notorios son los capitanes guerreros y victoriosos que florecieron entre ellos; los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, y los Cé-*

sares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondéz de la tierra.

Escribiendo el P. Ortiz á una persona que le pedia consejos espirituales por el alto concepto que tenía de su virtud, le dice que él es quien mas los necesita con esta humilde modestia: *En verdad me veo por tantas partes necesitado, que, para levantarme de mis miserias, tendré por crecida misericordia del señor, si cercando yo el cielo y la tierra para multiplicar intercesores, se dignase su clemencia no desecharme de su cara, porque, como niño en la virtud, he menester ser traido en brazos agenos: y pluguiera a Dios qué pudiese decir que soy niño, y que hubiese empezado á tener algun ser ante sus ojos.*

Al estilo medio se ajusta bien la gravedad de las palabras, y el peso de las sentencias mas eficaces por menos compuestas, como en este exemplo del P. Marquez, en que refiere como no es remedio para la humanidad la muerte de los que la tiranízan: *¿ De qué sirvió* (dice) *la muerte de Neron al pueblo romano, sino de dar entrada á Othon, y á Vitelio, iguales pestes de la república? Lloró con entrambos ojos el reyno de Francia la de dos príncipes suyos, dos Henricos, muertos á hierro: casos verdaderamente atroces, é inhumanidad no oida entre cristianos, contra quien siempre se armarán las plumas de nuestros historiadores, quando aun las de Roma tiñen de*

lágrimas el papel por haber visto quatro en veinte y ocho años, con haber sido el primero Neron, y el postrero Domiciano, causas tan poderosas de consuelo.

ADDICION.

Estilo sentencioso.—Al género medio se adapta bellamente el estilo sentencioso, qué pide paso grave y sosegado, sin levantarse á remontada diccion, ni á ufania de galas y colores, ni á vehemencia de afectos; templado todo con el peso de las razones y de la doctrina que encierran los conceptos esparcidos en su lugar oportuno.

En testimonio de que no se arrojaron á mayores peligros los gentiles que los cristianos en las guerras, y que no son opuestas al valor la humildad y mansedumbre evangélicas, añade D. Diego de Saavedra: *Poco hace de su parte el que se dexa llevar de la ira y de la soberbia. La mansedumbre es accion heroyca que se opone á la pasion; y no es menos duro campo de batalla donde pasan éstas contiendas. El que inclinó por humildad la rodilla, sabrá en la ocasion despreciar el peligro, y ofrecer su cerviz al cuchillo.*

Escribiendo Antonio Perez al Conde de Monmorancy Condestable de Francia, gran favore-

cedor suyo, le dice: *Suplico á V. E. atienda á su salud por el bien público y particular; que los hombres no la pueden dar, aunque la pueden quitar con disfavores: jurisdiccion que tienen en ánimos pequeños, porque los grandes estómagos digieren veneno como vianda ordinaria.* En sus Avisos Morales, para recomendar los bienes de la templanza y sobriedad, dice el P. Nieremberg: *A la vida del cuerpo ayuda la abstinencia espléndida y largamente, pues la alarga; y en quanto sufren los estrechos términos de la mortalidad, la templanza es arbol de la vida, porque la muerte de muchas maneras es hija de la gula.*

El estilo sentencioso se acomoda tambien á las narraciones históricas, quando el autor, huyendo de la desnuda y árida relacion de un gazetero, quiere vestir los hechos con reflexîones morales ó políticas que arroja la importancia y calidad de ellos mismos. Este género de escribir, presupuesta la verdad de los sucesos, enseña y deleyta al mismo tiempo, porque siempre es agradable la doctrina indirecta para el advertimiento ó el desengaño. De la derrota que padecieron las tropas de Felipe IV. en 1641 en la malograda empresa del Castillo de Monjuich, durante el asedio de Barcelona, escribe Don Francisco Manuel testigo de vista, en su Historia de la guerra de Cataluña, una completa relacion, de la qual solo trasladamos

este trozo: *No negarémos que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, halláronse muchos hombres de valor inutil y desdichado; algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas; y otros que lo desearon por no perderla. Singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, y todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige....A Faxardo sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros dignos de gloria, si ésta pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion. Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos, ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdídas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieran servír mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños por la dificultad que causaban al camino. Solo la muerte y la venganza, lisongeada en la tragedia española, parece se deleytaban en aquélla horrible representacion. Casi á este tiempo llegó nueva al Conde de Torrecusa de la muerte de su hijo, y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por rasgar sus ropas: desigual demostracion*

de lo que se creía de su espíritu. Desde aquel punto no quiso oir mas, ni mandar; y no era entonces la mayor falta de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

Es muy dificil de sostenerse este estilo en una larga composicion sin cansar al lector, si no se interpola diestramente con agradable variedad, usando de las reflexîones con discrecion y economía, para no caer el escritor en la afectacion de maestro pródigo de sus propias opiniones y discursos, pretendiendo lucir el caudal de su profunda penetracion. Hasta en lo mas perfecto es reprehensible el abuso; y asi solo la templanza puede corregir las demasias de nuestra vanidad.

Quando en las obras destinadas á darnos documentos de virtud y sabiduria se refieren hechos históricos para sacar de ellos la doctrina; es no pequeña habilidad del autor el saberlos ilustrar con el explendor de sentencias no forzadas, ni obscuras, que hagan, sin pretenderlo, oficio de lecciones. Sea exemplo en este género una nobilisima y filosófica leccion del P. Marquez, hablando de la tiranía é insolencia de Adonisedech en su prosperidad, y de su miedo y cobardia quando vió venir contra si á Judas, capitan del Pueblo de Dios, en cuyas manos quedó prisionero: *Es muy dificultoso* (prosigue) *tener moderacion en la prosperidad; que los hombres en-*

señados á desigual fortuna suelen entregarse sin fiador en lo dulce del imperio, olvidados totalmente de lo que fueron, y de lo que serán. Y la grandeza y serenidad de ánimo, que tanto se desea en el que ha de gobernar, menos se hallará en el hombre baxo, que siendo mas exôrbitante en el mando, será mas vil en la adversidad.

Las sentencias y moralidades dicen bien á la severidad de la filosofia, no menos que á la gravedad de la historia; autorizan las maxîmas de aquella, é ilustran los exemplos de esta. No hablan al corazon porque tampoco nacen de él: nada dicen á los ojos porque en ellas no tiene parte la imaginacion; son hijas del entendimiento, al qual han de persuadir, y criadas con la experiencia del hombre mirado por todos sus aspectos morales, políticos y civiles: y por esto piden gran caudal de meditacion y sabiduria, y vienen á ser el fruto de la edad madura. No dirémos por esto que no admitan cierto adorno, pulidez, y cultura para suavizar la desnudéz y aspereza de su doctrina, ni que estén reñidas en su composicion la concision y la elegancia, como lo hemos visto en la mayor parte de los exemplos trasladados mas arriba.

Como la estructura de la sentencia se forma de frases sucintas, y estas comunmente sacan su mérito de un cierto contraste para que resalte mas el concepto, y sea mas agradable su

aplicacion; se suele caer en un estilo uniforme y simétrico que trunca el curso y enlazamiento de los períodos, y hace cansada su lectura. En este inconveniente caen aquellos escritores que, no conociendo los límites señalados por el buen gusto y recto juicio, se dexan llevar del deseo de parecer sábios y profundos, empedrando de sentencias el razonamiento mas simple y mas comun. Y como, por otra parte, éste mismo abuso descubre una grande afectacion; la prodigalidad con que las derrama, no le dexará discernir muchas veces lo natural de lo violento, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo sutíl, y la agraciada discrecion de los juegos de vocablos.

La manera mas discreta y agradable de hacer el estilo sentencioso, sin taracearle con sentencias, y de enseñar sin dogmatizar, consiste en saberlas refundir ó incorporar en el molde del período, haciendo desaparecer su forma y estructura particular, como de piezas sobrepuestas, sin que pierdan su espíritu y sentido, y contrayendo lo general y especulativo de su doctrina á los exemplos prácticos de personas ú hechos particulares. Por este medio la eloqüencia campéa sin el sobrecejo de tanta filosofía, y el estilo corre fluido y grave al mismo tiempo, omo se verá en los exemplos siguientes.

En elogio de un sabio profesor de jurisprudencia dice un eloqüente escritor: *Nuestro doc-*

tor obtuvo una cátedra de jurisprudencia, cuyo cargo desempeñó como hombre que no la habia solicitado. En esta oracion está refundida esta sentencia: *Porque los que solicitan los empleos suelen ser los menos idóneos.* Pero de esta expresion vaga y general solo sacó el autor el pensamiento.—De cierto gran Señor dice tambien el mismo: *Fué muy poderoso para no ser adulado, y aborrecido.* No habia querido decir en su forma natural esta maxîma: *El demasiado poder engendra adulacion y odio.*

Hablando un orador en elogio de un sábio, añade: *Debió á la fortuna un nuevo favor para ser hombre grande, habiendo nacido pobre.* En esta oracion está embebida ésta seca y sencilla sentencia: *La pobreza hace grandes á muchos hombres.*—Dice otro orador en elogio de un alto Magistrado, quando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sábio, y los dexó como héroe.* En estas tres frases están refundidas estas tres maxîmas: *El ciudadano debe servir á la patria: el sábio no se desvanece con las condecoraciones; y el heroe huye de ellas.*—Hablando del gran Ministro Sully quando se retiró de la Corte en medio de los desórdenes del reyno, añade otro: *Y no pudiendo impedir mas tiempo los males, no le quedaba otra gloria que la de no ser su cómplice.* Este mismo pensamiento puesto

en la forma de una sentencia ó aviso directo, diriá asi: *El que no puede impedir los males, no las consienta.*

PARTE TERCERA.

DE LA EXÔRNACION ORATORIA.

Llaman exôrnacion los retóricos aquella compostura formada de los colores de los tropos y lumbres de las figuras, que ilustran y enriquecen la oracion. Pero estos ornatos se han de usar donde los pidan el lugar y la materia, y han de parecer nacidos para dar colorido y luz al lugar donde se aplican. Las traslaciones y figuras han de estar colocadas de suerte que por ellas no se pierda la inteligencia del discurso, ni tampoco por demasiado exquisitos aféen la pureza y hermosura de la elocucion. Asi, diráse con mucha verdad que quando el orador piensa mas en los atavios que en las cosas, prefiere su propio aplauso á la bondad, importancia y grandeza de su causa, que es lo que interesa á los oyentes, y ha de captar su benevolencia. Muy lexos de ganarles el ánimo con este estudio y

presuncion ¿como podrá persuadir á los otros el que se acuerda tanto de sí mismo? Si quando el orador escribe ó compone, premedita los *tropos* y *figuras*, escogiendolos como entre las flores de un prado, no podra ocultar el esmero y el apetito anticipado de tan afectadas galas. Deben estas vestir ciertos miembros del cuerpo de la oracion, como si nacieran de ellos; de suerte si puede ser, que hagan dudar, si el sentido y espíritu de la composicion dá el ornato, ó lo recibe. Al orador y al buen escritor se le han de caer, por decirlo asi, estos adornos de la pluma, sin advertirlo, y mucho menos buscarlo: solo una especie de instinto oratorio, hijo de un contínuo exercicio y de la familiaridad con buenos modelos, puede producir este tino, esta gracia, esta facilidad de convertir lo que es verdadero artificio en lo que parece naturaleza.

ARTÍCULO I.

DEL ESTILO FIGURADO.

Aunque cada una de las cosas tiene su nombre propio, son mas las que han de significar que las palabras. Y como estas son notas ó señales de aquellos obgetos que concebimos en el áni-

mo; si no percibimos su fuerza, no alcanzamos el sentido que se exprime en ellas. Estas, ó son propias, ó agenas: la primeras se hallaron por necesidad para dar nombre á las cosas sugetas á los sentidos, y las segundas por ornato, mudando su propria significacion en otra que llamaron los griegos *metáforas* y los latinos *traslaciones*.

Pero no fué, ni es siempre, el ornato, el fin primario del uso de las palabras traslaticias. Como todas las lenguas poséen un muy corto número de vocablos que puedan tomarse en sentido propio, y estos solo señalen obgetos materiales; luego que los hombres quisieron pasar mas adelante, y representar sus conceptos en orden á los obgetos morales, intelectuales, y abstractos que no caen en nuestros sentidos exteriores; fué ya necesario apelar á un artificio para que los entes sensibles ó físicos viniesen en ayuda de los espirituales y metafísicos. Desde entonces se introduxo el lenguage figurado: y todas las voces que representaban entes corpóreos en el sentido propio y recto, representaban igualmente entes no materiales en un sentido de comparacion y semejanza, y con tal propiedad, que el conocimiento del uno llevase necesariamente al conocimiento del otro: desde entonces la *flor* de las plantas pasó á ser *flor* de la juventud, y el *báculo* del pastor *báculo* de la vejéz.

De esta necesidad provino que nuestras lenguas

abundan de un grandisimo número de términos, y locuciones figuradas, metáforicas y emblemáticas, y de circunloquios simbólicos. Y nunca se siente mejor la energía de una expresion figurada sino quando se compara este sentido, digamos artificial, con el propio y natural.

Pero como los hombres vivimos ya acostumbrados á usar las figuras, que nos dexaron nuestros avuelos, jamas nos hemos dedicado á exâminarlas ni á compararlas con su sentido literal. Solo las lenguas orientales nos conmueven la fantasía, y nos excitan esta curiosidad, porque sus figuras asombran nuestra imaginacion, por hallarlas casi siempre fuera del orden y de los términos de la naturaleza, y es tan natural al hombre de todos los payses, al culto y al inculto, este lenguage figurado, con mas ó menos templanza segun el clima y género de vida, que en nuestras conversaciones y trato comun sembramos metáforas é imágenes á manos llenas, sin advertirlo.

De esta primera necesidad, y despues hábito, del lenguage figurado, sacaron luego los retóricos uno de los mas ilustres ornatos de la eloqüencia, reduciendolo á arte, esto es, señalando límites y reglas á la imaginacion inculta y derramada, para que no canse al oyente con la profusion de vanas palabras, ni obscurezca la inteligencia de las sentencias con rodeos hiperbólicos y enigmáticos.

Quando el que habla ó escribe pretende tratar las cosas llana, clara, y usadamente, debe seguir el orden de las palabras en su sentido propio y y simple; y no le cabe pequeña gloria si expresa las cosas abiertamente, y con aquella naturalidad y brevedad que forman el estilo sencillo sin arreos prestados. Mas, quando el asunto y el fin del orador ó escritor piden, por sus circunstancias, mover, persuadir, ó deleytar los ánimos; entonces la eloqüencia sabe realzar con el arte á la naturaleza, escogiendo lo mas vivo y florido de ella para dar cuerpo alma y color al pensamiento. Las voces agenas y trasladadas parecen siempre mas magníficas y vivas que las propias; y agradan mas si son usadas con discrecion y juicio; porque es esfuerzo y gloria del ingenio hacer de lo que antes fué necesidad entre los hombres una virtud del estilo oratorio, traspasando las cosas que traemos entre los pies, y sirviendonos de las remotas y peregrinas. Y aunque el oyente va llevado con la imaginacion y el pensamiento á otra parte, no yerra el camino, ni se desvía, porque toda figura que va guiada por alguna razon se acerca y llega á los sentidos, pues son deducidas de ellos: como el *olor* de santidad, que sale y vuelve al olfato; la *blandura* del corazon, al tacto; el *murmullo* de las fuentes, al oido; la *dulzura* de la voz, al gusto; el *resplandor* de las virtudes, á la vista. Las imágenes sacadas de este último sentido son

ya de mayor energía y eficacia, porque hace mas impresion lo que se ve que lo que se oye, pues se pone casi en la presencia del ánimo lo que no pudimos mirar ni ver.

El lenguage figurado, no solo es mas enérgico, sino tambien mas claro en quanto la figura ó imágen de la cosa representada no es equívoca, pues siempre conviene al obgeto de tal manera, que no puede convenir á otro; quando, al contrario, pueden ser equívocas las palabras abstractas por constar de sonidos tomados por general consentimiento en diferentes sentidos y acepciones.

Por otra parte la locucion figurada se refiere derecha é inmediatamente al obgeto que se pinta, y ésta relacion está siempre entre la cosa y la palabra que la señala. En la locucion propia y sencilla, al contrario, la relacion está siempre entre el signo y el sonido de la voz; y en semejante lenguage el obgeto dista siempre mucho del entendimiento, porque las palabras llaman nuestra atencion con su sonido antes que con la cosa que representan, ó la imágen de ella. Quando representamos las calidades morales por medio de calidades físicas, hace nuestro discurso un acto solo; mas, si las representamos con abstracciones, hace dos. Decimos: *hombre sin entrañas* por hombre sin compasion: *hombre deslenguado* por hombre maldiciente: *hombre de dos caras* por hombre falso.

No podemos negar que es tal el embeleso que tiene el lenguage figurado, que no hay quien pueda resistir á su deleyte; pero tambien se ha de tener presente que, ni la prosa es pintura como la poesía, ni el orador pintor como el poeta, á quien la filosofía da licencia para personificar todos los entes de la naturaleza, usando de aquel lenguage animado, pintoresco y alegórico que fué el primer idioma de los humanos. Pero la prosa es mas cuerda y mesurada, y no admite sino en ciertos casos, ó para variar ó para vestir la desnudéz de la verdad y de la razon con honesto y gracioso ropage, este estilo figurado, porque ha de haber modo en el uso, que es en todas cosas singular virtud. Y como en la composicion de este estilo entran los que llamamos *tropos*, ó para mayor expresion de nuestros pensamientos y afectos, ó por acrecentamiento de la oracion, ó para huir la torpeza ó malsonancia de algunos términos propios, ó para amenizar la sequedad del habla comun; tratarémos de cada uno de ellos en particular.

ARTÍCULO II.

DE LOS TROPOS Ó TRANSLACIONES.

Son los *tropos* unos modos figurados de hablar, por los quales se aplica á una palabra un sentido que no es rigurosamente el suyo propio. Estas figuras se llaman *tropos* del griego *trope*, que vale lo mismo que vuelta ó conversion; pues quando usamos de un término en acepcion figurada, le volvemos, digamoslo asi, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto. *Vela* en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo decimos una *flota de cien velas* por decir de cien navios, tomando la parte por el todo.

USO Y EFECTOS DE LOS TROPOS.—Uno de los efectos mas sensibles y mas freqüentes de los tropos es de despertar una idea principal por medio de otra accesoria. Por eso decimos *cien fuegos* por cien casas, *mil almas* por mil personas, el *acero* por la espada, las *armas* por la milicia, la *pluma* por el estilo, la *lengua* por el habla, la *garganta* por la voz, &c.

Los tropos dan mayor energía á la expresion del pensamiento. Asi el que está vivamente impresionado de un obgeto, pocas veces se ex-

plica con sencilléz, porque la idea que le ocupa se le presenta con las otras accesorias que la acompañan, y entonces se sirve del nombre de aquellas imágenes que le representan las cosas. Por eso recurrimos naturalmente á los tropos, con cuyo auxîlio hacemos mas sensible á los otros lo que nosotros mismos sentimos. De aqui nacen estos modos de hablar : estar *inflamado de cólera :* estar *embriagado de deleytes :* vivir *encenagado en el vicio : desdorar su fama : despeñarse á un abismo de miserias : no conocer la cara al miedo*, &c.

Los tropos dan hermosura y gracia á la oracion, porque como sus expresiones vienen á ser otras tantas *imágenes*, divierten y halagan el ánimo del oyente. Tambien le dan mayor nobleza ; por quanto las ideas á que estamos acostumbrados en el trato comun, no pueden excitar aquella impresion de admiracion que arroba al espíritu. En estos casos recurrimos á las ideas accesorias, que realzan é ilustran á las comunes: *Todos los hombres han de morir sin excepcion :* aqui tenemos un pensamiento comun con una frase tambien comun. Pero si decimos : *la muerte llama igualmente á la choza del pobre y al palacio del Rey*, sacarémos un pensamiento y una frase noble y animada.

Los tropos sirven tambien para templar, suavizar, y dorar las ideas duras, tristes, desagra-

dables, é indecentes: de todo lo qual verémos exemplos tratando de la *perífrasis*.

Y como todas las lenguas padecen esterilidad en su diccionario para declarar todos nuestros pensamientos; los tropos en alguna manera las enriquecen, unas veces multiplicando el uso de una misma voz, y otras, dandola nuevo sentido, ya sea uniendola con las que no podia juntarse en su significacion propia, ya sea usandola por medio de extension ó de semejanza.

En fin, sirven los tropos para poner en cierto modo ante los ojos aquellas *imágenes* que nos presentó la vivacidad con que sentimos lo mismo que queremos expresar: asi decimos por semejanza: *corre como el viento—duerme como una piedra;* y por extension: *se dexa arrastrar del torrente de sus pasiones—corre la voz—vuela la fama.* Todas estas expresiones son dictadas por los movimientos de nuestra imaginacion.

VICIOS DE LOS TROPOS.—Quando los *tropos* no producen los efectos que acabamos de indicar, son viciosos. Ademas de claras y fáciles, deben ser éstas traslaciones naturales, oportunas, adequadas, y graves. En qualquier género de estilo es muy ridícula la afectacion y la incongruencia de los términos en la semejanza de dos cosas diferentes. *Suminístrame el licor etyope,* dixo uno que iva á escribir, por no decir *tráeme tinta;* y llamó otro al espejo el *consejero de la hermosura.* De semejantes frases vemos embu-

tidas las páginas de muchos libros y sermonarios, que por fortuna hoy no se leen, ni tampoco se podrian leer.

No se debe, pues, usar de los tropos sino quando naturalmente nacen del mismo asunto, ó quando las ideas accesorias los llaman, ó los pide el decoro: entonces agradan, porque se buscan sin la mira de agradar. Con este lenguage que inventaron los *vates* para pintar sus pensamientos, se hermosea y alumbra la oracion, porque con él reciben alma las plantas, razon los brutos, vida las piedras, alas los vientos, y cuerpo los pensamientos.

§. I.

TROPOS DE DICCION.

Como en las traslaciones se pueden considerar dos respetos, uno del simple uso de las palabras que componen el artificio, y otro de la sentencia que nace del enlace de ellas; hemos creido conveniente dividirlas en dos géneros, esto es, en tropos de diccion, y en tropos de pensamiento, para mayor claridad de la materia.

Metáfora.

Llámase *metáfora* la traslacion del significado propio de una palabra á otro que no le conviene sino por una comparacion que el entendimiento hace de los dos. Quando decimos la *luz del entendimiento*, la palabra *luz* que en su sentido propio nos hace ver los cuerpos y obgetos materiales, puesta aqui por traslacion, representa aquella potencia de percibir y conocer que alumbra nuestra razon para formar rectos juicios. Del mismo modo llamamos á la lógica *llave de las ciencias*, por ser ella, asi como la llave abre la puerta, la que nos abre la entrada á las demas facultades. La metáfora saca particularmente su valor de la fuerza de la comparacion que siempre la acompaña; pero se distinguen entrambas, en quanto la comparacion se sirve siempre de términos que denotan la semejanza entre dos cosas: aci decimos de un hombre colérico, *está como un leon, ó está hecho un leon ó parece un leon*: Mas si decimos simplemente *es un leon*, entonces es metáfora pura, porque la comparacion allí es implícita; quiero decir, está en el espíritu, y no en los términos. Quando la metáfora guarda regularidad y concierto, no es dificil hallar la conveniencia de comparacion; porque, del modo que ésta, es tan extendida y abierta

quanto lo son los obgetos de la naturaleza, pues no hay vocablo cierto y propio de ente alguno que no se pueda transferir á lugar ageno. Mas, quando la comparacion que se encierra siempre en este *tropo*, es traida de mucha distancia, se comete una metáfora irregular; porque la traslacion se ha de hacer de cosa cercana y fácil, pues se hace áspera y disonante quando se deduce de lugar muy apartado, y quando es tan obscura que tiene necesidad de exposicion. Y asi, para que no parezca agena del intento ó traida de lexos, se ha de mostrar luego la semejanza.

Debe nacer la metáfora de lugar hermoso, y de operacion noble; y como la hermosura del nombre está en el sonido ó en la significacion, es vicio sacarla de cosas que en sí no tengan belleza, ni gracia, ni lustre alguno. Y entonces llamarémos magnífica, ó agradable y hermosa la oracion por la metáfora, quando aparezca en ella el ornato, y con él venga á ser juntamente clara. *La pobreza evangélica* (dice el P. Marquez), *que consiste en refrenar y apartar la aficion de bienes del mundo, ha de luchar con la avaricia: y es gloria de esta virtud que se le haya fiado la victoria mas ágria del vicio mas robusto.*

Las metáforas deleytan á la imaginacion, dando á los conceptos mucho mas explendor y energía que si nos sirviesemos de las palabras propias: y sin duda resplandece mayor gallardia y gracia en la diccion pintada que en la simple. Con las

metáforas se labra, viste, y alumbra la oracion, como si se sembrase y salpicase de estrellas. ¿Quanta mas energía tiene esta expresion metafórica: *estaba sepultado en un profundo sueño*, que esta otra comun *estaba muy dormido?* Si decimos *con los vicios se quitó su honra*, hablamos un lenguage simple; mas si decimos *con los vicios enterró su honra* ¿qué otra fuerza recibe con esta palabra *enterró* el mismo concepto! —*Es excelencia de la largueza salir al camino á la necesidad*, dice elegantemente un autor nuestro, pudiendo haber dicho *anticiparse* á socorrer al necesitado.—*En los panegíricos se descubren las virtudes, y se echa tierra á los vicios*, dice el P. Marquez. Se callan, se ocultan los vicios, podia decir; y es lo que quiso significar echandoles tierra, como quien tapa un robo, ó un cuerpo muerto, por temor de la justicia.

Dice un moderno escritor: *El Asia, cuna del género humano.* ¡Qué noble y magnífica metáfora sacada de cosa tan humilde y pequeña, pudiendo decir el *Asia, origen del género humano*, expresion, aunque comun, no ignoble! La grandeza viene del mismo contraste, y de la novedad de la aplicacion.—*En Turquia la cimitarra es el intérprete del alcorán*, dice otro, en vez de decir simplemente *en Turquia se prueba la religion con las armas en la mano.* ¡Qué valentía, qué accion, qué esfuerzo hay en aque-

lla frase! No solo campéa en la metáfora la palabra *intérprete*, sino que la acompañan otros tropos, como la Sinecdoque en la voz *Turquía* en lugar de los turcos, y la antonamasia en *cimitarra* por el arma blanca comun entre aquellos musulmanes, y en *alcorán* por la fé ó creencia moslemítica. En lugar de decir de un modo ordinario y sencillo, *El valor en ciertas circunstancias ayuda al vicio, ó defiende á la virtud*, quiso decirlo otro escritor con eloqüencia, esto es, con el ornamento y vigor de las metáforas: *El valor en ciertas circunstancias es la espada del vicio, ó el escudo de la virtud.* Aqui vemos al vicio y á la virtud personificados, y al valor convertido, ya en arma ofensiva, ya defensiva, deduciendolo de los distintos oficios de ella.

Si pasamos á manifestar otra de las virtudes de las metáforas, hallarémos que tambien hacen dulce, blanda, y regalada la oracion, quando se deducen de obgetos y términos tiernos, amenos, y apacibles. Hablando el P. Yepes de la determinacion de Santa Teresa de dexar el siglo, añade: *Con esta determinacion sentia dentro de sí una reñida y sangrienta peléa, porque el espíritu la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, y el sentido le contradecía: y asi peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos exemplos que delante tenía, prevalecieron los buenos deseos; y asi trató muy de veras consigo misma de mudar*

de vida y destexer la tela que habia texido la vanidad. Por otro estilo no menos dulce y mas ameno, dice el P. Nieremberg, hablando del enlace que forman entre sí todas las virtudes: *Como en cada virtud es diverso su motivo, hacen todas muy lucido alarde, y cada una trae su diferente libréa. Pero, para que estuviesen mas fortificadas, las unió la naturaleza, y para que fuesen mas amigas quiso que estuviesen juntas, asidas de las manos unas á otras, tomandose palabra de juramento, de fé, y de paz.*

Por estos pocos exemplos y por los muchos que se nos presentan en todos los libros y discursos escritos con eloqüencia, es evidente que la metáfora tiene el privilegio y gracia particular de lucir por sí sola en la oracion mas noble y culta; y substituyendo lo figurado á lo sencillo, derrama en ella una rica variedad, eleva las cosas mas humildes, ilustra las mas comunes, y deleyta la imaginacion, tomando del mundo físico, con ingeniosa valentia y traza, obgetos visibles y palpables, para traerlos al mundo intelectual, huyendo de los términos y signos ordinarios y usuales.

El uso de las *metáforas* es tan freqüente y general entre los hombres, que á causa de la imperfeccion de las lenguas en la esfera de la metafísica, casi todas las ideas intelectuales se han de manifestar con expresiones figuradas, es decir, con palabras, cuyo sentido propio repre-

senta cosas materiales. No se deben entender por tales palabras, solo aquellas en que la metáfora es manifiesta como en estas: una casa *triste*: un jardin *alegre*; un razonamiento *frío*: mas tambien las que consideramos por mas simples y perceptibles.

El uso de las metáforas no es exclusivo de los oradores y poetas, pues comprehende un extensisimo y floridisimo prado á donde todos los hombres, desde que dexaron la escritura emblemática, van a segar. Pero el orador y el escritor eloqüente sabe escoger con feliz eleccion lo mas explendido, lo mas rico, lo mas insigne, para mayor lustre, adorno, y realce de la elocucion, quando la expresion simple no es tan eficaz á su intento.

VICIOS DE LA META'FORA.—Las metáforas son viciosas quando se sacan de términos y lugares baxos, como la de aquel predicador que dixo: que *el diluvio fué la lexía de la naturaleza.*— 2°. Quando son forzadas, y arrastradas de término muy remoto, como la de aquel: *Nace el hombre con breve vida, como la flor, cuya cuna es la aurora, y su sepulcro el ocaso.*

3°. Quando la analogía entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparacion bien perceptible, como la de aquel que dixo á su dama: *Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos:* y la de aquel otro *¿quien en el vaxel de la envidia embarca su fortuna?*

4°. Quando se sacan de obgetos poco conocidos, ó demasiado científicos, que forman el culteranismo y el pedantismo, como la del que dixo : *desde el apogéo de su prosperidad,* por decir, ó mas bien, no querer decir ; *desde la mayor altura, ó la cumbre de su prosperidad.*

5°. Quando las que no convienen sino al estilo y licencia poética, se introducen en el discurso oratorio, en donde no se puede llamar *harmónicos partos de la lyra* á los sonidos ; ni *doradas madejas del aurora* al resplandor del alba.

6°. Quando se sacan de obgetos inhonestos, ó torpes por su sonido, ó significacion, ó interpretacion maliciosa, como la de aquel que dixo : *Con la muerte de Cipion quedó castrada la república ;* pudiendo haber dicho *quedó huérfana.* De la virginidad de MARIA en su parto portentoso dixo otro : *Virgen, que sin perder la flor nos diste el fruto.* Tampoco sonaria, bien en un escrito ó discurso sério, decir de un pueblo ó pays donde suele llover mucho : *es el orinal del cielo ;* aunque vulgarmente se dice asi, y con mucha propiedad.

7°. Quando se toman de obgetos opuestos, ó repugnantes, ó de términos incoherentes de comparacion, esto es, que despiertan ideas que no se pueden ligar, como si dixéramos *un torrente que se enciende,* en vez de que se precipita ; ó bien *era un leon con la espada en la mano,* pudiendo decir era un Cid ó un Bernardo del

Carpio. Dice cierto poeta: *saqué esta antorcha de Marte*, disfrazando la *espada* con esta violenta y obscura metáfora. ¿ Qué conveniencia tiene la *antorcha*, que alumbra, con la *espada* que corta? Y ¿ que necesidad hay de representar con rodeos y frases metafóricas las cosas materiales y conocidas, quando sus nombres son biensonantes? Las metáforas sirven para hacer en algun modo visible lo que no está sugeto á los ojos, y como palpable lo que no tiene cuerpo: ¿ qué cosa, pues, mas visible y palpable que una espada? ¿ Qué palabra nos representará con mas verdad y evidencia una *cueva* que su mismo nombre? ¿ Como la conocerémos con la definicion figurada y ridícula de *bostezo de los montes* que le dió un poeta? Y ¿ cómo entenderémos que el *aspid de metal* era el arcabuz, en pluma del otro?

Solo pueden ser tolerables las metáforas de esta naturaleza, quando se suaviza lo duro, lo extraño, ó muy nuevo de ellas, dandolas la forma de comparacion, y sea esta: *El Ganges viene á ser como una lágrima del océano.* Otras veces se les añade un correctivo, como en esta: el *arte está, por decirlo asi, inxerto en la naturaleza.*

8º. Las metáforas son viciosas quando por su profusíon y amontonamiento hacen pesada y confusa la oracion, en lugar de adornarla e ilustrarla. Vénse siempre con buena discrecion y repartimiento, aun en los asuntos que de suyo

las piden. La materia debe traerlas, no arrastrarlas la violencia, ni la ridícula pretension de empedrar, digamoslo así, el estilo de metáforas. Y ¿ qué nombre darémos al estilo y al escritor, quando éstas son hinchadas, tenebrosas, é incoherentes? como lo de aquel autor del siglo XVII., edad de la última depravacion del gusto, quando dice de Semíramis: *Esta, pues, matrona, que solo nació muger para no hallar de que morir, encaneciendo á la llama de su fragilidad quantos laureles, huyendo de las tibiezas del olvido, aspiraron á las inmunidades de su frente?* ¡ Era fiebre, ó locura, la que podía dictar tales desvaríos !

Quando se eslabonan muchas metáforas seguidas en una misma oracion, y cada una forma por sí un sentido perfecto y una frase cumplida, no es siempre necesario que se saquen de un mismo y solo término, á menos de que se quiera hacer una alegoria. Asi podremos decir: *la agricultura y el comercio son los dos pechos que alimenta el estado: sobre estas dos bases descansa el edificio de la república.* Aqui vemos que el término de comparacion de la primera frase es tomado de las nodrizas que crian, y el de la segunda de la arquitectura.—Asi dice el P. Nieremberg: *La firmeza de la felicidad y quietud solo á la virtud tiene por cimiento: sin ella todo es un trasiego de deseos y esperanzas, con iguales heces de pesáres: todo es luchar con las amargas*

olas de la instabilidad. Tres son las proposiciones de esta oracion, y cada una saca su término de comparacion de obgeto diferente, sin confundir ni contradecir á la sentencia principal.

Synécdoque.

La palabra Sinécdoque significa comprehension ó concepcion: pues por medio de esta figura se hace concebir al entendimiento ya mas, ya menos de lo que significa en su sentido recto la palabra de que usamos. Este *tropo* se comete de muchos modos.

1°. Tomando un individuo en lugar de muchos, como quando decimos: *El Soldado defiende la patria: El enemigo huyó: El turco es sério:* por no decir los *soldados*, los *enemigos*, los *turcos*. Tambien se comete, al contrario, tomando el número plural por el singular; asi se dice: Los *Ambrosios*, los *Cicerones*, los *Platones*, los *Plutarcos ;* pero solo se nombran en plural estos personages quando, para autorizar alguna doctrina, se citan muchos juntos, y no uno en particular. Del mismo modo decimos los *Alexandros*, los *Césares*, los *Anibales*, quando los nombramos por exemplos de la perícia en el arte militar, en confirmacion de algun hecho histórico.

2°. Tómase la parte por el todo, como quando

decimos: *cien quillas* por cien navios: *cien cabezas* por cien personas; las *olas* por el mar; el *Nilo* por el Egipto; el *Tajo* por la España. En este sentido dice un autor: *Los Califas de Damasco vieron correr el Ganyes, y el Tajo baxo su imperio;* es decir que dominaron desde la India hasta España. Dirémos bien *los moradores del Bétis,* por los de Andalucia: *tocó al arma el parche,* por el tambor ó la caxa.—Y al contrario, quando tomamos el todo por la parte: *relucian las picas* por los hierros de ellas, que son las puntas.

3°. Tomando el género por la especie: asi decimos: *O! necios mortales!* (nombre que conviene á toda criatura sugeta á morir) en lugar de *o! necios hombres.* Llamamos asimismo *bruto* al caballo, sin embargo de convenir aquella voz á muchos animales quadrúpedos. Tambien tomando lo mas por lo menos, como: *las criaturas lloran,* por los pequeñuelos de pecho.

4°. La especie se toma por el género, como quando llamamos *deshonesta* á una persona viciosa: es un *pollino,* por decir á un hombre rudo que es un animal, viniendole á llamar lo menos por lo mas.

5°. La materia se toma por la obra ó instrumento, como el *acero,* por la espada ó el puñal; la *plata* y el *oro* por la moneda. Y al contrario, la obra se toma otras veces por la ma-

teria, diciendo: un buen *libro*, por la bondad del estilo ó del asunto.

6°. Los antecedentes se toman por los consegüentes, como: *Pedro se cansó de vivir*, esto es, *murió*. *Fuimos godos*, por decir, el imperio godo se acabó. *Aqui fué Numancia*, esto es, quedó destruida. Al contrario, tambien, los consegüentes se ponen en lugar de los antecedentes, como: *los graneros rebosan*, por la abundante cosecha: *los campos piden agua*, por decir que no hay llovido: *la Alemanía se arma*, es decir, amenaza una guerra: *la Syria vió las banderas cruzadas*, lo mismo que, los cruzados llegaron á ella. Pertenecen á este género de locuciones otras frases delicadas, como esta en elogio de un sábio que murió tan bien como habia vivido: *su fin no fué indigno de su vida.*

Despues de todos estos exemplos se debe advertir: que no siempre es permitido tomar una palabra por otra indistintamente. Las locuciones figuradas deben estar en cierto modo autorizadas por el uso, y á lo menos el sentido literal que se pretende dar á entender, ha de presentarse naturalmente al entendimiento, sin ofender la razon, ni los oidos, acostumbrados al rigor y propiedad del estilo figurado. No todas las partes de una cosa se toman por el todo, ni cada género por la especie, ni cada especie por el género, &c.: solo el uso da este privilegio á una palabra, y no á otra.

Asi, pues, se debe considerar como viciosa la Sinécdoque quando se toma de una lengua muerta, donde estaba autorizada, y se traslada indiscretamente, ó por una afectada erudicion, á la nuestra que no recibe todas las locuciones figuradas de los antiguos. Unas se admiten, y otras no; y de estas puede la poesía adoptar muchas que repugnan á la prosa: en esta eleccion se conoce el juicio y conocimiento del escritor en el arte de bien hablar. Los latinos llamaban *cuernos* á lo que nosotros llamamos hoy *alas* de un exercito. Decian tantas *popas*, tantas *proas* por tantas naves; y nosotros solo las contamos por *velas*, desechando otra qualquiera parte de la embarcacion para significar el todo. Otras veces llamaban *pino* al buque, sacando de la madera el nombre; nosotros decimos simplemente *leño* sin determinar la especie de la madera. Tambien tomaban los *tejados* por las casas; y nosotros solo hemos adoptado los *hogares*. Llamaban igualmente al mar el *salado*, tomando antonomásticamente este nombre por el sabor del agua; pero nosotros solo podemos imitar esta figura con este nombre compuesto el *mar salado*, ó *el agua salada*.

Metonimia.

La palabra griega *Metonimia* significa trasposicion ó trasmutacion de un nombre en otro, trocandole el significado; ya de la causa por el efecto, y al contrario; ya del adjunto por el del sugeto, y al contrario, &c. En este sentido podemos decir que este tropo comprehende á todos los demas; pero los retóricos le han reducido á los usos siguientes.

1°. Tómase la causa por el efecto como: *sol fuerte* por calor fuerte: *vivir de sus manos* por vivir de su trabajo, ó jornal. Damos el nombre de *brazo* al poder; de *mano* al favor, ó ayuda; de *espaldas* al amparo ó defensa; de *hombros* al aguante, ó paciencia.—En este sentido se toman los inventores de las cosas y de las artes por los efectos de su invencion; como *Marte* por la guerra; *Minerva* por las ciencias; *Céres* por el trigo; *Vulcano* por el fuego; *Baco* por el vino; *Venus* por el amor, las *Musas* por la *poesia*, el *Himeneo* por las bodas, &c. Aqui entran tambien los autores por sus obras, como quando decimos: léase *Ciceron*, *Virgilio*, &c. Otras veces se toma la causa instrumental por los efectos que produce, como: *tener mala lengua*, por mormurar: *tener buena pluma* por escribir bien; *tener buenas manos* por trabajar bien: *tener buen pincél* por pintar bien, &c.

2°. Otras veces se toma el efecto por la causa, como quando se dice: la *pálida muerte*, por la palidéz que causa en los cadáveres: *la pesada vejéz*, por la carga de los años: *el sangriento Marte*, por la sangre que se derrama en la guerra; la *triste viudez*, por la soledad en que queda la viuda; el *ciego amor*, porque ciega la razon á los enamorados, &c.

3°. Se toma el continente por el contenido, como quando decimos: *arde el Ayuntamiento, el Consejo*, esto es, la casa ó edificio: *se amotinó la cárcel*, esto es, los presos de ella: *comer un buen plato*, por un buen manjar: *clamar al cielo*, esto es, á la corte celestial: *Roma vencedora*, por los romanos: *Grécia sábia*, por los griegos: *los triunfos de España*, es decir, de los españoles: el oriente *siempre ha sido esclavo*, por decir, los pueblos que habitan aquellas regiones. Por la misma manera se dice: *el Norte invadió siempre al Mediodia.* Decimos tambien: *toda la tierra le aclama*, esto es, todos los hombres; *siglo, edad, ó tiempo feliz*, por los que en el vivieron.

4°. Otras veces se toma el contenido por el continente, como *San Pedro, Santa Sofia*, por sus templos. Tambien decimos *una fina Bretaña, una rica Olanda, una buena Coruña*, tomando el pays ó lugar de la fábrica por la tela. Por igual regla y traslacion se toma el *Lycéo* por la doctrina ó secta de Aristóteles; porque la

enseñaba en aquel sitio: el *Pórtico*, por la de Zenon; y la *Academia*, por la de *Platon*. Asi diremos por un modo culto y elegante: *Ciceron formó su alma en el estudio del Pórtico y del Lycéo.*

5°. El signo se toma por la cosa significada; como quando decimos: el *cetro ó la corona* por la dignidad real: la *tiara* por el pontificado; la *mitra* por el episcopado: el *capélo* por el cardenalato: la *toga* por la magistratura: la *oliva* por la paz: la *palma* por la victoria: los *laureles* por los triunfos: las *armas* por la milicia: las *banderas* ó *estandartes* por los exércitos; las *águilas* por las legiones romanas; los *leones* por las tropas españolas; las *lises* por las francesas; las *quinas* por las portuguesas; las *lunas* por las otomanas, &c.

6°. El nombre abstracto se toma á veces por el concreto, como quando la *guardia* se toma por el guarda: la *esperanza* por la cosa esperada: el *amor* por la persona amada. Asi decimos: *los Angeles son mi guardia: Dios es mi esperanza: amor mio ¿como me olvidas?* Del mismo modo decimos: *Juan es mala compañia: Pedro es la ruina ó la peste de la Ciudad.*—Asimismo tómase otras veces el sustantivo por el adjetivo, diciendo: *es* N. *un gran ingenio: un claro entendimiento; una gran habilidad: una hermosura;* por decir, es muy ingenioso, es muy entendido, es muy hábil, es muy hermosa hablando

de una imagen. Decimos tambien *hijo de perdicion* al hombre perdido; *padre de la mentira* al muy mentiroso: *quien contendrá á la ambicion?* esto es, ál hombre ambicioso? *La virtud hoy no tiene premio*, es decir, el virtuoso.

7°. Las partes del cuerpo, que se suelen considerar como asiento ú origen de nuestras afecciones, se toman por estas mismas: asi decimos: *hombre de gran corazon*, por de gran valor: *hombre de gran seso;* por de gran juicio: *hombre de gran cabeza*, por de gran entendimiento: *hombre sin entrañas*, por sin compasion, &c.

8°. Se toma tambien el nombre colectivo por el distributivo, como la *juventud*, por los jóvenes; la *humanidad*, por todos los hombres; el *clero*, por los clerigos; el *exército*, por los soldados.

Metalepsis.

La *metalepsis* es una especie de metonimia, por medio de la qual expresamos lo que se sigue para dar á entender lo que precede; ó bien, al contrario. Este *tropo* abre la puerta al discurso para pasar de una idea á otra, ó por decirlo mejor, es un continuado trasiego de ideas accesorias que se llaman la una á la otra.

La particion de bienes se hizo á los principios por suerte; y como esta precede á la particion, de aqui ha venido que *suerte* se toma por *partija*,

esto es, el antecedente por el conseqüente. Dice un eloqüente escrítor pintando la disolucion de Roma quando estaban ya perdidas las costumbres: *Un histrion dió herederos á los descendientes de los Cipiones y Emilios*, haciendo entender por un conseqüente, decorosamente disfrazado, un antecedente que encierra una torpe idea de la infidelidad de las matronas. Tiene este tropo mas licencias que la metonimia: asi decimos: *elegante vestido*, por vestido bien cortado, siendo propia del estilo la elegancia: *gentil frase*, por bella frase, correspondiendo la gentileza al buen talle y buena proporcion del cuerpo humano: *valiente pincél*, por diestro pintor, pues el valor es propio del ánimo: *bravo* llamamos al hombre valeroso y hazañoso siendo la braveza prop iade las bestias.

Pertenecen á este *tropo* muchos modos delicados y ornatisimos de decir, v. g. *N. olvida los beneficios*, por no corresponde á ellos—*Acuérdese v.m. de nuestro trato* por cúmplale v.m.—*Señor, no os acordeis de nuestras culpas*, por no las castigueis—*Yo he vivido bastante*, por tengo cercana la muerte—*Tiene un pie en la sepultura*, por es muy viejo: lo mismo que quando decimos: *la tierra le llama*.

Tambien se comete la Metalepsis quando, suprimiendo muchas ideas intermedias, pasamos como por grados de una significacion á otra. Asi se dice: *cuenta pocos abriles*, por pocos años,

hablando de una muy joven.—*Cuenta muchas navidades*, por mucha edad, hablando de uno muy viejo—*No contará muchos agostos*, por vivirá poco tiempo, ó tendrá corta vida.—Este caballo no cerrará hasta las *próxîmas yerbas*, esto es, hasta el verde proxîmo, par decir, hasta el año que viene.—*Este enfermo morirá al caer de la hoja ;* esto es en fin de otoño, que es quando se van desnudando los árboles y las vides.

Antonomásia.

La *Antonomásia* es una especie de synécdoque, por la qual ponemos un nombre comun en lugar de uno propio, para dar á entender que la persona ó cosa de que hablamos, es la mas excelente sobre quantas comprehende el nombre comun. Los de *apostol, profeta, filósofo, poeta, orador, sabio,* son comunes á muchas personas ; sin embargo, la antonomásia, haciendolos particulares, les da el valor de nombres propios : asi el *apostol* absolutamente nombrado es San Pablo; el *evangelista* San Juan, *el proféta* David. Por la misma razon quando los antiguos dicen el *filósofo* entienden á Aristoteles; quando los griegos, y latinos, dicen el *poeta*, entienden los primeros á *Homero*, y los segundos á *Virgilio :* y asi mismo quando unos y otros dicen el *orador*, entienden los segundos á Ciceron y los primeros á

Demóstenes: y en el sentido de la escritura el *sabio* es Salomon.

Otras veces el nombre de la patria califica y singulariza el nombre de sus mas famosos hijos, como quando se dice: el *Macedon* por Alexandro: el *Mantuano* por Virgilio, natural de Mantua: el *Paduano* por Tito Livio, natural de Pádua: el *Estagirista* por Aristoteles: el Panormitano por el Tedeschi natural de Palermo: el *Nebrisense* por Antonio de Nebrija, &c. Tambien se toma el nombre de una ciudad por el de aquellos prelados que la han ilustrado, como: el *Niseno* por S. Gregorio de Nisa: el *Nazianceno*, por San Gregorio de Nazianzio: el *Turonense*, por Gregorio de Tours: el *Abulense* por el Tostado, &c.

Los adjuntos ó epítetos son por sí nombres comunes, que pueden convenir á muchos; más la antonomásia los hace particulares. Asi nombra la historia á varios príncipes famosos con el título de *el Conquistador, el Sabio, el Prudente, el Justiciero*, &c. Del mismo modo los teólogos y los escolásticos califican á varios Doctores de la iglesia y cabezas de escuelas con dictados sublimes y espectables: con el de *Doctor angélico* á Santo Tomás de Aquino: de *Doctor seráfico* á San Buenaventura: *de Doctor extático* á San Juan de la Cruz; de *Doctor sutil* á Juan Escoto: de *Doctor iluminado* á Raymundo Lulio, &c.

La segunda especie de antonomásia se comete

quando ponemos un nombre propio por otro comun, y entonces queremos significar que la persona de que hablamos es semejante á la que tiene aquel nombre conocido, ó señalado por alguna virtud ó vicio. *Eliogábalo* fué un príncipe sumergido en los deleytes, y *Neron* exercitado en crueldades. Por eso se dice de un hombre muy sensual es *un Eliogábalo;* y de uno que es muy cruel é inhumano *es un Neron.* Aqui pertenece el nombre gentílico, quando le aplicamos, algun atributo característico de la nacion. Decimos de uno: *es un francés,* por decir un hombre ligero: *es un aleman,* por un hombre flemático: *es un ingles,* por un hombre meditabundo: *es un batavo,* por un hombre pesado: *es un sibarita,* por un hombre sensual: *es un hebréo,* por un usurero: *es un genovés,* por un amante del dinero, &c. Por la misma regla se dice *es un Caton* del que posée austéras virtudes, *es un cartuxo,* del hombre muy retirado: *es una Lucrecia,* de la muger casta. Del mismo modo damos el nombre de *Mecenas* à los protectores de los literatos, y de *Zoylos* á los envidiosos, censores de las obras agenas.

Ultimamente pertenece á esta especie la aplicacion del nombre patronímico á los descendientes de una cabeza ó fundador de un linage, como quando se llama *Romulides* á los Romanos; *Dardánides* á los Troyanos; *Sarracenos* ó *Agarenos* á los Arabes, *Otomanos* á los Turcos. De la pro-

pia suerte adaptamos á las divinidades paganas los nombre de los lugares de su primitivo ó mas famoso culto, ó de su fabuloso nacimiento; y decimos: el *Tebano* por Hercules: el *Capitolino* por Jupiter: Citeréa por Venus; Délia por Diana, &c.

Pero, sí, es impropiedad, envuelta en mucha afectacion, decir, como he leido en alguna parte, el *águila africana*, por san Agustin; el *Rey Gitano* por Faráon, &c. En este vicio cayeron en otro tiempo nuestros predicadores.

Onomatopeya.

Este *tropo* se comete quando se eligen algunas voces que representan por imitacion el sonido de lo mismo que significan. Asi se dice: que el gato *mahulla;* que el lobo *ahulla;* que el buey *muge;* que el cuervo *grazna;* que la gallina *cloquéa;* que el pollo *pía,* &c. sacando la formacion de estas voces imitativas de los sonidos radicales *mau, ahu, mú, gráz, cló, pí,* propios de ciertos animales, que por irrision ó sátira se aplican alguna vez á las personas, para exâgerar algun vicio ó defecto en su voz, quando hablan, cantan, lloran, ó rien.

Tambien se comete este *tropo* quando formamos palabras que imiten el sonido ó ruido de cosas animadas: como el *zumbido* de las balas;

el *silvido* de los vientos; el *chasquido* del látigo; el *tañido* de las campanas; el *estampido* del rayo; el *chisporrotéo* de la leña, ó carbon encendido, &c. voces todas compuestas de las radicales *zúm*, *síl*, *chás*, *tán*, *estám*, *chís*.

Catacrésis.

La *catacrésis*, ó *abusion*, ó sea *usurpacion*, se diferencia de la metáfora, porque se comete abusion donde falta de todo punto el nombre; y metáfora donde huvo otro. Fórmase *catacrésis* quando usurpamos las voces agenas, sirviendonos de ellas con abuso por la semejanza mas proxîma que tienen con las propias y naturales; ó quando carece la lengua de término peculiar y determinado para xpresar una cosa.

En el primer caso decimos, por modo extensivo: de *cavalgar* un caballo, cavalgar una caña; de *dar* una limosna, *dar* un consejo; de *fabricar* un templo, fabricar un navio; de las *hojas* de un arbol, las *hojas* de un libro; de una *columna* de marmol, una *columna* de tropas; del *corazon* del cuerpo animal, el *corazon* de una fruta; de la *boca* del mismo, una *boca de fuego*, *las bocas de un rio*, &c.

En el segundo caso llamamos *parricída* al que mató á su avuelo, á su hijo, ó á su hermano: llamamos *platero* al que trabaxa en plata como

en oro ; y decimos *herrar un caballo,* aunque las herraduras sean de plata, &c.

Antífrasis.

Se comete este *tropo* quando la palabra se recibe en contrario sentido, como diciendo *pelon,* que es cosa de mucho pelo, al animal que no tiene ninguno ; y *rabon,* al que no tiene rabo, ó cola, siendo asi que al principio se dixo del que tenia mucha. De suerte que los vocablos por antífrasis son propiamente rebesados, porque se toman al rebés de lo que propiamente significan. Algunos retóricos han hecho á este tropo parte de la ironía, porque comunmente se usa en sentido irónico, este es, por burla ó irrision de la persona á quien se aplica.

Especie y modo de este tropo es el *eufonismo,* que equivale á buen sonido de palabras, porque es una locucion que las cosas malas y odiosas, y los hechos torpes y abominables dice y declara con voces que suenan bien, no por su sonido material, sino por su buen significado. De esto hay muchos exemplos en la Escritura donde se dice *bendecir* por maldecir. Y Virgilio llama *sagrada* al hambre del dinero por no decir execrable. Al demonio llamamos el *enemigo ;* á los cuentos deshonestos cuentos *verdes ó colorados ;* á la ramera *mala muger ;* al tonto *bendito ;* al borracho

tomado, al bastardo *hijo de su madre*, por no decirle hijo de tal; á las necedades *descuidos* &c.

De aqui se derivó tambien, en cortesía castellana, tomar alguna anchura en los términos de hablar; como llamando al Rey *monarca*; al Señor *principe*; al caballero *señor*; al villano *caballero*; al pequeño de cuerpo *mediano*; al moreno *trigueño*; al negro *moreno*; al gordo *fresco*; al ventero ó mesonero *huesped*; al carnicero *cortante*; al oficio *arte*; al arte *facultad*; al albañil *arquitecto*; al alguacil *ministro*; al mancebo *oficial*; al sordo *duro de oido*; al ciego *privado de la vista*; al badajo de la campana *lengua*; á los cuernos *hastas*; al beso *ósculo*; á las orejas *oidos*; al hijo macho *varon*. Igualmente se dice al temerario *valiente*, al lisongero *cortesano*, al parlero *discreto*, al desvergonzado *despejado*, &c. Como esto es bautizar con nombre de virtud lo que es manifiestamente vicioso, y sale ya de los limites de la urbanidad, no debe considerarse como eufonismo, sino como adulacion ó lisonja, ó como ironia las mas veces.

Tambien suele servir el eufonismo en el nombrar las partes vergonzosas del cuerpo, sus usos y necesidades, encubriendo con honesto velo la indecencia ó fealdad de sus nombres propios. Asi llamamos *embarazada ó en cinta* á la muger preñada; *dar á luz ó alumbrar*, al parir; y

alumbramiento al parto; *achaque* á la mestruacion; *garganta* ó *pechos* á las tetas; *ya es muger* á tener la regla; *tener un desliz, un tropiezo*, por no decir claramente su flaqueza: llamamos *fragilidad* al pecado de sensualidad en el hombre y en la muger. Siguiendo este orden por partes y sexôs, se podria formar un largo vocabulario metáforico—urbano, que enseñaría el lenguage de la buena crianza.

Por *eufonismo* decimos en español cosas, que de su naturaleza son malas ó grandes, con el término de *buenas*, como: *Juan recibió una buena cuchillada*, esto es, grande; tiene una buena deuda, es decir, grande: *¿ Qué buen dia le espera?* esto es, que malo?

§. II.

TROPOS DE SENTENCIA.

Alegoria.

La palabra *alegoria* se compone de las voces griegas *all*, otro; y *agora*, discurso: y asi significaba entre los antiguos un discurso que al principio se presenta en un sentido propio, distinto del que se quiere dar á entender, y sirve al

fin de comparacion para la inteligencia de este sentido que estaba oculto. Lo que constituye esencialmente la *alegoría* es que aquello que al parecer dice, jamas es lo que quiere decir: nos presenta un obgeto, y es otro á donde se endereza.

Como la *alegoría* sea una continuada metáfora, algunos retóricos la han colocado en el número de los *tropos;* y otros entre las figuras de sentencia, y no con poca razon, porque no es mudanza de una simple palabra, sino de todo el sentido de la oracion, y tambien porque en la *alegoría* las palabras á veces son propias, á veces metafóricas, y pierde la naturaleza de tropo en uno y otro caso, porque componen un discurso entero y perfecto.

Hay frases alegóricas, breves y rápidas, que circunscriben la sentencia metafórica á un corto espacio; y éstas pueden ocupar lugar entre los tropos de pensamiento. Pero la composicion y sentido de la alegoría pura y mixta, y la de sus anexôs los enigmas, los apólogos, las parábolas, los emblemas, y los proverbios, pertenecen á las figuras de sentencia. Y asi se trasladan al fin de ellas.

Ironia.

Por medio de la *ironía* damos á entender lo

contrario de lo que decimos; y á este fin nos servimos de términos enagenados de su sentido propio y literal. Si quiero decir con disimulo de uno que es un mal poeta, le llamaré *otro Virgilio ;* y á un cobarde, *otro Cid.*

Las ideas accesorias son de un grande uso para conocer la *ironia :* el tono de voz del que habla, y mucho mas el conocimiento del demérito y circunstancias de la persona de quien se habla, sirven para interpretar el sentido irónico, mejor que las mismas palabras de que se compone. Se dice vulgarmente, pero digno de citarse aqui el exemplo por su socarrona pregunta, quando se quiere hacer burla de un baladron ¿ *Donde entierra v.m. ? :* como si le dixéramos ¿ donde tiene v.m. el cementerio para tantos hombres como mata ?

En la oracion contra L. Pison, que vendia por moderacion y desapego á los honores el no haber triunfado de Macedonia, habla asi Ciceron ¡ *Que infeliz es Pompeyo por no haberse aprovechado de tu consejo ! O ! qué mal ha hecho en no haber abrazado tu filosofia, pues ha cometido la locura de triunfar tres veces ! Yo me avergüenzo, ó Craso ! de tu ardiente ambicion hasta hacerte decretar por el Senado la corona laureada, despues que concluiste la mas horrorosa guerra. O ! necios Camilos, Cúrios, Fabricios ! O ! insensato Paulo ! O ! rústico Mario !* Esta es una perfecta ironía, no simple, sino compuesta de mu-

chos exemplos y comparaciones que repiten la misma idea.

Para templar la acrimónia de las palabras, y disfrazar la mordacidad que encierra la filosofia de este lenguage, se requiere el uso de una donosa naturalidad, cierta facilidad y discrecion graciosa, para sazonarlo todo con una urbana familiaridad.

La manera de hablar amfibológica ó ambigua que puede aplicarse á sentidos diferentes, si se usa de propósito y es breve, suele agradar, como lo que Anibal respondió al rey Antioco quando quiso que viese la gente que tenia á punto contra los romanos, muy ricamente armada y ataviada de oro y plata. Acabada la revista, le pregunta Antioco *¿ Bastarán estos para los romanos ?* y el Cartagines le responde : *paréceme que si, aunque sean muy codiciosos.*

Perífrasis.

Asi como la *frase* es aquella expresion ó modo de hablar con cierta trabazon de palabras que forma un sentido acabado ó no acabado ; la *perífrasis ó circumlocucion,* es la aglomeracion de muchas voces que expresan lo que se podría decír con menos, ó con una sola.

Sirve grandemente la perífrasis quando, en lugar de nombrar una persona, la señalamos de

un modo indirecto con algun accidente histórico, tomado de su vida, origen, proezas, ó muerte; como: *El vencedor de Dario* por Alexandro: el *conquistador de México* por Cortés: *el Apostol de las gentes* por San Pablo: *el príncipe de las tinieblas* por Luzbél: *el Apostol de Valencia* por San Vicente Ferrer: *el hijo alado de Venus* por Cupido: *el padre de los creyentes* por Abraham: *el padre de la medicina* por Hipócrates, &c.

Dícese tambien, quando se quiere hacer mas adornada, y sublime la oracion, *el reyno del espanto* en vez del infierno; ó el *eterno abismo,* si no queremos una expresion tan poética. Decimos asi mismo: *el fiero estruendo de Marte,* en lugar de la artillería.

Nos servimos de esta figura, unas veces para no ofender el pudor, disfrazando la torpeza ó poca decencia de una accion, como en este caso: *el importuno triunfó de su resistencia,* por no decir, *la violó.* Otras veces, para no herir el amor propio del oyente, se suaviza la dureza de la proposicion que cede en demasiada alabanza del que habla. Entonces dicta la modestia que se use de un ingenioso rodeo, como el del celebre principe de Orange quando, preguntado por una señora ¿qual era el primer capitan de su tiempo? respondió: *El Marqués de Espínola es el segundo,* por no decir que él era el primero. —De Carlos XII. de Suecia, á quien han que-

rido algunos comparar con Alexandro Magno, dice un historiador : *Carlos no fué Alexandro ; pero hubiera sido el mejor soldado de Alexandro ;* por no decir, que poseía solo el valor personal.

Aqui tiene su lugar la figura *Litóte,* por la qual se dice lo menos para hacer entender lo mas, como en esta expresion. *Este asunto pedía otra pluma,* por decir que no está bien tratado : *el héroe era digno de otro panegirista,* es decir, de un orador mas eloqüente. Decimos tambien, para disfrazar la idea, y suavizar lo duro de la palabra : *Dió fin á sus dias,* en vez de decir, *se mató.*

Se corrige y templa con estos rodeos la arrogancia ó fuerza de la expresion directa, como quando decimos : *habló con no poca osadía : obró con no mucha razon,* por no decir claramente con mucha osadía, y con poca razon. *No tiene todo lo de Salomon,* oí decir una vez con mucha gracia y novedad á uno, por no llamar á otro tonto. Vulgarmente se dice de un hombre de corto talento : *N. no es el que inventó la pólvora.* Se dice de un mezquino y agarrado : *no lo echa por la ventana,* por no llamarle lo que es. Tambien se dice con gracioso disimulo : *enseñarle á uno la puerta de la calle,* por no decir secamente, echarle de la casa.

Sirve tambien la *perífrasis* para ilustrar lo obscuro y hacer perceptibles las palabras abstractas ; á cuyo fin son de un gran uso las defini-

ciones metafóricas, que pueden ser consideradas como verdaderas perífrasis. Asi, en vez de decir la *posteridad*, la nombra un autor con esta amplificacion: *la que juzga en el sepulcro á los sábios y á los reyes, y pone á cada qual en su lugar.*

A esta segunda especie pertenece la *paráfrasis*, que es tanto como glosa ó comentario de la proposicion; porque, volviendo el autor á tomar la sentencia, se dilata y explica su mente añadiendo alguna reflexion circunstancia o ilacion, que ilustre mas la materia. La *paráfrasis* aclara y desentraña el primer pensamiento, acompañandole con otros; y la *perífrasis* substituye solamente una palabra ó una frase, sin alterar la substancia.

Es muy noble y delicado este modo oratorio de amplificar y esclarecer un pensamiento, sin las formas y sequedad escolásticas, que reprueba el buen gusto. De cierto filósofo insigne dice un autor: *fué discípulo de Descartes como Aristóteles lo habia sido de Platon, añadiendo sus ideas á las del Maestro.* Esta última claúsula es la paráfrasis, porque explica el sentido en que se considera aqui el discipulado de Aristóteles.— En otra parte dice otro escritor, hablando del favor que recibian las letras entre los antiguos: *Los protectores se baxaban á igualarse con los protegidos; y Horacio escribia á Mecenas, que es decir, al mayor grande del mayor imperio.* La distancia de Horacio á Mecenas no sería bien conocida y ponderada si faltase la última claúsu-

la, que comenta por desemejanza á los dos antecedentes. De un personage que habia llegado á la cumbre de la fortuna, dice otro escritor: *Colmado de riquezas y honores, se hallaba cada dia mas infeliz: sentía que al hombre que ya no espera ni desea, le es muy pesada la vida.*

Volvamos a los diferentes usos de la *perífrasis*. Nos servimos ultimamente de este *tropo* para ornato, realce, y lumbre de la oracion, para lo qual contribuyen no poco, como queda dicho mas arriba, las descripciones figuradas, que presentan el pensamiento con variedad y hermosura de colores que recrean á la imaginacion. Para no decir sencillamente *nace el sol precedido del alba que disipa las tinieblas y alegra á todas las criaturas*, transforma un ingenioso escritor esta magnífica, pero comun idea con mayor magnificencia y vivo colorido, de esta manera: *Yá vienen anunciando su proxîma llegada rayos de fuego que envia de mensajeros. El incendio crece, el oriente se viste de llamas, y los melodiosos coros de las avecillas con no aprendido canto saludan su deseada venida. Doránse las cumbres de los montes, y las eminentes copas de los árboles empiezan á brillar. Un punto resplandeciente asoma, y corre toda la ház del horizonte, rasga y roba el manto á la noche, y llena de luz todo el espacio. Entonces la naturaleza toda abre los ojos para ver al padre de la vida.* Para no nombrar sencilla y absolutamente la *lengua griega*, dice

cierto autor con este noble circunloquio: *aquella lengua con que Homero hizo hablar á los dioses, y Platon á la sabiduria.*

Hemos de convenir despues de todo, en que la *perífrasis* es ociosa si no comunica á la oracion mas energía y lustre; es inutil, si no presenta alguna circunstancia nueva para cubrir lo comun ú obscuro de la frase; finalmente es viciosa, quando es tenebrosa ó muy hinchada, ó sutíl, y no sirve para claridad ni para ornato.

Despues de una expresion viva, ilustre, y sólida, es la *perífrasis* una vana pompa y estéril abundancia. Quando nuestro entendimiento está impresionado de una idea felizmente expresada, no gusta de hallarla otra vez con otro trage mas rico, pero menos noble y hermoso. Quexandose el padre de los tres Horacios de la huida de su hijo en la tragedia de......le pregunta Julia *¿que querías que hiciese contra tres? Morir,* responde el padre, *ó buscar en la desesperacion la última fortuna.* El autor de este pasage, despues que le hizo decir *morir,* debia haber cerrado el pensamiento, arrojando la pluma, con esta sublime y breve respuesta, y no añadirle la última frase que le quita el énfasis y la valentia.

Hipérbole.

Quando estamos vivamente penetrados de una idea, y los términos comunes nos parecen caidos para levantar el espíritu de la expresion correspondiente ; nos servimos de palabras que, literalmente tomadas, pasan mas allá de la verdad, y representan lo mas, ó lo menos, para significar algun exceso, asi en lo grande como en lo pequeño.

El oyente rebaxa de la expresion hiperbólica lo que es menester rebaxar, formandose una idea mas conforme á la nuestra que la que podriamos excitarle con las palabras propias. Asi pues, para dar á entender la gran ligereza de un caballo, se dice, *es un viento, ó se come la tierra.* Tambien se dice de una persona muy lenta en su andar, que *tiene pies de plomo :* y aun es mas encarecida y animada esta misma idea con esta figurada, peregrina, y culta frase de un autor nuestro : *camina sobre los pies de la pereza misma.* Nada de esto es verdad ; pero por medio de una comparacion implícita conocemos el grado sumo á que llega la velocidad del animal, y la torpeza del hombre.

Muchos hipérboles se leén en la sagrada Escritura, como en el Exôdo (cap. 3.) donde dice : *Yo os daré una tierra por donde correrán arroyos de leche y miel,* por decir una tierra fertilisima.

En el Génesis: *Yó multiplicaré tus hijos como los granos del polvo de la tierra,* en lugar de tendrás una muy numerosa y dilatada prole. Léemos en el Salmo 35: *Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con la abundancia de los bienes de vuestra casa; y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleytes.* ¿Con que otras palabras se podría significar mejor la grandeza de estos deleytes, y la fuerza de sus efectos que con las de arroyo arrebatado, y de embriaguéz?

Entre otras terribles y espantosas amenazas que leemos en el Deuteronómio contra los quebrantadores de la ley, habla Dios asi: *Enviaré contra vosotros exércitos de enemigos que cercarán vuestras cuidades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los pies por su gran delicadeza y ternura, quando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre, y las heces en que salió envuelta la criatura, y esto á escondidas de su marido, por no darle parte de ellas.* ¡Qué terrible exâgeracion de la grandeza del hambre por el contraste de la delicadeza de una dama, y de regalado paladar con lo asqueroso y horroroso de la comida! Y ¡cómo se acrescienta aun ésta contraposicion pintando tan fino y blando el cuerpo de la dama, que no podía tenerse en pie, que es otro hipérbole!

De quatro modos se puede aumentar una cosa por el hipérbole: 1°. por demostracion, como:

Pedro es un Ciceron : 2°. por semejanza : *Pedro es como un Ciceron* : 3°. por comparacion : *Pedro es mas que Ciceron* : 4°. tomando el abstracto por el concreto : *Pedro es la misma eloqüencia*. Y aun por otros términos de encarecimiento que no se pueden reducir á formas determinadas, reluce la valentía del hipérbole ; como en estos breves exemplos del estilo conciso : por *los siglos de los siglos*, por decir tiempo sin fin, ó la eternidad : *está en los hüesos*, por está muy flaco : *no tiene sobre que caerse muerto*, por anda desnudo es decir, miserablemente vestido : *es la necesidad en pié*, hablando de un pobre necesitado : *huye de su sombra*, hablando de uno muy cobarde : *jugarse el sol antes que nazca*, para ponderar el último extremo del vicio en un jugador : *tomar el cielo con las manos*, para ponderar con esta demostracion exterior de un deseo vehementísimo, manifestado vanamente con la accion de los brazos, el enfado ó enojo de alguno por algun mal suceso ó mala noticia. Decimos tambien familiarmente, pero con mucha energía : *comerse los codos de hambre*, para ponderar, por la dicultdad ó imposibilidad de llegar á ellos con los dientes, el apuro último de aquella necesidad.

Véase como con oracion mas rotunda y galana un historiador moderno pinta y engrandece la Grecia para engrandecer á Corinto : *Corinto llave que abria y cerraba el Peloponeso, era la ciudad de mayor importancia en el tiempo en que*

la Grecia era un mundo, y sus ciudades naciones. —Para ponderar la rapidéz de las conquistas de Alexandro Magno, dice otro historiador: *Fueron tan rápidas, que el imperio del Asia pareció mas bien galardon de la carrera como en los juegos Olímpicos, que fruto de la victoria.*—Hablando de los célebres artistas griegos, dice otro eloqüente escritor, para ponderar su excelencia: *Athenas produxo entonces los Fidias y los Praxitéles, de cuyos cincéles salieron dioses capaces de hacer, en algun modo, disculpable la idolatría de los atenienses.*

Dice con mucha gracia y novedad nuestro Lorenzo Gracian hablando del genio guerrero de Carlos V.: *Las conquistas de Africa eran sus vacaciones de Europa.* ¡Qué grandeza, por su contraste, da al pensamiento la palabra comun *vacaciones!* El mismo escritor dice, hablando de la fortuna de Fernando el católico: *Empezó por rey de Sicilia, ilustre agüero de su gran cosecha de coronas.* ¡Qué feliz, y juntamente qué osada eleccion de una voz tan ordinaria como *coseeha* para formar una imágen tan extraordinaria como la de las coronas de Aragon, Castilla, Navarra, Nápoles y Cerdeña que ciñeron despues sus sienes !Hablando del descubrimiento de las Indias, cuyos dominios se unieron á España en su reynado, prosigue: *Juntó muchas coronas en una; y no bastandole á su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron*

otro. Aqui se forma la exâgeracion (sin contar la magnitud de la lisonja) de la grandeza que encierra en sí la palabra *mûndo*, aumentada con la repeticion de *otro mundo*, que no exîste, pudiendo haber dicho un emisferio y otro, que es lo que quieren significar impropiamente los dos mundos. Pero no se extendería tanto nuestra imaginacion con la verdad cosmográfica, si asi se puede llamar, de los dos emisferios, que componen dos mitades de un todo, como con la imágen ideal de dos todos, esto es, de dos mundos. Es mas poetica esta ponderacion en quanto es mas nueva, y salida del abuso mismo de la palabra mundo para significar el orbe terráqueo y de la otra *nuevo mundo* aplicada á la America despues de su descubrimiento; siendo asi que el nuevo y el antiguo reducidos á su verdadero término y natural acepcion geográfica, componen lo que llamamos propiamente la redondez de la tierra.

Por comparaciones contrastadas se realza grandemente el pensamiento, como en estas: *Fué Neron anfíbio entre hombre y fiera; pero Eliogábalo, aun de bruto degeneró.* Al uno, por gracia, se le pinta monstruó entre dos naturalezas; pero al otro se le niegan ámbas.

Pero son impropios y viciosos en la oratoria aquellos hipérboles que, pasando de lo verosimil, suben hasta lo imposible. Estos nunca dicen lo que son las cosas; más ni lo que pudieran ser.

Estas exórbitantes ponderaciones son mas permitidas á la fantasía poética, que suele alguna vez sacar de sus quicios á la naturaleza, como la de aquel que dixo.

Al pie de una corriente
Lloraba Galatéa
De sus divinos ojos
Por lágrimas estrellas.

Esta última expresion es afectada y repugnante á la verdadera eloqüencia, donde la grandeza ó importancia de los asuntos dictan al orador pensamientos grandes, pero naturales.

Léase este epitafio que estampó otro poeta en memoria y elogio de Carlos V.

Por túmulo todo el mundo,
Por luto el cielo, por bellas
Antorchas pon las estrellas,
Y por llanto el mar profundo.

En esta alegórica y artística composicion se descubre un violentisimo esfuerzo para juntar en la imaginacion distancias tan enormes, y extremos tan repugnantes á la verosimilitud, y aun á la comprehension humana. De estos encarecimientos, no digo gigantescos, no colosales, sino inmensurables, se formó el lenguage de los enamorados, esclavos, y aduladores. La expresion

del orador en un asunto alto puede ser alta; mas no tanto que se pierda de vista. Son mas tolerables aquellos términos hiperbólicos que, por una especie de gradacion, ván levantando el pensamiento, sin dexar aquellos inmensos intervalos que corren las imaginaciones desenfrenadas. De este género de vicio adolece esta expresion de Gracian, quando á la vista de un hombre venerable, de pelo y barba blanca, dixo Critílo: *Este vendrá de alguna comunidad, donde sacarán canas á un embrion.* Esta exâgeracion sale de los límites de lo verosimil, y aun de la analogía. El autor no quiso aguardar que naciese el feto para que entrase á padecer en este mundo. Y aun recien nacido ¿ podra ser individuo de una comunidad, para padecer sinsabores y contradicciones de los hombres?

Al *hipérbole* pertenece la *Auxesis* ó incremento, que es un hipérbole fino, quando por causa de amplificar ó engrandecer una cosa, en lugar de la voz propia ponemos otra mas cruel y terrible, diciendo, por exemplo, *muerto al herido; y sin alma* al lastimado de dolor.

Débese atender hasta que grado puede subir el hipérbole, porque muchas veces por querer levantarle sin término, destruimos su fuerza; y alguna vez resulta un efecto contrario al que se busca. Respecto de los hipérboles se ha de observar tambien lo que se aplica á las demas figuras en general, que aquellas son mas hermosas

que están mas ocultas, y que no se toman por tales. El hipérbole debe nacer de la pasion provocada de alguna gran circunstancia, como, por exemplo, lo que dice Herodoto de aquellos espartanos que murieron en Termópilas. *Se defendieron* (dice) *hasta que los bárbaros los sepultaron debaxo de sus dardos*. Está bien exâgerada la multitud inmensa de dardos, y no dexa de ser verosimil el caso, porque la expresion hiperbólica con que se pinta parece nacida del asunto mismo. Este pensamiento pasa de los límites de la verosimilitud, y cae en ridícula afectacion quando, hablando de la batalla de las Navas, dice un autor nuestro del siglo del mal gusto: *Las flechas arrojadas encubrian el sol, y se creyó que le apagaban*.

Entre los hiperboles descomunales y ridículos se deben contar aquellas frases fanfarronas, tan vanas y falsas como la realidad de la idea, segun se verá en el siguiente exemplo que lo puede ser de hinchazón y bizarría metafórica. El autor del referido siglo, hablando con el Rey de España, y este era Carlos II. le dice: *Los vaxeles de V. M. abollando á Neptuno su variable espalda, darán ley á los vientos y á las olas; y si alguna vez se rizaren sus espumas, se les dará licencia para ser hermosas, pero no crueles*.

Silepsis.

La *silepsis* oratoria es una especie de metáfora ó comparacion, por la qual una misma palabra recibe dos acepciones en la misma frase, una en sentido propio, y otra en el figurado. Un autor, para explicar que Achîles, principal motor del incendio de Troya, ardía en amor de Andrómaca, dice: *Ardía con mas llamas que las que habia encendido.* Aqui la palabra *ardía* tiene el sentido propio con respecto á Troya, y el figurado con respecto á Achîles.

Corresponde tambien á este género de traslacion, quando una misma frase es dos veces figurada, es á saber, quando en el primer sentido pertenece á un *tropo*, y en el segundo á otro. Léemos, por exemplo, en estilo místico: *Es necesario mortificar la carne.* En esta oracion la *carne* se toma por el cuerpo humano, esto es, la materia por la obra; y *mortificar* es palabra metafórica, que aqui significa abstenerse de todo deleyte sensual.

ARTÍCULO III.

DE LAS FIGURAS RETÓRICAS.

Aunque es cosa muy comun y freqüente en el lenguage ordinario del hombre civil el uso de estas locuciones que llamamos *figuras*; no por eso la retórica, que las expone y clasifica, dexa de considerarlas como uno de los instrumentos mas poderosos de la elocucion oratoria.

A ningun arte, á sábio ninguno, se debe la invencion de las figuras: yo lo confieso. La naturaleza las dicta desde que hay hombres que tienen necesidad de persuadir á los demas, ó interés en engañarlos: la naturaleza las dicta, vuelvo á decir, en la agitacion de las pasiones. Es cosa muy experimentada la eficacía con que conmueve los ánimos la prosa de un tratante en una féria, de un lloron é importuno pordiosero delante de una puerta, y del rústico que defiende su pleyto. Mas, sin embargo que inspira la naturaleza las pasiones, y dicta su idioma; el orador tranquilo, que siempre defiende la causa agena, y que ha de incitar con nobleza y regularidad los movimientos inspirados en las almas groseras por la pasion atropellada, recurre á

las reglas del arte que pule, mide, y ordena para la eloqüencia pública lo que la simple y desnuda naturaleza, en el hervor de los afectos, arroja con cópia inculta y arrebatada para los debates é intereses particulares.

Las *figuras*, pues, son unos modos de decir que, no solo expresan el pensamiento como las demas frases ordinarias, sinó que lo declaran de una manera particular que las caracteriza. Quando se usa de ellas oportunamente, dan viveza, gala, y belleza á la oracion; porque, sobre manifestar el pensamiento como las locuciones comunes, tienen la virtud de una forma especial que las distingue de las frases simples y llanas, para llamar la atencion y mover los animos.

Los retóricos distinguen dos géneros de *figuras*; unas llamadas de *diccion* ó palabra, y otras de *sentencia* ó pensamiento. Las primeras son de tal compostura, que si se altera el número de las palabras, ó se trueca el orden de ellas, desaparece su forma figurada, y queda la oracion en su construccion simple y gramatical. Las segundas, al contrario, son indestructibles, aunque se cercenen palabras, ó se inviertan; porque, como quiera que su efecto proceda de la naturaleza de los pensamientos, y del aspecto por donde los presenta la imaginacion, pertenecen á todos los estilos, y á todos los idiomas.

§. I.

FIGURAS DE DICCION.

Las figuras de diccion se hacen de tres maneras: ó por adicion, ó por diminucion, ó por trastrueque de palabras, con lo qual se caracteriza á cada especie; y servirán para su conocimiento los exemplos siguientes.

Repeticion.

Es la *repeticion* la *anáfora* de los griegos, cuyo primer oficio se descubre, quando empezamos todos los miembros y cláusulas de la oracion con una misma palabra. Esta puede ser, ya de nombre propio, ó de adjunto, ó de verbo; ya de pronombre, ó de preposicion, ó de conjuncion, ó de qualquiera otras de las partes de la oracion gramatical.

Dice Ciceron, hablando del Africano; *Cipion rindió á Numancia, Cipion destruyó á Cartago, Cipion salvó á Roma de la ruina de las llamas.* —Siga este otro exempo por los adjuntos ó epitetos: *cruel fué con los extraños, cruel con los suyos, cruel tambien consigo mismo.*—Otro exem-

plo empezando y continuando con un mismo verbo: *Cayó Alexandro, cayó Julio Cesar, cayó Antonio, y todos los de la fama cayeron.*—Sigue otro exemplo por el pronombre: *Suya fué la empresa, suya la execucion, suya la gloria de haberla acabado.* Refiriendo Solis las razones que dixo Cortés á sus soldados antes de acometer á los del capitan Narvaez su rival, émulo de su gloria y de sus hazañas, esfuerza su oracion con dos repeticiones de dos contrapuestos pronombres: *A usurparos vienen* (dice Cortés) *quanto habeis adquirido, y hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas. Suyas han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas.*

Otros exemplos se podrian juntar aqui, que excusamos presentar por no dilatarnos demasiado, siendo de suyo muy obvios á qualquiera que tenga algun uso del arte de hablar concertadamente. Pero, como en algunos está el valor de la figura, mas en el énfasis, que en la forma simple con que la caracterizan los retóricos; trasladarémos algunos exemplos para hacer sobre ellos observaciones en que se hará ver que no es tan indiferente, como parece á primera vista, el uso de esta figura, ni tan mecánico y pueril su oficio. Es la que muestra menos artificio ciertamente, y la que da vigor y espíritu á

todas las de sentencia, y á las mas graves y vehementes, pues en todas entra, y en todas luce y resalta: esfuerza la *interrogacion*, levanta la *invocacion*, anima la exclamacion, estrecha el énfasis, aviva la *descripcion*, acompaña la *gradacion*, y sostiene la *prosopopeya*.

Es muy necesaria esta figura, no por su composicion, pues es simple palabra, y á veces simple letra, para expresar el caracter de las pasiones mas vehementes. Ella no forma, ni frase, ni sentencia por sí; pero pone en juego y movimiento á las frases y á las sentencias. Con ella se enciende la ira, se arrebata la desesperacion, se sustenta la esperanza, se dilata la alegria, &c. Como el hombre apasionado tiene fuertemente clavada su imaginacion y su ánimo en el obgeto causador de su pena ó de su gozo, y como cerrados los ojos para todos los demas; ha de repetir muchas veces la palabra que lo representa, ó que lo recuerda á su consideracion.

Asi exclama una muger engañada y abandonada de su marido: *De un esposo tanta falsedad! De un esposo tanta perfidia! De un esposo tanta crueldad! Ay de mi! desventurada.* El esposo, obgeto aqui de su dolor, lo es tres veces de su lamento: en cada repeticion se hace una pausa, y en cada una se renueva el sentimiento. Podia haber dicho: *De un esposo tanta falsedad, tanta perfidia, tanta crueldad!*

pero ya no hablaría entonces el corazon, sino la admiracion expresada una sola vez, á pesar de ser tres las causas de ella: Podía haber dicho sencilla y sueltamente: *De un esposo tanta falsedad, perfidia, y crueldad!* Aqui parece que no habla la persona que padece, sino la que refiere el pesar ageno.

Quando la palabra repetida tiene un sentido demostrativo, como el de los pronombres, se representa con mas viveza la idea de la cosa á que se refiere. Atiendase á este exemplo: *Parece que los primeros hombres perdieron de vista las leyes de la naturaleza: de aqui nacieron nuestros errores, nuestros crimenes, nuestras calamidades, nuestros enemigos, nuestras guerras.* Podria esto mismo decirse sin faltar á la gramática, ni á la retórica, ni á la verdad; más si á la eloqüencia, esto es, no acompañando las cosas con el adjunto *nuestros;* pero el pronombre las hace propias de todos, asi del que habla, como del que oye; y las repeticiones nos inculcan mejor la verdad de los efectos que vemos, experimentamos, y sentimos en el estado moral y político de la humana sociedad.

Para insistir en una verdad y dar mayor fuerza á la proposicion, hacen tambien el mismo efecto los adverbios demostrativos, como en esta de Fr. Luis de Granada, quando dice: *Donde está la sabiduria, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza.* Dice otro escritor eloqüente

hablando de la muerte que se dió Caton, viendo perdída la libertad de Roma: *Este Caton, este filósofo, este ciudadano no supo hacer su muerte provechosa á la patria.* El pronombre *este,* repetido tres veces, llama otras tantas nuestra atencion hácia el sugeto. Decir *este* Caton es lo mismo que decir, *este,* de cuya virtud conservamos tan alta idea; *este* filósofo, aquel hombre que hemos oido celebrar por tan sábio; *este* ciudadano, aquel romano tan amante de la república; y con esto se viene á decir tacitamente: qué precipitacion, que flaqueza la suya, de matarse sin ningun fruto para la patria!

Esta *figura* sirve poderosamente para instar, redargüir, ó inculcar una verdad. Por exemplo, para probar que la poesía fue el primer lenguage de los sábios de la antigüedad, dice un autor: *En verso se enseñaron las primeras maxímas de la religion; en verso se escribieron las primeras leyes de los hombres; en verso se cantaron las primeras alabanzas á la divinidad; en verso hablaron los primeros teólogos, los astrónomos, y los historiadores.* Cada repeticion es lo mismo que decir: en verso, en lo que no sabiais, ó no creíais, ó dudabais, sí en verso.—Por la repeticion del pronombre, y muy enérgica, inculca Fr. Luis de Granada esta verdad: que los que hicieren buenas obras, gozarán de premio eterno, y los que malas, recibirán eterno castigo. *Esta* (dice) *es una sentencia que á cada*

paso repiten las escrituras divinas; esto cantan los salmos; esto dicen los profetas; esto anuncian los apóstoles; esto predican los evangelistas.

Una sola partícula gramátical se hace distributiva quando se repite en los miembros de la oracion, y da gran peso y claridad á las ideas que se quieren expresar. Pinta un autor el aparato de un exercito de moros que venia á la batalla: *Ya se ven tremolar las medias lunas; ya suena el metal sonoro; ya de los armados el susurro y voces; ya de los herrados brutos los relinchos.* En cada repeticion se representa ó se da á entender, ó bien la admiracion de quien lo cuenta, ó el temor de quien tenía que resistir al enemigo, porque uno y otro afecto hallan nuevos motivos para suspenderse en cada circunstancia del obgeto representado.

Puede estar la repeticion, no al principio de la oracion ni en el de sus periodos, mas tambien en medio de sus incisos, y siempre estará bien; y aun asi aparecerá menos estudiada, menos artificiosa, porque correrá mas libre la frase y mas natural. De la constitucion politica de los antiguos griegos dice un historiador. *La Grecia, siempre sábia, siempre sensual, siempre esclava, en todas sus revoluciones no experimentó sino mudanzas de soberanos.*—Oygamos á Cervantes en su Quixote, quando nombra las calidades del caballero: *Al caballero pobre no le*

queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso ; no soberbio, no arrogante, no mormurador.

En el uso de esta figura, como en todas las cosas, debe haber modo y término. Donde y quantas veces se puede repetir una palabra, tiene un límite y una regla, que es el buen juicio, y el buen oido. En pasando de quatro se puede decir que es afectacion, y pierde la oracion su compostura, y el pensamiento su eficacia. Y ¿ qué sera, si se ensartan como cuentas en cordon? Entonces será pesadez, falta de gusto, pueril vanidad.

De esta *figura*, por las diferentes formas que toma de la estructura de la frase,se derivan, como de un género las especies, otras figuras ; ya la *conversion*, la *complexion*, la *conduplicacion*, ó *traduccion ;* ya la *relacion*, la *reiteracion*, la *gradacion*, la *conjuncion*, la *disolucion ;* de todas las quales vamos á tratar separadamente.

Conversion.

La *conversion* se hace quando una palabra misma se repite muchas veces en el fin de los miembros ó períodos de la oracion, como quando Ciceron en una invectiva contra Marco Antonio, dice al senado : *Llorais la pérdida de tres exér-*

citos del pueblo? los perdió Antonio. Sentís la muerte de nuestros mas ilustres ciudadanos? os los robó Antonio. Veis hollada la autoridad de este orden? Hollóla Antonio.

Complexion.

La *complexíon* es la que abraza y encierra en sí las dos figuras antecedentes, porque hace repeticion no solo en el fin, sino en el principio de los miembros. Sea este el primero y mas comun exemplo: *Quien quitó la vida á su propia madre? No fué Neron? ¿ Quien hizo espirar con veneno á su maestro? El mismo Neron. ¿ Quien hizo llorar á la humanidad? solo Neron.* Esta composicion seca y simétrica, sin embargo, tiene mas las formas de la retórica que de la eloqüencia.

Salga aqui un exemplo del eloqüente Fr. Luis de Granada, el qual, diciendo que todos los géneros de bienes que por los hombres se pueden desear, se encierran en la virtud, como un bien universal en que se hallan todas las perfecciones, prosigue de esta manera: *Si honestidad deseais ¿ qué cosa mas honesta que la virtud que es la rayz y fuente de toda la honestidad? Si honra ¿ á quien se debe la honra y el acatamiento, sino á la virtud? Si hermosura ¿ qué cosa mas hermosa que la imagen de la virtud? Si utilidad*

¿ qué cosa hay de mayores utilidades que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien ? Si deleytes ¿ que mayores deleytes que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, que todo anda en compañia de la virtud ? Si fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se podrirá, y asi como humo desaparecerá. En esta composicion hay mas soltura, mas despejo, mas ornato y cópia y tiene la oracion miembros mas desembarazados y robustos.—El mismo, tratando de la bondad, justicia, y misericordia de Dios, repite con esta vehemente interrogacion los mismos vocablos para mayor instancia : *¿ qué ama quien á esta bondad no ama ? ¿ Qué teme quien á esta magestad no teme ? ¿ A quien sirve quien á este señor no sirve ?*

Conduplicacion.

Se comete esta figura quando en el principio del período se duplica una palabra misma para esforzar mas la expresion y el pensamiento. Sirvan estos exemplos : *temed, temed, no la muerte, sino la tremenda cuenta del juicio.* Dice por el mismo modo otro autor : *jamas, jamas, se dexa vencer el héroe, sino por generosidad.*

Es bellisima figura, sin embargo de ser de tan menudo cuerpo. Es muy usada en las pasiones

trágicas, y muy familiar en los airados. Usamos de ella en los grandes afectos, porque significa la perpetuidad de la representacion, como en estos exemplos: *No vivirá, no; tales son sus maldades.* Otro: *Sí, perecerás, sí; y no te servirán el poder y las riquezas.* Tambien se suelen hacer éstas repeticiones acercando las palabras como *no, no, sí, sí;* pero, ademas de que, siendo unos monosílabos se confunden sus sonidos, tienen más elegancia con la interposicion de otra palabra, y el intervalo que média, parece que dexa mas lugar á reiterar la intencion del que habla, como en esta: *Huid, ó miserables! huid,* que es la figura que los latinos llaman *resuncion.*

Cométese tambien esta *figura* quando una diccion misma ó frase es final de un miembro, é inicial del otro inmediato, como en aquella oracion en que Ciceron dice á Herenio: *Osas aun presentarte hoy á su vista, traydor á la patria! Traydor á la patria! te atreves hoy á ponerte delante de ellos!*—De la beneficencia y modestia del Emperador Marco Aurelio, asi habla su panegirista: *Los pueblos invocaban á Marco Aurelio, y Marco Aurelio les consolaba en sus desdichas. Todos adoraban á Marco Aurelio; y Marco Aurelio huía de sus inciensos.*

En la pintura que hace Cervantes de la vida retirada entre ásperas breñas de Anselmo y Eugenio para llorar con otros pastores los desdenes de la esquiva Leandra, prosigue de esta manera:

No hay hüeco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente. El eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse, y Leandra resuenan los montes; Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos.—De una fiera respuesta dicha con bizarría esto dice un autor nuestro: *Asi habló un español; un español, cuyo espíritu no cabia en su corazon, con no ser pequeño.*—Para mayor variedad, pondremos este otro exemplo: *tierra, tierra, gritan y claman todos los del vaxel; y no era tierra lo que veían.*—Otro: *No digo entre gentiles, no entre fieras digo, podria imaginarse tanta crueldad.*

¿Qué incremento no recibe el pensamiento con la repeticion de la palabra *ladrones* repetida por Cervantes, quando dice? *Parece que los gitanos nacieron en el mundo para ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo.*—Reprehende D^n^. Antonio Guevara la costumbre de los que en tumbas y epitafios dexan sus nombres, diciendo: *La mayor vanidad que hállo entre los hijos de los hombres es que no contentos de ser vanos en vida, procuran que haya memoria de sus vanidades despues de la muerte.*

Elegantemente hace esta reiteracion de palabras Fr. Juan Marquez con repetir un verbo

mismo en oportuno lugar : *No seamos cumplidores de palabra ; no nos amemos de boca, ni de lengua ; no nos amémos palabrera y engañosamente ; amémonos con obras y con verdad. Esta es la condicion del mundo ; la de Dios es muy de otra manera.*

Oygamos á Fr. Luis de Leon el qual, despues de haber dicho ser la amistad como fuerte núdo que ata y obliga á no desamparar al amigo afligido, y á compadecerle en qualquier trabajo, concluye : *El que tiene ánimo para cerrarlo á tanta deuda, y el que rompe con tan debidas, estrechas, y poderosas leyes, ánimo tiene de acero, y ánimo hecho para su solo interés.*

El mismo autor, comparando los deleytes sensuales de las cosas terrenas con los de las almas virtuosas que se unen con Dios, comete doble reiteracion, una con la palabra *deleyte*, y otra con la palabra *gozo* : *El deleyte* (dice) *que nace del conocer del sentido, es deleyte ligero, ó como sombra de deleyte, y es tosco y aldeano deleyte ; mas el que nos viene del entendimiento y la razon, es vivo gozo, gozo macizo, y gozo de sustancia y verdad.*—Elegante y grave es esta sentencia de Saavedra quando dice : *Si el corazon es grande, engendra grandes hijos, y busca empleos grandes.* —De mas subido valor es esta otra de Antonio Perez, amplificando y levantando el concepto con la oportuna y feliz repeticion de una misma palabra, quando dice en una de sus cartas : *Los*

grandes señores tienen mayor obligacion de amparar á los innocentes necesitados: grandes llamo yo no solamente en el grado sino en el ánimo, que estos tales son los verdaderos grandes. ¡ Qué de príncipes grandes se han visto, á quienes toda su grandeza de reynos y poderíos no los pudo hacer, ni aun parecer grandes!

Otros exemplos se nos vienen á las manos de rasgos mas breves y ligeros, bien que mas recibidos en la poesía que en la prosa, si ésta no disimula el esmero de su colocacion simétrica. Y consisten en repetir en el fin de la cláusula ó período el vocablo que se pone en el principio, como aquello: *Mira el peligro, y el consuelo mira.—Queria ver su patria, mas ver su miséria no queria.—Escuchaban á la lisonja; y á la verdad no escuchaban.* Todos estos modos, en médio de su linda construccion, tocan ya en el término del retruécano. Sin embargo, hay otros que por la gravedad de la sentencia, encubren el estudio, si lo hubiese, como estos: *Los hombres desde el atroz derecho de la guerra se armaron contra los hombres.—Crece el amor del dinero quanto el mismo dinero crece.*

Pero no es la prosa siempre tan sevéra ó melindrosa, que no admita en este género reduplicaciones que, si no dan gracia, dan alto y noble espíritu á la sentencia, y suponen en el escritor gran caracter y no vulgar filosofía. Cervantes de Salazar que escribia á mediados del siglo

XVI., hablando de que ningun animal sirve ni está sugeto á otro animal, prosigue: *Solo el hombre con el hombre tiene guerra; el hombre al hombre desea mal; el hombre fatiga y sugeta al hombre.* Parecerá pueríl esta repeticion; pues no lo es, y es muy varonil. De ella saca toda su eficacia y amargura tan vergonzosa verdad, pronunciandola ó leyendola con el énfasis y pausas que pide cada miembro de la oracion. Hablando de Motezuma, dice Solis con muy oportuna y sentenciosa reduplicacion de unas mismas palabras: *Era contenido en la gula, y moderado en la sensualidad; pero estas virtudes tanto de hombre, como de rey, se deslucian ó se apagaban con mayores vicios de hombre y de rey.* Esto era pecar á dos manos; y esto no se podía expresar sin la repeticion, que realza mas el contraste de las virtudes y vicios en una persona que tenía dos predicamentos, moral y político.

Traduccion.

Esta figura se comete quando se ponen las palabras duplicadas, triplicadas, y no formalmente en una misma terminacion, sino variada por género ó número, de que resulta una ligera variedad de sonidos en las sílabas finales, que dan cierta hermosura y elegancia á la oracion, como aquella muy conocida de Ciceron: *Llenos están*

todos los libros, llenas las maximas de los sábios, llena de exemplos la antigüedad.—Preciosos son los tesoros de la amistad, preciosa su compañia, preciosos sus beneficios.—Y lo otro de Lope de Vega, en su Angélica: *O! niñas, niño amor, niños antojos.*

Gradacion.

La *gradacion* es aquella progresion de palabras que enlazadas de dos en dos van formando como una escalera, subiendo en esta forma hasta la que es término del incremento de toda la oracion. Esta *figura* debe ser considerada con dos respectos: en quanto á la disposicion y orden mecánico, digamoslo asi, de las palabras, pertenece á la especie de las llamadas de *diccion*; y en quanto al orden é incremento de las ideas pasa á la clase de las de *sentencia* y se llama alli *aumentacion.*

Sea la primera leccion de esta *figura*, tomada por el orden y repeticion de las palabras, en las que está implícita la gradacion del pensamiento, el exemplo siguiente de un autor anónimo: *Numa fundó las costumbres romanas en el trabaxo; el trabaxo en el honor; y el honor en el amor de la patria.*—Léese en otro anónimo el siguiente: *El fin de la guerra debe ser la victoria, el de la victoria la conquista, y el de la conquista la con-*

servacion. Dice Gomez Arias en sus Avisos morales por una gradacion muy libre y agradable: *De ordinario llamamos pobre al mendígo; y nadie se libra de serlo. Pide el pobre al rico, el rico al poderoso, el poderoso al rey; y para que no se exceptue de mendigar la magestad, quando todos le piden, pide ella á todos.*

Como son tan variados los modos de hacer esta figura aunque su forma sea una misma; vamos á poner algunos exemplos en diferentes géneros de estilo para hacer mas aména y agradable la leccion: Sea el primero Miguel de Cervantes, quando dice: *Al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas, como quiera, sino el saberlas gastar.*—Oygamos á Fr. Antonio de Guevara, donde díce: *veo que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; que el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho; que la codícia desordenada se concierta con la malicia secreta, y la malicia secreta da lugar al robo público; y al robo público no hay quien le vaya á la mano.*—Concluyamos con este exemplo del siempre retórico y siempre eloqüente Fr. Luis de Granada, hablando del beneficio de la justificacion del pecador: *Al Espiritu Santo se atribuye la justificacion del hombre: porque el es quien previene al pecador con su misericordia: y prevenido, le llama; y llamado, le justifica; y justificado, le guía derechamente por las sendas de la justicia,*

Manera breve, natural y elegante de esta figura, es esta de Cervantes: *La buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo.*—En Dⁿ. Diego de Saavedra leemos esta no menos elegante y concisa gradacion: *No recibir de algunos, es inhumanidad; de muchos, vileza; y de todos, avaricia.*—El mismo autor dice en otra sin mas artificio que la simple y natural gradacion que ofrecen el orden de pocos, muchos, todos: *Pocos negocios vence el impetu, muchos el sufrimiento; y casi todos la razon, ó el interés.*—Hablando con el pecador ingrato á Dios y endurecido, dícele Fr. Luis de Granada: *O! miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion.*

Aunque la composicion de esta figura no puede depender del orden de los pensamientos sin depender á un mismo tiempo del orden de las palabras; hay casos en que este mismo orden y repeticion de una palabra, que por si sola no tiene un valor incremental, lo recibe de la especie de relacion progresiva y gradual en que el arte la coloca. Por este término dice un historiador: *Newton, este Newton, el inmortal Newton, tuvo que confesar la ignorancia del hombre.* La palabra *Newton* cien veces repetida no alcanzaría mas valor que el que en sí tiene este nombre; pero repetida con ciertos accidentes que la distinguen, realza cada vez la opinion de la persona.

El pronombre *este* saca su fuerza, no de sí mismo, sino del lugar que ocupa, porque puesto en el segundo engrandece la idea simple que llevamos formada por la primera palabra *Newton;* y el atributo *inmortal* levanta aun mas la segunda idea.

Otro historiador, hablando del respeto que causó á las Potencias de Europa Enrique IV. de Francia despues que quedó pacífico poseedor de la corona tanto tiempo disputada, dice: *Un hombre puesto en su lugar, un Rey, un Enrique, se presenta, y todos callan.* Aqui las palabras *hombre, rey y Enrique* tomadas en sí mismas, no declaran ningun incremento; pero en la gradacion que se presentan la segunda realza á la primera, y la tercera á la segunda, por medio de una idea enfática que viene de la correlacion de atributos, callados pero entendidos, en el lugar que guardan cada una de aquellas tres palabras, sin guardar el orden natural, como si dixeramos: un *hombre* que habia nacido para ser rey; un *rey* que sabía serlo; un *Enrique,* es decir su renombre, sus hazañas, y sobre todo sus virtudes personales.

Conjuncion.

Esta figura, que el gramático la considera como una partícula, como una conjuncion, y la vista vulgar como una simple letra, ocupa un

buen lugar en la retórica, y en la elocucion oratoria no tiene poca influencia.

Asi como en las manos de un hábil artífice las piezas mas menudas, y á la vista informes, reciben mucha hermosura por su oportuna é ingeniosa colocacion: asi las conjunciones, siendo la parte mas pequeña de la oracion, se hacen grandes y muy visibles colocadas, y repetidas oportunamente por el tino del orador. Sirven en cada miembro del período para insistir mas y mas en la representacion de aquellos obgetos de que está ocupado el ánimo, y la imaginacion del que habla; mas no arrebatada de alguna vehemente, porque en este caso se suprimen estas ligaduras para dar mas soltura y rapidéz á la expresion; y de esta libertad de las conjunciones se forma la *Disolucion*, que es la figura contraria, de que hablarémos despues.

De esta manera se explica una doncella israélita pintando la mortandad de su nacion ordenada por Amán: *¡ Qué mortandad por todas partes! Se degüella á un tiempo mismo á los niños, y á los ancianos, y á la hermana, y al hermano, y á la hija y á la madre, y al hijo abrazado con su padre.* En cada conjuncion hace el espíritu una pausa, se renueva el horror, y se añade un nuevo motivo á la compasion. Desecho el artificio de esta composicion, diciendo: *Se degüella á niños, ancianos, hermanos, hijos, madres, y padres,* se convertiría la descrip-

cion en un monton de muertos, y en un horror y lástima general y pasagera, como la de la conmemoracion de los difuntos que tiene dia señalado todos los años.

Sirve tambien esta figura grandemente para la amplificacion, como en este exemplo de Fr. Luis de Granada ponderando la cuenta del dia del Juicio, en que tendrá el pecador por acusadores quantos le precedieron en las buenas obras, y por testigos contra sí quantos le dieron exemplos de virtud: *Y con esperar tal juicio, no acábo de poner freno á mis vicios! todavia me envilece la gula, y me persigue la luxuria, y me envanece la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me levanta la ambicion, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad!*— Hablando el P. Ortiz de los frutos de la limosna, dice: *La primera condicion que se ha de considerar en la obra de misericordia, es que sea viva y formada, y llena, y valerosa, y la que propiamente se puede llamar atesorada en el cielo.*

Redoblanse felizmente las partículas copulativas para pintar con mas energía la diferencia de cada una de las cosas ó actos que queremos representar, llamando en cada pausa del inciso la consideracion del lector separadamente, como en la Elegía de Herrera á la muerte del Rey D. Sebastian en Africa, con alusion al exército de Faraon en el paso del mar vermejo, quando dice: *Y el Santo de Israel abrió la mano, y los*

dexó y cayó en despeñadero, y el carro, y el caballo, y el caballero.

Disolucion.

Esta figura, opuesta á la *conjuncion*, se hace quando la sentencia no se traba con vínculos ó ligaduras conjuntivas, y como no se enlazan las palabras, parece que el que habla tiene mucho que decir: suéltanse los nudos á la oracion, mas no se corta el hilo. Este desenlace y division hacen al estilo acelerado y vehemente en la forma del decir, y lo aparta de la vulgar locucion. Servímonos de esta figura para decir alguna cosa con aquel impetu y brevedad que pide la agitacion del ánimo ó la grandeza del pensamiento. Mas este desatamiento de los miembros no ha de ser muy dilatado, porque engendra fastidio la perpétua semejanza, que descubre el estudio, y no la pasion.

Dexando el tan trillado *veni, vidi, vici,* de Julio Cesar para los eruditos, y el otro no menos conocido *abiit, excessit, evasit, erupit* de Ciceron hablando de Catilina, sacarémos otros exemplos de lo que dice un historiador de ciertas tropas fugitivas: *Huyeron, se precipitaron, perecieron.* —De las últimas acciones de la vida de Marco Bruto dice un político: *Bruto quiere dar á Roma la libertad, levanta un exercito, acomete,*

pelea, se mata.—En la profecía del Tajo por el Maestro Leon habla el rio al rey Rodrigo de esta manera: *Acude, acorre, vuela, no perdones la espuela, no dés paz á la mano, menéa fulminando el hierro insano.*

No siempre son los verbos que expresan el pensamiento los que se desatan, sino tambien los nombres propios de las cosas. De esta manera expresa los sentimientos de su ánimo una Princesa despechada en boca de un autor: *A Dios: puedes partir: yo me quédo en Epíro, y renuncio á la Grecia, á Esparta, á su imperio, á mi familia.*

La omision de las conjunciones sirve muchas veces para que las cosas parezcan mas estrechamente unidas, asi como su repeticion las separa en cierta manera. Asi es que debemos usar de la disyuncion para denotar rapidez, y de la conjuncion para retardar y agravar. Tiene otra particularidad la omision de estas partículas, y es que, como ningun inciso se liga uno con otro, ni el último támpoco, parece que el que habla no dice todo lo que siente, y que podria añadir aun, puesto que se dexa como pendiente y no cerrada la sentencia, y de este modo se viene á cometer implicitamente una *Reticencia.*

Adjuncion.

Esta *figura*, que es *Zeuma* en griego, y en español corresponde á ligadura ó ayuntamiento, se comete quando el verbo que se pone al principio, ó al fin, ó al medio de la oracion, rige en comun muchas sentencias, y conviene á todas con igual significado; de suerte que cada una de ellas separada no podria formar sentido sin repetir en todas aquel verbo, como en este exemplo: *Burgos os da antigüedad: nobleza Galicia: Leon Coronas, y Toledo fortaleza.*— Esta otra en la misma forma: *caballos produxo Córdova: Xarama toros feroces; insignes Capitanes Castilla; Aragon insignes reyes.* En esta oracion, compuesta de otras quatro, se ve con mucha gala entenderse otras tantas veces un mismo verbo, sin repetirse en ninguna.

Relacion.

Esta *figura* consiste principalmente en una coordinacion de palabras que, colocadas con cierta simetría, se corresponden entre sí, y forman una especie de harmonía y cadencia, muy necesaria á la elegancia del estilo, como quando Ciceron dice de Pompeyo: *Hizo brillar en la guerra su valor, en el gobierno su justicia, y en las embaxadas su prudencia.*—Del gran

Mariscal de Francia el Visconde de Turena dice un orador en su oracion funebre: *Hombre grande en la adversidad por su fortaleza, en la prosperidad por su modéstia, en las dificultades por su prudencia, en los peligros por su valor, y en la religion por su piedad.*

El P. Mariana en el razonamiento que pone en boca del Condestable de Castilla persuadiendo al Infante de Antequera que se dexase jurar por rey, dice: *Os convidamos con la corona de vuestros padres y avuelos: resolucion cumplidera para vos, honrosa para el reyno, y saludable para todos.*—Don Antonio Solis dice que en una de las empresas mas peligrosas era tan grande la buena voluntad de los soldados para seguir á Cortés, que este tuvo que valerse de su autoridad para nombrar á los que debian quedarse: *tanto se fiaban* (dice) *los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitan.*

Desinencia Semejante.

Esta *figura* se comete quando en el remate de muchos miembros ó períodos de la oracion concurren palabras semejantes por el número y sonido de sus sílabas, como quando dice Ciceron: *No solo á su voluntad los ciudadanos asintieron, los aliados lisongearon, los enemigos obedecieron;*

mas hasta los vientos y las tempestades respetaron.

Hablando de los personages heroycos que asistieron á las fiestas de las bodas del trabaxo y la diligencia, baxo el velo de un cuento moral, añade Luis Mexía: *Hallóse allí Camilo con cinco dictaduras á cuestas, prometiendo templo á la Concordia, despues de tantas veces acusado, tantas veces desterrado, tantas veces revocado por el pueblo romano.*

Hablando de la condicion de los ambiciosos que jamas sacian sus deseos, dice Fr. Antonio de Guevara: *O! quantos en las cortes de los príncipes hemos visto, á los quales estuviera mejor el nunca ser señores de su querer! porque despues, haciendo todo lo que podian y lo que querian, vinieron á hacer lo que no debian.*

Cadencia Semejante.

Otra de las figuras que han señalado los retóricos á la harmonía es la *similicadencia,* por quanto las palabras que termínan las clausulas al cerrar la sentencia tienen una caida semejante, mas de ningun modo consonante. Servirán de exemplos las dos muestras que vamos á trasladar. Sea este el primero: *Tenía por su alto empléo muchos negocios que tratar, muchos libros que leer, muchas cartas que escribir.* Aquí vemos diferenciadas las terminaciones de tres

verbos, finalizando la primera en *ar*, la segunda en *er*, y la tercera en *ir*. Para el segundo exemplo pondrémos esta oracion del obispo Guevara: *No basta* (dice) *que el Juez sea verdadero en sus palabras, mas ha de ser tambien recto en sus obras; que ni el amor le venza, ni el temor le rinda, ni el ruego le ablande, ni el regalo le corrompa.* Vemos tambien en este exemplo con que cuidado, sin descuidarse de la harmonía, interpôla el autor las cadencias sonoras de cada cláusula, variadas en *za*, *inda*, *ande*, y *ompa*.

Hemos de confesar que todas estas formas pulidas de desinencias y cadencias, escogidas de intento como figuras retóricas, y traidas por pura harmonía, son afectaciones de principiantes ó de escritores de estragado gusto; pero usadas por necesidad, esto es, quando, para evitar una desagradable monotonía, se ha de consultar al oido, son gracia y discrecion. Y aunque en uno y otro caso hace el arte su primer papel; en el último sirve de socorro, mas que de ostentacion.

§. II.

FIGURAS DE SENTENCIA.

Llamanse figuras de *sentencia* á diferencia de las de *diccion*, aquellas cuyo valor y artificio no dependen de la colocacion de las palabras, ni del ornato que esta colocacion da á la frase, sino del sentido que recibe toda la oracion de la forma de su contextura, de la qual reciben espiritu y explendor los pensamientos, y calor y accion los sentimientos del ánimo. Con ellas se forjan las armas de la persuasion, se engrandecen las ideas, y se habla al corazon y á los ojos. Estos son los instrumentos de la eloqüencia, y los nervios del estilo oratorio ; las otras son sus colores.

Las figuras de sentencia se forman ó por *contrariedad* ó *contencion ;* ó por *incremento ;* ó por *abrupcion*, ó por *peticion ;* ó por *amplificacion*, ó por *ficcion*.

Antítesis.

Esta *figura* es aquella oposicion de palabras ó de ideas que forman por su contraposicion un sentido contrario entre sí, ya sea por relativos ó

por contrarios, ó por privativos, ó por contradictorios. Quando la oposicion campéa en solas palabras, como acontece á los escritores frívolos y superficiales ; pertenece esta figura mas á las de diccion que á las de sentencia.

Aunque en las palabras está siempre la oposicion de su significado respectivo ; sin embargo, aquella manera elegante y noble con que se contraponen, y la buena eleccion de ellas disimulan el juego mecánico de sus sonidos. Asi nos lo enseña, como aquello que dixo Ciceron de Catilina : *Venció al pudor la lascivia, al temor la osadía, á la razon la demencia.* No dixo á la castidad la luxuria, á la cobardia el valor, al juicio la locura ; porque, hubiera sido afectada la contrariedad de estas palabras por muy inmediatas sus relaciones. De este pobre gusto adolecen aquellos que á la pobreza la han de carear con la riqueza, á la luz con las tinieblas, al maestro con el discípulo, á la noche con el dia, á lo blanco con lo negro, al amor con el odio, á la muerte con la vida, &c. Por este modo de juntar contrarios dixo un autor que, queriendo ser agudo dexó de ser sólido : *¿ Pueden por ventura buscar la paz en la guerra los que siempre desean la guerra en la paz ?*—Por este mismo rumbo dice otro : *Acabaronse las burlas, y no cesaron las veras.*—Otro, muy enamorado de este amartelado estilo, escribia á fines del siglo XVII. con

estas encontradas frases, que eran entonces de moda: *No es pobre á quien no falta lo que no tiene, ni rico á quien no sobra lo que le falta.—Mucho dió la fortuna á muchos; conforme á la ambicion, á ninguno.—De lo que necesita la naturaleza ninguno hay pobre; de lo que pide la vanidad, ninguno hay rico.*

Este género de contrastes de simples palabras, sobre ser fastidiosos por su esmero y uniformidad, no pueden dar espiritu, ni gravedad, ni hermosura á la oracion. Ademas este estilo dista mucho del natural, porque la naturaleza, que derrama sus producciones con cierto desorden, no guarda una contraposicion tan simetricamente arreglada, ni tampoco saca de sus asientos las cosas para que luchen en una continua competencia, ó como si dixeramos, rostro á rostro.

Si uno de los exfuerzos mas necesarios, y no el menos dificil, al orador y escritor eloqüente, es el estudio de ocultar el arte ¿ hay cosa que mas lo descubra que un contraste continuado de palabras?

La contraposicion sábia, natural y agradable á la imaginacion y al ánimo, es la de los afectos, la de las imágenes, ó de las circunstancias. Este género de contrastes es uno de los caracteres mas brillantes del ingenio: con su artificio se imprimen en el oyente conmociones extremas y encontradas, mezclando ya la pena con el

placer, la tristeza con la alegria, el gozo con el terror. Oygase por la situacion en que se halla, lo que dice un fanático é intrépido Escandinávo mortalmente herido en el calor de una batalla, antes de espirar : *Yo muero* (dice) : *y siento en el morir una profunda dulzura. Dos ninfas divinas me levantan, y me sirven una deliciosa bebida en el cráneo sangriento de mi enemigo.* ¡ Se puede expresar con mas entusiasmo el dolor y el placer, la amargura y la dulzura, la agonía y la venganza !

Volvamos la vista á Marco Antonio quando, mostrando al pueblo romano el cadaver de Julio Cesar recien asesinado, le habla por boca de un escritor moderno de esta manera : *O! espectáculo funesto ! Veis aqui lo que os ha quedado del mayor de los hombres! Mirad este numen vengador que idolatrasteis, y que adoraron postrados sus mismos asesinos ! Aqui teneis el que, habiendo sido vuestro escudo en la guerra y en la paz, honor de la naturaleza, y gloria de Roma, una hora antes temblaba debaxo de sus pies toda la tierra.* Aqui saca toda su fuerza la antítesis de la comparacion de las situaciones tan opuestas entre sí.

Con igual energia, y con mas dulce conmocion de afectos, pinta otro escritor moderno el suplicio á que condenaron al justo Focion los ingratos atenienses : *Vierais luego como este héroe se iva*

él mismo á la prision, para oir su última sentencia, con el mismo semblante que quando salía entre las aclamaciones del pueblo á tomar el mando del exército, ó volvía triunfante de vencer los enemigos. Toma en fin el veneno, bendice al que le presenta la copa; y volviendo los ojos á su hijo, con voz débil y moribunda le dice: no te acuerdes de esta injuria sino para perdonarla.

Ciceron hace resaltar por la circunstancia de lugar la injuria que hizo Verres, Pretor de Sicilia, á los derechos de ciudadano romano, quando condenó á Gabio al suplicio de cruz, destinado solo á los esclavos, con la crueldad de haber mudado el lugar del patíbulo á otro sitio que da vista al estrecho de Mesina: *Tú te jactaste* (dice) *delante de todo el pueblo de que colocabas el patíbulo en aquel parage, para que un hombre que se llamaba ciudadano romano, pudiese ver desde lo alto de la cruz la Italia, y su propio domicilio. Tú elegiste esta vista de la Italia, para que, entre las agonias de la muerte, tuviese aun el dolor de ver que solo habia el corto espacio del estrecho entre los horrores de la servidumbre y las dulzuras de la libertad.*

Otro contraste de situaciones patéticas pone un eloqüente escritor, llamando la atencion á tiernos recuerdos con la representacion y el exemplo de varones fuertes: *En la adversidad,* (dice) *y humillacion resplandece la verdadera fortaleza:*

me parece que veo á Socrates bebiendo el veneno, á Fabricio sufriendo su pobreza, á Cipion muriendo en el destierro, á Epitecto escribiendo en la prision, y á Séneca mirando con tranquilidad abiertas sus venas. Y ¿ á quien no se le representarán por este quadro las figuras vivas de estos personages, haciendo cada uno su papel en tan trágica escena ?

Como sea esta figura una de las de mayor lustre de que echa mano la oratoria en la sátira, la ironia, la invectiva, la reprehension, y la exhortacion, para dar á la elocucion energia y gravedad ; me ha parecido conveniente añadir á estos exemplos de escritores extrangeros otros muchos de autores nuestros, que en este género pueden servir de modelos en todos los estilos. Léemos en Solis un contraste muy ligero y elegante hablando de las habitaciones de los Mexicanos : *Los Indios* (dice) *eran menos bárbaros, en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza, que los que fabrican grandes palacios, para que viva estrechamente en ellos su vanidad.*

Es puesto en razon, dice el P. Marquez, que el que haya sido fiel en la adversidad, vaya á la parte del gozo, y quien no desamparó al afligido, mejore tambien de estado, y prosigue : *Jesu Christo consagró con su exemplo esta doctrina : á los que padecieron afrentas con él, hizo compañeros de sus honras ; á los que le siguieron reo, es-*

cogió para jueces del mundo; y con los que se hallaron á su lado y en pie de tribunal en tribunal, ladeó él la silla de su gloria.

Pecado gravisimo es el del hipócrita, dice Fr. Luis de Leon, que siendo hombre malo, hace significaciones de bueno con apariencias de devocion y oracion: *Preséntase á Dios religioso, y tiene el ánimo muy alexado de Dios: muestrase por de fuera siervo suyo, y aborrécele en su pecho; gotean las manos sangre innocente, y álzalas al Señor como limpias.*

Encarece el mismo autor en otra parte la libertad del espiritu del que es amigo de la soledad y de la pobreza, desasido de las ataduras del mundo, y que con el alma y el cuerpo se aparta de sus bullicios y engaños, y dice: *Es sin duda maravillosa obra, y muy digna de Dios, hacer del hombre angel; y del nacido para las ciudades, amador de la soledad de los campos; y del necesitado del favor de los otros, contentisimo con vivir pobre y solitario; y del perdido por estos bienes visibles, aborrecedor de ellos. Y ¿quien será poderoso á sugetar al amor servíl de estas cosas al que gusta de la libertad del espiritu? La voz de la codicia pedigüeña ¡que poco ruido hace en su pecho! El deleyte importuno ¡quán poco molesta su alma! El estruendo del enojo, de la ira, y la venganza, el amor de mil desvariados y hervorosos deseos ¡qué mudos son para él!*

Para pintar la general corrupcion de vicios que tiene inficionados á todos los estados de la república, dice Luis Mexia: *Veo la amistad fingida y la triste invidia muy arraigadas: veo la avaricia muy encumbrada; y la vanagloria y jactancia muy suntuosa: veo los ladrones muy honrados y acompañados: veo el robo y el cohecho sentados en el tribunal de la justicia, y que todo el derecho está en las armas: veo que el que tiene puede, y el que puede manda: veo que las leyes son contra los flucos como las telarañas contra las moscas.*

El mismo Zárate, hablando de los hipócritas que quieren pasar plaza de buenos encubriendo su vanidad, y buscan su propio provecho con capa de virtud, dice: *Algunos hay que, de cobardes y afeminados, sufren injurias y vitupérios, y ponenlo á cuenta de Dios, diciendo que lo sufren por su amor: otros, por parecer abstinentes, padecen hambre y sed; y entonces se hartan quando comen de la carne de sus proximos.*—Fueron comunmente en todas las monarquias insignes reyes los primeros, porque todo les ayuda á la virtud, dice Lorenzo Gracian: *Duró mas en Roma la excelencia en sus reyes que en sus emperadores: aquellos eran hijos de su gallarda juventud, estos de su cansada vejéz: aquellos vencian, y estos triunfaban.*

Dice el mismo autor que los grandes principes y fundadores de un imperio nunca se criaron en

el ocio y en las delicias, sino en los trabaxos de la guerra ; y prosigue : *Valióle mucho á Enrique IV. de Francia para ser rey, y gran rey; el haber sido trasladado de la cuna al pabellon ; y mas gloriosas fueron las abarcas del rey D. Sancho que el zapato de ambar de otros principes. La primera gala que se puso el niño Jayme, famoso conquistador, fué el arnés ; y aquellos infantiles miembros que aun no sabían andar, ivan ya cruxiendo la malla y la loríga.*

Esforzando á un Caballero que dexó el servicio de la milicia por la vida del claustro á tenerse por dichoso por haber huido de las persecuciones de sus émulos, continua Quevedo de esta manera : *Alta y descansada seguridad es esta para quien ha padecido las envidias de los hombres, y las trampas de la fortuna : Este propio estipendio he visto cobrar á los grandes Señores que ví mandar las armas ; y á los que ensordecieron con rumor la tierra, y fueron amenaza de grandes poderios, les fué postrera cláusula de la vida carcel desacreditada. Recorred vuestra memoria, y hallareis cementerios de ilustres y horribles cadaveres entre los huesos y prisiones de los que los acompañaron, ó les dieron órdenes.*

Hablando de la estatua que erigieron los romanos en el capitolio á Junio Bruto matador de Tarquino, y de las coronas de laurel con que premiaban á los beneméritos de la patria, dice en

otra parte el mismo autor: *La sabiduria romana, que tuvo por maestro a su pobreza, para premiar la virtud y el valor labró moneda con el cuño de la honra; y sin empobrecerse del oro y de la plata, tuvo caudal para satisfacer á los generosos y magnánimos. Honraron con unas hojas de laurel una frente: dieron satisfaccion con una insignia en el escudo á un linage, y recompensaron con una estatua vidas casi divinas. Estas prerogativas no las permitieron á la pretension, sino al mérito: cobraronlas las hazañas; no las daban la codicia ni la ambicion. Ricos fueron los romanos en tanto que fueron pobres: con su pobreza se enterró su honra.*

Queriendo encarecer Fr. Luis de Granada el misterio del nacimiento del hijo de Dios, usa de la mayor fuerza y grandeza del contraste de situacion entre el poder y magestad del Señor y la humildad del lugar donde quiso nacer: *O! venerable misterio! mas para sentir que para decir; no para explicarlo con palabras, sino para adorarlo con admiracion en silencio! Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los Chêrubines, y que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondéz de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies la tierra ¡que haya querido baxar á tanto extrêmo de pobreza,*

que quando naciese, le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre!

Donde se atraviesa amor de Dios, no hay contento mayor que padecer por él, dice el P. Marquez, y lo pondera con esta oposicion de situaciones: *¡Que será haber llegado á aquella perfeccion de amor á que llegaron los que se regalaban en el martirio! y en fé de que padecian por quien amaban, se paseaban por las áscuas como por un jardin, y se hallaban sobre los cuchillos como sobre cama de rosas!*—El mismo autor en su Gobernador Cristiano pondera la altanería y crueldad de los malos Gobernadores de esta manera: *Siempre los magistrados infieles, fiados en su potencia, tratan al pueblo sin piedad; y sin embargo quieren ser lisongeados con título de bienhechores, que es aun mayor tiranía.*

Hablando de un prelado de Guadalupe, afligido de gota artética, que no le permitió en quatro años menear pie ni mano, pues por la agena comia y bebia, continúa el P. Sigüenza asi: *Estando de esta suerte gobernaba aquella casa tan grande, y regía aquel pueblo, el que no podía gobernar ni un dedo de su cuerpo; y se tenían por contentos y bien regídos del que no podía amenazar á un mosquito.*

Pone Fr. Antonio de Guevara en boca de un rústico de los Germanos una plática que dixo al senado romano, quexandose de las tiranías que

cometían los gobernadores que les enviaban: *Yo veo* (dice) *que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre: todos condenan el adulterio, y á ninguno veo continente: todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido: todos reniegan de la avaricia, y á todos veo que roban.*

Para ponderar la contradiccion del hombre quando no está verdaderamente resignado á la voluntad de Dios, el qual, acabado su recogimiento, busca luego su propia estimacion, asi le arguye el Maestro Avila: *Pues ¡cómo, hermano, allí te encierras, y echas la aldaba tras tí; y aqui buscas estimacion de tus obras, fama, y locura! Allí lloras porque pecaste, y aqui haces de nuevo porque pecar; allí dices que eres tierra, y aqui juras que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una misma cepa!*

El favor del pueblo, dice D. Diego de Saavedra, es el mas peligroso amigo de la virtud; y así es gran sabiduría ocultar la fama, escusando las demostraciones del valor, del entendimiento, y de la grandeza; y lo confirma con estos exemplos: *Nos pueden animar los exemplos de varones grandes que de la dictadura volvieron al arado; y los que no cupieron por las puertas de Roma, y entraron triunfando por sus muros rotos, acompañados de trofeos y de naciones vencidas, se*

reduxeron á humildes chozas, y allí les volvió á hallar la república.

Podemos atribuir estos grandes efectos de los contrastes á que dos cosas en oposicion se realzan la una á la otra, como quando se pone un hombre pequeño al lado de otro grande, que ambos, al parecer, aumentan lo que son. La oposicion de las situaciones causa el mismo efecto que la de las distancias de lugar y de tiempo: el mayor espacio é intervalo que la imaginacion ha de saltar, es lo que nos sorprehende y ocupa el espíritu, porque no puede conciliar lo que ve con lo que ha visto, ni lo que de presente pasa con lo que pasó, y lo que no es con lo que fué. De este pasmo y admiracion nace el deleyte que sentimos en todas las imágenes en oposicion. Lució Floro, hablando de los Samnítas, con las palabras mismas con que pinta la destruccion de aquellos pueblos manifiesta la grandeza de su valor y resistencia, quando dice: *Sus ciudades fueron de tal suerte destruidas, que no es fácil mostrar hoy el parage de lo que fué motivo de veinte y quatro victorias.* —Francisco Patricio, hablando de la ruina de la Grecia despues de la conquista de los turcos, dice: *De tal suerte destruyeron los bárbaros aquella region, que casi no ha quedado rastro de Grecia en Grecia.*

El embeleso de este estilo consiste muchas veces en una palabra que aparta nuestra vista

del obgeto principal, y muestra de lado el espacio, el tiempo, la vida, la muerte, ó alguna otra idea grande ó melancólica. En un pays de Pousin, se vén unas zagalas baylando al son de una zampoña; y un poco desviado un sepulcro con esta inscripcion: *Tambien vivia yo en la deliciosa Arcádia!*

¡Quanto poder tienen en nuestra imaginacion los gestos, las actitudes, y las situaciones! La vista de una pintura nos alegra, nos entristece, ó nos horroriza. Figurémonos pintado aquel pasage de la Iliada en que Homero nos representa á Jupiter sentado en la cumbre del Ida, y al pié del monte á los troyanos y griegos que, envueltos en las tinieblas con que aquel Dios cubrió el campo, se matan unos á otros en la confusion de la batalla, sin que se digne mirarles; antes con sereno rostro tiene la vista vuelta hácia las campiñas de los Etiopes que se sustentan de leche. ¡Qué contraste tan magnífico, tan vivo y tan expresivo, no del sonido ó significacion de las palabras, sino de la significacion de las situaciones contrarias! Esta pintura, este emblema poético, ¡no nos ofrece juntamente el espectáculo de la miseria, y de la felicidad; de la turbacion, y del sosiego; del crimen, y de la inocencia; de la fatalidad de los mortales, y de la grandeza de los dioses!

No seamos siempre gentiles por querer ser eloqüentes, pues que en la sagrada escritura

abundan estas asombrosas y magnificas imágenes. En el Salmo XXVIII. pinta el profeta al verdadero Dios en situacion muy semejante á la que el poeta da al fingido: *Los ojos del señor* (dice) *estan puestos sobre los justos, y sus oidos en las oraciones de ellos; mas su rostro airado está sobre los malos, para destruir de la tierra la memoria de ellos.*—En otra parte habla Dios por Isaias, con esta amenaza, á su pueblo: *quando extendíeredes vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y quando multiplicáredes vuestras oraciones, no las oiré.* No se pueden pintar con imagen mas viva las demostraciones exteriores del enojo de Dios contra los malos que solo le buscan en la tribulacion.

Paradíastole.

La *paradíastole,* ó *separacion,* llamada asi porque separa las cosas que de su naturaleza parecen compañeras, saca el contraste, contraponiendo aquellas palabras cuyo sentido parece semejante por una inmediata modificacion ó distincion, que las diferencia realmente, como aquello: *fué constante sin tenacidad; humilde sin baxeza, intrépido sin temeridad.*

Los nombres de las cosas, dice el P. Mariana, de ordinario andan trocados entre nosotros, como jueces imprudentes de ellas, equivocando las verdaderas causas: *Dar lo ageno y derramar*

lo suyo, se llama liberalidad; la temeridad y el atrevimiento se alaba de valor, mayormente si tiene buen remate; la ambicion se cuenta por virtud y grandeza de ánimo; el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y severidad.

Para ensalzar los atributos y perfecciones de Dios, Fr. Luis de Granada le dirige esta oracion de adoracion profunda: *O! invisible, y que todo lo ves! inmutable y que todo lo mudas! á quien ni el origen dió principio, ni los tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin! Vos soys el que criaste todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio, y las regís sin trabaxo, y las moveis sin ser movido! Vos estais dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas, y no desechado; debaxo de todas, y no abatido; encima de todas, y no altivo.*—El mismo autor, hablando de las divinas consolaciones que gozan las almas virtuosas en la oracion, pinta con colores opuestos de qué manera encendidas en amor de Dios se levantan sobre sí mismas: *En este santo exercicio alegra el Señor á sus escogidos: Allí en presencia del criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gozanse, comen y han hambre, beben y han séd, y con todas las fuerzas de su amor trabaxan, Señor, por transformarse en vos.*

Hablando Solis de aquella ocasion en que Hernando Cortes lloró por la derrota de su



gente, al mismo tiempo que animaba á los que habian sobrevivido, añade: *Sería digno expectáculo de grande admiracion verle aflixido, sin faltar á la entereza del aliento; y bañado el rostro en lágrimas, sin perder el semblante de vencedor.* —Hablando de las costumbres de Esparta, donde las leyes parece que transformaban los hombres en otras criaturas, dice un historiador: *Allí había ambicion sin esperanza de mejor fortuna; habia afectos naturales, y no habia marido, hijo, ni padre.*

Oygamos á Fr. Luis de Granada con qué admirable modo junta la repugnancia de estos contrastes enfáticos hablando del dia del Juicio final: *Considera las señales espantosas que precederán este dia en todas las criaturas del cielo y de la tierra, porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan; y se estremezerán, y comenzarán á caer antes que caygan. Los hombres andarán atónitos y espantados, antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores. Nadie habrá para nadie, porque nadie habrá para sí solo.*

Muy consolado debe vivir el que de fuertes enemigos exteriores é interiores se ve combatido, dice el P. Francisco Zarate, teniendo dentro de su alma tan rica mina de gloria y galardon en la paciencia: *Los prescítos* (dice) *muchas veces desean lo bueno, pero vuélvense á los males de su costumbre; quieren ser humildes, pero sin que los*

desprecien; castos, sin macerar la carne; pacientes, sin sufrir injurias: asi que, quando quieren alcanzar las virtudes, huyen de sus trabaxos. Y estos ¿qué otra cosa desean sino el triunfo de la guerra en las ciudades, no habiendo experimentado su trabaxo en las campañas?

Disparidad.

Aqui se puede colocar, entre los contrarios, la oposicion en las sentencias, por la qual disonancia y disparidad forman una artificiosa y agradable contradiccion que da gran realce y energía al pensamiento, como aquello de Lorenzo Gracian: *No se da en el mundo al que no tiene, sino á quien mas tiene: á muchos se les quita la hacienda porque son pobres: los ricos son los que heredan, porque los pobres no tienen parientes: el hambriento no halla un pedazo de pan; y el ahíto está cada dia convidado.*

El celo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interés, y al antojo de los particulares, dice Don Antonio Solis en su historia de la conquista de Nueva España; *y al mismo tiempo* (continúa) *se ivan acabando aquellos pobres Indios que gemían debaxo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con*

la esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.— Del caracter tiránico de Tiberio habla un eloqüente historiador de esta manera: *Del tercero de los Cesares hablo, de aquel Tiberio que se desdeñó de ver los hombres, sin tener valor para dexar de oprimirlos.*

Reflexion.

La *reflexion,* que tambien se llama *conmutacion,* es quando la sentencia que diximos se hace diferente, invirtiendo y trastrocando las mismas palabras; como aquello que dixo uno hablando de la universidad de Salamanca: *O! escuela de los maestros, y maestra de las escuelas!* Y lo que se ha dicho comunmente de lo que corresponde á cada edad: *Quánto parece bien un mozo viejo, parece mal un viejo mozo.* Y tambien la otra sentencia vulgar: *Debemos comer para vivir, no vivir para comer.*—Otra no tan vulgar y mas elegante en su concepto, es la siguiente: *No está la felicidad en vivir, sino en saber vivir.*—En el retrato político de Alfonso VIII. dice el Conde de Cervellon: *Raquel, despues de haber hecho del rey un amante, quiso hacer rey al amor, pasando á ser insufrible en sus decretos la dulce tiranía de los ojos.*

Endíasis.

Este contraste es la contraposicion de dos palabras que, por la incongruencia de su propiedad, se excluyen la una á la otra; y juntadas con cierto enlace artificioso, se ajustan y conforman á la sentencia principal, como aquello: *Con las letras peleamos y con las armas enseñamos que los reyes son sagrados en la tierra.*

Cométese tambien esta figura, y no con poca gracia, quando del atributo del nombre precedente formamos el sustantivo que sigue: Asi dice uno: *la eloqüencia arrebata los corazones con suave fuerza y fuerte suavidad:* como si dixese, con una suavidad que obra lo que la fuerza, y una fuerza que obra lo que la suavidad. Tambien dirémos con la misma indirecta contraposicion: *Las órdenes militares hicieron antiguamente religioso al valor, y valerosa la religion.*—Tambien dirémos, y dirémos bien: *Los malos autores son los que ostentan una estéril abundancia,* significando con esta contraposicion una esterilidad de cosas, y una abundancia de palabras.—*Monstruo ordinario* (dice Nieremberg) *es la avaricia de los viejos; y la codicia de los ricos es una pobreza alhajada.*—Hablando de Hernando Cortés que dexó la universidad por las armas, dice Solis: *Conoció que no convenía contra la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios.*

Aumentacion.

Esta *figura* se comete quando la frase y sentencia que sigue á la primera dan incremento cada una á la precedente, añadiendo, como por grados, mayor fuerza y valor á la proposicion. El poder de esta figura es muy eficáz para imprimir una verdad sin violencia ni estrépito, y pintar en pocas y medídas palabras la grandeza de las personas, y de las cosas; ó la baxeza y miseria de ellas.

Oygamos lo que dice Ciceron contra Verres: *Atentado es aprisionar á un ciudadano, es una maldad azotarle, y casi un parricidio darle la muerte ¿qué dirémos de clavarle en una cruz?* —Hablando un orador de la muerte del célebre General de Francia Mauricio de Saxonia, dice: *Su muerte fué una calamidad para la Francia, una época para la Europa, y una pérdida para el género humano.*—Para describir los pasos como fué introduciendose la corrupcion en las cabezas de la sociedad civil, dice un historiador: *Los pueblos en su nacimiento reconocieron luego caudillos, laboriosos al principio por necesidad, ricos despues con el trabaxo, corrompidos al fin con la abundancia.*—Dice Fr. Don Antonio de Guevara en una de sus cartas en que da consejos á un amigo: *Para emprender una cosa es menester cordura; para ordenarla experiencia, y para*

acabarla paciencia; mas para sustentarla es menester buen esfuerzo, y para menospreciarla grande ánimo.

Que se ha de pasar por las alabanzas y mormuraciones, sin dexarse halagar de aquellas ni vencer de estas, nos dice Don Diego Saavedra de esta manera: *Desvanecerse con los loores propios, es ligereza del juicio; ofenderse de qualquier cosa, es de particulares; disimular con muchos, de principes; no perdonar nada, de tiranos.*—Para ponderar Antonio Perez que, aun despues de caido del favor, atormentado, prófugo ya, y olvidado, le perseguian aun sus enemigos añade. *¡ Quántas veces procuré, como aquel que quiere escapar de los cuernos del toro, tenderme en tierra, y no resollar, y no me aprovechó! que, muerto y sin resollar, me han arrebatado del polvo, me han arrojado en alto una vez y otra sin cansarse; pero el perseguir al casi muerto, es levantarle, es resucitarle, es estimarle, es subirle de precio.*—Que la adversidad, dice Fr. Luis de Leon, es la que de ordinario hace al hombre feliz y señor de sí mismo: *El ser combatido cada dia de males, y hacerles cada dia cara y vencerlos, le acostumbra á ser vencedor, y por el mismo caso la adversidad le hace grande, y señor, y altisimo hasta tocar en las estrellas.*

De la muerte de Hipon, hombre vil y obscuro, que se habia apoderado de la gracia de Tiberio, y habia causado la muerte de muchos varones

principales de Roma, habla Fr. Juan Marquez de esta manera: *De esta muerte se siguió el desengaño del pueblo, que echó de ver en este exemplo que aquellos que el favor levantó de pequeños á grandes, y de olvidados hizo conocidos de golpe, habiendo sido cuchillo de los hombres bien nacidos, vienen á serlo despues de sí mismos.* El P. Roa, hablando del exemplo que dieron en la carrera de la virtud y de la austeridad algunas ilustres doncellas de su patria Córdova, cuyas penitentes vidas trataba de escribir, prosigue asi: *¿ Quién verá el esfuerzo, no digo de hombres, sino de hembras; no de mugeres, sino de niñas, con que triunfaron de sí primero, y despues del mundo, que no se avergüenze de su cobardía?*

El P. Nieremberg, tratando de los frutos de la virtud de la humildad en el cristiano, dice: *Las obras buenas que hacemos nos han de humillar, porque las hacemos mal; las malas que no hacemos, porque las hicieramos si no fuese por la gracia de Dios. Hemos de humillarnos por lo que fuimos, y por lo que somos, pues no nos mejoramos; y por lo que hicimos, y por lo que hacemos, pues no satisfacemos.* Habla Don Antonio Solis del caracter de Diego Velazquez, émulo y aun enemigo de los hechos y gloria de Hernando Cortés, dice: *Su primera ceguedad fué de la desconfianza, vicio que tiene sus temeridades como el miedo;* la segunda fué de la ira, que hace á los

hombres algo mas que irracionales, pues los dexa enemigos de la razon; y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Sentencia.

La *sentencia* es una maxîma general, un documento directo, moral ó político, independiente de otra proposicion; y baxo de este concepto no tiene lugar señalado en el discurso, como el epifonema, que es tambien sentencia que cierra la oracion por modo de ilacion ó confirmacion de lo dicho antes.

Las sentencias, cuyo fin es instruir con el consejo, ó el desengaño, piden gran pulso para que no sean comunes, ni tampoco afectadas; no triviales, ni tampoco enigmáticas; ni tan finas que pequen en falsas, formando entre lo obscuro y aliñado mas bien ingeniosos emblemas que documentos ilustres y graves, donde la expresion toda debe ser viva y nerviosa, y no floxa ni desmayada. ¿Qué gusto ni enseñanza se podrá sacar de estas sentencias vagas, comunes, y triviales, publicadas en libros de algunos autores de la edad de los políticos moralizantes? Dice uno: *Nada tiene consistencia en el mundo; sobre lo que parece mas seguro puede la instabilidad.*—Otro dice: *tan corta es la capacidad humana, que sus mismos yerros le son maestros. Mas les debe el hombre, tal vez, que á sus*

aciertos. Desvanecenle estos, y le enseñan aquellos.

Deben, sobre todo, sér las sentencias muy importantes, ó nuevas en la sustancia ó en la forma de la frase, y oportunamente aplicadas á las cosas ó personas de que se habla; y colocadas con discrecion y economía, evitando la freqüencia de ellas, que hacen al estilo aspero, pesado, y truncado, como en esta muestra de uno de los escritores del reynado de Carlos II., quando dice: *El perdon hace violencia al corazon de los hombres, y la crueldad los irrita. Esta, exercitada con uno, excita el odio de mil, y aquel no se obra sin aumentar amigos. Bástele al valor el vencer; Entonces se acaba la lid quando el enemigo se rinde. Igual valor muestra el que perdona que el que resiste. No pase de aqui el valor; que se injuria el que se venga.* Pero como aqui no nos proponemos tratar del estilo sentencioso en general, sino de la sentencia en particular, como figura noble de la eloqüencia, se pondrán exemplos varios de varias elegantes formas de presentar el pensamiento con mas ó menos énfasis, que es la sal de su condimento; porque casi siempre llevan envuelto un sentido irónico ó satírico, en bien de las costumbres, que les dá gracia como en estas: *En el rico y en el poderoso no se halla otra cosa envidiable sino el privilegio que tienen de disminuir los males de la tierra.*—En otra parte dice un sabio filósofo:

Uno de los artes mas importantes y dificiles es olvidar el mal que hemos aprendido. En ninguno de estos dos exemplos el pensamiento es falso ni trivial, vicio muy comun á los escritores sentenciosos. Quando la idea principal de la sentencia es notoria y acaso vulgarizada, y el asunto pide su aplicacion; el escritor que no puede inventar el pensamiento, debe inventar la frase, ó ponerle una nueva libréa.

Como en la extructura de las sentencias suelen entrar otras figuras de diccion, que forman la hermosura y elegancia de la frase, algunos exemplos escogidos de autores españoles podrán servir á los lectores que aman nuestra lengua de modelos de bien decir; y de instruccion y recreo del ánimo.

Dice el P. Nieremberg: *El primer acto de fortaleza no es hacer, sino padecer; no es padecer mucho, sino sufrirlo. Ningunos mas gloriosos que los que han sufrido muerte honestamente, haciendo de la necesidad y ley de nuestra miseria la mayor hazaña del mundo.*—Otro exemplo: *Quando andan en férias las honras públicas, los que tuviesen mas riquezas, no mas merecimientos, las alcanzarán.*—Otro: *Agenos brazos rinden las fortalezas á los príncipes; vencerse á sí, hecho es del propio corazon.*—Otro: *hacer injuria, el mas ruin puede; sufrirla, es de ánimo generoso.*—Otro: *Esta suerte es de doler en esta vida, que sean tan pocos sus bienes, que no solo no igualan á los que los codician; pero ni á los que los merecen, con*

ser tan pocos.—Otro: *El que da mas de lo que tiene, pasa á ser pródigo, dexando de ser liberal: asi el que loa demasiado, se hace lisongero, dexando de ser afable.*—Otro: *La necesidad no se ha de medir por las cosas, sino por los deseos; y nadie desea mas que quien tiene mas, si deseó lo que tiene; y si no lo deseó, si lo ama.*—Otro: *Nadie tiene mas necesidad que quien desea mas de lo necesario: la codicia hace que se carezca de lo mismo que se posee.*

Del Maestro Fernan Perez de Oliva, escritor de principios del siglo XVI., podemos traer aqui algunos exemplos como estos: *En la alabanza agena no es siempre incorrupto el juicio que se hace de personas vivas; porque el trato y amistad, ó la emulacion y discordia, no suelen ser derecha medida de estas censuras.*—Otro: *Ninguno hay que viva en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está solo para contemplar qué hará acompañado.*—Otro: *A los fuertes es deleyte defenderse de los males; porque no son tan grandes los trabaxos que se pasan para vencer, como la gloria del vencimiento.*

Dice el P. Roa en el exemplo siguiente esta sentencia; *Granjéase y consérvase mejor la amistad de los poderosos con no afectarla; que, sin duda, se cansan mas presto que otros hombres, y á todos hacen en la inconstancia la misma ventaja que en la fortuna.*—Otro: *Rara cosa por cierto guardar templanza y moderacion en la privanza: y difi-*

cultoso negocio estar en alto, y no tener resabios de cosas altas.—Otro: *Los gozos inquietan el corazon; y todo lo que hay en el ánimo de liviano y vacío, luego se levanta con el viento de la prosperidad; y es menester poner freno á la felicidad para regirse en ella bien, y para regirla.* —Otro: *Algunos, asi pretenden las honras de la república, como si hubiesen vivido honradamente; ó de tal manera viven, como si no hicieran caso de ellas, y juntamente desean los pasatiempos de la ociosidad y los premios de la virtud.*—Otro: *El valor y la virtud es lo que, no se da, ni se recibe de los hombres: hija es del propio trabaxo.* —Otro: *La virtud nace donde cada uno la siembra y la cultiva: no brota ella de su gana como la mala yerba; apréndese por la educacion y con el exemplo.*

Don Antonio Solis dice en el siguiente exemplo esta sentencia: *No en todas las empresas se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía y mejores consejeras de la paciencia que del valor.* —Otro: *Quando se habla de guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que parece al miedo.*

Antonio Perez ofrece en sus cartas y aforismos gran caudal de sentencias. Sea el primer exemplo la siguiente: *La victoria del amor, en rendir el ánimo y voluntad consiste; que todo lo demas no es sino trofeos y despojos de la victoria;*

ó si mas quadráre, posesion de lo vencido.— Otro: *E. si y el no fueron las mas breves palabras; porque sean desengañados presto los hombres, aun de los escasos de ellas.*—Otro: *Ofrecimientos es la moneda que corre en este siglo; hojas por fruto llevan ya los árboles; palabras por obras los hombres.*—Otro : *La confianza señal es de buen natural; de agradecidos algunas veces, de necios muchas.*—Otro : *Las piedades hechas en comun tienen mucho de vanidad como los edificios materiales.*—Otro : *Hombres hay y suelen ser los que mas valen, que, perdídos, son mas estimados que poseidos.*—Otro : *La envidia, béstia insaciable, como tal roe huesos quando mas no halla.*—Otro : *¡ Miserable siglo aquel, en que no se atreven á salir del pellejo los corazones.*

Fr. Don Antonio de Guevara abunda en sus obras várias de muchas sentencias; bien que suelen de ordinario caer en la monotonia del antítesis, que les quita gran parte de su valor, mas sin dañar á la verdad del pensamiento. Léanse, entre otros, estos exemplos escogidos : *No hay hombre en el mundo que no esté mas enamorado de lo que quiere que no de lo que tiene.*—Otro: *La grandeza de corazon no consiste en alcanzar lo que él mucho desea, sino en menospreciar lo que mas ama.*—Otro: *Poco importa blasonar de virtudes con la lengua, si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque desea ser bueno, sino porque suda y trabaxa par*

serlo.—Otro: *Ninguna cosa, en verdad, se puede en este mundo llamar grande sino el corazon que desprecia cosas grandes.*—Otro: *Renegad de la tierra donde los buenos, tienen ocasion de llorar, y los malos libertad de reir.*—Otro: *El consejo antes daña que aprovecha, si el que lo da no tiene mucha cordura, y el que lo recibe mucha paciencia.*—Otro: *La malicia humana asi ciega á los hombres, que quieren mas alcanzar lo ageno con trabaxo, que gozar con reposo de lo suyo propio.*

No ofrece menos sentencias Don Diego de Saavedra en sus Empresas, todas de grave y concisa locucion, como estas: *La importunidad perdió muchos negocios, y muchos tambien alcanzó: cánsanse los hombres de negar como de conceder.*—Otro: *Nunca peligra mas el poder que en la prosperidad, donde, faltando la consideracion, el consejo, y la prudencia, muere á manos de la confianza.*—Otro: *Lastimar con verdades sin tiempo ni modo, mas es malicia que celo, mas es atrevimiento que advertencia.*—Otro: *Decir verdades, mas para descubrir el mal gobierno que para su enmienda, es una libertad que parece advertimiento, y es mormuracion; parece celo, y es malicia.*—Otro: *Aun quando se ve á los ojos la ruina de los Estados, es mejor dexarlos perder que perder la reputacion, porque sin ella no se pueden recuperar.*—Otro: *Yerran los que piensan prolongar la vida dexando su gloria en las estatuas,*

ó en la sucesion; porque en aquellas es cadúca, y en esta agena; y solamente propia la que nace de las obras.

Concluirémos con algunas sentencias del sábio y elegante Fr. Juan Marquez: *Al que la fortuna pone en la cumbre del poder del primer reventon, le hace un daño irreparable, porque le obliga á vivir descontento toda la vida, cerrandole la puerta á la esperanza, y no cerrandosela al deseo.*—Otra: *Los soberbios no suelen advertir en los que valen mas, por no desengañarse; sino en los que son menos, para engreirse.*—Otra: *Si ser liberal con quien sabe agradecer, es efecto de avaricia; zaherir hoy al próximo el bien que se le hizo ayer, vicio es sin duda de ánimo esclavo de sus obras.*—Otra: *La valentia enojada llega á ser rabiosa; y la ira es de suyo madre de la liviandad.*

Epifonéma.

Esta *figura,* llamada por los latinos aclamacion, es como un corolario ó deduccion sentenciosa que sacamos de la proposicion antecedente; ó si se quiere decir de otra manera, viene á ser un epílogo que reduce á una sentencia breve la ilacion de la materia que se trata. Es verdaderamente una reflexîon nacida del conocimiento del orden moral, por medio de la qual se junta, en forma de consideracion filosófica y admira-

tiva, el espíritu de una série de cosas extensamente referidas.

La *aclamacion* se diferencia de la sentencia en quanto á su extension, al lugar que ocupa, y á la forma con que se presenta: porque debe recogerse en breve espacio, presentar un documento indirecto, y cerrando siempre la oracion ó período, á cuyo texto se aplica, por modo de confirmacion, con accidentes de admiracion, exclamacion, &c.

Sirvan los siguientes exemplos para los varios modos de formar la aclamacion. El Conde de Cervellon en la vida de Alfonso VIII, dice con muy elegante énfasis: *Los principes que desean oir verdades, padecen otra adulacion mas, en el aplauso de que las desean; mas tampoco las oyen. Si esto sucede á los que las solicitan ¿qué será á los que las excusan?*—Otro escritor nuestro, en su obra del Leon prodigioso, hablando de los envidiosos, dice: *Cómense los corazones, y en en ellos no tienen mucho que comer: que los de los envidiosos siempre son pequeños; y con todo eso nunca los acaban. ¡Qué harían en los de sus émulos, si tan á mano los tuvieran!*—Leemos en un historiador político este pasage: *Algunos salvages matan á los niños huérfanos para que no perezcan de hambre y miseria: tanto pierde el hombre en no estar civilizado!*

Otro escritor político haciendo el elogio del Emperador Augusto; prosigue: *todo el mundo*

sojuzgado no contribuyó tanto á su gloria y á la seguridad de su persona, como el perdon de Cinna, y la equidad de sus leyes: quán preferibles son en el héroe las virtudes sociales al valor!

Cornelio Tácito nos dice en sus Anales: *Se asegura que Tiberio siempre que salia del Senado exclamaba: O! hombres, hechos para la esclavitud! El mismo enemigo de la libertad se cansaba de tan baxa servidumbre y paciencia.*—Un célebre orador, hablando del Duque de Sully, perseguido y despues desterrado por sus émulos, dice: *En fin, sus ojos se cansan de ver tantos males; renuncia sus empleos; abandona para siempre la corte retirandose á sus estados. Sale de Paris, y le escoltan mas de trescientos caballeros: este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro.*

Para no defraudar á nuestros autores españoles el lugar y aprecio que merece su eloqüencia en este lugar, pondrémos tambien exemplos de algunos de ellos. El P. Fr. Juan Marquez, hablando de Neron, dice: *Por gran milagro se cuenta de Neron que no soñó en toda la vida; y al cabo le obligaron á soñar las armas de Julio Vindice: tan mal se puede resistir al testimonio de la conciencia.*—El mismo autor habla contra la soberbia y osadía del poder de esta manera: *Los gigantes que tuvo el mundo en sus principios, opresores de la libertad humana, aunque sobrados en fuerzas, se perdieron, como dice Baruch, por*

falta de sabiduria; porque la valentia desacompañada de consejo viene á tierra por su mismo peso.—Hablando Antonio Perez de la desgracia de su hija que murió en la carcel de sentimiento de no poder ver mas á su padre, dice: *Alcanzó de Dios la libertad del cautiverio del cuerpo en que habia sido martirizada desde que nació en prisiones: que es solo sobre lo que tiene poder el poder humano.*—El mismo autor, justificandose del festivo estilo que usaba en algunas de sus cartas por disimular los trabaxos de su adversidad, dice: *Para resistir á los golpes de la fortuna, se ha de hacer lo que he oido que vale mucho, corage, y no rendirse; si para vencer no, á lo menos para morir peleando: satisfaccion propia en los trances últimos humanos.*—El P. Roa, hablando de la gloria de los padres en la buena educacion de sus hijos, dice: *Muchos de nuestros mayores, quando no alcanzaban de la pluma del historiador, ó de la trompa de la fama, la paga de sus merecimientos, contentábanse de ver premiado su valor en sus semejantes: que el premio, de la virtud es, no de la persona.* —El mismo autor, quando habla de lo desemejantes que suelen ser algunos en hechos virtuosos, añade: *Despues que la ambicion tomó la mano y el lugar á la virtud, el favor al mérito, y la envidia á la emulacion; no gustan de ver el esfuerzo de sus iguales los que temen no se descubra al par de él su cobardia; y en vez de desenterrar*

hazañas sepultadas en el olvido, entierran las que tienen vida en la memoria, por no hallarse obligados á imitarlas: vicio comun de los que, pagados de sí, y de sus cosas, igualmente huyen de ver sus manchas y la hermosura agena.

Don Antonio Solis, refiriendo los sacrificios de sangre humana que celebraban los Mexicanos en los adoratorios de sus ídolos, prosigue: *Vendianse despues á pedazos aquellas victimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion!*—El mismo Solis, para defender á Hernan Cortés de la calumnia de algunos autores extrangeros, envidiosos de las empresas de Nueva-España, que le atribuían la muerte de Motezuma, dice: *Defiendale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiese la nobleza de su ánimo de tan terrible maldad, y quédese la envidia en su confusion: vicio sin deleyte, que atormenta quando se disimula, y desacredita quando se conoce.*—Hablando el mismo autor de los desórdenes que se introduxeron en las tropas por la codicia, dice: *Estaba tan arraygada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecerse, rompiendo con la conciencia y la reputacion: dos frenos sin cuyas riendas se halla el hombre á solas con la naturaleza.*—El mismo dice, en otro lugar de su historia, hablando de una sedicion: *Los revoltosos se ayudaron de un viejo llamado Juan de Milán, hombre que, sin dexar de ser ignorante, profesaba*

la astrologia: loco de otro género, y locura de otra especie.

Dice el P. Siguenza tratando de la pureza y desinterés que requieren las obras de los que quieren aprovechar en el camino de la virtud: *No solo buscamos en las cosas materiales interés de carne y sangre, mas aun en los mismos exercicios de las virtudes se mezcla el amor propio si no se le mira á las manos con el recato: tan delicada es esta estambre que ha de hacer el aposento de Dios.*

Siempre que no hay novedad, interés, ó gran lustre en los epifonémas, se cansa la atencion del lector, y pierde el pensamiento su gravedad y gracia: porque las sentencias comunes, vagas, obscuras, ó frias se dexan á qualquier pedante moralizador, que se fatiga en vanas reflexîones. Oygamos al P. Nieremberg como da gracia y novedad á una sentencia bastante comun y conocida, diciendo: *Es sutileza de la soberbia cubrirse con el manto de la humildad: tan alta es esta virtud, que aun los mas altivos quieren levantarse con ella, y con su sombra ilustrarse.*—Y oygamos luego del P. Mariana, tan sábio y tan grave en su estilo, como cae de espiritu en la sentencia de este vago y ordinario epifonéma: *Reynó (Don Alonso VI.) despues de la muerte de su padre quarenta y tres años. Fué modesto en las cosas prósperas, en las adversas constante. Sufrió fuerte y pacientemente los im-*

petus de la fortuna: grande loa, y la mayor de todas, llevar lo que no se puede excusar, y estar apercibido para qualquier acontecimiento. ¿Qué novedad ni realce da á lo que tiene dicho de aquel principe tan vagamente esta no menos vaga sentencia con que concluye la oracion?

Enfasis.

Es aquella *figura*, en la qual significamos mas con las palabras que lo que ellas declaran en su sentido respectivo cada qual: es á saber, por ellas damos á entender mas de lo que dicen, y tal vez lo que no dicen. Para que el pensamiento sea enfático, debe llevar una expresion sencilla, breve y natural, que encierre muchas cosas en corto espacio; ó alguna significacion oculta, que no se concibe sino por la aplicacion que le da el oyente ó el lector. Por esto dirémos que la idea enfática es una conseqüencia sutilmente deducida de una idea principal, que por su generalidad se extiende á otras.

Un celebre escritor, hablando de la credulidad con que un autor escribe la historia de su pays, dice: *Es un hijo que pinta á su madre:* ésto es, la pasion no le dexa ver defectos, sino perfecciones y excelencias.—Un orador, encareciendo la indulgencia del Emperador Marco Aurelio con los que hubiesen ofendido su autoridad, dice:

Es que el filósofo siempre perdonó los agravios hechos al príncipe : que es lo mismo que decir entonces obraba como filosofo, no queriendo acordarse que era Emperador.—Del famoso Descartes dice otro orador : *Parece que la providencia le condenó á ser hombre grande :* como si dixera á ser obgeto de las envidias y contradicciones que en todos tiempos han sufrido los ingenios extraordinarios.—Julio Cesar queriendo animar al barquero que le pasaba de Epíro á Italia, en medio de la tormenta, le dice : *No temas, llevas á Cesar ;* esto es al que la fortuna acompaña siempre.—Diciendo una extrangera á la muger de Leonides : *solas vosotras mandais á vuestros hombres,* le respondió : *porque solas nosotras parimos varones,* aludiendo á la educacion varonil que se daba en Esparta á las mugeres.

Asi como hay expresiones que significan mas de lo que en sí dicen, segun los exemplos que acabamos de citar ; hay otras tambien que no significan lo mismo que dicen. Tales son, quando decimos : *El que no tiene hombre no es hombre ;* esto es el que no tiene valedor no hace fortuna.—*Pedro tiene buenos brazos* por buenos protectores. La divina escritura está llena de exemplos de esta figura quando habla de Dios, porque siempre se dexa entender mas de lo que se dice.

Aqui pertenece el *Noema* (en latin *intellectus*) quando en las palabras que decimos, dexamos

algo que infiera y casi adivine el oyente, aunque con facilidad se entienda lo que queremos significar, y no lo queremos decir; como quando de uno poco devoto decimos: *nadie le ve salir de la iglesia*, esto es, nadie le ve entrar en ella: de uno que es poco aplicado al estudio *nunca se le cae el libro de la mano*, esto es, nunca lo toma, y asi no se le puede caer: y de un abogado que jamas defendió causas, *nunca ha perdido un pleyto*.

La *Litote* es parte de esta figura, quando por palabras contrarias significamos diferente predicado, y casi siempre por negaciones, y se colige el sentido afirmativo; como quando decimos: *no ignorante* por sábio: *no cobarde* por valiente: *no desperdiciador* por económico: *no desprecia los regalos*, por decir que los recibe, &c.

Interrogacion.

La *interrogacion*, como figura retórica, no es una simple pregunta hecha á personas determinadas, para que aquieten nuestras dudas, ó satisfagan nuestra ánsia ó curiosidad. Es una repetida pregunta dirigida á la consideracion, no á la persona de los oyentes ó lectores; y no para arrancarles la respuesta, sino un tácito consentimiento, una interior aprobacion, ó la admiracion de lo que les exponemos,

Esta *figura* envuelve una especie de convencimiento disimulado en la pregunta, y presupone la persuasion de los oyentes, pues no se espera de ellos contradiccion ni repugnancia á la firmeza y confianza con que el orador propone y sostiene su pensamiento. No es otra cosa la interrogacion, que una insinuacion, no tanto para llamar, como para captar el ánimo del que oye, á fin de dar mas fuerza á la prueba con esta anticipada aceptacion.

Por este respeto se ha de usar esta figura en aquellas cosas tan claras, tan aprobadas, tan convincentes, y tan justificadas, que no se pueda recelar disentimiento, repugnancia, ni aun duda de parte del oyente; antes en algun modo, como queda dicho, se le presuma inclinado á seguir la proposicion del orador. Y como en esto se viene á lisongear por un modo indirecto el amor propio, ó si mejor suena, la buena opinion que el oyente debe tener de la rectitud de su propio juicio, ó de su respeto á la verdad; sale siempre victoriosa esta *figura*, que da nervios y vigor al razonamiento.

Hablando de la creacion del mundo un naturalista eloqüente, pide nuestra admiracion de esta manera: *¿ Qué inteligencia sondeará la profundidad de este abismo ? ¿ Qué pensamiento nos representará el poder que llama las cosas que no son como si fuesen ? ¿ Admirarémos bastante-*

mente á un Dios que manda que haya luz, y luz hay?

Despues de haber sostenido un orador que la palma heroyca mas se debe á los hombres pacíficos que á los guerreros, lo confirma con exemplos, realzados con la interrogacion. *¿Qué dirémos* (sigue) *de aquellos grandes varones que, por no haber manchado sus manos en la sangre de sus semejantes, se han con mayor razon inmortalizado? ¿Qué dirémos del legislador de Esparta que, despues de haber gozado del placer de reynar, tuvo valor para volver el cetro al legítimo heredero que no se lo pedia? ¿Qué dirémos del legislador de Atenas, que supo conservar su libertad y su virtud en la corte misma de los tiranos, y sostener á la fáz del mas opulento de ellos que el poderío y las riquezas, no hacen al hombre feliz? ¿Qué dirémos del mayor de los romanos, de aquel modelo de ciudadanos virtuosos? ¿Haríamos tanta injuria al heroismo, que negasemos este título á Caton?*

Otro eloqüente escritor, despues de haber referido los desordenes y males de las guerras civiles de Roma, dice: *¿Quál era la fuerza civil, quál la ley promulgada, capaz de poner freno á las depredaciones? ¿Que autoridad podia tener la sancion de la magistratura y de las leyes, donde todas las voluntades conspiraban al menosprecio y detestacion del orden público? En medio de una ciudad inmensa, depósito de las rapiñas*

de un imperio universal, las leyes moderadas del sábio Numa ¿podian recobrar su antiguo vigor? ¿podian ser de algun uso? ¿podian prometer bien alguno? Quando se eslabonan, por decirlo asi, dos ó tres interrogaciones en la conclusion de la oracion ó del período, como en este ultimo exemplo; viene á confirmarse con nueva fuerza el pensamiento del orador, y á doblarse las impresiones en el ánimo del oyente, á quien con esta freqüente repeticion no se da tiempo al exâmen, ni á la suspension, ni á la duda.

Fr. Don Antonio de Guevara pone en boca de Marco Aurelio, escribiendo á Cornelio su amigo, esta vehemente pintura de los estragos de las guerras, y de la ruina de las costumbres de Roma: *O! Roma desdichada! Dónde estan tus antiguos padres, que te fundaron y honraron? Dónde tantos buenos varones, generosos y virtuosos, que tu criaste? Donde los que por tu libertad derramaron su sangre? Dónde tus esforzados capitanes, que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Dónde tantos filósofos y oradores que con sus consejos te governaban?*

Hablando Fr. Luis de Granada de la confusion en que se verán los mortales en el dia del Juicio quando el Señor les pida cuenta de sus obras en esta vida, prosigue asi con una interrogacion sencilla, en la qual se encierran por modo elíptico otras muchas que no se repiten, y la hacen mas amplificada y corriente:

¿ Qué responderan (dice) *aqui los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus beneficios ingratos y duros ?*

Otras veces el mismo orador responde en su nombre á la pregunta. Para pintar que toda la prosperidad y gloria de este mundo es breve, porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que la vida del hombre ; oygamos al profeta Baruch quando exclama con esta tristisima y vehemente interrogacion : *donde están* (dice) *los príncipes de las gentes que tuvieron señorio sobre las béstias de la tierra ; que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y correrias lidiando con las aves del ayre ? y los que atesoraron montes de plata en que confían los hombres, sin dar fin á sus tesoros ? los quales labraron tantas y tan ricas vaxillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras ? Que se hicieron todos estos ? en que pararon ? Ya estan fuera de sus palacios, y á los abismos descendieron, y otros en su lugar se levantaron.* Prosigue y amplifica esta interrogacion Fr. Luis de Granada avivandola con exemplos y recuerdos no menos melancólicos y magníficos, diciendo: *¿ Qué es del*

sábio? que es del letrado? donde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? Que se hizo la gloria de Salomon? Donde está el poderoso Alexandro, y el glorioso Asuero? Donde están los famosos Césares de Roma? Donde los otros príncipes y reyes de la tierra? Qué les aprovechó su vana gloria? el poder del mundo? los muchos servidores? las falsas riquezas? las huestes de sus exércitos? la muchedumbre de sus truhanes? y las compañias de mentirosos y lisongeros que les cercaban? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento.

Obtestacion.

Esta *figura*, que por su vehemencia pertenece al género sublime y patético, se comete quando el orador llama ó pone por testigos de los casos que refiere, ó de la verdad que sostiene, á Dios, á los hombres, á los cielos, á las criaturas, á la naturaleza, &c. De esta manera habla Ciceron en la defensa de P. Sextio: *Tú, patria! vosotros, penates y patrios dioses! á todos llamo por testigos de que si yo evité el combate, y reservé mi vida, fué solo por la defensa de vuestros tronos y de vuestros templos, y por la salud de la patria que siempre antepuse á la mia propia.*

El mismo Ciceron, en defensa de Milon, para

esforzar que la muerte de Clodio fué un justo castigo del cielo enojado contra sus impiedades, prosigue asi : *Yo os conjuro é imploro, túmulos del Alba que Clodio profanó ; venerables bosques que ha destruido : Sagrados altares, vínculo de nuestra union, tan antiguo como la misma Roma, sobre cuyas ruinas la impia mano que os demolió ha levantado estos enormes edificios ! Vuestra religion violada, vuestro culto destruido, vuestros misterios profanados, vuestros dioses ultrajados han hecho al fin brillar su poder, y su venganza.*

Demóstenes, despues de la batalla de Chêronea, pretende justificar su conducta, y alentar á los atenienses, intimidados y abatidos por esta derrota, diciendoles : *No, compañeros, no, vosotros no habeis faltado : júrolo por los manes de aquellos grandes varones que pelearon por la misma causa en los llanos de Marathon, en Salamina, y delante de Platéa.* En vez de decir que el exemplo de aquellos ilustres muertos justificaba su conducta, empieza por una *conduplicacion*, y lo confirma con una patética *obtestacion*.

Reticencia.

Se comete esta figura quando comenzamos á decir alguna cosa, y truncando la frase de industria, nos dexamos la razon por concluir, por-

que decimos mas con lo que callamos que con las palabras; á lo menos damos á entenderlo asi; porque con este corte se dexa á la capacidad del oyente la licencia de suplir lo que falta, ó de interpretar el silencio.

Esta figura es enfática y supone, ó mucha modestia en el que habla, ó una fuerte pasion. Esta por su profundidad estrecha el corazon, y ataja las palabras; y del mismo modo la modestia dexa tácita la expresion y disimulado el concepto.

Traygamos á la memoria y á nuestra consideracion aquellas palabras y lágrimas del Salvador, el qual, viendo la miserable ciudad de Jerusalen, comenzó á llorar sobre ella, diciendola por San Lucas: *Si conocieses ahora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian!...Mas, todo esto está ahora escondido de tus ojos.* Estas, últimas palabras, asi breves y no acabadas, tanto mas significaban quanto mas se cortaba la declaracion del pensamiento por las que debian seguir. En esta reticencia se encerraba la lástima de la ignorancia de aquel pueblo que, escandalizado con el humilde hábito y apariencia del Señor, no le habia de recibir; y como por esta culpa no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad.

Oygamos lo que dice David en uno de los Salmos; *Mi alma se ha turbado en gran manera.*

Mas, tú, Señor, hasta quando.... ! Ciceron dice tambien : *Yo no vengo á combatir contra tí, porque el pueblo romano...No quiero hablar ; no quiero ser tenido por arrogante.*

Un hombre, vacilante entre acusar á su ofensor, ó guardar silencio, se pregunta á sí mismo. *¿ Callaré mi afrenta, ó publicaré...... ? Si la callo, será premiado el vicio ; si digo....Aprendamos á sufrir.*—Cierto orador, para infundir temor y arrepentimiento á su auditorio, asi prorumpe : *Nos desamparas....Señor ! Aqui postrados....Yo me confundo.... Tuyos somos.*

Antonio Perez dando al Rey Enrique IV. la enhorabuena por la victoria de Amiens, le escribe: *Viva V. M. mil años, que asi recrea los ánimos de los suyos con los efectos de su valor. El parabien de estos no se ha de dar á V. M., que es darselo de obra propia suya, sino á los suyos, á sus reynos, á la Europa....á mas iva á decir ; pero adelante, Sire, que con esto V. M. lo dirá con sus obras.*

Es figura acomodada para la increpacion, la amenaza, la quexa, la imprecacion, la admiracion, la indignacion, &c. ; como se lee muy freqüentemente en los autores satíricos, en los cómicos, y trágicos, y se verá mas adelante en los exemplos de las respectivas figuras apasionadas.

Licencia.

Esta *figura* se comete, quando asegurados de nuestra justicia y confiados en el poder de nuestras razones, nos arrogamos con cierto artificioso temperamento, y otras veces pedimos, la libertad de decir con entereza y claridad la verdad ó la importancia de una cosa que puede desagradar ú ofender á las personas que nos oyen. Quando los oradores gobernaban los ánimos en las repúblicas, era muy usada esta *figura*; hoy su oficio está reservado al púlpito, donde la santa voz de la verdad truena sin respetos humanos.

De esta manera habla Ciceron en la Filipica III: *Vosotros, padres conscriptos, es cosa dura de pronunciarlo, mas me veo obligado á decirlo; vosotros, digo, disteis la muerte á Servio Sulpicio.* Otro eloqüente escritor en el elogio del primer magistrado de la nacion, dice: *El caracter de la verdadera grandeza es la sencillez: oso decirlo asi á este siglo fastuoso, porque la voz de una generacion que pasa hoy, y mañana no será, no debe ahogar la de la verdad, que es eterna.*

Para referir el P. Mariana los estragos de la guerra, que comenzó entre el Rey Dn. Pedro de Castilla y el de Aragon, escandalizado de tantos horrores, pide se le conceda licencia á su pluma para contarlos: *Una guerra entre dos reynos, y aun de muchas maneras trabados con deudo, con-*

tará este libro; guerra cruel, implacable, y sangrienta. Pónenos horror la memoria de tan graves males como padecímos: entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron: embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos: Dése perdon y licencia á esta narracion: concédasele que sin pesadumbre se lea.

Aqui pertenece otra figura llamada *permision*, que se debe considerar como apendice de la *licencia*; y es quando permitimos que se haga lo que menos queremos; ó quando prestamos nuestro consentimiento, aunque sea sin voluntad, á que alguno haga una cosa de que le ha de suceder mal, para que se desengañe, ó escarmiente. Como en el primer caso lo que dixo Dido á Eneas: *I, sequere italiam ventis, pete regna per undas*; y en el segundo, como aquello: *Busca los vicios, busca los honores, busca las riquezas; y hallarás lo que no pensabas.*

Pretericion.

Es esta *figura*, que tambien se llama *pretermision*, un delicado artificio, por el qual, fingiendo que queremos callar lo que sabemos, ó bien que no sabemos, ó que no podemos decir todo lo que podemos; decimos todo lo que deseabamos,

y aun mucho mas, captando con esta simulada industria la atencion del lector ó del oyente.

Oygamos á Ciceron contra Verres, quando dice: *Nada diré de su luxuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones.*—Un eloqüente historiador, despues de haber hablado de Catilina y de Cromwell como de dos insignes malvados, prosigue inmediatamente: *Tampoco haré una reseña de aquellos guerreros funestos, terror y azote del género humano; de aquellos hombres sedientos de sangre y de conquistas, cuyos nombres no puede pronunciar sin horror la posteridad aun espantada; quiero decir, los Tótilas y los Tamerlanes.*

Un celebre orador en el elogio del padre de la filosofia moderna, empieza asi una transicion: *Yo no alabaré á Descartes de habler sido enemigo de los manejos y de la ambicion: tampoco le alabaré de haber sido frugal, templado, benéfico, pobre y generoso juntamente, y sencillo como lo son todos los hombres grandes.*

Correccion.

Es esta *figura* un temperamento y moderacion de lo dicho antes, y es como enmendacion de la sentencia. Con ella corregimos ó retractamos

una proposicion con otra siguiente que la mejora, ó la realza, ó la rebaxa, ó la suaviza, ó cohonesta; y algunas veces reprehendiéndonos nuestra ignorancia, nuestra imprudencia, nuestra ligereza, y tambien nuestra demasiada modestia y moderacion.

Dice Ciceron en la oracion en favor de L. Murena: *Quando todas estas cosas, ciudadanos; ciudadanos, digo, si son dignos de tal título unos hombres que asi piensan de su misma patria.*— Dice con no menor ocasion un historiador eloqüente: *La codicia y el cero de la predominacion, siempre se han disputado el cetro, digamos mejor el yugo de las naciones.*—Dice otro, hablando de la conducta de un General: *Intrépido y constante guerrero; mal digo, temerario y obstinado te llamará la posteridad.*—Un orador moderno en alabanza de Descartes, dice: *Qué honores le tributaron en vida? qué estatuas le levantó la patria? ¡qué hablamos de honores y de estatuas! olvidamos que tratamos de un hombre grande! Hablemos mas bien de persecuciones; de envidias y calumnias.*

Hay otros modos de correcciones que enmiendan la proposicion con una forma de decir mas apartada y escondida de la extructura ordinaria, y dexan mas desembarazada la oracion, como se mostrará en algunos exemplos de autores españoles. Sea el primero Antonio Perez, quando

dice: *Los cargos y oficios no son sino vestidos, y arréos de la persona; ó sean jaezes, que tales son para algunos.* El mismo autor se disculpa de haber puesto un letrero á un retrato suyo que enviaba á un amigo: *Puse la letra al retrato, porque no me satisfacen cuerpos muertos, ni aun pintados: no porque estoy para tratar con otros, sino para dar señal de que aun resuello, y siento y huelo á vivo; aunque me estubiera mejor que me tubieran por muerto, porque el muerto no hace miedo á nadie.*—El mismo autor, escribiendo á uno de sus hijos que habia salido de la prision, y suspiraba con los demas hermanos por ver á su padre, refugiado á la sazon en Francia, le dice: *Dios hará lo que pedís: que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse. Pues, á fé, que si se mueve á gritos, que suele dexar señal de su poder; pero no le pidamos el poder en castigo de nuestros perseguidores, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio.*—Hablando el mismo autor de los nuevos favores que le dispensaba cada dia la piedad de Enrique IV. de Francia, le tributa las gracias con estos nobles sentimientos de su ánimo agradecido: *Aunque en V. M. el hacer favor es obra natural como llevar un arbol su fruto; es gloria suya obligar á todas las naciones. Y se engaña, y sabe mal el término de hablar á grandes reyes, quien los hizo de nacion alguna; que no es menos que meterlos en un cerco: pues Dios, á*

quien representan, no es español, ni frances, ni italiano, sino Señor de los unos y de los otros.

Hablando el P. Sigüenza de la santa vida y gloriosa muerte de un exemplar Prelado de su Orden, concluye asi: *Vivió este siervo de Dios hasta el año* 1402, *postrero de su vida y primero de su descanso y gloria; sino queremos decír que ya los santos aqui, y en medio de sus trabaxos, gozan gran parte de ella.*—Habla Don Antonio Solis del encogimiento y mansedumbre en que vieron los Mexicanos á Motezuma entre prisiones, y dice asi: *Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey; ó lo que disuena mas, tan humillado.*—Refiriendo el mismo autor la reverencia que hizo Motezuma á Hernan Cortés quando este entró á visitarle, poniendo la mano cerca del suelo, y llevandola despues á los labios, concluye: *Cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en aquel, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabía distinguir de la magestad.*

El P. Ortiz, modelo de eloqüencia mística, dice en una de sus cartas: *Es muy averiguado que la prosperidad del malo es azote muy conocido; y no sé si se puede llamar prosperidad la que solamente florece en esta vida para tan presto secarse.*—Diciendo el P. Nieremberg que con la pobreza, á menos costa de ciudados que los ri-

cos, podemos ser buenos, prosigue: *¡Quanto, pues, debe ser amada y codiciada aquella cosa cuyo beneficio es la vida buena! O! quán rica es la pobreza, pues da la honestidad y la justicia! O! quán abastada es la necesidad, y quán poderosa, que, si no da la virtud, da la inocencia, ó por mejor decir convida á la virtud, y fuerza á la inocencia!*

- Hay otra especie de correcciones mas ligeras y delicadas que sirven como de suplemento ó de adicion al pensamiento principal. De Carlomagno dice un político: *Formó admirables leyes; y aun hizo mas, las hizo executar.*—De otro excelente príncipe dice otro escritor: *Fué magnífico protector de las artes; más de las artes útiles.*—Escribiendo á una noble y hermosa doncella el P. Roa, exhortandola á que despreciase los halagos de este falso mundo, le dice: *Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura; y pequeño mal fuera ser solamente vana, si no fuera engañosa.*—Hablando del Rey D. Alonso VIII., dice el Conde de Cervellon en la vida de aquel principe: *Pongo delante de los ojos de los políticos el retrato de Alfonso, y si son mejores señas, sus hazañas, á quien unos llaman el Noble, otros el Bueno; y los segundos son los que mejor le llaman Noble.*

Sujeccion.

Esta *figura* viene á ser la misma interrogacion acompañada siempre de una respuesta. En alguna ocasion el orador se pregunta y se responde á sí mismo, como quando Ciceron, en la oracion en favor de Celio, dice: *No llamariamos enemigo de la república á aquel que violase sus leyes? Tú las quebrantaste. ¿ Al que menospreciase la autoridad del senado ? Tú la oprimiste. ¿ Al que fomentase las sediciones ? Tú las excitaste.* —En la oracion fúnebre de un famoso capitan previene el orador al auditorio de esta manera: *¿ Sufriré la nota de falso adulador ? ¿ Celebraré las victorias de este conquistador, y callaré las atrocidades que mancharon su gloria ? No, Señores. ¿ Compararé al malvado con un modelo de virtudes ? Mucho menos : todo lo sacrificaré á la verdad.*

Alguna vez pregunta el orador á una persona, y sin aguardar respuesta, repite la interrogacion para mayor instancia y apremio, como hace el mismo Ciceron contra Verres: *Con que convencion defiendes á este reo ? Haciendo el elogio de la frugalidad ¿ no llamas las iniquidades de la avaricia ? Huvo por ventura alguno mas perverso y disoluto ? Le pintarás tal vez como un varon fuerte ? pero se hallará otro mas perezoso é indolente ? Celebrarás la docilidad de sus*

costumbres? quien mas costumaz? quien mas soberbio?

Otras veces preguntamos á una persona, y le fingimos la respuesta que tenemos de ante mano destruida ó preparada para destruirla con esta arma de la confutacion. Y como con este artificio oratorio dexamos al contrario la accion á su defensa y la libertad de la palabra, y al fin queda rendido á la fuerza de nuestras razones; el oyente, satisfecho de las unas y las otras, se inclina á la bondad de nuestra causa. Por este término un moderno filósofo, arguye contra el suicidio, dirigiendo la voz á un supuesto suícida: *Tú, quieres salir de la vida? cierto, me dices, porque te cansa ya el vivir tanto. Yo quisiera saber si has empezado ya. Que! fuiste criado en la tierra para vivir ocioso? Parece que me vas á decir que estás de más. Pero el cielo no te impone con la vida algun cargo que cumplir? ¿Qué respuesta, ó infeliz! tienes prevenida para quando el soberano Juez te pida cuenta del tiempo? Tú me dices que la vida es un mal: y ¿hallarás por ventura en el orden natural algun bien que no esté cercado de males? La vida, repites, es un mal para el hombre bueno, siempre olvidado ó perseguido: pero ¿no sabes que tarde ó temprano es consolado, y que la virtud no espera el premio acá en la tierra?*

Fr. Don Antonio Guevara pone en boca de un sábio de los Garamantas esta quexa contra la

invasion de Alexandro magno en su pays: *O! Alexandro! ó tú buscas justicia, ó buscas paz, ó buscas reposo, ó buscas favor para los amigos. Mas ¿ como creerémos que buscas justicia, pues contra razon tiranizas toda la tierra? Como creerémos que buscas paz, pues á los que te reciben haces tributarios, y á los que te resisten tratas como enemigos? Como creerémos que buscas reposo, pues pones escándalo en todo el mundo? Y como creerémos que buscas clemencia, pues eres un verdugo de la flaqueza humana?*

Despues de haber referido Quevedo la infausta muerte de Julio Cesar dentro del Senado, pone el autor en boca de M. Bruto el matador un razonamiento hecho ante el pueblo congregado, y sobre la aprobacion ó desaprobacion del hecho, lo pretende justificar con estas razones: *De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Nunca fui enemigo de Cesar, sino de sus designios, y asi no han sido sabedores de mi intencion, ni la envidia ni la venganza. Murió Pompeyo por desdicha vuestra: vivió Cesar por vuestra ruina; y yo le maté por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito, con vanidad lo confieso: si por beneficio, con humildad os lo propongo. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgáre indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mi me será doblada gloria morir por haber dado muerte al tirano. Y si os provocan á compasion las heri-*

das de Cesar ; recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de los padres, habeis manchado las campañas, y calentado los puñales.

Anticipacion.

Esta *figura* se comete quando el orador, adelantandose á las objecciones que puede hacerle el contrario, y allanando las dificuldades que puedan encontrar los oyentes, él mismo se anticipa los reparos, y los satisface con las razones que expone luego.

Ciceron en la oracion 2ª. contra Verres, previene los ánimos de los jueces de esta manera: *Si alguno de vosotros, ó de los que están aqui presentes, se admirase acaso de que habiendome exercitado tantos años en los juicios públicos, siempre para defender á muchos, y nunca para condenar á alguno, ahora, cambiada la voluntad, haya baxado al oficio de acusador ; podrá reconocer el motivo de mi nueva determinacion, y justificar mi intencion, creyendo que no puedo en esta causa ser el primer actor.*

Tambien se disfraza esta figura con una especie de prevencion que llaman los retóricos *premonicion*, que se hace á los oyentes para que no se ofendan de la libertad con que se dice una

cosa, ó de lo exôrbitante y maravilloso de la misma cosa. Un eloqüente escritor en el elogio de Descartes previene á sus lectores de esta manera: *Todo en este discurso será consagrado á la verdad y á la virtud. Tal vez habrá hombres en mi nacion que no perdonarán el elogio de un filósofo vivo; mas este murió ya, y hace ciento y quince años que no exíste: asi no temo hoy ofender el orgullo ni irritar la envidia.*

Añádese á esta *figura* aquella preparacion con que el orador entretiene la atencion y curiosidad del oyente con imágenes comunes y no determinadas, antes de nombrar claramente la persona ó cosa de quien pretende hablar. Es propiamente una amplificacion de las calidades ú hechos del sugeto, que antecede á la declaracion de su nombre, con la qual se suele empezar la vida de algun héroe, ó la grandeza y situacion de alguna ciudad.

Asi sostiene la curiosidad del lector y ocupa su atencion, un autor nuestro antes de nombrar á Cadiz, anticipando su descripcion y su historia: *Aquella insigne ciudad, hija de Neptuno, pues su asiento parece hijo de sus ondas; aquella sola en España en cuyo templo podian ser los Dioses herederos, sepulcro del mayor maestro de la fortaleza marcial, que en ella castigó la insolencia de los tiranos; que restituyó a su antigua gloria la ultrajada virtud de los humildes; aquella ciudad, compañera de Roma, y madre de sus me-*

jores Césares ; Cadiz, digo, que hoy con reciente victoria triunfa de los ladrones del mar.

Invocacion.

Con esta *figura*, mas conocida con el nombre griego de *apóstrofe ;* el orador corta ó tuerce el camino recto del discurso, dirigiendo su palabra á Dios, á la naturaleza, á la patria, á los vivos, á los muertos y á los ausentes, y aun á las criaturas inanimadas é insensibles ; y con esta ilusion se roba la atencion y voluntad del oyente, quien no puede dexar de mezclar sus afectos con los del que le habla. Es figura grave y vehemente para conmover los ánimos : porque ¿ cómo no será patética y terrible la oracion en que se llama al cielo, á la tierra, á la naturaleza, á los difuntos, á que sean jueces ó censores formidables de nuestras acciones ?

Ciceron, en la defensa de Milon, desvia su discurso á este magnífico y afectuoso apóstrofe : *A vosotros imploro, esforzadisimos varones aqui presentes, que derramasteis generosamente vuestra sangre por la salud de la república ! A vosotros invoco, centuriones y legionarios, que arrostrasteis los peligros como hombres, y como ciudadanos ! Vosotros todos, expectadores, guardias armadas, y presidentes de este juicio ¿ sufrireis*

que sea arrojado de la ciudad, que se destierre y desampare á un hombre virtuoso!

Un autor moderno hace esta sublime y patética invocacion para convencer y confundir á un atheista: *O! tú, naturaleza, madre universal! tu testimonio y tu socorro imploro! Abre tus tesoros, descubre tus maravillas al impio, para que por tus obras tribute al supremo autor de todas las cosas el debido amor, admiracion, y reconocimiento. Tierra que le sustentas, aguas que fertilizais los campos, ayre que le das la vida, truenos y tempestades que purificais la esfera, llenadle de terror profundo. Flores que esmaltáis los prados, yerbas que le dais la salud, fuentes que parís los rios, árboles que le defendeis de las injurias del sol, predicadle que un Dios eterno é infinito es su criador y el vuestro.*

Otro autor arguyendo contra la tiránica opulencia de los ricos que, no sabiendo contribuir á la felicidad del pueblo, aumentan su miseria; se introduce de esta manera, hablando con uno de ellos: *Acércate y verás quantos millones de hombres viven y mueren en la afliccion, en la miseria, y desamparo sobre la misma tierra que fertilizan con sus brazos y sudor para mantener tu opulencia! O! sombras de los pobres que murieron en tanta desdicha y amargura, salid cubiertos de horror delante de este rico cruel y soberbio! Alzad vuestras manos laboriosas, vengadoras de la humanidad ultrajada, y acusadle á vista del*

cielo y de los vivientes de su dureza y crueldad!

Otro eloqüente escritor, en alabanza de la virtud, invoca á los muertos de esta manera: *Manes ilustres de los Fabricios y Camilos! imploro vuestro exemplo. Decidme: ¿con qué arte dichoso hicistes á Roma señora del mundo, y tantos siglos floreciente? Glorioso Cincinato! vuela otra vez triunfante á tus rústicos hogares: seas el espejo de tu patria, y el terror de sus enemigos: guarda para tí la virtud, y dexa el oro á los Samnítas.*

Oygamos, por un término el mas sentido, mas patético, y mas sublime que puede conocer la eloqüencia, á Fr. Luis de Granada, quien, para encarecer la dolorosa consideracion en la muerte del Divino Redentor pendiente aun en la cruz y en la pasion de su santisima madre al pie de ella, hace esta invocacion á los angeles y á los cielos a la vista de aquel expectaculo: *Mirad angeles estas dos figuras, si por ventura las conoceis! Mirad cielos esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor! Escureced el ayre claro porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro criador! Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda! O! Cielos, que tan serenos fuisteis criados! O! tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros escurecisteis vuestra gloria con esta pena; si vosotros que erais insensibles la sentisteis á*

vuestro modo ¿ que harian las entrañas y pechos virginales de la madre? O ! ángeles de la paz, llorad con esta sagrada virgen ! llorad cielos, y llorad estrellas, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de Maria.

Para variar los asuntos, y dar á esta figura otro aspecto menos sério, volviendola á un término de colores mas blandos y poéticos, lease el razonamiento que Cervantes finge en boca de Don Quixote quando se entró en un sitio solitario de Sierra Morena, donde quería quedarse á hacer penitencia por merecer la gracia de su dama : *O ! vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada ! Oid las quexas de este desdichado amante, á quien una larga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas ! O ! vosotras Napéas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, asi los ligeros y lascivos Satyros, de quien soys, aunque en vano, amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura! O ! solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañia á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia !*

Los términos y valor de esta figura se extienden á otras muchas, si podemos darles este nombre ; pues todo lo deben á los afectos naturales,

y muy poco á las reglas de la retórica, como son la *obtacion*, la *deprecacion*, el *hacimiento de gracias*, y la *salutacion*. La primera pide una expresion viva y sentida, que indique el movimiento del deseo del alma. Pero ¿dónde buscarémos exemplos mas eficaces que en la sagrada escritura? Leémos en el Salmo LXXXIII. lo que dice David: *Dios de las virtudes, quán admirables son vuestros tabernáculos! Quando gozará mi alma de los deleytes inefables de vuestra gloria?*—Un tono mas sevéro, mas inquieto, y lleno de indignacion se representa en este deseo por Jeremias (cap. 99.) quando dice: *Quien me hará hallar una choza de caminante en este desierto, para abandonar este pueblo y retirarme de en medio de ellos! Todos son adúlteros, violadores de la ley, &c.*—Un tono mas suave acompaña á este otro deseo del mismo profeta (cap. ibid.) dictado por un movimiento de compasíon: *Quien dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche los hijos de las hijas de mi pueblo! O! si tuvieren un poco de sabiduria y de luz!*—Sublime deseo, y sublime expresion del deseo, realzada con exclamacion, es lo que pone en boca de la penitente Dª. Sancha Carrillo en la hora de su muerte el P. Roa escribiendo su vida: *Señor! quanto me aflixo en pensar que este cuerpo de tierra que traygo á cuestas, ha de estar en el sepulcro ocioso y baldío! que ni pasará trabaxos, ni se desvelará*

de noche, ni ésta lengua publicará vuestras misericordias! O! si plugiese á vuestra divina bondad que, despues de muerta, pudiese salir por las plazas á predicar á los hombres su descuido y su engaño!

A la obtacion se reduce tambien la *salutacion*, por la qual declaramos el buen querer, y el afecto amigo que tenemos para alguna persona, como lo verifican estas formas de decir: *Viva mil años Filipo, amoroso padre de los pobres!—Salve dichosa madre de la discrecion, Toledo insigne!—Salve Belén soberana: salve mil veces dichosa casa en que quiso nacer Dios hombre!*

Tambien pertenece al deseo puro y noble el hacimiento de gracias con la figura y ayre de apóstrofe, como quando David dice en el Salmo CXV.: *O! Señor! yo soy tu siervo, yo tu siervo, y hijo de tu sierva! Rompiste, Señor, mis ataduras. A ti sacrificaré sacrificio de alabanza. Alábente mi corazon y mi lengua; y todos mis huesos digan; Señor; ¡quien es como tu!*—Sin forma de invocacion, y por un modo llano y suavisimo, refiere S. Juan en su Apocalipsi lo que oyó de aquellos ángeles que cantaban: *Bendicion, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios por los siglos de los siglos.*

Y siendo la deprecacion tambien un deseo vivo de nuestro bien, ya quando pedimos socorro en nuestras necesidades, ya quando esperamos de

la clemencia soberana el perdon de nuestros yerros, pertenece á este lugar algun exemplo sacado del estilo místico, por ser el mas suave y tierno en este género afectuoso. Exhortaba el P. Ortiz á una Señora de alta gerarquia, que, ya que su estado y las leyes del mundo no le permitían despojarse del todo, como ella quisiera de las galas y atavíos de su persona, las llevase como forzada á imitacion de la Reyna Esther, y con desden como alma generosa, y con aborrecimiento como amadora de Dios; y que acostumbrando á su alma á levantarse de lo terrenal, alzase los ojos al cielo al tiempo de entrar en su tocador, diciendo: *O! mi Señor! Si para poder parecer sin vergüenza de los hombres mortales y muy mucho pecadores, es menester esta ropa, y este atavío, y estas joyas; qué habra menester mi ánima para agradar á vos que soys Rey de los Reyes, y Señor de los Señores! O! mi Dios! que por vestir vos mi desnudez quisisteis ser despojado, y para adornarme para el tálamo celestial quisisteis ser tan despreciado y llagado en el tálamo de la cruz, sacad del precio de vuestra sangre los tesoros de merecimientos que son menester para que yo no parezca desnuda en aquel dia grande del Juicio, donde tengo que salir á vista de todas las criaturas!*

Repito otro exemplo de deprecacion del mismo autor, pues lo fué en su tiempo de virtud y eloqüencia; y perdonenme los poco aficionados á los escritos piadosos si no me despido del P. Or-

tiz, porque es escritor del tiempo en que en Europa nadie sabia escribir bien en vulgar, y casi no es conocido ya dentro de España, y no puedo presentar otro de mas sentida y animada expresion en este género de estilo. Habla en boca de un pecador arrepentido de esta manera: *O! Señor mio! Que no desechaste el ladron que te invocó, mas dixiste con dulzura de amor hoy serás conmigo en el parayso; perdona los hurtos que yo te he hecho de este mi corazon, que tan tuyo es de justicia, dandole contra tu querer á las vanidades, y recibeme á misericordia en la hora postrera, donde, si tu me dexas ¿ quien me valdrá de mis enemigos? No te pido muerte dulce ni sabrosa, pues tú la tomaste por mí tan amarga: no pido, ni escojo, manera ó tiempo de muerte: solo te pido que me des tal socorro de gracia y fortaleza, que ninguna congoxa, ni agonia ni tentacion baste para apartarme de tí; sino que siempre tenga yo sed de tu justicia y amor, hasta espirar, inclinando á ti mi cabeza con perfecta obediencia.*

Concesion.

Con esta *figura* concedemos á los contrarios, á las objecciones presupuestas en los oyentes, ó á la comun opinion, aquellas conclusiones, razones, ó respuestas que nunca puedan destruir nuestra

causa, y solo sí contradecirla, para que de esta lucha salga siempre triunfante. Por exemplo; concederemos al ambicioso que es loable el deseo de gloria, mas no de una gloria vana y funesta á los hombres: al celoso ciudadano, que el amor á la patria es noble virtud, mas no quando se funda en odio de las demas naciones: al otro que las riquezas son útiles, mas no quando son mal empleadas.

Un ingenioso orador, hablando de los bienes y males del oro, quiere conceder á sus contrarios los primeros, y probar que pesan mas los segundos: *El oro, decis vosotros, alienta los ingenios; lo concedo: mas ¿quantos corazones corrompe antes? Convengo en que fomenta las artes: y si estas excitan el luxo ¿no es éste un contagio que inficiona á todo un reyno? Tampoco negaré que el oro ha hecho conocer naciones remotas, haciendolas comunicables: mas ¿quánta sangre de sus inocentes naturales no se ha derramado para descubrirlas, y quererlas civilizar? y quantas nuevas guerras no han nacido en la Europa para conservarlas esclavas ó aliadas?*

De diferentes modos se puede disponer la oracion, y construir las frases sin faltar á la sustancia de esta figura; como en este exemplo: *Tema con espanto la muerte el que nunca se ha acordado de su origen, ni su fin; mas no el que ha vivido la vida del justo. Estreméz̧case con la sombra de la muerte aquel que nunca sintió un re-*

mordimiento; mas no el que siempre anduvo por la senda de la virtud y de la penitencia. Confúndase á la vista de la muerte el que fundó todos sus deseos y felicidad en los deleytes de este destierro; no aquel que, esperando descansar en la eterna bienaventuranza, sabe que el fin de esta vida es principio de otra mejor.

Considerando la comun propension de los príncipes á seguir todo lo contrario del antecesor, sea por capricho, sea por emulacion, dice Lorenzo Gracian, en su político Fernando: *Si esta natural oposicion se declarára contra los desaciertos, fuera loable; pero, que se atreva á las hazañas, mayor monstruosidad. Que abomine Vespasiano, y borre las huellas de Vitelio, y de otros monstruos sus predecesores es restaurar el Imperio, es desagraviar la virtud; pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor emperador que adoró Roma, hasta estrechar los términos del Imperio por estrecharle los de la fama, y que derribe la celebrada puente del Danubio por derribar su memoria, no es emulacíon, sino atrocidad.*

Exclamacion.

Es *figura* patética y vehemente, con la qual rompemos de repente el discurso, levantando la voz para desahogar el ánimo oprimido de senti-

mientos de dolor, amor, compasion, alegria, indignacion, admiracion, &c. y expresamos lo grande, lo nuevo, ó maravilloso de una cosa con el acento y la señal de la interjeccion: demostracion natural de un espiritu agitado, y alguna vez transportado.

No basta una sencilla y fugáz exclamacion para llamar y atraher el ánimo del oyente á que venga á sentir con nosotros aquello mismo que sentimos: porque aquel inarticulado sonido desaparece como veloz exhalacion, ó se la lleva el ayre, como se dice del suspiro. Para que alcanze su cumplido efecto la exclamacion, deben acompañarla y sostenerla, ya la *repeticion*, ya la *interrogacion*, que le da cuerpo y movimiento de figura retórica: porque, por si sola, no es mas que una aspiracion insignificante é indeterminada, y muchas veces involuntaria, que no entra en la jurisdiccion de la eloqüencia.

Y por la misma causa que nos es tan fácil y natural esta expresion de nuestras conmociones interiores, deben, tanto el que realmente las padece, como el que las afecta, usar de ella con cierta economía y con oportunidad, y siempre en asuntos, casos, y situaciones importantes que la pidan. De esta figura, que es muy socorrida para cubrir con su tono vehemente lo frio, lo comun, ó lo lánguido de un discurso abusan todos los escritores noveles y los jóvenes declamadores que, destituidos de la cópia y severidad

oratoria, siembran la composicion de exclamaciones é interrogaciones. Estas no son entonces mas que vanas palabras, y no expresiones de la pasion, las quales, no naciendo del pecho del que habla, menos se podrán infundir en el del oyente.

Por medio de esta figura, tan breve en sus accidentes, pues no llega á ser voz articulada, y tan llena en su espíritu se pueden llamar, si no queremos decir excitar, todos los afectos: Se halla mezclada casi siempre con las demas figuras vehementes, á las quales da valor y lustre, como á los apóstrofes y epifonemas mucha eficacia. Ciceron, para excitar la indignacion pública contra el suplicio que se acababa de hacer en un ciudadano romano, asi acaba la narracion. *O! nombre dulce de libertad! O! derecho ilustre de nuestra ciudad! O! leyes Porcia y Semproniana! O! tribunicia potestad, tantas veces deseada, y en otro tiempo restituida al pueblo romano!* Asi, para mover la benevolencia á favor de un rico muy limosnero, dice uno: *O! manos siempre abiertas para dar! O! corazon benéfico y compasivo! O! caridad encendida en amor de los hombres!*—Palabras de espanto y amenaza son las del Apocalipsi, quando el profeta dice: *Ay! Ay! Babilonia, ciudad grande, poderosa ciudad, tu condenacion ha venido en un momento!* —Mueve á compasion de un joven injustamente condenado á muerte un autor diciendo: *O! si-*

lencio de la inocencia oprimida! O! justo que ruegas al cielo por los que te condenan!—De un avaro que dexaba perecer de hambre á sus parientes, dice otro: *Sed exécrable del oro! codicia cruel y desapiadada!*

Para significarnos la naturaleza del amor de Dios para con los hombres, dice Fr. Luis de Granada: *O! amor no criado, que siempre ardes, y nunca mueres! O! amor que siempre vives; y siempre hierbes en el pecho divino!* En estas breves exclamaciones se encierran de una manera muy sencilla y hermosa dos figuras, la repeticion de *amor*, y de *siempre*, y el contraste de *vivir* y *no morir*.—En otro exemplo de la dulce eloqüencia del mismo autor, se introduce en la exclamacion una fina repeticion de la palabra *nombre*, quando para ensalzar el de Jesus, que quiere decir salvador, continúa: *O! nombre glorioso, nombre dulce y suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios en su eternidad, y por los ángeles traido del cielo a la tierra!*

Tambien se empiezan las exclamaciones con lastimeros ayes, que son otros signos aspirados y articulados, que salen de pasion mas profunda, bien de dolor, ó arrepentimiento, bien de temor ó vergüenza. San Ambrosio escribiendo sobre San Lucas, quando quiere amonestarnos que estémos desvelados y apercibidos para la ultima hora, corta el discurso con este repetido lamento:

¡ Ay de mí, si no lloráre mis pecados ! Ay de mí, si no me levantáre á media noche á confesar, Señor, tu santo nombre ! Ay de mí, si engañáre á mí proximo : si no habláre verdad ! porque está puesto el cuchillo á la raiz del arbol !

Oygamos al P. Marquez, quando habla contra el amor propio é inmodestia de esta manera : *O ! quantas buenas obras tiene deslucidas la gloria de haberlas hecho ! O ! que de trabajos honrosos se han malogrado por no saberse olvidar de sí los quelos padecieron !*—Con esta exclamacion empieza un discurso el obispo de Mondoñedo : *O ! si la solicitud que pone el mundo para conservar á los mundanos, la pusiesen estos para apartarse de los vicios : yo juro que Dios tuviera mas siervos, y la carne no tantos esclavos.*—Don Antonio Solis, refiriendo una inhumanidad con que fueron tratados unos españoles, concluye el epifonema con una exclamacion dictada por la indignacion y el dolor : *El cacique* (dice) *mandó luego apartar á los náufragos españoles que venian mejor tratados, para sacrificarlos á sus idolos, y celebrar con sus miserables despojos un banquete : ¡ Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma !*

Imprecacion.

La *imprecacion* es otra de las figuras vehementes de que suele usar la oratoria alguna vez para conmover los ánimos con el terror ó el temor. En esta figura se encierra todo lo mas sublime de las metáforas, lo mas fuerte de los hipérboles, lo mas duro de los contrastes, y lo mas terrible de las imágenes, tanto mas eficaces, en quanto son tomadas de la naturaleza visible, y presentadas con una enfática sencillez, de que ofrece muchos exemplos la sagrada escritura.

El que quiera saber que tan grandes sean las adversidades y pobreza que estan guardadas para los malos; lea el capitulo XXVIII. del Deuteronomio, que entre otras palabras dice asi: *Maldíto serás en la ciudad, y maldito en el campo; maldito el cillero; y malditas las sobras de tu mesa: maldito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas. Enviará el Señor sobre tí esterilidad y hambre, y confusion en todas las obras de tus manos. Sea el cielo que está sobre tí de metal; y la tierra que hollares de hierro; y el Señor envie sobre ella polvo en lugar de agua; y del cielo descienda sobre tí ceniza hasta que seas destruido!*

En el libro de los Reyes leemos el siguiente rasgo que respira horror y enojo: *Montes de*

Gelboé, jamas cayga sobre vosotros ni el rocío, ni la lluvia: jamas en vuestras faldas haya un campo cuyas primicias se ofrezcan al Señor!—En boca de Jeremias oimos esta maldicion, comprehendida en una sentencia: *Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y el que, apartando su corazon del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo suyo!*

Gran fuerza y terribilidad da á esta figura lo extraordinario de los contrastes y de las imágenes, como se podrá ver en estos rasgos con que continúa el Deuteronomio la imprecacion antecedente, diciendo: *La muger que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificáres no mores en ella;* y la viña que plantáres, no la vendimies!

Pero la mas patética, la mas desesperada, y por consiguiente la mas sublime imprecacion, es la de Job, quando, rodeado de trabajos y miseria, le arrancó el dolor que le guerreaba en el pecho estos tristes lamentos, maldiciendo su desastrada suerte: *Pereciera* (exclama) *el dia en que nací, y la noche en que fué dicho concebido es este hombre! Volviérase aquel dia en tinieblas; no tuviera Dios cuenta de el, ni fuera alumbrado con lumbre! Escureciéranle las tinieblas y sombra de muerte, y llenárese de obscuridad y amargura! Corriera en aquella noche un torbellino tenebroso, y no fuera contado en el número de los dias, ni de los meses del año! ¡Porque no me tomó la*

muerte en el vientre de mi madre! Porque, luego como acabé de nacer no perecí! Porque me recibieron en el regazo! Porque me dieron leche á los pechos!

REPREHENSION.—Entre los diferentes grados y generos de la *imprecacion* se pueden contar las reprehensiones, las quexas, y las amenazas con que se desahoga el celo contra los malos y sus desafueros, ó el ánimo lastimado contra los ingratos, los pérfidos, y los hipócritas.

Nadie hace mayores hazañas (dice el P. Marquez) que aquel que busca que el mundo le celébre; quando el que mas descuidadamente vive en la apariencia, suele ser el que mas de corazon ama la virtud: *Asi vereis al otro hombre virtuoso de corazon que rie á su tiempo, que da limosna de su mano á la del pobre; y al otro hipócrita que para darla toca con la trompeta á juntar gente, y anda cabizbajo y melancólico. Ah! desventurado, que lloras por tu alquiler como la plañidera, y te pagas antes de tiempo! La limosna en que se pretende publicidad es limosna de enemigo. No haces obra vez ninguna con este fin que no levantes bandera contra Dios, y le hagas guerra con su hacienda.*

Diciendo el mismo autor que honró Jesu Christo en gran manera los trabaxos, advierte que no todos, sino los que se padecen por él; y con este motivo reprehende y amenaza á un mismo tiempo con estos términos: *¿ De que sirve*

sembrar trabaxos y dolores, si se siembran en la carne mortal, y no en el espiritu! Qué importa sembrar con lágrimas, si se siembra en tierra pedregosa, ó no se siembra buena semilla! Sembraste viento ¿ que esperabas coger sino torbellino! Que espera el vano que le ha de dar Dios por sus limosnas, habiendose pagado él anticipadamente y por su mano! Mala semilla sembrasteis: confusion y vergüenza cogereis.

Reprehende Fr. Antonio de Guevara á los viejos viciosos y olvidados de su fin, quienes, quando la carga de los años les llama hácia la sepultura, en vano se quieren reconocer y corregir, pues abren tarde los ojos al desengaño, y les habla de esta manera: *O! hijos de la tierra y discípulos de la vanidad! ahora sabeis que vuela el tiempo sin mover las cosas, que camina la vida sin alzar los pies, que esgrime la fortuna sin mover los brazos, que despídese el mundo sin avisar, engañannos los hombres sin mover los labios, consúmese la carne sin que nadie lo sienta, pásase nuestra gloria como si no fuera, y nos saltéa la muerte sin llamar primero á la aldaba!*

Hablando el Maestro Leon del uso de los versos y cánticos consagrados en los sagrados libros, reprehende á aquellos que los dedican á canciones y coplas obscenas y escandalosas, que se oyen por las calles y plazas: *Plugiese á Dios,* (dice) *que reynase aquella sola poesía en nuestros oidos; y que solo*

este cantór nos fuese dulce, y que en él soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase, y el artesano aliviase su trabaxo! Más, ha llegado la perdicion del nombre christiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios; y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion!

Pónese en el libro V. de la Sabiduria esta confesion ya tardía y sin provecho, en boca de los malos que se reprehenden á si mismos, diciendo: *Desventurados de nosotros! Como se ve ahora que errámos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos; y el camino del Señor, tan llano, nunca supimos atinarle.*

Quexa.—A la reprehension acompaña muchas veces la quexa, en la qual el corazon esfuerza á la razon, y se gana con el afecto lastimado el ánimo del oyente. Por Malachîas habla Dios de esta manera á los desobedientes y rebeldes al Señor: *Si yo soy vuestro padre ¿donde está la honra que me debeis? Y si soy vuestro Señor ¿que es del temor que me teneis?*—Y aun contra estos mismos se enoja otro profeta con palabras mas encendidas, quando dice: *Generacion mala y adúltera! pueblo loco y necio! Esta es la*

paga á tantos beneficios que das á tu señor! Por ventura, no es el padre que te hizo, y te crió!

Se quexa Dios á su pueblo por Jeremías, reprehendiendole la adoracion del Becerro de oro en el tiempo en que el Señor hablaba á Moyses en el monte Sinaí: *¿ Parécete,* dice, *que desde cerca soy bueno para Dios tuyo, y desde lexos no? ó que, desviado de tí, no puedo socorrer, ó castigar, como quando me tienes al lado? Qué criatura hay donde yo no este? cuyo ser no ocupe mi magestad? Sóbrame por ventura algo del cielo ó de la tierra? No está todo lleno de mi inmensidad?*

Quexa muy sentida y sublime contra los ingratos á Dios pronuncia el Maestro Avila exhortando y animando á un predicador nuevo á que continúe predicando sin respetos humanos contra la relaxacion de costumbres de los ricos y grandes señores, como lo hizo en su primer sermon, y se introduce de esta manera, dandole la enhorabuena: *A christo gracias que dió fuerzas para predicar su santo nombre, ó el Señor dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa, y honrosa. Mas ay! de nosotros que hemos venido á tiempo que está el corazon del hombre casado con la tierra! y de este casamiento ¡ como saldran hijos para el cielo! Parece á muchos, segun su negligencia, que está Dios burlando quando habla: ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay*

quien ame su bondad. No hay ninguna cosa en la tierra que no tenga amadores, y vos, Señor, sin ellos, ó con muy pocos, ó muy flacos! Dé Padre, voces, y délas muy grandes de que no hay bien sin Dios. No estorben, no, las sombras á la estima que se debe á la verdad. No es ciertamente justo, que se ponga Dios en olvido, porque dió dádivas á los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen á él. Gravemente le hemos ofendido en usar de lo que habiamos de gozar, quitando la gloria que se debia al incorruptible Dios, y dándola á la vanidad de las criaturas.

AMENAZA.—Sobre la quexa se levanta la amenaza, que, si no mas amarga, es mas terrible, pues se declara en ella grande enojo y gran poder. En el capítulo 1°. de los Proverbios, despues de haber escrito Salomon las palabras con que la Sabiduría eterna llama los hombres á penitencia, pone luego las que dirá a los rebeldes á este llamamiento diciendo: *Porque os llamé, y no quisisteis acudir á mi llamamiento, y extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciasteis todas mis reprehensiones y consejos; yo tambien me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros, quando os vinieren los males que temiais. Y quando viniere la muerte como tempestad que á deshora se levanta, entonces me llamarán, y no les oiré, y de mañana madrugarán á ponerseme delante, y no me hallarán.*— Hablando de la limosna Salomon en los Prover-

bios, amenaza á los hombres desapiadados con estas palabras: *El que cerraré la oreja, y disimuláre á la voz del pobre; dará clamores, y demandará, y no será escuchado.*

Hablando de la tribulacion y angústia de que se hallarán cercados los malos en el trance de la muerte, dice el Señor por el profeta Amós: *Entonces se les pondrá el sol en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro, y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerias en dia amargo.*

Contra aquellos que asi viven descuidados de su criador como si ellos mismos se hubiesen hecho, habla Dios por Ezequiel amenazando al malaventurado Rey de Egipto: *Contigo lo habré yo, Dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices mios son los rios, y yo me hice á mi mismo!*—Amenaza breve y espantosa es la que por el profeta Oséas hace Dios á los pecadores diciendo: *Ay de aquellos que se apartaron de mí! Ay de ellos quando yo me apartáre de ellos!*

Vehemente y enérgica es la siguiente amonestacion apoyada en una amenaza, para llamar la esperanza, que el Maestro Avila dirige á una Señora de alta gerarquia, que deseaba servir á Dios, y por respetos humanos no se atrevía á comenzar la carrera de la virtud, y la aníma con estas palabras. *Cerrad los ojos á las alabanzas, y á los vituperios tambien: que presto vereis tor-*

nado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado; y serêmos presentes delante del juicio del Señor, donde taparâ su boca la maldad, y será la virtud muy honrada.

Dubitacion.

Esta *figura* se comete quando por la gravedad, obscuridad, ó complicacion del asunto, ó por la esterilidad ó abundancia de la materia, dudamos, vacilamos, ó por decirlo asi, titubeamos acerca de qual de dos ó mas cosas hemos de elegir, ó qual de ellas seguir ó proponer, ya preguntando, ya refutando.

Ciceron nos ofrece bastantes exemplos en sus oraciones, como en aquella donde dice: *¿ Que haré, Jueces? Si callo, me confirmareis reó; si háblo, me tachareis de mentiroso.*—En la oracion en favor de Roscio Amerino dice el mismo orador: *¿ Qué exâminaré primero? ó de donde partiré? ¿ Que auxîlio he de pedir? ô de quien puedo esperarlo? De los dioses inmortales, ó del pueblo romano? Imploraré vuestra fé, vosotros, que teneis la autoridad suprema?*

Fr. Luis de Granada, habiendo de tratar de la grande obra de la redencion del género humano, entra dudoso y perplexo, diciendo: *Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de*

carne manifestados. Pues ¿ qué haré ? callaré ó hablaré ? Ni debo callar, ni puedo hablar. Como callaré tan grandes misericordias, y como hablaré misterios tan inefables ? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad.

Sustentacion.

Por esta figura, llamada con otro nombre *suspension*, mantenemos suspensos algun tiempo los animos de los oyentes ó lectores, sin declararles nuestro último pensamiento, que siempre debe ser inesperado, hasta despues de haberles tenido en una atenta expectacion; estimulandoles el deseo de satisfacer su curiosidad, ó de aquietar sus juicios. Por este artificio acercandoles cada vez el obgeto, se les va alexando en alguna manera para excitarles mas el deseo de verle ; hasta que, dexando caer de repente el velo, aparece, mas siempre diferente del imaginado.

Y como á nuestro discurso se presenta una cosa que no esperaba, ó de un modo que tampoco esperaba ; siente entonces nuestro espiritu aquel placer que nace de la sorpresa : afeccion agradable, no menos por lo nuevo ó maravilloso de la imágen, que por la prontitud de la accion. Esta sorpresa ó admiracion puede venir, ó de la misma cosa, ó del modo de presentarla : por esto siempre la vemos mayor, ó menor, ó muy di-

versa. Ademas la vemos tambien con la idea accesoria, ya de la dificultad de haberla hecho, ya del tiempo y modo con que se ha hecho, ya de qualquier otra circunstancia: asi, conviene desenvolver el pensamiento por grados, para sostener la impaciencia que suponemos en los oyentes.

Suetonio nos refiere las crueldades de Neron con tal serenidad y llaneza, que creeríamos que no siente el horror de lo que pinta; de suerte que casi excita la indignacion mas contra el historiador, que contra el autor de los delitos: hasta que de repente muda de voz y de término, concluyendo: *El mundo, habiendo sufrido catorce años á este monstruo, al fin le abandona.* Este período causa en los lectores diferentes especies de admiracion, ya por la súbita mudanza de estilo en el autor, ya por la declaracion de su diferente modo de pensar, ya por el efecto de haber expresado en tan pocas palabras uno de los casos mas señalados de los anales del mundo. Pues siendo asi ¿como no se agitará y deleytará nuestra imaginacion con tanto golpe de impresiones nuevas?

Las razones que crecen y suben poco á poco y perezosamente, hacen mas súbito efecto quando se descubre de repente el pensamiento. Un célebre orador en el elogio de la Reyna Enriqueta de Inglaterra, proscrita y fugitiva, y al fin refugiada en Francia, dice de esta manera: *En*

sus últimos años daba humildes gracias á Dios por dos grandes mercedes : la una por haberla hecho Christiana, y la otra....Señores, que esperais ? Acaso por haber restablecido los negocios del rey su hijo... ? No : por haberla hecho reyna desgraciada.

Otro eloqüente escritor antes de manifestar su pensamiento y su opinion acerca del origen de la esclavitud personal en los hombres, sostiene al lector suspenso hasta el fin, y siempre con nuevo interes y curiosidad, de esta manera : *¿ Cómo ha sido posible que entre dos criaturas tan perfectamente semejantes, ora sea en la forma, ora en las necesidades, y en la inteligencia, fuese el uno señor, y el otro esclavo ? Esta monstruosidad, que envilece la especie humana, me horroriza. Y si buscamos su principio, no hallaremos qual fué el primer hombre que declarase á otro esclavo suyo. ¿ Empezaría este abuso por los delinquentes ? No sin duda. ¿ Empezaria por los dementes, quiero decir, por estos hombres desnudos de inteligencia y de razon ? Menos todavia. ¿ Seria en fin la guerra, aquel atroz derecho de muerte, la espada levantada sobre la cerviz del vencido ? aquello : yo he podido quitarle la vida, ó entregarlo á la ferocidad de la victoria ; pero le dexo vivir, y le aprisiono ¿ luego es mio ? Mucho menos. Acabaré mis reflexiones sobre este derecho tan indecoroso á la humanidad. La soberbia, separando las costumbres primitivas y sencillas, separó las*

afecciones, alterando luego las idéas, y con ellas las palabras: el señor se volvió barbaro, y el siervo, vil; y la civilizacion, que debia unir estos individuos, mas los desunió. Asi vemos al esclavo béstia de carga en Tartária, y eunúco en Constantinopla.

Hablando el P. Zárate de que ninguno puede conocer quanto haya aprovechado en la virtud sino en los trabaxos y tribulacion, en que quiere Dios probar nuestra fé y confianza, dice proponiendo á Job por exemplo: *Qué virtud le faltaba al santo Job, ó qué pecados merecieron que el Señor le tratase con tanto rigor? Por ventura era soberbio? No: que él dice que con el menor de su casa se ponia á juicio para satisfacerle si estaba agraviado. ¿Era escaso con los pobres ó peregrinos? No: que él dice que a ningun caminante tuvo cerrada la puerta. ¿Fué avariento, enemigo de la limosna? No: que él dice que jamas comió bocado á solas, sin que tubiese parte el pobre y el huerfano. ¿Era por ventura hombre sensual, ó deshonesto? No: que él dice que tenia capitulado con sus ojos que ni aun pensamiento malo tubiese con muger. Pues ¿qué fué la causa de tan terrible trabaxo? Le faltaba esta virtud entre todas las que tenía, que era dar gracias á Dios por las tribulaciones, como las daba por la prosperidad.*

Escribiendo Antonio Perez para consolar á sus hijos en la prision, despues de haberse dado

libertad á su madre, exclama contra los ministros que le perseguian. *¡Miserables consejeros de tal autor! Pero ¿de qué me quexo? qué no espero? que en esto mismo debe estar el remedio, la satisfaccion de todos verdadera. Confianza, pues, en Dios, los hijos mios; que os tiene el señor á su cargo reservados con empeño de su palabra como pupilos.*

En la advertencia que hace Don Quixote á su escudero acerca del poder que tiene en los hombres el deseo de alcanzar fama, le dicta Cervantes esta hermosa y magnífica sustentacion. *¿Quien piensas tu que arrojó á Horacio del puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidad del rio Tibre? Quien abrasó el brazo y la mano á Mucio? Quien impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? Quien, entre todos los agueros adversos que se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Cesar? Quien barrenó los navios, y dexó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por Cortés en el nuevo mundo? Todas estas y otras grandes hazañas fueron obras de la fama que los mortales desean.*

Comunicacion.

Esta *figura* se comete quando el orador consulta

á sus oyentes, amigos, contrarios, ó jueces lo que debe deliberar, dandoles parte de su duda; mas siempre en asuntos graves y árduos. Asi dice Ciceron contra Verres: *Aqui pido, jueces, vuestro consejo, para que me digais lo que debo hacer: Pero el mismo silencio que guardais, me está diciendo que no será otro vuestro consejo, que el que podria darme la necesidad.*—El mismo orador en la defensa de Quincio, dice: *Espero, jueces, vuestro dictamen. En fin ¿qué podriais ver en esta causa? Verdaderamente que, siendo vuestra bondad y prudencia tan notorias, casi adivinaria vuestra respuesta á mi consulta.*

Descripcion.

A esta *figura* la llama Ciceron ilustre declaracion; y con mucha propiedad, porque se pintan las cosas de que hablamos como si en aquel momento estuviesen presentes, y con tanta viveza que casi se podria decir que se dá el mismo original por la cópia, poniendo como ante los ojos lo que se pinta en la narracion.

Es muy eficáz en los grandes afectos, porque la pasion pone el obgeto presente al que lo ama, ó aborrece, teme ó desea; y copiando sus circunstancias, las traslada al ánimo é imaginacion del oyente con el mismo movimiento que

agita al del orador. Tiene además todo el explendor de la energia y evidencia; la qual con el colorido de las metáforas da alma, vida, y movimiento á las cosas que en sí no lo tienen.

En la composicion de esta figura entran siempre muchas otras á modo de auxîliares; porque ¿cómo descubrirémos ó pintarémos las cosas y los acontecimientos sin que se mezclen, ó la repeticion, ó la interrogacion, ó la antítesis, ó el hipérbole, ó la exclamacion, ó la alegoría, &c., que son los nervios que dan vigor y movimiento á este cuerpo? Sin estos arreos y compostura la descripcion sería una relacion simple y comun, y dexaria de ser figura.

Sea el primer exemplo de una *Descripcion*, compuesta de alegoria, prosopopeya, y repeticion, la siguiente, en que se representan los efectos del rompimiento de guerra entre dos naciones: *Mirad estas dos naciones, como las abandona la amistad! La paz, arrojada por la discordia del centro de sus opulentas ciudades, desampara á sus miserables hijos, y huye á buscar refugio á las escondidas cuevas de las béstias fieras. Armada de yelmo y lanza, y con el furor en los ojos, viene volando Belona: á su vista todo se yela, ó se inflama, y el rayo dormido en los arsénales se revuelve, se enciende, y con voz horrisona truena. Habla, y al momento el trémulo anciano ciñe la espada al unico obi*

geto de sus esperanzas: habla, y la mano que ayer podaba el olivo, empuña hoy el acero homicida, y va á derramar por todas partes horror y consternacion: habla, y las artes llorosas dexan desiertas sus oficinas, y van á trasplantar á otras regiones mas serenas la gloria, la felicidad, y la abundancia.

Esta figura recibe mayor fuerza y energía quando se ponen todos los verbos en tiempo presente, segun se lee en el exemplo antecedente, y en el siguiente, porque en estos casos vemos la accion, y no la oímos, ni leémos. Describe un autor la toma y saquéo atroz de una ciudad, con aquel valor de eloqüencia que dan, no las metáforas, sino la fuerza de la propiedad de los terminos, la eleccion de las circunstancias y situaciones, y el contraste de ellas entre sí: *Abre la ciudad las puertas; y al instante se vieron arder las casas y los templos; oyese el estrepito de las techumbres que se desploman, y un clamor universal de los alaridos de sus moradores. Por acá huyen unos titubeando; allá se dan otros el postrer abrazo. Veianse llorar los niños, gritar las madres, gemir los viejos que tuvieron la desgracia de vivir hasta este dia. Saquéanse las casas y lugares sagrados, y llénanse las plazas de despojos y cadáveres. Aqui un ciudadano cargado de hierros anda delante del vencedor; alli una madre desesperada lucha*

para arrancar á su hija de las manos del brutal soldado.

Un célebre orador, en elogio de un príncipe, nos describe y refiere los efectos de la batalla de Fontenoy, y el espectáculo horrendo del campo, no la accion de la peléa como se describe en el exemplo anterior: *O! jornada de Fontenoy! dia de nuestra gran gloria! La Francia venció á vista de su soberano, y tres naciones huyeron. Los destrozos de quince mil hombres estaban esparcidos por aquella llanura, y un medroso silencio reynaba en el campo de batalla. Se veian muertos amontonados sobre muertos, vencedores sacrificados encima de los vencidos, guerreros desmembrados, hombres moribundos, y otros mas infélices aun por no poder morir, y entre profundos gemidos y agudos ayes, la sangre, el horror, todos los géneros de heridas, todos los géneros de muerte.*

Pondrémos algunos exemplos de cumplidas descripciones de escritores españoles, en donde no menos reluce la lengua en que escribieron, que la valentía y espíritu del pincel con que pintaban. Sea el primero Cervantes, quando describe el estrago que hicieron los turcos en un pueblo de la costa de Cataluña, al qual, despues, de haberlo asaltado de noche, le saquearon é incendiaron, sorprehendiendo dormidos á sus moradores en un repentino desembarco: *Los ecos* (dice) *de estas tristes voces, al arma!*

al arma! turcos hay en la tierra! quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes animos de los varones! A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los alfanges, y parecer las blancas tocas de la turca gente, que encendida, con segures y hachas de duro acero las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas de christianos despojos salian cargados. Qual llevaba la fatigada madre, y qual el pequeñuelo hijo; y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que huvo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen, y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos, ó quizá, vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. Poco le valió al sacerdote su santimonia, y al frayle su retrahimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su simple innocencia, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros.

Sea el segundo exemplo, por el mismo término, la descripcion que hace Argensola hablando de los vários martirios que padecieron los Indios Christianos de las Molúcas de manos de los idólatras: *Desmembraban* (dice) *los cuerpos, abrasaban brazos y piernas á vista del dueño que vivia en ellas; empalaban á las mugeres arrancandoles las entrañas; y sobreviviendo á sí*

mismas, miraban sus carnes en manos de los verdugos. A los ojos de las madres despedazaban los hijos, y á las preñadas los tiraban de los vientres tal vez no acabados de formar. Por todas partes, ya en compañía de las fieras á donde se habian refugiado, ya en las soledades no pisadas de pie humano, en donde se sustentaban de yerbas, morian los christianos con tanta constancia, que no quitaron los tiranos vida sin acrescentar exemplos de magnanimidad.

Representa el P. Mariana el estado en que se hallaban los reynos de Europa á principios del siglo decimo quinto con la siguiente pintura de calamidades: *Temporales asperos y revueltos, guerras, discordias y muertes, y hasta la paz arrebolada con sangre afligian no solo á España, sino a las demas provincias y naciones quan anchamente se extendian el nombre y el señorio de los christianos. Ninguna venganza, ni miedo, maestro aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar la gente: las ciudades, y pueblos, y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las ceremonias, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes, y como un naufragio comun y miserable de todo el christianismo, avenida de males y daños: señal cierta de la saña del cielo, y de los castigos que los pecados merecian.*

El P. Malon de Chaide pinta por un término el mas vivo y patético la salida del pueblo he-

bréo, cautivo y preso, partiendo para Babilonia despues de la mortandad y desolacion de la ciudad santa: *¡ Quien vió salir de Jerusalen el pueblo de los judios ! Quien vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos, y escapado de las llamas de aquel famoso templo, soberbias torres, y suntuosas casas de la miserable ciudad ! Exemplo de furor y saña del ayrado Dios del cielo. Iban, atadas las manos blandas de las tiernas doncellas, hinchados con los asperos y apretados nudos de los cordeles, y descalzos los delicados pies regaban con la roxa sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor. Los viejos ancianos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrado caso, iban atadas las sagradas gargantas, y ahogados del dolor, dando mortales suspiros. Quedaban degollados los mas valientes, y toda la flor y fuerza de su exército ; y los sacerdotes muertos sobre las sagradas victimas que ofrecian para aplacar la gran magestad de Dios airado. Iban, pues, cautivos aquellos desdichados : y pues que ni aun para quexarse se les daba licencia, á lo menos los ojos, que por tan libres no podian ser impedidos, derramaban lágrimas, regando los caminos y campos por donde pasaban.*

No es menos patética y enérgica la descrip-

cion que hace Lope de Vega de la entrada del Saladino en Jerusalen, rendida á sus armas, donde dice en metro (y aqui se convierte en prosa como exemplo de inmutable eloqüencia), lo siguiente: *No pintan mas feróz al fiero Marte de rigor vestido que al rey cruel cercado de formidables armas entrando en la ciudad con cien banderas, sin otras muchas que arrastraba (ó gran dolor!) honradas con la señal con que el capitan divino abrió las puertas del cielo. Míranle las mugeres abrazando sus hijos de temor; y ellos buscando con ansiosa boca los pechos para esconderse, hallánlos estrechos. Los venerables viejos suspirando, y los mancebos deshechos en lágrimas, todos ven en el semblante del vencedor pintada la crueldad y decretada la muerte.*

En la historia de los movimientos y revolucion de Cataluña del año 1640, describe su autor Don Francisco Manuel las atrocidades cometidas por la plebe feróz de la Capital contra las personas, afectas al partido opuesto en el dia del primer tumulto: *Ocupó la curiosidad y el tropel gran parte del dia; mas no por esto le faltaron al tumulto voces, manos, armas, y delitos.... Fueron hallados, y muertos con terrible inhumanidad por los amotinados, casi todos los temerosos que se habian retirado al sagrado inviolable del Convento de San Francisco; y estos son los que podriamos llamar dichosos, acabando en la Casa*

de Dios, y á los pies de sus ministros. Tal huvo, que pidiendo entrañablemente confesion, se la concedieron; pero luego, impaciente el contrario, salpicó de innocente y miserable sangre los oidos del que en lugar de Dios le escuchaba. Alguno pudo contar en las calles muchos homicídas, pues comenzandole á herir uno, era despues lastimoso despojo del furor de los que pasaban. A otro embestian en un instante innumerables riesgos, y llegando juntas muchas espadas, no se podria determinar á qual debia la muerte; pero ésta tampoco, como á los demas hombres, les aseguraba de otras desdichas. Muchos, despues de muertos, fueron arrastrados, y sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la naturaleza religiosamente infundió para freno de nuestras demasias. La crueldad era deleyte, la muerte entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza ya cadáver; y luego arrojábanla de unas en otras manos, dexando en todas sangre, y en ninguna compasion.

Trágica pintura es la que hace D. Diego de Saavedra de las calamidades y atroces desastres que padecieron la Lorena y Borgoña, en la guerra llamada de treinta años que tuvo término con la paz de Westfalia: *¡Que géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la innocencia, que no los hayamos visto en obra! no ya contra barbaros inhumanos, sino contra cultas, civiles, y religiosas! y no contra enemigos,*

sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto á la patria! Las mismas armas auxíliares se volvian contra quien las sustentaba, y mas sangrienta era la defensa que la oposicion; y no habia diferencia entre la proteccion y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningun edificio ilustre, á ningun lugar sagrado, perdonó la fúria y la llama: breve espacio de tiempo vió en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas á desierto las poblaciones. Insaciable fué la sed de sangre humana: como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun despues del furor de la batalla: la vista se alegraba de los disformes visages de la muerte: abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres; y tal vez en los de mugeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. Las vírgenes consagradas á Dios fueron violadas, estrupadas las doncellas, y forzadas las casadas, á la vista de sus padres y maridos. Las mugeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demas presas y despojos, para deshonestos usos; y á sus ojos despedazaban los soldados las criaturas, para que obrase en el amor paternal el dolor ageno de aquellas partes de sus entrañas lo que no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenian los hombres. Los lagos no

estaban seguros de la codicia ingeniosa en inquirir las alhajas. Aun los huesos de los difuntos perdieron su último reposo, transtornadas las urnas, y levantadas las losas.

Pintanos Solis la fatal retirada de los españoles por la calzada de la laguna de México, acometidos por gran multitud de Indios, y como entró Hernan Cortés en el combate, animando á los que aun peleaban: *Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto: pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traía el ayre á los oidos, envueltas en el horror de la obscuridad las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de la vida, cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los Indios, le traían al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.*

El P. Malon de Chaide describe en una valiente y vivisima pintura la tempestad de lluvia y rayos, segun se cuenta en el Libro de la Sabiduria y en el Exôdo, con que Dios, entre otras plagas y azotes, quiso castigar á Faraón: *Llovió Dios con grandes truenos que rasgaban los cielos, y corrían arrebatados rayos por medio de las espesas y negras nubes. Veíanse los cárdenos fuegos venir por el ayre; que con estampido mortal abrian los adarves, derrocaban las torres, y daban espantosas muertes á aquellos miserables, sepultandolos en las ruinas de sus propias casas,*

donde hallaban juntamente muerte y sepultura. Baxaban, á pesar y despecho del curso de la naturaleza, y contra su calidad y condicion, mezclados agua y fuego, y, como conjuradas y confederadas en el daño y mal comun de aquella gente, caían juntas y hechas un cuerpo la llama, el agua, y el granizo.

De esta suerte describe Fernan Perez de Oliva, por boca de Aurelio, los trabaxos de la vejéz del hombre y los postreros alientos quando le acecha y le arrebata la muerte: *Viene al fin la muerte volando con alas á quitarle de sus dulces miserias; y aun allí en la despedida le afligen nuevos males y tormentos: alli vienen los dolores crueles, alli las turbaciones, allí los suspiros con que mira la lumbre del cielo que va ya dexando; y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba, acordandose de aquel eterno apartamiento que de ellas ha de tener; hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que los dexa el alma, retraida á despedirse del seso, y del corazon, donde en secreto solía ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo, y á veces, poniendolo en rigor con gestos espantosos en el rostro, en que se representan las crudas agonías con que dentro anda el amor de la vida, y el temor de la cuenta, hasta que la muerte con su cruel mano las desase de las entrañas. Asi fenece el miserable hombre.*

Describe Lorenzo Gracian el naufragio de Critilo, y como, nadando con mil fatigas en medio del mar tormentoso, pudo tomar tierra: *De esta suerte hería los ayres con suspiros, mientras azotaba las aguas con los brazos. Pareció iva sobrepujando el riesgo; y quando creyó hallarse en el seguro regazo de aquella madre comun, volvió de nuevo á temer que, enfurecidas las olas le arrebatasen, para estrellarse en uno de aquellos escollos, duras entrañas de su fortuna. Tántalo de la tierra, huyendosele de entre las manos quando mas segura la creía. Fluctuando estaba entre uno y otro elemento, equívoco entre la muerte y la vida, hecho víctima de su desgracia, quando un gallardo jóven, ángel al parecer, y mucho mas en el obrar, alargó sus brazos para recogerle en ellos; y en saltando en tierra, selló sus lábios en el suelo.*

Todas las várias formas de descripciones circunstanciadas, de que acabamos de leer tan diferentes exemplos, son excelentes para la amplificacion quando la pintura que nos proponemos ha de representar todos los casos, incidentes, y personas que han de concurrir para hacer cumplida y expléndida la composicion, como conviene á la de un gran quadro, donde el pintor elige las situaciones, y coloca los personages en aquel orden y distribucion, que por la relacion y significacion de sus actitudes y accion trasladen á la vista, con la apariencia de realidad,

toda la pintura del suceso. Asi en esto, como en todas cosas, conviene estudiar la naturaleza, y consultarla como maestra; de suerte que cada uno sienta en su ánimo la verdad de lo que dice, y halle en su imaginacion las imágenes con que la ha de presentar, transportandose al lugar de un expectador. Pero en este género conviene que solo se diga lo mas necesario para causar la impresion que pretendemos, huyendo de la enorme profusion de aquel poeta que gasta cien versos en la descripcion de una tormenta. ¿ Que diriamos de aquel otro que, para pintar la amenidad y riqueza de un jardin, describiese cada una de las flores? Se han de omitir todos los obgetos y accidentes que no dan al discurso, ni novedad, ni energía, ni mayor luz.

Y para que los exemplos de descripciones no sean todos de aspecto melancólico y terrible, y de cosas de gravedad trágica; seguirán otros de pinturas blandas y risueñas en que, tal vez por su amenidad, se puede perdonar á la prosa alguna lozania poetica.

En la descripcion de la Laguna de la Ciudad de México, vista la primera vez por los españoles de Hernan Cortés, habla asi Solis: *Registrábase desde Tezcúco mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrían varias poblaciones y calzadas que la interrumpian y hermoseaban; torres y chapiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas; árboles y jardines*

fuera de su elemento; y una inmensidad de Indios que, navegando en sus canóas, procuraban acercarse á ver los españoles; siendo aun mayor la muchedumbre que se dexaba reparar en los texados, y azotéas mas distantes. Hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y que fué mayor en los ojos, que en la imaginacion.

Miguel de Cervantes en la deseripcion de cierto sitio améno á las riberas del Tajo que por boca del pastor Elisio hace á su compañero Timbrio, encarece las maravillas naturales del lugar de esta manera: *La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en si un don tan raro y agradable; y el dorado río, como en cámbio, en los abrazos de ella dulcemente entretexiendose, forma como de industria mil entradas y salidas. Vuelve, pues, los ojos, y mira quanto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserias que por ellas se ven fundadas. Aqui se ve en qualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas várias y odoriferas flores. De sus cultivados jardines, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos, de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se*

hallan, no diré mas sino que, si en alguna parte de la tierra los campos elisios tienen asiento, es sin duda en esta.

Descríbenos el mismo Cervantes la venida del Alba y nacimiento del sol aquella mañana en que Sancho Panza debia pelear con el escudero del caballero del Bosque, y dice asi: *En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la enhorabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iva descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañandose las yerbas, parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljofar. Los sauces destilaban maná sabroso; reíanse las fuentes; mormuraban los arroyos; alegrabanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida.*

Pinta tambien Lorenzo Gracian el nacimiento del sol, no sobre la tierra, sino sobre las aguas, observado desde un monte que descubria el horizonte del mar océano: *En esto los alegres mensageros de este gran monarca de la luz, coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guardia de sus rayos, solicitaban mis ojos á rendirle veneraciones de respeto y admiracion. Comenzó á ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada*

magestad se fué señoreando de todo el emisferio, llenando todas las demas criaturas de su esclarecida presencia. Y parece que, envidioso el mar de la tierra, haciendose lenguas en sus aguas, me acusaba de tardo; y á las voces de sus olas me llamaba atento á que emplease otra gran porcion de mi curiosidad en su prodigiosa grandeza.

Representando Quevedo en un sueño moral una idea magnífica del Juicio universal, describe el trono del Juez supremo de los hombres de esta manera: *El trono era obra en que trabaxaron la omnipotencia y el milagro. El Altísimo estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos, y enojado para los otros. El sol y las estrellas colgaban de su boca; el viento tullido y mudo; el agua recostada en sus orillas; suspensa la tierra, temerosa en sus hijos de los hombres.*

Concluyamos con esta rica y expléndida pintura de incierto autor, representando las varias artes, cultivadas y perfeccionadas por el hombre: *Veámos al hombre sugetando á su voz la misma naturaleza: ya con el pincél muda un lienzo tosco en una perspectiva encantada; ya con el cincél ó el burîl en la mano anîma al marmol, y hace respirar el bronce; ya con el plomo y la esquadra levanta alcázares á los reyes, y templos á la divinidad. Por otra parte la tierra, fertilizada por sus brazos laboriosos, le vuelve liberal su sustancia: la oveja le tributa todos los años su rico vellon, y el gusano de seda hila, para vestirle,*

su preciosa trama: el metal se amolda, y la piedra se ablanda entre sus dedos: y el corpulento cedro y la robusta encína caen á sus pies, y toman una nueva forma.

Aqui pertenece aquel otro género de descripciones breves que llaman los retóricos *hipotíposis;* y son unas vivas imagenes presentadas al discurso de un rasgo valiente y ligero, que da á la frase el colorido de la pintura, sin hacer un quadro estudiado y compuesto. Ciceron nos pinta en dos lineas la íra de Verres: *Ardiendo en crímenes y furor se presenta en la plaza; centelleábanle los ojos, y en su rostro estaba pintada la colera.*

Cornelio Tácito pinta con igual energía y viveza de colores la crueldad de Domiciano, que miraba los suplicios que mandaba executar: *Neron, á lo menos, ordenaba los actos atroces, y volvía los ojos; pero Domiciano es aun mas cruel para los reos que el mismo suplicio. Se cuentan y apuntan nuestros suspiros, y el rostro encendido del tírano, no de verguenza, sino del horror de su delito, hacia resaltar mas la palidez de los moribundos.*

En la sagrada escritura leémos un gran número de pensamientos y frases de una energía admirable, como quando se dan alas á los vientos, manos á los rios, y movimiento á los montes, para celebrar la venida del Señor; ó se personifica á la misericordia, la ira, la verdad, la justicia;

ó hablan los rayos y los truenos en el libro de Job.

Brevedad.

Esta figura, llamada *epílogo* por los retóricos, es aquella rigurosa concision con que exponemos una série de hechos que hacemos pasar rapidamente ante los ojos de la imaginacion, acercando las distancias de los tiempos, y omitiendo las circunstancias intermédias del suceso. Para la brevedad y curso veloz de las frases se suprimen las partículas, y hasta las palabras, que no son absolutamente necesarias á la idea principal.

Un escritor político refiere brevemente las últimas acciones de la vida de M. Bruto, como de una veloz carrera: *Bruto quiere libertar á Roma de la tiranía, asesina á Cesar, levanta un exercito, acomete, combate á Octavio, y se mata.*—Sea otro exemplo de esta figura esta brevisima narracion de todas las revoluciones que ha tenido el Egipto en el espacio de mas de veinte siglos : *Fué el Egipto primera escuela del universo, madre de la filosofia y de las artes, conquista de Cambises y de los griegos, trofeo de los romanos, despojo de los árabes, y presa de los turcos.*

Y para confirmar con nuevos exemplos que la energia es casi inseparable de la concision, véase como un eloqüente político, por una progresion

breve de imágenes en movimiento, nos pone como ante los ojos el asesinato de un despota de oriente: *El esclavo asalta el trono, con un puñal y un instante derriba al tirano, éste cae, rueda, y viene á espirar á sus pies.*—El mismo escritor, queriendo contar por su orden todas las revoluciones del Imperio romano desde Diocleciano hasta Augústulo, empieza y acaba asi: *El Imperio de Roma se desmembra, se divide, se deshace, bamboléa, y cae.*—Otro representa en cinco palabras otras tantas acciones ó circunstancias que precedieron, acompañaron, y siguieron á la muerte de un amigo: *Yélase su trémula lengua, suspira, me tiende el brazo, cierra los ojos, y fallece.*—San Juan en su Apocalipsi, hablando de los azotes y castigos de Dios, dice: *En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas; muerte, llanto, hambre, y fuego.*

Distribucion.

Es aquella division y subdivision del pensamiento principal quando éste se distribuye en todas sus partes, y se presenta por todos los aspectos necesarios para comentar la proposicion, esclarecer mas la materia, y satisfacer la curiosidad y atencion del oyente. Es figura muy socorrida para la amplificacion oratoria.

De esta manera distribuye un orador su breve

proposicion en las principales partes que encierra, quando dice: *Los hombres de todas las cosas han abusado: de los vegetables para sacar los venenos; del hierro para asesinarse; del oro para comprar las iniquidades; de las artes para multiplicar los medios de su destruccion; y de la brúxula para ir á esclavizar sus semejantes.*

Leámos como distribuye un político filosofo la proposicion de que la filosofia moral fué primero practicada que enseñada: *Dícese que Sócrates inventó la moral; mas otros antes de él la habian puesto en práctica. Aristides fue justo antes que Sócrates hubiese definido la justicia; Leonídes habia muerto por su patria antes que Sócrates hubiese prescrito el patriotismo. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese hecho el elogio de la sobriedad: y Grecia florecia en varones virtuosos antes que Sócrates hubiese dicho en que consistia la virtud.*—En alabanza de las virtudes de un supremo magistrado, cuya muerte fué muy sentida de todos, dice un orador: *Todos los que mueren, son honrados con lágrimas; el amigo con las del amigo; el esposo con las de la esposa; el hijo es llorado del padre; y el hombre grande del género humano.*—Qué delicada y harmoniosa manera de ponderar la brevedad con que desaparece la hermosura de la reyna de las flores, usa Cervantes quando dice: *Cortada la rosa del rosal ¿con qué brevedad y facilidad se marchita? Este la toca, aquel la huele, el otro la des-*

hoja, y finalmente entre las manos rústicas se deshace.

Oygamos á Fr. Luis de Leon quando dice que el ánimo desconcertado es tormento de sí mismo; y amplificando esta proposicion por este término, dice: *Ninguna cosa hay de las que el mundo y sus seguidores aman y siguen, no solo que se escape sin pena, sino de quien por natural conseqüencia, como del leño nace la carcóma, no nazca su azote. Del destemplado deleyte procede la enfermedad, su castigo: del deseo de honra sin tasa el servir adulando vilmente: del amor del dinero el trabaxo de buscarlo, y el perpétuo temor de perderlo, cruel verdugo del alma.*

El mismo autor, para manifestar el modo, y la facilidad con que el Altisimo derriba á los poderosos que viven olvidados de su providencia, empieza de esta manera: *Ordinariamente derrueca Dios estas cabezas sin parecer que pone en ellas su mano, y ciertamente sin hacer prueba de su extraordinario poder; y las mas veces lo hace con sus mismos consejos y hechos, y con lo que mas se pertrechan y piensan valer. El uno viene á caer por el amigo que favoreció sin justicia: al otro sus mismas riquezas que allegó codicioso para su defensa, le entregan al poder de la envidia; el otro que llegaba sin oposicion á la cumbre, halló en el alto grado donde subia quien le enviase deshecho al suelo. Porque no es honra de Dios luchar á brazo partido con sus enemigos,*

ni salir al campo con ellos: dálos á sus esclavos, á ellos mismos, á sus pasiones: con sus obras los deshace, y con sus apoyos los derriba, y con sus mismas armas los vence. Y asi vénse heridos, y no saben de donde les vino el golpe; y derruecalos Dios, y no ven contra sí otras manos enemigas sino las suyas.

El P. Malon de Chaide, hablando de uno de los principales bienes de la amistad, propone y divide asi su proposicion: *No nos dió á escoger la naturaleza los padres; ni los hijos; mas diónos á escoger los amigos. Esta es mas noble amistad, en que precede eleccion y acuerdo; ésta es la enmienda de la naturaleza y de la fortuna; de la naturaleza, para que en quanto faltáre en darnos buenos parientes y allegados, los pudiesemos escoger; de la fortuna para que en quanto nos falta su fé, la hallémos en los hombres.*

El mismo autor, por otro término aun mas galano y expléndido, amplifica y extiende la idea del amor: *Llamaba* (dice) *Zenon al amor, Dios de amistad, de libertad, y de concordia: poca amistad puedo yo tener con vos si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque no hay cosa á que se rinda sino á lo que ama, y en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por el la tienen los elementos, las repúblicas, y por él viven en paz los hombres y los animales.*

El P. Siguenza, hablando de la vida de un

siervo de Dios pondera su oracion, en la qual sobresalía su humildad; y la divide de esta manera: *Unas veces oraba en pié como quien caminaba á su patria, y se queria despedir del suelo, conociendose por peregrino; otras de rodillas, postura en que se significa nuestra sujecion y miseria; otras, postrado y tendido el cuerpo en tierra, como abrazando aquella madre comun, para refrescar la memoria de que somos polvo y ceniza, materia de nuestra compostura, donde se deshace la rueda de nuestras vanas presunciones.*

El Conde de Cervellon, en la vida de Alfonso VIII. hablando de que toda acusacion es ruindad, y asi que se debe recelar de falso lo que trae el sobrescrito de indigno, distribuye este pensamiento del modo siguiente: *Fuerza es que quien da cuenta al principe de las faltas de sus vasallos, hable de sus contrarios, de sus amigos, de sus mayores, de sus inferiores, ó de sus iguales. ¿Quien es, pues, tan ingenuo, que hablé de sus contrarios sin ódio, de sus amigos sin pasion, de sus mayores sin envidia, de sus inferiores sin desprecio, y de sus iguales sin rivalidad?*

Dialogismo.

Esta figura, llamada por los latinos *sermocinatio*, viene á formar un discurso dramático, en que introducimos dos ó mas personas comuni-

candose entre sí sus pensamientos, ó dirigiendo sus votos, y los sentimientos de su ánimo ya á una de ellas, ya á los expectadores, ya al cielo, ya á las criaturas, &c.

Con la ficcion de estos interlocutores el orador tiene mas libertad para referir un hecho lastimoso, horrible á los oidos, ó á la imaginacion, reprehender el vicio, inspirar la virtud, y dar un colorido tanto mas vivo á la oracion quanto se imita de mas cerca á la naturaleza.

Oygamos aquel coloquio que introduce San Leon entre las madres de los Inocentes, y los Soldados de Heródes en medio de la matanza de sus hijos: *Clama una: ¡ Cómo, compañera, me dexas desamparada! Vén, dice la otra, vamos á morir tambien con nuestros hijos. Á los niños, responden los verdugos, no á vosotros, buscamos. Que! exclaman las madres, estos niños aun inocentes han pecado?*

Un eloqüente orador inspira el amor á la patria con este animado diálogo: *La patria pregunta á cada ciudadano ¿ qué harás tu por mí? El soldado responde yo te daré mi sangre; el magistrado, yo defenderé tus leyes; el sacerdote, yo velaré en tus altares; el numeroso pueblo desde los campos y los talleres grita, yo me dedico á tus necesidades, te doy mis brazos; el sábio dice, yo consagro mi vida á la verdad, y tengo valor para decirla.*—Otro orador en el elogio fúnebre de uno de los mayores magistrados de un reyno,

pondera con este corto diálogo, la pérdida que hizo la nacion, de esta manera : *El viejo decia á sus hijos ; hijo mio murió el varon justo ! El desvalido y el infeliz exclamaban : cayó nuestro amparo !*

Leémos en Jeremías una viva y enérgica reprehension del Señor al pueblo idólatra, y figura en este un contraste de palabras y de obras, quando dice : *Ellos y sus reyes, los principes y los sacerdotes, y sus profetas, decian al leño tu eres mi padre, y á la piedra tú me engendraste ; volviendome la espalda, y no el rostro. Y en el tiempo de la tribulacion, dirán levántate, Señor, y libranos ; y les responderá ¿ donde están los dioses que os fabricasteis ? Pues levántense estos, y librente en el tiempo de la afliccion.*

En Isaías pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad y buen tratamiento de los proximos, quando introduce los Judios, que se quexaban diciendole al señor : *¿ Porque ayunámos, y no miraste nuestros ayunos ? y afliximos nuestras ánimas, y no hiciste caso de ello ? y respóndeles Dios : porque en el dia del ayuno vivis á vuestra voluntad, y no á la mia, y fatigais y apremiais á todos vuestros deudores. Ayunais, mas no de pleytos y contiendas, ni de hacer mal á vuestro próximo.*

Sobre las palabras que dixo el Señor á las hijas de Jerusalen, no me lloreis á mi, que muero de mi voluntad volved esas lágrimas sobre voso-

tras, forma el P. Marquez este coloquio con Dios: *Pues ¿ tan mal empleadas os parecieron, Dios mio, las lágrimas de aquellas matronas piadosas en los agravios de vuestra innocencia? Tuvò licencia la hija de Jepté para convidar al llanto de su muerte á todas las doncellas de su tierra, por haberla de quitar la vida un voto necio y una execucion temeraria. Pidió David que llorasen á Saúl las damas de su reyno porque las vestía de carmesí ; y vistiendo vos las aves de pluma, los cielos de estrellas, los ángeles de gloria, y los hombres de gracia, y tiñiendo las estolas de los bienaventurados en purpura de vuestra sangre ¡ no quereis que lloren la vuestra !*

Del mismo autor se lée esta otra manera de coloquio, aun mas tierno. *Dixo Sion : el Señor se ha olvidado de mi. Nécio pensamiento, por cierto, é indigno de un ánimo fiel. Mírale las llagas que le dieron cerca de tus muros, y verás si puede haberse olvidado de tí. En mis manos, te dice, traygo tu retrato, y no las puedo levantar á los ojos sin acordarme de tí. Haber padecido por otro esfuerza el amor de manera, que se viene á hacer honra de las heridas recibidas.*

Hablando Fr. Luis de Leon de aquellos que, teniendo en sola esta vida su bien, aborrecen la muerte y su memoria, y nunca les parece que viene, los introduce un tácito razonamiento que dice. *Todos estos, si no con las palabras, dicen á lo menos á Dios con las obras : que se aparte de*

ellos, y que en su cielo se esté; que ellos quieren y aman la tierra. Y no echan de ver que tienen de su mano, y por su gran piedad, estos mismos bienes terrenos con que se amanceban y casan! ni temen retraiga la mano el que sin merecerlo, la extendió á ellos con tanta largueza! ni conocen quanto mas facilmente se quitan que se dan estas cosas! ¿Y estos pensaban por dicha no caer, ni ser nunca cortados? Al fin cayeron, y les vino su dia, y resplandeció la justicia de Dios, y los asoló totalmente.

En la exposicion que hace el mismo autor de los Libros de Job, en uno de los momentos de sus aflicciones y desamparo, le introduce hablando consigo mismo en estos términos: *Hé venido á punto que no sé que hacerme: que, ni puedo sostener esta vida, ni se me permite tomar con mis manos la muerte. Por ninguna parte á que vuelvo los ojos me consienten dar paso: Dios me espanta, si le miro; mis criados me desconocen, si los llamo: mis hijos, se los llevó la muerte; mi muger misma es mi enemiga; mi cuerpo es mi tormento; mi imaginacion, crudo verdugo de mi alma.*

En el Sermon del *Niño perdido* representa Fr. Luis de Granada á su santisima Madre afligida en los tres primeros dias, buscandole, con estas muy sentidas y tiernas palabras: *En donde estais, hijo mio? En donde reposais? Estais por ventura al sereno y al frio tratando con vuestro eter-*

no Padre? O! sol, que con tus rayos descubres todas las cosas, descúbreme al Señor de todas!

Cuenta Lorenzo Gracian en su viage imaginario como Egénio iva conduciendo á los dos forasteros, Crítilo y Andrenio, en la gran feria del mundo, y lo que vieron en la gran plaza del empório de la vida humana, introduciendo en sus fingidos personages este dialogo: *Estaba un hombre haciendo señas que callasen, tan lexos de pregonar su mercaderia. ¿Qué vende ese, dixo Andrenio? Y él al punto se lo puso en boca. Pues de este modo ¿como sabrémos lo que vende? Sin duda, dixo Egenio, que vende el callar. Mercaderia es rara y bien importante, dixo Critilo; yo creí que se habia acabado en el mundo. Y quien la gasta? Los anacoretas, los monges, respondió Andrenio. Pues yo creo, respondió Critilo, que los mas que lo usan no son los buenos, sino los malos: los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro, y asi todos los malhechores. Ni aun esos, respondio Egénio; que está ya el mundo tal, que los que habian de callar hablan mas, y hacen gala de sus ruindades. Gritaba otro: aqui se da de valde lo que vale mucho. Y ¿qué es? el escarmiento. Gran cosa: Y ¿qué cuesta? Los nécios lo compran á su costa, y los sábios á la agena. Donde se vende la amistad, preguntó Egenio? Esta, Señor, no se compra, aunque muchos la venden.*

Conmoracion.

Esta figura llamada por los latinos *expolitio*, es propiamente una exôrnacion de la sentencia porque, vistiendo y como enriqueciendo con la variedad de pensamientos y modos de decir la idea principal, entretenemos agradablemente la atencion del oyente. La conmoracion, para distinguirse de la baxa y pueríl profusion de palabras impertinentes llamada *sinonímia*, ha de reunir nuevas frases con nuevos pensamientos; no para embarazar y confundir una proposicion de suyo profunda ú obscura; sino para ilustrarla, y hacerla mas perceptible y mas eficáz, presentandola de diferentes modos. Asi, pues, se usa de esta figura en aquellos asuntos que han de mover los animos, porque la copia y variedad de expresiones puede mas blandamente tocar al corazon. Por último, si la consideramos como un ornamento retórico para amplificar un discurso, no debe ser acumulando palabras sobre palabras, que aféen la hermosura del pensamiento, y hagan lánguido y redundante el estilo.

Qué nombre daríamos á esta fastidiosa prodigalidad de expresiones estudiosamente clausuladas de aquel orador que dixo á su auditorio: *No habia hasta ahora en este puesto quien tomase por asunto el consuelo de esta quexa, el*

alivio de esta melancolia, el antídoto de este veneno, y la cura de esta enfermedad. Todos los miembros de esta oracion son miembros inútiles que no sirven mas que para debilitar el pensamiento simple, claro, y muy comun. Lo mismo se puede decir del otro que dixo: *La alegria que tienen, el gozo que sienten, el placer que disfrutan, y el deleyte que experimentan los avaros, quando....* A esta vana profusion de palabras, que juntas todas no dicen ni valen mas que una, llaman *sinonimia* los niños, y los hombres mas niños que ellos.

La amplificacion de una sentencia á veces se exôrna con exemplos sacados de la historia, que es un modo muy grave y magnífico; otras veces con exemplos comunes, ó llamemos domésticos, que quizá tienen mas eficacia y verdad, por tocarnos mas de cerca; otras de símiles y comparaciones que juntan la persuasion con el deleyte; y otras con pruebas que ministran las circunstancias por principios racionales ó morales.

Hablando D. Diego Saavedra de la constancia y paciencia de Christobal Colon venciendo tantos obstáculos y contradicciones en su primera navegacion á las Indias; empieza con esta sentencia, y despues la confirma con varios hechos y circunstancias del mismo: *El que sufre y espera, vence los desdénes de la fortuna, y la dexa obligada. Arrójase Colon á las*

inciertas olas del océano en busca de nuevas provincias; y no le desespera la inscripcion del Non plus ultra que dexó Hercules en las columnas de Calpe y Abila, ni le atemorizan los montes de agua interpuestos á sus intentos. Cuenta con su navegacion al sol los pasos, y roba al año los dias, y á los dias las horas. Fáltale á la aguja el polo, á la carta de marear los rumbos, y á los compañeros la paciencia. Conjúranse contra él, y fuerte en tantos trabaxos y contradicciones, las vence con el sufrimiento y la esperanza, hasta que un nuevo mundo premió su magnanimidad y su constancia.

Miguel de Cervantes descubre gran riqueza de exemplos históricos para amplificar la proposicion del imperio del amor en todos los tiempos, quando empieza: *Veamos, pues, las hazañas y maravillosas obras de este dios imaginado el amor. Este es aquel amor que al justo Loth hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas. Este, sin duda, hizo que David fuese adúltero, y el que forzó al homicida y lividinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento con Thamár su querida hermana, y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traydoras faldas de Dalila. Este fué el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bayladora niña la cabeza del precursor de la vida. Este reduxo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á exercitarse en mu-*

geriles exercicios. Este hizo que la enamorada y furiosa Medéa esparciese por el ayre los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipólito, infamó á Pasifáe, destruyó á Troya, y mató á Egisto. Este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisbe el vaso de mortífero veneno que le quitó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, el mando á Marco Antonio, y la honra á su amiga.

Para probar Lorenzo Gracian quanto importa la presencia de un príncipe en la guerra para animar á sus tropas; amplifica con exemplos de otros reyes indolentes, y de los funestos efectos que causó su molície, esta proposicion: *El ver los soldados á su rey, es premiarlos, y en las empresas su presencia vale por otro exercito. Perdió Sardanápalo la monarquia de Oriente por estarse hilando en los infames estrados de sus rameras. Pereció Darío con sus delicias, y si salió á resistir á Alexandro quando mas no pudo, fué con lanzas de oro, y carros de marfil. Por no querer Galieno perder una flor de sus jardines, dexó perder veinte provincias, y sufrió que se aliasen treinta tiranos. Perdióse primero Rodrigo en la deliciosa paz, y despues en la batalla. Dexóse cercar en su Corte, y en su palacio, el negligente Constantino; y al que no quiso salir á buscar al enemigo, el enemigo le vino á buscar á Constantinopla.*

Comparando Fr. Luis de Leon la prosperidad, que las menos veces nos mejora, y las mas nos daña y desvanece, con la adversidad, que tanto nos engrandece y levanta; confirma con hechos de la historia sagrada esta proposicion, exôrnandola asi: *Ademas de que el buen dia siempre hace la cama al malo, y es su vigilia; eso mismo que llamamos feliz, es peligroso mucho, y ocasionado á mil males. En el descanso del parayso perdió á Dios el primer hombre; y en el trabaxo y en el lloro oyó despues la bendita promesa de su remedio. En lo ancho del mundo se anegaron los hombres; y lo estrecho del arca Noé se salvó. Donde reynan los Egipcios y Faraón reynan tambien las tinieblas; y en el rincon de Gesén, donde gimen y laceran los de Israel, resplandecia la luz. La prosperidad á Salomon le arruinó; y á Elías, el ayuno, la desnudéz, y la persecucion contínua le subió en carro de fuego.*

El mismo autor comenta el sentido de aquella expresion de Job *quando Dios se levantáre*, para significar quando Dios vendrá á juzgarnos, amplificandola con las varias definiciones y acepciones que admite la voz *levantarse*, por este grave y sublime término: *A la verdad, es altísimo siempre Dios, y en aquel dia parecerá á los ojos de todos muy levantado y muy alto. Porque si levantarse es mostrarse y salir á luz lo que estaba escondido; los malos, cuyos ojos*

y deseos nunca miraron á Dios, le conocerán entonces, para su miseria, descubierto y clarísimo. Si es levantarse tomar brío y mostrar fuerza, será no vencible con la que en aquel dia convencerá á los pecadores de culpa, y los sugetará á pena perpétua. Si levantarse es declararse por superior á los otros, en aquel dia lo rebelde todo, la alteza y soberbia del mundo, las torres de la vana excelencia, sus máquinas, sus consejos, sus mañas, su ser, su poder, sugeto á sus pies se verá; y quedará Dios solo alto, y todo lo demas humillado y rendido.

El mismo autor, comentando la palabra *servidumbres* con que llama Eliu, hablando con Job, á las obras malas de los ricos y poderosos; exôrna con varias circunstancias de semejanza esta primera idea, diciendo: *Verdaderamente es asi; pues en esto que apetecen y siguen, y en lo que ponen su contento, y de lo que hacen señorio y estado, es una servidumbre, y un miserable cautiverio. ¿Que es, sino ser cautivo de amos importunos, ó por mejor decir, de crueles fieras, las mesas, los lechos, los juegos, los pundonores, y el desconcierto de vida, y el estilo de aquestos rodeados de seda y de olores? Pero Dios hace que conozcan estas sus obras en el tiempo que los castiga; porque, á la verdad, ellos engañados y ciegos no las conocen por trabaxo, sino estimanlas por deleyte y amorio: y porque, como á los niños, asi á ellos el azote les abre los ojos para*

que vean la falsedad y la miseria de lo que amaban, y de como servian esclavos imaginandose grandes señores.

Queriendonos representar el mismo autor lo que padeció la humanidad de Christo en su imaginacion sudando sangre de congoxa quando oraba en el huerto al Eterno Padre; amplifica con colores muy sentidos y patéticos esta anticipada pasion, de esta manera: *Derrocóse en oracion delante del padre pidiendole que pasase de él aquel cáliz, y no quiso ser oido en aquella ocasion. Dexó desear á su sentido lo que no querria que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastáse el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dixeramos, vigilia de ella; y morir antes que muriese. ¡ Qué tormento tan desigual fué este en que se quiso atormentar de antemano! Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer! No se contentó con sentir el morir; sino quiso probar tambien la imaginacion y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y no pensada con un breve sentido se pasa; quiso entregarse á ella antes que fuese; y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla á su alma, y mirar su figura triste, y detener el cuello á su espada, y sentír por menudo y despacio sus heridas todas.*

Fr. Luis de Granada dice que con grandisima

razon envió Dios al justo aquella tan magnífica embaxada, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes: *Decidle al Justo que bien;* y amplifica y glosa este conciso y sentencioso dicho con su acostumbrada cópia de eloqüencia: *Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien, en los placeres y en los pesares, en los trabaxos y en los descansos, en las honras y en las deshonras, porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque se transtornen los elementos, y se caigan los cielos á pedazos él no tiene que temer sino porque levantar la cabeza, porque entonces se llega el dia de su redencion.*

Queriendo Don Fr. Antonio de Guevara consolar á un amigo que padecia destierro en ocasion que estaba asomado á gran fortuna; amplifica con varios símiles estos encontrados accidentes, diciendo: *Parece que al tiempo que esperabas mayor reposo, te ha sucedido mayor trabaxo: y es que quando pensamos tener ya hecha la paz con la fortuna, entonces nos pone una nueva demanda. Ya que estan en flor, yélanse los árboles; al tiempo de desenhornar se quebrantan los vidrios; en seguimiento de la victoria mueren los capitanes; al tiempo de echar la clave caen los edificios; y á vista de tierra perecen los pilotos.*

El mismo autor, hablando del gran cuidado

que deben poner los príncipes en la eleccion de buenos jueces, y administradores de la justicia; glosa y exôrna con algunas comparaciones la siguiente proposicion: *Si suspiramos por tener príncipes buenos, con lágrimas hemos de pedir no nos quepan malos jueces. ¿ Qué aprovecha que el caballero sea diestro, si el caballo es desbocado? que el rey sea esforzado, si el Capitan que ha de dar la batalla es un cobarde? que el príncipe sea honesto, si el que administra la justicia es disoluto? que el príncipe sea manso y benigno, si el juez es un crudo carnicero?*

Hablando el P. Siguenza de la terrible enfermedad de la gota universal que tuvo gafo y tullido muchos años á un virtuoso Prelado de su orden, espejo de paciencia, hasta su muerte; amplifica su primera y noble sentencia de este modo: *Es nuestro Señor Dios gran maestro de hacer santos, labrados de mil maneras, para que aprendan en ellos los hombres la hermosura y variedad de sus obras divinas. A unos levanta de la corrupcion de la carne á la libertad del espíritu con tanta fuerza, que aun viviendo en los cuerpos, parece no moran en ellos. A otros, por el contrario, los detiene, ó por decirlo asi, los atraílla de tal suerte con el peso de su cuerpo, que quiere se rindan á sus miserias: que allí, en su misma baxeza, aprendan lo que por ventura podrian saber por otros caminos mas altos: allí los labra, allí los pule, allí los perfecciona, para que salgan vasos dignos de la mesa real.*

Descifra Lorenzo Gracian á los hipócritas y hombres de artificio que trabaxan por disfrazar con máscara de virtudes sus mismos vicios, quando exôrna su primera proposicion con varios casos y modos con que se descubre esta simulacion: *Estos hombres no pueden hacer cosa que no sea con capa de virtud: con capa de lástima está aquel mormurando de todo; con capa de corregir se venga el otro; con capa de disimular permite este que todo se regale; con capa de justicia es el juez un sanguinario; con capa de zelo todo lo maléa el envidioso; con capa de galantería anda la otra libertada; con capa de servir á la república, se encubre la ambicion: con capa de templanza ahorra la avaricia; y con capa de pariente se introduce el adulterio.*

Como en esta figura se comprehenden todos los modos de amplificar un pensamiento; de los ornatos con que se suele vestir ha de redundar tambien lo que se llama estilo florido, améno, y como si dixéramos, pintoresco, de cuya composicion pondrémos aqui un exemplo de escogido y galano lenguage de D. Diego de Saavedra, quando pinta, al vivo y al natural, por accidentes y efectos exteriores, el genio y las primeras inclinaciones de los niños en su infancia: *Descúbrense estas* (dice) *en los ojos, en la frente, en las manos, en la risa, y en los demas movimientos. Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos; si risueño oye las alaban-*

zas y los retira entristeciendose si se le afea algo. Si es animoso, afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos. Si es liberal, desprecia los juguetes, y los reparte; si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfaccion; si colérico, por ligeras causas se conmueve, dexa caer el sobrecejo, mira de soslayo, y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos grangéa las voluntades; si melancólico, aborrece la compañia, ama la soledad, es obstinado en el llanto y dificil en la risa, siempre cubierta con nubecillas la frente; si alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo, ya los retira, y plegados los párpados con graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo.

De otro género de variedad usó el P. Nieremberg en el exemplo siguiente, en que quiso exôrnar y exemplificar su proposicion con las propiedades de varios animales; haciendo como alarde de sus conocimientos en la historia natural baxo de un velo simbólico, y ciertamente lo hizo de la riqueza de nuestra lengua que le ministró feliz copia, y diferencia de verbos, sin repetir jamas el mismo, siendo la idea y la expresion siempre una misma; y por ventura será este uno de los pocos casos en que se puede conceder perdon á la sinonimia: *Esta virtud* (dice) *del agradecimiento es en la que ha andado mas liberal la naturaleza;*

aun á las fieras no se la negó. Honró á todos los animales con el vulto y armas de alguna virtud que pudiese acordar al hombre de su obligacion. En el delfin dibuxó la misericordia ; en el elefante estampó la gratitud ; en el caballo marcó la obediencia ; en la cigueña representó la piedad ; en el leon copió la fortaleza ; en el pelícano grabó la caridad ; en la tórtola figuró la continencia ; en la paloma trasladó la simplicidad ; en la abeja bosquexó la diligencia ; en el buey señaló la paciencia ; en el céfalo cifró la abstinencia ; en el porfirion iluminó el amor de la castidad ; en algunos peces remedó la virginidad ; mas en todos esmaltó algun agradecimiento. Con un verbo solo, como *grabar* ó *dibujar* podian ser regidos todos los miembros de la oracion, y correr estos con paso mas suelto y natural ; pero disimulemosle este estudio en gracia de la gala de la variedad con que entretiene al lector, por medio de esta figura, que con mucha propiedad es aqui una verdadera *conmoracion.*

Aglomeracion.

Esta figura, llamada por los retóricos *congeries*, se debe considerar como un acumulamiento de circunstancias, y cosas distintas que, ligadas unas con otras, forman un compendio ó recopilacion de la materia antecedente, distribuida en

frases breves y corrientes ; y asi es figura muy acomodada para el epílogo de los discursos.

Un eloqüente orador, en el elogio de un grande General, para pintar en cortos rasgos la grandeza de su valor, y la serenidad de su ánimo, recoge en una sola oracion todas estas circunstancias : *El fuego de la artillería, el ruido de las armas, la gríta de los combatientes, la mortandad de los vencidos, el clamor de los herídos, el polvo de las evoluciones ; todas estas cosas fueron un expectáculo para su espiritu siempre sereno en medio de los peligros.*—Otro, hablando del general sentimiento, que causó la muerte de un sabio desgraciado, dice, *Parientes, extraños, amigos y enemigos, todos le lloraron.*

Para probar que las buenas costumbres valieron mas que las leyes en la república romana, acumula un escritor politico estos ilustres exemplos, como miembros de un solo período, diciendo : *La firmeza de Bruto, la buena fé de Régulo, la modestia de Cincinato, la templanza de Fabricio, la castidad de Lucrecia y Virginia, el desinterés de Paulo Emilio, y la paciencia de de Fabio : estas fueron las mejores leyes de Roma.*

Otro orador en el epílogo del elogio hecho al Mariscal de Saxonia, dice : *Muere Mauricio, y aquel que fué elegido soberano por un pueblo libre, aquel que habia sido colmado de tantos honores, ganado tantas victorias, tomado y defendido tan-*

tas plazas, vengado y vencido tantos reyes, el que habia sido el idolo de su nacion, y el terror de todas, en el trance de morir compara su vida á un sueño.

Ponderando Fr. Luis de Granada quánto nos ayuda para conocer á Dios la universalidad de las criaturas, que nos dan voces para que le amémos, y nos enseñan porque le hemos de amar, recopila los testimonios de ellas en una magnífica pintura: *¿Qué es* (dice) *todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones, para que en él estudiasen todas, y conociesen quien vos erais? ¿Qué serán, pues, todas sus criaturas, sino predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estimulos de nuestro amor, y condenadores de nuestra ingratitud?*—Mas adelante prosigue el mismo autor diciendo que, como las perfecciones del Señor eran infinitas, y no podia una sola criatura representarlas todas, fue necesario criar muchas, para que, asi á pedazos, cada una nos declarase algo de ellas, y concluye: *De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduria, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien*

ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia.

En la vida que escribió el mismo autor del Maestro Juan de Avila, llamado el Apostol de Andalucia, epilóga los frutos de su doctrina y virtud en una sola oracion : *No sabré determinar* (dice) *con que ganó mas almas este apostolico varon, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de su caridad: consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorria á los tentados, enseñaba á los ignorantes, despertaba los perezosos, levantaba los caidos ; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas ; no con ira, sino con espiritu de mansedumbre.*—Cosa es ordinaria, dice el mismo piadoso y eloqüente autor, que el fin de los malos será conforme á sus obras y lo confirma de esta manera: *Esta es una sentencia que á cada paso repiten las escrituras divinas ; esto cantan los Salmos ; esto dicen los profetas ; esto anuncian los apóstoles ; esto predican los evangelistas.*

Escribe Fr. Luis de Leon que las verdaderas prendas de la buena casada no se pierden con la edad, porque la alabanza en la muger pende de sus virtudes domésticas y conyugales ; y no de la hermosura marchitable y pasagera, que es ligero y vano loor, recopilando en el siguiente exemplo las circunstancias : *La alabanza maciza, y que tiene verdaderas rayces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, no se acaba con la*

edad, ni con el tiempo se gasta; antes con los años crece, y la vejéz la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envia mas viva siempre y mas fresca por mil vueltas de siglos. A la buena muger su familia la reverencia, sus hijos la aman, su marido la adora, los vecinos la bendicen, y los presentes y venideros la alaban y ensalzan.—El mismo autor, hablando de los bienes que se grangéan en la adversidad, y de los daños que la prosperidad trae á muchos, dice asi: *El placer es de los flacos, y la abundancia de los bienes de los que nacieron para poco, y el gusto y el suceso bueno vienen á los que no nacieron para virtudes heroycas: lo alto, lo ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable, y divino siempre se forjó en la fragua de la adversidad.*

Como le turbará la pobreza, dice el mismo autor, al que de esta vida no quiere mas que una estrecha posada? Ni ¿cómo le inquietará con su hambre el grado de las dignidades y honras, al que huella todo lo que se aprecia en el suelo? y sigue diciendo: *Ni el bien le zozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegria le engrie, ni el temor le encoge, ni las promesas le mueven, ni las amenazas le desquician, en las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro.*

Hablando el P. Sigüenza de que los monasterios retirados son una soledad acomodada para tratar á todas horas con Dios, y no las Ciudades; concluye en la pintura de estas de esta manera;

¡ Qué lugar ni ocio hay para tratar con Dios donde bulle la solicitud de los deseos del siglo, negocios de la tierra, palabras vanas, y mas vanas pretensiones, las iras, los odios, la ambicion desapoderada, y la codicia sin rienda!

Prosopopeya.

Esta *figura*, sublime y patética juntamente, es de aquellas que dan mas vigor y viveza á la composicion, quando el orador introduce los ausentes, los muertos, los entes inanimados é insensibles como dotados de sentido, de habla, ó de accion, y de afectos. Estas ficciones, para que sean bien recibidas, requieren gran cópia y esfuerzo de eloqüencia, porque las cosas extraordinarias, increibles, ó preternaturales han de hacer necesariamente una profunda impresion, por quanto exceden de lo verdadero; ó si no presentan mas que palabras vanas y frias, pierden su efecto, por ser falsas en su realidad. Por otra parte, un discurso puesto en boca de personas que ya no exîsten, ó que nunca exîstieron, ó de entes naturales ó morales personificados, conmueve y persuade con mayor fuerza y vehemencia que si emanase directamente de la pasion y voz del orador.

En todas las oraciones en que obran la pasion y la fantasía, ocupa un gran lugar esta figura.

El que está poseido de pena, de alegría, de tristeza, busca á quien comunicarla, quiere desahogar su ánimo; y no hallando testigos de su congoxa ó alborozo, llama la compañia de aquellos obgetos mas cercanos, ó mas análogos á la causa de su pasion que le presenta la naturaleza. Entonces entra en conversacion con ellos, prestando oidos á las criaturas inanimadas, lengua á los mudos, corazon á los insensibles, movimiento á los inertes, y cuerpo y realidad á los entes ideales. Asi está en la soledad, y no está solo; no habla con sus semejantes, y tiene quien le oye; habla con las rocas, con los árboles, las aves, los mares, la tierra, los cielos; los elementos; y estos le escuchan, le responden, sienten lo que él siente, y en algun modo le consuelan. Otras veces les obliga á que respondan por él, encargandoles el oficio de la lengua: y entonces es terrible la fuerza de la personificacion, porque la amenaza, la indignacion, la reprehension, toman tal grado de eficacia, qual se debe esperar del asombro de ver transformados en predicadores los entes inanimados, y aun los imaginarios: entonces hablan los muertos levantandose del sepulcro, clama la patria en figura de matrona, se quexa la pobreza, suplíca la misericordia, ronca la ambicion, mormura la avaricia, &c.

Como este grado de estilo es el lenguage de una pasion vehemente, que por su violencia se

supone que enagena al entendimiento del orador hasta sacarlo de la senda natural del comun modo de pensar ; por esto se requiere no entregarse á esta figura, sino en asuntos y circunstancias que enciendan y levanten el ánimo, y esto en los lugares mas animados de la composicion, y siempre con aquel temperamento que dictan la razon y el buen juicio en todo lo que sale de los limites ordinarios de la naturaleza. Y como el esfuerzo de esta ficcion no puede durar mucho tiempo guardando el semblante de la realidad conviene darle fin quando va decayendo la pasion, para no hacer floxa y desmayada la plática.

Ademas del interés, debe tener alguna dignidad el asunto de la personificacion, no representando obgeto alguno que no haga buen papel en el teatro de la ilusion. El punto y fino discernimiento para la feliz eleccion de estos obgetos pide una larga discusion, y observaciones críticas, que ocuparian mucho tiempo en este lugar, y acaso no satisfarian á las diferentes opiniones que excitaria esta materia.

Hay obgetos que en sí mismos son indecentes y baxos : y de estos no hablamos aqui, porque la noble eloqüencia los tiene desterrados de sus tres estilos. Hay otros que, sin ser indecentes y baxos, son comunes, pequeños, y de poca consideracion ; pero que, aplicados oportunamente á los oficios que les corresponden segun las cir-

cunstancias, no son despreciables ni inutiles; antes dan grande energía y propiedad á la ficcion. Quiero decir, que si hemos de hablar con los árboles, quando se haya de determinar la especie y no el género, escojamos siempre y traygamos á nuestro intento, ó el cedro, ó el ciprés, ó la encina, ó el álamo, árboles mas magestuosos, mas distinguidos, y mas acomodados para representaciones reales ó fabulosas; y nunca el box, el castaño, el nogal, el alcornoque, y mucho menos los arbustos. Sin embargo nos es lícito y decoroso hablar con las plantas y las flores en general en los afectos tiernos y deliciosos. Si hemos de hablar con las flores de especie determinada, primero se presentan la rosa, el clavel, la viola, la azucena, que no la amapóla, la adelfa, la hiniesta, es decir, campean en nuestra imaginacion, y llaman nuestra memoria aquellas flores, de las quales, por su hermosura, delicadeza, y preciosidad, hacen mas uso nuestros sentidos, y las pinturas metafóricas. Por otra parte, á menos de que nos figuremos dentro de un jardin, debemos tomar aquellas plantas y flores de los prados y selvas incultas, porque las silvestres son entonces las mas nobles y excelentes como hijos mas inmediatos de la naturaleza, y no las que han degenerado de su rústica madre por la industria de la mano del hombre; porque parece que todo lo que tienen del arte les quita el efecto é impresion en el ánimo para introducirlas en la personificacion.

La misma regla, si no se quieren despreciar las del buen gusto, se ha de observar quando queremos hablar con los animales, con los montes, con los rios, con los elementos, &c. esto es, de no descender jamas á sus partes, ó accidentes, menos dignas de nuestra contemplacion y de la atencion de los oyentes ; porque el orador no es un herborizante, ni un físico de oficio ni un práctico naturalista. La eloqüencia toma y abraza las cosas por mayor, ó elige las mas magnificas, que son siempre las mas comunes y conocidas para engrandecer el estilo. Por igual regla, si hemos de hablar con una ciudad, hablarémos con sus muros, con sus torres, ó chapiteles, obgetos mas visibles y partes mas nobles ; y no con los texados, las casas, las calles, y chiménéas; y si hemos de nombrar las piedras, elegirémos el marmol, ó lo fingiremos, para ennoblecer la materia.

Observa muy oportunamente un autor moderno que es natural hablar con el cadáver de un difunto, pero no con la mortaja, por no introducir ideas baxas y viles ; y que asi tampoco es conforme á la dignidad de la pasion hablar con las diversas partes del cuerpo. En confirmacion de esto cita un pasage del ingles Pope, donde Eloísa dice á su amante Abelardo : *O ! nombre dulce y fatal ! nadie te oiga, ni salgas de estos labios que el silencio ha sellado! Allá escondelo tú, ó corazon mio, en el estrecho rincon de....O !*

mano no lo escribas! Mas ay! ya lo escribió, Borradlo, lagrimas mias! Dice que el *nombre* (de Abelardo) y el *corazon* están bien personificados; pero que, quando del corazon pasa á la *mano,* diciendola que no escriba, es forzado porque una mano personificada es cosa baxa, y nada conforme al estilo de la verdadera pasion: y tambien lo es quando pide á las *lágrimas* que borren lo escrito; porque esto tiene un ayre de concepto epigramático que no lo sugiere la verdadera pasion.

Sin embargo de la censura de tan juicioso autor, en este caso me atrevo, con su licencia, á suspender mi asenso, y á dudar de los fundamentos de esta crítica, porque puede admitir algunas excepciones la severidad de tal sentencia. No hallo parte del cuerpo tan ignoble y desautorizada, fuera de las impúdicas y soezes, que no haga su papel en la personificacion, quando es necesaria como instrumento para algun oficio que la pasion le encomienda. ¿A quien habia de pedir que escribiese, ó no escribiese, sino á la *mano?* á quien que borrase, sino á las *lágrimas?* Justamente son obgetos ellos por sí de los mas nobles del cuerpo humano, y á los que se recurre mas freqüentemente para hablar á la imaginacion en los apóstrofes, exclamaciones, y descripciones metafóricas. Lo mismo dirémos de la lengua; pues ¿no hablamos con ella en la conversacion comun y familiar, diciendo: *Detente len-*

gua, quando nos queremos reportar? No decimos tambien: *pies ¿á donde me llevais?* quando va timido o dudoso a alguna parte? Y no decimos en otra ocasion: *pies ¿para que os quiero?* quando alguno trata de huir? Ademas, esta personificacion de la mano y de las lágrimas no es recta, sino obliqua: habla Eloisa con ellas, no son ellas las que hablan, pues en este caso seria clara la violencia y extravagancia de la figura. Tampoco es el autor quien habla, sino Eloisa; el poeta dispone el drama, y desaparece en la escena. En el contraste de dos pasiones que á un tiempo la combatian con la pluma levantada, segun la representa el poeta, no hay inverosimilitud en que la aflixida mandase á la mano y á los ojos, como instrumentos principales. Convendré en que no se nombren los dedos, los cabellos, las uñas, las piernas, el cuello, &c., ni el pulmon, porque son partes muy ínfimas, y como meramente pasivas, por cuyo medio no podemos representar los efectos de alguna pasion, ni suponerles movimiento, ni accion, ni voluntad para obrar por sí, ni para obedecer.

Volviendo á los géneros de esta figura, y á sus diferentes usos, vemos que todas las pasiones la buscan para su desahogo: la buscan el amor, el odio, la ira, y demas afecciones vehementes; y la buscan tambien las que parecen mas blandas y desmayadas, como la tristeza, el temor, la compasion, la esperanza, &c. Entonces, no solo

personificamos la paz, la guerra, la discordia, la ambicion, la avaricia; sino tambien la riqueza, la pobreza, la constancia, la vejez, la juventud, la religion, la patria, &c., para que oigan ó hablen en su nombre: porque la amenaza, la imprecacion, la súplica, la alabanza, el vituperio, el terror, serian de menos eficacia en boca del orador que en la de fingidas personas, cuya supuesta, ó digamos mejor, delegada autoridad, no ofende tan derechamente ni al amor propio, ni á la modestia de los oyentes, ó del sugeto á quien se dirigen.

Y aunque en la prosa no tiene la imaginacion la misma libertad que en la poesía, por quanto en aquella se la considera mas moderada y recatada; sin embargo, en la eloqüencia sublime, y en los casos de grandes afectos, puede la oratoria pedir sus alas á la poesía, sino para volar como ella, para subir á la altura á que la llama la jurisdiccion y autoridad de su destino, para conmover los animos. En la Sagrada Escritura se hace freqüente y contínuo uso de esta figura, como se lée en el Salmo XXIV.: *Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de su salud; y todos mis huesos diran: Señor ¿quien es como tú?*

Para poner á la vista de los lectores algunos exemplos en los diferentes grados á que se extiende la *prosopopeya*; empezarémos por Ciceron en su primera oracion contra Catilina, quando

introduce la patria, y pone en su nombre estas palabras: *Asi te habla, Catilina, la patria, y en su silencio te dice: en tantos años no he visto maldad que no la hayas cometido: no he visto calamidad que no haya venido por tí.*

El Ciceron de Francia, en la oracion fúnebre de un alto personage, previene á su auditorio que lo que va á decir en su elogio, no será ficcion ni lisonja, con esta vehemente personificacion: *Entonces este sepulcro se abriria, y estos huesos se levantarian otra vez para decirme: ¿porque vienes á mentir por mí, yo que jamas por nadie he mentido? Déxame reposar en el seno de la verdad: no vengas á turbar mi paz con la adulacion que siempre aborrecí.*

Otro eloqüente orador en el elogio fúnebre del Mariscal de Turena, comparando su muerte á la de Judas Macabéo, prosigue asi: *A estos ayes Jerusalen acrescentó su llanto, las bóvedas del templo se estremecieron, se pasmó el Jordán, y en todas sus riberas resonó la voz de estas melancólicas palabras: cómo ha muerto aquel varon fuerte que salvaba al pueblo de Israel!*

Otro orador, igualmente célebre, en el elogio de Descartes, asi consuela á los sábios perseguidos, y calumniados en vida: *Ved la posteridad que llega cargada con las ofrendas de la verdad y de la gratitud, para depositarlas en vuestras manos, y os dice: hijos mios, enxugad vuestras lágrimas: aqui vengo á consolaros, para haceros*

justicia, y dar fin á vuestros males. Yo doy vida eterna á los grandes varones : yo soy la que he vengado á Descartes, contra los que le ultrajaron ; yo la que he exterminado á los calumniadores, y á los que abusan de su poder : yo la que miro con desprecio estos mausoléos levantados en los templos á los que no fueron mas que poderosos ; y la que venero como sagrada la tosca losa que cubre las cenizas del sábio. O ! hijos mios ! acordáos que vuestra alma es inmortal, y que lo será tambien vuestro nombre !

Luis Mexía queriendo personificar en una fábula moral al *Engaño* baxo del nombre de *Señora Frauda*, la hace hablar de esta manera acerca de los efectos que causan sus consejos en los que pretenden adelantar en sus fines interesados con la astucia, el dolo, y la adulacion : *Preguntad á los mercaderes ¿ porqué son tan limitados en sus razones, y tan intrincados en sus contrataciones ? Preguntad á los artesanos ¿ porqué son tan mentirosos ? Preguntad á los labradores ¿ porqué son tan necios y maliciosos ? Ninguno de estos, si no se aprovechasen de mis preceptos, podria valerse de su propio trabaxo y sudor. Yo soy la que de pobres hago ricos, de rústicos gentiles hombres, y de esclavos muchas veces caballeros y señores. Yo soy la primera que me lanzé en el caballo de Troya ; yo la que me lanzé en el pecho de Ulises, y la que revolvia la lengua de Sinón : yo la que hago dar vuelta á la*

fortuna, y la hago parecer á quien quiero, rasa, ó con cabello.

Quando la luz de la fé, dice Fr. Luis de Leon, entra en el alma ciega y sepultada en tinieblas, la alumbra y hace que vea en un momento el suelo y el cielo, á sí y á Dios, á su propia baxeza y vileza, y á la alteza y muchedumbre de los bienes que pierde; y personificandola mas abaxo, y prestandole habla, prosigue: *Entonces ve el hombre los fines de la tierra y sus alas, es decir, en que parará lo que en esta tierra de miseria se estima, y su ligero vuelo con que desaparece en un punto. Ay pérdida! dice el alma asombrada, y que he hecho! De lo pasado que tengo: y en lo venidero que esperanza me queda? Espanto, asombro, temblores, voces de amargura, representaciones de muerte, y tormento perpétuo, que desmenuzan el corazon, y sumen en el abismo al sentido.*

Oygamos la melancólica plática que Miguel de Cervantes pone en boca de un cautivo christiano, contemplando los muros derruidos de la capital de Chipre, recien tomada por las armas de los turcos en 1569. *O! lamentables ruinas* (exclama) *de la desdichada Nicosia, apenas enxutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tubierades ahora en esta soledad donde estamos, pudieramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quiza el haber hallado compañia en*

ellas, aliviára nuestro tormento! Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa, os podeis ver levantados. Mas, yo, desdichado ¿ qué podre esperar en la miserable estrechéz en que me hallo, aunque vuelva á mi primer estado? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura; y en el cautiverio, ni la tengo, ni la espero.

Para no perder la ocasion de traer aqui una de las personificaciones mas patéticas que puede ofrecer la eloqüencia, me propuse volver en prosa dos octavas de la Jerusalen de Lope de Vega, quando pinta la desgracia de la Ciudad Santa, tomada y entrada por el Saladino. Parece que pide lágrimas y entrañas á las piedras y á los muertos para arrancarselas á los vivos, quando dice: *Llorad, sepulcro santo! Piedras frias, en agua os convertid, sintiendo que os profanen tales gentes! Llorad, santa ciudad! Sagrados muros ablandad vuestros mármoles, honrados en otra edad de otra mejor bandera! Ay! de David alcazares dorados! Ay! santa Sion, que huesped os espera! Ay! puertas por donde el divino Rey entró descalzo, que entra hoy por vosotras armado el Saladino! Raquel hermosa! pues sepulcro tienes cerca de esta ciudad, llora tus hijos, y tus perdidos bienes! llora á Josef y á Benjamin, su hermano! Y tú, como las lágrimas detienes, huerto de prision, regado con*

las de Christo soberano que en tí temió pasar el caliz que pasar queria ! Rompe otra vez, ó templo santo, el velo : hablen las piedras tocadas de dolor, viendo los nobles estandartes de la cruz arrastrados del persa y pisados del escita ! Ya no se llamarán Tophet tus valles sino de mortandad, dando tus cuerpos sustento á las fieras, sin hallar remedio á tus gemidos ! Mira cómo por tus plazas y calles, cubiertas de llunto y muerte, entra el sangriento vencedor hollando tu hermosura !

Hablando el P. Malon de Chaide de la fuerza y calidades del amor en sentido de caridad, y que encierra en sí los efectos de todas las virtudes y el fruto de ellas, personifica esta noble pasion, y le habla de esta manera : *O ! amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences ! eres lo mas fuerte, pues no vences exercitos armados, no sugetas reynos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes ; mas rindes los humanos corazones, y no con hierro y mano armada, sino con dulzura, con regalo, con suavidad, y con blandura. Eres ó amor ! lo mejor que Dios puede dar. Pídate sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso, pídate hacienda el avariento, pídate deleyte el hombre sensual ; que yo, Señor, tu amor te pido. Todas las otras cosas que tienes, comunes son á buenos y á malos ; pero tu amor solo es para los buenos, solo es para tus amigos.*

Fr. D. Antonio de Guevara pone en boca de M. Aurelio una vehemente reprehension de las

corrompidas costumbres de Roma, y de los vicios del Asia, hablando á la una, y despues á la otra, y personificandolas de esta manera: *O! Roma desdichada! Donde están tus antiguos padres que te fundaron y honraron? Donde tantos buenos varones, generosos y virtuosos que tu criaste? Donde los que por tu libertad derramaron su sangre? Donde tus esforzados capitanes que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Donde tantos filosofos y oradores que con sus consejos te governaban? O! Asia maldita! gastámos en tí nuestros tesoros, y tú empleaste en nosotros tus vicios: y en cambio de hombres fuertes, enviástenos tus regalos. Expugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes. Allanámos tus fortalezas, y tú destruiste nuestras costumbres. Hicímoste cruda guerra, y tú nos conquistaste en la paz. Injustos señores somos de tus riquezas, y fieles vasallos de tus vicios.*

Artificiosa la abeja, dice Saavedra, encubre cautamente el arte con que labra los panales; hierbe la obra, y nadie puede ser testigo de sus acciones domésticas; y dirigiendose á estos insectos, les dice: *O! prudente república, maestra de las del mundo! ya te hubieras levantado con el dominio universal de los animales si, como la naturaleza te dictó medios para tu conservacion, te hubiera dado fuerzas para tu aumento. Aprendan todas de ti la importancia de un oculto silencio, y de un impenetrable secreto.*

Como en la composicion de esta nobilisima figura entra lo mas vehemente, magnífico, y afectuoso de la eloqüencia; necesariamente han de acompañarla siempre otras, fuertes, patéticas, y animadas, que se incorporan en ella, y le dan calor, accion, y espíritu. Tales son la *exclamacion*, la *interrogacion*, el *apóstrofe*, y las imágenes y movimiento de algunas descripciones, en todas las quales es equívoco muchas veces su nombre y su carácter, pues suelen confundirse en un mismo concepto, como se podrá ver en sus respectivos exemplos á donde remitimos los lectores: y principalmente en el que acabamos de trasladar de Guevara, en donde juegan la exclamacion, y un contraste continuado, que es el nervio de esta composicion.

Etopeya.

Llámase *etopeya* en griego aquel retrato fiel de alguna persona, considerada y examinada en sus acciones, carácter, y costumbres. Por lo que pertenece á su figura, gesto, y calidades corporales, es mas propio de la *descripcion* que de la etopeya, que es rigurosamente una pintura moral. Esta figura es uno de los ornamentos mas explendidos de que suele usar el historiador, para dar interés á su narracion, esmaltandola de quando en quando de estos colores que sacan á

luz con todas sus facciones á los personages que en las artes de la paz ó de la guerra, ó en la excelencia de alguna virtud, ó vicio, se han hecho memorables en algunas épocas de la historia. Pide esta figura un pincel franco y valiente, y mucha elegancia y gravedad á un mismo tiempo, afectando mas bien la brevedad y sencillez que una redundante cultura. Sin embargo, hemos de confesar que es tan tentada esta figura de los antítesis para pintar los caractéres con el realce de las buenas y malas calidades; que sin estos adminículos acaso nó serían leidos con atencion, y seguramente con deleyte, semejantes retratos, faltandoles estos toques de colores distintos. No solo los antiguos, sino los modernos escritores, han adolecido casi todos de este defecto, si se puede llamar así una casi necesidad de decir la verdad sin la desnudez de una comun relacion, que no corresponde á la severidad filosofica, que busca siempre el claro y obscuro. En estos retratos morales se resbala siempre el pincel, ó algun rasgo mordáz, ó bien contra la conducta del sugeto quando es mala, y queremos cubrirla á medio rebozo; ó contra la comun de los hombres, ó de otro conocido de la fama, comparandole con el que es obgeto digno de nuestra alabanza. En estos cotejos y comparaciones por contrastes, debe asomarse siempre una punta de sátira ó increpacion contra los defectos ó imper-

fecciones de los mortales, para hacer resaltar mas las cosas y personas que nos proponemos pintar.

Son sombras que hacen brillar mas las luces del retrato por el arte con que se describen los hechos, y sirve como el estaño al espejo, que puesto en el reverso, hace mas tersa y límpia aquella bellisima tabla de cristal. Ya dixo Marcial que no hay rostro hermoso sin lunar. En el claro y obscuro de estos retratos se ha de haber el escritor con tal artificio, que en la misma ferocidad del rostro que se haya de pintar por exemplo, dexe ver alguna faccion apacible, templando la atrocidad del caracter con alguna prenda loable, como se cuenta de las máquinas de guerra que trabaxaba Demetrio, que á un mismo tiempo espantaban á los enemigos por su grandeza, y deleytaban por su primor á los amigos.

Quien dice el historiador, dice el orador tambien: ambos narran y describen, y ambos tienen que alabar, ó censurar alguna vez la conducta de los hombres que han dado materia á la fama.

Retrato de Oliverio Cromwell.

Por incierto autor.

" La Inglaterra, despues de muy horribles
" convulsiones, terminadas por el mas horrendo
" atentado, vino á caer en manos de un sol-
" dado, afortunado y fanático, profundamente
" feroz, melancólico, hipócrita, intercadente
" en los medios, pero constante en su plan:
" alma de sus confidentes, y terror de sus pro-
" pias guardias: hombre, en fin, que no tuvo
" otra union con los demas, sino por aquel
" impulso predominante con que se los hacía
" compañeros en los crimenes de que solo él
" sacaba el fruto. Este usurpador supo hasta
" su último fin conservar su poder y su cabeza,
" oprimiendo á su nacion con el terror, y á los
" demas con la autoridad de su nombre. De
" él se ha dicho que con algunas virtudes mas,
" hubiera sido un heroe ; dígase mejor, que con
" algunos vicios menos hubiera sido hombre."

Retrato del Cardenal de Richelieu.

Por incierto autor.

" Véase este hombre que sacó la cabeza en
" medio de las borrascas de su siglo, que con
" un ánimo intrépido, y un entendimiento te-
" nazmente imperioso, fecundo en expedientes
" insidiosos, y sublime político en el sentido que
" entonces se daba á esta palabra, ató siempre
" la idea de su propio engrandecimiento con la
" preeminencia de la nacion. Siendo tirano de
" los Grandes dentro del reyno, y aliado de los
" pequeños en los extraños, descontentó y do-
" minó todas las testas coronadas; y empezando
" á hollar los pueblos, preparó el reynado de
" la opresion. Con el caracter de soldado de-
" baxo del hábito de sacerdote, no tuvo las
" virtudes de este, ni los vicios de aquel estado.
" Este hombre sanguinario disipó con el terror
" todas las empresas facciosas que podian cons-
" pirar á su ruina; y su orgullo, que jamas se
" derramó, aunque siempre rebosase, se apro-
" vechó del curso, y aun de las contingencias
" de los acontecimientos. En fin, este tiránico
" ministro, al paso que castiga en su reyno las

"las conjuraciones, las fomenta en los extraños,
"y el que se arroga el título de protector de la
"Europa, es el mismo que se atribuye la gloria
"de haber sido el autor de sus calamidades."

Retrato de Luis XIV. Rey de Francia.

Por incierto autor.

"Ciérrase el templo de Jano en casi toda la
"Europa, y en esta época se presenta en el
"centro de ella un príncipe, que por qualquier
"lado que se mire hace dificil su imitacion.
"Nunca hubo quien, como él, supiese ser lo
"que debe ser el hombre en cada dia y en cada
"momento. Su caracter salió perfecto de las
"manos de la naturaleza, modélo acabado del
"arte de reynar, que hubiera estado fuera de
"su lugar no habiendo estado en el primero.
"En fin, era hombre, digamoslo asi, vaciado en
"su propio molde, cuyo porte y modo llenaban
"la idea de un gran monarca. Era noble hasta
"en sus placeres: se explicaba con la brevedad
"que pide el mando, y la exâctitud que dicta la
"prudencia. Era afable, modesto, cortés, y tan
"galante en sus acciones como en sus dichos:
"finalmente, todas sus cosas llevaban el sello de

" la dignidad y del decoro. La gloria del im-
" perio fué siempre el ídolo de su entendimiento,
" la de su autoridad el de su corazon, y el de
" sus gustos el galantéo. Pero la dignidad de
" sus costumbres, su probidad personal, y su
" constancia le harán siempre un hombre muy
" raro entre los hombres. Fue magnífico pro-
" tector de las artes; idolatrado de aquella
" parte de su nacion, que le veía, y admirado
" de la que no podía verle. Las naciones ex-
" trangeras venian á su capital á contemplar á
" un principe de quien traían llena la imagina-
" cion, y se llevaban aun mas llena la me-
" moria."

Retrato del Rey Católico don Fernando.

Por Don Diego de Saavedra.

" Las niñezes de este gran rey fueron adultas
" y varoniles: y lo que en él no pudo perfec-
" cionar el arte y el estudio, perfeccionó
" la experiencia, empleada su juventud en
" los exercicios militares. Fué Señor de sus
" afectos, gobernandose mas por dictámenes
" politicos que por inclinaciones naturales. Tuvo
" el reynar mas por oficio que por herencia:
" sosegó su corona con la celeridad y la pre-

" sencia: levantó la monarquia con la pru-
" dencia y el valor: la afirmó con la religion
" y la justicia; la conservó con el amor y el
" respeto; la adornó con las artes; la enrique-
" ció con la cultura y el comercio; y la dexó
" perpétua con fundamentos é institutos verda-
" deramente políticos. Fué tan rey de su pa-
" lacio, como de sus reynos; mezcló la libe-
" ralidad con la parsimónia, la benignidad con
" el respeto, la modestia con la gravedad, y
" la clemencia con la justicia. Amenazó con
" el castigo de pocos á muchos; y con el pre-
" mio de algunos cevó las esperanzas de todos.
" Perdonó las afrentas hechas á la persona;
" pero no á la dignidad real: vengó como
" propias las injurias de sus vasallos, siendo
" padre de ellos; y antes aventuró el estado
" que el decoro. Ni le ensoberbeció la for-
" tuna próspera; ni le humilló la adversa:
" sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; y
" si obedeció á la necesidad, se valió de ella
" reduciendola á su conveniencia. No se fiaba
" de sus enemigos, y se recataba de sus ami-
" gos: su amistad era conveniencia, su paren-
" tesco razon de estado, su confianza cuida-
" dosa, su difidencia advertida. Ni á su ma-
" gestad se atrevió la mentira, ni á su cono-
" cimiento propio la lisonja. Se valió sin va-
" limiento de sus ministros, de quienes se de-

"xaba aconsejar, mas no gobernar. Lo que "pudo hacer por sí no fiaba de otros: con- "sultaba despacio, y executaba de prisa: asi "en sus resoluciones antes se veían las causas "que los efectos. Trató la paz con la tem- "planza y la entereza, y la guerra con la "fuerza y la astucia: y lo que ocupó el pié "mantuvo el brazo y el ingenio, quedando "mas poderoso con los despojos. Tanto obra- "ban sus negociaciones como sus armas; y lo "que pudo vencer con el arte, no lo remitió "á la espada, poniendo en esta la ostentacion "de su grandeza, y su gala en lo feróz de sus "esquadrones. Ni victorioso se ensoberbeció, "ni desesperó vencido, y firmó las paces de- "baxo del escudo. No tuvo corte fixa, gi- "rando como el sol por los orbes de sus "reynos."

Retrato de Motezuma, último Rey de los Mexicanos.

Por Don Antonio Solis.

"Acreditóse antes de ser rey de muy obser- "vante en el culto de su religion, poderoso "médio para cautivar á los que se gobiernan

" por la exterioridad. Recogíase en una tri-
" buna del templo mas frequentado, muy á la
" vista de todos, entregado á la devocion del
" aura popular, ó colocado entre sus dioses el
" ídolo de su ambicion. Quando le dieron su
" voto todos los electores, y el pueblo su acla-
" macion, tuvo sus ademanes de resistencia,
" dexandose buscar para lo que deseaba. Pero,
" apenas ocupó la silla imperial, se fueron cono-
" ciendo los vicios que andaban encubiertos con
" nombres de virtudes. Dexábase ver pocas
" veces de sus vasallos, y solamente lo muy
" necesario de sus ministros y criados, tomando
" el retiro y la melancolía como parte de la
" magestad. Para los que conseguían llegar á
" su presencia, inventó nuevas reverencias y
" ceremonias extendiendo el respeto hasta los
" confines de la adoracion. Persuadióse á que
" podia mandar en la libertad y vida de sus
" vasallos, y executó grandes crueldades para
" persuadirlo á los demás. Era contenido en
" los desórdenes de la gula, y moderado en los
" incentivos de la sensualidad; pero estas vir-
" tudes, tanto de hombre como de rey, se des-
" lucian, ó se apagaban, con mayores vicios de
" hombre y de rey. Su continencia le hacía
" mas vicioso que templado, pues se introduxo
" en su tiempo el tribunal de las concubinas,
" naciendo la hermosura en todos sus reynos

" esclava de su antojo. Su justicia llegó á equi-
" vocarse con su crueldad, porque trataba como
" venganzas los castigos. Su liberalidad causó
" mayores daños que produxo beneficios, por-
" que cargando á sus reynos de tributos intolera-
" bles, convertia en profusiones y desperdicios el
" fruto aborrecible de su iniquidad. No daba
" medio ni distincion entre la esclavitud y el
" vasallage, y hallando politica en la opresion
" de sus vasallos, se agradaba mas de su temor
" que de su paciencia. Fué la soberbia su vicio
" capital y predominante: votaba por sus méri-
" tos quando encarecia su fortuna, y pensaba de
" sí mejor que de sus dioses."

Retrato del Cardenal Cisneros.

Del mismo Solis.

" Era varon de espiritu resuelto, de superior
" capacidad, de corazon magnánimo, y en el
" mismo grado religioso, prudente y sufrido;
" juntandose en su persona, sin embarazarse con
" su diversidad, estas virtudes morales y aquel-
" los atributos heroycos; pero tan amigo del
" acierto y tan activo en la execucion de sus
" dictámenes, que perdia muchas veces lo con-

"veniente por esforzar lo mejor; y no bastaba "su zelo á corregir los ánimos inquietos, tanto "como á irritarlos su integridad."

Retrato del Romano Marco Bruto.

Por Don Francisco de Quevedo.

"Era Marco Brúto varon sevéro y tal, que "reprehendia los vicios agenos con la virtud "propia, y no con palabras. Tenia el silencio "eloqüente, y las razones vivas: no rehusaba "la conversacion, por no ser desapacible; ni la "buscaba, por no ser entremetido. En su sem-"blante resplandecia mas la honestidad que la "hermosura. Su risa era múda y sin voz; juz-"gabanla los ojos, no los oidos; y era alegre "solo quanto bastaba á defenderle de parecer "afectadamente triste. Su persona fué robusta "y sufrida lo que era necesario para tolerar los "afanes de la guerra. Su inclinacion era el "estudio perpétuo, su entendimiento juicioso, y "su voluntad siempre enamorada de lo lícito, "y siempre obediente á lo mejor. Por esto las "impresiones revoltosas fueron en su ánimo "forasteras, é inducidas de Casio y de sus "amigos, que poniendo nombre de zelo á su

" venganza se la presentaron decente, y se la
" persuadieron por leal."

Retrato de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, y Maestre de Santiago.

Por Fernando del Pulgar.

" En la edad de mozo tuvo este Maestre seso
" y autoridad de viejo. Era hombre esencial,
" y no curaba de apariencias, ni de ceremonias
" infladas. Hablaba con buena gracia, y abun-
" dancia de razones, sin prolixidad de palabras.
" Tenía la agudeza tan viva, que á pocas ra-
" zones conocía las condiciones y los fines de los
" hombres; y dando á cada uno esperanza de
" sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él
" deseaba. Tenia tan gran sufrimiento que, ni
" palabra áspera que le dixesen le movía, ni
" novedad de negocio que oyese le alteraba.
" Era hombre que con madura deliberacion de-
" terminaba lo que habia de hacer, y no forzaba
" el tiempo, mas forzaba á sí mismo esperando
" tiempo para hacerlo. Tuvo algunos amigos
" de los que la próspera fortuna suele traer; y
" tuvo asi mismo muchos contrarios de los que
" la envidia de los bienes suele criar. Perdonaba
" ligeramente, y era piadoso en la justicia crimi-

" nal. No quiero negar que, como hombre hu-
" mano, no tuviese este caballero vicios como
" los otros hombres; pero puedese bien creer que
" si la flaqueza de su humanidad no los podia
" resistir, la fuerza de su prudencia los sabia
" disimular." A un autor que escribia hácia fines del siglo XV. se le debe perdonar la simetria de los antítesis, y la fina desinencia de sus clausulas, que era la elegancia de moda en aquella edad.

Retrato de D. Juan de Torquemada, Cardenal de San Sixto.

Por el mismo Pulgar.

" Pareció en el sosiego de su niñez que la na-
" turaleza le apartó de las cosas mundanas, y
" ofreció á la religion. A los dias de su adoles-
" cencia siguieron las buenas costumbres que
" huvo en su mocedad, y los de la juventud
" á los de la adolescencia. Y asi, creciendo en
" dias, crecia tambien en virtudes: Y segun
" pareció en la honestidad y limpieza de su vida,
" quien procediese de su complexîon, ó de su
" buen seso, siempre tuvo tan fuerte resistencia
" contra las tentaciones, que no pudieron cor-

" romper sus buenas costumbres. Era hombre
" apartado, estudioso, manso, y caritativo, y
" en su buena y honesta vida mostró tener
" gracia singular, con lo qual ganó honra para
" sí, y dió exemplo á otros para ser virtuo-
" sos."

Retrato de D. Juan de Carbajal, Cardenal de Sant Angelo.

Por el mismo autor.

" Era hombre esencial, aborrecedor de apa-
" riencias y ceremonias infladas. Quanto mas
" huia de honra mundana, tanto mas ésta le se-
" guia. Nunca en sus votos públicos, ni hablas
" privadas fué visto desviar un punto de la
" justicia por aficion, ni por interés suyo ni
" ageno, ni hizo cosa que pareciese fuera de
" razon, ni demandó que otro la hiciese. No
" pensó gastar la vida codiciando riquezas, mas
" propuso vivir obrando virtudes; y puso tales
" límites á la codicia, que se puede bien decir
" haberla vencido; porque no solo dexó de
" procurar mas renta de la que habia de su obis-
" pado, mas cerró su deseo. Este varon supo
" bien quanta fuerza suele hacer á las veces el

" oro á la justicia. Conoció asi mismo que el
" juez que toma, luego es tomado, y no puede
" dexar de ser ó injusto ó ingrato. Y conoci-
" dos por este prelado los inconvenientes que del
" codiciar allende de lo necesario se siguen; ni
" se atormentó codiciando, ni se avergonzó pi-
" diendo; y teniendo la codicia tan sugeta, te-
" nía la honra muy alta. Estaba continuamente
" alegre, porque gozaba de la virtud de la tem-
" planza avenidera de la razon con el apetito.
" Puedese creer de este claro varon, que su buen
" seso le hizo aprender ciencia, y su ciencia le
" dió experiencia, y la experiencia conocimien-
" to de las cosas, de las quales supo elegir las
" que le hiciesen hábito de virtud."

Retrato del Fundador y Primer Prior de la Orden de San Geronimo en España.

Por el P. Siguenza.

" En resuscitar en España la religion qu
" San Gerónimo plantó en Belén, vióse no solo
" su santidad, sino tambien su gran valor. Era
" la humildad entre sus virtudes la que en todas
" sus obras salia la primera. Quien le viera, no
" le podria juzgar por primero y superior, sino

" por el último: todo el trato de su persona y de
" su vida decia esto; solo él no lo decia. Guar-
" daba tan en su punto el arancel de Christo,
" que quien le viera hacer el oficio de prior,
" leyera en él lo mismo que en el evangelio:
" servir á todos sin dexarse servir de ninguno.
" Lo que podía hacer por sí, jamas lo encomen-
" daba á otro; y de tal manera lo mandaba, que
" mas parecia ruego que precepto. El primero
" en todos los trabaxos, en las asperezas, en las
" observancias, en la vigilia, en la oracion, re-
" cogimiento, y pobreza: asi sustentaba el oficio
" muy á su costa, y con gran alivio de sus súb-
" ditos, sin tener punto, ni resabio de fariséo.
" Dióle Dios con estas entrañas piadosas una
" natural prudencia con que se templaba á sus
" tiempos la severidad con la clemencia. Pero
" nunca en él la facilidad y llaneza disminuyó
" la autoridad, ni la severidad el amor. En
" habiendo cumplido con esta parte de su oficio,
" tornábase á su centro, y á exercitar los minis-
" terios humildes; sin el sobrecejo ó gravedad
" de que suelen andar vestidos los que no saben
" bien las leyes de estos oficios. Tenia este
" siervo de Dios mucha fuerza en el decir: sa-
" lian las palabras ardiendo como de una caridad
" encendida: las razones breves y preñadas,
" como quien sabía que los preceptos han de ser
" breves. No seria cosa de mucha loa decir que
" fué muy abstinente: comía lo que decía bas-

" taba á su sustento, y debia bastar, porque él " lo decia."

PINTURAS IDEALES DE PERSONAGES FINGIDOS, ASI EN LAS PARTES FISICAS, COMO EN LAS MORALES.

Retrato de un Hipocrita.

Por Lorenzo Gracian.

" Era un hombre venerable por su aspecto, " muy autorizado de barba, el rostro ya pasado, " y todas sus facciones desterradas, hundídos " los ojos, la color robada, chupadas las narices, " la alegría entredicha, el cuello de lánguida " azuzena; la frente encapotada, el vestido por " lo pio remendado, colgadas de la cinta unas " disciplinas, que lastiman mas los ojos de quien " las mira que las espaldas del que las afecta: " zapatos doblados á remiendos, de mayor como-" didad que gala."

Retrato de Amadis de Gaula.

Por Miguel de Cervantes.

" Era Amadis de Gaula un hombre alto de
" cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba,
" aunque negra, de vista entre blanda y rigo-
" rosa, corto de razones, tardo en airarse, y
" presto en deponer la ira."

Retrato de un Petimetre Afeminado.

Por el mismo autor.

" Era un mancebo galan, atildado, de blandas
" manos, y rizos cabellos, de voz melíflua y de
" amorosas palabras, y finalmente todo hecho
" de alfeñique, guarnecido de telas, y adornado
" de brocados."

Retrato Moral de un Pretendiente Servil.

Por Gomez Arias.

" Un linage hay de pretendientes que echan
" por el camino del desprecio politico, y se lle-
" van los mayores puestos. Desaparecense en
" la humildad de sus reverencias, pronuncian
" mas cuitas que razones, agonizan lo que ha-
" blan, estudian semblantes pordioseros, y cor-
" tejan los criados de los poderosos, que esto es
" deshacerse para que los hagan. Suelen hacer
" preciosa la vileza hartando con ella al desvane-
" cido el hambre de sus miserias, cuya soberbia
" juzga suficiente al que con menosprecio de sí
" mismo le adora. Estos son muy malos nego-
" ciantes ; y no sabré distinguir qual sea mas vil,
" si el que con maña se desprecia para despre-
" ciar á otros, ó el que se vende á tan vil precio,
" defraudando el premio al mérito y á la ente-
" reza."

No solo de sugetos particulares saca la eloqüencia retratos, ya personales, ya morales ; mas tambien de pueblos y naciones, describiendo los gestos, trages, habitos, y costumbres, de que nos ha dexado un hermoso y elegante exem-

plo Argensola, quando hace de ciertos naturales de las Molucas la siguiente pintura: " Usan los " Papúas del cabello revuelto en crespas greñas. " Son de gestos magros y feos, hombres rígidos " y sufridores del trabaxo, hábiles para qualquie- " ra traicion ; y hombres y mugeres muestran " en el trage la natural arrogancia de su condi- " cion. Su guerra consiste en celadas y estrata- " gémas, donde la astucia suple por la fuerza, " y no estiman por acto ignominioso la huida, " porque es opinion inculta la que en aquellos " payses da leyes al honor."

El mismo autor con igual colorido y franqueza de pincel dibuxa en breves rasgos el caracter, costumbres, y leyes de los Molúcas: " Son de " cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y " para qualquier otro exercicio perezosos. " Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y " siempre ligeros por la mar, no menos que en " la tierra : oficiosos y benignos con los huéspe- " des ; y entrando en familiaridad, importunos " y pesados en sus ruegos. Su trato interesal, y " hierben en recelos, fraudes, y mentiras. Son " pobres, y por esto soberbios ; y por juntar " muchos vicios en uno, ingratos. El hurto no " por mínimo se perdona, el adulterio, facil- " mente."

§. III.

DE LAS FIGURAS MIXTAS.

Al principio de esta tercera parte, tratando de la exôrnacion oratoria, hemos hablado ya del explendor que dan á la elocucion los tropos y las figuras que llaman de palabra, y la fuerza y espiritu que le comunican las llamadas de pensamiento, que son las que intrinsecamente componen la eloquencia. De todas se han puesto exemplos para manifestar la extructura de cada una, y los modos varios de formarlas separadamente.

Pero generalmente en la textura de la sentencia van entretexidas dos, tres, ó mas figuras de distintos géneros que, como hermanadas y compañeras, ayudan al movimiento de la principal, ó á su ornato; y otras veces se confunden todas ellas de tal suerte en el cuerpo de la oracion, que solamente, conocida la intencion del orador por el obgeto, lugar, y circunstancias de la sentencia, se puede calificar, entre todas, qual de ellas es el alma de la composicion.

No basta saber el nombre, la definicion, el género, y la formacion de esta, ú la otra figura; ni basta tampoco saberla hacer por pura

imitacion mecánica, si se ignora el arte de colocarlas en la composicion, enlazandolas de modo que formen un cuerpo entero que reciba movimiento, vida, y hermosura de la harmonia y concierto de estas partes. En el artificio de un relox no merece el nombre de autor el oficial que trabaxa cada pieza separada, aunque conozca su uso; sino el artista que despues las coloca, concierta, y arma para formar con la trabazon y correspondencia de todas la máquina acabada. Este es el orador, y el otro es el mancebo retórico: porque, como en la composicion eloquente trabaxan á un mismo tiempo la imaginacion y la pasion, aquella inventa, y esta dicta lo que se ha de decir; y acumulandose los afectos y las circunstancias para mover, persuadir, ó deleytar, la oracion se aviva, se eleva, se enriquece con las figuras que ministra el lugar, la ocasion, y el grado de sentir del que habla á los otros.

La facilidad con que se enlazan, y no se embarazan, figuras diferentes, y la harmonia que guardan dentro del círculo de una composicion; prueban mas y mas la especie de necesidad que tienen las unas de las otras para hacer el efecto que se propone el orador ó escritor verdaderamente eloquente: ¿Qué seria, pues, el apostrofe sin la exclamacion? y la prosopopeya sin una y otra? Qué seria la sermocinacion sin el contraste, ni el incremento sin la gradacion, ni la interrogacion sin la repeticion, ni la reticencia

sin el énfasis? De esta feliz union sale la fuerza de la oracion eloqüente.

Exemplos tenemos de todo en los que se han trasladado mas arriba para cada una de las figuras en todos sus géneros y especies, donde apenas se pasa de una cláusula á otra, ó de un periodo á otro, sin que se asome la flor ó la luz de alguna de ellas. Para hacer mas evidente la verdad de esta observacion, pondrémos aqui algunas muestras por manera de ensayo y exâmen.

Pinta el galano y casi siempre afectado Conde de Cervellon en el retrato político del Rey D. Alfonso VIII. el trágico suceso de la muerte de Raquel su concubina; quando se vió acometida en su propia cámara del palacio por los conjurados armados, que rompieron las puertas de ella, y dice asi: *El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, quando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que antes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa; y fué la primera vez que no persuadieron sus lagrimas. Y viendo ya que su ruego pasaba á ser desayre, compuso el trage, serenó el semblante, y descansó el aliento; y fiando su seguridad en su razon, pudo solo decirles brevemente: Vosotros ¿me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porque él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Direis que á*

esto os obliga el amor de vasallos: y siendo en vosotros razon que el amor os disculpe ¿ la podrá haber para que á mi me mate ? Si correspondo á sus cariños ¿ no los debo obedecer como preceptos ? y si no los correspondo ¿ es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso ? Pero ¿ para que me valgo de la duda ? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida ; matadme, pues, matadme, y matareis á entrambos : que este lazo que á mi me ilustra, mas fácil es romperle que desatarle. Mas, ay ! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorada....En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable á los executores, que evitaron un delito con otro delito : abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio : O ! infelice joven ! pregunta por Raquel ; nadie responde : búscala despavorido, y encuéntrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes ; no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza ; conoce, sí, que estaba sin aliento en que le recibia sin agrado : hállala desgreñado el cabello, sirviendo mas para lazo que para adorno, retirados los ojos, aun mas de la crueldad que de la pena ; y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por quererse explicar. Aqui es preciso correr la cortina al suceso, porque

seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey aflixido y lastimado.

En esta narracion hay accion trágica, hay rasgos patéticos, hay situaciones admirablemente contrastadas, hay expresiones delicadas y muy sentidas, y concluye con una noble y oportuna reticencia enfática, cubriendo con el velo del silencio las demostraciones de amor, dolor, y desesperacion del amante sobre el cuerpo de su difunta amada : delicado recato y respeto, debido á la magestad. En este trozo de composicion entran colocadas en sus propios lugares, ya el antítesis de diccion y de sentencia, y la repeticion en todos sus géneros, la metáfora en todos sus grados, ya la sermocinacion, la sujeccion, el dialogo, la conduplicacion, el epifonema, la exclamacion, la hipotiposis, el hipérbole, y en una palabra, una multitud de frases tan finas y bellas que no tienen nombre propio, y que se les puede perdonar lo conceptuoso por la dignidad del sugeto, y lo lastimoso de la pasion.

Ponderando Fr. Luis de Granada la humildad y abatimiento en que, por amor de los hombres, un Dios de tan gran magestad quiso morir en una cruz como un malhechor ; empieza con un apóstrofe, sigue con una prosopopeya, continua con una interrogacion, se explaya con una exclamacion, y concluye con un contraste magnifico y patético, de esta manera : *Vosotros, angeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza de este*

Señor; qué sentisteis, quando allí le visteis? Como atónita queda la naturaleza, suspensas están las criaturas espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad. ¿Quien no se ahoga en este piélago de tanta piedad? quien no cubre aqui sus ojos, como Helías, quando ve pasar á Dios, no con pasos de magestad, sino de humildad; no transtornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar las piedras de compasion? Pues ¿quien no cerrará aqui los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor, y ame quanto pudiere sin tasa y sin medida?

Reprehende Fr. Luis de Leon la ceguedad de los judios que creían que la *fuerza del Brazo de Dios*, cuyo nombre dan á Christo, Isaías, y David, seria materialmente militar, guerrera, y sangrienta para darles victorias acá en la tierra; y empieza su discurso por una exclamacion, sigue con una alegoria, cerrandola con una brevedad, y la metonimia del *cuchillo* y la *sangre;* continúa con un contraste, y cierrala con una aglomeracion ligada con una conjuncion; y concluye con una expolicion sostenida de una conduplicacion muy natural, y admirablemente de un contraste de sentencia de muy subido estilo. De esta manera comienza: *¡Ceguedad lastiméra! creer que los encarecimientos y amores de Dios con su*

pueblo habian de parar en armas y banderas, en castillos cercados, y muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, en el asalto, y cautiverio de innocentes! Vosotros esperabais ser señores de otros; y Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Los hechos hazañosos de un cordero, tan manso y humilde como pinta Isaias, no son hechos de esta guerra que vemos, donde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y el furor menean las manos. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. El oficio de Christo y su valentía era dar buena nueva á los mansos, y no asalto á los muros; á curar los de corazon quebrantado, no á pasar por los filos de su espada á las gentes; á predicar á los cautivos perdon, á predicar, no á guerrear, no á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia; á publicar el año en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de ceniza, y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza de espiritu.

Trata el mismo autor del nombre *El amado*, que tiene Christo en las sagradas letras; y despues de decir lo que por su amor han dicho sus enamorados, encarece las obras á que este amor les ha obligado en la ley de gracia. Declara

con tanta fuerza y viveza èste pensamiento, que es el ultimo grado de la eloqüencia haber reunido en tan reducida composicion tantas figuras como lineas; y tan bien colocadas, que bien se conoce que la pasion, y no la retórica del autor, las iva llamando en su ocasion. Viene la exclamacion la primera; sigue un contraste sostenido de una repeticion; y remata con una gradacion acelerada por la aglomeracion, y precipitada por la disolucion. Y dice asi: *O! grandeza de amor! Por tí, Señor, las tiernas doncellas abrazaron la muerte. Por tí la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcisimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á tí, ó dulcisimo Bien! se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne.*

Queriendo Antonio Perez desahogar su corazon contra las trazas y condiciones de la envidia y de los envidiosos de la estimacion pública que se habia grangeado de las gentes en el curso de sus infortunios; empieza con una sentencia, la amplifica con un simil, que se convierte en alegoría sostenida de una repeticion, vestida de una distribucion de atributos, y queda concluido todo el pensamiento con una aglomeracion y brevedad, que le dan un feliz remate: *He averiguado* (dice) *que no acomete sino á lo que es de algun valor y mérito el gusano de la envidia, que no es otra cosa que gusano; gusano en el roer á sordas;*

gusano en no acometer sino á lo mejor ; gusano en la baxeza. En el mismo fruto bueno, en la misma madre, se cria ; en la virtud, en el valor de cada uno ; en él nace, con él crece, con él muere.

Bastan, y aun sobran, estos poços exemplos de figuras mixtas ; no solo para demostrar como estan texidas tan estrechamente que apenas se aperciben á la simple lectura, pues su buena consonancia no dexa distinguir las voces de cada una, ocupada la mente y el ánimo con la fuerza y cópia de la eloqüencia, cuyos elementos no se para á exâminar, sino á sentir sus efectos. Ciertamente, sin el ornato y compartimiento de estas figuras, no habria, ni espiritu, ni explendor, ni cópia en los discursos propuestos. Dispuestos segun la llaneza y desnudéz del lenguage comun, sé hallaria la verdad y su sencillez, aquella que alcanza la razon sola ; pero el que no persuada, y mueva los afectos ¿ se podrá llamar eloquente ? Ya hemos visto como por medio del juego de las figuras solamente se alcanzan estos dos fines. La naturaleza sola podia inspirar estos movimientos á sus autores como á todo hombre que siente ; pero el grado, el modo, el término de expresarlos y comunicarlos á los demas, siempre será fruto del arte, del estudio, de la educacion, y de un largo exercicio. Y es tanta despues la facilidad en la composicion,

que bien se puede asegurar que ninguno de ellos, no solo no preparó, pero ni conoció las figuras que cometía, hasta despues de haberlas visto formadas en el papel, ó lanzadas de sus labios al auditorio.

APENDICE I.

DE ALGUNOS LUGARES ORATORIOS

PROPIOS DE LA ELOCUCION.

Aunque los retóricos han colocado la *definicion*, la *semejanza*, y la *comparacion*, en la clase de los lugares oratorios, con respecto á la invencion ; si las consideramos como ornato y hermosura de la composicion, pertenecen á la elocucion por necesidad. El escolástico, el teólogo, el filósofo define, asemeja, compara; mas solo el orador lo hace con explendor, dignidad, y magnificencia.

Definiciones.

La definicion oratoria no es una desnuda y didáctica declaracion de la propiedad, género, y

diferencia de las cosas; sino una abundante y exôrnada explicacion del obgeto que nos proponemos definir, por varios modos, calidades, y circunstancias.

Hay definiciones mas sostenidas y amplificadas, y las hay tambien mas sueltas y concisas, y de mas viveza de colorido; pero en todas es muy acomodado el uso de las figuras retóricas que las apartan del lenguage y forma comun. Por esto son tan varios los modos de pintar las cosas como los aspectos por donde se quiere presentarlas: y entre otros son los mas usados los siguientes.

Por las causas.—*Es la ley* (dice un eloqüente filosofo) *el órgano saludable de la voluntad de todos, para restablecer los derechos de la libertad natural entre nosotros: es una voz divina que dicta á cada ciudadano los preceptos de la razon pública: es, en fin, la que dá á los hombres la libertad con la justicia.*

Por los efectos.—Gomez Arias asi define al juego y al jugador: *con capa de virtud ha introducido la ociosidad el juego, este ladron del tiempo. Lo que se gana no se logra sino se juega; camino por donde ninguno medró, y se perdieron muchos. Es el del tahur, sobre todos los vicios, irremediable; juega porque gana, y porque pierde juega; los demas se acaban porque se acaba su exercicio; éste se exercita sin fuerzas.*

Por los efectos morales que dexa en el hombre

la adversidad, asi la define Fr. Luis de Leon: *La adversidad sin duda preserva nuestra vida de corrupcion, y es propiamente su sal, y desarraiga al alma del amor de la tierra que nos envilece, y la desapega y como desteta de su pegajosa baxeza, y nos allana y facilita el salir de esta vida, y cría en el ánimo, no solamente desamor de ella, sino tambien desprecio junto con una alteza y gravedad celestial.*

POR LAS CALIDADES.—*¿ Qué es de sí el hombre* (dice Fr. Luis de Granada) *sino un vaso de corrupcion, y una criatura inhabil para todo lo bueno, y poderosa para todo lo malo? qué es el hombre, sino una ánima en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, y en sus deseos desvariado? y finalmente, en todas sus cosas pequeño, y en sola su estima grande?*

POR LOS CONTRARIOS.—Define la limosna secreta el P. Marquez de esta manera, contraponiendola á la pública, y dice asi: *Vereis al hombre virtuoso de corazon que rie a su tiempo, que da limosna de su mano á la del pobre; y al hipócrita que, para darla, toca con la trompeta á juntar gente, que anda cabisbaxo y melancólico. Ah! desventurado! que lloras por tu alquiler como la plañidera, y te pagas antes de tiempo! La limosna en que se pretende publicidad, es limosna de enemigo. No haces obra vez ninguna con este fin, que no levantes bandera contra Dios y le hagas guerra con su hacienda.*

El P. Nieremberg tambien define el suicidio por su contrario la fortaleza: *El sufrir la muerte quando conviene, es la mayor fortaleza; provocarla y executarla en sí la mayor flaqueza y cobardía, en que erraron muchos de los antiguos romanos. Matarse á sí es pusilanimidad y gran miedo de cosa tan incierta como la fortuna; pues por no sufrirla muchos amancillaron con su sangre sus manos. ¿Que era esto, sino huir lo dificultoso? Y poco vá á decir con las manos ó con los pies. El mismo Bruto quando se mató, confesó que huia, y á falta de buenos pies, por las manos se escapó, ó de sus enemigos, ó de su fortuna tambien enemiga.*

Por la etimologia.—*La palabra virtud* (dice un filósofo eloqüente) *se deriva de la otra* vis, *porque la fortaleza es el cimiento de toda virtud. El hombre virtuoso ¿no es aquel que sabe sugetar sus pasiones? Luego la virtud es el dote de una criatura flaca por naturaleza, y fuerte por la voluntad.*

Por comparacion.—*La hipocresía* (dice el mismo autor) *es un obsequio que el vicio tributa á la virtud, como el del asesino de Cesar, que inclinó la rodilla para matarle con mas seguridad.*

El P. Nieremberg, clamando contra la hipocresía, asi define á los que se fingen modestos y humildes: *La modestia y la humildad fingidas son achaques de pretendientes, que, contentos con la apariencia de la virtud, se hacen salteadores de*

sus tesoros; y quitandole la capa para honrarse con ella, la dexan atada y prisionera.

POR SÍMILES.—De esta manera define la hermosura y la vida el P. Roa: *No fien las hermosas en su hermosura, no en el brio de la juventud: flores son, ó caen con el dia, ó el tiempo las coge, ó las marchita la enfermedad. La vida dudoso bien es y fugitivo, rocío que en breve se seca, maréa, que si un poco recrea, poco dura; y las esperanzas? qué largas! qué inciertas! qué vanas! Y quando llegaron á colmo ¿qué hartura ó qué satisfaccion podran dar cosas que acaban primero que nosotros, ó con nosotros?*

POR METÁFORAS.—*La justicia civil y la militar son los dos brazos de la autoridad suprema: la primera apacigua el furor de las ofensas, corrige los yerros de la ignorancia, desentraña las astucias de la codicia; la segunda es un baluarte contra la violencia armada. Son, en fin, la una el órgano de la paz, y la otra el horror de la guerra.*—El P. Nieremberg dice de la adulacion esta otra propiedad entre muchas: *La adulacion, fuera de ser mentira, es muy perniciosa: es la que esmalta los vicios, y los hace preciosos.*

POR ALEGORÍAS.—El mismo Nieremberg hablando de que la mansedumbre tiene por campo en que debe exercitarse todas las ocasiones de cóleras, venganzas, y disputas, dice: *Es la mansedumbre virtud muy cortada al talle pacífico de la naturaleza del hombre, y su toga es vestido*

de paz con que hace la primera entrada su rey, pues nace desnudo y sin armas.

El mismo autor, tratando de los efectos de la virtud de la paciencia, la qual consiste en la voluntad que hace ligero lo molesto, dice: *Este es todo el artificio de desarmar los males, quererlos: esta es la paciencia, máquina fortísima que desmenuza la rueda de la fortuna, y alivia la grave condicion de nuestra miseria.*—Hablando de la virtud de la humildad, y de uno de sus principales oficios, dice el mismo autor: *Si bien la humildad no es principio y origen de las demas virtudes; es empero la que desembaraza la posada, y es como aposentadora de todas.*

Por negacion.—Tratando un eloqüente filósofo de quál es la virtud que caracteriza al heroismo, dice asi: *El héroe que comunmente nos pintan las historias no es siempre un varon justo; prudente, ni templado. No temamos afirmarlo: muchas veces ha debido su explendor al menosprecio de estas virtudes. Y si no, digamos ¿qué serian Alexandro, Cesar y Pirro, mirados por este lado? Con algunos vicios menos quizá hubieran sido menos célebres, porque la gloria fué siempre el premio de aquellos conquistadores; mas para la virtud hay otro reservado.*

Similes.

Es el *simil* aquella conformidad que dos cosas, aunque de distinta naturaleza y categoría, guardan entre sí por la semejanza de alguna propiedad, calidad, efecto, causa, ú otra circunstancia que sea impropia ó metaforicamente comun á entrambas. Asi se pueden asemejar el avaro y el hidrópico, aunque tan distintos en sus accidentes, pues el ultimo adolece de una enfermedad física. Y asi, el primero, por aquella sed de oro en sentido figurado, es semejante al segundo afligido de la sed de água en sentido propio.—Por la misma analogía entre la filosofía y el sol, dos obgetos tan distantes por todos respetos y propiedades, se encuentra una clara semejanza, por quanto el uno alumbra la tierra en sentido recto, y la otra alumbra los entendimientos en sentido metafórico. Pero obsérvese que la cosa de donde se saca el término de la semejanza en el sentido figurado, es siempre la asemejada, y la que presta este término en el propio y natural, es el obgeto con que se compara. Por esta razon, el *avaro* en el primer exemplo, y la *filosofia* en el último son los obgetos asemejados.

Asi los similes como las comparaciones dan un espacioso campo á la fantasia: las obras de la

naturaleza los fenómenos celestes, la vista de la tierra y de los mares, el teatro de la física, de la historia, y aun de la fábula, ministran á una fecunda imaginacion innumerables dechados. Pero el buen gusto, que todo lo sazona, debe emplearlos con oportunidad, y servirse de los mas fuertes y expléndidos, porque los símiles requieren gran caudal de invencion, mucha valentia, un pulso superior en escoger los obgetos mas sencillos, claros y nobles á un mismo tiempo, una memoria abundantemente enriquecida de imágenes, si se puede decir, de todos tamaños y medídas, y en particular de los mas visibles. Y como estas entran por los ojos antes de lanzarse en la imaginacion; la eloqüencia de los símiles solo la alcanza el que haya exercitado su vista ó su meditacion en los vivos originales que le ofrece este gran libro de todo lo criado, abierto á nuestra contemplacion y curiosidad, y la historia moral y política de la vida humana.

Y ¿quán feliz, atrevido, y fecundo seria en magníficos símiles el que hubiese paseado la tierra, y observado los mares? el que, por exemplo, desde las altivas cumbres de los Alpes, puesta casi toda la Europa á sus pies, hubiese seguido con larga vista el curso del Pó, del Rhin, y del Ródano, contemplado aquellas pirámides de eterna nieve, sus cristalinos manantiales, y sus diversos y olorosos vegetables! el que hubiese visto la espantosa erupcion de los volcanes,

penetrado en la callada soledad de las selvas, zozobrado entre la braveza de las olas y la furia de los vientos estremeciendose en medio de los cóncavos y valles, deslumbrado y aterrado de la reverberacion de los relámpagos y retumbos de los truenos! en fin, el que hubiese visto el mundo, y tocado sus prodigios!

El mayor mérito del *simil* consiste en escoger la imagen mas viva y representativa de aquella circunstancia que uniforma dos cosas con mas propiedad; porque siempre se ha de buscar el obgeto que tenga el término ó adjunto de la semejanza mas natural y estrecho con la cosa asemejada, pues hay aun en muchas cosas que se comparan mas inmediata conformidad entre unas que entre otras; ó todavia, en las primeras se halla uno de sus accidentes de semejanza mas idéntico que otro.

Para hacer nuestras ideas mas sensibles, elegirémos las semejanzas mas naturales, características, y comunes, siendo nobles. El marmol, por exemplo, tiene la *frialdad* y la *dureza*, por términos de semejanza; pero como posée la última como propiedad constante y en superior grado, á diferencia de la primera que es menos notable, ademas de ser accidental; de aquella se sacará el término del simil para una cosa dura, y no de la otra el de una cosa fria, porque esta se puede asemejar al *yelo*, cuya frialdad es constante y natural.

Otras veces un mismo obgeto tiene dos términos de semejanza diferentes y ambos propios, de los quales se saca una contrariedad en la aplicacion á dos cosas asemejadas, como lo de aquel poeta que pone en boca de un enamorado hablando con su dama: *Ya los dos nos parecemos al roble que mas resiste; tú en ser dura; yo en ser firme:* Aqui se aplica la dureza del arbol considerado en su madera, y la firmeza, en su resistencia á los vientos, y á su fuerte arraygo en la tierra.

Tambien se puede avivar la *imágen* añadiendo á una semejanza otra mayor que, si guardan gradacion, realzan la idea, como lo de aquel que dixo de S^{n}. Lorenzo en su martirio: *Te recreas como la salamandra; ó mas bien, renaces como fenix de Christo entre las llamas.* Otras veces se ponen dos obgetos de semejanza como opuestos entre sí por el diferente término baxo del qual se toma cada uno, segun sus diferentes propiedades. Asi dixo otro: *O! mal terrible! que naciste como el fenix, y acabaste como el cisne!* Pero tales símiles, sobre sacarse de obgetos fabulosos y de propiedades falsas, son opuestos á la gravedad de la verdadera eloqüencia, aunque felices en la aplicacion del simil. Estas semejanzas, y todas las demas afectadas y superficiales que versan sobre conceptos de simetria, paranomásias, etimologías, y alusiones arbitrarias, no son dignas de la prosa séria, ni de la noble poe-

sía, y solo se leen por gala de ingenio en los versificadores de agudezas.

Hay tambien otros términos de semejanza, no propios sino metafóricos, y suelen tener mas energía por causa del mayor esfuerzo que ha de hacer la imaginacion para juntar cosas tan distantes, de cuya oposicion se forman los hipérboles. Asi decimos : *está dormido como una piedra.* La piedra, que es el obgeto de la semejanza, verdad es que no puede dormir siendo un ser bruto é inanimado ; solo por su inmovilidad é inércia representa metaforicamente la quietud de un profundo sueño. Y en quanto una masa de piedra parece lo mas distante, para las funciones de un animal despierto ; de aqui toma el simil mayor fuerza y energía.

Por esto la gracia de los símiles es superior y admirable quando en ellos se descubren confrontaciones entre dos cosas de especies muy diferentes, de donde no se podian esperar, sino de la atrevida fantasía y feliz eleccion del escritor ; porque da señal de pobreza de ingenio, ó de falta de arte el que busca los obgetos de la comparacion tan parecidos, que á primera vista se toque su semejanza.

De este vicio adolecen aquellos símiles que, por ser sacados de imágenes muy manoseadas, si se puede decir, en el lenguage poetico, se han hecho demasiado comunes y familiares : como quando se asemeja el valiente soldado al *leon ;*

la casta viuda á la *tórtola ;* la fiel casada á la *paloma,* el hombre manso al *cordero,* el maldiciente á la *víbora,* el sábio á un *astro,* la pureza á la *azucena,* la cólera al *mar tempestuoso,* la brevedad de la vida á la de la *rosa,* &c. Estos símiles, si bien tomados de la naturaleza, son ya tan vulgarizados que, en vez de complacer la fantasía, vienen á enfriar nuestra atencion.

El mismo efecto causàn otros símiles, que, á pesar de la propiedad de la comparacion, por demasiado usados y familiares, han perdido su valor y gracia ¿ Compararémos eternamente la lógica á una *llave,* la historia á una *antorcha* tantas veces encendida, y tantas apagada, desde Ciceron ? Los símiles que no tienen alguna novedad, ya por los obgetos de donde se toman, ya por alguna de sus circunstancias, intacta y no observada antes, arguyen cierta esterilidad de talento en el escritor ; pues no sabe dar un paso sino sobre las huellas de los que le dexaron trillada esta senda. Uno de los atributos de la invencion, es buscar, encontrar, y elegir imágenes nuevas : entonces se llaman originales las semejanzas, y solo entonces sobrecogen y encantan. Y sin este atractivo ¿ cómo se robará la atencion y expectacion del oyente, curiosa siempre de cosas peregrinas y extraordinarias ? No se entiendan debaxo de estos nombres de nuevos y originales los símiles que se traen de obgetos desconocidos, recónditos, ó muy remotos ; porque

entonces, en vez de ilustrar el pensamiento, le ofuscan, y atormentan el entendimiento del lector, para comprehender su relacion con la cosa asemejada.

De aqui es que si la noticia ó el conocimiento de estos obgetos está fuera de los límites de la comun inteligencia, hacen muy poco ó ningun efecto estas composiciones para el fin de esclarecer y hermosear la idea. Tales son los símiles sacados de nuevos descubrimientos en las ciencias naturales, en las artes, ó en los estudios filosóficos: achaque de que adolecen generalmente los escritores modernos, sobre tener resábios de un nuevo género de pedantería, desconocido de los antiguos. Estos buscaban los símiles en los obgetos sencillos y conocidos de la vida natural, con los que estaban mas familiarizados los hombres: asi nada era extraño, ni recóndito á la capacidad de los lectores.

En cambio de la pedantería moderna, nuestros antepasados habian caido en otra no menos vana, pero no tan mecánica, ni tan abstracta, porque á lo menos era mas explendida y pomposa. Hablo de aquellos autores, de que ha abundado mas nuestra España que otro ningun pays; los que nunca supieron ocultar el deseo de lucir su ingenio y vária erudicion, por hacer ostentoso alarde de sus lecturas, estudios, y conocimientos de la ciencia física y celeste, con cuyas galas vestían sus moralidades, acompañandolas de todo el ex-

plendor y colorido de imágenes de la naturaleza, de los elementos, de las virtudes de las plantas y piedras, de la influencia de los astros, y propiedades de los animales, aun de los fabulosos.

Pero, yá que no sean tan fantásticos los similes de los modernos; me atrevo á decir que valia mas pasearse entonces por los ambitos de la tierra y de los orbes celestes como simples admiradores de la naturaleza, y no penetrar la corteza de sus prodigios, que no entrar y salir de los laboratorios chîmicos, de los observatorios astronómicos, de los gabinetes de historia natural, de las academias físicas y matemáticas, y de los talleres de las artes, para sacar á plaza sus instrumentos, utensilios, máquinas y operaciones, como obgetos favoritos de los símiles de moda, en cuyo alarde no se descubre menos vanidad, aunque de otro género de erudicion, mas enemiga de la eloquencia que la antigua: y sino tan repugnante á la verdad, tan disonante al buen gusto, que no tiene tiempos ni modas en el arte de bien decir, que es inmutable. Aquellos observaban en la naturaleza quizá las cosas que no entendian; y ésta superficial y general inspeccion les suministraba símiles, símbolos y alegorias para comunicar por medio de estos espejos mayor luz á las doctrinas morales. Pero los modernos, mas científicos, ó menos ignorantes, no saben moralizar ni filosofar, ni pintar, ni elogiar, sino con el lenguage técnico de las artes y ciencias; de suer-

te que se podria decir de algunos, que hablan mas como profesores que como oradores.

Las palabras *cálculo, resultado, afinidad, combinacion, accion, reaccion, combustion, descomposicion, atraccion, repulsion, fuerza de inercia, sustancias, razon directa, razon inversa, sistema, problema, corolario, masa, explosion, orgánico, inorgánico, rotacion, homogéneo, eterogeneo, retrogado, &c.* no entraron jamas en el estilo figurado de aquellos escritores. Los de estos últimos tiempos parece que tratan mas de lucir su ciencia, ó la nomenclatura de ella, que su eloquencia.

Si eran erróneas las observaciones de los antiguos como naturalistas, eran á lo menos mas poéticas y hermosas sus imágenes; y á pesar de ser ideales sus modelos, la aplicacion que hacian de ellas era siempre adequada á la idea principal. Partían de un supuesto falso, es verdad; mas la comparacion no dexaba de ser propia y natural, y la entendían sabios é ignorantes; porque unos y otros habian oido hablar del *fenix*, del *pelícano*, de la *salamandra*, del *basilisco*, del *camaleon*, del *cocodrilo* y sus lágrimas, de los *cometas* y sus vaticinios, de los *planetas* y sus influencias, de las *perlas* y sus confecciones, del *rinoceronte* y sus armas, de las *sirenas* y su canto, de los *alciones* y sus anuncios, del *unicornio* y sus virtudes, &c. Y creyendose entonces la realidad de algunos de estos entes, y sus maravillosos atribu-

tos ; la ficcion, ó el error, no disminuían la fuerza á los exemplos. Pero hoy, que los adelantamientos en las ciencias han dexado despoblado y raso, digamoslo asi, el campo de la imaginacion ; hoy, que se ha despojado al ayre, á la tierra, al agua, y al fuego del nombre y calidad de elementos ¿ á donde volará el ingenio, sin tener de donde asirse en medio de este vacío ?

Ademas de que los similes, como figuras de amplificacion, han de usarse moderadamente para no derramar y fastidiar la atencion del lector ; tampoco debe ser su extension tanta, que por querer entretenerse en menudas circunstancias, y en todas las relaciones que pueden comprehender á dos obgetos, haga este mismo esmero y prolixidad que lo que gana en extension la semejanza lo pierda en virtud y energia la idea : porque entre los accidentes de donde se pretende sacar el simil habrá unos mas remotos ó menos coherentes que otros, quando basta solo el mas visible y principal, de cuyo obgeto nos desviaría una larga continuacion de semejanza.

Como es el *simil* figura de dignidad que adorna y hermosea la oracion, no se ha de tomar jamas de obgetos baxos ni indecentes, que solo por donayre son tolerables, para estilo chocarrero, en los escritos satíricos y burlescos. Asi los símiles en toda composicion oratoria deben guardar correspondencia : en los obgetos altos elevacion, en los grandes magnificencia, en los nobles decoro,

en los galanos riqueza, en los patéticos dulzura, en los terribles energia.

Tienen mucha gracia y autoridad los símiles para moralizar y ponderar las miserias de la vida humana, quando no queremos seguir la consideracion y severidad filosófica, ni traer para la declaracion de nuestro intento discursos morales sobre algun asunto grave ó magnífico, en donde reyna mas la meditacion tranquila que la pasion acalorada; aunque no dexa de tomar su parte tambien el corazon, si el orador ha de sentir lo que dice: porque un ánimo enteramente tranquilo tampoco puede exponer sus ideas con el lenguage vivo de los símiles que los animan y realzan.

No solo son viciosos los símiles por demasiado familiares, ó por baxos, ú obscuros, ó muy remotos; sino por incoherente la relacion entre los dos obgetos comparados, como aquel de cierto orador, quando dice: *La Fé es como un escudo muy fuerte con que los fieles se defienden de los mares y ondas de este siglo.* ¿Donde está la propiedad de relacion entre el uso del escudo y el impetu de las olas, no *ondas,* que éstas suponen el mar plácido? Un hombre cargado de un escudo, si no era este de corcho, se iria mas pronto á fondo. Si este hombre nada, de poco le sirve un escudo; solo de buenos brazos necesita. Si está fuera del agua, aun le necesita menos, pues con retirarse de la orilla del mar, ó subirse en

una peña, queda libre de su furia, y aun de mojarse la ropa. Se comprehende muy bien que el siglo en sentido místico-metafórico sea un mar, y que éste tenga olas; mas no se comprehende que el siglo en ningun sentido tenga mares, y menos que tenga olas, no representandole antes como un mar. Ademas es una redundancia nombrar los mares y las olas, porque no siendo cosas distintas, quando se habla de la braveza de aquel elemento, es ocioso pintar la furia del mar, y la de las olas, pues en éstas solo está la furia, ó por ellas se explica.

Otro vicio de igual grado padecen aquellos símiles que se sacan de obgetos vanos, ó falsos supuestos, como el de aquel otro predicador que dice: *Asi como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie; asi tambien esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones....* Si el autor creía en la virtud de los ensalmadores y saludadores, no dixo mal, perdonandole lo vulgar y humilde del simil en asunto tan divino; y la violenta semejanza entre una pasion y una serpiente.

De los maldicientes detractores de los hombres insignes dice un eloqüente escritor: *Estos enemigos naturales de las almas superiores, y envidiosos de la gloria que ellos no merecen, son semejantes á aquellas plantas viles que solo crecen entre las ruinas de los palacios, pues no pueden levantarse sino sobre los destrozos de grandes reputaciones.*

Pintando el mismo autor los efectos de la tiranía con que gobernaba el emperador Domiciano, dice: *Las crueldades de Domiciano de tal modo tenian terrorizados á los gobernadores, que el pueblo romano pudo en su reynado restablecerse un poco; de la suerte que un rápido torrente, destruyendo y robando la tierra en una orilla, va dexando en la otra una verde y hermosa vega.*

El mismo para ponderar la gran fama que goza y gozará Descartes á pesar de haber caido su sistema filosófico, añade: *El tiempo ha destruido las opiniones de Descartes; pero su gloria permanece, semejante á aquellos reyes destronados que, aun sobre las ruinas de su imperio, parece que nacieron para mandar á los hombres.*

Escribiendo Antonio Perez á su hijo Gonzalo, que despues que su madre salió de prisiones quedó en ellas, le hace esta triste pintura de sí mismo con este muy natural y bien escogido simil, aludiendo á la implacable saña de sus perseguidores: *Consideradme, hijo, árbol entre muchos á quien el que hace leña se endereza con su hacha mas que á otro; ó si mas de arriba lo quisiereis tomar, que el rayo hiere en uno mas que en otro.*—Y el Maestro Leon aplica este simil al cuidado maternal con que son tratados los hijos despues de su parto; diciendo: *A los recien nacidos los reciben las madres en su regazo, en las rodillas los envuelven y abrigan, y en los pechos los sustentan; lo uno es como la primera cama, y lo otro como la mesa del*

niño. Debe advertirse que aqui el *como* no tiene fuerza de adverbio comparativo, sino de modal ó de similitud, y asi *es como* es lo mismo que decir *viene á ser, ó es á manera de....*

Hablando el P. Mariana de los principios que tuvo el reyno de Navarra, los describe con esta semejanza: *Despues de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sugeta por los moros, gente feróz y desapiadada; de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun edificio quando cae, se levantaron muchos señorios, pequeños al principio, de estrechos términos, y flacas fuerzas; mas, el tiempo adelante, reparadores de la libertad de la patria, y restauradores al fin de la república trabaxada y caida.*

Exhórtanos á la humildad Fr. Luis de Granada, pintandonos con vivisimos símiles, y un lenguage poeticamente sublime los efectos de esta virtud: *En la humildad* (dice) *se halla la tranquilidad y la paz; contra ella los vientos y las tempestades del mundo no hallan en donde quebrar las fuerzas de sus impetus furiosos. Toda la braveza del mar es contra las altas rocas y peñascos, y pierden su furia las ondas en la blandura de las llanas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles baxos y humildes; porque donde está la soberbia, está la indignacion, alli la ferocidad, alli la inquietud y desasosiego.*

Ponderando el P. Marquez la brevedad de nuestra vida, dice que no corre ni va en posta, sino que huye y vuela, vase y se desvanece como sombra; y represéntalo todo con este simil tan triste y patético, como sublime y natural, para corregir el desvanecimiento de los hombres: *Vemos á la puesta del sol* (dice) *las sombras de los montes tendidas por los llanos, y las de los árboles larguisimas, y aun asi las de cada matilla, que parecen ser de algun altisimo cedro; y si volvemos á mirar quien hace tan larga sombra verémos un tomillo ó un romero, y luego dentro de un momento se acaba y desaparece. Asi, pues, vereis un hombre levantado sobre las estrellas, y empinado sobre la privanza de los reyes, y que á su sombra viven muchos pretendientes que esperan les dé la mano; y si volveis á ver cuya es tan larga sombra, hallareis un hombrecillo que ayer de baxo no se veía entre el polvo, y quando mas encumbrado, entonces se desvanece mas pronto, y en un punto se os va de los ojos. Pues de esta manera huyen nuestros breves y cansados dias.*

El mismo autor, hablando de que mejor es huir los peligros y tentaciones que buscarlos presumiendo de valientes, dice: *La mejor valentia de todas es saberse temer, y mucho mejor es escapar desnudo de la tempestad, y en una tabla, que ahogarse en medio del mar entre las riquezas de Egipto. La fortaleza del christiano en huir está, como la de los parthos, que hacian el estrago á la retirada.*

Hablando D. Diego de Saavedra de los ma-

yores peligros que corren los altos cortesanos que la gente llana, los asemeja á los altos montes de esta manera: *No envidie el valle la alteza del monte, porque si bien está mas vecino á los favores de Jupiter, tambien lo está á las iras de sus rayos. Entre sus sienes se recogen las nubes, alli se arman las tempestades, siendo el primero á padecer sus enojos. Lo mismo sucede en los cargos y puestos mas vecínos á los reyes.*

El mismo autor, hablando de los frutos de la educacion en el hombre, cuyas inclinaciones se mejoran con la enseñanza, dice: *Apenas hay arbol que no dé amargo fruto, si el cuidado no le transplanta y legitíma su naturaleza bastarda, casandole con otra rama culta y generosa. Asi la enseñanza mejora á los buenos, y hace buenos á los malos.*

Habla el mismo autor del ningun caso que deben hacer los príncipes de los murmuradores, trayendo este hermoso símil: *Ladran los perros á la luna; y ella con magestuoso desprecio prosigue el curso de su viage. Asi las murmuraciones no han de extinguir en el príncipe su amor á la gloria.*

Fr. Luis de Leon saca de la luna llena en una noche serena una pomposa y apacible semejanza para la buena madre de familia, de esta manera: *Como la luna llena, en las noches serenas, se goza rodeada, y como acompañada de clarisimas lumbres, que todas parece que avivan sus*

luces en ella, y que la miran y reverencian; asi la buena muger en su casa reyna, y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. Si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; si á sus criados, halla en ellos bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrescentamiento.

Para significar lo que es y vale la felicidad de la tierra, y la prontitud con que el mas encumbrado cae y se deshace, figura Job un hombre sobre el ayre puesto á caballo: y Fr. Luis de Leon glosa esta valiente imagen de esta manera: *Sin duda todo aquello en que se afirma, y sobre que se empina esta felicidad miserable, ayre es y ligero viento. Y asi como aquel que en el viento subiese, andaría bien alto, más en gran peligro de venir presto al suelo; asi los que en estos bienes de la tierra se suben, andan encumbrados, pero muy peligrosos; parecen altos mas que las nubes, pero las nubes mismas no desaparecen mas presto.*

El P. Nieremberg, para pintar la vanidad de los ambiciosos la representa con este sencillo, pero muy expresivo, simil: *La alteza de los que estiman demasiado las honras, esto es, de los altivos, es como la de los pozos, que, mientras mas altos son, están mas hundidos, y debaxo de tierra.* Aqui se podria juntar el otro símil que se inventó en otro tiempo para ponderar ironicamente el título de *Grande* que se aplicó á Felipe IV., al tiempo mismo que perdía muchas plazas y

dominios en ambos mundos, diciendo: *que el Rey de España era como el ahugero que, quanto mas se le quita, mas grande se hace.*

Hay otra especie de similes que sacan la semejanza de algun suceso de la historia antigua, ya civil, ya mitológica, aplicandolo como exemplo para la enseñanza moral, ó para avisos políticos. Dan lustre y gravedad al estilo, y adornan la composicion con trage sério. No nos queremos excusar de trasladar aqui algunos exemplos, y serán los siguientes.

Hablando de la humildad christiana, dice el P. Nieremberg: *El fuego de Vesta habia de guardarse siempre, porque era la guarda del imperio, y la prenda de su seguridad. A la magestad de esta virtud conserva la ceniza y polvo que somos, y asi hemos de perpetuar su memoria.*

El Conde de Cervellon en la vida de D. Alfonso VIII. toma un simil de una ceremonia religiosa de los antiguos griegos, quando dice: *Entró Fernando Rey de Leon por los reynos de su sobrino; y viniendo para su ruina, publicó que venia para su consuelo. Vírgenes puras transportaban los secretos de la Diosa Eleusis en unos cofrecillos, cuya labor era tambien oculta á los humanos ojos. Asi habian de ser los secretos de los príncipes, manejados de corazones puros, y no permitidos á la comun inspeccion.*

Hablando Cervantes de las condiciones del amor, esto es, de los amantes, los retrata por el original fingido de la fábula en este símil ale-

górico: *En la pintura con que figuraban los gentiles á este su vano Dios, puede verse quan vanos ellos andaban. Pintábanle niño, desnudo, y alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, para darnos á entender, entre otras cosas, que el enamorado se vuelve de la condicion de un niño, simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento.*

Emblemas y Geroglificos.

La eloquencia no considera el emblema como representacion material de una figura alegorica, que por sus atributos, ó alusion misteriosa encierre algun sentido moral, á manera de las que se ven grabadas ó esculpidas en medallas, escudos, ó empresas. Admítelos como rasgos metafóricos, por los quales se fingen las imágenes de obgetos corpóreos, como modelos de donde se ha de sacar la semejanza, ó comparacion que pretendemos hacer, para aplicar por ella la doctrina y la moralidad.

Tales son los siguientes exemplos de semejanzas sacadas de distintos obgetos.—*¿ Qué vemos en este rebaño ? Muchos perros, y pocos pastores.* Asi representó un autor la república antigua de Venecia ; tomando el modelo del estado pastoril. —*Es la esperanza el primer móvil del hombre, y*

al lado de ella está el temor: éste es el reverso de la medalla. Aqui se toma la imágen de la numismática.—*Mira ese leon que se dobla á la mano que le acaricia, y á la voz que le amenaza; y véras al altivo monarca que ama y teme á la religion.* Aqui la imágen se representa como en un grabado ó escultura, tomada de la postura de aquel animal fiero y generoso, cuidado y mandado por el leonero. *¿Qué pensais que es aquel hombre con una teja en la mano para raerse la lepra, sino una estátua de oro que labró Dios á la paciencia?* El P. Marquez con esta imágen tomada de la estatuária nos pone ante los ojos la figura de Job, y el emblema de la paciencia juntamente. —*Muy facil es el camino de los deleytes y cuesta abaxo; que la virtud es aquella matrona áspera que en Pródico Sofista promete vida llena de trabaxos al mancebo Hércules, y con ellos fama y gloria inmortal.* Aqui se toma la idea de una figura imaginaria, y por consiguiente de la pintura, para significar que sin trabaxos no se alcanza la virtud.—*Colgaba Alcídes en los umbrales del templo de la fama un nuevo trofeo en cada un año, ya el leon, ya la hidra: mentido héroe, en quien idearon los antiguos un príncipe verdadero, obligado siempre á nuevas gloriosas empresas.* Aqui saca Lorenzo Gracian el emblema de hazañas pintadas por la fábula como exemplos para incitar la emulacion.—*El templo de la gloria no está en un valle ameno, ni en vega deliciosa;*

sino en la cumbre de un monte á donde se sube por ásperos senderos entre abrojos y espinas. Es por demas decir que en este geroglífico declara Saavedra que con el ocio y el regalo no se hacen famosos los hombres, representandonos aquel templo ideal, y su situacion, como real y verdadero.

Simbolos.

Pertenecen á la clase de los similes los *símbolos*, que se diferencian de aquellos en no seguir su forma ordinaria, pues casi se confunden con los emblemas y geroglíficos. Suele haber en ellos algo de mas encubierto y misterioso que despues el autor, con mas ó menos gala, esclarece con exemplos.

Sea el primero el de D. Diego de Saavedra en sus empresas politicas, que empieza: *Coronó Hercules su cuna con la victoria de las culebras despedazadas: desde alli le reconoció la envidia, y obedeció á su virtud la fortuna. En naciendo, el leon reconoce sus garras, y con altivez de rey sacude las no bien enxutas guedexas de su cuello, y se apercibe para la peléa.* En estos dos exemplos, sacados el uno de la historia fabulosa, y el otro de la natural, pretende declarar el autor que un corazon generoso en las primeras acciones de la naturaleza y del acáso descubre su bizarría.

Si el hecho de Hércules no fuera fingido, y en la accion del leon cachorro, no trabaxase mas la fantasía de un poeta que la verdad de un naturalista; el simil no tendria tanta grandeza y explendor, y perderia el ayre de misterioso ó extraordinario que constituye al símbolo.

Sea segundo exemplo otro del mismo autor, que era elegante, cultisimo, y grave en este género de exemplos: *Con la asistencia* (dice) *de una mano delicada solícita en los regalos del riego y en los reparos contra las ofensas del sol y del viento, crece la rosa; y suelto el nudo del boton, extiende por el ayre la pompa de sus hojas. Hermosa flor, y reyna de las demas! pero solamente lisonja de los ojos, y tan achacosa, que peligra en su delicadeza. El mismo sol que la vió nacer, la ve morir, sin mas fruto de la ostentacion de su belleza, dexando burlada la fatiga de muchos meses, y aun lastimada tal vez la misma mano que la crió. No sucede asi al coral nacido entre los trabaxos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades, porque en ellas hace mas robusta su hermosura; la qual, endurecida despues con el ayre, queda á prueva de los elementos, para ilustres y preciosos usos del hombre.* En el sentido alegórico de esta empresa pretende el autor significar, por la comparacion de aquellas dos plantas, los contrarios efectos que se notan en la educacion de los príncipes; los unos

criados entre los armiños y las delicias; y los otros en el trabaxo y varoniles exercicios.

Comparaciones.

Comparar ó asemejar suena, en la acepcion general de estas dos voces, una misma cosa; y aunque en el fin á que se dirigen son iguales, en quanto á la idea de semejanza no es igual el término de ésta entre muchas cosas. Por comparacion se confrontan dos obgetos en razon de alguna propiedad, calidad, ó circunstancia comun á los dos; y, á diferencia del *simil*, que se toma de alguna imagen que los uniforma metafóricamente, la comparacion tiene en dos cosas comparadas un sentido propio y natural, y nunca figurado.

Dirémos por comparacion: *nace el bruto, y nace el hombre; y como mortales mueren ambos.* Aqui las acciones de *nacer*, y *morir*, que son los términos de la comparacion, tienen un sentido propio y natural para los dos individuos comparados, iguales en aquellos dos extremos. Pero por simil diríamos *muere el sol, y muere el hombre,* porque, siendo los dos obgetos de distinta naturaleza, y solo propio del hombre el morir; al astro inanimado y de perenne resplandor, solo por semejanza se le hace morir, esto es, en sentido figurado. Y si dixeramos, muere el pastor y muere el rey;

entonces seria aun mas cercana y adequada la comparacion, por quanto uno y otro individuo, si bien tan distantes en su estado y fortuna, son ambos de una misma especie : relacion que no exîste entre el bruto y el hombre.

Todo obgeto que se nos muestra con circunstancias ó accidentes que le engrandecen, nos parece noble : lo qual se experimenta, sobre toco, en las comparaciones, en donde el disdurso debe ganar siempre terreno. En efecto, aquellas circunstancias han de añadir alguna cosa que haga ver mas grande la primera ; y quando no mas grande, á lo menos mas bella y delicada. Mas nunca se presentará entre los obgetos conformidad baxa, ó indecente, que pueda ofender á la imaginacion del oyente.

Y como en la comparacion se trata de mostrar cosas finitas ; así gustamos mas de ver comparar un modo con otro modo, una accion con otra accion que una cosa con otra cosa ; esto es, un *guerrero* con un leon, un *hombre velóz* con un çiervo, una *beldad* con un astro.

Por comparaciones, de que está llena la sagrada escritura, nos quiso dar á entender el Sábio la malignidad y daños de la mormuracion : unas veces la compara á las navajas que cortan el cabello sin que se sienta ; otras veces, á arcos y saetas, que tiran de lexos, y hieren á los ausentes ; y otras, á las serpientes, que muerden de callada, y dexan la ponzoña en la herida.

Otras veces compara el malo al arbolillo silvestre que nace en el desierto, que no verá el bien quando viniere, sino antes estará desmedrado, y en perpétua sequedad, y en tierra salobre é inhabitada. Y al varon justo, que tiene su esperanza en el Señor, le compara al arbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que con el beneficio de la humedad vecina extenderá sus rayces, y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dexará de dar fruto.

La comparacion se forma de tres diferentes modos; ya baxando de mayor á menor; ya subiendo de menor á mayor; ya confrontando de igual á igual; ya por disparidad ó contraste.

De Mayor a Menor.—Sea este el primer exemplo de este grado de comparacion: *Si el intrépido Cesar tembló en Dirrachio, y se estremeció en Munda ¿cómo el soldado tímido y bisoño conservará serenidad á la voz de un asalto?*—Segundo exemplo: *Si un gran príncipe es un hombre raro ¿qué será un gran legislador? El primero solo debe seguir la traza que propone el segundo; este es el artífice que inventa la máquina, y aquel el maquinista que la arma, y da juego y movimiento.*—Tercer exemplo: *Es mas grave el pecado de los lisongeros que el de los testigos falsos; porque aquellos, con sus blanduras, no solo engañan al que alaban, mas tambien le corrompen y afeminan. Y ¿quien hay que no los juzgue por*

dignos de muy mayor castigo, pues á los cobardes vuelven vanos, y á los necios insensatos ?

Reprehende el P. Marquez con esta comparacion á los que ofreciendose á seguir los consejos evangelicos, no cumplen bien sus preceptos, diciendo ; *¿ Qué importa al religioso haber prometido tocar á la cumbre de la perfeccion, si despues no guarda ni aun la ley, y le aventaja el lego, que no ha prometido nada ?*

Exhôrtando el Maestro Oliva á los tibios en la virtud, les arguye con esta comparacion : *Pues los antiguos romanos solian pelear en regiones extrañas, y pasar gravisimos trabaxos por alcanzar en Roma un dia de triunfo con vanagloria mundana ; ¿ porqué nosotros no pelearémos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable ?*

De Menor a Mayor.—Dice Saavedra : *Si los buenos se suelen hacer malos en la grandeza de los puestos ; los malos se haran peores en ellos.* —Oygamos al mismo autor en otra parte : *Y, si aun castigado é infamado, el vicio tiene imitadores ; mas los tendria si fuese favorecido y exâltado.*— Dice asi Lorenzo Gracian : *Pide á sus plantas la sábia naturaleza un fruto en cada año : qué mucho lo pretenda en sus héroes la fama !*

Dice Patricio en la traduccion castellana de Garcés : *Decimos que la condicion y estado de los siervos es miserable porque no tienen querer, y si lo tienen, pende de la voluntad del Señor ; y*

no miramos que los amantes son sin comparacion mas miserables pues tienen Señor mas importuno y cruel, que es el amor.

Trata Saavedra de impios é ignorantes á los que han opinado que el cristianismo se opone al valor de los guerreros, y lo confirma concluyendo con una comparacion: *No desestima nuestra religion lo magnánimo, antes nos anima á ello; no nos propone premios de gloria caduca y temporal, sino eternos, que han de durar al par de los siglos de Dios. Si animaba entre los gentíles una corona de laurel, que desde que se corta va descreciendo ¿quánto mas anima ahora aquella inmortal de estrellas?*

De Paridad.—Leémos en un autor filósofo y eloqüente en sus pensamientos: *Asi como la religion pide manos puras para ofrecer sacrificios á la divinidad; las leyes quieren costumbres templadas para tener que sacrificar á la patria.—En qualquier tiempo una nacion de héroes haria infaliblemente su ruina, como los soldados del dragon de Cadmo, que se destrozaron unos á otros.*

Escribiendo Antonio Perez á un amigo, para justificarse del estilo festivo que usaba en sus cartas en medio de sus pesadumbres, introduce esta comparacion: *No se escandalizen sus oidos de oir algunas cartas de chufas y donayres, al parecer, indignos de mi profesion, y contrarios al humor de mi fortuna. Tal nos enseñan los romeros y mendígos, que con todo su trabaxo y can-*

sancio se esfuerzan á pedir cantando, y tal les enseña a ellos la necesidad, maestra de todos.

Iguala Fr. Luis de Leon á muchos impíos con los ladrones, y adulteros en sus deseos, de esta manera: *Los malos, aunque son rebeldes á la luz, muchos hay que no estan mal con ella; la de la razon huyen, mas aman esta visible, y de ella se sirven como el salteador, á quien sirve la del dia para bañar en sangre inocente los caminos, como el adultero la noche para amancillar los lechos agenos.*

Dice el mismo autor que la paz es, no solo amada generalmente de todos, sino el blanco á que dirigen sus intentos los hombres, y prosigue: *Si navega el mercader y corre los mares, es por tener paz con su codicia que le solicita y guerrea. Si el labrador con el sudor de su cara rompe la tierra; busca paz, alexando de sí, quanto puede, el enemigo duro de la pobreza. Por la misma manera el que sigue el deleyte, y el que anhela la honra, y el que brama por la venganza, buscan la paz, cada uno en sus pretensiones.*

Por una feliz comparacion explica el P. Niemberg que al que no tiene de presente nada que conquiste su templanza, le basta menós esfuerzo de virtud, diciendo: *El que lo dexa todo, dexa la ocasion, fuérzase á querer solo á la virtud, tan esforzadamente como aquellos capitanes que derribaron los puentes, ó hundieron los navios, para no tener por donde huir, y quedar forzados*

á vencer, no confiando de su esperanza sino confirmada con la desesperacion.

Leémos del obispo Guevara esta comparacion de una extructura diferente de la forma comun, y al mismo tiempo facil y natural. *Los curiosos caminantes no preguntan qué tal es el lugar, sino por el camino que va al lugar; quiero decir, que los varones heroycos y generosos no han de poner los ojos en la honra, sino en el camino de la virtud, que va á parar en la honra.*

El P. Roa, hablando de los humildes hazañeros, que buscan la opinion de la virtud, vendiendonos lo que no tienen, dice: *Son como aquellos que, convidados con los oficios y puestos honrosos, porfian, no por dexarlos, sino por ser rogados, queriendo, como logreros, doblar el caudal de la honra, por tenerla, y por querer dexarla.* En esta oracion se introducen dos comparaciones sin ninguna violencia ni estudio, antes bien el asunto parece que las arroja de sí, y las enlaza para mayor declaracion de la idea.

Del mismo autor leémos otra comparacion doble, con que amplifica el pensamiento, quando desengaña á una Señorita de ilustrisima y opulentisima casa, que deseaba, y no se atrevia, dexar el siglo: *No te engañen* (le decia) *aquel resplandor y las grandezas que acompañan á los poderosos; que no por esto son mas dichosos que aquellos, cuya fiebre ó gota descansa en lecho de marfil ó de plata. En sus pechos, si se pudieran abrir, se verian los tor-*

mentos y carnicería que los escárpia. Rien muchas veces, mas no de veras; gózanse, mas de falso: no mas cierto que los condenados á muerte, presos en la carcel, piensan jugando engañarse, y nunca se engañan. Tienen sellado en el corazon aquel temor de muerte, y no se les cae de los ojos la imagen de ella. Con quánta oportunidad y verdad compara el autor el desasosiego de los poderosos al del gotoso y calenturiento! Y con qué imagen tan viva y patética iguala su falsa alegria á la congoxosa de los reos de muerte!

Oygamos la grave y magnífica pintura que hace el P. Marquez de los troyanos vencidos, comparando su desgracia y el ánimo del hijo de Anchîses con la del pueblo hebreo llevado cautivo á Babilonia, quando dice: *Sacó Eneas del incendio de Troya el cetro y la ropa de Príamo, para poder enseñar que no habia podido la buena fortuna de los griegos acabar, con los edificios de la ciudad, todos los rastros del imperio de Asia, pues llevaba algun testimonio de su grandeza. Y llegando á una islita, clava un escudo en las puertas de la ciudad con este blason.* Hæc de Danais victoribus arma: *extraño señorio de ánimo, y aun insolencia por ventura, para dar á entender quan poco le habia derribado la desgracia pasada, y quan grande fé daba á los oraculos que le prometian el reyno de Italia. Y el pueblo de Dios, saliendo cautivo, saca de Gerusalen los instrumentos de sus cánticos, reliquias de la paz*

que gozaba en su tierra para consolarse con ellos, y refrescar las memorias tristes de su querida patria. Llevaronlos tambien en protestacion de su fé, y en testimonio de esta, los colgaron en medio de la ciudad enemiga, sin que fuesen poderosos los caldéos á borrar este padron de su deshonra, que quedó escrito en las ramas de sus sauces. Este fué el primer trofeo que exército vencido levantó en presencia de los vencedores.

De Disparidad.—De esta manera de confrontar dos obgetos viene á salir una comparacion, digamos, de orden inverso; porque resulta una oposicion ó contrariedad en la sentencia por algunas calidades, circunstancias, ó accidentes de dos cosas que se carean. Esta disparidad se manifiesta bien clara en el siguiente exemplo de incierto autor: *¿ Qué acogida dió Trajano al mérito! En su reynado era permitido hablar y escribir con libertad, porque los escritores, heridos del resplandor de sus virtudes, no podian ser sino sus panegiristas. Quán diferentes fueron Neron y Domiciano! Estos, tapando la boca á la verdad, impusieron silencio á los ingenios de los sábios, para que no trasladasen á las edades futuras la ignominia y horror de sus delitos.*

Esmaltada de vivisimas imágenes, y animada de vehemente expresion, es la comparacion que hace D. Diego Saavedra entre la paz y la guerra, en esta magnífica descripcion: *Hermosa llamó Dios á la paz por Isaias diciendo que en ella,*

como en flores, reposaría su pueblo. Aun las cosas que carecen de sentido, se regocijan con la paz. ¡ Qué fértiles y alegres se ven los campos que ella cultiva ! ¡ Qué hermosas las ciudades, pintadas y ricas, con su sosiego ? Y al contrario ¡ qué abrasadas las tierras por donde pasa la guerra ! Apenas se conocen hoy en sus cadáveres las ciudades y castillos de Alemania : tinta en sangre mira Borgoña la verde cabellera de su altiva frente, rasgadas sus antes vistosas faldas, quedando espantada de sí misma. Ningun enemigo mayor de la naturaleza que la guerra. Quien fue autor de lo criado, lo fué de la paz : con ella se abraza la justicia.

Oygamos como el P. Marquez realza la constancia y fortaleza de San Pablo comparada con la de Teraménes, y de Sócrates : *Mucho espantó* (dice) *en el mundo la constancia de Teraménes, que en medio de treinta tiranos, tuvo osadia para brindar con el veneno al que tenia por mas enemigo de todos. Por milagro de fortaleza se tuvo el ánimo de Sócrates, que ni en vida ni en la hora de la muerte le vieron trocado el color. Pero ¿ qué caso harémos de todos estos exemplos, comparandolos con la constancia de San Pablo ! con los trabaxos de este grande Apostol, que de una carcel en otra, de un tribunal en otro, sin haber ira de juez, ni enojo de ministro que no hiciese en él pesadas experiencias, no pudieron divertirlo del amor de su Redentor !*

Hablando el P. Nieremberg de la paciencia,

conocida antes de los gentiles baxo el nombre de fortaleza, y despues santificada por la religion christiana; compáralas por disparidad de esta manera: *Esta virtud y la fortaleza tenian los filósofos por asiento y silla de la felicidad de esta vida: en orden á ella encaminaban entonces todos sus preceptos de virtud, y los que en ella se esmeraron fueron celebrados muchos, admirados todos. Ahora ha crecido y madurado el fruto de esta virtud en filosofía christiana, y le ha venido su miel y su leche suave. Antes solamente no era desabrida; pero ahora es ya sabrosa y dulce; y no solamente no huye los trabaxos, sino los desea. Antes la paciencia consolaba en los trabaxos ahora da el parabien; y no solo no se entristece de padecer, sino se alegra, empezando á hacer la salva á toda la bienaventuranza de la otra vida.*

Como, quando la fruta, en el arbol llega á tener su sazon, se suele caer de suyo, asi tiene su cierta sazon el vivir, á donde la vida misma, quando llega, llama á la muerte. De este símil saca Fr. Luis de Leon esta comparacion por disparidad: *El bueno* (dice) *siempre muere bien, y el que muere bien, siempre muere en sazon. Al contrario, á los malos, por mucho que vivan, les viene siempre sin tiempo la muerte, porque mueren antes que les convenga morir.*

El mismo autor, reprehendiendo á los hombres regalados el vicio de levantarse tarde de la cama, compara por contraste la costumbre de los animales con la de estos perezosos, diciendo: *Ve*

mos que todos los dias los animales y la tierra, el ayre y los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermoséan y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes; y los hombres, por un vicioso dormir ¡ han de perder esta fiesta que hace al dador de la luz toda la naturaleza!

Por otro contraste mas fuerte y enérgico hace la siguiente comparacion el mismo autor, hablando de ciertos hipócritas malvados: *Satanás* (dice) *se alexó de Dios para azotar á Job, no siendo hecho malo, segun el señor se lo ordenaba; y algunos se meten á Dios, y se visten de su religion, para ser su estrago de ella y su azote.*— Con igual fuerza de contrastada comparacion, y con imagen mas breve y enérgica, dice el P. Zárate: *Otros reyes se hacen llevar en hombros de sus vasallos: y tú, Señor, cargas todas las miserias de ellos en los tuyos propios.*

Paralelos.

Son del género de la comparacion los *paralelos*, y generalmente versa el cotejo entre personas representadas por el aspecto de sus virtudes ó vicios, calidades, caracter, ú otras circunstancias, que los hacen semejantes ó desemejantes, en parte, ó en el todo.

El obgeto de los paralelos debe ser muy noto-

rio, y al mismo tiempo insigne, tanto en el término de comparacion como en las personas que se comparan. Asi, Tito, Trajano, Marco Aurelio, Antonino y Enrique IV. de Francia serán siempre dechados de comparacion para príncipes benignos, humanos, sábios, pios, y magnánimos; de la manera que Neron, Calígula, Domiciano y Eliogábalo, para los crueles, bárbaros, atroces, y sensuales. Y asi las heroycas acciones de Codro, Décio, Régulo y Curcio son ilustres términos de comparacion para los ciudadanos generosos que se han sacrificado por la patria; las de Catilina, César, y Cromwel no lo seran menos para los ambiciosos que han querido esclavizarla.

Entre Ciceron y Caton.

De incierto autor.

En Ciceron la virtud era lo accesorio, y en Caton la gloria. Ciceron se prefería sobre todo, y Caton se olvidaba siempre de sí. Este queria salvar la república sin otro interés; y aquel por el de su gloria personal. Quando Caton prevía, Ciceron temía; y donde el primero esperaba, confiaba el segundo. Caton veía las cosas con serenidad, y Ciceron entre zelos y recelos.

Entre un Sábio y un héroe.

De incierto autor.

Todas las virtudes pertenecen al sábio ; mas el héroe suple las que le faltan con el explendor de las que posée. Las virtudes del primero son templadas, pero sin mezcla de vicios ; y si el segundo tiene defectos, los borra la brillantez de sus hazañas. El uno, siempre sólido, no tiene cosa pequeña ; y el otro, siempre grande, ninguna tiene mediana.

Entre Neron y Eliogábalo.

Por Lorenzo Gracian.

Exêcrable monstruo fué Neron, anfíbio entre hombre y fiera ; pero sacóle de la infamia Eliogábalo, aquel que aun de bruto degeneró, y de quien la misma memoria se afrenta. Tuvieron ambos abominables vicios de hombres y de reyes ; pecaron á entrambas manos.

Entre Caton y Temístocles.

Por Francisco Patricio.

Que cosa pudo haber mas dura y sevéra que la determinacion de Caton, que por no mudar su áspera manera de vivir, quiso antes matarse que someterse al vencedor! César en dos solemnisimas oraciones no dexó de reprobar tan cruda y sangrienta sentencia como contra sí dió y executó Caton. De otra manera lo hizo Temístocles, que quiso mas bien fiarse de la dudosa y barbara fé de Xerxes su enemigo, que determinar de sí cosa dura, ó esperar gracia de la reconciliada patria.

APÉNDICE II.

DEL ESTILO ALEGORICO.

El genio alegórico y simbólico de los antiguos pueblos era nacido de aquella inclinacion y gusto intelectual que conduxo los sábios á cubrir sus lecciones con emblemas y enigmas que hiciesen la doctrina mas curiosa y apacible; y que con la viveza y bulto, digámoslo asi, de las imágenes, fuesen mas atractivas, y retenidas en la memoria con mayor facilidad.

Aquellos primeros sabios, cuyos succesores, con menos arrogante nombre, quisieron llamarse filósofos, ó amigos de la filosofía, por medio de este ingenioso artificio hicieron palpables las verdades mas abstractas, trocaron en pinturas las proposiciones mas áridas, personificaron los entes morales é inanimados, y la naturaleza entera tomó un nuevo semblante. Lo mas metafísico se revistió de perfecciones y formas corpóreas; y de las influencias celestes y sublunares en las criaturas se texió una historia de personages

ilustres, que dió origen á la theogonía. Este caracter alegórico se descubría en las metáforas, en las parábolas, en los enigmas, en los proverbios, en las fábulas, símbolos, apólogos, geroglíficos, y en los cuentos mitológicos, que son otros tantos generos de alegorias.

Los Vates, ó primitivos poetas, que fueron por larga edad maestros de las buenas costumbres, y correctores de la vida humana, dieron muchos preceptos de buen gobierno, y de policía civil debaxo de algunas cubiertas y agradables ficciones: y á este fin, ya para formar un buen príncipe desde su tierna edad, ya para civilizar los hombres, parece que sacaron sus máxîmas de la fuente de la sabiduria. Mas, como aquellos hombres primitivos eran duros, agrestes, y casi indóciles; y de suyo mas inclinados á injurias y rapiñas que al trabaxo, é industria; fué menester reducirlos y atraherlos á la equidad y justicia con algunos cuentos y fábulas suaves, desviandoles poco á poco de la rusticidad y fiereza.

Por causa de que hay algunos hombres tan aficionados á la vanagloria, que se precian y deleytan de mentirse á sí mismos, y se aman en tanto grado, que sin contradiccion creen todo lo que de sí oyen, dicen algunos griegos que fingieron los poetas aquella fábula de Ixîon, enamorado perdidisimo de Juno, el qual pensando tenerla en sus brazos, se halló abrazado con una nube,

de cuyo ayuntamiento fueron engendrados los centauros: queriendonos dar á entender que asi los deseosos de vanagloria se requiebran y abrazan con la imagen vana de la virtud. Tal es el sentido moral de las fábulas místicas entre los primitivos filósofos.

Alegoria.

Para dar aqui una explicacion exâcta de lo que los retóricos llaman alegoría, la qual colocan, como dexamos dicho mas arriba, los unos entre los tropos, y yo, con otros muchos, entre las figuras de sentencia; dirémos que no es lo mismo el estilo metafórico que el alegórico. La *metáfora* es una frase en que se junta la palabra figurada con la propia: asi se dice: *el fuego de sus ojos*, tomando la voz *ojos* en su sentido recto y natural, y la otra en el impropio ó translaticio. La *alegoria* pasa mas allá: forma una oracion perfecta, en que todas las palabras desde la primera tienen un sentido figurado, ó por mejor decir, todas forman desde el principio un sentido literal, que no es el que se quiere dar á entender entonces, hasta que al fin se descubre el verdadero, descifrando al primero en la aplicacion por medio de una semejanza.

Las de este género se llaman *alegorias puras*, como se verá en el exemplo siguiente. *Mirad*

esta tierna yedra quán estrechamente se abraza con el magestuoso olmo; de él saca el sustento, y su vida pende de este robusto bienhechor. O! grandes de la tierra! Vosotros soys el amparo del pobre que os busca. La aplicacion de los grandes á los olmos descubre y califica el sentido alegórico por una comparacion.

Hay otro género de alegoria llamada *mixta*, porque está entretexida de voces, unas en el sentido propio, y otras en el transferido, que vienen á formar una composicion figurada de metáforas conformes al objeto principal. Un historiador, pintando el estado de la Alemania, despues del atentado de Cromwell en Inglaterra, dice: *La Alemania, mezclando el estaño de los publicistas con el azogue de lòs téologos, presentaba á la espuda de las discordias civiles un espejo que detenia el brazo levantado del ódio y de la ambicion.* En esta oracion las palabras propias son *Alemania, publicistas, téologos, discordias, odio, y ambicion;* y las transferidas ó figuradas en relacion con aquellas son, *estaño, azógue, espejo, espada,* y *brazo:* viniendose á formar de la correlacion de semejanza de las unas con las otras un espejo moral, y sus efectos.

Escribiendo el P. Roa las vidas penitentes de algunas mugeres dignas de la luz de la historia, que ilustraron con su austéra virtud á su patria, asi arguye contra la tibieza de sus patricios con

estas comparaciones alusivas, distribuidas en mixtas alegorías de imágenes diversas, que amplifican grandemente el pensamiento principal: *No hieren* (dice) *á nuestros deseos exemplos pasados, aunque domesticos y crecidos de marca, porque nos parecen mayores de nuestro talle, y miramos á sus autores como gigantes: estatura que no cabrá en nuestros cuerpos. Triunfamos con que, ni hace á los niños el calzado de Hércules, ni á David las armas de Saúl; como si el dedo de Dios, que a nuestros mayores hizo grandes, no pudiese crecer nuestra pequeñez, ó tubieramos nosotros presas las manos para no cruxir la honda, y quitar la espada, y aun la cabeza, al gigante.* Desde el principio corre la alegoría aunque interrumpida por distintas metáforas, si bien análogas al intento, baxo la idea de un cuerpo considerado en el estado de pequeñez é imbecilidad, y luego en el de robustez y grandeza, para triunfar con la fortaleza del vicio mas gigante.

Toda *alegoría*, sea de oracion entera, sea de una parte de ella, debe guardar en su curso la imagen principal de donde saca las otras accesorias, quiero decir, que éstas deben ser, hasta concluir la composicion, análogas á la que es como el archêtypo de toda la figura. Si el navio, por exemplo, corriendo una tormenta, ha de representar la república combatida por la guerra civil; es necessario que á la *imágen* de navio

naufragante, que es el objeto principal, sigan y correspondan las demas dependientes de ella, señalando las partes y movimientos del buque, la furia de los vientos, la braveza de las olas, y el peligro de los escollos; porque la alegoría hasta el fin continúa con el mismo género de translacion con qué empezó. Seria monstruosa composicion si principiase por una inundacion, y finalizase con un incendio; ó si por la fiereza de un leon, y acabase con un terremoto. Tal es la de un escritor nuestro, y de los mas eloqüentes de nuestro siglo de oro, quando dice: *Como este mundo sea, por una parte un mar tempestuoso, y desierto, lleno de tantos salteadores, y bestias fieras; y por otra parte....* El mundo no se puede tomar debaxo de dos imágenes tan distintas dentro de una misma idea: ó ha de ser todo mar, ó todo tierra.

Aun en la *alegoría*, compuesta y perfecta segun todo el artificio retórico, se pueden cometer algunos vicios, en que suelen caer escritores eloqüentes, en quienes luce mas el ingenio que el buen gusto; porque en todas las cosas debe haber término y modo, que es la sabiduria y discrecion del arte de bien decir. Como una alegoría es una série de obgetos comparados entre si; es imposible que esta comparacion sea difusa y exâcta juntamente. Asi acontece que, quando se quiere comparar todas las partes y circuns-

stancias del objeto principal, no se hálla perfecta correlacion y semejanza entre todas.

En este vicio caen aquellos que creen que todos los objetos son dignos de representarse con un rasgo metafórico, y que todas las circunstancias han de especificarse para enriquecer la composicion: trabaxo vano y pueril. De los dos objetos de que se forma la alegoría solo se deben comparar las principales relaciones que tienen entre sí; y aun de estas, las mas excelentes, las mas magníficas, las mas conocidas, y las mas conducentes á la intencion del orador.

Repitamos, para exemplo y confirmacion de esta última doctrina, la alegoria del *navío* comparado con la *república*. En la relacion de estos dos objetos principales, en sacando del navio el *capitan* comparado con el que está revestido de la suprema autoridad, la *brúxula* con las leyes, las *olas* con las facciones, los *vientos* con los ambiciosos, y los *escollos* con los traydores, &c.; todo lo demas, como la *quilla*, el *bauprés*, la *escota*, el *trinquete*, los *balances*, las *arfadas*, las *orzadas*, &c. ¿con qué se pretenderá compararlo que no sea menudo, ignoble y ridículo? Quales son las cosas que se han decir, y quales las que se han de callar, la sabiduria lo enseña; pero ésta no se enseña, aunque se aprende errando, corrigiendo, y meditando.

Hay tambien alegorías que, miradas por la

parte de su artificio, son regulares, y bien sostenidas baxo de la idea principal desde el principio hasta el fin; y sin embargo son violentas y disparatadas por la incoherencia de cada metáfora tomada en sí sola. Por este gusto y estilo escribia un autor nuestro del siglo XVII en la dedicatoria de su libro á una Reyna: *Las olas de mi temor, y el uracán de mi indignidad, no sumergieron la nave de mi razon, que navegaba al puerto de vuestra clemencia, &c.* ¿Qué necesidad tenia el autor de hacer alegórica esta demostracion, que es mas abatimiento que obsequio? No sería mas clara, natural, y expresiva, si fuese sencilla? En fin quando no fuese impertinente la alegoria ¿que relacion de semejanza hay entre un *uracán* y la *indignidad*, entre una *nave* y la *razon* del hombre? Que los efectos del temor, siendo una turbacion del ánimo, se comparen á la agitacion de las *olas*, podria pasar, perdonandole la afectacion: que la *clemencia*, que ampara á los reos, se compare al *puerto*, que abriga las naves, está bien; más el autor ¿habia cometido algun delito por ser escritor, pues pedia perdon, implorando la clemencia real? En este solo exemplo se manifiesta de muchas maneras quan fácil cosa es á los que no pesan sus expresiones en la balanza del juicio y buen gusto, ostentar su ingeniosa é impertinente fecundidad.

¡Quán diferente es la *alegoria* con que An-

tonio Perez pinta sus trabaxos á su muger, quando estaba retrahido, y sin esperanza de mejor fortuna, huyendo de la persecucion! Asi le escribe para animarla en alguna manera en los que ella padecia en la prision: *Señora: yo remo y brazéo en seco; no hay agua necesaria para navegar: no hay viento para las velas de mi deseo, sino el de mis gemidos y suspiros de verme sin ningun movimiento á ningun puerto sino al de la sepultura.* ¡Que viveza de imágenes! ¡Que propiedad y relacion guardan entre si! Y cómo conspiran todas a un punto final que es el puerto, y por comparacion desesperada la sepultura! El agua, los remos, las velas, el viento ¡qué lindamente juegan en su lugar, y como enlazan toda la construccion de la alegoría.

Aunque es muy natural hablar con metáforas, porque la imaginacion, que ve las cosas palpables, tuvo gran parte en la formacion de las lenguas, no es tan natural texer una larga composicion con una continuada metáfora; que es obra de mucho estudio y poco á proposito para persuadir y deleytar los animos. Entonces la profusion misma de las figuras confundiría la razon del oyente, como acontece en un quadro alegórico muy cargado de figuras que confunden la vista, y no dexan descubrir la historia y objeto de aquella composicion. Todavia es confusion mas desagradable quando se mezcla el lenguage metafórico con el sencillo dentro de un

mismo período, de suerte que empieze en sentido figurado, y acabe en el literal.

Son bien recibidas de todos los animos bien templados aquellas alegorías breves y ligeras, llamadas por la naturaleza del asunto, y embebidas dentro de la oracion para darle espiritu, ornato, y gracia al mismo tiempo. En la pintura que hace un eloqüente orador del renacimiento de la buena filosofia, dice: *Despues de tantos siglos que los hombres andaban á tientas entre las tinieblas de la escuela, Descartes dio el hilo, y Newton las alas para salir del laberinto.* Esta alegoría es perfecta, y formada con alusion á un hecho de la historia fabulosa del laberinto de Creta, de cuyo tenebroso encierro huyo Dédalo con alas que inventó, habiendole dado Ariadne el hilo para salir de aquella intrincada obscuridad.

Con alusion tambien á la fábula del dragon de Cadmo, y á la formacion fingida de la via lactea, dice otro escritor, hablando de los efectos de la agricultura: *La agricultura con los frutos de la tierra produce los hombres, y con los hombres la riqueza. No siembra los dientes del dragon para parir soldados que se aniquilen; antes derrama la leche de Venus, que puebla al cielo de innumerable multitud de estrellas.* En esta oracion se encierran dos alegorias por desemejanza; en la una se aniquilan los hombres, y en la otra se multiplícan.

En este género de alegorias vale poco la oportunidad de las imagenes alusivas, si por otra parte borran su mérito la profusion y el abuso de símiles favoritos, sacados, ó de la mitologia, que tiene cierto ayre de pedantería; ó de la historia natural, y otras ciencias físico-matemáticas, que es otro nuevo género de pedantería que se ha introducido en la eloqüencia extrangera, y va inficionando á la nuestra.

Son bien recibidas, y lo serán siempre, las fáciles y naturales, sacadas de objetos comunes, mas no vulgares, de asuntos mas conocidos, y por tanto mas vivos y enérgicos porque nos hablan de mas cerca.

Oygamos al P. Marquez pintando como por los ojos entran las tentaciones, y peligra la flaqueza humana: *Pueden poco los soldados del enemigo para tomar la fortaleza de la razon, si no entran por los sentidos, puertas cosarias de nuestro daño.* Aqui se saca la idea de la toma de una plaza por algun portillo descuidado.

Por una idea, casi semejante y escogida, y llevada hasta el fin con igual curso de la principal metáfora, dice el P. Siguenza: *El enemigo mas fuerte es nuestra concupiscencia: abrésele la puerta como ladron de casa, y por alli se lanza con nuestro consentimiento. Puesto dentro, enseñoréase como tirano, y trátanos como esclavos.*—El mismo autor en la introduccion á la historia de San Gerónimo, haciendo un paralelo de la gran-

deza de la historia profana con la humildad de la que le tocó escribír, toma la defensa de esta, diciendo: *Tiene la historia santa sus ornamentos propios, con que se viste y hermoséa aquella que parece desnudéz. Hay en ella sus propias fuentes donde, sin pensar, manan y nacen entre las manos los avisos y los gustos.*

El inmortal Miguel de Cervantes, tan feliz en dar vida, cuerpo y accion á lo mas inanimado é inerte del reyno intelectual, pinta á la poesía de esta manera: *La poesia es una bellisima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, que se contiene en los límites de la discrecion mas alta. Es amiga de la soledad: las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, y las flores la alegran.* En las prendas y conducta de esta fingida doncella ¿no se representan bellisimamente todos los géneros de poesia, lírica, y bucólica?

El P. Nieremberg, hablando del enlazamiento y conexîon que tienen entre sí todas las virtudes morales para hacernos vivir bien, continúa: *son joyas tan preciosas, que no quiso la naturaleza, cuidadosa de nuestro bien, tenerlas desbaratadas, ni, al modo de las cosas perdídas, cada una de por sí; sino que, como perlas riquisimas, las engarzó como en una sarta de sumo valor para atavío del alma.* ¡Qué felizmente sostiene la idea de *perlas* y de su uso, hasta formar una sarta de virtudes!

De todos los malos se dice en el Libro de Job que *fueron cortados sin hora*, como si dixera, que su maldad pide que no dure su dicha, ni que sea ordinario su fin, como á otros acontece. Expónelo el Maestro Fr. Luis de Leon con esta pintura alegórica. *No se caen de suyo como arbol que ya el tiempo tiene seco, sino cortados verdes, y antes de tiempo: porque, á la verdad, por tarde que les venga el castigo, para lo que toca á su sazon siempre viene temprano, pues nunca llego á maduréz: siempre están en la flor de su vanidad, y en el verdor de sus vicios; y mueren siempre quando les está muy mal el morir.*

Pretendiendo probar que de ningun vicio somos ofendidos mas presto que del de la carne, píntalo el P. Roa con estos colores y propiedades: *Jamás se satisface; siempre tiene hambre de sí mismo: su deseo lleno está de congoxas, su hartura de dolor. Traydor es á su propio dueño, ladron de casa; dentro vive de nosotros mismos, jamas se aparta de nosotros: en el yermo mas desierto, en la soledad mas callada, en las breñas y riscos mas ásperos, alli nos sigue y acecha, y teniendonos debaxo, su lanza hace en nosotros carnicería.* Bien vale tanto, y no quiero decir mas, esta pintura como la del *peregrinantur, rusticantur* de Ciceron personificando á las letras. El autor, hablando en otra parte del mismo vicio, que hace sus primeros tiros á

los jóvenes, dice con no menos propiedad, y aun con mas energia: *Son las armas de la sensualidad las primeras y mas fuertes que juega el vicio contra la juventud, mas dañosas como menos aborrecidas: salen de nuestra aljaba, y hieren lisongeando el sentido.* Esta última cláusula es toda el alma del discurso: ¿qué serían aquellas armas sin esta aljaba? Medítelo el lector.

Hablando de las tentaciones y peligros a que expone á los que siguen el camino de la perfeccion el poco recato de los ojos, dice el mismo autor: *Son los ojos ventanas del alma, por donde se derrama en las cosas visibles, y por donde saltean éstas su tesoro, y se apoderan de la torre de su homenage:*

Escribiendo Antonio Perez á uno de sus hijos que habia salido de prision, y suspiraba con los demas hermanos por ver á su padre, á la sazon refugiado en Francia, le dice estas sentidisimas palabras: *Ah! hijo mio! Quánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas esas ramas á su tronco! Tronco solo, qual me ha dexado desgajado y desnudo de ramas y hojas esa ventisca de furor y ira. Dios lo hará; que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse.* ¡Que objeto mas propiamente escogido que el *arbol*, azotado del uracán, para pintar su persecucion! donde las *ramas* convertidas en hijos, y la *ventisca* en furor de sus perseguidores, forman el emblema de un desgraciado mortal. Bien vale, en otro sentido, el de

la oda de Horacio: *Justum et tenacem propositi virum*, en que pinta al varon fuerte.

Sea exemplo magnífico de otra alegoría bien sostenida y animada lo que escribe el mismo autor, hablando con el Rey de Francia Enrique IV, quando le envió la relacion impresa de sus desgracias y persecuciones movidas del enojo de otro Rey: *Quizá le será á V. M. de gran advertimiento el oir la suma de esta historia, porque los grandes maestros y artífices suelen aprender mas de un error grande en su profesion que de sus acertamientos, como los grandes marineros del escarmiento del encuentro de otro marinero en un escollo. Y ningun peñasco mas peligroso para dar al través navios grandes que la pasion. Pues ¿qué será si á todas velas del poder absoluto? No suele entonces quedar raxa entera del navio.* Empieza esta composicion por una comparacion noble, y acaba con una semejanza vivisima, y bien adequada que, á pesar de ser tomada de un objeto muy comun por muy usado, recibe un semblante nuevo por la oportunidad y eleccion de las metáforas.

El mismo autor hablando de la paciencia y serenidad con que hasta entonces habia padecido una persecucion tras otra, habituado ya á fuerza de golpes á sufrirlos, dice que la verdadera escuela para aprender no son las camas de flores de los favoritos de la fortuna, sino dolores y aventuras propias y agenas; y continúa de esta

manera: *Venturoso el que aprende en cabeza agena: que yo ya me canso de ser cirujano por bien acuchillado, y cuerpo de anatomía, y de sufrir los golpes de tantos cirujanos como van sobreviniendo, y se van exercitando en esta carne mómia cada dia. Guárdense, pues, que el cuchillo, si se desliza de la mano, corta al que hiere como al herido, asi como al leonero, que suele morir las mas veces en las manos y garras del leon.* ¡Qué verdad y espiritu hay en esta semejanza, sacada de un objeto tan material y mecánico como la cirugia! pero el autor lo dignifica por la buena aplicacion de las circunstancias que ha elegido, y de la comparacion con que cierra el último pensamiento.

Pueden, en una misma composicion, entrar distintas alegorías, que varien la imagen de la semejanza, sin variar el pensamiento principal, siempre que cada una dexe perfecta la sentencia. Por este término Fr. Luis de Granada convierte la esperanza en áncora, luego en escudo, y despues en báculo, distinguiendo en las tres imágenes tres similes, y formando tres oraciones separadas sin seperarse de la idea ó proposicion general á donde van todas ordenadas. Dice que solo Dios es nuestra esperanza, en los peligros, en las adversidades, y en las necesidades, y acomodando á cada uno de estos tres casos su consideracion distinta, prosigue: *Si la esperanza viva es el áncora de nuestra vida ¿cómo osa nadie*

entrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza es el escudo con que nos defendemos del enemigo ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Y si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia ¿qué será el hombre flaco sin el arrímo de este báculo?

De la alegoria pura nacen, como de una fuente comun, los proverbios, los apólogos, los símbolos, los emblemas, y los enigmas; de todo lo qual hablarémos ahora separadamente.

Proverbios.

Esta locucion figurada, cuya sentencia moral está embozada debaxo de un velo alegórico, ó histórico, es llamada *proverbio, adagio,* y vulgarmente *refran,* que es propiamente un célebre dicho antiguo, aunque nuevo en la aplicacion; y asi se puede repetir aqui lo que un autor clásico dixo: que para que las cosas que se dicen tengan gracia, se han de decir las nuevas como comunes, y las comunes como nuevas. Que sean figuras de ornato en la oracion es constante, porque salen y se apartan del comun modo de hablar, y asi conviene que les acompañe el uso y la doctrina para autorizarlos.

La celebridad de los adagios nació de los ora-

culos de la gentilidad, de los apotegmas de los sábios, de alguna sentencia proferida en el teatro y bien recibida del público, de alguna fabula, historia ó suceso notable: finalmente de las costumbres, condicion y género de vida de alguna nacion ó persona particular, por alguna razon excelente, notoria, y comun á todos. Tienen gran eficacia y energia para la enseñanza moral y civil, abundando, como abundan, de sabios documentos para la vida pública y privada, avivados con bellas imágenes y alusiones, vestidos siempre con un agradable velo, ya alegórico, yá enfático, en estilo llano, breve, y sencillo, que da mas valor á la sentencia que encierran.

De estas locuciones abunda acaso la lengua española mas que ninguna; y no son su menos preciosa gala, asi por su agudeza y concepto, como por su forma y extructura elegante, y buen sonido. Son muy provechosos, y aún necesarios, principalmente para persuadir, para moralizar, y para vestir la desnudez de la verdad. Sazonan los escritos festivos y caen bien en la boca del hombre usados con oportunidad y economía: lo contrario sería abuso muy reprobado. Podrán usarse alguna vez en principio de un discurso, ó proposicion como argumento; ó interpolados entre medias con algun correctivo que excuse su introduccion; ó al fin, por modo de epifonéma, ó aclamacion. Y como el proverbio se debe usar á modo de saynete, y no de plato principal

importa algunas veces hacerle una precapcion de esta ú otra forma: *como dice el refrán....nos advierte un refrán....bien dice aquel refrán....allá nos dice un refrán....*

Se pueden dividir los refranes en históricos, simbólicos, y literales; y como de todas estas especies abunda la lengua española, pondrémos á la vista del lector algunos escogidos en gracia de la misma lengua.

¡ Quanta moralidad y concepto encierran debaxo de su corteza, que les da un ayre de enigmas! *Una golondrina no hace verano:* entiendase que un exemplar no hace regla. *Hijos de tus bragas, y bueyes de tus vacas:* entiendase el mayor cuidado que se tiene de las cosas propias respecto de las agenas. *Quien á buen arbol se arrima, buena sombra le cobija:* nada mas quiere decir sino la fortuna que logra el que tiene proteccion poderosa.—De los *históricos* podemos citar estos por exemplo: *No se ganó Zamora en una hora;* esto es, que las cosas grandes y árduas necesitan de tiempo para executarse, ó lograrse; aludiendo al sitio porfiado y largo que sufrió aquella cuidad.—De los *simbólicos* sirvan de exemplo los siguientes: *cada oveja con su pareja;* esto es, que cada uno se iguale con solo los de su esfera, sin pretender ser mayor, ó baxarse á ser menor de lo que le compete. *Cada cabello hace su sombra en el suelo;* para significar que no se debe despreciar alguna cosa por peque-

ña que sea. *Da Dios alas á la hormiga para que se pierda mas aina ;* es decir, que suelen perderse, ó acabar desgraciadamente los que llegan á grandes empleos y fortuna, si no hacen buen uso de ellos. *De pequeña centella, gran hoguera ;* esto es que de un leve motivo se suele levantar gran discórdia. *De mal cuervo mal huevo ;* es decir, que de padre malo suele salir el hijo malo. *El buey suelto bien se lame ;* en que se denóta quan apreciable es la libertad.

Algunos refranes son sentencias, pues no tienen otro sentido que el literal, como estos : *Lo mucho gasta, y lo poco basta—Mas da el duro que el desnudo—El mandar no quiere par.—Obras son amores y no buenas razones —Poco daño espanta, y mucho amansa.—Duelos, con pan son menos.—Acometa quien quiera ; el fuerte espera.—Bien vengas mal si vienes solo.—Bien ama quien nunca olvida.—Del viejo el consejo.—Gloria vana, florece, y no grana.*

Apotegmas.

A la clase de los proverbios pertenecen los apotegmas, ora estén recibidos como adagios, ora no ; y bien que convengan con estos en la agudeza y brevedad de la sentencia, hay esta diferencia, que los apotegmas son unos dichos mas notables y graves, autorizados con el nom-

bre de algun principe, héroe, filósofo, capitan, ó legislador de la antigüedad, que nos ha conservado la historia ; y baxo de esta consideracion tienen gran lugar en los escritos sérios, y no desdicen del estilo sostenido y noble, donde se suelen citar para adorno, lustre, y gracia del discurso, sea historico, sea moral.

Y aun quando de su lectura no se aprendiese mas que exemplos insignes de bien decir ; el deleyte de oir hablar como traidos á nuestra compañia los ilustres varones que ya no exîsten ; sería siempre un entretenimiento provechoso conocer el caracter, las costumbres, y el ingenio de cada qual ; porque, como dice muy bien Demócrito, y antes Salomon : *las palabras del hombre son la imágen de su vida.* Los nuestros, dice Ciceron, quisieron que las cosas que dixésemos graciosas, breves, y agudas se llamasen decíres, como es este del mismo orador : *al fuerte no puede serle la muerte pesada, ni al consul temprana, ni al sábio miserable.*

No pretendemos hacer aqui colecciones de estos dichos y sentencias, ni amenizar las vidas de sus autores, como hicieron Plutarco, Diógenes Laercio y Valerio Maxîmo ; sino para enseñar como el buen escritor que quiere dar valor á sus argumentos, y peso a sus proposiciones, recurre á estos exemplos para hacer mas florida, agradable, y espléndida la narracion.

De estos sentenciosos dichos sacamos otros

tantos testimonios de filosofia y de politica, para apoyar las sanas maxîmas que sostenemos, ó para rebatir las erradas que reprobamos, atribuyendo por este médio nuestra intencion á sus autores. Y asi tomarán fuerzas, y cobran crédito y autoridad, nuestros pensamientos quando concuerdan conlos decretos de Platon, con los preceptos de Chîlon, con las sentencias de Bias, con las respuestas de Diógenes, los consejos de Pítaco, las maxîmas de Agesiláo, &c.

No basta la autoridad de estos ilustres varones para confirmacion ó comprobacion de nuestro propósito ; es menester la oportunidad en su aplicacion, y la economia en el uso de ella, por no hacer un pedantesco alarde de las riquezas de este género de erudicion. Pero el buen gusto dicta todavia otras reglas para introducir sin violencia estos varones en nuestra conversacion, poniendolos siempre en lugar eminente, que los haga mas visibles, y sus dichos sirvan como de thema para comenzar nuestras razones, ó de apoyo para concluirlas.

Pondrémos de esta eleccion del primer lugar dos exemplos. Empieza asi su proposicion un autor : *Mas quiero la cítara de Achîlles, dixo Alexandro, quando entró en Ilion, á los que le ofrecieron enseñarle entre otras antiguallas, la de Páris. Aquel al son de la suya solia cantar las hazañas de los fuertes, y con la del otro se cantaban las blanduras de Venus, y sus alhagueños me-*

lindres. Prosigue el discurso acerca del carácter del valor, y del deseo de gloria en los hombres esforzados. Tendria menos eficacia y novedad esta proposicion, si en lugar de dar principio con esta abrupcion, comenzáse: *Quando Alexandro entró en Ilion, dixo á los que le ofrecieron enseñar la cítara de Páris, mas quiero la de Achílles....*

Oygamos á otro autor no menos eloqüente, como rompe su discurso para probar que el valor no constituye á los héroes, sino la fortaleza; y entra de esta manera: *Si yo no fuera quien soy, quisiera ser Diógenes, dixo Alexandro al filósofo. No con menos razon podía el estoyco responderle lo mismo, y quedáran ambos estimados en su justo valor.*

Leemos en otro autor igual introduccion á manera de thema: *Si no fueses sediento de dineros, nunca trastornáras los huesos de los muertos: asi decian unas letras, que fué lo unico que halló Darío dentro del sepulcro de Semíramis, quando su codicia le llevó á abrirle, movido de esta inscripcion puesta por la reyna al tiempo de labrarse su túmulo:* EL REY QUE HUBIESE MENESTER DINEROS, DERRIBE EL SEPULCRO, Y TOME LO QUE QUISIERE. *Esta burla y desengaño puede servir de advertencia y escarmiento á los codiciosos que....*

Leemos en los escritos morales de otro autor la siguiente introduccion: *Quando á Darío, al*

tiempo de abrir una granada, le preguntaron de qué querria tener tanto número como habia alli multitud de granos? respondió, de Zopíros. Muy bien quiso significar esta respuesta que ninguna cosa debe ser mas preciada ni deseada de un rey que los buenos y leales amigos.

Cambiando el orden de la oracion, puede sentarse la proposicion, y concluir con el testimonio de la sentencia ó dicho que se quiere traer por autoridad, como lo hace el mismo autor con una preparacion antes de sentar el caso: *Muy bien* (dice) *amonestaba Pytágoras á sus discípulos que nunca hiciesen ó dixesen cosa alguna estando coléricos. Asi Archíta Tarentino, por seguir al maestro, habiendose enojado contra un esclavo, dixole: Castigárate yo ahora si no estubiera airado.*

Por igual manera entra otro autor reservando la autoridad del apotegma para concluir su oracion, y sellarla con este exemplo: *No se ha de creer que los trabajos de los que reynan sean menores que los de aquellos que pasan vida privada, ora sea en paz, ora en guerra. No puede haber cosa mas dificil que gobernar bien; tanto que no me parece muy sin donayre aquel dicho de Tiberio: nadie sabe quan gran béstia es el imperio, quien solia decir á sus amigos: que en ser emperador tenia el lobo por las orejas.*

Hablando Saavedra de los males que trae una guerra, dice: *Son medrosas las leyes, que*

se retiran y callan quando ven las lanzas: por esto dixo Mario, excusandose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra la ley, que no lo habia oido con el ruido de las armas.

Apólogos.

Es el apólogo una ficcion que atribuye lengua racional á entes incapaces de razon. Quanta eficácia tengan los apólogos para persuadir, autores sagrados y profanos nos lo enseñan en muchos lugares. En el sagrado texto se lee la fábula de las plantas que tratan de elegir un rey, y se ven al fin precisadas a nombrar la cambronera. (lib. judic. cap. IX.)

Dos maestros de la eloqüencia hablan por muchos. Quintiliano en sus instituciones oratorias atribuye su invencion á Hesiodo, y los aprueba para mover los ánimos, y lo confirma Tito Livio con el exemplo de Menenio Agripa que reduxo la plebe en la gracia del Senado, propuesto el apólogo de los miembros del cuerpo conjurados contra el estómago. Y Aristóteles en su retórica les da particular excelencia para persuadir. No siempre, dice, se hallan exemplos y símiles proporcionados á nuestro intento; y entonces se puede inventar un apólogo que supla esta falta, y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomodados para mover al pueblo.

En efecto ¿ con qué fin fueron tan ingeniosamente inventadas y escritas por los sábios antiguos tantas fábulas y transformaciones, sino para amansar á los hombres fieros, y enseñar á los ignorantes ?

El que en las fábulas de Esópo no viera mas que una conversacion entre dos animales, nada veria ; y tomando la fábula por la verdad, erraria el fin de medio á medio. Y fuera mas bobo todavia si imaginase que el autor de estas ficciones creia realmente que habian hablado aquellos irracionales. Y ¿ quien, por bárbaro que sea, oyendo que Orféo al son de la cítara atrahia á sí las fieras y aun los peñascos, no conocerá la verdad de esta mentira?

Tambien se fingen héroes para ilustrar la fábula moral, como se reconoce en Homero, que encierra en su Iliada un genero de doctrina callada y encubierta, entretexida de alegorias para mover y deleytar. Y algunos creen fué el intento del poeta instituir algun principe, porque no solo hay en sus obras documentos y avisos militares, mas tambien preceptos políticos y alabanzas de muchos reyes y capitanes con deseo de que con sus hechos se enciendan los que los lean, y procuren adquirir semejante gloria. Para encarecer el poder de este estímulo, se cuenta que Theséo y Pyritóo, envidiosos de lo que los poetas cantaban en alabanza de Hércules, salieron lexos de su tierra á perpetuar sus nombres de

lo qual nació decirse que habian baxado á los infiernos. Dion pretende mostrar que Homero fue dechado, y aun principe, de la filósofia moral, como de otras ciencias. En Ulíses pone todas las fuerzas y dotes de ingenio, industria, prudencia, y conocimiento de varias cosas: en Achîles fortaleza de ánimo y valentia corporal; y con ello le atribuye una arrebatada é implacable ira que le era como piedra en que aguzaba su esfuerzo; y en Diomedes, una cierta modestia con que solía aplacar qualquiera hinchazon airada, y que jamas en dicho ú hecho supo hacer injuria á nadie.

Parábolas.

Las narraciones de algun suceso que se finge, para sacar de él alguna moralidad, ó instruccion por comparacion ó semejanza, son *parábolas*, distintas de las fábulas morales ó apologos, porque en ellas los interlocutores que se introducen siempre son racionales. Y aunque la *parábola* es una especie de alegoría, parece que las dos se diferencian por sus obgetos: las maxîmas morales lo son de la primera, y los hechos historicos de la segunda. Ambas se disfrazan con cierto velo enigmático, que el buen escritor podrá hacerle mas ó menos transparente.

El estilo parabólico entretiene la imaginacion

y excita la curiosidad ; por eso capta la atencion y ánimo del pueblo, que se complace de todo lo que le mueve y ocupa. Christo se sirvió de las parábolas como instrumento poderoso para introducir su doctrina de un modo indirecto y mas suave en el corazon del pueblo judío. Tales son la de las Vírgenes, cinco fátuas y cinco sabias, en el evangelio de S. Mateo, para amonestarnos que velemos y estémos prevenidos, pues no sabemos el dia ni la hora en que irémos á dar cuenta á Dios. Tales la del hijo pródigo, y la de la viuda, &c.

Las verdades hallan una entrada mas fácil por medio de estas narraciones alegóricas, que desengañan con mas dulzura y provecho. *Un rey* (dice Plutarco) *creyendo que el oro hacía la riqueza, aniquilaba sus vasallos en el trabaxo de las minas ; y como viesen que todo perecía, recurrieron á la reyna. Esta mandó hacer secretamente panes, manjares, y frutas de oro, y lo hizo servir en la mesa de su marido, que se alegró de aquella vista ; pero luego sintió hambre y pidió de comer. No tenemos sino oro, respondió la reyna, porque como los campos están incultos, y nada producen, se os sirve lo único que nos queda, y llena vuestro gusto.* El Rey entendió la advertencia y se corrigió.

A este género de figuras pertenecen las composiciones alegóricas, que con el título de *cuentos,*

fábulas y *sueños* han llenado tantos libros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias.

Enigmas.

El *enigma* es tambien una especie de alegoría, que oculta artificiosamente el obgeto á que conviene, y es el que se propone adivinar. Los enigmas son semejantes á los problemas: fórmanse por una dificultosa qüestion de las contrariedades del sugeto, haciendolo obscuro y dificil de descifrar; y no como las demas alegorias, que se presentan de tal modo que puede hacerse facilmente su aplicacion. Son del genio de los orientales, entre quienes siempre fueron cubiertas las doctrinas y avisos con sombras misteriosas para hacer la verdad menos ofensiva. Dícese que un gimnosofista indio inventó el juego del axedréz para advertir á su Nabab las obligaciones y peligros de su dignidad.

El enigma del panal de miel hallado en la boca del leon muerto, que se lee en el libro de los Jueces, es un emblema alegórico muy enérgico. La mano de Dios que escribe en la pared estas palabras: *Mena*, *Thequel*, *U-parsin*, peso, ligereza, division (sentencia mas concisa que ninguna de los Lacedemonios tan celebradas) nos da otro exemplo manifiesto del estilo alegórico de los pueblos antiguos. Otro se lée en el

Capítulo XII. del Eclesiastico de Salomon, que empieza: *Los guardas de la casa tiemblan.* Diógenes Laercio nos ha conservado este enigma de Cléobulo, uno de los siete sábios de Grecia: *Doce hijos de un mismo padre tubieron cada uno treinta hijas morenas y treinta blancas, que tubieron la virtud de ser inmortales; y sin embargo ninguna se libró de la muerte.* Tal era entonces el vasto imperio de la alegoria.

En este género de invencion debemos trasladar aqui una pintura que hace un autor nuestro del siglo del gusto alegórico, en que representa por una enigmática comparacion á un poeta muy vano, cuyos versos eran robos de obras agenas, y dice: *Veis aquel hermoso páxaro de tan vária y magestuosa pompa que presume la gracia de Juno, y por quien el pavón está ya humilde, si no envidioso; sabed que es un cuervo que, si hubiera de restituir las plumas que ha hurtado á otras aves, y pagar las que tiene prestadas, se quedára en carnes, y aun en los huesos.*

Sin embargo, no debemos confundir el enigma considerado como *figura*, introducida de propósito en la composicion, con el estilo enigmático. Aquella puede tomarse por manera de sombra, de que se sirve el pintor para templar y contrastar la demasiada luz; ó si se quiere, como un lunar aplicado con ingeniosa oportunidad en un rostro cándido no sin alguna significacion. Pero lo otro será siempre un vicio en la verdadera elo-

qüencia, porque lo es todo abuso ; y toda obscuridad, ya nazca de estudio, ó de mal gusto, ó de impericia, es contraria á la declaracion de nuestros pensamientos.

FILOSOFIA

DE LA

ELOQUENCIA EXTERIOR.

Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam eloquentia.
Cic. in Orat.

La eloqüencia escrita es como la música sobre el papel; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del auxîlio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espiritu y vida para excitar el oido y corazon del oyente. No por otra causa es ésta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz exemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla,

ó lée, mover á risa, ó á llanto, á lástima, ó á indignacion. Tanto imperio tiene la voz viva en los animos, y tanta influencia el talento de decir, que, si no mas dificil, es mas raro que el de escribir; y quando no haya ganado siempre tan sólida y duradera fama, ha ganado en recompensa mas triunfos, y aplausos mas lisongeros, por nacer estos del movimiento, y presencia popular.

Claro está que es grande la diferencia entre el orador que habla á sus oyentes y el que escribe para la posteridad. El primero debe enfervorizarse con mayor facilidad, porque un numeroso concurso y el aparato del lugar forzosamente han de exâltar su ánimo. En esta situacion los afectos pasan del orador al auditorio, y de este vuelven el orador; no de otra suerte que por el reflexo los rayos de la luz vuelven al cuerpo que los despide. Por otra parte su voz, su acento, sus ojos, y todos sus movimientos, de acuerdo con la pasion que le aníma, testifican la verdad de esta misma pasion. Hiere y agíta los sentidos, y por ellos se enseñoréa del ánimo de sus oyentes, y le conturba á su arbitrio.

Todos estos efectos son muertos, como hemos dicho, en la eloqüencia escrita : en el papel todo es tranquilidad y silencio. Leemos, es verdad, al orador, mas no le oímos, ni le vemos; está ausente para nosotros; y asi, ni las inflexîones de su voz, ni su gesto, ni su accion, nos dan testimo-

nio de la verdad de lo que dice: solo su pensamiento es el que habla al nuestro con caractéres mudos. Los frutos de la eloqüencia escrita son mas dificiles, si no mas inciertos, ó lentos de conseguir: la eloqüencia hablada siega la mies y la arrebata juntamente. Y no será otra la causa por que leemos frequentemente harengas y sermones, que habiendo grangeado ilustre fama á sus autores quando los pronunciaron, los hallamos ahora frios, desaliñados, comunes, y tambien incorrectos; y mas me atrevo á decir, que algunos de ellos, para conservar la reputacion del orador, no debian haberse dado á la prensa. Estos oradores pudieron seguir el exemplo de Pericles quien, sin embargo de haberse dicho en su loor que la diosa de la persuasion moraba en sus lábios, y que con su voz y accion conmovia á Grecia toda; jamas publicó ninguna de sus oraciones, conociendo que sin el socorro de su gesto y de su acento, desaparecería su mérito y celebridad.

En vano, pues, se darían reglas y exemplos del bien decir, si no se cuidase con preferencia del modo de decirlo bien, esto es, del tono conveniente con que se ha de animar la expresion, que es el alma del discurso y el móvil de los afectos. Este tono y este modo con que el que habla á los otros declara las ideas y el sentimiento de que está poseido, piden tantas variaciones quantos son sus respectos y comparaciones entre los ob-

jectos que se propone y la diferente fuerza y grado de energía con que debe representarselos: porque, al modo que un buen pintor no toca con la misma luz todas las figuras y sombras de un quadro; asi tambien el orador discreto, dueño de sí y del asunto, no dará una misma fuerza á todos sus afectos ni una misma viveza á todas sus pinturas.

En el arte de decir las cosas podrá caber la aplicacion de ciertos preceptos, ó por decirlo mejor, de ciertas observaciones generales, para formar el lenguage peculiar del orador. Pero de lo que vamos á tratar aqui es del tono y ayre con que se debe hacer expresivo y energico este lenguage; y son *pronunciacion*, y *accion* que componen las dos partes en que se divide la eloquencia exterior.

PARTE I.

DE LA PRONUNCIACION.

Preguntado el famoso orador Demóstenes ¿ quál le parecía el primero y principal precepto en la eloqüencia? respondió la pronunciacion:

preguntado ¿ quál le parecia el segundo ? repitió la pronunciacion : preguntado otra vez ¿ quál el tercero ? no respondió otra cosa sino la pronunciacion. Tal era el dictamen del mas famoso orador de Grecia, que fué recibido y celebrado despues como máxîma del arte por los Romanos.

Por *pronunciacion* entendemos aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexîones de la voz, ó de un tono mas ó menos subido, ó de una recitacion mas viva ó mas sosegada, mas rápida ó mas lenta, expresa los afectos que revuelven el ánimo del que habla, y los comunica á sus oyentes : por tanto, es la parte de la oratoria mas dificil de sugetar á reglas fixas y particulares; porque, si bien el exercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede mas el talento que el estudio.

Nunca hallará el lenguage de las pasiones aquel que lo buscáre con fria serenidad. Y es ésta una verdad tan conocida en todos tiempos, y sacada tan inmediatamente de la humana naturaleza, que ha pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio de que *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar :* pues, sin necesidad ni noticia de este consejo, lo exercitan poderosamente, para excitar la caridad por la compasion, casi todos los pordioseros, y con mas eficacia, si no con mas

fruto, los que han convertido en oficio la mendiguez, y en arte su ingenioso clamoréo.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llama que quiere que prenda en el del oyente. El verdadero acento patético, el eficáz, el poderoso, hijo es, no del artificio, sino de la fragua del corazon tierno, que envia á los lábios los ímpetus de su ardor: no nacieron, pues, de ella aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonia, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces, y sin sentido.

Es cosa bien sabida que la eficacia y poderio de la voz, animada de la verdadera pasion, fué la que hizo ganar muchas causas á los oradores de la antigüedad; asi como tambien en los tiempos modernos han obrado maravillosos efectos en el auditorio algunos apostólicos varones que debieron sin duda este dominio oratorio á su particular tono de voz, y á su accion. Atribuirlo debemos á estos dos instrumentos, pues, no habiendo quedado, de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes en sus obras; la fama de su fruto evangélico no puede tener otro origen ni principio que el comun consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras, frias y mudas en la escritura; de la pronunciacion re-

ciben calor, sentido, y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: asi es que nadie duda de una injuria ó de una burla, aun quando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador que no posee la gracia del énfasis del acento que corresponde á su intencion y objeto, quita toda la fuerza é impresion a la frase mas enérgica. Llamo á este talento una gracia, por ser don de naturaleza; la qual inspira, y dicta unas reglas claras y fáciles, que el arte, que es hijo suyo, las prescribe por imitacion á todos los oradores. Sin embargo, son muchisimos los que pronuncian, ó con afectacion, ó con languidéz, ó con descomedimiento, porque son pocas las almas dotadas de esta natural prerogativa.

Quizás por haber considerado esta parte de la eloqüencia como dote natural, y no como talento adquirido; no lo tratáron los antiguos de propósito, ni con la extension que las demás: pues el mismo Aristóteles y Ciceron se abstuvieron de prescribirle reglas, y de reducirla á arte. Bastará que el orador busque en el curso de su oracion aquel género de acento que le sugiera las inflexîones de la voz, y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sugetando al mismo tiempo la expresion de estas á la del pensamiento, á la situacion en que se halla, y al caracter que representa. Advertencia es esta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido da involuntaria-

mente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domína: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo mas comun, pues nadie litiga la causa agena con el mismo tono que la suya propia.

La palabra se acentúa y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexîones. De aqui saca el orador los diferentes tonos de pronunciacion; ya un baxo igual y profundo para la amenaza; yá un alto subido para la ira y la indignacion, pasando velozmente por todos los intervâlos músicos quando le agita la desesperacion, ó le abate el temor, le eleva la esperanza, ó le alboroza la alegría.

Es tan grande la eficacia y la verdad que en sí tiene el tono y acento de la voz que, si se me permite aqui el testimonio de los animales, vemos que algunos de ellos, sin embargo de carecer de razon y del lenguage racional, y aun del mecánico órgano para articular palabras, se entienden solo por los sonidos, que vienen á formar su dialecto. Las diferencias de este nos las declaran mas los perros, algunas de las quales alcanzamos, y mas los cazadores. El ladrído y voz de este animal varía, y se dexa conocer quando busca la caza, quando la halla, quando hace presa, quando teme, quando amenaza, quando acomete, quando se quexa, quando se lamenta

quando pide de comer, quando defiende la comida, quando juega, y quando sale á lisongear á su dueño.

De qualquier modo que se considere el juego de los afectos, el encanto, digamoslo asi, de la pronunciacion no consiste solamente en una mecánica imitacion, sino en una imitacion agradable; pues nadie duda de que la declamacion, para causar este deleyte, ha de arreglarse y sugetarse á cierta melodia, de suerte que no pueda conmover al corazon sin complacer al oido. Tal es la causa porque algunas veces un discurso desaliñado é incorrecto roba la atencion por la fuerza del tono que le aníma. En este caso el sentimiento del corazon esclaviza las potencias del oyente, quien, olvidandose del orador, solo tiene presente el objeto que este le pinta. Y es esto tan conforme con la naturaleza, que ésta comunica á los animos tiernos una infinidad de modulaciones afectuosas y deliciosas, de que carecen las personas que no sienten: pero, cuidado! en no tomar lo afectado por expresivo, ni lo furioso por enérgico.

No hay duda que el placer del sentido que experimentan los oyentes de la melodía del acento, aumenta el placer moral de la representacion de las pasiones. Y aunque es verdad que las lenguas vulgares, menos acentuadas y prosodíacas, que la griega y latina, carecen de aquel deleyte que procedía del ritmo tan poderoso de los anti-

guos, para dar vigor, variedad y gracia á la harmonia poetica; la española, por la feliz trabazon de silabas suáves y sonoras, por la melodia de su acentuacion, sostenida con la variedad y contraste de desinencias numerosas ó por la fluidez ó cadencia de las inflexîones, es la mas á proposito en los tiempos modernos para todas las modulaciones de la expresion grave, dulce, y harmoniosa. Ademas la libertad de su sintaxîs, y sus transposiciones tan variadas, y siempre bien recibidas, favorecen al orador que sabe usar discretamente de estas licencias, para dar á su pronunciacion todos los tonos de los afectos mas contrastados.

Muchas veces saca el orador de la medida y desigualdad de los tiempos en un mismo período un particular lenguage. El gozo, por exemplo, que imprime cierta vivacidad á nuestros movimientos, la comunica tambien á la medida. La tristeza, al contrario, cierra el corazon, amortigua los movimientos, y la languidez misma se pinta en el tono que inspira. Pero, quando el dolor es vivo, y padece ciertas luchas el ánimo; la pronunciacion de la palabra es desigual, yá con pausado, yá con acelerado compás; ó bien se ataja, ó se corta por gracia ó por fuerza del énfasis: última industria de la eloquencia muda. Qué de cosas se dicen entonces, sin acabar de decir ninguna! Por eso los oradores mas expresivos, ó dígase de otro modo, los mas patéticos,

son ordinariamente los que dividen los tiempos con mas desigualdad; al contrario, los tibios y tranquilos llevan siempre un paso uniforme, guardando en las clausulas cierto equilibrio y simetria.

Sin embargo, de poco servirá que el orador sepa animar sus palabras con la expresion, si el espiritu y calor de esta no llegan á los oyentes. El que solo cuida de la cantitad y calidad de las voces, y no del sentido de ellas, no puede dar expresion á lo que pronuncia: articúla, más no habla; dice, y no siente; y el que no siente, mal podrá hacer que sientan los otros. Y no basta tampoco que el orador sea afectado de una sensibilidad vaga y general: debe sentir particularmente, ya la energia de la lengua, ya el grado de vehemencia y espiritu que pide el asunto, ya la situacion en que se halla para mover y persuadir. El entusiasmo que infundió en los animos caidos de los Espartanos el espiritu y canto de aquella elegía de Tirtéo antes de dar la última batalla á los Mesenios, fué efecto de estas tres circunstancias, de las quales supo aprovecharse como político, como orador, y como capitan.

Muchos oradores obraron prodigios en sus tribunas con el imperio de su voz, como se cuenta de algunos predicadores apostólicos en sus púlpitos, cuyos discursos, leidos, hubieran dexado tibios á sus oyentes. La suma importancia de esta eloquencia exterior, tan necesaria para ga-

nar la atencion y voluntad del auditorio, la conocia en gran manera Demóstenes quando, para corregir y exercitar el órgano defectuoso de su habla, se llenaba la boca de chinitas del mar y harengaba a las olas embrabecidas. Pero, asi como son muchisimos los que, destinados al púlpito y al foro, padecen imperfecciones naturales y habituales en su voz, que los preceptos de la retórica no alcanzan a remediar; tambien son rarisimos los que, movidos del deseo de gloria, y de aquella sed y hambre de aprovechar a sus hermanos en la virtud, ó en el celo de la patria, quieran sufrir el exercicio y prueba del orador de Atenas.

Reconociendo esta importancia, leémos en las sagradas letras que Moysés se excusaba con Dios de que era tarda é impedida su lengua quando le envió a Egipto a gobernar su pueblo; cuya excusa no reprobó el Señor, antes le aseguró que asistiria a sus labios, y le enseñaria lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su eloqüencia se haria reverenciar de los poderosos, y que le oyesen con el dedo en la boca. Aun armada del poder y vestida de púrpura, necesitaba la eloqüencia de la gracia é imperio de la voz para hacer obedecido y respetado al principe con la dulce tirania de los labios, como dice culta y elegantemente nuestro Saavedra.

Prescribir aqui metódica y prolixamente to-

das las reglas retóricas para la pronunciacion, seria trabaxo tan fastidioso como vano; porque muchas de ellas se deben mirar como fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un contínuo exercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulacion de los preceptos. Tampoco se debe tratar aqui de la impertinente analysis del sonido y de la voz, ni de la teoria delicada del juego de este órgano, y de sus oficios: este trabaxo es mas propio del anatómico que del retórico, y trabaxo tan perdido como el pretender que vea un ciego de nacimiento instruyendole en la extructura del ojo, y en el mecanismo de la vision.

Bastará que nos reduzcamos á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y exercicio del orador para la perfecta pronunciacion, como por exemplo: 1°. que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras: 2°. que marque con su tono la suspension y la terminacion final del período: 3°. que señale con ligeros interválos la exâctitud de la puntuacion: 4°. que empiece la voz lenta y sumisa para que se conserve mas tiempo y mas entera hasta la conclusion del discurso; porque ordinariamente, el que peróra, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabaxo de la articulacion, y levanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo: 5°. que sea va-

riada, para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonia con que algunos principian y concluyen una oracion: 6º. que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7º. que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni explicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono que pintando una tormenta; ni tampoco en el exôrdio se debe enardecer el orador como en el epílogo: 8º. que no sea la pronunciacion tan veloz que no dé tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los animos: 9º. que no sea tan pausada, que cause impaciencia o sueño al auditorio: 10º. que no sea tan arrebatada, que parezca que habla un energúmeno, o un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reducirémos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprehenden todas: *naturalidad*, y *decóro*.

PARTE II.

DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la eloqüencia exterior es la *accion*, la qual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la expresion del semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomia, y es la imagen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retoricos han sido tan prolixos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábanse sin duda de que la expresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la qual el arte solo pone la decencia y el comedimiento: quiero decir, que solo es efecto del temperamento, esto es, de una delicada y sensible organizacion que comunica á las partes exteriores mayor movilidad. En este concepto, ¿ qué reglas serian poderosas para infundir caracter y expresion á esos hombres frios y duros, incapaces de recibir im-

presion alguna, y para convertir, por medio del gesto, en caras parlantes á esas caras que podriamos llamar de piedra? Excusámos teorias y preceptos: el hombre sensible sabe retratarse en su rostro.

Cada sentido tiene por privilegio de la naturaleza su lenguage particular. No piense la lengua, dice Antonio Perez, que excede á los otros sentidos en eloquencia porque puede formar del ayre palabras significantes; antes pienso que es el mas engañoso y encantado instrumento, pues del ayre obra el engaño. ¿Hay cosa mas engañosa que la lengua? Y si para señal del ánimo dice alguno que son las palabras; mas alto y primoroso lenguage es el que con un movimiento y afecto mudo declara su ánimo y deseo, asi como es mas subido el elemento que con menos estruendo obra. ¿Qué harian los amantes, que por miedo del ruido, ó por falta de tiempo, en un instante han de decir su razon, ó su sin razon? Son tambien los ojos intérpretes del corazon, y menos engañosos que la lengua. Finge la boca muchas veces lo que no hay en el pecho, disimulandose con palabras los pensamientos; y estos salen tan distintos de lo que allá dentro son, que abrazamos por amigos á los traydores. Los ojos confiesan siempre la verdad á pesar de su dueño; y sacandole los colores en el rostro, hacen señas de la traycion.

Si los ojos tienen su particular lenguage, nunca es este mas eficaz que con el llanto, y quien llora, lastíma y enternece. Y si la primera diligencia y maestria del que intenta persuadir, es captar la benevolencia del auditorio; el que llora, mueve á compasion, y la compasion siempre concilia amor.

El que llora por los males agenos, ablanda y mueve los corazones mas duros y obstinados. Duro y bravo era el de Achîles, como tantas veces se quexaba Agamemnon; y con todo eso fiaba tanto Briseida en sus lágrimas, que, sin decir una palabra, se jactaba que con las suyas lo quebrantaba, lo desmenuzaba, y convertia en polvo. ¡ Que bien viene aqui aquello tan comun como verdadero: *Muger llora, y vencerás!*

Hasta fingidas tienen las lágrimas los mismos efectos: tal es el poder de esta patética demostracion. A esta ingeniosa industria recurrió Ulises en aquella famosa oracion contra Ayace en la contienda sobre las armas de Achîles. Aunque pudo fiar mucho de su grande eloquencia, fió mas de adornar su exôrdio con lágrimas; y porque no las tenia verdaderas, las fingio, estregandose los ojos con la mano á manera de quien llora.

El dolor moderado saca las lágrimas á los ojos: el grande las ataja, y las yela. Dolor que puede salir por los ojos, no es sumo dolor, pues la alegria excesiva hace el mismo efecto,

no solo en corazones blandos y templados, mas tambien en los duros y bravos, como se vió en el exercito romano, donde fué tanta la alegria quando se presentó Minucio libre ya de la servidumbre que habia padecido, que hizo exprimir lágrimas tiernas á la fiereza de los soldados.

Si mucho dice el llanto, mas dice el silencio en las ocasiones de dolor. Quando la apretura y congoxa del corazon no da lugar á desplegar los labios; grangéase mas la voluntad del oyente con el ademan de querer, y no poder abrirlos: esta deseada y no articulada expresion es tanto mas subida y enfática, quanto mas quiebra hácia dentro, quedando solo el mormullo, digamos asi, del corazon, ahogado entre los dientes. Esta es la mayor significacion de nuestros intimos sentimientos, y la fuerza misteriosa de la eloquencia muda.

Al gesto, que es el sobrescrito de los afectos, debe acompañar el decoroso movimiento del cuerpo, que forma la segunda parte de la accion. Este movimiento es involuntario en el hombre que está agitado intimamente de una pasion; y viene á ser la expresion exterior y mecánica de los afectos, que tampoco está sugeta á preceptos. Asi nos abstendremos de dar reglas para el tiempo y modo de baxar la cabeza, levantarla, y volverla; de doblar el cuerpo, enderezarlo, ó retirarlo; de adelantarse, ó retroceder; de abrir los brazos ó cerrarlos; de

extender ó juntar las manos; de abrir ó cerrar los dedos, &c. porque solo el impulso del ánimo guia la accion, y el tono, que, como proceden simultaneamente de un mismo origen, nunca mienten, ni se contradicen. Si hay reglas para estos movimientos, solo serán para moderarlos, y acomodarlos al lugar, al tiempo, ó la clase de los oyentes, á los usos, costumbres, y estilos; pero, como estas circunstancias locales, morales, y civiles, admiten tantas distinciones, las reducirémos, como se ha dicho ya del gesto, á dos preceptos generales: *naturalidad* y *decóro*.

Uno de los defectos de muchos oradores, por otra parte eloqüentes, nace de aquel empeño de presentar la razon y la verdad demasiado desnudas, como impresas en un libro; sin acordarse que los oyentes no son puras inteligencias, sino hombres á quienes se les ha de vencer por los sentidos para ganarles el ánimo. La razon por sí sola no es arma activa: si muchas veces contiene al hombre, pocas le excita, y jamas le ha hecho obrar cosas grandes.

Asi pues, el que olvida ó desprecia el lenguage de la accion, que es el que habla á los sentidos é imaginacion del oyente, desconoce el arma victoriosa de la eloqüencia: porque la impresion de la palabra es siempre débil; y se habla al corazon por los ojos, aun mejor que por los oidos. No fuera provida la naturaleza si, habiendo criado en nosotros tantas pasiones, les hubiera

dexado un solo desahogo. ¿ Quien dudará, por exemplo, de la necesidad de la accion de las manos, que se puede llamar el idioma comun del género humano? Con ellas llamamos, suplicamos, negamos, amenazamos, despedimos, afirmamos, concedemos, y detestamos: con ellas manifestamos el gozo, la tristeza, el dolor, el temor, la esperanza: con ellas señalamos, el lugar, la cantidad, el número, el tiempo. Pero tambien ¡ qué templanza no es menester para no excederse en el modo y en su duracion! ¡ Qué discrecion para distinguir lo que debe ser señalado, y lo que no debe serlo! lo que basta que se indique, y lo que se debe dexar adivinar al oyente, con la misma inaccion y con el silencio, si se puede decir, de los miembros! Pero tambien hemos de convenir en que el orador no es un comediante, y mucho menos un mal comediante, para volar con el águila, arrullar con la paloma, galopar con el caballo, culebrear con el arroyo, mecerse con las olas, &c. La accion y la voz deben acomodarse perfectamente al género de eloquencia que abraza cada uno. Por eso se cuenta que, movido de la fama adquirida por Masillon en la declamacion del púlpito, quiso Baron, aquel celebre actor de París, asistir á uno de sus sermones; y volviendose, al salir de la iglesia, á un amigo que le acompañaba, le dice: *este es un orador; nosotros unos comediantes.*

El contínuo raciocinio, la argumentacion es-

tudiada, ha sido siempre una manía de espiritus pequeños; porque los ánimos grandes y elevados usan de otro lenguage, breve, claro, y energico, con el qual mueven á cosas grandes. Prodigios obraron los antiguos con la eloquencia, es verdad; más ésta no consistia siempre y solamente en la elegancia y cópia del decir; antes nunca produxo mayor efecto que quando el orador hablaba menos. Lo que se siente con vehemencia, no se expresa siempre por palabras: el gesto y la accion alcanzan á donde no pueden alcanzar las voces. ¡ Quántas cosas comienza la lengua que las acaba de exprimir el gesto! Qué circunloquio no sería menester muchas veces para significar lo que dice una seña, un movimiento de los ojos, una palmada, un volver de rostro, una lágrima, el silencio mismo!

Quando enmudece la lengua, ó por lo inefable del gozo, ó por la fuerza de la pena, ó del temor; proveyó la naturaleza de señas y voces mudas con tan viva y eloquente consonancia, que suelen mover y satisfacer los corazones y los oidos de los ánimos tiernos y generosos, como lo pudiera hacer toda la perfeccion humana de palabras. Y si no, dígalo la buena dicha de algunos pastores y humildes hombres, á quienes no se la ganó la eloquencia cortesana.

Las señales características de las pasiones en la accion y gesto de un hombre conmovido, tiranizan los sentidos de los oyentes, y asi el ora-

dor que soborna la imaginacion, gana luego la voluntad. Esta es la causa porque Cromwell y otros caudillos famosos, sin tener el don de la palabra se hicieron obedecer con tanto entusiasmo de sus sequaces y sus tropas; porque, como en ellos la eloquencia del gesto suplía la de la expresion, tuvieron la apariencia de Demóstenes, y fueron tenidos por tales.

Sobre el caso lastimoso de la muerte de Julio Cesar un orador ordinario, para conmover á ira y venganza al pueblo romano, hubiera apurado todos los lugares comunes del arte con una patética pintura de aquella catástrofe; pero Marco Antonio, por mas eloquente, dixo pocas palabras: manda traer el cadaver ensangrentado, y clava los ojos en él. ¡ Qué retorica! Este mismo Antonio habia descubierto el pecho de Marco Aquilio, cuya virtud é inocencia defendía, mostrando á los jueces las muchas heridas que en servicio de la patria habia recibido. Habian llamado á juicio á un veterano, el qual rogó á Octavio Augusto se encargase de defenderle. Octavio, ó por ocupado en negocios graves, ó por evadirse de aquella molestia, lo encargó á otro. Enojado el soldado, dixo con grán despecho: *No busqué yo teniente quando en la batalla de Accio estabas en peligro; antes yo mismo me puse en tu defensa, de que estas señales te dan buen testimonio*; y diciendo esto, descubrió el pecho lleno de heridas que habia recibido en su

servicio. Quando Motezuma quiso persuadir á Cortés no le tuviese por un Dios, desnudó parte de su brazo, diciendole: *esta porcion de mi cuerpo desengañará tus ojos de que hablas con un hombre mortal.* El rostro benigno en los príncipes es un dulce imperio sobre los ánimos, y una disimulacion del poderío. La serenidad de Octavio Augusto entorpeció la mano del galo que le quiso despeñar en los Alpes. Las armas se les cayeron de las manos á los conjurados viendo el agradable semblante de Alexandro. No tiene menos poder y eficacia para el terror el semblante fiero, que para el amor el benigno. Vencido Cayo Mario de Syla, estuvo escondido en Minturno, donde fué hallado; y puesto en prision, espantó á un galo que iva á darle la muerte mostrandosele feroz en los ojos y en el rostro; y acogiendose en un barco de pescadores, pasó á Africa, donde se guardó para mejor fortuna. El gran Julio Cesar con una sola mirada ¿no apaciguó dos legiones amotinadas?

No es lugar este para escribir de la accion teatral, pues no se trata de formar un cómico, ni un pantomimo. Mi propósito se reduce á confirmar las doctrinas sembradas en este breve tratado con algunos exemplos, para demostrar quan poderoso es el imperio del gesto en los ánimos tiernos, quan eficáz la fuerza de la accion, y quantas palabras ahorra el que sabe recurrir á esta retorica enfática. En la magnífica escena

de Heraclio (tragedia de Corneille) se introduce al emperador Phocas ignorando qual de los principes que tiene á su lado es su hijo, y permanecen ambos inmóbiles y mudos. *Marciano!* (exclama:) *y ninguno me responde!* Este es uno de los pasos escénicos que la eloquencia escrita jamas podrá representar; aqui es donde el gesto triunfa de las palabras. Hay expresiones sublimes en la escena muda que toda la eloquencia vocal no es capaz de producir. Tal es la de Macbeth en la tragedia de Shakspeare. La somnambula Macbeth viene á paso lento y turbado y con los ojos dormidos, imitando la accion de una persona que se lava las manos, todavia teñidas con la sangre de su príncipe que veinte años antes habia asesinado. ¡Qué imagen tan patética y tan viva del remordimiento es el silencio y el movimiento de las manos de aquella muger! ¿Que razones podrian exprimir con tanta energía y verdad la perturbacion de aquel ánimo? ¿A quien no moverá á compasion y á deleyte juntamente la muerte de Epaminondas en la batalla de Mantinéa! Cae herido de un flechazo: los médicos le dicen que espirará si le sacan la saéta. Pregunta entonces por su escudo, y respondenle que no se ha perdido: oido esto, se arranca él mismo el acero, para morir, aun en medio de tan gran dolor, con la loa y gloria de su buen ánimo. ¿Donde se hallarán palabras que con tanta brevedad y valentia re-

traten el esfuerzo, contento, y pundonor de un guerrero en tan deplorable trance ?

En toda agitacion y lucha interior y exterior del ánimo de un orador que esfuerza sus razones con la accion y el gesto, nos revestimos, sin sentirlo, de sus afectos, que hacen callados mas impresion que pronunciados. Estos afectos son mas conocidos y visibles en las representaciones mímicas del teatro, en donde los expectadores padecen la misma inquietud del actor quando explica en sus ojos, semblante, y pasos, ya la ira, ya el dolor, ya la venganza, ya el temor, yá la desesperacion. La viveza y naturalidad del autor deben ser tales, que nadie pregunte ¿ qué dice ahora ese hombre? Es cierto que él no habla ; pero todos leen lo que calla, esto es, cada uno allá dentro de su pecho, segun su grado de sentir, pone la letra, porque el diestro pantomímico hace inutiles las palabras ; y todos le entienden, porque habla el idioma universal, el de todos los sentidos.

De aqui viene que la impresion de la escena muda es mas viva y profunda, porque no pudiendo el actor servirse del instrumento de la voz, tiene que apelar al sumo esfuerzo de la accion y del gesto para declarar, sin velo ni intérprete, su pasion. El expectador, que tampoco puede servirse del órgano del oido, tiene que avivar mas el de la vista, haciendo trabaxar las potencias todas para interpretar aquello mismo que está

viendo ; no de otra suerte que los ciegos, que exercitan mas el oido y el tacto para suplir el oficio de los ojos. El efecto de la pantomima es mas sensible, porque en estas representaciones hacemos la obra á medias el expectador y el actor, si son imitaciones morales, las que á veces, sin consentimiento de nuestra razon, nos hacen tomar parte en los afectos agenos que nos remueven los nuestros. De aqui nace aquella ansia y fatiga, aunque deliciosa, que sentimos irresistiblemente en estas representaciones, cuya impresion es mas interna quanto es mas breve y concisa su expresion muda.

Por otra parte ¿ quien puede dudar de que la eloquencia y la pintura no tengan un mismo principio y fundamento ? ¿ No vemos pinturas que nos hablan con mucha energía y laconismo ? A la vista de un quadro ¿ no nos alegramos, entristecemos, enternecemos, y horrorizamos ? Publio Lucio Scipion, para memoria de la posteridad, colocó una tabla en el Capitolio, que representaba muy al vivo la batalla y victoria asiática : y cuéntase, que mirandola su hermano el Africano, se demudó y encendió todo en ira, y echó mano á la daga, quando vió como los enemigos llevaban preso á su hermano Lucio Paulo despues de la victoria de Perséo. Admirado Pandémo, pintor famoso, de ver una imágen de Jupiter Olimpio que Fidias habia entallado en marfil, preguntó al artista ¿ de qué mo-

delo la habia sacado? Y respondiole Fidias: de tres versos de Homero que dicen como Jupiter lo concedió *moviendo la cabeza blandamente, y sus dos negras cejas inclinando, con que hizo temblar todo el cielo.* Engrandecen mucho los intérpretes en este pasage la magestad y autoridad de Jupiter, que con solo casi baxar los ojos y cabeza manifestó su aprobacion y consentimiento: queriendonos advertir que el pensamiento y mente divina con solo un movimiento de frente se da á entender. Mas, quando el mismo Homero habla de Juno, para guardar el decoro y diferencia en todo, dice de ella, en ocasion, de representarla en igual acto; *rodea con sus ojos todo el cielo,* como que le fuese menester mover todo el cuerpo, y no solas las cejas como Jupiter. Con esta eloquencia figurada consiguió Fidias que se dixese que solo él veía los dioses.

Y si en otras ocasiones no alcanza la misma pintura á expresar la vehemencia de un sentimiento, ¿ que hará la rudeza de la lengua humana sino borrarlo? Cuéntase de Timantes que, habiendo pintado en una tabla el sacrificio de Ifigenia, hija de Menelao, y dibuxado al rededor de ella los deudos en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste; quando vino á querer dibuxar el rostro del padre, cubriólo de industria con un velo, para dar á entender que alli ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor.

En tódas las naciones sabemos que la primera eloquencia fué la que habla á los sentidos : y de élla se sirvieron en tiempos mas cultos grandes varones para mostrar su autoridad y grandeza de ánimo en casos peligrosos, ó desesperados. ¡Qué viva y persuasiva fué la retórica de Mucio Scevola con los cartagineses, el qual, habiendo dado su embaxada en el senado ellos con ingenio y cautela púnica, le representaron dos tarjas ó tablillas : en la una estaba figurada la paz y en la otra la guerra, para que eligiese á su arbitrio lo que mas le pluguiese. Y él, echando manos de ambas, se las presentó despues dandoles á escoger. Con esta aguda y astuta respuesta desbarató la cautela contraria, advirtiendo que los romanos eran mayor potencia que sus enemigos. Yendo tambien Gneyo Pompilio, embaxador del Senado y pueblo romano, al Rey Antioco para que se apartase de la guerra con que molestaba á Tolomeo ; luego que llegó á su presencia le ofreció el rey la mano en señal de amistad, y él no quiso darle la suya, sino entregarle las cartas y decretos del Senado que, leidas por Antioco, dixo que cumpliría el consejo. Indignado Pompilio, hizo con la vara que traía un círculo en el suelo en rededor del Rey, amenazandole que no saldria de alli hasta haber dado respuesta al Senado si queria paz, ó guerra. Quebrantóle tanto el ánimo esta arrogancia, que luego respondió que estaba pronto á la obedien-

cia del Senado. Suele la conciencia de las buenas obras ser tenida en tanto cerca de los sabios y valerosos, que de sí misma se contenta, y no procura favor popular, ni consiente que le ande mendigando. Confiado Scipion el Africano en ella, habiendole llamado para que ante el pueblo se descargase de la calumnia que le imponían de haber defraudado el erario en el despojo de Antióco; se puso en pié, diciendo: *tal dia como hoy venci á Cartago, y será bien que en memoria de ello vamos todos á dar gracias á Jupiter.* Y siguiendole todo el pueblo, se fueron al Capitolio, dexando á los jueces con solo el acusador y el pregonero. En este hecho la accion y continente del acusado declaró y aumentó el alto sentido de las palabras.

Ya hemos dicho que el lugar, el concurso, las costumbres, y leyes de los pueblos ayudan mas ó menos á la eloquencia que arrebata entrando por los sentidos. Sabemos que en Grecia, antes de decir el orador el panegirico funebre de los guerreros que habian sacrificado su vida por la patria, se preparaba el ánimo de los oyentes por medio de un solemne y venerable aparato que hería y cautivaba los ojos del pueblo congregado al rededor de los muertos, sobre cuyos huesos esparcia guirnaldas de flores y arómas, y los acompañaba al tercero dia con pompa funeral al lugar de la sepultura.

En Roma tambien quando los varones principales de la república que debian algun dia

mandar los exercitos y regir las provincias, defendian la hacienda, la honra, y la vida de los ciudadanos en el foro ante el pueblo, y en presencia de los dioses Penátes, era necesario que el orador recurriese al encanto del espectáculo para salir victorioso. No siempre eran causas de intereses privados ; á veces se mezclaba en ellos la causa pública. No eran solo personas particulares, de cuya suerte se trataba ; tambien eran puestos en juicio Pretores, Qüestores, y Procónsules, demandados por diputados del Asia, ó del Africa, quexosos de sus desafueros.

Para conmover al pueblo, para enternecer á los jueces, se armaban los oradores con la eloquencia que hiere á los ojos, mas poderosa que la que capta los oidos ; y entrandose por aquellas dos puertas cosárias del alma, se enseñorea de ella. Alli se presentaban los reos, mudos, llorosos, y cubiertos de luto ; los padres ancianos, pidiendo la restitucion de sus hijos, las mugeres y los huérfanos clamando amparo y favor. Se descubrian á la vista de los jueces las heridas de los guerreros que habian peleado por la patria. Otras veces los oradores, volviendose á las estatuas de los dioses patrios, ó á sus templos, imploraban su potencia y proteccion para que salvasen la inocencia, y alumbrasen con su alta inspiracion el el entendimiento de los jueces. Y estas invocaciones, estos votos, estas patéticas representaciones, sostenidas con un espiritu eloqüente, y ani-

madas con el acento del dolor, y á veces con el llanto, debian provocar á ternura y lágrimas á un gran pueblo congregado, esperando aquella piedad y conmiseracion que jamás los espiritus generosos y enternecidos negaron á los desdichados.

FIN.

INDICE

DE LA DIVISION DE LA OBRA.

INTRODUCCION.

pag.
DE LAS CALIDADES DEL TALENTO ORATORIO. 13

De la sabiduria . 18
De la imaginacion . 22
De los sentimientos del ánimo . . . 31
Del gusto . . 41
Del ingenio . . 48

INDICE.

TRATADO DE LA ELOCUCION.

PARTE PRIMERA.

DE LA DICCION. p. 59

ARTICULO I.—*De la estructura de la sentencia* . . 60
De las silabas . 60
De las palabras . 67
De los incisos ó comas 72
De los colones . 74
Del período . . 75

ARTICULO II.—*Del numero oratorio* 84
De la harmonia . 90
Colocacion de las palabras . . 99

ARTICULO III.—*De la propiedad de la diccion* . . 106
Términos sinónimos 109
De las palabras facultativas . . 122
De los arcaismos . 130

ARTICULO IV.—*De la eleccion de las palabras que forman la elocucion* . . 137
Palabras figuradas 138
Palabras enérgicas 139
De los epítetos . . 147
Diferencia del número 154
De la fuerza y energia de los pronombres . 159
Uso de voces expletivas . . 161
Honestidad de las palabras . . 162

PARTE SEGUNDA.

DEL ESTILO. 163

Coordinacion oratoria . . . 165
De la claridad . . 169
De la naturalidad . 174
De la facilidad . 177
De la variedad . 178
De la precision . 182
De la concision . 182

Del decoro . . 195
De la dignidad . 199
De la elegancia . 208

ARTICULO I.—*Eloquencia de los conceptos* 220
De la verdad en los pensamientos . 221
De lo extraordinario en los pensamientos 224
De la gracia en los pensamientos . 227
De lo sublime en los pensamientos . 231
Grandeza de los pensamientos . 232
Fuerza de los pensamientos 241
Novedad de los pensamientos . . 244
Variedad en los pensamientos . . 245

ARTICULO II.—*Del estilo oratorio considerado en sus tres generos* . . 247
Estilo sencillo . 250
Estilo sublime . 257
Sublime en las imagenes 264
Sublime en los afectos 270
Estilo medio ó templado . . 289
Estilo sentencioso 295

PARTE TERCERA.

DE LA EXORNACION. 302

ARTICULO I.—*Del estilo figurado* . 308

ARTICULO II.—*De los tropos ó traslaciones* . . 309

Uso y efectos de los tropos 309

Vicios de los tropos . 311

§. I°. Tropos de diccion 312

Metafora . . 313

Vicios de la Metafora 318

Synécdoque . . 322

Metonimia . . 326

Metalepsis . . 329

Antonomásia . 331

Onomatopeya . 334

Catacrésis . . 335

Antífrasis . . 336

§. II°. Tropos de sentencia

Alegoria . . 338

Ironia . . . 339

Perífrasis . . 341

Hipérbole . . 347

Sylepsis . . 355

ARTICULO III.—*De las figuras retoricas* 356

§. 1°. Figuras de diccion 358

Repeticion . . 358
Conversion . . 364
Complexîon . 365
Conduplicacion . 366
Traduccion . . 371
Gradacion . 372
Conjuncion . . 375
Disolucion . 378
Adjuncion . 380
Relacion . . 380
Desinencia semejante 381
Cadencia semejante 382

§. 2°. Figuras de sentencia 384
Antítesis . . 384
Paradíastole . . 398
Disparidad . . 401
Reflexîon . . 402
Endíasis . . 403
Aumentacion . . 404
Sentencia . . 407
Epifonéma . . 414
Enfasis . . 420
Interrogacion . 422
Obtestacion . . 427
Reticencia . . 428
Licencia . . 431
Preterición . . 432
Correccion . . 433
Sujecion. . . 438

Anticipacion .	441
Invocacion . .	443
Concesion . .	450
Exclamacion .	452
Imprecacion .	457
Reprehension .	459
Quexa . . .	461
Amenaza . .	463
Dubitacion . .	465
Sustentacion .	466
Comunicacion .	470
Descripcion . .	471
Brevedad . .	489
Distribucion .	490
Dialogismo . .	494
Conmoracion .	500
Aglomeracion .	511
Prosopopeya .	516
Etopeya . .	530
§. III°. De las figuras mixtas	551

APENDICE I.

De algunos lugares oratorios propios de la elocucion .	561

Definiciones . 561

Por las causas . 562
Por los efectos . 562
Por las calidades . 563
Por los contrarios 563
Por la etimologia . 564
Por comparacion . 564
Por símiles . . 565
Por metáforas . 565
Por alegorías . 565
Por negacion . 566

Similes . . 567

Emblemas . 585
Geroglificos . . 585
Simbolos . . 587

Comparaciones . 589

De mayor á menor 591
De menor á mayor 592
De paridad . . 593
De disparidad . 597

Paralelos . . 600

APENDICE II.

Del estilo alegorico . 604
Proverbios . 620
Apotegmas . . 623
Apólogos . . 628
Parábolas . . 630
Enigmas . . 632

FILOSOFIA DE LA ELOQUENCIA EXTERIOR.

PARTE I.—*De la pronunciacion.* 638
PARTE II.—*De la accion.* 649

AUTORES ESPAÑOLES, DE CUYAS OBRAS SE HAN TRASLADADO EXEMPLOS DE ELOQÜENCIA, CON UNA NOTICIA DE LA ÉPOCA EN QUE ESCRIBIERON.

Reynado de los Reyes Católicos.

Hernando del Pulgar, Secretario y Cronista de los Reyes: escribia en el año 1491.

Reynado de Carlos V.

Fray Don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, y Predicador del Cesar: escribia en 1536.

El Protonotario Luis Mexia: escribia en 1545.

El P. Fr. Francisco Ortiz: Franciscano: escribia en 1538.

El Maestro Juan de Avila: escribia en 1550.

Cervantes de Salazar: escribia en 1554.

El Maestro Fernan Perez de Oliva: escribia en 1540.

Reynado de Felipe II.

El P. Fr. Luis de Granada : Dominicano : escribia en 1580.

El P. Fr. Luis de Leon : Agustiniano : escríbia en 1589.

Fr. Fernando de Zarate : Franciscano : escribia en 1587.

Francisco Patricio, traduccion de Garces de 1592.

El P. Fr. José de Sigüenza : Geronimiano : escribia en 1590.

...... Yepes, Obispo : escribia en 1588.

Antonio Perez, Secretario del Rey : escribia en 1590.

Fr. Pedro Malon de Chaide : Agustiniano : escribia en 1592.

El Maestro Francisco de Medina, profesor de humanidades : escribia en 1580.

Reynado de Felipe III.

El P. Fr. Juan Marquez : Agustiniano : escribia en 1600.

El P. Juan de Mariana ; Jesuita : escribia en 1600.

Miguel de Cervantes, autor del Quixote : escribia en 1603.

El P. Martin de Roa : Jesuita : escribia en 1618.

El Dr. Bartolomé de Argensola : escribia en 1620.

Reynado de Felipe IV.

El P. Eusebio Nieremberg: Jesuita: escribia en 1622.
Don Francisco de Quevedo: escribia en 1630.
Don Diego de Saavedra: escribia en 1638.
El P. Lorenzo Gracian: Jesuita: escribia en 1640.
Gomez Arias: escribia en 1646.

Reynado de Carlos II.

El Conde de Cervellon: escribia en 1670.
Don Antonio de Solis, cronista de Indias: escribia en 1680.

Impreso por H. Bryer,
Bridge-street, Blackfriars, en Londres.

